

G I M E N O

*Oye, ¿m'escuchas?
Aquí Radio Klara,
Libre y Libertaria*



GIMENO

Oye, ¿m'escuchas? Aquí Radio Klara, Libre y Libertaria

A Carmen, que imperceptiblemente
sobrevuela cada una de las páginas
de este ensayo

Ediciones: Al rescate
Diseño de la cubierta: un amigo
Primera edición electrónica: 2014

Al hipotético lector

Un manuscrito olvidado en un recóndito pliegue del tiempo

El grupo de afinidad Al rescate se tropezó por pura casualidad con un extraño manuscrito que describía las increíbles vicisitudes por las que había atravesado la radio anarquista valenciana: Radio Klara. Nuestra sorpresa fue creciendo en intensidad al darnos cuenta que los detalles históricos que describe este ensayo son rigurosamente auténticos y coincidían exactamente con nuestras propias averiguaciones.

Si nos hemos decidido a darlo a conocer al público ha sido debido a que, prescindiendo de la dramatización que el anónimo autor ha querido introducir para hacer menos farragosa la lectura, el trasfondo es rigurosamente auténtico y la mayoría de los personajes que aparecen son perfectamente identificables, especialmente para aquellos que de un modo u otro participaron en esta experiencia pionera en Valencia.

Grupo Al Rescate

Capítulo 1º

Fuertes vientos soplan del Oeste

Por los intrincados vericuetos del conocimiento

La habitación se encontraba sumergida en una agradable penumbra, a pesar de que la tarde apenas había dado comienzo. Unas cortinas tamizaban la luz que entraba por la pequeña ventana. Mónica se sentó decidida en su mesa de estudio y con el bolígrafo en la mano abordó resuelta la tarea de escribir aquella carta que desde hacía algunos días la tenía obsesionada.

En la ciudad del Turia a 28 de noviembre de 1999

Querido Anthony:

Espero que esta carta llegue a tu poder, aunque seguramente te sorprenderá que después de más de un año sin dar señales de vida, de pronto surja del silencio e intente desesperadamente comunicarme contigo. Sobre todo, porque no contesté a ninguna de las cartas que me escribiste; ni tampoco atendí los recados que Salvador me transmitía y que al final se los tomaba un poco a guasa.

Hasta que decidiste olvidar, pero incluiste a todos en el lote y eso me dolió mucho.

Han pasado ya más de nueve meses desde que tomaste la decisión de sumergirte en la nada y que tanto Salvador como los demás optaron por respetar. Nueve meses de infierno para mí, porque en el mismo momento que vi elevarse el avión que te llevaba de regreso a tu tierra me di cuenta que me había equivocado, pero también me daba cuenta que ya no podía volverme atrás.

Cometí un error, uno más en mi larga lista, pero éste los ha superado a todos. Esta carta quiere ser un intento de doblegar mi orgullo y ponerte al día sobre cuestiones que seguramente te interesarán. Indirectamente me llegaron noticias del gran triunfo personal que alcanzaste en la presentación de tu tesis. Me alegré del reconocimiento que había recibido tu trabajo; tu entusiasmo había sido recompensado y eso mitigó en cierto modo mi tristeza de no poder compartirlo contigo.

Mónica se echó hacia atrás en la silla y comenzó a chupetear la funda del bolígrafo. Levantó la vista y miró hacia la luz que parecía poner destellos de fuego en la tela que cubría la ventana. El sol lanzaba sus rayos de un tibio calor reconfortante. Imperceptiblemente la muchacha se dejó mecer por los recuerdos que atropelladamente pugnaban por abrirse paso a través de la espesa bruma del olvido...

El avión se disponía a realizar las maniobras pertinentes para su aterrizaje. El viajero inclinado sobre el cristal de la ventanilla observó que el sol del atardecer se reflejaba en una tierra llena de color, dividida en cuadrados casi perfectos, surcada por mil arterias que le proporcionaban la vida.

Cerró por un momento los ojos y rememoró la última entrevista con su profesor que había aceptado gustosamente dirigir su tesis. "Estoy convencido que harás un trabajo excelente, Anthony", le había dicho. "No conozco la realidad española actual con detalle", continuó; "pero como ya sabes creo conocer bien su historia. Sin embargo, me veo en la obligación de decirte que andes con mucho cuidado; un medio de comunicación independiente como el que te has propuesto estudiar va a suponerte un esfuerzo muy grande. Actualmente los medios de comunicación de masas se han desarrollado extraordinariamente y asfixian cualquier intento que no se ajuste a las líneas *programáticas* de la democracia formal".

Hizo una larga pausa, mientras observaba la expresión de su alumno que parecía absorto en sus propios pensamientos. Al cabo añadió: "Los trabajos de Chomsky te ayudarán..." En ese momento sintió una sacudida y observó que el avión acababa de tomar tierra. Mientras la pista se deslizaba a gran velocidad bajo sus ojos, sus pensamientos hicieron otro tanto, hasta el día en que conoció a Salvador. No pudo evitar una sonrisa. Recordaba haber sentido aquel día una inmensa tristeza; un infinito malestar, mientras su amiga Susan, sentada en el césped junto a él, le explicaba su último fracaso sentimental. Anthony había aceptado el papel de confesor y confidente a falta de otro mejor. No era muy alto y quizá fuera este complejo el que lo hiciera especialmente tímido, aunque en ocasiones su férrea voluntad le ayudara a vencerlo y le proporcionara algunos triunfos que le merecieron el respeto casi absoluto de sus compañeros. Ya en la Universidad cosechó innumerables éxitos en sus estudios, pero se lamentaba en su fuero interno de no cosechar ninguno en el aspecto que más le hubiera interesado alcanzarlos: en el amor.

De pronto un griterío inmenso cortó en seco las lamentaciones de Susan y las reflexiones de Anthony. Ambos se quedaron atónitos sin saber qué podía producir tamaño desafuero en un *campus* normalmente tranquilo y sin sobresaltos. Sin embargo, Susan pareció despertar de un sueño milenario y exclamó emocionada: "¡Oh! Debe ser el español que está organizando alguna juerga. Vamos, Anthony, vamos a ver." Sin esperar la respuesta de su amigo se puso en pie y cogiendo a Anthony de la mano echó a correr. Éste apenas tuvo el tiempo suficiente de enderezarse para evitar ser arrastrado. Diez centímetros más alta que él y 80 kilos en canal hacían de Susan un ser extremadamente peligroso en determinados momentos de pasión arrebatadora. Empezó a pensar que seguramente fue en aquel preciso instante, viéndola correr de esa manera mientras él intentaba seguirla al trote para evitar que le rompiera el brazo, cuando su amor por ella se transformó súbitamente en una especie de dolor risueño. Se imaginó de pronto en la cama rodeándola con sus brazos, mientras ella le mostraba su pasión aplastándolo literalmente contra el colchón y no pudo evitar sentir una punzada aguda en sus riñones al tiempo que una sonrisa se insinuaba en sus labios.

La veloz carrera tocó a su fin al acercarse a un numeroso corro que se había formado en un ángulo del *campus* poblado de alcornoques milenarios. Susan había frenado en seco y poniendo a Anthony delante se iba abriendo paso a codazos hasta alcanzar la primera línea seguida por las voces airadas de quienes habían tenido que sufrir en los riñones sus métodos expeditivos. En medio del círculo se veía a un joven de unos veinticinco años ejecutando una danza frenética en torno a un alcornoque al son de un tam-tam que alguien había improvisado con un tronco hueco y un par de bates de béisbol. Iba vestido con unas mallas que ceñían estrechamente sus piernas; una camisa con los extremos inferiores anudados a la altura del estómago, lo cual dejaba al descubierto parte de su cintura y un pañuelo anudado alrededor de la cabeza. Parecía un pirata poseído por los demonios. El ritmo se iba contagiando al grupo que lo circundaba y el griterío se hacía cada vez más descomunal. En un momento de la danza, las miradas de Anthony y Salvador se cruzaron, pero Susan que creyó que la mirada se dirigía a ella no lo pensó dos veces y cogiendo a Anthony nuevamente por la mano lo arrastró hasta el centro del círculo moviendo el cuerpo con rítmica desesperación. Anthony pensó que era mejor dejarse arrastrar que resistirse y la siguió intentando desesperadamente mover el cuerpo que ofrecía una gran resistencia. Al llegar a la altura del bailarín, éste le preguntó a Anthony, "¿es tu novia?", en la cual creyó intuir una cierta ironía, pero al mismo tiempo tuvo la extraña certeza que una fuerte corriente de simpatía se había establecido entre ellos...

"Señores pasajeros...", la voz de la azafata a través del altavoz le sacó bruscamente de sus ensueños. Una vez llegado a la terminal no tuvo que esperar mucho tiempo para que la cinta rodante de los equipajes se pusiera en marcha con un suave zumbido y las maletas y bolsas comenzaron a ser escupidas por una de las bocas laterales. Casi enseguida divisó su bolsa y la recogió con presteza, luego paseó su mirada en busca de un teléfono público que no tardó en encontrar y hacia allá dirigió sus pasos.

Tenía que telefonar a Salvador para anunciarle su llegada. Por razones técnicas había tenido que adelantar su viaje dos días y todavía no había podido avisarle. Sus llamadas desde Nueva York y desde Madrid habían resultado infructuosas. Descolgó el teléfono y marcó el número de su amigo con el corazón encogido. Escuchó varios golpes de llamada, pero nadie respondía. Insistió, pero el resultado siguió siendo desconsolador. Pensó que lo más probable era que Salvador estuviera fuera de la ciudad, ya que no lo esperaba hasta el lunes. No obstante decidió dirigirse a su domicilio y si no lo encontraba ya vería lo que hacía. Seguramente encontraría un hotel en las cercanías donde podría esperar su regreso. Sin pensarlo más se dirigió a la parada de taxis. Al verlo llegar con cara de despistado, el taxista situado en primer lugar le hizo señas de que se acercara y le cogió la bolsa para introducirla en el portaequipajes. Una vez en el interior, el taxista, un joven delgado de cara simpática y expresión amable le preguntó, "¿a dónde le llevo?" "A la calle En Borrás", dijo Anthony en perfecto castellano con un ligero acento sudamericano, pero que en nada dejaba traslucir su nacionalidad norteamericana, luego añadió al creer observar un gesto interrogativo en la cara del taxista, "está en el barrio del Carmen, muy cerca de la plaza del mismo nombre" y se repantigó en el asiento con el pecho henchido de orgullo. "¿Nos metemos entonces por la calle Alta?" El pecho de Anthony se deshinchó totalmente y por un momento pensó que el taxista le estaba tomando el pelo, ya que una amplia sonrisa había aparecido en sus labios dejando ver una blanca hilera de dientes bien conservados. "¿Será posible que exista una calle Alta?", dijo para sí y luego en voz alta, "sí, por supuesto", poniendo en su respuesta toda la decisión de que fue capaz. "Muy bien. Allá vamos", y se puso en marcha. Pronto llegaron a la ciudad enfilando una amplia avenida que discurría paralela al río, después torcieron a la derecha y se engolfaron en un barrio de casas vetustas o semiderruidas. Al cabo de algunos giros, el taxista frenó el coche y volviéndose le dijo, "esta calle de la derecha es la que buscas". Anthony lo miró perplejo y desconcertado. Pagó la carrera, recogió su equipaje y enfiló la calle de su amigo. Caminaba con la sensación de encontrarse en el Bronx. Las casas parecían todas en ruinas y a no ser porque eran todavía las cuatro y media de la tarde y la luz del día le proporcionaba una cierta seguridad, a buen seguro el miedo hubiera atenazado su corazón. Este no era el barrio que Salvador le había descrito en innumerables ocasiones. Por sus palabras había creído adivinar que era un barrio antiguo, pero señorial y bien conservado y se encontraba en medio de un montón de ruinas.

Se paró ante el número que buscaba y como el portal estaba abierto se introdujo en el edificio y comenzó a subir la estrecha escalera con alguna dificultad, ya que el equipaje le trababa los movimientos. Llegó al segundo piso e hizo sonar el timbre de la puerta. Se quedó escuchando con ansiedad, pero ningún ruido parecía turbar la paz del interior de la casa. Hizo sonar otra vez el timbre y se quedó nuevamente en suspenso. Cuando había decidido abandonar la empresa, ya que sonar una tercera vez le pareció excesivo, se abrió bruscamente la puerta y en el umbral apareció su amigo Salvador en calzoncillos. Al verlo de esa guisa, Anthony no pudo reprimir un pequeño grito de asombro. Su amigo no menos asombrado gritó, "¡hostia! Anthony,

qué sorpresa, no te esperaba tan pronto." "Te he llamado varias veces por teléfono para avisarte que llegaría antes, pero no he podido dar contigo. Precisamente te he llamado desde el aeropuerto apenas he llegado, pero nadie ha respondido", contestó Anthony azorado. "Bueno, es que estaba ocupado y cuando eso ocurre suelo desconectar el teléfono para que nadie me moleste", dijo Salvador alegremente y a continuación añadió, "pero bueno, pasa, no te quedes ahí." Anthony pasó a la casa y dejó el equipaje en una sala que estaba situada a la izquierda de la entrada. Luego Salvador abrazó efusivamente a su amigo americano, al tiempo que le decía, "siéntate un momento, mientras me visto y me pongo un poco más presentable." Se introdujo en una habitación que se encontraba en un lado de la sala, Anthony creyó oír un murmullo tras la puerta cerrada, pero no llegó a distinguir ni una palabra. Poco después la puerta de la habitación se abrió y apareció una chica seguida de Salvador que ya se había vestido. La mujer era joven, alta y esbelta; vestía unos pantalones tejanos muy apretados y una blusa entallada. Salvador se adelantó e hizo las presentaciones. "Mara, este es Anthony, el amigo americano que conocí en Nueva York y del que ya te he hablado." "¡Hola! Anthony", saludó y le dio un par de besos al americano que se había puesto en pie para tenderle la mano. "Encantado de conocerte", respondió Anthony con voz apenas audible. "Bueno, yo me voy. Ya nos veremos, Salvador", anunció Mara. "Sí, ya te telefonaré", contestó Salvador. Al quedar solos, Anthony sintió crecer su azoramiento. Con voz un tanto temblorosa dijo, "no sabes cuánto lamento haberte molestado. De haberlo sabido hubiera hecho tiempo en el aeropuerto." "No digas tonterías, Anthony", se indignó Salvador, "no has interrumpido nada y en cualquier caso tú no podías saber. Olvídate del asunto y vamos a lo que importa." Salvador se quedó pensativo unos instantes y preguntó, "¿tienes hambre?" "No. He comido algo en el avión", respondió Anthony. "Estupendo. Entonces descansa unas horas para reponerte del viaje", mientras hablaba había recogido el equipaje de Anthony y lo introducía en una pequeña habitación situada en el otro extremo de la sala. Estaba sobriamente amueblada con una cama individual colocada debajo de la ventana y un pequeño escritorio con una silla en una de las paredes laterales. "Como puedes ver no es muy grande, pero en compensación es la más luminosa." Anthony dio un vistazo a la habitación y se sintió encantado. La emoción que le embargaba convertía aquel horrible habitáculo en un palacete persa. "Es magnífica", exclamó entusiasmado. "Bueno, no exageres, tampoco es para tanto", moderó Salvador. "¿Este es el único equipaje que has traído?", preguntó. "Sí. Lo más pesado lo he facturado. Libros, ropa de abrigo y enseres personales que de momento no me van a hacer falta. Salvador lo miró sonriendo abiertamente. "Eres un zorrón. Bien, descansa unas horas y luego seguiremos hablando". "A decir verdad no estoy muy cansado y tampoco tengo sueño", se excusó Anthony. "No importa. Túmbate en la cama y reposa al menos, porque te va a hacer falta. Esta noche es muy especial y vamos a hacer un sustancioso recorrido por las calles del barrio en el que el conocimiento y la alegría se entrelazan en una perfecta simbiosis." La noche comenzaba a infiltrarse por las heridas abiertas de la ciudad del Turia. Anthony había conseguido dormir un par de horas y después de ducharse se sentía en plena forma. Ardía en deseos de conocer los placeres nocturnos que había vislumbrado a través de los asombrosos relatos de Salvador. "Entonces de acuerdo, dentro de un par de horas nos encontramos en el tugurio de Jaime". Salvador colgó el teléfono y se dirigió a Anthony, "¿estás preparado para emborracharte de placer?" Anthony sonrió. "Estoy ansioso por sumergirme en las delicias de la noche." "Así se habla. Vámonos entonces". Salieron a la calle que ya empezaba a adquirir un aspecto sombrío. Mal iluminada daba la impresión de total abandono. Las fachadas de los

edificios mostraban su faz ominosa que amenazaba con abalanzarse sobre el desprevenido transeúnte.

Se pusieron en marcha adentrándose en las espesuras de las *callejas* estrechas. Anthony observaba con gran atención el intrincado laberinto por el que discurrían. Salvador lo sacó bruscamente de sus pensamientos sin darse cuenta. "¿Cómo están tus padres?" "Muy bien. Por cierto, te mandan cariñosos saludos. Les causaste muy buena impresión." "Ellos también me cayeron muy bien. Son estupendos. ¡Ojalá los míos se les parecieran, aunque sólo fuera un poco! Son un par de frustrados que han intentado descargar sobre mí todo el peso de su miseria moral. Pero dejemos ese tema que siempre me pone de mala leche y pensemos en tomar un bocado."

Se habían parado frente a una tasca y Salvador abrió la puerta cediendo el paso a Anthony que entró seguido de su amigo. Se dirigieron a la barra y Salvador saludó, "¡hola, Fermín! ¿Cómo va todo?" "Como siempre. Demasiado trabajo." "No te quejes, que podría ser peor." "Sí. Como a ti, que te persigue la desgracia." Anthony seguía este florilegio con expresión desconcertada, aunque intuyó que debía ser ese aspecto de la complicidad que tanto gustaba a los pueblos mediterráneos. "¿Qué queréis tomar?", se decidió al fin el *barman*. "Ponnos unas cervezas. Y a mí un bocadillo de chorizo de Jabugo", después se dirigió a Anthony y le inquirió, "¿de qué quieres el bocadillo? Fermín los tiene de todas las clases." Anthony se decidió por uno de *bacon* con queso. Después ambos se dirigieron a una mesa situada en un rincón del pequeño salón y se sentaron a esperar las consumiciones. Como más tarde comprobaría el americano, el bar de Fermín gozaba de una arraigada solera entre las gentes del barrio. Sus bocadillos eran muy baratos, lo cual lo convertía en el punto de confluencia de muchísima gente que intentaba saciar allí su hambre de siglos.

"Esta es una parte del barrio que queda un poco fuera del circuito habitual de la *marcha* pero es muy conocido y frecuentado, especialmente por la gente que carece de medios económicos. En su mayor parte tienen abierta cuenta y pagan cuando pueden..." "¿Y Fermín se fía de todo el mundo?" "En principio sí. Cuando alguien le deja un agujero demasiado grande se cabrea un poco, pero enseguida se le pasa. Aunque, a decir verdad, eso no sucede casi nunca. Él y su mujer son las personas más generosas que jamás he conocido", concluyó Salvador sentenciosamente. "Sin embargo no se parece en nada al barrio que me describías en tus conversaciones", se atrevió a decir Anthony. Salvador lo miró con suspicacia y contestó, "tienes razón, quizás lo tengo un poco idealizado. De todos modos, ten en cuenta que sólo has visto una parte ínfima del mismo. Esta noche podrás darte cuenta de las diferencias tan abismales que existen entre sus diversas partes."

En ese momento Fermín acudió trayendo los pedidos. "Buen provecho. ¿Lo apunto en tu cuenta, como siempre?" "Sí. Dentro de una semana la liquidaré." "De lo contrario te liquidaré yo a ti", soltó rápidamente el camarero. Los dos amigos comenzaron a devorar los bocadillos y a sorber las cervezas mientras se miraban a los ojos con cierta complicidad. Anthony, desde su llegada, estaba terriblemente ansioso por hablar del proyecto que le había traído a Valencia, pero en esos momentos sintió que sería una falta de tacto imperdonable hablar de ese tema. Salvador estaba entusiasmado por seguir conversando sobre *su* barrio y por nada del mundo quería enfriar su pasión. Y en efecto, apenas se tomaba un respiro entre bocado y bocado volvía al ataque deshaciéndose en explicaciones sobre el triste destino de un barrio emblemático que había supuesto a lo largo de la historia la confluencia simbiótica de muchas culturas. Era, en síntesis, el paradigma de la convivencia humana y ese substrato era el que todavía pervivía en cada uno de sus rincones y se mostraba al exterior desde la fachada de sus edificios. En las

numerosas conversaciones que habían mantenido sobre el barrio del Carmen, había creído entender que en el fondo lo que importaba eran las huellas de las luchas milenarias que se habían desarrollado, de las cuales los edificios eran los mudos testigos. Por tanto el barrio no era entrañable por su vetustez, sino por las cicatrices que en él habían dejado los innumerables episodios de resistencia contra cualquier forma de tiranía. Era una página abierta de la historia, escrita directamente por sus protagonistas y que cualquiera que estuviera interesado podía leer con más provecho que consultando cualquier manual escrito por profesionales. Salvador estaba entrando ya en esa fase de apasionamiento que hacía de su conversación algo fascinante.

"La anterior alcaldesa de esta ciudad", dijo acaloradamente, "anunció que la única forma de resolver definitivamente los problemas del barrio era introducir los *bull dozer* y arrasarlo para construir en su lugar un barrio moderno y productivo. Era un aspecto más del proyecto modernizador del partido socialista: hacer tabla rasa del pasado y empezar a construir una sociedad con barrios elegantes, aptos sólo para la gente que produce." Su voz se había ido elevando y dominaba casi al resto de conversaciones que se desarrollaban en las mesas vecinas. Algunos clientes se habían vuelto hacia él y parecían seguir su discurso con gran atención.

"Afortunadamente se ha conservado una parte del barrio gracias a la acción de unos pocos vecinos que lograron que una parte de los fondos municipales fueran dirigidos hacia la rehabilitación de los edificios, al menos aquellos más emblemáticos. Pero la desidia, la manipulación, el inevitable trapicheo han hecho del barrio del Carmen una cantera especulativa mucho más rentable que si lo hubieran demolido."

Salvador hizo una pausa y pareció entrar en una especie de trance. Sus ojos parecían extraviados y miraban más allá de la realidad. Sus facciones se contraían en una mueca de furia a medida que se intensificaba su proceso reflexivo. En ese momento alguien dio unas palmadas y todos los concurrentes sin excepción que se habían quedado absortos esperando la continuación del mitin, estallaron en un atronador aplauso que acabó por sacar a Salvador de sus reflexiones.

Éste se levantó sin mostrar gran sorpresa y saludó ceremoniosamente inclinándose en todas direcciones. "Como has podido observar, el tema del barrio despierta expectación en mucha gente", explicó Salvador mientras se sentaba de nuevo. Después preguntó, "¿te apetece un café?" "Sí" Se volvió Salvador hacia Fermín y gritó "Dos cafés." "Oído barra", gruñó el camarero.

"Ahora iremos a un *chiringuito* donde esta noche actúa un grupo de jazz", continuó Salvador dirigiéndose a Anthony. "Allí nos esperan dos amigos míos que seguramente te encantarán. Será el inicio de un viaje por el intrincado laberinto de las sombras de la noche, a través de relaciones que se anudan y deshacen al ritmo frenético del alcohol."

Anthony no entendía nada, pero escuchaba atentamente. "¿Quieres decir que recorreremos varios locales?", preguntó Anthony ingenuamente. "Por supuesto", Salvador se armó de paciencia para explicar de la mejor manera posible el recóndito secreto que envolvía el dulce deambular por los antros de perversión. "Escucha con atención", dijo al cabo de un rato. "Es importante que entiendas el ritual que se establece dentro de una ceremonia que se perpetúa a lo largo de los intersticios que deja libres el lado oscuro del tiempo. De otro modo te será imposible disfrutar plenamente del placer que proporciona".

"Si he entendido bien, quieres decir que la observación de lo que ocurre a tu alrededor es fundamental en este proceso de iniciación..." "Exacto", le interrumpió Salvador que al parecer no captó la ironía que encerraban las palabras del

americano. "Lo has entendido perfectamente; de tu actitud frente a lo que ocurre a tu alrededor depende el conocimiento que adquieres en cualquier lugar que te sitúes. Pues bien, en el caso del barrio, esto es absolutamente imprescindible." Después de una corta pausa, anunció, "vamos decididos a enfrentarnos con tu destino." Ambos se levantaron y se despidieron de Fermín que los saludó con un gesto del brazo. De nuevo el laberíntico callejear por estrechos vericuetos hasta desembocar en una calle amplia por la que ya deambulaba una gran cantidad de gente. Torcieron casi enseguida por una calle menos transitada hasta llegar a un local cuya apariencia externa le confería una cierta personalidad. Ya en el interior comprobaron que estaba casi lleno, a pesar de no haber alcanzado la hora crítica. Salvador giró la vista intentando divisar a sus amigos a través de la espesa niebla formada por el humo de los cigarrillos. Al fin los divisó, sentados en un sofá corrido adosado a la pared, frente a una mesa, en animada conversación. Hacia allí se dirigieron Salvador y Anthony y después de las presentaciones de rigor se sentaron en sendos taburetes frente a Luis y Fernando. "¿Han llegado ya los músicos?", inquirió Salvador. "Creo que sí", contestó Luis. "Aunque tengo la impresión que tenían algún tipo de problema, porque los he visto discutir con Jaime." "Jaime es el dueño de este antro", aclaró Salvador dirigiéndose a Anthony. "Es amigo nuestro, pero está como una moto. Seguro que ha hecho alguna de las tuyas. Por cierto", continuó Salvador dirigiéndose a sus amigos, "Anthony es un gran conocedor de jazz. A él le debo el haber disfrutado de unas estupendas veladas *jazzísticas* en Nueva York." "No exageres", se apresuró a decir el americano.

Un ruido proveniente de un rincón en el que se encontraba situada una especie de tarima con algunos instrumentos musicales les advirtió que la sesión estaba a punto de comenzar. Los problemas parecían haberse resuelto y los músicos se disponían a poner a punto sus instrumentos. En ese momento un joven de unos veinte años se acercó a la mesa y saludó a Salvador y a sus dos amigos, después dirigiéndose al primero le notificó las últimas novedades que se habían producido. "Espero que no faltarás a la próxima asamblea", concluyó. "Descuida. No faltaré", contestó Salvador con una sonrisa. "¡Ah! Por cierto, te presento a mi amigo Anthony que conocí en Nueva York. Ha venido a Valencia a disfrutar de nuestra cálida compañía." Esteban y Anthony se estrecharon las manos y el primero dijo, "¡hola, tío! ¿Cómo te va? No dejes de acudir con Salvador a nuestra próxima asamblea que promete ser interesante." "Iré con mucho gusto", contestó el americano sinceramente.

Cuando los músicos se disponían a comenzar la velada, el ruido de las conversaciones comenzó a disminuir, pero no se apagó totalmente. En ese momento uno de ellos se acercó al micrófono y su voz se esparció por los aires saludando a la amplia concurrencia y anunciando algunas de las piezas que iban a interpretar y sin más preámbulos el saxo lanzó su grito de guerra. Anthony estaba emocionado. No esperaba encontrar su música preferida ya el primer día de su llegada. Seguía las evoluciones de los intérpretes con gran atención y constató que eran realmente buenos.

De pronto sus reflexiones se cortaron bruscamente; al dirigir la mirada a un ángulo del local creyó ver la sonriente cara del taxista que le había llevado desde el aeropuerto a casa de su amigo. Salvador se percató de la expresión de indefinible asombro que había logrado transformar la cara de Anthony habitualmente bastante inexpresiva. "¿Qué te ocurre? ¿Has visto un fantasma?" Anthony giró la vista hacia su amigo y le susurró, "no es nada importante; una tontería." Hizo una pausa y miró hacia el final de la barra donde el taxista parecía hablar con alguien a quien no podía verse desde el lugar en el que estaban situados. De pronto desapareció de su vista

inesperadamente, dándole la impresión de que había tenido una alucinación. "Me había parecido ver al taxista que esta tarde me trajo hasta tu casa." Salvador esbozó una sonrisa como si estuviera burlándose de su amigo. "¿Cómo es?" "Es joven, delgado, bien parecido y con ojos claros." "¿Y dónde está?" "Estaba allí, pero ha desaparecido..." Anthony señalaba al ángulo de la barra y vio al taxista que aparecía y desaparecía tras la pared situada frente al extremo de la barra ejecutando unos extraños movimientos impelido por una fuerza imaginaria. Salvador dirigió la vista hacia el lugar que señalaba el americano y descubrió a su amigo Julio en sus extrañas apariciones y desapariciones. Los músicos habían dado por finalizada la velada y se despedían acompañados por los aplausos del personal y la sonora carcajada de Salvador que llamó a su amigo con un estridente, "¡Julio!", que se impuso al estruendo de los aplausos. Todas las miradas se giraron hacia la mesa y también el taxista parecía buscar el lugar desde el que había salido el grito. Cuando descubrió a Salvador sonrió abiertamente y le dirigió unas palabras al que seguía oculto y se encaminó hacia su amigo sorteando los obstáculos con agilidad y cimbreando su delgado cuerpo con mucha elegancia.

"¡Hola! Salvador", saludó al llegar a su altura. "¡Hola, Julio!", respondió Salvador estrechándole la mano. Julio saludó también a los otros dos y al dirigir su mirada hacia Anthony su cara reflejó un extraordinario asombro. "Tú eres el que he traído esta tarde en taxi hasta la calle En Borrás", dijo con una amplia sonrisa. "Es mi amigo Anthony al que conocí en Nueva York", aclaró Salvador. "¿Eres norteamericano?", siguió Julio. "Sí. Nací en Nueva York." "En un principio pensé que eras sudamericano." "Mi padre es chileno y mi español ha recibido parte de su influencia." "¡Ah! Ya entiendo", el taxista sonreía con gran simpatía a Anthony palmeándole la espalda. Intervino Salvador en ese momento rompiendo en cierto modo la complicidad que entre ambos jóvenes se estaba estableciendo. "¿Con quién hablabas hace un momento?", preguntó dirigiéndose a Julio. Éste se giró hacia él y lo miró sin comprender la pregunta. "No te entiendo." "Hace un momento, cuando te he llamado, estabas hablando con alguien al que nosotros desde aquí no podíamos ver." "¡Ah! Sí. No era nadie en particular", contestó Julio, cuya voz insegura traicionó sus palabras. "Era Mónica, ¿no es cierto?". Julio lo miró como si lo viera por primera vez. Alargó la pausa deliberadamente y al cabo contestó, "sí, era ella, pero ¿cómo lo sabes si no la has visto?" Salvador soltó una carcajada y miró directamente a los ojos de Julio, mientras mascullaba, "sin darte cuenta se te ha deslizado su nombre por el orificio de la nariz." Se volvió a los otros dos que estaban a su derecha observando indiferentes y les espetó, "¿a que vosotros también sabíais con quién estaba hablando Julio?" Ambos sonrieron y asintieron en silencio, pero sin aclararle que desde la posición en que estaban habían podido vislumbrar la menuda figura de la muchacha.

Salvador se volvió de nuevo a Julio y le dijo, "ya te he dicho muchas veces que tu cara es como un libro abierto, querido amigo." "En realidad se estaba ya despidiendo cuando me has llamado. Había quedado citada en "El Trompo" y se le hacía tarde." Salvador volvió a soltar la carcajada y le contestó agriamente, "Mónica siempre llega tarde a todo. Es su profesión." "Por cierto, me ha dicho que os avise que hay una tertulia poética. Promete ser interesante, ya que acudirán todos los poetas del círculo para leer sus últimos trabajos." Salvador pareció cobrar interés al oír la noticia y preguntó, "¿sabes si irá también el inefable Soho?" "Seguramente. Ya sabes que difícilmente falta a esas reuniones." Hizo una pausa y concluyó, "Yo me voy hacia allí; nos vemos" y dirigiéndose a Anthony, "encantado de conocerte" y dando media vuelta se dirigió hacia la salida.

Los cuatro se quedaron en silencio, sumido cada uno en sus meditaciones. El local se había vaciado un poco y permitía observar con mayor detenimiento la espesa neblina que lo llenaba. Salvador se volvió a Anthony y le informó de sus últimos pensamientos sobre el futuro de la noche. "Vamos a cambiar un poco los planes, si no tienes inconveniente." Anthony se encogió de hombros. "Te gusta la poesía, ¿no es cierto?", continuó Salvador. "Sí, pero no toda", respondió Anthony con cierta ironía. "Veo que aprendes con rapidez; pero en este caso el disfrute está asegurado", le contestó Salvador con una sonrisa. "Sabes que confío plenamente en tu buen hacer del que he tenido sobradas muestras desde que te conozco." "Pues no se hable más. ¿Os apetece venir al "Trompo"?", inquirió Salvador dirigiéndose a sus dos amigos. Ambos lo miraron con sorna y Luis respondió interpretando el pensamiento de su compañero, "quizá un poco más tarde. Ahora queremos disfrutar los ecos de la música que acabamos de escuchar." "Como queráis", dijo Salvador levantándose y dirigiéndose a Anthony que también se había levantado, "vamos."

Salvador se dirigió a la salida seguido del americano mientras le hacía una seña al dueño del garito que éste interpretó de inmediato gritándole, "¡Que os divirtáis!" "Gracias, Jaime", el grito de Salvador resonaba aún en el local cuando salieron al aire de la noche en el callejón casi solitario. Giraron a la derecha y se internaron en una estrecha callejuela hasta desembocar en otra calle abarrotada donde las gentes parecían querer defender su mínimo espacio vital. Tuvieron que abrirse paso a codazos y se metieron por otra calle más despejada. Al cabo de pocos minutos llegaban a su destino.

El local ofrecía un aspecto exterior lamentable y lo único destacable era el nombre grabado a fuego en un trozo de madera y colocado por encima de la puerta de entrada. El interior presentaba un aspecto aún más deplorable. Parecía una cueva heredada del Neolítico. Sin embargo, en contraste con la dureza del local, sus habitantes ocasionales que lo llenaban a medias, producían una sensación acogedora. No era muy grande, pero lo suficientemente amplio para no resultar agobiante. No faltaba, desde luego, la espesa neblina de humo a la que Anthony se estaba empezando a acostumbrar a pesar de no haber fumado nunca. La decoración era sobria, algunos cuadros y fotografías colgaban de las paredes de piedra y una serie de mesas pequeñas de mármol redondas con sillas a su alrededor estaban distribuidas ingeniosamente por todo el local. Completaban la decoración unas extrañas lámparas de un decadente *art déco* colgadas del techo y una pequeña y ruinoso barra situada a la izquierda de la puerta de entrada.

Salvador se había detenido apenas cruzado el umbral y giraba la vista en derredor en busca de alguien. "Seguramente la tal Mónica", pensó Anthony mientras seguía observando el local con ojos muy críticos. Anthony fijó la vista en un extraño personaje que iba de mesa en mesa dando extraños saltitos y repartiendo unas hojas de papel. Cuando se disponía a preguntar a su amigo por su identidad, éste se había puesto en marcha dirigiéndose hacia el ángulo más alejado de la sala donde un grupo numeroso de gente charlaba animadamente. El americano se quedó parado sin saber qué hacer, aunque decidió dirigirse a la barra observando que su amigo saludaba al grupo y se encaraba con una chica situada de espaldas, la cual se había girado al reconocer la voz de Salvador.

A pesar de la distancia el americano observó que era muy guapa, "debe ser Mónica", se dijo, mientras apoyaba el codo en la barra esperando los próximos acontecimientos. El muchacho de la barra se le acercó para saber si deseaba algo y Anthony pidió un *chupito* de ron. En el momento en que se lo servían Salvador le hizo un gesto para que se acercara a donde se encontraban.

Anthony con el vaso en la mano se acercó lentamente al grupo. Al llegar a su altura la muchacha que hablaba con Salvador se levantó y lo saludó con un par de besos. "¡Hola, Anthony! Soy Mónica. Me alegro de conocerte. Salvador me ha hablado muy bien de ti." El americano se sintió desconcertado; la efusividad de la chica le había sorprendido agradablemente, pero eso lo puso aún más nervioso de lo que ya estaba. Al contemplarla de cerca había experimentado una sensación muy extraña que no acertaba a comprender. "¡Hola, Mónica!", acertó a balbucear, mientras la contemplaba un poco atontado.

Entretanto el extraño personaje se había también acercado al grupo dando sus acostumbrados saltitos. "Hombre, Salvador, te has dignado acudir", dijo y soltó una carcajada. Salvador lo miró arqueando las cejas y masculló, "sabes que no me perdería una velada de este tipo por nada del mundo." "Ya. Oye, hablando de otra cosa, que digo yo que podríamos montar unos grupos de acción ciudadana. Te lo digo, porque estuve el otro día hablando con Alberto de este tema..." "Me temo Soho que no es este el momento para hablar de estas cosas", le interrumpió Salvador, "por cierto te presento a mi buen amigo Anthony recién llegado de Nueva York. Éste es nuestro mejor poeta, aunque está un poco rayado", continuó Salvador dirigiéndose al americano.

Soho miró a Anthony de arriba a abajo y le tendió la mano, mientras le preguntaba, "¿has venido a Valencia a hacer la revolución?" y soltó su acostumbrada carcajada. Anthony que no se había perdido detalle de la conversación, le estrechó la mano al tiempo que contestaba, "de momento sólo he venido a observar las posibilidades que tiene la ciudad. Vengo en representación de los grupos radicales del *Est Side*." El poeta soltó su eterna carcajada y dijo, "pues podríamos montar una coordinadora intercontinental para acabar con el Imperio." "En eso estamos", concluyó Anthony. Salvador lo miraba sin dar crédito a sus oídos. La noche valenciana comenzaba a influir peligrosamente en el americano. Sin embargo no hizo nada por impedir que Soho cogiera a Anthony por el brazo y se lo llevara a una mesa vacía donde tomaron asiento. Anthony se dejó llevar un tanto indeciso; le habría gustado quedarse cerca de Mónica, pero también le interesaba el personaje que intuía gozaba de una inclasificable popularidad.

Después de tomar asiento, el poeta se apresuró a endosarle una hoja en la que había mecanografiado un breve poema. Anthony la cogió con gran delicadeza y leyó:

En las dolientes tinieblas / de la noche paseo mi / indiferencia / esperando el sublime / momento en que su mano / helada / tocará mi corazón.

Anthony levantó la mano del papel y se dio cuenta que Soho lo miraba fijamente con una amplia sonrisa en sus labios. Comenzó a sentirse un poco nervioso y se maldijo por haberse dejado arrastrar por el poeta. El silencio comenzaba a hacerse opresivo y el americano dudaba entre arrearle un guantazo o seguirle el juego. Optó por lo segundo y se rebulló en la silla mientras soltaba una carcajada. Soho se quedó repentinamente serio y le espetó, "¿te hace gracia mi poema?" "No. En absoluto", se apresuró a decir el americano, "es la situación la que me mueve a risa. Tu poema me parece bueno e intuyo que tienes buenas cualidades de poeta." Soho se quedó pensativo y dijo, "¿lo dices en serio?" "Por supuesto." "Estoy intentando publicar mis sobras completas, pero nadie entiende mi poesía." "¿Tus obras completas?" El poeta lanzó una carcajada y aclaró, "no, hombre. Sobras." Anthony que al principio no había captado la ironía lanzó en esta ocasión una franca carcajada que resonó en toda la sala. "Entonces, ¿todavía no has publicado nada?" "Ni un poema", contestó rápidamente el poeta. Un joven del grupo de Mónica y Salvador se había levantado y anunció a pleno pulmón, "amigos y amigas, vamos a dar comienzo a la velada

poética. Empezaré leyendo una breve poesía que servirá de introducción y a continuación los demás leerán sus trabajos más recientes."

Todo el mundo se había callado y sólo se oía de cuando en cuando el entrecrocarse de vasos y copas. Soho, en voz muy baja, informó al americano, "ese que ha hablado es alumno mío. Le he enseñado todo lo que sabe. Ha publicado ya varios libros de poesía con bastante éxito. Sin embargo su poesía me parece muy blandita y así se lo he dicho en más de una ocasión. A mí particularmente no me gusta." "Silencio", gritó una voz desde el fondo y el poeta que había hablado en primer lugar dio comienzo a la velada.

El americano bendijo en su interior el inicio del acto, porque le justificaba no prestar atención al poeta, pero no obstante se percató que le continuaba mirando fijamente con ojos escrutadores y con una media sonrisa flotando en sus labios delgados. Las poesías iban desgranándose con melodioso ritmo. Cada poeta escogía su propia cadencia que en conjunto resultaba muy agradable. Anthony comenzó a disfrutar del recital poético tan pronto pudo olvidarse de la presencia obsesiva de Soho, pero le hubiera gustado estar en esos momentos cerca del grupo de Salvador y Mónica; mucho más cerca del centro vital de la música que se esparcía armoniosamente por la sala.

Anthony sintió que sus pensamientos se dispersaban siguiendo el ritmo de la poesía y se dejó llevar. Soho lo sacó de su éxtasis cuando le comunicó, mientras se ponía en pie, "ahora voy yo. Observa con atención." Se acercó al grupo y comenzó a recitar una poesía imposible con un ritmo escandaloso que desafiaba cualquier análisis; el americano se estaba preguntando a qué debería Soho su prestigio como poeta y la única conclusión posible fue que se trataba de una broma. Sin embargo, giró la vista por el local y se percató que todos escuchaban su distorsionada cantinela con inexplicable atención. En ese momento Soho dio por finalizado su recital y se dio por acabado el acto. Los aplausos que cosechó el poeta fueron tan vibrantes como los que habían recibido todos los anteriores, lo cual acabó por confundir al americano. Anthony se puso en pie y advirtió que Salvador se dirigía hacia él, "¿qué te ha parecido el recital?" "En líneas generales, fabuloso. El único que desentonaba era quizá Soho." "En efecto. Pero me da la impresión que esa cualidad lo hace entrañable a la gente. De todos modos tienes razón, como poeta puede ser genial, pero como rapsoda es una calamidad", dijo Salvador guiñando un ojo a su amigo. Hizo una pausa mientras dirigía la mirada hacia el grupo de poetas y continuó, "vamos a acabar la noche en un garito donde confluyen las diversas frustraciones que se han ido gestando a lo largo del tiempo del silencio. Es un lugar ideal para estudiar el comportamiento humano fuera de su espacio de relación habitual".

Anthony lo observaba e inquirió, antes que continuara explicándole las excelencias del lugar, "¿tu amiga Mónica viene con nosotros?" Salvador se quedó inmóvil en un gesto indescifrable y tardó unos segundos en reaccionar. "No. Creo que tiene otras cosas que hacer, ¿por qué lo preguntas?" "Por nada. Simple curiosidad", respondió el americano que se sintió enrojecer hasta la mugre de las uñas.

En esta ocasión el laberíntico callejear se prolongó durante largos minutos. El americano iba sumido en sus reflexiones; por fortuna Soho se había enfrascado en una acalorada discusión con el grupo de poetas en el que también estaba Salvador dando su opinión en su clásico estilo burlón. Anthony había decidido dejar la observación, que ya empezaba a cansarle, para mejor momento y se dedicaba a seguir al grupo a corta distancia rememorando las emociones de la noche y sobre todo la cruel diferencia que esta corta experiencia había establecido con su vida neoyorquina.

Se habían internado en una *calleja* estrecha y mal iluminada que parecía el final de su viaje. Se veían en la calle grupos de excombatientes atrincherados tras sus vasos, gesticulando y expresando en voz alta los últimos estertores de su opinión sobre los temas del momento. Salvador se detuvo para esperar al americano que se había quedado un tanto rezagado y le comunicó las últimas advertencias. "Ten mucho cuidado, porque en este lugar suele caer lluvia ácida de vez en cuando." El americano lo miró creyendo que le estaba tomando el pelo. "¿Lluvia ácida?" "Verás, Anthony", dijo Salvador pasándole el brazo por encima del hombro, "este local es pequeño para toda la gente que viene aquí a recoger los frutos de la siembra de la noche. Muchos tienen que quedarse en la calle que como ves es sumamente estrecha y amplifica las conversaciones que de ese modo llegan nítidas a los vecinos, los cuales no tienen ningún interés en escucharlas. Para evitarlo optan por lanzar con muy mala leche, cubos de agua, en algunos casos con algo de lejía. Comienzan entonces los insultos, intentos de invasión a las casas, en fin, un escándalo. "¿Y la policía no interviene?" "Únicamente en el caso que el escándalo alcance proporciones exageradas". Habían llegado a la puerta del local sobre el cual podía leerse en letras pirograbadas sobre un trozo de madera: *El último refugio*. El espectáculo que se ofreció a la vista del americano cuando entraron en el local quedaría fijo para siempre en su memoria: rostros demacrados, ojos de mirada oblicua, muchos con un vaso en la mano ejecutando una extraña danza al ritmo del desasosiego intentaban atrapar el fugitivo tiempo del amor. Anthony reparó en que la mayor parte de los congregados pertenecían al sexo masculino. Sólo dos o tres mujeres, en el mismo estado cataléptico se encontraban confundidas entre los danzantes. Sus amigos se habían acercado a la barra para aprovisionarse de carburante y tras unos instantes Salvador le alargó al americano una copita de ron. Éste sorbió el dorado líquido con lentitud mientras seguía contemplando el insólito espectáculo que se le ofrecía. Salvador a su vez lo contemplaba con una extraña mueca en sus labios que posiblemente quisiera asemejarse a una sonrisa.

Mientras, la ciudad saboreaba la madrugada, preparándose para recibir en breve tiempo los primeros rayos de luz que de nuevo iluminarían intensamente los sueños perdidos de la noche anterior. La luna no tardaría en retirarse saturada de alcohol y diversión afligida una vez más por no haber podido atender, como le hubiera gustado, los más recónditos deseos de sus enamorados y los brazos de la aurora recogerían los últimos pedazos de las pasiones rotas.

La resaca emocional

Tras la tormenta del sábado noche, la mañana del domingo mostraba los estragos causados por la frustración, la alegría y la descomposición de las relaciones. Las calles del barrio del Carmen habían amanecido con los últimos restos del naufragio de la noche anterior. A medida que la mañana iba avanzando desaparecían los últimos testigos de la batalla y aventuraban su presencia en las mismas sus habitantes habituales, ávidos de sol y aire libre. En casa de Salvador el silencio era absoluto a esa hora del mediodía. Algún tiempo después, Anthony empezó a rebullir en su cama; intentó abrir los ojos, pero parecía tener los párpados pegados. Se dio la vuelta y con un supremo esfuerzo se incorporó, aunque seguía sin poder ver nada. A tientas buscó el interruptor de la luz, cuando de pronto se acordó que se encontraba en Valencia y no en su habitación de Nueva York. En unos instantes recordó el largo peregrinaje por los rincones del placer nocturno. La cabeza le dolía horriblemente y por momentos creyó que iba a estallar definitivamente; apartó la sábana y puso con gran cuidado los pies en el suelo. El contacto con el frío de las baldosas pareció

reanimarle, se puso las manos sobre la cara y restregó sus ojos suavemente hasta lograr separar los párpados, pero la tenue luz que se filtraba a través de la persiana de la ventana le obligó a cerrarlos de nuevo. Se levantó de la cama y caminó con paso inseguro hasta la puerta, la atravesó con los párpados entreabiertos y se dirigió al lavabo donde se desnudó y se metió rápidamente en la ducha. El agua resbalando suavemente por su piel le devolvió la vida y empezó a recobrar la seguridad; su mente comenzó a funcionar de nuevo, al principio lentamente, luego con mayor rapidez hasta adquirir su ritmo habitual. Cerró el grifo y comenzó a secarse con parsimonia mientras ordenaba sus ideas; pensó que ya iba siendo hora que empezase a trabajar en su proyecto. Se puso el albornoz y pasó a la cocina a prepararse el desayuno; un café bien cargado le ayudaría a deshacerse de las últimas telarañas que todavía le quedaban en el cerebro. Con una taza de humeante café se sentó en la mesa del comedor con su bloc de notas en la mano y su pluma dispuesta para la batalla. Cuando se disponía a escribir las primeras líneas recordó que todavía no había llamado a sus padres. No conseguía explicarse cómo era posible que se hubiera olvidado de ellos; parecía verlos todavía en el aeropuerto Kennedy despidiéndolo y a su madre dictándole las últimas recomendaciones. Lo atribuyó a las emociones que le habían embargado desde que llegó a España; pero de todos modos era imperdonable. Mecánicamente echó un vistazo a su muñeca para ver la hora, pero el reloj parecía haberse ido de vacaciones; se encogió de hombros, de todos modos seguro que todavía era demasiado temprano en su pueblo. Imperceptiblemente comenzó a recordar aquella noche, durante la cena; fue entonces cuando tuvo ocasión de conocer a sus padres en toda su dimensión ética. Si antes los quería con toda la fuerza de su corazón, en aquellos momentos le hubiera gustado gritar su alegría. Mientras recordaba este episodio, dos gruesas lágrimas que no pudo contener se deslizaron por sus mejillas.

"Entonces, ¿estás completamente decidido a lanzarte a la aventura?", dijo el padre de Anthony dirigiéndose a éste. "Hace menos de una semana todavía tenía mis dudas, pero ahora estoy convencido, ¿es que hay algún inconveniente?", respondió Anthony levantando la vista del plato de canelones y dirigiéndola hacia su padre con una cierta mirada de desafío. "En absoluto, hijo", se apresuró a contestar Antonio, "era una simple pregunta." La madre le cogió la mano con cariño y terció con voz dulce. "Hijo mío, nosotros no somos tus enemigos; únicamente queremos saber cuáles son tus intenciones. De esa forma nosotros podremos ayudarte mucho mejor sin equivocaciones dolorosas." Anthony entendió el velado reproche de Virginia y bajó la vista un tanto avergonzado y pensativo. Al cabo de un rato levantó la vista y miró a sus padres con ojos de gratitud. "Lo siento. Conozco perfectamente vuestras intenciones y ni por un momento he dudado de vuestra sinceridad al decir que me apoyaríais en todo..." Sintió que la emoción le estrangulaba las palabras. Su madre al darse cuenta le apretó la mano cariñosamente. Antonio rompió la tensión diciendo, "Anthony, ya sabes que Salvador nos parece una magnífica persona, con un gran corazón, pero también nos damos cuenta que es muy contradictorio. Le gustaría ser un hedonista y atender únicamente a sus deseos, pero a la vez esa misma tendencia le provoca problemas trascendentales. Y lo más grave es que no es consciente de ello. Sólo queremos que no te haga daño." Anthony lo miró con los ojos muy abiertos, sorprendido de la agudeza de su padre. "Tienes mucha razón, papá; sin embargo no puedo evitar sentir una fuerte atracción hacia él. Nuestra amistad en estos meses se ha llegado a convertir en algo indestructible." "A nosotros también nos atrae muchísimo su personalidad, hijo", volvió a terciar su madre. "Tu padre y yo hemos

hablado mucho de ello y cuando nos dijiste que pensabas ir a Valencia a investigar sobre tu tesis a los dos nos sobrecogió el mismo temor. No obstante fue sólo un momento, en seguida nos pusimos de acuerdo en que era necesario no ser un obstáculo para ti".

Un fuerte ruido, como de un objeto muy pesado golpeando el suelo, sacó a Anthony de sus recuerdos y lo volvió a la realidad. Acudió presuroso a la habitación de Salvador de donde parecía haber provenido el ruido y preguntó, "te ocurre algo, Salvador." "No. No es nada. No te preocupes, Anthony", se oyó la voz de Salvador algo ronca. "Creo que me he levantado con mal pie, eso es todo." Anthony se quedó un momento inmóvil junto a la puerta, pero ya no oyó ningún ruido anormal. Seguramente la resaca de Salvador era mucho más impresionante que la suya. Volvió al salón y se puso a la tarea de ordenar sus ideas. Provisto de su libreta de notas, hizo un repaso general del proyecto de tesis y anotó algunas consideraciones de última hora. Ardía en deseos de hablar con Salvador. En ese momento la puerta de la habitación de su amigo se abrió y éste gruñó un "buenos días" que Anthony se apresuró a contestar con alegre jovialidad. Pronto el ritmo producido por el agua de la ducha le avisó que su amigo no tardaría en encontrarse en condiciones de atender a sus requerimientos. En efecto, Salvador acabó su aseo y rápidamente salió del baño dirigiéndose directamente a la pequeña cocina situada en un ángulo del salón. "¿Hay café?", preguntó. "Algo queda, pero mucho me temo que debe estar ya frío", contestó el americano. "No importa. Haré más; ¿quieres tú también?". "Está bien. Tomaré otra taza." Sentados a la mesa, sorbiendo tranquilamente su café, los dos amigos se miraron a los ojos y sonrieron. Fue Salvador el primero en romper el silencio. "¿Cómo has amanecido esta mañana?" "Con un fuerte dolor de cabeza, pero ya se me está pasando", contestó Anthony. "Yo estoy como si en mi cabeza estuviera bailando una danza frenética una legión de salvajes. Hacía tiempo que no tenía una resaca tan impresionante." El americano lo miró un poco consternado; ardía en deseos de comenzar a charlar con Salvador del tema que le preocupaba, pero al mismo tiempo pensaba que quizá no era aquél el mejor momento. "Quisiera comentarte algo, pero quizá no sea éste el momento más adecuado", se lanzó el americano con una fórmula ambigua. "¿Tan importante es lo que tienes que decirme?". "No. En realidad es una tontería, pero estoy sobre ascuas." "Pues, adelante", animó al americano. Anthony se sintió estimulado por la sorprendente jovialidad de su amigo y perdió ya todo temor a pulsar el tema. "Se trata del trabajo que he venido a hacer. Me gustaría que me dieras algunos datos sobre Radio Klara para poder empezar a trabajar y sobre todo que me facilites algunos contactos con los que poder iniciar algunas entrevistas sobre la radio", el americano se calló con el resuello cortado y en ese momento se percató que Salvador lo miraba muy sorprendido e incluso creyó percibir cierta mirada de odio en sus ojos, pero lo atribuyó a su especial estado resacoso.

Las primeras palabras de Salvador salieron de su boca muy lentamente, como si las estuviera saboreando, pero eran como dardos envenenados que lanzaba directamente al corazón de su amigo. "No me lo puedo creer", había empezado, prosiguiendo enseguida. "La gente como vosotros, americanos de clase media con la vida resuelta, os permitís el lujo de ser de izquierdas. Mostráis un interés desmedido —posiblemente auténtico, no voy a discutirlo, pero eso lo hace aún más patético— por los pueblos oprimidos y pretendéis con vuestros discursos rancios salvar de la miseria creciente a esas gentes que el Imperio de occidente, con Estados Unidos a la cabeza, ha sumido en la desesperación. Elaboráis teorías muy sugestivas para

parapetaros tras ellas y así esconder vuestra vergüenza. Tu adorado Chomsky, con su brillante verbo, no hace otra cosa que servir de justificación al rostro descarnado de la América real. La misma que te ha financiado para que vengas a Valencia a hacer un brillante estudio sobre los desesperados intentos de una banda de desarrapados para demostrar al mundo que a pesar de todas las dificultades son capaces de elaborar un discurso independiente del poder y de los medios de comunicación *oficiales*".

A medida que hablaba, Salvador elevaba sin darse cuenta el tono de voz y su rostro se contraía en una mueca de desprecio. Por un momento pareció que había perdido el hilo del discurso; pero en un instante continuó, abriendo mucho los ojos. "Un discurso independiente, ¿para decir qué? Vaguedades, tópicos, que ni siquiera son divertidos. La mayoría de los programas que hoy están en antena son tan aburridos que ni siquiera sus más fieles adeptos son capaces de tragarse". Por un momento pareció darse cuenta que Anthony le escuchaba atentamente con un asombro indescriptible reflejado en su cara. No entendía en absoluto las razones que habían movido a Salvador a lanzarle a la cara semejante admonición. Máxime teniendo en cuenta que no había habido anteriormente ningún indicio que hiciera temer parecida explosión de ira.

Salvador, exhausto por la vehemencia que había empleado, se dio media vuelta y, sin una palabra más se metió en su habitación cerrando la puerta tras de sí. Anthony se había quedado sentado en su silla como petrificado. Todavía le costaba dar crédito a lo que había oído; en principio pensó que Salvador le estaba tomando el pelo como era su costumbre, pero poco a poco fue tomando conciencia de la cruda realidad.

Todo había sido una broma. El americano no sabía qué hacer así que tomó la decisión de darse una vuelta por la ciudad para tratar de olvidar el asunto.

Se acabó de vestir y se pertrechó de una guía de la ciudad de Valencia que había tenido la precaución de comprar en Nueva York. "¡Visite la ciudad más viciosa del mundo!", anunciaba el cartel publicitario y Anthony pensó en ese momento que algo había de razón, lo único que variaba en todo caso era la definición de vicio.

Salió a la calle que estaba muy tranquila a esa temprana hora de la tarde. Se detuvo un momento apoyado en la pared de la fachada y desplegó el mapa de la ciudad. Quería proyectar un itinerario que le permitiera ver lo más significativo de la urbe monumental. Normalmente le gustaba callejear al azar dejándose conducir por las calles hacia un destino ignoto; pero en esta ocasión decidió trazarse una ruta. Con un lápiz dibujó una línea desde donde se encontraba intentando hacerla pasar por todos los monumentos que parecían sobresalir del lugar donde se encontraban. Se asemejaba a uno de aquellos juegos en el que tienes que unir toda una serie de puntos situados al azar sin que la línea que los une se cruce. No consiguió esto, pero cuando acabó observó que el resultado era satisfactorio.

Sin más dilación se encaminó a la calle Baja y la recorrió en toda su longitud hasta llegar a la plaza de San Jaime y desde allí, tras un momento de vacilación se dirigió a la calle Quart. Aún no había recorrido la mitad de esta calle cuando observó cerrando el paso al fondo unas impresionantes torres; aceleró el paso y pronto llegó al pie de ellas. "*Una de las más famosas puertas de la muralla medieval de Valencia*", rezaba la guía. "*Su denominación deriva del pueblo de Quart de Poblet siendo primero un sencillo portal. Su construcción, tal como hoy puede admirarse, data de finales del siglo XV*", continuó leyendo, "*... hasta 1931 fueron utilizadas de prisión militar...*"

Anthony cerró la guía y alzó la vista retirándose un poco para poder verla con mayor comodidad. Le dio la vuelta completamente y se quedó parado en la parte frontal que

daba a la calle Guillén de Castro. "Es impresionante", pensó. "Esos agujeros deben ser los mudos testigos de cien batallas".

Después de unos minutos de atenta contemplación, volvió a consultar el mapa y se dirigió a la calle Murillo muy cerca de las torres. Después de recorrerla completamente giró a la derecha y desembocó en una gran avenida. Tras caminar unos pasos pudo contemplar a su derecha la vetusta Iglesia de los Santos Juanes y a su izquierda, casi enfrente, el siguiente ejemplar monumental: la Lonja y un poco más allá, frente a ésta, el Mercado Central. La cercanía de tantos edificios singulares lo puso en un gran estado de excitación así que trató de serenarse y poner orden en el recorrido. No tenía ninguna prisa y esto era fundamental para saborear la arquitectura histórica que prometía ser muy interesante, tal como le había dicho su amigo. Contemplaba la Lonja y se sentía fuertemente atraído hacia ella; se dedicó a admirar la fachada principal centrada por una grandiosa puerta flanqueada por airoso pináculos y ampliamente ornamentada. Al cabo de unos momentos de contemplarla cruzó la calle y subió las escalinatas de la puerta para observarla con detenimiento. Naturalmente estaba cerrada, pero se prometió a sí mismo averiguar las horas de visita, ya que el interior prometía ser igualmente impresionante. "*Palacio comercial*", leyó en la guía. "*Sustituyó a la primitiva lonja del aceite, derruida en 1469, por considerarse insuficiente. Las obras de la nueva lonja empezaron en 1482 y terminaron el 19 de marzo de 1498.*" El americano se regodeó en la lectura de los materiales empleados: "*Se construyó totalmente en sillería de la excelente piedra calcárea de Masarrochos.*" Bajó las escalinatas de la puerta y se dirigió a otras escalinatas que conducían a una de las fachadas laterales en la cual observó otra puerta más pequeña, pero igualmente cerrada. Las escalinatas se repetían en el otro extremo de la calle de la Lonja y pudo observar que el esquema de la fachada principal se repetía en la parte trasera. El americano seguía leyendo, ávido de conocer el pasado heroico de la ciudad. Dio la vuelta al edificio por el otro lado y se quedó un momento parado contemplando algunos de los ornamentos que remataban la fachada. "Es realmente soberbio", musitó.

Con la imagen del edificio de la Lonja todavía en su retina y una expresión de éxtasis en su semblante se dio la vuelta y cruzó la calle lentamente. El tráfico rodado era muy escaso a esa hora de la tarde y el paseo le estaba resultando muy agradable; parecía haberse olvidado de la patética escena que había vivido poco antes. Mientras cruzaba la calle entrevió la fachada principal del Mercado Central situado un poco a la izquierda del lugar en el que se encontraba y apresuró el paso.

Al principio tenía carácter de feria los jueves, ya que se encontraba fuera de las murallas cuando comenzó en el siglo XIII. Cien años después ya era diario y central, después que se ensanchara la ciudad y el mercado quedara ubicado dentro del recinto amurallado. Sin embargo hasta el siglo XX continuó siendo un conjunto de tenderetes que se colocaban y desmontaban cada día. A principios de este siglo se iniciaron las obras del edificio que quedaron terminadas en 1928. Las formas, de mucho efecto plástico y óptico y abundante decoración de cerámica, hierro y cristal, caracterizan este monumento, brillante; a la vez modernista y sensible a un utilitarismo progresista.

Anthony dejó de leer y alzó la vista. Estaba al pie de las escalinatas que suben hasta la entrada principal. Se alejó unos pasos para aumentar la perspectiva y poder ver mejor la cúpula central. "¡Fabuloso!", musitó. "No es extraño que sea el más grande del país en su género y uno de los más grandes de Europa." Comenzó a caminar con intención de circundarlo, pero después de unos pasos desistió. "Es impresionantemente grande. En total son 8160 metros cuadrados edificados. Vendré

a comprar algún día y me recrearé en los detalles”, se prometió. “En día de mercado debe ser una experiencia increíble”, mientras seguía con sus reflexiones había desplegado el plano de la ciudad y murmuró: “Todo recto por esta avenida llegaré a la plaza del Ayuntamiento. ¡Vamos allá!” Aunque paseaba con una lentitud que denotaba el placer que sentía en esos momentos no tardó en desembocar en la gran plaza. Se quedó parado unos momentos intentando abarcarla con la mirada. El surtidor central llamó su atención y al girar la vista observó un extraño edificio que le fascinó. Buscó en la guía y no tardó en encontrar lo que buscaba. “¡Ah! Sí. Es el edificio del cine Rialto”.

Construido en 1939 en una parcela compleja, tiene también fachada a la calle Moratín.

“Será la calle de atrás”, pensó Anthony. Dio un vistazo al plano. “Aquí está. Efectivamente es la calle paralela a la plaza.”

Hoy convertido en sede de la filmoteca valenciana. El arquitecto compensó la limitación de la angostura en la parte recayente a la plaza con una distribución asimétrica en la fachada, dentro de pautas racionalistas que la compensan ventajosamente.

“Bueno ya sé donde está la filmoteca.” Hizo intención de cruzar la calle, pero se lo pensó mejor. “Ya volveré otro día para ver la programación. Si me acerco ahora corro el riesgo de cancelar la visita a la ciudad”, pensó, venciendo su pasión por el cine.

“Ateneo Mercantil”, leyó en el edificio contiguo.

Destaca sobre todo su fachada por sus cinco grandes vanos abiertos sobre la planta principal, destacando sobre cualquier otra nota la sobriedad y la belleza.

“Un edificio singular, no cabe duda”, musitó Anthony absorto en su contemplación. Siguió caminando hasta llegar al edificio del Ayuntamiento, dirigiendo su vista hacia el precioso mercado de las flores que se encontraba situado en medio de la plaza, justo entre donde se encontraba y el edificio de Correos que le sorprendió por su magnificencia.

Este edificio ejemplifica el tipo de arquitectura de signo más ecléctico y afrancesado, repitiendo un poco el esquema de la nueva fachada del Ayuntamiento.

Anthony dejó de leer y se volvió hacia éste; se retiró un poco hacia atrás para ganar perspectiva y lo contempló detenidamente “Pues me gusta más el edificio de Correos. De hecho me gusta más cualquier monumento de la plaza que el propio Ayuntamiento”, murmuró pensativo. El americano se encontraba en un estado de gran excitación. Siempre le había entusiasmado deambular por las ciudades; pero éste era su primer viaje fuera de Norteamérica y su primer contacto con la vieja Europa, la de los legendarios castillos feudales que habían inflamado su imaginación adolescente. Sin embargo era consciente de su ignorancia en lo que se refería a arquitectura, lo cual no le impedía disfrutar del espectáculo y por eso mismo pensó que no podía regresar a su casa sin visitar antes Francia o Inglaterra... Hizo un gesto con la mano en un vano intento de ahuyentar sus pensamientos y en ese momento se dio cuenta que un par de chicas que pasaban sonreían al verlo. Anthony intentó disimular manoteando como si estuviera ahuyentando algún animal dañino lo cual contribuyó a aumentar la hilaridad de las muchachas que se alejaron corriendo. Completamente azorado se quedó petrificado frente al edificio del Ayuntamiento semejando una estatua que algún imaginario escultor hubiera añadido a la fachada. Tardó todavía unos minutos en recuperar su estabilidad emocional y comenzó a caminar lentamente hacia la Avenida Marqués de Sotelo. Levantó la vista y la vio, “¡carajo! Debe ser la estación del ferrocarril, pero parece una reproducción de la Lonja.” Apresuró el paso y no tardó en llegar al extremo de la calle percatándose en

ese momento que todo el frente de la estación estaba rodeado por maquinaria de construcción. “¿Qué estarán haciendo?”, se preguntó intrigado. Mientras cruzaba la avenida consultó su guía y se fijó en una fotografía de la Estación. “¡Qué pelotudos! Han quitado la verja que circundaba el recinto.” Un gran cartel avisaba del motivo de los trabajos: *Obras de construcción del tramo de enlace del Metro. Perdonen las molestias.* Con cuidado soslayó las obras y se coló en el patio de la estación situándose frente al edificio lo más retirado posible para verlo con mejor perspectiva. Volvió de nuevo a servirse de su inapreciable guía y leyó:

Se construyó a principios de siglo en la zona próxima a la antigua puerta de Ruzafa. La Avenida que une la estación con la plaza, llamada entonces de Emilio Castelar, se proyectó al mismo tiempo. El edificio es de planta rectangular con dos zonas claramente diferenciadas: el gran hangar y el edificio de viajeros propiamente dicho, de planta en U y pilares independientes de la estructura del hangar.

Levantó la vista y observó con detenimiento la fachada que seguía teniendo para él un evidente parecido con el edificio de la Lonja.

La fachada principal, predominantemente horizontal, presenta unas torres laterales, que recuerda, sin duda, la de la Lonja, “¡Eureka!”, no pudo evitar exclamar, “juro que no había consultado la guía”, como si necesitara convencerse a sí mismo que no había hecho trampas, lo que denotaba que estaba bastante acostumbrado a hacerlas.

Estilísticamente este edificio puede ser relacionado con la Sezession vienesa y especialmente con Otto Wagner.

“¿Qué diablos es la Sezession vienesa?”, protestó inconscientemente.

Mecánicamente buscó en el índice y encontró un apartado de aclaraciones, en el que, inesperadamente encontró lo que estaba buscando: término referido al trabajo realizado dentro de la corriente Art Nouveau, por un grupo de la vanguardia vienesa conocido como *Wiener Sezession* en la última década del siglo XIX.

Satisfecho de su sagacidad se dirigió al interior de la terminal. El *hall* era amplio, pero con evidentes muestras de haber sido restaurado, aunque sin duda se había procurado recuperar la decoración original. *En el zócalo observó el americano cartelas de cerámica recortada con las palabras “Buen Viaje” en muchos idiomas.* Rápidamente se dirigió al hangar. La actividad en esa hora de la tarde era muy intensa; los viajeros se entrecruzaban por la gran puerta de acceso a los andenes, por las que Anthony se dejó conducir confundido con la multitud. “Es impresionante”, musitó.

El gran hangar es de planta rectangular y cerrado con estructura de arcos articulados de acero laminado, rezaba la guía. “Parece que se ha recuperado el placer de viajar en tren. Da la impresión que esta estación soporta un tráfico considerable y combina la belleza de sus estructuras con la efectividad en el servicio.” Mientras así reflexionaba el americano paseó un buen rato por el ancho vestíbulo admirando su armoniosa estructura, después salió de nuevo al patio y se quedó mirando la monumental plaza de toros casi pegada a la estación que ya había tenido ocasión de vislumbrar antes. Sin pérdida de tiempo sorteó cuidadosamente las obras y se quedó parado al pie del redondel.

La plaza, en su ruedo, tiene planta poligonal de cuarenta y ocho lados. El terreno en el que fue construida fue donado al Hospital que decidió su construcción, con el fin de recoger fondos para atender a sus necesidades. Exteriormente es de ladrillo visto con decoración de orden Corintio, imitando el anfiteatro de Nimes y con recuerdo del Coliseo Flavio de Roma.

Después de un largo rato decidió dar la vuelta completa, pero por la izquierda la plaza estaba unida a una serie de edificaciones, así que optó por girar hacia la derecha, pero igualmente llegó a un punto en el que la circunferencia se diluía en los edificios que la aprisionaban sin dejar resquicio. Distráido comenzó a caminar pensando en el espectáculo que ofrecían estas plazas, semejantes a los que en Roma ofrecían los coliseos. “El olor de la sangre excita a las bestias salvajes”, pensó el americano. La llegada a una amplia avenida le devolvió a la realidad. “¡Puñetas! ¿Dónde estoy?” Por fortuna traía consigo el plano que pronto lo situó adecuadamente. “Voy exactamente en sentido opuesto al que quiero ir, como ya es habitual en mí”, musitó. “Tengo que seguir por esta calle y salir de nuevo a la Plaza de Toros; desde allí puedo continuar por la calle Colón...” Plegó el plano y comenzó a caminar con gran seguridad por la calle Ruzafa. No tardó en enfilarse por la calle Colón abarrotada de paseantes a esa hora de la tarde, exprimiendo al máximo sus últimos placeres. Los escaparates ofrecían al paseante su tentadora mercancía. Prendas de vestir, cosmética, artículos deportivos. El americano los miraba con aire indiferente; le fascinaba más ver a los endomingados transeúntes, paseando con sus familias o a las parejas estrechamente entrelazadas o simplemente cogidas de la mano. “Resultaría divertido si no fuera tan trágico”, no pudo evitar reflexionar. Tuvo tiempo de pensar en muchas otras cosas antes de llegar casi al final de la larga calle, en la que se quedó parado viendo el monumento que se ofrecía a su vista en medio de una gran plaza donde la calle finalizaba. “Debe ser el arco del triunfo. ¿Triunfo de qué? No me gustan esa clase de monumentos.” Para evitarlo dobló a la izquierda por la primera bocacalle y se encontró inesperadamente al final de la misma en unos preciosos jardines rodeados de una verja. Anthony buscó frenéticamente en la guía y al fin encontró la denominación: “El Parterre”.

Está considerado el lugar más bajo de la ciudad y, desde su creación a mediados del siglo XIX, ha sufrido muchas transformaciones.

Anthony cruzó la calle y se introdujo en el interior. Tenía forma rectangular con un acceso al mismo en cada uno de sus lados; mucho más largo que ancho, daba, sin embargo, la impresión de espaciosidad y proporcionaba una agradable sensación de bienestar. Algunos árboles distribuidos en diferentes ángulos parecían quererlo proteger de miradas curiosas. Después de un largo rato de contemplación, se sentó en el muro con la espalda apoyada en la verja frente a un enorme árbol. Se encontraba extasiado contemplando lo que él creía un secuoya milenario (en realidad era un ficus centenario), cuando el estómago le avisó que todavía no había probado bocado. Se levantó y giró la vista en derredor, divisando un bar en una de las esquinas de la calle que desembocaba en el final del jardín, cerca de donde se encontraba en esos momentos. El lugar presentaba un aspecto ideal; con una gran cristalera que se extendía por ambas paredes que formaban el ángulo de la esquina. “Ya sólo falta que den de comer para que sea perfecto”, se dijo.

Abrió la puerta y observó varias mesas alineadas bajo las ventanas tal como había imaginado. El local estaba muy concurrido, pero había un par de mesas vacías, una de ellas situada cerca del ángulo en lugar discreto desde la que se dominaba la plaza de Tetuán y el jardín central, es decir “La Glorieta” en el que se podían admirar una serie de árboles de una gran belleza. Se encontraba en esta contemplación beatífica de sus plantas preferidas, cuando le llegó la voz del camarero, “¿qué desea, caballero?” Anthony giró la cabeza y contestó mirándolo, “quisiera comer algo, si es posible.” “Por supuesto. Tenemos platos combinados y también bocadillos. En seguida le traigo la carta.”

El camarero trajo un folio plastificado en el que se encontraban distribuidas asimétricamente una larga serie de sugerencias en platos combinados, bocadillos fríos y calientes y un par de ensaladas. El americano estudió el menú detenidamente y se decidió por un plato combinado compuesto de huevo frito, chuleta de cerdo y patatas fritas. Levantó la mirada hacia el camarero que se acercó para tomar nota del encargo. “Tráigame el plato combinado número 13 y una cerveza.” “¿Le apetece una ensalada?”, preguntó el camarero, mientras recogía la hoja plastificada. “No. De momento, no, gracias”, contestó Anthony, después de pensarlo un momento. Mientras esperaba que le trajeran la comida se dedicó a observar a los circunstanciales habitantes de la glorieta. Varias parejas estaban sentadas en los bancos arrullándose tiernamente; otros representantes de ambos sexos, de edades y posición social diferente, se dedicaban a pasear el perrito. “Con permiso, señor”, la voz del camarero que le traía su encargo le sacó de sus reflexiones. Cuando hubo terminado de disponerlo todo, Anthony le dio las gracias y comenzó a atacar el contenido del plato lleno hasta los bordes. Era uno de sus manjares preferidos y, contrariamente a su costumbre, comía con gran voracidad. Enfrascado en esta gratificante tarea no se percató de la presencia de una mujer relativamente joven, muy atractiva, que iba vestida con una falda de color caramelo por encima de la rodilla y un jersey rosa pálido muy ajustado. Se detuvo junto a la mesa atisbando por el ventanal; se la veía preocupada, como si temiera la presencia de alguien. Después de unos instantes pareció tranquilizarse y tras lanzar al americano una mirada distraída se dirigió a la barra y se sentó en uno de los altos taburetes que allí se encontraban.

Anthony había ya dado cuenta de la comida y el camarero acudió solícito para preguntarle si deseaba alguna cosa de postre. Tras quedarse pensando unos momentos decidió pasar directamente al café. “No. Tomaré un café solo.” “Muy bien, señor.” Cuando el camarero se retiró, Anthony descubrió a la chica sentada en el taburete con las piernas cruzadas, mostrando una generosa porción de las mismas. La chica se había percatado de la observación del americano y cuando sus miradas se cruzaron, ésta le sonrió abiertamente. El americano apartó rápidamente la mirada y se dedicó a contemplar la calle cuyo tráfico se intensificaba por momentos. No tardó el camarero en servirle el café y Anthony se dedicó a remover el azúcar con apariencia distraída. “Te importa si me siento en tu mesa; no hay ninguna otra libre.” Anthony giró la vista sorprendido. La muchacha estaba plantada frente a él con una cerveza en la mano. Como tardase en responder, la muchacha se disculpó, “perdona, no quería ser impertinente.” Se disponía a dar media vuelta cuando Anthony salió de su estupor. “No, no. Perdóname tú a mí. Ha sido la sorpresa. Por supuesto que puedes sentarte a la mesa. Será un placer.” La muchacha le dedicó una amplia sonrisa y se sentó frente a él, junto a la ventana, mirando insistentemente a través de los cristales. Anthony la miraba discretamente apreciando la belleza de sus facciones. “Tú no eres de aquí, ¿verdad?”, dijo la muchacha buscándolo con la mirada. “No; no soy valenciano, soy chileno”, mientras hablaba se estaba preguntando la razón por la que había mentido, pero no halló respuesta. “Ahora entiendo tu extraño acento”, dijo la muchacha con desparpajo y continuó su interrogatorio, “¿y llevas mucho tiempo aquí?” “No, en realidad llegué hace dos días. Todavía no conozco la ciudad; precisamente esta tarde la estaba dedicando a hacer un recorrido por los lugares más representativos.” “Tiene rincones muy bonitos, especialmente la parte antigua. A mí me resulta entrañable esta ciudad”, dijo la muchacha con aire melancólico. “¿Tú tampoco eres de aquí?”, preguntó extrañado Anthony. “Soy valenciana, pero no nací en la capital. Soy de Carlet, una pequeña ciudad encantadora a no muchos kilómetros

de aquí.” “Entiendo.” “La verdad es que he vivido prácticamente toda mi vida en Valencia. Me vine muy joven a vivir con una tía mía, porque el pueblo me agobiaba.” Se hizo un silencio que a Anthony le resultaba embarazoso. La chica continuaba mirando obsesivamente a través de la ventana y parecía haber dado por finalizada la conversación, seguramente por falta de atractivo para ella. Estaba sumido en esos negros pensamientos sin saber qué postura adoptar, ni tampoco como reiniciar una conversación que parecía haber agotado ya todas sus posibilidades, cuando la joven se volvió de nuevo hacia él y empezó diciendo: “¡Qué difícil resulta hablar con alguien cuando no se conoce a la otra persona, ¿verdad?” Lo miraba sonriendo, mostrando su blanca hilera de dientes, perfectamente dispuestos, lo cual aumentaba aún más la belleza de la chica. “Para empezar podríamos presentarnos. Mi nombre es Vanessa”, y le tendió la mano que el americano la estrechó con fuerza, al tiempo que respondía, “el mío es Anthony.” “¿Anthony?”, la extrañeza de la muchacha hizo que el joven se diera cuenta del error que había cometido y comenzó, como siempre hacía cuando alguien lo cogía en falta, a estrujarse el cerebro en un intento desesperado por enmendar la situación sin aparecer como un cretino. Al fin se dio por vencido y rindió homenaje a la sinceridad. “Sí, en realidad soy norteamericano.” La muchacha arrugó la cara en un gesto de infinita incredulidad. “¡Huy! Eres un mentirosillo.” “No, ahora no, te lo juro. Nací en Nueva York, pero mi padre es chileno; de ahí ese acento particular que llamó tu atención; en cambio mi madre es norteamericana. Todavía ignoro porque te menté antes, quizá fue por no tener que dar tantas explicaciones. Lo siento.” La sinceridad del muchacho era tan evidente que Vanessa se sintió conmovida. “Te creo, Anthony. De verdad”, guardó silencio unos instantes y añadió.” Entonces has venido a Europa de vacaciones.” “Si y no”, contestó Anthony, “en principio vine a realizar un estudio sociológico, pero el amigo que me lo propuso me ha traicionado”, se quedó pensativo y luego añadió, mientras extraía de la bolsa la guía de la ciudad, “precisamente estaba admirando la ciudad más perversa del mundo, intentando olvidar este asunto por el momento.” “¿Has dicho perversa?” “Exacto. Eso es lo que dice la guía que compré en Nueva York; mira.” “*VALENCIA, THE MOST PERVERSE CITY IN THE WORLD*”, leyó la muchacha. “Es cierto. ¡Qué gracia!” “¿Sabes inglés?”, se sorprendió Anthony. “En realidad no. Sólo lo leo y con bastante dificultad.” “¿Lo utilizas en tu trabajo?”, preguntó Anthony sin demasiada curiosidad, sólo por llenar el vacío. “Un poco, pero me defiendo bien”, Vanessa lo miró y al final estalló en una carcajada. “Te vas a reír. Me dedico a la cosmética; es decir, intento dar a las mujeres una apariencia más atractiva. Muchos productos vienen de Estados Unidos y a fuerza de leer las instrucciones me he familiarizado con el idioma. También leo algo de francés por el mismo motivo.” “Es una profesión muy interesante”, replicó Anthony, por decir algo y luego añadió a modo de cumplido, “sin embargo a ti no te hace ninguna falta.” La muchacha lo miró con la gratitud reflejada en su semblante; efectivamente, el maquillaje que llevaba era muy discreto y apenas se le notaba. “Eres muy amable.” Se hizo de nuevo el silencio que la muchacha aprovechó para mirar de nuevo a través de la ventana. Al cabo de un rato dijo sin volver la cabeza, “creo que ya tenemos algo en común.” Anthony miraba su perfil de diosa griega sin acertar a comprender lo que la joven quería decir. “Me refiero a la traición”, dijo girando la cabeza hacia el muchacho. “A mí también me ha traicionado un amigo.” La cara de Vanessa se había ensombrecido y parecía a punto de llorar. “Lo siento de veras, porque me da la impresión que lo tuyo ha sido peor.” “Bueno, no importa”, dijo la muchacha recobrando su habitual jovialidad. “¿Has acabado ya tu gira turística por la ciudad?” “No. En absoluto. Sólo había hecho un alto en el camino para reponer fuerzas, porque no había comido nada desde esta mañana”, se apresuró a contestar

Anthony, “aun me quedan algunas zonas que me gustaría recorrer y que parecen interesantes.” “¿Te importa si te acompaño?” “Al contrario. Quería proponértelo, pero no me atrevía a hacerlo”, dijo el americano visiblemente emocionado. “Pues si quieres un consejo, Antonio. ¿Me permites que te llame así?”, dijo Vanessa poniendo una de sus manos encima de las del muchacho. “Puedes llamarme como mejor te guste”, dijo Anthony sonriendo. “Pues bien, Antonio, mi consejo es que te atrevas siempre. De esta forma, sea cual sea el resultado de tu atrevimiento nunca te quedará la duda de cuál hubiera sido el resultado caso de no hacerlo.” “Tienes mucha razón; procuraré seguir tu consejo.” La mano de Vanessa acariciaba suavemente las suyas, lo que producía en el americano un cúmulo de sensaciones que se sucedían las unas a las otras en atropellada confusión. “¿Nos vamos?”, la voz de Vanessa, acompañada de una ligera presión de su mano, sacó al americano de su éxtasis. “Sí, desde luego”, hizo una seña al camarero que acudió casi enseguida. “La cuenta, por favor.” “¿Todo?” “Sí”, contestó sin comprender, pero rápidamente se percató de lo que quería decirle el camarero y añadió, “incluya también la cerveza de la señorita.” “Muy bien, señor.”

Una vez en la calle, Vanessa se cogió del brazo de Anthony y preguntó, ¿por dónde empezamos?” “Teniendo en cuenta la cercanía del Palacio del Marqués de Dos Aguas, creo que lo más correcto sería empezar por él; luego...” “No. Cállate. Lo he preguntado por hacerme una idea de principio, pero prefiero la sorpresa. Quiero creer que eres un guía extraordinario.” “Gracias, Vanessa, eres muy amable.” Siempre con el brazo derecho del americano en poder de Vanessa, la pareja comenzó a caminar calle Paz arriba en dirección a la plaza Zaragoza. Pero al llegar a la confluencia con Marqués de Dos Aguas, doblaron a la izquierda y al poco rato se hallaban frente al majestuoso palacio. “Es grandioso”, murmuró el americano. “Sí, es muy bonito”, corroboró ella. “¿Lo conocías?” Vanessa lo miró escandalizada, “pero si paso por aquí muy a menudo, ¿cómo no lo voy a conocer?” “Sí, claro”, murmuró el americano un tanto azorado por su estupidez. “Mira, Antonio, fíjate cuántas figuras.” Estaban situados frente a la *portada principal diseñada como una masa escultórica triangular que enmarca la puerta de entrada al palacio*. “Son dos cocodrilos y a ese otro lado hay dos leones”, la muchacha señalaba excitada como una colegiala dando pequeños brincos. “Y muchas otras figuras allá arriba”, continuó señalando el primer piso. “Es impresionante. Nunca me había fijado en ellas.” El americano contemplaba extasiado el conjunto arquitectónico y apenas prestaba atención a las palabras y los gestos de Vanessa. Ésta tuvo que repetirle la pregunta antes que Anthony se diese por aludido. “¡Antonio!” “Perdona, Vanessa, estaba distraído mirando esta maravilla.” “Te preguntaba si sabes de qué estilo es este edificio.” “Espera un momento.” Anthony recurrió a su guía y contestó: “Es de estilo churrigueresco.” “¿Quieres decir que está hecho como si fuera un churro?” El americano no pudo evitar soltar una carcajada. “No, mujer, es la expresión utilizada para designar la última etapa de la arquitectura barroca española.” Anthony, que tampoco tenía ni idea de su significado, había tenido la precaución de consultar rápidamente el apartado de aclaraciones, dando así la impresión de poseer una vasta cultura. “¡Ah!”, fue la lacónica respuesta que merecieron sus esfuerzos. “En estos momentos es la sede del Museo Nacional de Cerámica. ¿Lo has visitado?” “¿El museo? No. Nunca he entrado en un museo. Siempre he tenido la impresión que allí sólo encontraría momias. No me gustan los museos”, concluyó la muchacha con un mohín de disgusto en su cara. El americano se quedó bastante sorprendido, pero no quiso insistir y continuó en la contemplación del monumento. La muchacha no tardó en cansarse de mirar las piedras y cogiendo al americano por la mano lo arrastró diciendo: “Ven, ahora

quiero yo enseñarte una cosa que te sorprenderá.” Anthony se dejó llevar unos pasos, pero se opuso enseguida al intuir que no era esa la dirección que deseaba seguir. “Espera, Vanessa, antes quiero visitar otro edificio y me parece que está en otra dirección.” Desplegó el plano y no tardó en encontrar lo que buscaba. “Está muy cerca de aquí”, dijo mirando a Vanessa. “Pero, ¿qué buscas?” “El edificio de la antigua Universidad que está en la calle de la Nave.” “¡Oh! Sí. Es verdad. Está muy cerca de aquí. Ven, te llevaré.” Y lo cogió de nuevo de la mano, dirigiéndose a su objetivo.

Por una calle estrecha desembocaron en la plaza del Patriarca y allí dominando un ángulo de la misma vieron el enorme edificio de la Universidad. “¿Ocupa toda la manzana?” Vanessa se quedó pensativa unos instantes y al cabo dijo: “Es probable, porque los muros de esa otra calle deben ser también de este edificio y también deben serlo los que dan a la calle Universidad, al otro lado.” El americano se había dirigido al portón que se abre a la plaza y lo observaba detenidamente. “¿Sabes si esta es la puerta de entrada?” “¡Huy! ¡Huy! Muchas preguntas me estás haciendo. Voy a tener que cobrarte.” Anthony sonrió, pero sin poderlo evitar un extraño presentimiento lo asaltó. “Si te digo la verdad, no lo sé. Nunca he entrado aquí”, contestó al fin la muchacha soltando una sonora carcajada que llamó la atención de los escasos paseantes. El sol se había ocultado detrás de los edificios, pero todavía persistía una luminosidad brillante que dibujaba los contornos con mucha mayor precisión. El americano se internó en la calle de la Nave y no tardó en divisar un enorme portón de madera noble, naturalmente cerrado, encima del cual podía leerse: “Universidad Literaria”, intuyendo que debía ser, esta sí, la puerta de acceso al claustro. La descripción de la guía ocupaba gran cantidad de páginas y desistió de leerlas en ese momento. Se limitó a admirar la fachada principal. “Debe ser muy antiguo este edificio”, musitó Vanessa que se había reunido con el muchacho y contemplaba asombrada los vetustos ladrillos y el alto zócalo. “Tiene aproximadamente unos quinientos años”, dijo Anthony que había retenido el dato precavidamente. “¡Tanto!”, exclamó Vanessa. “Antes sí que hacían edificios sólidos; ahora las paredes de las casas parecen papeles de fumar y muchas apenas duran enteras el tiempo de la garantía.” El americano sonrió ante la ingenuidad de la muchacha. “Pero ha sufrido muchas transformaciones y el actual edificio es de estilo neoclásico”, siguió diciendo Anthony, que había tenido que consultar la guía muy a pesar suyo. “Pues me parece muy bien”, dijo la muchacha con un mohín divertido. “Ahora ya puedo enseñarte lo que quiero.” Vanessa cogió al americano de la mano y se puso a correr. Anthony la seguía sin poder evitar pensar, “es mi sino ir corriendo detrás de las mujeres.” La muchacha reía y gesticulaba con la mano libre como si quisiera mostrar a todo el mundo lo feliz que era. Los tranquilos paseantes se apartaban y miraban extrañados ese arrebatado emocional enloquecido. “Debe ser una pareja de enamorados. ¿Recuerdas cuando éramos novios, Agustín?” dijo con nostalgia una viejecita dirigiéndose a su anciano acompañante. Éste la miró y no pudo evitar un estremecimiento de horror. Cuando llegaron a la confluencia de la calle San Vicente con la plaza Zaragoza, Anthony frenó la carrera diabólica de Vanessa y se detuvo apoyándose en una fachada, frente a una heladería. “¿Por qué te paras, Antonio? Ya casi hemos llegado.” La voz de la muchacha era casi de súplica. El americano la miró y le hizo una seña para indicarle que esperase unos segundos; tenía el resuello cortado y no podía casi ni hablar. Levantó la cabeza para aspirar el aire a pleno pulmón y se quedó inmóvil mirando el alto campanario situado enfrente de él. “¿Qué es aquello?” “¿A qué te refieres?”, dijo Vanessa sin levantar la cabeza temiendo que quisiera gastarle una broma. “El campanario.” La

muchacha levantó por fin la vista y dijo “¡Ah! Eso. Es el campanario de la iglesia de Santa Catalina.” Como un autómata, el americano abrió su inefable guía y buscó... “¿Sabes que, según algunas opiniones, esta es la más esbelta y airosa de las torres valencianas?”, dijo Anthony realmente admirado de su belleza. “No lo sabía. Yo sólo vengo aquí a tomar chocolate con buñuelos. Esta zona de Santa Catalina tiene mucha fama.” El americano la miró asombrado. Vanessa se le aparecía como la perfecta simbiosis entre la estupidez, la ingenuidad y ciertos destellos de brillante lucidez, “pero es realmente encantadora. Un amor”, se dijo para sí.

“*Fue fundada esta iglesia a mediados del siglo XIII y forma parte del grupo de primitivas parroquias que se construyeron en torno a la catedral*”, siguió informando el muchacho. “Sí, es cierto, la catedral está muy cerca, al otro extremo de esa plaza”, confirmó Vanessa. Al ver que el americano hacía intención de dirigirse hacia allá, lo detuvo con firmeza. “¿Por qué te interesan tanto las iglesias? Cualquiera diría que eres un cura.” Anthony la miró con los ojos abiertos, “¿un cura?” “Sí. ¡Anda!, vamos”, y volvió a cogerlo de la mano internándose en la calle. Poco después, unos metros antes de llegar a una plaza, la muchacha giró a la izquierda. El americano la seguía como un sonámbulo, con la cabeza vuelta hacia ese espacio que adivinaba el emplazamiento de la iglesia, pero se dejó llevar por no contrariar más a la chica que ya empezaba a dar muestras de cabreo. No tardaron en detenerse, después de atravesar el pasaje y el americano giró lentamente la cabeza quedándose atónito. Se habían detenido justo al final del pasaje y desde allí podía verse un buen tramo de la peculiar plaza y en el centro la farola y el tejadillo circundado por árboles. “¡Es redonda!”, exclamó admirado Anthony. “Efectivamente, es la Plaza Redonda, aunque mi tía me dijo que popularmente se la conocía como el «Clot», porque si te fijas está a un nivel inferior respecto de las calles circundantes.” El americano la miró sin comprender y ella, después de unos instantes, sonrió diciendo: “¡Ah! Ya entiendo. «Clot» significa agujero en valenciano.” Sonrió también Anthony agradeciendo con la mirada la información y prometiéndose muy firmemente estudiar la lengua vernácula de la que ya tenía sobradas noticias.

La Plaza no estaba muy limpia, pero eso no le restaba atractivo. “Los días de diario, debajo de este tejadillo, se instala un mercadillo de ropa de confección y en los bajos del anillo de viviendas hay otros muchos negocios, casi todos de marroquinería; pero también hay tabernas, no te vayas a creer”, le informó Vanessa con una divertida expresión. Efectivamente al otro lado de la plaza el americano divisó unas mesas dispuestas ordenadamente pertenecientes a un bar ornamentado con cierto gusto, aunque el tejadillo le impedía verlo en toda su amplitud. “Los domingos por la mañana se instala un mercadillo de mercancías de todas clases: pájaros, animalitos, cuadros, grabados e incluso algún tenderete de libros”, continuó informando la muchacha mientras daba vueltas suavemente sobre sí misma. “Cuando era más joven venía casi todos los domingos a curiosear y de vez en cuando me compraba algún libro, pero hace ya bastante tiempo que no vengo. Los domingos no me despierto antes de las tres.” Llevada de su entusiasmo, Vanessa se iba alejando hacia el centro de la plaza dando vueltas cada vez más de prisa y mostrando generosamente sus muslos bien torneados y perfectamente armónicos. “Tiene unas piernas maravillosas”, musitó el americano extasiado. La muchacha seguía dando vueltas sobre sí misma y alrededor de la farola en una danza frenética. En un momento pareció perder el equilibrio y estaba a punto de caer redonda al suelo, cuando acudió como una exhalación para evitar el desastre. Llegó a tiempo de recogerla en sus brazos. “Creo que me he mareado.” “Eso

parece.” Sus caras estaban muy juntas; el americano la tenía cogida con fuerza y ella se había abandonado a ese abrazo con sumo placer. “No sabes lo a gusto que me encuentro.” “Ni tú puedes imaginarte el placer que estoy experimentando”, pensó el americano. De un salto Vanessa se puso en pie y le preguntó. “¿A dónde vamos?” “A la catedral”, dijo Anthony como si fuese un grito de guerra. La muchacha frunció el ceño y pareció que iba a oponerse, pero debió pensarlo mejor, “bueno, esa iglesia me gusta. Me trae recuerdos muy gratos de mi niñez. ¡Vamos!” Lo cogió de la mano y se puso a andar después de buscar la salida adecuada de la plaza. “Podríamos ir por la plaza Zaragoza, pero ese es un camino trillado y ya tendrás oportunidad de patearlo en otra ocasión. Voy a llevarte por callejuelas que estoy segura te van a encantar.” Aunque ella era un poco más alta y desde luego con bastantes más años, daban la impresión de ser una pareja de novios paseando su amor por las calles de la ciudad. Después de deambular durante un rato por calles escondidas y casi solitarias, llegaron a una calle larga, bastante concurrida, en cuyo final se adivinaba una amplia plaza. Al salir de ella se encontraron repentinamente frente a la gran torre de la catedral. “El Miguelete”, anunció la muchacha orgullosa. Anthony levantó la vista hacia la cúspide del campanario y a punto estuvo de perder el equilibrio y caerse hacia atrás. “*Es toda de piedra, de unos cincuenta metros de alto y planta octogonal con un perímetro igual a su altura*”, leyó el americano en su guía. “¿Se puede subir al campanario?” “He subido un par de veces, pero de esto hace ya muchos años, aunque todavía lo recuerdo con mucha emoción. Me temblaban las piernas”, dijo Vanessa con un estremecimiento y luego continuó, “supongo que todavía se podrá subir.” “Podríamos subir juntos cualquier día de estos”, propuso el americano que no perdía ocasión de anudar una relación que intuía le sería muy gratificante. La muchacha lo miró sonriente y cambió en seguida de conversación. “Vamos, que quiero enseñarte otra cosa”, dio Vanessa cogiéndolo de un brazo y arrastrándolo hacia la derecha. “Creí entender que el guía iba a ser yo”, murmuró el americano con una sonrisa. “Sí, es cierto; pero sin trampas”, dijo Vanessa señalando la guía. “Precisamente en ella he encontrado una cosa que seguramente te sorprenderá, como a mí, desde luego.” “Mira”, dijo la muchacha señalando un pasadizo elevado. Habían llegado a un pasaje situado a la derecha, “la catedral está unida por este lado al palacio arzobispal y por el otro a la basílica de la Virgen mediante estos pasillos colgantes.” “Con el fin de tener vías de escape en caso de motín popular”, bromeó el americano. “No seas tonto”, dijo la muchacha con un gesto pícaro. Desembocaron en una amplia plaza con un elegante edificio a su derecha. “Pues si este es el palacio arzobispal, esta es la entrada a la catedral que estoy buscando”, dijo el americano dirigiéndose hacia ella. Vanessa lo siguió intrigada. Esa parte de la iglesia no estaba muy bien iluminada y no se apreciaba muy bien el cuadro que Anthony estaba mostrando a su amiga situado a la izquierda; pero llamó su atención *la gran tela representando un santo cualquiera mientras gana el paraíso. Está rodeado de verdugos. Uno de ellos acaba de abrirle el vientre, y tiene todavía en la boca un gran cuchillo. El segundo acaba de extraerle los riñones, que lleva en una bandeja de oro. El tercero separa cuidadosamente los intestinos. El cuarto los enzarza en una cabria movida por una manivela. Y todos están contentos, alegres, como cuando en las Arenas un toro despanzurra a un caballo. El santo está fresco, gordo, rosado. Tendido con indolencia en su caballete, semeja un abate cuidado por monjas. Contempla con los ojos húmedos de satisfacción a los ángeles que asisten gozosos al espectáculo. El infame procónsul Diocleciano sonríe discretamente, los verdugos bromean con aire chocarrero, dos viejas permanecen en éxtasis y una joven*

contempla la escena con curiosidad satisfecha, y un perro, mientras devora los riñones del santo, traza arabescos en el aire con la cola... Anthony se había quedado extasiado contemplando el cuadro, en tanto que su amiga exclamaba, “¡qué espanto! ¿Quién lo ha pintado?” “Un tal José Vergara, considerado como uno de los fundadores de la escuela de bellas artes de esta ciudad.” “Pues no me gusta. No creo que haga falta tanto sadismo para mostrar el martirologio de los cristianos.” Se dio media vuelta y se dispuso a salir, Anthony al percatarse le dijo: “Espera un poco, Vanessa, por favor. Quiero dar una vuelta por el interior.” La muchacha atendió al fin su gesto de súplica y dijo: “Está bien.” Recorrieron juntos varios altares, entre ellos el altar mayor y en un cierto momento, Vanessa lo cogió del brazo y le susurró al oído, “mi tía me dijo cuando era todavía muy joven que en esta catedral se conserva el santo cáliz.” El americano la miró extrañado y ella se apresuró a aclarar, “sí, hombre, el cáliz que usó Jesucristo en la última cena.” “¡Ah! Te refieres al santo Grial.” “¿Por qué tienes que complicar siempre las cosas con palabras raras?”, se enfurruñó la muchacha. “Es extraño que Spielberg no tuviera en cuenta este dato”, se dijo Anthony. “Bueno, ¡vámonos!”, le dijo a la muchacha, la cual dio un gritito de alegría y se escabulló por la primera puerta que encontró. Salieron a la plaza de la Virgen, cuando ya la claridad se batía claramente en retirada y las sombras de la noche comenzaban a envolver la ciudad. Las luces del alumbrado público ya se habían encendido y el americano miró su guía y se encogió de hombros, “tendré que utilizarla sólo en caso de absoluta necesidad”, musitó. Sus ojos se dirigieron de inmediato hacia el edificio situado en un lateral de la catedral, unido a ésta por otro pasadizo elevado. “Esta es la basílica de la virgen de los desamparados, patrona de la ciudad”, informó Vanessa al darse cuenta de la mirada de su amigo. “No sabría decirte por qué razón, pero observo en este edificio una gran majestuosidad y brillantez.” “¡Qué quieres que te diga! A mí me gustan más otra clase de monumentos; por ejemplo la fuente que hay en el centro de la plaza”, dijo la muchacha corriendo hacia ella por entre la gente que, como cada domingo, se había dado cita allí. Anthony la siguió sonriendo, “la figura central representa al río Turia y las que están a su alrededor las siete acequias principales que distribuían el agua a la huerta valenciana.” “Esto también te lo dijo tu tía”, había dicho el americano al acercarse a la fuente para observarla con más detalle. “En efecto. Cuando era pequeña me traía aquí a jugar siempre que podía. Fueron unos años maravillosos.” Los ojos de la muchacha se habían humedecido y una profunda tristeza la embargaba en esos momentos; pero Anthony parecía estar en otro mundo o tener sus pensamientos ocupados en otra cosa, porque no se percató de nada. Ya recuperada, Vanessa prosiguió, “precisamente en la puerta de la catedral por donde hemos salido se reúne todas las semanas el tribunal más antiguo de este país.” El americano había levantado la cabeza y prestaba una atención que parecía exagerada. “Se trata del Tribunal de las Aguas, que regulaba las horas de riego que le correspondían a cada cual y entendía en los conflictos que se generaban entre los agricultores. Sus fallos son inapelables.” “¿Pero, sigue funcionando?” “Que yo sepa sí; aunque es probable que ya se haya convertido en una atracción turística. La huerta está desapareciendo a ojos vistas y dentro de poco ya no habrá nada que disputar.” Vanessa se giró y abrió los ojos desmesuradamente, al tiempo que decía, “¡ven! Quiero enseñarte un lugar espléndido que me divertía mucho.” Lo cogió de la mano y de nuevo la carrera hacia la meta; afortunadamente ésta estaba muy cerca, al otro lado de la plaza. Era un hermoso jardín adosado a un edificio; Anthony abrió la guía y a la pobre luz de una farola intentó saber de qué edificio se trataba: “Palacio de la Generalidad”, leyó, pero desistió de seguir, porque a la dificultad de la lectura se unía la mirada socarrona de

su accidental amiga que lo observaba divertida. “De pequeña venía a admirarlo y me sentaba junto a esa figura que hay en la esquina.” Efectivamente una escultura de bronce, representando al parecer un ángel, se observaba en un ángulo de la verja que rodeaba el jardín y lo unía al edificio adjunto. Comenzaron a caminar por la acera que bordeaba el edificio en dirección a la calle de Serranos. Cogidos de la mano se miraban sonrientes; los edificios habían desaparecido y en su lugar una extraña sensación los envolvía. Bajaron por la calle de Serranos y sólo cuando ya estaban muy cerca se apercibió el americano de las grandes torres que cerraban la calle. “Estas torres son las de Serranos”, dijo mirando a Vanessa. “¡Premio!” Ante la imposibilidad de consultar la guía, Anthony la circundó lentamente, admirando cada uno de los detalles que la adornaban. Después de dar la vuelta completa se detuvo en el hueco de la enorme puerta y Vanessa se reunió con él.

La pareja se había quedado mirándose a los ojos. El americano intuía próxima la separación y el corazón se le encogía. La muchacha fue la primera en romper el silencio. “No recuerdo haber pasado una tarde tan estupenda como la que acabamos de vivir tu y yo hoy.” Anthony le respondió con la emoción reflejada en su semblante. “Para mí ha sido también una experiencia inolvidable, Vanessa.” Las miradas llenaron el silencio que de nuevo se abrió entre ambos. “Bien. Creo que ha llegado el momento de despedirse”, dijo Vanessa. “Me gustaría mucho que nos volviéramos a ver”, respondió Anthony. “Posiblemente también a mí, pero es preferible que de eso se encargue el azar.” “¿Qué quieres decir?” “Sería muy largo explicártelo ahora, querido Antonio.” Vanessa pareció meditar sobre la idea y pareció haber encontrado la fórmula para que el americano comprendiera lo que ella quería decir. “¿Has leído *Rayuela*?” “¿*Rayuela*?”, inquirió el americano sin comprender. “Sí; la famosa novela de Julio Cortázar”, aclaró la muchacha. “¡Ah! Entiendo”, exclamó Anthony. “No; no he leído ninguna novela de Cortázar; pero he leído muchos de sus relatos breves y me parece un maestro en ese género.” “Pues, si lees esa novela, entenderás perfectamente lo que he querido decir antes.” Vanessa sonrió a Anthony que se apresuró a responder temiendo que la muchacha desapareciera sin haber escuchado su respuesta. “Te aseguro que la leeré lo antes posible.” “Me alegro. Te deseo mucha suerte en tus estudios. Nos veremos en el próximo giro del tiempo.” Con sus últimas palabras, Vanessa unió inesperadamente sus labios a los del muchacho en un largo beso preñado de promesas. Anthony salió enseguida de su sorpresa y se entregó sin reservas al inmenso placer que estaba experimentado. El intercambio de placenteras humedades se prolongó durante un buen rato; tiempo más que suficiente para que los laboratorios hormonales de cada uno de ellos pudiesen analizar la calidad biológica del otro. Cuando las bocas se separaron con extraordinaria lentitud el resultado del análisis pareció satisfactorio a juzgar por la expresión de sus rostros. Vanessa hizo un gesto de saludo con la mano y se alejó hacia la calle Serranos. Anthony la vio marchar con el secreto deseo de seguirla y estrecharla entre sus brazos, pero se quedó inmóvil en el hueco de la puerta de las Torres. Cuando la muchacha se encontraba a media calle, bastante lejos del lugar, se volvió y vio al americano recortado en el hueco como un guerrero de la Edad Media dispuesto a montar su caballo y liberar a la ciudad. “Es un poco más bajo que Mac, pero es encantador. Sin duda me equivoqué de americano. Lo más probable es que nunca nos volvamos a ver”, pensó la muchacha girando de nuevo y desapareciendo entre la gente. Anthony la vio desaparecer sin poder evitar un estremecimiento de angustia. “Como dijo ella, dejaremos que el azar diga la última palabra”, susurró mientras se ponía en movimiento hacia la calle Roterós.

Decidió volver de inmediato a casa para tratar de comer algo o ir a un restaurante; estaba relativamente cerca de la casa de Salvador y en unos pocos minutos se encontró al pie de la escalera. Cuando comenzaba a trepar por ellas un murmullo de voces conocidas le sobresaltó. Era Salvador que hablaba con Mónica; ambos se despidieron y oyó a la muchacha que comenzaba a descender. El corazón del muchacho comenzó a latir con fuerza y se quedó inmóvil sin atreverse a hacer un gesto. En cuestión de unos segundos la muchacha llegó a donde se encontraba el americano que estaba intentado todavía recuperar el resuello. "¡Hola, Anthony!", saludo alegremente, "Salvador me ha dicho que te habías ido a primera hora de la tarde y todavía no habías vuelto. Creo que lo tienes un tanto preocupado". Anthony contestó al saludo con voz apenas audible sin saber qué decir. La muchacha volvió a romper el silencio que amenazaba con volverse opresivo, "qué, ¿cómo acabaste la noche? ¿Te divertiste?" "Pues sí, en efecto." "¿En serio?", interrogó la muchacha con un cierto deje de ironía en la voz. "Pues, me alegro", finalizó a modo de despedida mientras acababa de descender la escalera y salía a la calle. Anthony se quedó un momento inmóvil y luego continuó el ascenso lentamente al tiempo que rumiaba el intercambio de frases con la muchacha. Como siempre hacía cuando no quedaba satisfecho de sus respuestas, que era casi siempre, se maldijo en su fuero interno por no haber sido más rápido y haber sorprendido a la joven con una respuesta ingeniosa a la serie de frases burlonas que el americano había supuesto que la chica le había dirigido. "¿En serio?" "No, en broma." No. Era demasiado vulgar y hubiera hecho el ridículo aun más. "¿En serio?" "Debes creerme, te lo suplico", al mismo tiempo que juntaba las manos frente a la cara en actitud rogativa y el semblante conmovido por la súplica. Pero, tampoco era demasiado ingenioso. "¿Te divertiste?" "Lo único que logró divertirme fue la alegre expresión de tu semblante." Pero, ¿qué tonterías estaba diciendo? ¿Que importaba ya lo que la muchacha pensara de su ingenio? "¡Hola! Anthony", saludó Salvador, inclinado sobre la barandilla del descansillo, "¿qué haces ahí parado? Me tenías preocupado." Las palabras de su amigo lo sobresaltaron, pero al menos sirvieron para sacarlo de sus estúpidas reflexiones. "Estaba intentando poner en orden mis ideas antes de encararme contigo. Nuestra última conversación no presagiaba nada bueno." "Lo siento Anthony. Te pido disculpas sinceramente. A veces me olvido que los demás piensan de forma diferente a como yo pienso." Anthony acabó de subir las escaleras y los dos amigos se encontraron frente a frente. Salvador le pasó el brazo por los hombros y trató de animarlo con su jovialidad habitual. "No te preocupes. Creo que he encontrado la solución a tus problemas. He llamado por teléfono a un amigo mío que es profesor de sociología en la Universidad y le he expuesto tu caso. Te aseguro que me ha sorprendido su entusiasmo; está deseando conocerte para charlar contigo y entre los dos buscar un tema de investigación interesante y sugerente." Salvador comenzó a caminar hacia la casa arrastrando suavemente a su amigo. Anthony lo miraba con expresión desconcertada. "Vamos, hombre. No me mires con ojos de cordero *degollao*. He concertado una cita para mañana en su despacho..." Cruzaron el umbral y Salvador cerró la puerta con el tacón del zapato, mientras seguía intentando tranquilizar al americano.

Capítulo 2º

La seducción de Calypso

La estratagema

Aquel día había amanecido gris y nublado. La ciudad mostraba su aspecto más triste y anunciaba sorpresivamente el adelanto del otoño. Anthony se había levantado muy temprano aquella mañana; había dormido muy mal y se encontraba cansado y deprimido. Por eso cuando se asomó a la ventana y observó el cielo plomizo sobre los tejados de las casas, su espíritu se ensombreció aún más. Hacía casi una semana que había llegado a Valencia y todo se había desenvuelto de la manera más trágica. Salvador parecía rehuirle desde que le había dado su opinión respecto al profesor amigo suyo.

Estaba convencido que algo tenía que hacer, pero no sabía exactamente qué. Decidió dar un paseo por el barrio para aclarar las ideas y tranquilizarse un poco. A aquella temprana hora, las nueve menos diez en el reloj del americano, las calles no estaban en general muy animadas, pero los alrededores del mercado bullían ya con su agitación acostumbrada. Después de cruzar por delante, se internó en una callejuela estrecha situada enfrente y decidió deambular sin rumbo fijo, dejando que el azar convirtiera su desaliento en un errabundo caminar.

En un primer momento pensó en volver a Nueva York, pero de inmediato desechó la idea. No le asustaba la sensación de fracaso que este regreso precipitado le supondría, sino la entrega sin lucha a una sensación desagradable. Por otro lado quedarse sin dedicarse a hacer algo positivo le parecía inmoral, sobre todo frente a sus padres y desde luego no pensaba por el momento ponerles al corriente de la situación.

Enfrascado en sus cavilaciones no se dio cuenta de que había llegado a una amplia avenida y tuvo que ser el lacerante sonido de un claxon de automóvil el que lo devolviera a la realidad. Observó que se encontraba frente al IVAM y optó por descender al cauce del viejo Turia. Todavía no lo había visitado y parecía un lugar idóneo para pasear tristezas y alegrías en franco desorden. Cruzó la avenida y siguió por la acera del pretil del río hasta encontrar una escalera por la cual descender. La zona donde se encontraba en esos momentos estaba poblada de árboles y cubierta de césped. El verde de la alfombra y el marrón oscuro de sus habitantes calmó un poco su ansiedad y alivió un tanto sus pesares. Lo veía todo con más claridad, mientras dirigía sus pasos en dirección hacia la desembocadura.

Se quedaría. De eso ya no le cabía ninguna duda; pero el trabajo sobre Radio Klara estaba totalmente descartado. Barajaba en su magín diversos temas sobre los que volcar su entusiasmo sin que por el momento ninguno lo prendiera con mano firme. Quizá estudiar el carácter particular que el anarquismo había tomado en aquel extraño país lo sedujera después de un tiempo, pero le paralizaba el enorme esfuerzo que le supondría ponerse al corriente de su historia de la cual no conocía apenas nada, salvo algunos tópicos sobre la guerra civil aprendidos en lecturas marginales. Su paseo empezaba a cobrar proporciones ciclópeas. Se quedó parado intentando identificar desde el fondo del cauce la zona de la ciudad a la que correspondía. Al levantar la vista y girarla en torno observó un extraño edificio mezcla de laboratorio y casa de salud. Después de observarlo durante un rato bastante prolongado y observar el simulacro de jardín que se había formado a sus pies en el cauce del río cayó en la cuenta que probablemente se tratara del Palau de la música, orgullo de los valencianos, pero que según le había contado Salvador se convertía en los días de

sol abrasador, que eran muchos en aquella abierta ciudad mediterránea, en un auténtico asador de pollos.

Consultó su reloj y se dio cuenta que el tiempo había avanzado prodigiosamente sin que él se percatara de su transcurso. No tuvo en ese momento sensación de pérdida, más bien lo contrario, pero ardía en deseos de realizar algo concreto. Llegado a este punto decidió volver sobre sus pasos para instalarse cómodamente en su garito favorito y escribirle una carta a su profesor comunicándole los últimos acontecimientos al tiempo que le pediría sutilmente consejo sobre los posibles temas de trabajo.

Después de subir por la primera escalera que encontró, se encaminó hacia la calle Alta y la recorrió en su totalidad hasta llegar a las mesas de un pequeño bar situado en un lado de una plaza formada por un enmarañado confluir de calles en todas direcciones y allí tomó asiento en una de ellas. Pidió una cerveza al muchacho que acudió y mientras le servía, el perro del bar se le acercó. Anthony se puso a acariciarlo; era un perro de grandes orejas caídas que al americano le había caído en gracia. El animal se dejaba acariciar mordisqueándole los cordones de los zapatos. Parecía estar acostumbrado a las efusivas muestras de afecto de los clientes y aprovechaba estos raptos para entregarse a su pasión favorita. Al servirle la cerveza, el camarero le informó del estado anímico del perro, "no le hagas mucho caso porque está un poco rayado. Se llama Nabucodonosor, pero todos le llaman Nabuco." Aunque el nombre le asombrara un tanto no dejaba de reconocer que era muy apropiado para el animal que, cansado de chupar sus cordones, se había desplazado hacia otras zonas más divertidas. Anthony bebió un sorbo de cerveza y sacó del bolsillo una hoja de papel plegada, disponiéndose a escribir una larga carta a su director de tesis. Su estado de ánimo no había mejorado mucho, pero intentó concentrarse en lo que quería decir chupando la funda del bolígrafo. De pronto pareció salir de su estupor meditabundo y comenzó una frenética carrera por desplazar a un ejército de hormigas negras a través de la blancura amarillenta del papel.

Cuando ya llevaba un largo rato escribiendo alguien se acercó a su mesa y le saludó. Era Mónica que al pasar le había reconocido. Sin saber por qué el corazón de Anthony comenzó a latir más de prisa. Después de un momento de desconcierto le dijo si quería tomar algo y ella aceptó en seguida. Se inició una animada conversación entre ambos con banalidades sobre América. "Me gustaría conocer Nueva York y San Francisco. Para mí son dos ciudades míticas que están grabadas a fuego en mi imaginación", manifestó la muchacha con mucha convicción. "Estoy seguro que Nueva York te encantaría", no se le ocurría nada mejor que decir al americano y decidió que estaría mejor callado por el momento. "Y por tu parte, ¿estás disfrutando de tus vacaciones en España? Anthony la miró fijamente mientras balbuceaba, "no estoy de vacaciones. En realidad mi intención era hacer una tesis." Mónica no pudo disimular su asombro y le preguntó entusiasmada, "¿qué tipo de tesis?".

Anthony se quedó callado temiendo decirle la verdad por miedo a sus burlas; pero pensó que era peor mentir. Se encontraba en estas dudas cuando acertó a pasar un joven que se paró a saludar a Mónica. Anthony le reconoció, era Esteban, al que había conocido el sábado en su incursión nocturna por los antros de perversión. Se reconocieron y se saludaron estrechándose la mano. Después de unos minutos de conversación se despidió. Mónica y Anthony reanudaron su charla. La muchacha pareció haberse olvidado de su pregunta y continuó hablándole de sus deseos de ir a América. La imaginación de Anthony comenzó a dejarse mecer por la cadenciosa voz. Se vio por las empinadas calles de San Francisco paseando con la muchacha

cogidos de la mano o deambulando por la quinta avenida de Nueva York mirándose tiernamente a los ojos, mientras los transeúntes se quedaban parados contemplándolos llenos de asombro. "¿No te parece?", le preguntó la muchacha. Anthony salió precipitadamente de su mágico éxtasis y contestó automáticamente, "sí, claro", aunque no tenía ni remota idea de lo que le estaba diciendo en ese momento. Para esconder su turbación comenzó a jugar con la carta que estaba escribiendo con intención de guardársela en un bolsillo, gesto que no le pasó desapercibido a Mónica. "¿Es una carta para tu novia?" Sin saber por qué Anthony se azoró y tartamudeó, "no, no tengo novia". Se quedaron un momento en silencio mirándose a los ojos. Ella pareció incitarlo a que siguiera hablando pareciendo extrañada de que no la tuviera. Luego Anthony, ya más tranquilo, le confesó, "en realidad estaba escribiendo a mi director de tesis para comunicarle mis primeras impresiones." Se dio cuenta entonces Mónica que se había olvidado por completo del objeto del viaje de Anthony a España y para disimular exclamó con gran entusiasmo, batiendo palmas, "¡oh! Qué interesante". Después dijo, "¿Me dejas que la lea, si no es confidencial, así al paso controlaré mi nivel de inglés?"

Anthony pareció vacilar un momento, pero al cabo le entregó el papel. Estaba escrito con letra menuda y muy regular. "Tienes una letra muy bonita", dijo ella. Él se sintió enrojecer. Después ella comenzó a traducir:

"Querido profesor, empiezo a escribir a ti con el ánimo triste. La causa no es la ciudad que me parece magnífica. Ya está recorrida en su mayor parte por mí y espero continuar su mirada. Es mi trabajo lo que preocupa a mí..." Mónica hacía verdaderos esfuerzos por traducir correctamente, pero algunas palabras se le escapaban y tenía que hacer construcciones sintácticas espeluznantes. Frecuentemente levantaba la mirada para ver la reacción del americano, pero éste parecía absorto en sus propios pensamientos y no prestaba excesiva atención a las palabras de la muchacha. Ésta optó por seguir, "... Creo que el proyecto de hacer estudio de Radio Klara..." Mónica se interrumpe de nuevo y le pregunta asombrada, "¿quieres hacer una tesis sobre Radio Klara?" Y sin dejarle contestar continuó su deficiente traducción, "no ser posible. Aquí nadie parece saber existe y mi amigo Salvador al que supongo acordarás te presenté una vez y me dijiste que estaba un poco loco, pues que me confesó que todo haber sido una broma. Que creía que yo lo había entendido y que lo único que pretendía era que yo pasar aquí, en Europa, un año o dos intentando pasar lo mejor posible. De todos modos me presentó a un profesor facultad de sociología amigo suyo que pareció a mí un cretino. No había oído hablar nunca de Radio Klara y cuando preguntar sobre los anarquistas se puso furioso y decir que eran una pandilla de..." "Perdona Anthony, ¿qué quiere decir esta palabra?" Anthony se inclinó sobre el papel rozando casi la mejilla de la muchacha y después de leer la palabra le dijo, "bueno, algo así como descerebrados." De todos modos aquí se interrumpía el escrito. Mónica se quedó un momento en suspenso y murmuró con la cabeza baja. "Es muy típico de Salvador. No tengo apenas relación con él, pero creo que no hace las cosas de mala fe. Es un inconsciente que no sabe el daño que puede hacer." En ese momento Anthony le preguntó, "¿pero tú conoces Radio Klara?" Mónica levantó la cabeza y lo miró con ojos que parecían echar chispas. "¡Claro que la conozco! ¡Aquí todo el mundo la conoce!" El joven se quedó perplejo. "Precisamente el chaval al que antes has saludado es de Radio Klara y hace un programa muy interesante de contrainformación." "¡Pero si lo conocí la otra noche que iba con Salvador y éste no me dijo nada de eso!" "Bueno, es normal. Salvador es bastante despistado, pero si además te había propuesto lo de Radio Klara como una excusa, es lógico que no te dijera nada." Mónica se quedó pensativa unos instantes y de pronto pareció recordar

algo, ya que echó mano a la bolsa que llevaba consigo y revolvió en su interior hasta encontrar lo que buscaba. Extrajo una hoja de papel bastante arrugada y se la tendió a Anthony diciéndole, "toma, lee esto y te darás cuenta hasta que punto Radio Klara es conocida." "¿De qué se trata?", preguntó Anthony al tiempo que se apoderaba del papel que la muchacha le entregaba. "Es la fotocopia de un artículo que apareció hace bastantes años en una revista que se llamaba *Sal de la Cocina*, aunque fue publicada como si se tratara de una carta dirigida al director por uno de los lectores de la misma."

Sr. Director de la revista *Sal de la Cocina*

Muy Sr. mío:

Después de mucho reflexionar, me he decidido a emplear este canal de comunicación con el cual no estoy en absoluto de acuerdo por creerlo humillante, pero es tal la gravedad del caso que no he tenido más remedio que saltar por encima de mis principios.

Ante todo debo confesar que no soy un asiduo radioyente, ya que otras ocupaciones más importantes reclaman mi tiempo y no me dejan espacio para dedicarlo a tan mediocres entretenimientos. Sin embargo hace unas semanas caí enfermo, aquejado de una grave afección ocular que me impedía absolutamente sobrellevar mi desgracia dedicado a la noble ocupación de la lectura.

En esta tesitura, me vi obligado a conectar mi aparato de radio para ver si lograba —debo reconocer que con gran escepticismo por mi parte— hacerme olvidar mi triste situación. Al no estar familiarizado con este medio, me dispuse a recorrer el dial con la débil esperanza de encontrar algo medianamente aceptable, cuando de pronto tropecé con una terrible barahúnda de todo punto incomprensible que hirió desagradablemente mis oídos. Mi primera reacción —instintiva— fue desconectar el aparato, sin embargo, aguijoneado por la curiosidad quise averiguar quién era el responsable de tamaño desafuero.

La emisora decía llamarse radio «Clara» y aunque era la primera vez que oía el nombre, éste se me quedó grabado, porque —ignoro los motivos— era repetido insistentemente cada cinco minutos, al que añadían una extraña letanía: «libre y libertaria». Dada mi ignorancia de los medios radiofónicos no le resultará extraño que creyera que era una broma pesada que una cosa tan confusa se llamase de esa guisa. Incluso llegué a pensar que era una experiencia que los médicos psiquiatras de Bétera habían puesto en práctica, instalando una emisora para los enfermos mentales a modo de terapia.

A veces la curiosidad es más poderosa que el sentido común, que me aconsejaba desconectar el aparato o, como mal menor, mover el dial. Seguí escuchando, tratando de entender alguna cosa, pero lo único que me resultaba comprensible era el nombre que repetían una y otra vez, como si de una tortura psicológica, de una especie nueva, se tratase.

Al cabo de varios días de escuchar esta emisora, sin haber logrado entender nada —salvo algún insulto soez o un chiste de mal gusto— empecé a observar alarmado una cierta pérdida de razón. Ante esta situación tuve que hacer un gran esfuerzo de voluntad para no seguir con mis investigaciones radiofónicas.

Como tampoco quería relegarlo al olvido, comencé a preguntar a mis amistades más íntimas, con el fin de recabar alguna información de esta emisora. Nadie había escuchado tal nombre y algunos de mis amigos creían que les estaba tomando el pelo. Amplié el círculo de mis preguntas a todos mis conocidos con idénticos resultados. No queriendo correr el riesgo de conectar de nuevo el aparato, decidí olvidar el asunto y pensar que todo había sido una pesadilla.

No obstante, me he decidido a hacerlo público por si alguien, por las circunstancias que fueren, tuviese la desgracia de vivir la misma experiencia y advertirle de los peligros a los que se expone.

Le está sinceramente agradecido de su atención,

O.D.S.

Tras su lectura Anthony alzó la vista hacia Mónica con expresión interrogativa. "Como puedes observar el que escribe tiene un gran sentido del humor." "Posiblemente", contestó el americano, "pero no acabo de entender muy bien qué significa." "Yo tampoco lo sé muy bien, pero creo intuir a qué responde. De hecho no conocía este escrito hasta esta mañana que me lo ha pasado un amigo de la radio para que lo leyera con calma. En mi opinión, el que escribe es un miembro de la emisora que emplea el truco de hacer propaganda de la misma a base de desacreditarla para de esta forma ganar adeptos por la vía del rechazo a un escrito tan corrosivo. Pero también podría haber sido escrito por alguien despechado que hubiera tenido problemas con la radio y quisiera vengarse de esa forma tan mezquina. En cualquier caso eso puede darte idea del alcance que tenía ya a los pocos años de haberse puesto en funcionamiento."

La plaza había cobrado una actividad extraordinaria a esa tardía hora de la mañana. Las mesas se habían llenado de gente que hablaba animadamente. La vida parecía haber surgido espontáneamente, brotando por los intersticios del empedrado de la calle. El americano se había ya familiarizado con estos cambios bruscos de ambiente y no le sorprendía en absoluto, antes al contrario experimentaba una agradable sensación que le hacía olvidar por completo sus preocupaciones.

Mónica parecía estar enfrascada en sus reflexiones y al cabo de un rato le preguntó, "¿tienes intención de seguir con el proyecto?" "Pues, no estoy seguro. La verdad es que me hubiera gustado mucho poder hacerlo, pero tal como están las cosas..."

"Presta atención, Anthony", se quedó un momento ensimismada y luego continuó, "he estado pensando en esto y se me ha ocurrido una idea que quizá pueda interesarte. En caso de que decidas seguir con el proyecto yo puedo ayudarte." Hizo una larga pausa y prosiguió, "pero me parece que no deberías decírselo a nadie." Él la miró extrañado. "Déjame que acabe de exponerte mi plan", le dijo mirándole directamente a los ojos. "Hace tiempo que tenía intención de presentar un proyecto para realizar un programa en Radio Klara." Se interrumpió pareciendo buscar las palabras precisas para continuar; después de unos momentos de vacilación prosiguió, "pero éste quedó momentáneamente en suspenso. Tu intención de hacer un estudio sobre la radio me ha estimulado de nuevo y se me ha ocurrido una idea genial que puede favorecer tus propósitos." De nuevo se interrumpió y dedicó al americano una amplia sonrisa que pareció envolverlo en un halo de felicidad. "Te agradezco mucho tu interés, pero no quisiera causarte problemas...", se atrevió a decir el americano esperando evidentemente que ella insistiera en ayudarlo. "No seas tonto," musitó ella cogiéndole la mano. Anthony no puso evitar un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo y que no pasó desapercibido a la muchacha, "he pensado que el estudio podrías hacerlo introduciéndote en Radio Klara como un miembro más de la radio. Desde dentro podrás analizar las cosas con más detenimiento; además tendrás la oportunidad de conocer a mucha gente de la radio y con cualquier excusa hacerles las preguntas que te interesen. Por eso es importante que nadie sepa tus verdaderas intenciones con el fin de evitar posibles malos rollos. Yo me encargaré de presentarte a algunos de ellos para que te vayas familiarizando con el ambiente."

Anthony había dejado su mano en poder de Mónica con sumo placer y trataba desesperadamente de recobrar su aplomo, "pero, ¿cómo quieres que me introduzca

en la radio?", preguntó al fin sin poder evitar que le temblara un poco la voz. "Pues escúchame con atención." Mónica retiró su mano de la del americano y se la pasó por la frente con gesto indolente, al tiempo que se arrellanaba en su silla. "Podríamos presentar juntos un proyecto de programa en la próxima reunión de la radio. Podría ser, por ejemplo, un programa de debates sobre temas de actualidad a los cuales invitaríamos a algunas personas que estuvieran trabajando en ellos y con esa excusa podríamos también invitar a otros programas para que explicaran sus objetivos y su opinión sobre la radio. De ese modo podrías recoger toda una serie de opiniones que te darían una visión muy amplia. Al mismo tiempo, particularmente, tendrías oportunidad de ampliar esas opiniones hablando con esas mismas personas. ¿Qué te parece la idea?", concluyó la muchacha triunfalmente.

Anthony la había estado escuchando con mucha atención, preguntándose a qué debería atribuir el increíble interés de la muchacha por su trabajo cuando apenas lo conocía. Tras unos momentos de vacilación expresó sus dudas, "pero, Mónica, yo no he hecho radio en mi vida y me parece sumamente difícil adquirir en poco tiempo la soltura necesaria para llevar a cabo un proyecto tan ambicioso." "Eso no será un problema. En cuanto hagamos el primer programa te darás cuenta que no es tan difícil; nadie en Radio Klara es profesional y sin embargo algunos espacios son muy dignos. Lo importante es atreverse y en tu caso tomarlo como un estudio de campo." Anthony pareció convencerse, aunque en su fuero interno no veía de qué forma iba a lograr atacar tantos frentes a la vez.

Mónica estaba impaciente por comenzar a perfilar su plan. Después de beber un sorbo de la cerveza que le había servido el camarero, le dijo a Anthony, "lo primero que tenemos que hacer es redactar el proyecto de programa y hacer una maqueta para presentarlo todo en la próxima reunión de Radio Klara." "Me parece muy bien. Estoy a tu disposición." En ese momento Anthony se acordó de la conversación que había mantenido con el profesor de sociología y preguntó a la muchacha, "por cierto, ¿cómo está en estos momentos el movimiento anarquista en esta ciudad?" "Bueno, veras...", vaciló ella. "Hay algunos grupos bastante activos. Xaloc, Xoroll, el CAU... Mira, precisamente detrás de ti, al comienzo de aquella calle, se encuentra el Ateneo Libertario Al Margen." Anthony se volvió y vio un edificio que parecía a punto de caerse. "¿Ves aquel letrero?" Anthony fijó la vista y vio un letrero luminoso que estaba apagado y en el cual podía leerse: *Al Margen*.

El americano se volvió hacia ella desconcertado sin saber qué decir. Mónica al darse cuenta intentó salvar la situación continuando su charla sobre la radio, "precisamente las reuniones de Radio Klara se celebran normalmente en el ateneo. Todavía no sé la fecha de la próxima, pero ya te avisaré con tiempo." "Perfecto, pero, ¿cuándo prepararemos la maqueta de nuestro programa?", preguntó Anthony temeroso de que la muchacha se hubiera olvidado ya de su propuesta. "Tienes razón, tendremos que hacerla cuanto antes", respondió Mónica y añadió, "Salvador nos podría ser de gran ayuda, pero me temo que tal como están las cosas no quiera saber nada del asunto." Anthony se resistía a confesarle sus inquietudes, pero al fin se decidió. "Mis relaciones con Salvador se han enfriado mucho. Esta mañana, al levantarme, no sabía qué hacer. Estuve dando un largo paseo y al fin decidí que tenía que buscar un sitio para trasladarme, porque me resulta absolutamente imposible seguir compartiendo la casa con Salvador." La muchacha abrió mucho los ojos sorprendida y trató de dar confianza al americano, "lo siento de veras. Ignoraba que las cosas estuvieran tan mal." Se quedó pensativa un momento y luego continuó, "me da la impresión que esta mañana el azar está intentando jugar al escondite con nosotros. Hace quince días que la chica que vivía conmigo se fue a trabajar a otra ciudad y

estoy buscando alguien que quiera compartir el piso que tengo alquilado, porque sola no lo puedo pagar", Mónica se calló y miró al americano que la miraba a su vez fijamente. Luego continuó, "podrías venir a verlo y si te convence te quedas el tiempo que quieras. De ese modo tendríamos oportunidad de preparar los programas con mayor facilidad. Vivo en la calle Palma, no muy lejos de donde vive Salvador." Anthony creía estar soñando; en muy poco tiempo las cosas habían dado un giro de 180 grados. La depresión con la que había amanecido había dado paso a una euforia que amenazaba con cortar la respiración. Por eso temía dar un paso en falso que diera al traste con todo. "Debo actuar con mucho tacto", se dijo. "¿Cuánto tiempo habías pensado quedarte en Valencia?", preguntó Mónica, cortando en seco sus reflexiones. "En principio dos años. Pensé que era suficiente para llevar a cabo mi proyecto", contestó Anthony con gran aplomo. "A mí también me parece que será suficiente. Pero deja que el tiempo te lo confirme", Mónica consultó su reloj y continuó, "se está haciendo tarde y tengo un poco de hambre. ¿Dónde pensabas ir a comer?" "No lo había pensado", contestó el americano. "Pues entonces vamos al *vegeta* a comer y luego iremos a mi casa para que veas si te gusta y decides quedarte." "¿El *vegeta*?", se extrañó el americano. "Sí, hombre. Es un restaurante vegetariano que han abierto unos amigos hace poco. No está muy lejos de aquí." "De acuerdo. Vamos al *vegeta*", sonrió Anthony y se internó en el local para pagar las consumiciones. Cuando salió, Mónica lo cogió de la mano y se metieron en la calle baja casi corriendo. Anthony experimentaba una especie de éxtasis y le parecía flotar entre nubes. El barrio que esta mañana le parecía sombrío iba adquiriendo los tintes rosados de la felicidad. Hasta el edificio del ateneo por el que pasaban en ese momento se le presentó como un hermoso palacio renacentista.

Tras cruzar por varias calles llegaron a un local completamente cubierto de carteles y hojas de propaganda de todas clases. Estaba situado en la encrucijada de dos calles y tenía un aspecto sumamente atractivo. Mónica empujó la puerta acristalada y entró con decisión seguida de Anthony. En el interior los carteles y hojas de propaganda continuaban su labor informativa. Había varias mesas llenas de gente en esos momentos y un mostrador situado en uno de los ángulos de la sala relativamente espaciosa. "¡Hola, chicos!", saludó con desparpajo, "¡Hola!", le respondieron desde diversos lados. Luego se dirigió al mostrador donde se veían varias ollas humeantes y saludó de nuevo, "¡holaaaa!", dirigiéndose al chico que estaba situado detrás de la barra y arrastrando mucho la a deliberadamente. El joven alto, rubio y muy huesudo, propietario de una cara muy agraciada la miró sonriendo y la saludó con un guiño. "¡Cada día estas más guapa!", dijo con un extraño acento. "Eres muy amable, Eric. Quiero presentarte a mi buen amigo Anthony", dijo señalando al americano que se había acercado hasta ellos. "¡Hola, Anthony! Bienvenido", dijo, mientras hacía un gesto con la mano en señal de saludo. "¡Hola! Encantado", contestó el americano. "Supongo que queréis comer", preguntó el sueco con su habitual acento. "Supones bien, Eric", se apresuró a contestar la muchacha. "¿Ya le has dicho a tu amigo que tiene que hacerse socio?" Anthony los miraba a los dos como si estuviera alucinado, no sabiendo bien si se trataba de un juego divertido o de una broma pesada. "No te preocupes, ya se lo explicaré luego. De momento ponme un plato de verduras. ¿Tú qué quieres?", preguntó dirigiéndose al americano. "Me comeré un plato de *spaghetti*." "Está bien. En seguida os lo sirvo".

Mientras mordisqueaba su plato de verduras, Mónica observaba al americano que no daba muestras de hacerle ascos a su plato de *spaghetti*. La muchacha parecía indecisa en cómo abordar el asunto que le preocupaba, pero al fin se decidió a atacarlo de forma directa. "Ya veremos cuál es su reacción", se dijo para sus adentros

a modo de tranquilizante. "Escucha, Anthony", comenzó la muchacha levantando la vista y mirándolo directamente. El muchacho se quedó parado con el tenedor en la boca sorprendido por la gravedad del tono con el que la joven lo había interpelado. "Creo que hay algunas cosas de la radio que deberías conocer, antes de ponerte a la tarea de investigar", continuó la muchacha en un tono ya algo más relajado. "Por el tono que empleas se diría que es algo muy importante", dijo Anthony en tono de broma. "A mí me lo parece, desde luego." La muchacha guardó silencio durante unos instantes y luego continuó, "es un problema que afecta a su organización interna y con el que seguramente te tropezarás si decides continuar con tu proyecto". "Está bien, adelante. Te escucho", dijo Anthony dejando su tenedor en el plato y poniéndose en disposición de escuchar atentamente. "Verás. No es fácil explicar cuál es la situación actual de la radio, pero intentaré ser lo más objetiva posible". Guardó silencio de nuevo y luego ya con todo el ánimo acumulado se lanzó sin miedo. "En estos momentos los miembros que integran Radio Klara están divididos en muchos grupos, algunos de ellos con graves enfrentamientos entre sí." "Pero, ¿a qué se deben esos enfrentamientos?", preguntó el americano ingenuamente. "Los motivos no parecen muy claros y aunque yo tengo una idea al respecto, no me parece oportuno explicártela en estos momentos. Ya tendremos oportunidad de hablar del tema." Se hizo un silencio entre ambos, interrumpido por la llegada de una joven, "¡hola, Mónica!", saludó y después de besarla se sentó a la mesa con ellos. "¡Hola, Esther! Este es Anthony; un amigo." La recién llegada estrechó la mano del americano, "encantada." "Lo mismo digo." "¿Estuviste en la reunión la semana pasada?" "Sí; fue muy interesante. Asistieron también algunas compañeras de Bilbao que se dirigían hacia Alicante. Nos estuvieron explicando las actividades que desarrollan y les prometimos que les devolveríamos la visita." "Me parece estupendo. Ya me lo explicarás con más detalle, porque ahora tengo un poco de prisa. Nos vemos", dijo Esther levantándose y dirigiéndose a la salida. "Ciao", respondió Mónica al saludo. El americano agitó la mano, al tiempo que decía, "parece un poco nerviosa tu amiga, ¿no?" "Un poco, pero es encantadora." "No lo dudo." Mónica encaró de nuevo el planteamiento del problema. "Mi intención al ponerte en antecedentes sobre la situación de la radio es sólo para que no te coja de sorpresa. En líneas generales los miembros de la radio se pueden dividir en históricos, okupas, integrantes de diversos grupos sociales y una difusa constelación de gente comprometida únicamente con su programa y poco inclinada a implicarse en su organización. Desde hace unos meses, el equilibrio que existía entre estos sectores, especialmente los dos primeros, comenzó a resquebrajarse y nada parece indicar que se quiera llegar a una solución dialogada. De todos modos, una vez dicho esto, creo que lo mejor será que los detalles los descubras por ti mismo." "¿Piensas que esto puede acabar con la organización de la radio?" "Todo es posible, pero no creo que la sangre llegue al río. Según me explicaron, la radio ha atravesado por otras crisis, quizá más graves, porque aun no estaba suficientemente consolidada y, sin embargo, supo salir de ellas con bastante elegancia." Mónica miró al americano con una sonrisa y continuó: "Dejemos esto por el momento y explícame ahora cómo te has planteado el estudio sobre Radio Klara." El americano esbozó una sonrisa y dijo mirando a Mónica directamente a los ojos, "desde que Salvador me sugirió la idea, dos o tres meses antes de irse de Nueva York a darse una vuelta por el medio Oeste y más tarde por la costa de California, creo recordar que fue el pasado mes de febrero o marzo, me dediqué a ordenar la escasa información que me había proporcionado y comencé a investigar por mi cuenta. Entré en contacto con algunas radios independientes, especialmente con *Utopy* del Est Side y después empecé a leer algunos libros que

trataban del tema de los *mass-media*.” Se interrumpió para devorar los últimos restos de *spaghetti*, mientras Mónica daba cuenta de su plato de verduras. “Imagino que aquí no tendrán café”, insinuó Anthony. “Estás en lo cierto”, respondió Mónica con un gesto de complicidad, “pero, en compensación, tienen un gran surtido de infusiones.” “Prefiero el café...” “En ese caso”, le interrumpió Mónica, “tendremos que ir a otro lugar.” Se quedó callada unos instantes y luego sugirió: “¿Qué te parece si vamos a mi casa, te preparo un café, mientras yo saboreo un delicioso té y continuas explicándome tu proyecto? Al mismo tiempo conoces la casa y si te convence te trasladas en el momento que lo desees.” “Me parece una idea magnífica”, contestó Anthony y añadió: “Déjame que te invite.” “No. Esta vez me toca a mí. Además aquí tengo cuenta abierta.”

No tardaron en llegar a la plaza del Árbol y desde allí por una estrecha calle desembocaron en la de Palma frente a un palacete que daba la impresión de haber sido rehabilitado hacía poco tiempo. Anthony se quedó plantado frente al edificio admirando su estructura y especialmente los *grafitti* que llenaban el muro de su fachada. “Este fue el primer local okupado”, informó Mónica. Ante el gesto de extrañeza del americano, la muchacha prosiguió, “pero su aspecto, cuando lo tomaron, no era éste precisamente. Estaba prácticamente en ruinas y tuvieron que hacer esfuerzos ingentes para hacerlo mínimamente habitable. Resistieron durante un año aproximadamente, pero al fin fueron desalojados y se iniciaron los trabajos de rehabilitación. Ahora es una dependencia oficial. Con todo, en el tiempo que permanecieron en él se llevaron a cabo una gran cantidad de actividades de todo tipo: charlas, debates, talleres de música, etc. Es importante que lo tengas en cuenta, porque si quieres hacer un buen trabajo sobre la radio, tendrás que investigar también el movimiento okupa, uno de los más activos actualmente.” “¿Cuándo fue ocupado?”, preguntó Anthony deseoso de recabar la mayor información posible. “No lo sé, exactamente. Hace, quizá, seis o siete años. Después siguieron reuniéndose en el Ateneo Al Margen, hasta que decidieron okupar otro edificio deshabitado y lo encontraron en la calle Flora. Todavía siguen allí, pero siempre con la amenaza de desalojo. Aunque, a pesar de ello, continúan desarrollando sus actividades sin desmayo.” El americano pareció dispuesto a seguir el interrogatorio, pero la sonrisa irónica de Mónica lo detuvo. “Ya me ocuparé de este asunto más adelante.” La muchacha asintió, cogiéndolo de la mano y dirigiéndose ambos hacia la izquierda, al principio de la calle. Era ésta bastante estrecha, haciendo un extraño ángulo que impedía se viera en toda su longitud. A unos metros del palacete daba un brusco giro a la derecha y unos metros más allá el principio de la calle, donde se encontraba el portal de la finca donde Mónica tenía alquilado su piso. “Aquí es, en el número 1. No te dejes impresionar por el estado de la fachada, aunque no lo parezca el edificio es bastante sólido y resistirá todavía algunos años.” Efectivamente, presentaba exteriormente un estado lamentable, pero el americano ya estaba acostumbrado a este tipo de edificios del barrio y no se inmutó en lo más mínimo. “No serán estos detalles los que me hagan desistir”, pensó. Mientras subían las empinadas escaleras, Mónica le informó. “Es el último piso, pero tiene la ventaja de que dispone de una pequeña terraza, muy útil para tomar el fresco.” Al final de la escalera se veían dos puertas, una frente al descansillo y otra a su derecha. La muchacha abrió la primera y franqueó la entrada al americano que se introdujo en un recibidor alargado, desde el cual se accedía a todas las dependencias de la casa. Mónica se quitó el chaquetón y lo colgó en una percha dispuesta al efecto e invitó a Anthony a hacer lo propio, después se dirigió a una puerta situada al fondo, mientras comentaba, “vamos a preparar el café y la infusión y más tarde te enseñaré el piso, aunque como podrás

observar se recorre en seguida.” La cocina era minúscula y difícilmente cabían dos personas, pero Anthony se dispuso a ayudar a la muchacha.

Con las bebidas dispuestas en una bandeja, se dirigieron al salón comedor no muy grande situado frente a la puerta de entrada. Un pequeño sofá, una mesa con cuatro sillas alrededor y un pequeño mueble con un equipo de música, constituían su único mobiliario. Un balcón que se abría en la pared frontal le proporcionaba la luz necesaria. “Mientras esperamos que se enfríe un poco te enseñaré la casa. Esta puerta”, dijo Mónica abriendo la que se encontraba en una de las paredes laterales, “es la de mi habitación.” El americano dio un vistazo rápido; una cama, una mesita de noche, una estantería llena de libros y un pequeño escritorio, situado bajo una ventana, que daba a una calle lateral, tan estrecha como la calle Palma, llenaban la habitación de reducido tamaño. No obstante tenía un aspecto acogedor realzado por las coquetonas cortinas de la ventana que contribuían a hacerla más comfortable. “Como ves no es muy grande, pero a mí me basta. La otra habitación es la puerta situada enfrente”, dijo Mónica señalando la que estaba situada en la otra pared lateral. “Tampoco es muy grande”, concluyó con un mohín. Anthony se dirigió hacia ella y la abrió. La misma disposición en el mobiliario, con la única diferencia que bajo la ventana se encontraba la cama, estando el escritorio, de reducidas dimensiones en el ángulo opuesto. Dedujo el americano que por las características de la habitación no podía disponerse de otro modo, pero no dejaba de ser un inconveniente, porque de ese modo tendría menos horas disponibles para estudiar con luz natural. “Ya resolveré el problema. Lo importante es seguir con el plan de Mónica”, se dijo y luego en voz alta, “¡es estupenda!” “No exageres, Anthony. El cuarto de baño es la puerta situada junto a la cocina. No tiene mucho que ver, ya que sólo dispone de un plato de ducha, además del water y de un pequeño lavabo. A la terraza se accede por una puerta situada a la izquierda de la entrada, pero luego te la enseñaré. Tomémonos ahora el café y la infusión.”

Sentados cómodamente en el sofá, ingerían en silencio sus bebidas, sumidos en sus propios pensamientos. Súbitamente, Mónica preguntó, ¿qué te parece la casa?” Anthony se sobresaltó imperceptiblemente, pero reaccionó de inmediato, “estupenda; es muy similar a la de Salvador.” “Es cierto. Las casas antiguas del barrio se parecen mucho.” Un silencio embarazoso se abrió entre ellos; la muchacha intuía que el americano estaba pasando por unos momentos muy conflictivos, difíciles de solucionar. Como si hubiera leído sus pensamientos, Anthony empezó a hablar con voz apenas audible: “Me gustaría mucho compartir el piso contigo. Cuando me lo propusiste, la alegría que me embargó apenas pude controlarla. Todo era perfecto; podríamos diseñar juntos los programas y mi trabajo sobre la radio contaría con tu inapreciable ayuda, pero cuando comencé a reflexionar sobre lo que pensaría Salvador de esta deserción, mi alegría dio paso a la tristeza para trocarse casi en seguida en desesperación. Lo siento, Mónica, pero me siento incapaz de decírselo así de repente.” La muchacha cogió una mano del americano y le dijo con dulzura, “lo entiendo perfectamente, Anthony. Lo contrario me hubiese sorprendido desagradablemente; pero no tienes por qué decírselo en seguida. Piénsalo con calma y ya me dirás qué has decidido más adelante.” “Pero tú necesitas a alguien que te ayude a pagar el alquiler”, insistió el americano. “No te preocupes por eso; no viene de un día. Todavía podré aguantar unas semanas.” Anthony se quedó callado, rumiando su terrible contradicción. El valor que daba a la amistad había echado por tierra un plan que en principio parecía perfecto. “¿Por qué lo he hecho? ¿Realmente es la amistad que todavía me une a Salvador o quizá el miedo a no saber convivir con Mónica, sin sufrir en mis carnes la frustración de saber que su interés responde

únicamente a una simple cuestión de solidaridad?” Estas y otras muchas preguntas golpeaban despiadadamente el cerebro del americano que sintió en esos momentos unas irresistibles ganas de llorar. “Perdona un momento, voy al lavabo”, balbuceó levantándose y saliendo del salón. “Es insospechadamente sensible”, pensó Mónica. “Lo más probable es que a Salvador le importe un pimiento lo que él haga, ¿pero cómo explicárselo?” Las reflexiones de la muchacha se vieron cortadas por la llegada del americano que parecía haber recobrado su aplomo. Tomó asiento de nuevo en el sofá, junto a la muchacha y la miró a los ojos sonriendo. “Todavía no te he acabado de explicar mi proyecto de estudio sobre la radio.” Era una fórmula magnífica de relajar la tensión y a ella iba a aferrarse Anthony con todas sus fuerzas. Mónica lo miró sorprendida, pero sonriente y lo animó: “Tienes razón. Adelante.” Anthony se quedó un momento callado, frotándose la barbilla en un gesto maquinal y al cabo comenzó: “En principio había pensado titularlo algo así como *Los medios de comunicación en una democracia en formación, el caso de Radio Klara*. Incluso elaboré un anteproyecto con una metodología apropiada para utilizar los procedimientos de la sociología, la historia y la antropología cultural, además de aprovechar los avances científicos de estas disciplinas.” Mónica le interrumpió diciéndole: “Me parece excesivamente académico todo tu planteamiento.” “Aparentemente así es”, respondió Anthony, “pero pensaba incluir algunos conceptos extraídos de Foucault, como el de la experiencia-límite, para que sirviera de contrapunto a una investigación excesivamente encuadrada en el estrecho marco del academicismo.” “En mi opinión, eso mismo lo podrías haber hecho con una experiencia similar en Nueva York”, arguyó Mónica. “Posiblemente, ya que son experiencias comparables, sin embargo el contexto en el que se producen no lo es. Mientras en Estados Unidos es ya todo demasiado previsible, en países como España, con una democracia en formación, los resultados pueden ser totalmente inesperados. Por otro lado, y aquí entraría el concepto de experiencia límite, en toda investigación ocupan un lugar relevante las propias experiencias del investigador y no cabe duda que mis experiencias, en un país desconocido para mí, serán completamente distintas a las que hubiese experimentado de haberme quedado en Nueva York.” Anthony se quedó momentáneamente callado, mirando intensamente a Mónica que sonreía divertida a falta de otra cosa. Después de unos segundos, seguro ya del efecto de sus palabras, siguió, “por ejemplo no te hubiera conocido a ti.” Por primera vez, desde que la conocía, Anthony se dio cuenta que Mónica enrojecía. No quiso el americano prolongar su estado de turbación que podría haber sido negativo en una futura relación, si ésta llegaba a producirse y para tenderle una mano a la muchacha, desvió la conversación hacia ella. Sin que así lo pareciera, aprovechó el momento para preguntarle por sus estudios, procurando no dar muestra de un interés excesivo que podría interpretarse quizá torcidamente. “Hasta ahora, sólo hemos hablado de mis inquietudes, pero nada me has dicho de las tuyas. Supongo que sigues estudiando.” Mónica no contestó en seguida; tenía la cabeza inclinada, con los codos apoyados en sus rodillas y las manos juntas que se frotaban una contra otra con evidentes signos de nerviosismo. Anthony temió de nuevo haber cometido un desliz y se maldijo por ello. “Me temo que el día acabará como ha empezado: gris y nublado”, pensó, soportando ya a esas horas de la tarde una pesada carga de pesimismo. “Te ruego me perdones, si te ha molestado mi pregunta; sólo...” No pudo terminar la frase; la muchacha reaccionó con viveza, declarando: “No, Anthony; no me ha molestado en absoluto tu interés por mi persona. Al contrario; es mi forma de ser lo que me incomoda en determinadas ocasiones, pero ese es mi carácter y debo aceptarme tal como soy.” Se tomó un respiro y cogiendo las manos del muchacho

entre las suyas, continuó: “Tu pregunta me ha hecho recordar otros tiempos, en los cuales fui muy feliz. Ocurrió cuando entré en la facultad de medicina; me hacía mucha ilusión estudiar esa carrera y conseguir especializarme en pediatría. Me encantan los niños y esa podría ser una forma excelente de estar en contacto con ellos y ayudarles en lo que pudiera; pero la realidad era mucho más dura de lo que había pensado. El estudio de la medicina exigía una disciplina muy intensa que yo difícilmente, con mi dispersión natural, podía seguir. Así que mi experiencia en la facultad de medicina duró únicamente un curso, al final del cual ni siquiera me presenté a los exámenes, porque ya había decidido abandonar.” Se calló durante unos instantes y al cabo prosiguió: “Pero, a pesar de todo, aprendí muchísimas cosas. Tuve la inmensa fortuna de conocer a un grupo de gente muy interesante, con la cual entablé una amistad muy estrecha; entre sus muchas actividades, realizaban un programa en Radio Klara sobre la sanidad pública, realizando entrevistas a conocidos especialistas en la materia o elaborando informes sobre temas muy diversos relacionados con la sanidad. Así fue como entré también en la radio, colaborando con ellos en el programa e investigando el alcance de los proyectos sanitarios que desarrollaban las instituciones oficiales.” Anthony la escuchaba con mucha atención y observaba su semblante que reflejaba una intensa emoción. Sin saber cómo se escuchó preguntando: “¿Fue entonces cuando conociste a Salvador?” La muchacha dio un respingo, pero recobró en seguida su aplomo. “Eres muy perspicaz o quizá un buen observador. Sí, efectivamente; Salvador era una especie de líder del grupo. Cuando entré en la facultad, él estaba en segundo curso, pero ya llevaba más de tres años y conocía a muchísima gente. Nunca me expliqué como se las arreglaba para aprobar, porque nunca lo vi estudiar y si aparecía por la facultad, era por motivos ajenos por completo a las clases. Era un agitador nato, pero los estudiantes, en general, preferían dedicarse a estudiar y a tratar de sacar la carrera lo más rápidamente posible, así que también él fue perdiendo el interés en seguir luchando por mejorar la situación universitaria. Cuando decidí dejar la carrera de medicina, nos distanciamos y ya sólo nos veíamos de vez en cuando y aunque él siguió estudiando, lo hacía sólo por complacer a sus padres, especialmente a su madre; pero a él la medicina le importa tanto como la cría de búfalos.” La emoción de la muchacha iba en aumento y Anthony decidió intervenir para relajar un tanto la tensión. “Según tengo entendido, el padre de Salvador es médico,” “Cierto. Y con una gran reputación. Salvador procede de una familia de médicos; esa es la razón de que sus padres insistan tanto en que él también llegue a serlo, pero dudo que lo consigan.” El americano percibía que había muchas otras cosas que la muchacha guardaba celosamente en su corazón y que difícilmente se las revelaría. Tampoco él se sentía capaz de investigar más allá, al menos por el momento, así que decidió dirigir la conversación por otros derroteros. “¿Qué hiciste después de dejar la facultad?” La muchacha lo miró sin poder evitar una sonrisa y antes de contestar le dijo, “eres insensible al desaliento, Anthony.” Calló durante un largo rato mientras parecía reflexionar y al cabo murmuró. “La experiencia en la facultad de medicina fue muy intensa y gratificante, pero tuvo también su componente negativo. Cuando empezaron los exámenes me sentí muy frustrada y decidí hacer un largo viaje por el norte de África. Había ahorrado un dinero trabajando de camarera los fines de semana en algunos pubs de Juan Llorens y quise aprovecharlo para olvidarme de todo durante un tiempo. Pero antes de marcharme hablé con mis padres para comunicarles lo que había decidido y no sólo estuvieron de acuerdo en que lo hiciera, sino que me dieron su apoyo y me ofrecieron su ayuda en todos los aspectos. Creo que ese fue el instante más emocionante de todos los que recuerdo haber vivido.” Calló Mónica visiblemente emocionada, confirmando las

sospechas del americano. Un terrible secreto que le había causado un profundo dolor, se escondía agazapado en los pliegues de su corazón, pero nunca lo confesaría. Anthony le pasó el brazo por los hombros y la muchacha recostó la cabeza en su hombro y lloró mansamente mientras el muchacho acariciaba su cara con infinita ternura.

A pesar de los deseos del americano el hechizo se rompió pronto, Mónica alzó la cabeza se enjugó las lágrimas que bañaban su hermosa cara y continuó su historia: “Estuve viajando por Marruecos y Túnez. ¡Qué países tan extraordinarios! Te aconsejo que vayas a visitarlos antes de volver a Norteamérica.” Esa idea le hubiera encantado al americano, especialmente con ella de compañera de viaje, pero se dijo que era mejor dejar las fantasías para mejor ocasión. “También estuve en Argelia durante un par de semanas, pero allí se me acabó el dinero y me vi en la obligación de volver.” “¿Estuviste mucho tiempo viajando?” “Casi tres meses. Volví completamente renovada. Además en Marruecos conocí a una chica de Barcelona, muy simpática y pronto nos hicimos muy amigas. Prácticamente la mitad del viaje lo hice con ella.” La muchacha se calló sumida en sus recuerdos. Anthony la miraba sonriente sin atreverse casi a moverse por temor a romper el encanto. Al cabo de un rato levantó la cabeza y le sonrió dulcemente, “pero no volví en seguida a Valencia. Clara, así se llama mi amiga, me invitó a su casa en Barcelona. De nada sirvieron mis protestas de que no tenía dinero. Casi un año me tiré en la ciudad Condal, trabajando los fines de semana en un *pub* y dedicándome a leer mucho el resto del tiempo. También conocí a mucha gente interesante y desde entonces viajo allí con mucha frecuencia. Esta es mi historia, como puedes ver muy corriente.” El americano no pareció muy conforme con este final y siguió insistiendo, aun a riesgo de resultar pesado. “Te ha faltado decirme qué hiciste al regresar a Valencia y a qué te dedicas ahora.” Mónica lo miró con los ojos muy abiertos y soltó una franca risotada. “Está bien, tienes razón. Al fin volví a esta ciudad, después de una larga ausencia. Tal como me encontraba en esos momentos era incapaz de seguir viviendo con mis padres y así se lo expuse a las pocas semanas de llegar. Quería independizarme, aun sin saber muy bien todavía qué quería hacer con mi vida. Les dije que los quería mucho, pero que necesitaba irme de casa. Intentaron disuadirme diciéndome que en ningún sitio iba a estar mejor que con ellos, pero pronto se convencieron que estaba completamente decidida y me ofrecieron toda su ayuda. Son una gente estupenda; me gustaría que los conocieras.” “Nada me causaría mayor placer”, dijo Anthony entusiasmado. “Me recuerda mucho a mis padres. Nunca se interpusieron en lo quise hacer, antes al contrario, siempre me ofrecieron su ayuda en todo lo que necesitara.” “Estuve buscando casa durante unos meses, al tiempo que me matriculaba en la facultad de filosofía. Después de las experiencias que había vivido, pensé que era lo que más me gratificaría. Pronto encontré esta casa, en la que llevo viviendo más de tres años. Sin embargo, mis estudios volvieron a defraudarme; todo lo que enseñaban me parecían conceptos momificados. Esperaba encontrar gente con ideas avanzadas y me tropecé con carcamales que intentaban hacerme tragar ideas que hubieran avergonzado a cualquiera incluso hace un siglo. Así que decidí seguir con la carrera, pero estudiando por mi cuenta o poniéndome en contacto con gente ajena a la Universidad. Fue así que empecé a estudiar a Ciorán, Foucault, Reich y un largo etcétera, de los cuales jamás hubiera tenido idea que existían de haber seguido los cursos académicos. Ahora estoy en tercer curso, pero me estoy planteado dejarlo definitivamente, porque el título no me interesa para nada y cada vez me resulta más pesado tener que ir allí a escuchar cosas que me resultan absolutamente insoportables.” Se detuvo y dio un profundo suspiro, como si lo que había dicho la

hubiese liberado de una pesada carga. Su amigo la miraba arrobado, complacido de que le hubiera abierto completamente su corazón.

Después de un largo rato mirándose a los ojos, sonriendo, Mónica se levantó de un salto y dijo entusiasmada: “Vamos a la terraza y te acabaré de enseñar el piso.” Salieron al corredor y Mónica franqueó una puerta acristalada, carcomida por la intemperie y los años de servicio. “Como puedes observar no es muy grande, pero en verano resulta muy útil. Cuando consiga disciplinarme más aumentaré el jardín, ahora todavía excesivamente escaso.” La terraza tenía poco más de doce metros cuadrados y diseminadas aquí y allá algunas macetas con raquílicas plantas: un helecho, un ficus, geranios y poco más completaban el pobre jardín. Anthony se asomó al exterior para observar la calle Palma a la cual se abría la azotea. La perspectiva no era muy buena, porque los edificios circundantes, mucho más altos, les cerraban la visión, pero al americano le estaba gustando cada vez más la idea de mudarse a la casa de su amiga; sin embargo seguía sin resolver el problema de cómo y cuándo decírselo a Salvador. El sol se había ocultado ya detrás de los edificios y la claridad de la tarde no tardaría en dejar paso a las sombras de la noche. Mónica se había apoyado también en el murete muy pegada al americano y éste le había pasado un brazo por los hombros en un gesto de amistosa confianza que la muchacha devolvió pasándole a su vez la mano por la cintura y estrechándose aún más contra él. Unos minutos después, Anthony rompió el silencio, apenas alterado por los ruidos que llegaban desde la calle. “He decidido hablar con Salvador y trasladarme aquí esta misma noche, si no hay inconveniente por tu parte.” Mónica lo miró sorprendida de esta declaración hecha con gran solemnidad, como si fuera un acto oficial de gran trascendencia social. “Ya sabes que no, pero, ¿qué te ha hecho cambiar de idea?” Anthony no contestó en seguida, dejó transcurrir unos segundos durante los cuales pareció reflexionar, aunque la respuesta a esa pregunta que ya esperaba la hubiera madurado antes. “Porque si no se lo digo ahora mismo, no se lo diré nunca.” El americano la miraba sonriendo y la estrechó aun más en un gesto que quería ser de complicidad y de explicación de su manera de ser. “Me voy ahora a recoger mis cosas”, empezó a decir retirando el brazo del hombro de la muchacha e iniciando un movimiento hacia el interior de la casa. “No te puedo decir cuánto tardaré, porque ignoro si Salvador estará en casa ahora y no quisiera marcharme sin tener una conversación con él.” “Lo comprendo perfectamente”, dijo Mónica siguiéndolo hacia el interior de la casa. “Sin embargo eso no es ningún problema, porque en este momento no tengo intención de ir a ninguna parte; pero, por si acaso, te doy las llaves del piso.” Uniendo la acción a la palabra, cogió un juego de llaves que estaban colgadas detrás de la puerta de entrada y las probó antes de entregárselas. “Espero que todo vaya bien”, dijo. “Eso espero yo también.” Caminaba Anthony lentamente hacia la casa de su amigo Salvador sumido en sus reflexiones. La decisión estaba tomada y ya no podía volverse atrás, sin embargo la angustia lo atenazaba y ralentizaba cada vez más su incierto caminar. Decidió detenerse en un bar y tomar una copa para darse ánimos; se metió en el primero que encontró, muy cerca ya de la calle donde vivía. Después de tomarse un par de *wiskys* se sintió más fuerte y subió hasta el piso, pero, tal como había sospechado, Salvador no estaba. Con toda tranquilidad recogió sus escasas pertenencias y cuando ya lo tenía todo metido en su bolsa de viaje, se sentó en la cama y esperó pacientemente la llegada de su amigo. Por nada del mundo quería marcharse sin antes haber mantenido una larga conversación con él; aunque tuviera que esperarlo toda la noche. Se hallaba sumido en estos pensamientos, cuando oyó el ruido característico de una llave introduciéndose en la cerradura; salió de su habitación y se quedó

plantado en el salón, en el que entró su amigo al poco rato y se quedaron mirando. Fue Salvador el que rompió el silencio, preguntando con sincera extrañeza: “¿Dónde te metes, Anthony? No te he visto en todo el día; además esta mañana debes haberte levantado muy temprano.” “Si efectivamente”, contestó sintiendo que la amabilidad de su amigo contrastaba con su actitud de días pasados; esto, además de confundirlo, hacía aún más difícil lo que tenía que decirle, “me desvelé y opté por ir a dar una vuelta.” “Pues debes haberte recorrido la ciudad varias veces.” “No tanto”, dijo con una sonrisa desmayada. Salvador lo estuvo contemplando un largo instante durante el cual el silencio amenazaba con hacerse dueño de la situación. Al fin dijo, “¿te ocurre algo, Anthony?” El americano pareció salir de su estupor y se apresuró a contestar. “¡Oh! No, nada.” Volvió a su mutismo anterior, aunque se decidió de pronto a encarar la situación, “pero tengo algo importante que decirte.” Su amigo lo observó más atentamente e intuyó que algo muy serio carcomía las vísceras del americano. Se dijo que intentaría no ser tan mordaz y tratar de ayudarlo en lo que pudiera. Decidió esperar a que él le contase sus angustias, que seguramente tendrían que ver con su viaje de estudios a Valencia, y después le sorprendería con la noticia de que ya había hablado con algunos amigos suyos de Radio Klara para que lo introdujeran en los círculos en los que estos se movían; imaginando cual iba a ser la reacción de su amigo, Salvador esbozó una sonrisa que, sin embargo, Anthony interpretó de manera completamente diferente. “¿Tan grave es lo que tienes que decirme?”, dijo. “Quizá para ti no lo sea, pero para mí lo es y mucho.” “En ese caso creo que lo mejor será que tomemos asiento y lo discutamos cómodamente.” Anthony aceptó la propuesta y cogió una silla sentándose en un lado de la mesa. Salvador iba a hacer otro tanto, pero se detuvo y preguntó. “¿Te apetece un café?” Anthony lo miró desconcertado, pero asintió con la cabeza; pensó que eso le daría el tiempo necesario para reflexionar con calma y meditar despacio lo que iba a decirle. Salvador corrió a la cocina y en pocos minutos dispuso lo necesario para preparar el brebaje. “Todavía no te he preguntado qué te parece la ciudad”, le gritó mientras manipulaba la cafetera. “Pues intuyo que es muy interesante, aunque sería difícil dar una opinión acertada en tan poco tiempo.” El americano contestaba maquinalmente, sin entender que le hiciera preguntas intrascendentes, cuando tenía que haber observado que el momento no era precisamente el más adecuado para ese tipo de conversaciones. Esto lo reafirmaba aun más en sus sospechas y su ánimo se iba calentando cada vez más. Sin poder evitarlo, sintió un brote de odio hacia Salvador que trató de reprimir en seguida, pero un regusto amargo se le quedó en la boca. Con dos tazas de café humeante volvió su amigo que inmediatamente dispuso el azúcar y, cosa insólita, un poco de leche en un recipiente. “¿Te apetece un coñac?”, preguntó. “No gracias”, respondió el americano mientras removía maquinalmente el café. Un espeso silencio, alterado en parte por el ruido de las cucharillas, se abrió entre ambos; Anthony dejó la cucharilla en la mesa y alzó la cabeza mirando a su amigo directamente a los ojos. Su cara reflejaba todo el dramatismo que vivía en su interior; con voz lenta y pausada comenzó a decir: “Cuando llegué a Valencia hace una semana, mi corazón estaba henchido de emoción; venía dispuesto a realizar un trabajo que tú me sugeriste y yo acepté entusiasmado.” Hizo una pausa, para beber un sorbo de café, momento que fue aprovechado por Salvador para intervenir. Quería evitar en lo posible prolongar la situación de incertidumbre en la que su amigo se debatía. “Eso ya lo sé, por ello...” “Te ruego que no me interrumpas, por favor.” Anthony había hablado con extraordinaria dureza, la cual se reflejaba en sus facciones que habían adquirido una expresión tensa y agresiva. Salvador había borrado la sonrisa de sus labios y del desconcierto del primer momento estaba

pasando a una creciente irritación por la actitud del americano que consideraba completamente fuera de lugar. “Desde que te conocí te consideraré mi amigo”, continuó Anthony sin abandonar su actitud agresiva, “y ese fue el factor decisivo que me inclinó a aceptar tu oferta de venir a Valencia a hacer la tesis”, eludió referirse expresamente a la radio con la clara intención de herir a Salvador y, desde luego éste acusó el golpe. “No sé qué opinión te merece el concepto de amistad, pero para mí es uno de los pocos sentimientos que merece la pena defender.” Se miraron desafiantes; Salvador trató de calmarse y dijo: “Creo que en parte tienes razón; te pido disculpas por lo que te dije poco después de que llegaras. Mi intención no era herirte, sino hacerte comprender que la insinuación que te hice respecto al estudio sobre Radio Klara contenía una gran carga de ironía que esperaba comprendieras; ahora me doy cuenta que sin fundamento. Me sorprendió desagradablemente que hubieras tomado en serio esta propuesta, cuando para mí carece en absoluto de importancia y sigo sin ver qué interés puede tener un estudio de esa naturaleza. Yo también te considero mi amigo; te juro que me caíste muy bien desde el primer momento y mi mayor deseo era que vinieras a Valencia para seguir cultivando nuestra amistad. Cuando comprendí la importancia que para ti tenía llevar a cabo algún estudio provechoso, me tomé la molestia de presentarte a Alberto, al que considero un intelectual honesto y un excelente profesor, para que te ayudase a encontrar un tema de investigación que estuviera a tu altura. En cierto modo me sentía culpable y quería tratar de...” No pudo terminar la frase. El ánimo del americano se había convulsionado completamente al escuchar las palabras de su amigo que le sonaban a falsa disculpa. Sin poderse contener estalló: “De nada sirve ya todo lo que me dices; de tu amigo el profesor sigo pensando lo mismo que ya te dije en su momento: me parece un perfecto cretino.” La cara de Salvador se contrajo en un rictus de rabia que no pasó desapercibido a Anthony, quien a pesar de todo, continuó diciendo, “y aun añadiré algo más: su petulancia y pedantería están a la altura de su ignorancia. Y si a él lo consideras un buen profesor, no me atrevo siquiera a imaginar cómo serán los demás.” Con ira contendida, Salvador le espetó: “No sé quién te has creído que eres, pero me da la impresión que eres un engreído, que piensas que porque vienes del corazón del imperio puedes juzgar a los demás con ese desprecio, que jamás se me hubiera ocurrido imaginar en ti.” Anthony comenzaba ya a estar cansado de esta discusión, a todas luces inútil y que a nada conducía, por ello buscó la mejor manera de zanjarla. “Me duele que te hayas formado esa opinión de mí, aunque quiero creer que es fruto de las circunstancias. De todos modos creo que es una tontería que sigamos discutiendo en este terreno. Dejemos las cosas como están, si te parece.” “Estoy de acuerdo”, contestó Salvador con una mueca que pretendía ser una sonrisa. “Pero, ¿qué piensas hacer ahora?” El momento tan temido había llegado. El americano se preguntaba ahora si no había dejado deliberadamente que la conversación se desviase por terrenos escabrosos para tratar de dilatarlo al máximo. Consciente de que ya no podía escurrirse de nuevo soltó de improviso: “He pensado marcharme de tu casa. De hecho ya tengo preparada la bolsa; pero no quería irme sin antes decírtelo, por eso estaba aquí cuando has llegado.” Mientras su amigo hablaba, Salvador había extendido los brazos sobre la mesa con las palmas de las manos abiertas sobre la misma. Se había tensado completamente y parecía dispuesto a saltar en cualquier momento. “¿Y a dónde piensas ir?”, dijo casi gritando. El americano se asustó seriamente de la actitud que su amigo adoptaba; le estaba resultando mucho más difícil de lo que había imaginado resolver la situación que, en principio, hubiera debido ser más sencilla. Con un hilo de voz, Anthony contestó: “Mónica me ha invitado a compartir su piso...” De un salto Salvador se levantó de su

silla, cayendo ésta hacia atrás con gran estrépito; el americano se interrumpió y se echó hacia atrás instintivamente. “Me lo tenía que haber imaginado”, masculló Salvador con gran ferocidad, mientras daba grandes zancadas por la habitación, presa de una gran excitación. “Esa...”, calló a tiempo el improperio que estaba dispuesto a soltar y se quedó plantado en un extremo de la sala mirando fijamente al americano. Sus ojos echaban chispas. “Me río de tu concepto de la amistad. Es de suponer que no le habrá costado mucho esfuerzo convencerte para que te trasladaras a su casa. Me consta que tiene un gran poder de persuasión...” Iba a añadir que había hecho las gestiones necesarias para que iniciara sus estudios sobre la radio, pero pensó que ya no valía la pena. Sin saber por qué razón se sentía traicionado, aunque en su fuero interno no podía dejar de reconocer que, en gran parte, la culpa de que todo se hubiera desarrollado de esa manera era exclusivamente suya. Anthony, que había recobrado todo su aplomo, dijo con gran calma: “Te equivocas de nuevo en tus apreciaciones; Mónica se ha limitado a ofrecermé su ayuda, demostrándome con ello que posee un gran corazón. Me ha propuesto que elaboremos juntos un proyecto de programa para poder estudiar la radio desde dentro sin advertir a nadie de mis intenciones, al menos por el momento. De ese modo tendré mucha más libertad para investigar sin demasiadas trabas o recelos.” Salvador había levantado el brazo con la intención de decir algo, pero de su boca abierta no salió ningún sonido articulado; al cabo de unos instantes bajó el brazo y se sentó de nuevo en la silla después de levantarla del suelo. “¿Qué querías decirme?” “No era nada importante, pero al hilo de lo que estabas diciendo estaba pensando en lo importante que era para ti que hubiera teléfono en la casa. Cuando me lo dijiste, me dio la impresión que era un aparato absolutamente indispensable.” Salvador lo estaba mirando y su sonrisa había vuelto a florecer en sus labios. De nuevo Anthony la interpretó erróneamente; por un momento creyó que su amigo lo había reconsiderado y se sentía satisfecho de que todo se hubiera arreglado de la mejor manera posible. Esbozó también una sonrisa y confirmó: “Efectivamente, así es. Lo necesito para poder estar localizado, porque...” Salvador no le dejó terminar la frase. “¿Entonces Mónica no te ha informado de su absoluta carencia de tal artilugio?”, preguntó ampliando aun más su sonrisa y al instante añadió, “eso es típico en ella.” Anthony se sintió enrojecer al tiempo que se tensaban todos sus músculos; se sentía en ridículo y no veía la forma de salir airoso de la situación. Había dado por supuesto que su amiga tendría teléfono y ni siquiera le había preguntado por ese detalle en medio de tantas emociones. Que ella no hubiera hecho alusión al mismo no tenía nada de extraño, pero estaba claro que Salvador lo iba a utilizar a fondo para burlarse de él, sobre todo porque era cierto que había hecho mucho hincapié en el asunto cuando su amigo le propuso venir a Valencia. Por otra parte era cierto que lo necesitaba y esto venía a sumarse a las complicaciones que ya empezaban a abrumarle. Pero ya no podía haber vuelta atrás y decidió posponer la solución del problema para más adelante. “Ha sido todo muy rápido y a mí no se me ha ocurrido preguntárselo cuando estuve esta tarde viendo su casa; no creo que ella me lo haya ocultado deliberadamente, porque no podía saber la falta que me hace”, dijo saliendo del paso. “Puede que tengas razón, pero de todos modos no tienes de qué preocuparte, porque es un problema de fácil solución.” El desconcierto del americano alcanzó su grado máximo; ya era de todo punto imposible saber si su amigo continuaba burlándose de él o, por el contrario, intentaba reconciliarse para evitar la ruptura definitiva. Se inclinó por esta última alternativa y dijo: “Sí, es cierto. Es un problema de fácil solución.” Se calló un momento y al cabo de unos instantes dijo, mientras se levantaba: “Espero que este incidente no rompa nuestra amistad; sería

muy doloroso para mí que una estupidez como ésta la truncara definitivamente.” Lo decía sinceramente y así lo captó Salvador que se sintió conmovido, pero en su interior algo se había roto. El hecho de que se fuera y precisamente a casa de Mónica necesariamente enfriaría sus relaciones, pero nada quiso decir. Observó a su amigo que en estos momentos recogía su equipaje y se disponía a dirigirse a la puerta, pero Anthony se detuvo, dejó la bolsa en el suelo y sacó del bolsillo unas llaves. “Toma Salvador, las llaves de tu casa.” Se calló visiblemente emocionado y luego continuó con la voz rota: “Y gracias por todo.” Salvador se levantó y rodeando la mesa se acercó a su amigo y lo abrazó; al americano se le habían humedecido los ojos y para que no lo viera prolongó el abrazo más allá de lo necesario. Salvador se desasí con suavidad y le dijo. “Te deseo mucha suerte; de verdad.” “Gracias”, musitó Anthony. Abrió la puerta, pero antes de salir se volvió y le dijo: “Avísame, por favor, cuando lleguen mis libros y el resto de mi equipaje.” “No te preocupes, Anthony. Te avisaré.” El americano salió, cerrando la puerta. Durante un buen rato se quedó allí plantado en el descansillo; sentía unas horribles ganas de llorar y desahogarse. A pesar de las buenas intenciones, sabía perfectamente que la amistad entre ellos había sufrido un duro golpe. Haciendo un supremo esfuerzo cogió de nuevo su bolsa y comenzó a bajar las escaleras.

La Samblea

Anthony se detuvo frente al edificio del Ateneo sin saber muy bien qué hacer. Consultó su reloj. Faltaban algunos minutos para las ocho, la hora fijada para dar comienzo la asamblea. Alzó la vista y de nuevo tuvo la impresión, al igual que la primera vez que lo había visto, que el edificio se balanceaba rítmicamente en un intento desesperado por tumbarse hacia atrás y descansar por fin de la fatiga de tantos años. Bajó la vista y pensó nuevamente en la maldita asamblea; hubiera preferido llegar acompañado de Mónica, pero ésta le dijo que tenía algo que hacer y acudiría un poco más tarde. Después de unos minutos de vacilación se armó de valor y se acercó al portón con la débil esperanza de que se encontrara abierto. Sus temores se confirmaron: estaba cerrado, pero a la derecha percibió una hilera de timbres y en uno de ellos se leía claramente, *Al Margen*. Pulsó el botón y en unos segundos un zumbido le avisó que la puerta estaba abierta, girando sobre sus goznes, a una pequeña presión de su mano, con un tétrico chirrido de bisagras mal engrasadas. Cruzó el umbral y se encontró en un *hall* pobremente iluminado, con un aspecto que recordaba vivamente las películas de terror. Las sombras parecían moverse en extrañas oscilaciones. Anthony tuvo la impresión de haber cruzado la puerta del más allá para realizar un viaje iniciático. Una tímida sonrisa se insinuó en sus labios al recordar el miedo que le había producido la lectura de los cuentos de Lovecraft; una preocupante asociación de ideas. “Me da la impresión que esta noche no voy a necesitar LSD para viajar a dimensiones desconocidas”. Su sonrisa se borró de golpe cuando creyó observar una sombra más intensa que se agazapaba cerca de las escaleras. Un escalofrío recorrió su espina dorsal; pero no podía quedarse ahí parado como un idiota. Estuvo a punto de lanzar una carcajada al darse cuenta que la sombra ominosa no era otra cosa que una serie de fardos apilados en el hueco que formaba el inicio de la escalera. Subió lentamente hasta el primer piso; la puerta de entrada al Ateneo estaba entornada y la presionó ligeramente. El hueco daba paso a un pequeño vestíbulo que comunicaba con una sala en la que se hallaba ubicada una barra de bar, un grupo de tres personas acodadas en ella charlaban animadamente. Adelantó un paso y observó a la izquierda una sala mucho más amplia; alargó la cabeza y pudo observar varios

corrillos de jóvenes de ambos sexos que conversaban entre sí. Se decidió por acudir hacia la barra con el secreto deseo de conseguir algo con lo que refrescar el gaznate.

“¡Hola!”, murmuró cuando se encontró a la altura de los contertulios, “¿es posible conseguir una cerveza?” “Si abres la nevera quizás encuentres alguna”, dijo uno de ellos. Anthony observó un viejo frigorífico, rescatado seguramente de alguna planta de desechos. Abrió la puerta y un vaho indefinible hirió sus pituitarias; tres o cuatro cervezas reposaban en un estante del interior disputándose el espacio. Cogió una botella y buscó con la mirada la forma de abrir la chapa. “Lo que buscas está colgado de la puerta”, le informó uno del grupo. Anthony giró la vista para agradecer la información y se quedó petrificado al observar la sempiterna sonrisa del taxista. “¡Carajo!, este hombre está en todas partes”, murmuró para sí. “Gracias”, alcanzó a pronunciar con la voz medio rota. “Y en esta caja se deposita el dinero”, continuó informándole el taxista señalándosela. Anthony asintió con la cabeza mientras abría la botella. “¿Vienes a la asamblea?”, preguntó Julio. “Pues sí. Mónica me ha propuesto hacer un programa con ella y venimos a plantearlo”, contestó Anthony después de beber un trago de cerveza. “¿Tu también estás en Radio Klara?”, preguntó en seguida el americano sin darle tiempo al taxista a reaccionar. “No. ¡Qué va! Pero me interesa mucho la radio y vengo a menudo a las asambleas para tratar de echar una mano”, Julio lo miraba con su eterna sonrisa flotando en sus labios. “¿Has dicho que tienes intención de presentar un proyecto de programa con Mónica?”, siguió inquiriendo el taxista con un asombro risueño reflejado en su rostro. El americano se había acodado en la barra junto a él y se tomó un tiempo para contestar. Sin saber por qué razón, creyó intuir un deje burlón en la pregunta de Julio. “Si, eso he dicho”, bebió otro trago de cerveza y miró al taxista a los ojos como si esperara algún acontecimiento. En ese momento una cabeza asomó por una pequeña puerta situada en un rincón frente a la barra y anunció: “Compañeros, si os parece daremos comienzo a la asamblea.” Anthony consultó su reloj; eran las ocho y cuarto. Sonrió al taxista y con la botella de cerveza en la mano se dirigió a la puerta que daba al fondo de la sala grande. La afluencia era ya bastante numerosa, sentados unos en sillas, otros en un par de mesas que había al otro extremo de la sala y unos pocos de pie apoyados en la pared. Julio que le había seguido le indicó que cogiera una silla plegable de una pila que se encontraba cerca de la puerta. Así lo hizo y le acercó otra al taxista. Anthony, ya un poco más relajado, se dedicó a observar a los allí reunidos.

Los murmullos de las conversaciones daban a la sala la apariencia de un inmenso enjambre de abejas, zumbando alocadamente en busca de alguna flor. Una voz de hombre se alzó por encima del confuso ruido y los murmullos fueron descendiendo hasta desaparecer casi por completo. Fue entonces cuando desde un grupo de chicas se alzó la voz de una de ellas, “compañeras y compañeros, vamos a intentar fumar lo menos posible, porque de lo contrario moriremos asfixiados dentro de poco. Ya sabéis que si abrimos los balcones, el ruido de la calle nos impediría seguir las intervenciones con comodidad. En todo caso, si alguno o alguna lo necesita absolutamente puede ir a la habitación contigua.” En efecto, el humo ya había formado una niebla en la sala, aun no muy espesa, pero sí lo suficiente para que los no fumadores se sintieran incómodos. Anthony se lo agradeció en su fuero interno. Podía soportar sin mucha fatiga los ambientes de fumadores, pero prefería no tener que hacerlo.

La voz del hombre que había hablado en primer lugar se dejó oír de nuevo. “Sería de desear que todos procurásemos ser lo más breves posible en nuestras

intervenciones, porque tenemos un orden del día muy apretado...” “A mí me parece que el orden del día tendría que salir de la asamblea y no traerlo ya elaborado de casa e imponerlo a los demás”, interrumpió sin recato la chica que había hablado anteriormente. Se produjeron murmullos de asentimiento en el grupo de chicas y en un sector de los reunidos. El taxista se inclinó sobre el americano sentado a su lado y le susurró, “el tío que ha hablado es Carlos, uno de los fundadores de la radio...” “Compañeras y compañeros procuremos guardar silencio y dejar hablar al que tenga la palabra, sino no acabaremos nunca”, intervino un joven sentado a la derecha de Anthony dos sillas más allá, “me parece que lo primero que tendríamos que hacer es elegir entre todos un moderador y discutir el orden del día”. “Yo propongo a Elías”, dijo otro, señalando al que había hablado en último lugar. “Sí”. “Muy bien”. “De acuerdo”, replicaron varias voces. “Bueno, si nadie tiene nada en contra yo haré de moderador”, hizo un silencio girando la vista en torno a los reunidos y continuó, “os ruego a todos que respetéis el turno de palabras y procuremos no repetirnos y ser breves en las intervenciones. Empezaremos, pues, por las propuestas del orden del día. Carlos ha traído una propuesta ya elaborada y le doy la palabra para que la explique; después quien quiera añadir o comentar la inclusión de algún punto que lo diga.”

Carlos esbozó una sonrisa que pretendía ser meliflua y se le quedó en bobalicona. “Pienso que deberíamos empezar por hablar del traslado de la antena a Calicanto. He estado hablando con el responsable del repetidor y por un poco más de dinero del que ahora estamos pagando en Mislata...” “Carlos”, interrumpió Elías sin contemplaciones, “tan sólo di los puntos del orden del día que tengas que proponer y la asamblea decidirá en qué orden se discuten”. Carlos hizo un gesto de disgusto, pero al fin aceptó. “Bien, yo sólo quería dar unas pequeñas indicaciones..., sí, sí, no me interrumpas, por favor”, dijo al ver que de nuevo Elías hacía intención de intervenir, “los puntos que propongo son: traslado de la antena, parrilla de programación, economía, porque hay muchos programas que se están retrasando en sus cuotas y necesitamos dinero. ¡Ah! Y también hay una propuesta de editar un compacto.” “¿Has acabado?”, preguntó el moderador circunstancial. Carlos se quedó pensativo un momento y al fin dijo: “Sí; eso es todo, por ahora.” “Bien. Ahora tomaré palabras para aquellos que quieran proponer algún punto del orden del día o decidir el orden en que serán discutidos los que ha propuesto Carlos.” Dos manos se habían ya levantado, un tanto nerviosas e impacientes por intervenir. Elías toma nota y le da la palabra a Elvira. “En principio estoy de acuerdo con la propuesta de Carlos y el orden me es igual, pero creo que habría que añadir un punto sobre el estudio, de qué color se van a pintar las paredes y decidir ya de una vez por todas si se hace la pecera o no se hace, porque llevamos ya varios meses discutiendo lo mismo sin llegar a ningún acuerdo. Además somos muchas las que estamos en contra...” “Por favor, Elvira”, la interrupción nerviosa de Elías dejó a todos desconcertados, “he repetido varias veces que únicamente se trataba de proponer el orden del día. Las intervenciones sobre cada punto, una vez decidido el orden del día, se harán por riguroso turno.”

“Pero, ¿se puede saber a qué viene tanta burocracia?”, la que había hablado, una chica joven, se había levantado de su silla y gesticulaba mirando a los presentes con mirada de desafío. El americano se quedó mirándola con asombro; hasta ese momento no había tenido tiempo de reflexionar sobre el desarrollo de la asamblea; pero ahora se dio cuenta que una amenaza indeterminada flotaba en el ambiente. Se había ido creando, sin que al parecer nadie se percatara de ello, una atmósfera ominosa que comenzaba a inquietarlo. “Y Mónica sin venir”, dijo para sí. Consultó

su reloj y se percató que ya había transcurrido media hora y todavía no habían empezado a discutir sobre nada en concreto.

En ese momento Elías empezó a hablar con voz más calmada. “Compañeras y compañeros, si no os gusta como lo hago, simplemente lo decís y que modere otro.” “No es eso, pero me parece que no hace falta tanta formalidad”, intervino la joven que había interrumpido. “Decidamos ahora qué punto nos parece el más importante y comencemos a discutirlo entre todos. Cuando este se agote, proponemos otro y así será más ágil.” “¿Estáis todos de acuerdo?”, preguntó Elías. Carlos pareció dispuesto a intervenir, pero desistió y lanzó un suspiro de resignación.

Un áspero silencio se extendió por la habitación e incluso los fluorescentes que la iluminaban parecieron perder intensidad. “Ahora empezarán a discutir sobre la pecera, pero, ¿para qué la querrán?”, pensó Anthony que estaba empezando a colegir que se había metido en una jaula de grillos. Como si hubiera adivinado sus pensamientos, la chica que había intervenido en último lugar y que todavía se hallaba de pie, dijo: “creo que deberíamos empezar por discutir sobre la pecera y resolver el problema de una vez y también sobre el color con el que se va a pintar el estudio, ya que ambos temas están relacionados”. Carlos, habitualmente tranquilo, había perdido los nervios y gritó con voz desahogada, “¡estás manipulando la asamblea, Julia! Este no es procedimiento. Sabes perfectamente que ya se decidió que se cambiaría el estudio de lugar para poder hacer la pecera y pintarlo de marrón”. Varios jóvenes se habían levantado gritando al unísono: “El manipulador eres tú. ¿Cuándo se decidió esa cuestión?” El griterío estaba alcanzando proporciones descomunales. El taxista se inclinó de nuevo sobre Anthony y le informó, “no hagas mucho caso de estos incidentes. A veces suceden, pero pronto se calma todo.” Un hombre algo grueso, sentado cerca de Carlos empezó a hablar con un gran vozarrón que pronto se impuso al griterío general. “La asamblea anterior se celebró hace dos meses y en ella se decidió entre todos los que estábamos, construir la pecera y pintar el estudio de marrón para que no se vean las manchas de nicotina, porque a pesar de los carteles que hay en el estudio invitando a la gente a no fumar, nadie hace caso y ya sabéis que el humo daña los aparatos. Una forma de evitarlo...”, a medida que hablaba iba elevando la voz para imponerse al griterío que no había cesado totalmente, “... es separar la parte técnica de los que hacen el programa. De esa forma se soslayan los inconvenientes del humo, ya que parece imposible evitar que se fume en el estudio.” “Esa decisión la tomasteis entre cuatro, que erais los que estabais en esa asamblea”, la que había hablado era una chica muy joven, con voz chillona, dirigiéndose directamente al que había hablado en último lugar. “Tú te callas que no tienes ni puta idea”, le contestó éste airadamente. El griterío se redobló y de todas partes comenzaron a salir palabras malsonantes. Anthony ya empezaba a estar harto, sobre todo por la imposibilidad de poder intervenir. Pero en ese momento percibió la linda cara de Mónica asomando por el hueco que estaba cerca de la puerta de entrada. Sin pararse a pensarlo se sorprendió a sí mismo escuchando su propia voz.

“Compañeros”, el griterío había perdido intensidad y la voz de Anthony sorprendentemente calmada acabó por hacer totalmente el silencio. Quizá se debiera también a lo insólito que resultaba escuchar en esas circunstancias una voz desconocida. “Compañeros”, repitió de nuevo Anthony en medio ya de un absoluto silencio. Por el rabllo del ojo observó que Mónica le estaba mirando sonriente y eso le animó a continuar. “Mi nombre es Anthony y soy norteamericano. Llegué a Valencia hace unas semanas y, por circunstancias que sería excesivamente prolijo explicar, me enteré de la existencia de Radio Klara y junto a una persona que

conocí casualmente, Mónica”, al pronunciar el nombre de la muchacha hizo un gesto hacia ella y todos se volvieron a mirarla. Mónica saludó con la mano sonriendo, aunque se percibía un cierto desconcierto en su semblante. Después de una estudiada pausa, Anthony continuó con gran aplomo al comprobar el efecto que causaban sus palabras. “Como os decía, Mónica, a la que supongo que muchos de vosotros conoceréis, me propuso hacer un programa conjuntamente. Por este motivo accedí a venir a esta asamblea.” Hizo una pausa para girar la vista en derredor; en la mayoría de los rostros se mostraba una cierta expectación. “Mi amiga me ha hablado muy bien de la radio, por eso lamento aún más la decepción que me he llevado al asistir a este espectáculo que desgraciadamente me parece lamentable.” Un silencio preñado de tragedia se enseñoreó de la sala; únicamente el ruido callejero se percibía atenuado a través de las puertas de los balcones que daban a la calle Baja. Carlos no dejó pasar la oportunidad de intervenir con su clásico estilo paternalista. “Me parece que el amigo americano, al que felicito sinceramente por lo bien que se expresa en castellano, ha puesto el dedo en la llaga y deberíamos aprender la lección que nos ha dado...” “A mí también me parece muy oportuna su intervención”, cortó Elías sin contemplaciones, pero te recuerdo Carlos que mientras no se diga lo contrario, continuo siendo el moderador”, hizo una pausa y prosiguió diciendo, “lo más conveniente para evitar enfrentamientos inútiles sería abordar primeramente los puntos menos conflictivos y dejar los temas problemáticos para el final.”

Entretanto, Mónica se había desplazado por la sala en la que se encontraba el bar y por la pequeña puerta se situó junto a Anthony que la recibió con una amplia sonrisa. La muchacha juntó el dedo índice y el pulgar en un gesto de aprobación por su intervención al tiempo que le sonreía francamente. Murmullos de aprobación acogieron las últimas palabras del moderador. “Por tanto en esta línea que he sugerido”, continuó Elías, “me parece que lo mejor sería que Carlos informase del traslado de la antena a Calicanto, ya que, si he entendido bien, no se trata de un punto de discusión, sino que por el contrario es un simple proyecto.” “Efectivamente, así es.” “Entonces, si nadie tiene nada que objetar, tiene la palabra Carlos”.

Éste, que había permanecido de pie durante todo el tiempo que había durado la confusión, informó: “Como todos y todas sabéis, el emplazamiento de la antena en Mislata está empezando a tener serios problemas en el suministro de energía. El dueño del taller que nos dio toda clase de facilidades para proporcionarnos este suministro a través de su red, está empezando a cabrearse seriamente. Ayer le abonamos los seis meses que se le debían, después de que nos amenazara reiteradamente con cortarnos el fluido si no liquidábamos la deuda contraída”; el orador, con el resuello casi cortado, hizo una necesaria pausa que alguien aprovechó para gritar: “Abrevia, macho, que nos van a dar las uvas.” “Silencio, coño; parecéis chiquillos”, intervino alguien situado a la derecha de Carlos. Para evitar nuevos tumultos, éste se apresuró a retomar el hilo del discurso. “Lo siento si me extiendo, pero quiero informar detalladamente de la situación. No quiero que nadie pueda argumentar luego que no se ha informado, como ya ha sucedido otras veces.”

Abucheos, interjecciones y algún insulto apenas audible acompañaron las últimas palabras de Carlos. El moderador se vio de nuevo obligado a intervenir. “Haced el favor de comportaros, compañeras y compañeros”, dijo casi gritando. “Pues que se ciña a la información y se deje de alusiones insultantes que no vienen a cuento”, intervino la muchacha joven que de nuevo se había puesto en pie y gesticulaba. “¿Esto es siempre así?”, preguntó Anthony en voz baja dirigiéndose a Mónica. “No; en ocasiones es aún peor”, contestó con ironía. Carlos que en esta ocasión no se había

inmutado esperó a que se hiciera el silencio y continuó. “Bueno, para liquidar la deuda tuvimos que adelantar algunos de nosotros la cantidad, porque las arcas de la radio están vacías, pero de eso ya informará Joaquín. Ante esta situación no es descabellado pensar en el traslado de la antena a Calicanto. La semana pasada estuve hablando con el responsable del repetidor y me dijo que en principio no había ningún problema. El coste mensual por el mantenimiento ascendería a unas cincuenta mil pesetas, pero a cambio saldríamos con una potencia en antena de 5.000 vatios, con lo cual se ampliaría considerablemente el alcance de la emisora y se evitarían algunas zonas de sombra que hoy existen en la ciudad. El principal problema reside en el coste del traslado que supondría medio kilo aproximadamente...” “En estos momentos hay cosas más urgentes que atender”, intervino un joven de unos treinta años, alto y rubio colocado al otro lado de la sala muy cerca de donde se encontraba Anthony, “y no creo que el traslado de la antena sea tan urgente.” Carlos lo miró resignado y continuó, “sólo estoy presentando un proyecto, que en estos momentos quizá no sea tan urgente, pero lo será dentro de unos meses cuando la ley nos obligue a subir la potencia a 5.000 vatios si queremos seguir emitiendo. Esa es la razón de que lo planteo en estos momentos, para evitar sobresaltos de última hora.” Elías tomó la palabra para zanjar el tema y evitar más disquisiciones inútiles. “Creo que en efecto está planteado en sus justos términos el problema y lo único que cabe es reflexionar sobre el mismo. Pasemos ahora al punto de economía que es otro de los temas importantes.” El moderador hizo una seña a un joven alto y delgado, sentado muy cerca de Carlos. Éste carraspeó y comenzó a hablar con voz tranquila y pausada. “Como ya ha apuntado Carlos en su intervención, en estos momentos estamos bajo mínimos. Se ha tenido que adelantar el dinero para pagar la factura de la energía consumida hasta ahora. Pero esta situación se resolvería si todos los programas se pusieran al día en sus cuotas. Hay ocho programas que deben más de ocho meses. Otros tantos que deben más de cuatro meses y otros muchos que deben dos. En resumen, en estos momentos únicamente cinco programas están al corriente de pago. La cantidad total que se debe por cuotas asciende a casi cien mil pesetas...” “Me parece que habría que valorar que hay muchos programas que los lleva gente que no tiene ingresos regulares y...”, la intervención del mismo joven rubio de antes pareció ser la señal para que de nuevo se iniciase una cascada de intervenciones que intentaban hacerse oír a través del griterío general que se generó. Elías intentó de nuevo imponer silencio y a duras penas lo consiguió después de unos minutos de confusión. “Este tema ha sido discutido ya en diversas asambleas y nunca se ha llegado a un acuerdo general.” Mónica se inclinó hacia Anthony y le murmuró casi al oído, “me parece que si esto sigue así no podremos presentar nuestro proyecto de programa”. Anthony la miró perplejo y contestó: “Te aseguro que después de todo el trabajo que nos ha costado realizarlo lo presentaremos, aunque sea lo último que hagamos.” La decisión de Anthony desconcertó a la muchacha que sonrió complacida. Elías había conseguido tomar la situación de nuevo en sus manos, pero se le notaba ya harto y cansado de batallar en una pelea que consideraba inútil. Joaquín, que había permanecido impassible durante todo el tiempo que había durado el barullo, continuó hierático como si nada hubiera detenido sus palabras, “... Por otro lado, dentro de un mes aproximadamente necesitaremos hacer un desembolso de unas 70.000 pesetas para sufragar el gasto que va a suponer el cambio en la caja de mezclas y otros equipos de baja frecuencia. Ya se informó hace unos meses que este cambio era urgente, ya que la calidad con la que salimos en antena es en estos momentos bastante deficiente.” Joaquín hizo una pausa para consultar su libreta,

momento que fue aprovechado por Mónica para hacer una seña a Anthony indicándole la pequeña puerta que daba a la sala-bar. El americano, como movido por un resorte alcanzó de un salto la puerta arrastrando tras de sí una de las sillas que cayó al suelo con un estrépito que a Anthony le pareció infernal, pero se cuidó mucho de volverse para ponerla en pie de nuevo. En la sala-bar vio a un grupo sentado alrededor de las mesas de mármol y a Mónica y al taxista acodados en la barra charlando. Enfrascado en la asamblea no se había percatado del momento en el que este último la había abandonado. En el otro acceso a la sala vio a un grupo relativamente numeroso de gente intentando asomarse y formando un insólito racimo de frutas exóticas colgado de un gigantesco árbol imaginario. El americano se reunió con Mónica y el taxista en el momento en que Elías zanjaba la cuestión económica recomendando a los programas morosos que se pusieran al corriente de cuotas en el más breve plazo posible. Nadie tuvo nada que objetar a esta sugerencia y Elías se dispuso a atacar de nuevo el orden del día. “Compañeras y compañeros, si no hay más sugerencias pasaremos a discutir la parrilla de programación que es el último punto del orden del día que ha propuesto Carlos.” “Perdona, pero te olvidas de la edición de un compacto que también he señalado al principio”, interrumpió Carlos algo mosqueado.” Entiendo que eso tenías que haberlo propuesto en el punto de economía”, contestó Elías con fastidio.

En la sala-bar las intervenciones llegaban como un murmullo sordo apenas audible. Sólo eran claramente perceptibles los alborotos producidos por los concurrentes cuando alguien hacía una intervención desafortunada. “Me ha parecido entender que iban a abordar el tema de la parrilla de programación”, dijo Mónica prestando atención a las voces que venían de la otra sala. “Me parece que sí, pero mucho me temo que ese tema va a caldear todavía más los ánimos”, dijo Julio con expresión resignada. “¿Por qué lo dices?”, interrogó Mónica. “Porque algunos se han propuesto ir hasta el fondo del conflicto que ha generado la entrevista que un programa realizó a un sector político de izquierdas.” “¡Ah! Ya entiendo. Pues entonces la presentación de nuestro programa se convierte en una aventura casi imposible.” Mónica se había vuelto hacia Anthony con expresión adusta al mismo tiempo que se encogía de hombros. Éste la miró interrogativamente. “Ahora sí que tenemos un verdadero problema”, se limitó a decir la muchacha; pero pareció pensarlo mejor y añadió: “Me temo que no hemos escogido el mejor momento para presentar nuestro proyecto de programa.” Antes que el americano tuviera tiempo de decir alguna cosa, el taxista intervino, “Anthony me ha comentado antes que pensabais hacer un programa, ¿de qué tipo?” “Un programa de debates sobre temas de actualidad y sobre aspectos concretos de la programación de la radio; pero a estas alturas no sé si va a valer la pena hacer mención del mismo”, contestó Mónica. “¡Carajo!”, el exabrupto de Anthony sonó como un trallazo en la reducida estancia y todas las miradas se volvieron hacia él. Hasta en la habitación contigua la discusión parecía haberse detenido por la contundencia expresiva del americano que enrojeció visiblemente. “Anthony”, musitó Mónica apretando una de sus manos entre las suyas, “tranquilízate que vas a disolver la asamblea antes de tiempo.” “Lo siento”, masculló Anthony, “pero me gustaría que me explicaran qué diablos pasa.” Mónica aspiró el viciado aire de la habitación hasta llenar completamente sus pulmones y comenzó a hablar pausadamente con voz queda, “hace un mes aproximadamente, un programa que se emite por las mañanas, *Entre dinosaurios*, creo que se llama, invitó a dos representantes de un partido de izquierdas para hacerles una entrevista y aprovechar la ocasión para hacer una crítica de sus propuestas. El propósito de los integrantes de este programa, dos históricos para más señas, era hacer una crítica a las propuestas de *Izquierda Unida*, que como

supongo ya sabes es una amalgama de partidos en los que el *Partido Comunista* tiene la preponderancia. Sin embargo, el resultado fue diametralmente opuesto: prácticamente se los llevaron al huerto.” “¿Al huerto?”, se sorprendió Anthony. La muchacha soltó una carcajada que pasó desapercibida, porque en la sala contigua el barullo era extraordinario. “Lo que viene a significar más o menos que se llevaron todos los triunfos.” “Ya entiendo”, replicó el americano con una sonrisa de inteligencia. “No sólo eso, Mónica, sino que daba la impresión que los integrantes del programa apoyaban también esas propuestas”, dijo Julio con mucha convicción. “Eso no es cierto”, soltó la muchacha con viveza. “¿Escuchaste el programa?”, inquirió Julio. “No”, contestó Mónica confundida, pero reaccionó con presteza. “Pero no importa. Me ha hablado gente que sí lo escuchó y me dijeron que tampoco reaccionó nadie de los que estaban escuchando el programa en ese momento.” “Tampoco eso es cierto. Hubo una intervención de alguien que no podía dar crédito a lo que estaba oyendo, tratándose de una radio anarquista.” “Sí. Claro. Para lanzar toda una serie de improperios contra los participantes que contribuyó aun más a reforzar sus posiciones.” Anthony seguía con mucha atención la batalla dialéctica sin entender demasiado lo que querían decir. Sus conocimientos de la realidad política española eran muy someros y muchas de las cosas se le escapaban. “Insisto en que los individuos en cuestión no comparten los puntos de vista de aquella gente, ni por supuesto los apoyan. Particularmente no los conozco demasiado, pero por mi propia experiencia y lo que he oído de ellos los creo incapaces de llevar a cabo una maniobra de diversión para hacer de la radio el portavoz de la izquierda parlamentaria o de los Verdes. De haberlo querido hacer han tenido oportunidades más que sobradas de hacerlo sin recurrir a extraños subterfugios cuyos resultados serían en el mejor de los casos imprevisibles.” Mónica había soltado su discurso con una gran vehemencia que la había dejado exhausta y a sus dos oyentes con los ojos abiertos de asombro. Se hizo un silencio aun más evidente, por cuanto la barahúnda de la sala contigua había dado paso a una serie de murmullos que de todos modos no presagiaban nada bueno. Tras recuperar el aliento, Mónica continuó imperturbable. “De todos modos soy de la opinión que la raíz del problema es exclusivamente la ausencia absoluta de debate sobre los aspectos teóricos de la radio. A menudo se confunden los medios con los fines y eso genera cada vez más confusión. Si no estoy mal informada lo último elaborado a ese respecto es el libro amarillo y de eso hace ya la tira de años. Desde entonces se ha ido incorporando mucha gente a la radio que piensa que todo el monte es orgasmo...” En este punto Anthony dio un respingo, pero Mónica pareció no advertirlo y siguió con su discurso, “... o que el anarquismo es equivalente al todo vale y eso no es en absoluto así.” “Me veo en la ineludible obligación de darte la razón en ese punto”, dijo el taxista haciendo una profunda reverencia, luego continuó. “Efectivamente, el libro amarillo es el último escrito teórico que se ha realizado y se hizo por iniciativa de Eleuterio, creo recordar. Un personaje extraordinario, aunque algo pedante”, terminó en tono evocador. “¡Ah! Sí. Eleuterio”, intervino Mónica. “Fue uno de los fundadores de radio Klara, pero cuando yo me incorporé, él ya se había retirado por no estar de acuerdo con su legalización, según tengo entendido.” Anthony seguía escuchando con gran atención y anotando mentalmente todo lo que se decía. En su fuero interno dio las gracias a su amiga, porque no le cabía duda que esa conversación la había provocado en su beneficio. “Yo también lo tengo entendido así, aunque no estoy muy seguro de eso. Por aquella época aunque ya me había incorporado a la radio participaba muy irregularmente”, confirmó Julio. “Lo conocí algunos años después de que se fuera de la radio, en una serie de charlas que organizaron las Juventudes Libertarias. Eleuterio intervino en una

de ellas sobre la organización anarquista y quedé muy sorprendida de sus teorías y sobre todo del aplomo con el que las apoyaba. Me pareció un provocador muy fino y sobre todo un heterodoxo. Fue Salvador el que me habló de él. En un tiempo fueron muy amigos, como uña y mugre...”; de nuevo Anthony tuvo la sensación que todavía tenía mucho que aprender, especialmente de determinadas expresiones que le resultaban, cuando menos, desconcertantes, “... a pesar de la diferencia de edad, pero acabaron enemistándose hasta el punto que ya ni se hablan. Después le perdí la pista y ya no lo he vuelto a ver.” “Salvador también se fue de la radio cuando ésta se legalizó, ¿no es cierto?”, inquirió Julio. Mónica lo miró un momento y contestó: “No es del todo cierto. Aunque no estaba totalmente de acuerdo siguió participando en ella, aunque cada vez con mayor irregularidad hasta desaparecer por completo.”

En ese momento un griterío ensordecedor que amenazaba con hundir el viejo edificio se dejó oír en la sala contigua. Julio salió disparado hacia la puerta del fondo de la sala como movido por un resorte y se quedó parado en el vano contemplando el espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Toda la gente que se encontraba en la sala-bar había desaparecido como por ensalmo. El taxista se había vuelto hacia Mónica y Anthony y les hacía señas imperiosas para que se acercaran. Cruzaron la puerta y se hicieron un hueco en la sala grande. El espectáculo era desconcertante. Carlos, de pie, con los puños apretados y la cara contraída en un gesto de ira, miraba con profundo odio a Julia que también se encontraba de pie con los brazos cruzados sobre el pecho y mirándolo desafiante. “Yo no tengo que darte ninguna explicación de lo que hago en mi programa.” Carlos había pronunciado estas palabras con suma lentitud y recalando cada una de ellas con una entonación de desafío. “A mí no, desde luego, pero sí se la debes a la asamblea”, dijo Julia con voz tranquila y confiada, sabedora que la mayoría de los reunidos la apoyaba. “Repito que no tengo que dar ninguna explicación ni a ti, ni tampoco a la asamblea. En nuestro programa, Evaristo y yo hacemos lo que mejor nos parece y no eres tú precisamente la más indicada para pedir cuentas de algo que sólo está en tu imaginación calenturienta”, dijo ya algo más calmado, pero sin abandonar su actitud agresiva. “¿Pero tú te has creído que la radio es tuya?”, le espetó Julia. “Eso”, se oyeron varias voces. “Claro que me lo he creído. La radio es mía y de todos aquellos que contribuimos a que siga funcionando.” “La radio es de la asamblea”, dijo una voz. Esa pareció ser la señal para que todo el mundo se pusiera a gritar, intentando explicar cada cual a quien pertenecía la radio. La asamblea parecía ya haber tocado a su fin del modo más lamentable. Mónica miró a Anthony arrugando los morritos en un gesto de resignación. El americano la miró, pero de sus ojos parecía haber desaparecido toda expresión. Mónica no sabía a qué atenerse. Lo cogió de un brazo...

“Fuck”, el alarido que salió de la boca de Anthony fue tan intenso y estremecedor que todos los presentes quedaron como petrificados. En la sala se hizo un silencio absoluto, interrumpido únicamente por el rumor que llegaba desde la calle. Carlos había dejado su actitud agresiva y Julia había dejado caer los brazos a lo largo de su cuerpo. Nadie se atrevía a moverse por temor a ser el blanco de las miradas, incluso las respiraciones parecían haberse detenido. “¡Basta ya!”, gritó de nuevo el americano que tenía la cara contraída en un gesto que daba la impresión que de un momento a otro le iba a dar un ataque de apoplejía. Mónica a su lado se asustó seriamente y aumentó la presión de su mano en el brazo de su amigo en un intento desesperado por calmarlo. “Cuando llegué a Valencia hace ya más de un mes yo no era anarquista y mis conocimientos sobre esta ideología eran muy escasos. Me consideraba de izquierdas, pero sin ninguna concreción”, el americano hablaba con los labios contraídos y sus palabras parecían dardos dirigidos a todos los presentes. “En este

corto espacio de tiempo que he pasado en esta ciudad me he ido inclinando cada vez más hacia el anarquismo y cuando llegué esta tarde a la asamblea, en mi fuero interno era ya anarquista.” Hizo una pausa para llenar los pulmones del aire que empezaba a faltarle. Todo el mundo en la sala seguía su discurso con gran atención sin atreverse a pestañear. Anthony parecía haber perdido de vista el lugar en el que se encontraba y hablaba como si estuviera reflexionando en voz alta. “El espectáculo al que he asistido esta noche ha vuelto a sembrar de dudas mi espíritu. Cómo es posible que personas que dicen defender los mismos objetivos pueden llegar a enfrentarse de esta manera, me he preguntado reiteradamente y no he podido hallar una respuesta satisfactoria.” Paulatinamente Anthony había ido recobrando su calma habitual. Pareció de pronto darse cuenta de dónde se encontraba y giró la vista alrededor. En todos los rostros observó la expectación que sus palabras estaban causando y algunos de ellos asentían con la cabeza. “Se está criticando a un programa por haberse dejado derrotar en la batalla dialéctica entablada con profesionales de la política. Quizá sea cierto que sería mejor no invitar a determinada gente a participar en una radio anarquista, ¡pero yo pienso que eso sería aún peor!”, Anthony había lanzado estas últimas palabras como un grito desgarrador. Mónica a su lado seguía sus palabras con suma atención y sentimientos contradictorios. “Porque eso significaría desconocer la realidad que nos rodea, que no es la que a nosotros nos gustaría; pero no desaparecerá porque nosotros la ignoremos. Lo conveniente es adquirir el conocimiento suficiente de ella para diseñar las herramientas adecuadas para iniciar su transformación. Y eso es lo que yo creo que querían hacer los compañeros con los tristes resultados que todos conocéis.” Carlos lo observaba con expresión de burlón asombro, pero cada vez con más interés por un discurso que adivinaba de una contundencia definitiva. Parecía al fin haber encontrado, sin buscarlo, un aliado a la altura de las circunstancias. Evaristo, su compañero de programa, situado a su izquierda, mantenía una actitud circunspecta como casi siempre hacía en circunstancias parecidas. “Pero, eso no es sólo culpa de estos compañeros. Lo sucedido es culpa de todos...”, Anthony se acordó de la costumbre que algunos de ellos tenían de incluir también el femenino y reaccionando continuó sin apenas transición, “... y todas. Si amigos: de todos y todas; porque, según me han informado hace un rato, en la radio no se debate, desde hace mucho tiempo, temas tan importantes como su funcionamiento, organización o cuestiones ideológicas, absolutamente necesarias para adquirir la indispensable soltura en la exposición de nuestras propuestas. ¿Cómo vamos a enfrentarnos con manipuladores profesionales acostumbrados a discutir y defender cuestiones insostenibles desde una posición ética coherente? ¿Cómo queremos rebatir a los profesionales del engaño, a los cuales no se les altera un ápice la compostura cuando defienden barbaridades al estilo de los idiotas morales o de los estúpidos, si no nos dotamos de un bagaje cultural apropiado, si no apoyamos nuestras teorías en bases firmes y profundizamos en nuestras propias contradicciones? ¿Con tópicos y lugares comunes? ¿Con cuatro frases mal aprendidas? Con este bagaje, compañeros y compañeras, nuestra derrota es segura.” Volvió a hacer una pausa y continuó sin apenas inmutarse por el temor a resultar pesado en su discurso, mientras continuaban los cabezazos de asentimiento de algunos de los presentes. “Mónica y yo hemos empleado varias semanas en diseñar un programa de debates en la radio que pienso podría ser el inicio de la construcción de un foro abierto en el que todos y todas participáramos de modo positivo sin enfrentamientos estériles, aportando cada cual lo mejor de sí mismo. Había venido con Mónica esta noche con la ilusión de presentarlo para que lo aprobarais y empezar a trabajar con ganas; pero lo que ha

sucedido ha enfriado mi ánimo y entristecido mi corazón.” Mónica no salía de su asombro. El discurso de su amigo había supuesto un golpe de efecto que nunca se hubiera atrevido a imaginar. “Os lo ruego. No destruyáis, por una simpleza, la gran carga emocional que ha supuesto para mí el conocimiento del anarquismo y las inmensas posibilidades que intuyo en su desarrollo.”

Alguien oculto entre los presentes batió palmas y un atronador aplauso que se prolongó durante casi un minuto sirvió de colofón al emotivo discurso de Anthony. Se oyeron exclamaciones de “¡Bravo!” “¡Muy Bien!” “¡Así se habla!”. El americano enrojeció hasta la raíz de los cabellos y no sabía qué actitud adoptar. En ese momento le hubiera gustado encontrarse en la casa de sus padres y abrazarse a su madre pidiéndole protección. Cerró un momento los ojos, pero cuando los abrió seguía allí, entre aquella gente, en su mayoría completos desconocidos. Giró la cabeza y su mirada se tropezó con la de Mónica que le sonreía abiertamente, ésta se acercó y le dio un beso en la boca lo cual intensificó aun más los aplausos. Eso le inspiró confianza. Volvió de nuevo la cabeza hacia los presentes y observó a Julia que había dibujado en su cara un mohín de disgusto. “Creo que no le ha gustado mi discurso. Seguramente le ha parecido infantil. Y el caso que a mí también me lo ha parecido, ¡qué carajo! Pero si sirve para algo...”

Sus reflexiones se vieron cortadas al observar la expresión de Carlos diametralmente opuesta a la de Julia. Se le veía satisfecho y parecía haber engordado varios kilos. Éste pensó que lo mejor era extraer todo el jugo posible a la situación que se le presentaba brillante. “Compañeros y compañeras, escuchad un momento, por favor”, dijo con voz atronadora, pero humilde. Los murmullos se fueron acallando y Carlos continuó en el mismo tono: “Antes de dar por concluida la asamblea, me parece de todo punto imprescindible que tratemos de buscar un hueco en la programación para que Mónica y Anthony puedan incorporarse lo antes posible”, hizo una pausa estratégica y observó la reacción de los reunidos. El asentimiento de muchos de ellos le animó a continuar, pero antes de que pudiera hacerlo, Elías arguyó: “Debería ser la comisión de programación quien valorara el proyecto y diera el visto bueno.” “Estoy de acuerdo”, se apresuró a intervenir Carlos antes que cualquier otro se adelantara apoyando el argumento, “ese es el procedimiento, pero en este caso concurren circunstancias extraordinarias que habría que valorar. Casi todos conocemos a Mónica y sabemos que siempre ha colaborado con nosotros de buena fe; además Anthony”, Carlos recalcó el nombre que había guardado en un rincón secreto de la memoria, como siempre hacía en estos casos, conector de la importancia que tiene dirigirse a alguien por su nombre, “ya nos ha explicado en síntesis el contenido del programa, en cuyo proyecto han trabajado de firme en las últimas semanas y el cual me parece en estos momentos muy oportuno. Estoy convencido que ninguno de ellos nos defraudará.” Se calló y esperó acontecimientos que no tardaron en producirse. Uno de los asistentes propuso: “Para resolver esto creo que lo mejor será que votemos. Los que estén a favor que levanten la mano.” De inmediato un tupido bosque de manos se alzó sobre las cabezas de los presentes, incluso Julia que se mostraba reticente acabó por levantar también la suya. “Se acepta la propuesta por unanimidad”, se oyó la voz del taxista que sonrió a Mónica y Anthony los cuales se abrazaron emocionados.

Antes que nadie hiciera ninguna alusión, Julia, integrante de la Comisión de programación, extrajo el organigrama y consultó los horarios. “Desde hace dos semanas hay un hueco los martes por la noche, después del Jazz, que se está cubriendo con reposiciones. El espacio es de hora y media, de diez y media a doce, ¿os parece bien?”, preguntó dirigiéndose a la pareja. “Eso es justo lo que

necesitamos, ¿no es cierto, Anthony?”, contestó Mónica. “Me parece perfecto.” “Pues, hecho. Podéis empezar el martes que viene. La parte técnica la tendréis que resolver vosotros.” “Eso ya lo tenemos resuelto”, contestó Mónica exultante. Un joven poniendo las manos delante de la boca a modo de altavoz anunció: “Se levanta la asamblea”.

Comenzó un lento arrastrar de pies y un desfile hacia las escaleras mal iluminadas del Ateneo. En la sala grande se habían formado algunos corrillos que charlaban de temas muy diversos. Mónica, Anthony y Julio habían decidido esperar a que la sala se despejase para iniciar ellos a su vez el desfile. Mónica dijo en voz baja: “En cierta ocasión, un anarquista dijo que las reuniones solo servían para decidir qué día había que reunirse de nuevo y estoy empezando a creer que tenía razón.” “En ésta algo se ha conseguido. Por lo menos ya tenéis vuestro programa”, intervino Julio con una carcajada. “Sí, pero por los pelos. Si no llega a ser por Anthony no se hubiera hecho nada”, replicó Mónica. En ese momento, Eusebio, que conducía un programa sobre América Latina, se acercó al grupo sonriendo. Después de saludarlos dijo, dirigiéndose a Anthony: “Así que eres norteamericano.” “Pues, sí. Nací en Nueva York, pero mi padre es chileno.” “Ahora entiendo tu extraño acento y lo bien que te expresas en castellano.” “Mi padre puso mucho empeño en que lo aprendiera bien y también mi madre. Aunque ella es norteamericana, oriunda del Estado de Delaware, habla bastante bien el castellano.” Mónica consideraba intempestivo el interrogatorio y trató de cortarlo radicalmente. “Nos tendrás que perdonar, Eusebio, pero tenemos un poco de prisa.” “Sí, claro, ya es un poco tarde. Si te parece, Anthony, quedaremos un día y charlaremos tranquilamente. Yo viví en Nueva York una larga temporada y me gustaría hablar contigo de cómo van las cosas por allí.” “Con mucho gusto”, respondió Anthony, haciendo una ligera inclinación. Iba a añadir algo, pero Mónica le dio un ligero golpe en la pierna, señal que el americano captó de inmediato y se limitó a decir: “Pues hasta la vista Eusebio y encantado de conocerte.” “Lo mismo digo, Anthony”, respondió aquél.

En el otro extremo de la sala se había formado un grupo relativamente numeroso alrededor de Carlos y Evaristo. Uno de ellos, alto y grueso que había intervenido en la asamblea, dijo: “Parece interesante el supuesto americano. ¿Alguien de vosotros lo conoce?” Todos negaron con la cabeza y Carlos respondió: “Es la primera vez que lo veo. Es probable que sí sea americano; quizá amigo de John o de Mac, quizá algún ligue de Mónica en cualquier *cafeto* de los que frecuenta, ¿quién sabe? De lo que estoy casi seguro es de que nos puede ser de gran ayuda para que los radicales no nos hundan la radio.” “¿Por qué estás tan seguro?”, preguntó Evaristo arrugando el entrecejo. “No te lo sabría decir; intuición posiblemente.” En ese momento el grupo de Mónica cruzaba frente a ellos hacia la salida y se saludaron agitando las manos. Ya en la calle observó Anthony que aun quedaban muchos contertulios que se resistían a abandonar la escena. Detrás de ellos descendieron casi inmediatamente Carlos y los demás y, algo que dejó sorprendido al americano, se pusieron a charlar animadamente con los mismos con los que antes habían estado a punto de llegar a las manos. “Bueno, ¿qué hacemos?”, la voz de Mónica lo sacó de sus reflexiones, pero se prometió tratar de averiguar el misterio que se escondía tras esa práctica morbosa. “Yo me retiro. Mañana tengo que coger el taxi muy temprano”, contestó Julio. “Hasta la vista y suerte con el programa. A lo mejor me dejo caer algún martes.” “Eso sería estupendo”, dijo Anthony entusiasmado. Julio hizo un saludo con la mano y se alejó hacia la plaza San Jaime. La calle se había ido vaciando y en ese momento tan sólo Mónica y Anthony la ocupaban. “Nos hemos quedado solos”, dijo Mónica como si revelase un recóndito secreto. “Eso parece”, contestó Anthony por decir algo.

“¿Estás cansado?” “No. En todo caso algo emocionado, pero me encuentro perfectamente.” “Me dejó muy sorprendida tu intervención en la asamblea. No imaginaba que fueras tan decidido. Has dejado muy buena impresión y, lo que es más importante, te has ganado el respeto de mucha gente de la radio.” “Te aseguro que yo estoy mucho más sorprendido que tú. Nunca antes había reaccionado de esta forma. Quizá hayan sido las circunstancias, pero normalmente actúo con mucho comedimiento. En el fondo soy bastante tímido, aunque no se note.” “Eres sorprendente”, sentenció Mónica dirigiéndole una sonrisa afectuosa. “¿Qué te parece? ¿Nos tomamos una copa antes de ir a dormir?” “Me parece magnífico”, dijo el americano devolviéndole la sonrisa. Mientras caminaban la muchacha se golpeó la frente con la mano y se detuvo. Anthony la miró extrañado. “Se me había olvidado decirte que ya he resuelto el problema del teléfono.” La cara del americano se iluminó. “Nuestro vecino me ha dicho que podemos utilizar el suyo cuando queramos. El número lo he colgado en el corcho del comedor.” “No sabes cuánto te lo agradezco”, murmuró el muchacho emocionado. “Se lo comunicaré a mis padres en cuanto pueda.”

El pequeño café, situado en una travesía de la misma calle Baja, era muy agradable y decorado con un cierto gusto. A esa hora la concurrencia había desertado casi por completo; tan sólo un par de extraños personajes sentados en la barra, filosofando sobre el misterio de la vida y una pareja en el otro extremo de la sala tiernamente abrazados. Mónica y Anthony eligieron una mesa discreta situada en un rincón a la derecha de la puerta de entrada. “¿Qué te apetece tomar?”, preguntó Mónica en cuanto hubieron tomado asiento. “Un chupito de ron.” “Perfecto” y la muchacha se levantó con diligencia para dirigirse a la barra. El americano se sumió en profundas reflexiones; el desarrollo de la asamblea le había dejado un extraño sabor de boca. Muchas cosas le eran absolutamente extrañas y no comprendía algunas de las actitudes que había observado, sin que pudiera llegar a precisar los motivos concretos que le inducían a pensar de ese modo. Quizá había sido la ineficacia de las discusiones, tras largas horas hablando sin apenas escucharse. O quizá los enfrentamientos inútiles que denotaban una absoluta falta de ideas. Lo cierto era que su estímulo para estudiar el medio había quedado reducido a su mínima expresión. Estaba empezando a pensar en la posibilidad de que Salvador tuviera razón, pero no podía darse por vencido tan fácilmente. Mónica llegaba en ese momento con una jarra de cerveza en una mano y un vasito con un líquido dorado transparente en la otra. “Te noto preocupado, Anthony”, dijo la muchacha tomando asiento y prosiguió diciendo, “me temo que la asamblea no ha sido muy de tu agrado.” “No era esa la cuestión, Mónica”, contestó Anthony rápidamente, “me preguntaba si las asambleas se desarrollan siempre de forma parecida, porque de ser así, no llego a entender cómo puede funcionar la radio.”

La muchacha lo miró con una sonrisa entre comprensiva y divertida. “Acuérdate que ya te puse un poco en antecedentes de lo que podría ocurrir; pero no debes preocuparte demasiado por ello. Hace unos años la organización de la radio funcionaba mucho mejor; las comisiones cumplían su cometido de forma bastante eficaz y nada hacía sospechar que pudiera llegarse a una situación como la actual. En estos momentos la radio funciona un poco por inercia y otro poco por el voluntarismo de algunas personas.” Mónica se quedó absorta, dando la impresión que se había trasladado muy atrás en el tiempo, rememorando episodios lejanos que se resistían a ser atrapados por la ingrata memoria. Anthony la contempló unos instantes intentando penetrar en su pensamiento, pero al no conseguirlo pasó directamente al ataque. “Pareces conocer muy bien el funcionamiento de la radio y sin

embargo tengo entendido que nunca has hecho un programa.” “Tienes razón. No he realizado ningún programa, pero he colaborado esporádicamente en algunos. Entrar en contacto con la radio fue una de las experiencias que más me han gratificado. Aprendí mucho en muy poco tiempo y lo que es más importante, entendí lo que significaba conocer tus limitaciones y saber en todo momento donde estas situada y con quién puedes y con quién no puedes realizar algo. En una palabra, aprendí a conocer lo que me rodea y a saber situarme correctamente en el caos.” Mónica se tomó un respiro para tomar un trago de cerveza, momento que aprovechó Anthony para tomar a su vez un trago de ron. “Ciertamente debe ser así, porque no es corriente que una muchacha de tu edad tenga tanta seguridad en sí misma.” La sinceridad con que el americano expresó este elogio hizo sonreír a la muchacha. “Aunque es cierto que todo esto me ha proporcionado una gran seguridad, no conviene exagerar. En realidad mi evolución personal no es nada sorprendente, yo incluso diría que es bastante vulgar. Quizá la única diferencia resida en que procuro sacarle el máximo rendimiento posible.” La muchacha se calló y miró al americano directamente a los ojos y le espetó a continuación, “¿no te estaré aburriendo, contándote mi vida?” “En absoluto”, se apresuró a contestar Anthony, “más bien al contrario. Desde aquel primer día en tu casa todavía no ha habido entre nosotros una conversación sincera y profunda. Te aseguro que estoy disfrutando mucho de este momento.” El americano iba a continuar, pero guardó silencio y masculló para sí, “un momento mágico para mí, que me gustaría que también lo fuera para ti.” Fue en ese preciso instante cuando se dio cuenta que la fuerza de la pasión que lo impulsaba hacia Mónica se había transformado en un enamoramiento irresistible y por el momento gratificante. “Creo que me estoy enamorando perdidamente de esta mujer”, continuó diciendo para sí, en un inútil esfuerzo por hacer entender al cerebro su estado emocional. “¡Oh! Es estupendo; yo también me siento muy a gusto”, replicó la muchacha con gran alegría. Espontáneamente se cogieron de las manos y se miraron a los ojos durante unos instantes con una mezcla de arrobó y fascinación. La muchacha trató de romper con suavidad la situación que estaba empezando a resultarle molesta. “Veras, Anthony”, empezó diciendo separando sus manos de las del americano y apoyándolas en la mesa, “voy a intentar explicarte de la mejor forma posible mi visión del universo de Radio Klara, continuando en cierto modo lo que empecé en el *Vegeta* hace unas semanas.” Se quedó callada unos momentos sumida en profundas reflexiones. Anthony la miraba con el corazón encogido y sin saber qué hacer con las manos. “Pero quiero que quede claro que no debes dejarte influir demasiado por lo que yo te diga. Es una simple opinión fruto de mi corta experiencia, aunque también es cierto que es el resultado de una profunda reflexión. Sin embargo no dejará de ser la opinión de alguien que todavía no se considera lo suficientemente formada para tener una visión muy firme de las cosas. En resumen y para no hacerme demasiado pesada, quiero que entiendas que es únicamente un apunte somero que espero pueda servirte como inicio para tus investigaciones, sin más pretensiones.” Anthony asintió con la cabeza, al tiempo que dibujaba con el rostro un gesto de simpatía. Había decidido escucharla muy atentamente procurando interrumpirla únicamente en caso absolutamente necesario.

“Cuando empecé a frecuentar la radio, entré al mismo tiempo en contacto con la ideología anarquista y apenas sin darme cuenta al principio, mi fascinación por ella fue enorme. De la fascinación del primer momento pasé a interesarme por su elaboración teórica y comencé a leer todos los libros que pude encontrar sobre el tema.” “¿Se publican muchos libros sobre anarquismo?”, preguntó Anthony aprovechando una pausa de la muchacha para tomar un trago de cerveza. “Se

publicaron muchos durante los primeros años de la transición." Mónica hablaba muy pausadamente y eligiendo con cuidado sus palabras. "Después de la muerte de Franco el anarquismo llegó a tener una gran importancia y algunas editoriales aprovecharon la coyuntura para lanzar al mercado libros clásicos sobre el tema y también ensayos actuales." La muchacha hizo una nueva pausa y bebió otro trago de cerveza; luego cogió una mano de Anthony y lo miró tiernamente a los ojos. "Pero muy pronto entró en una fase de decadencia y la edición del libro anarquista comenzó también a decaer. Por fortuna actualmente hay algunas editoriales propiamente anarquistas que continúan como pueden la labor." Después de tomar un sorbo de ron, Anthony preguntó, "¿cuál fue el motivo de que la filosofía del anarquismo te fascinara de ese modo?" "¿Motivo?", contestó Mónica perpleja. "No tengo ni idea. Probablemente sería debido a la generosidad que siempre han demostrado los anarquistas o quizá porque sus ideas se basan en un principio universal de solidaridad que nadie puede humanamente rechazar. Lo cierto es que a medida que he ido profundizando en los presupuestos básicos del anarquismo más me he convencido que en estos momentos es la única filosofía política coherente para transformar la sociedad sobre la base de una igualdad más extendida, donde la explotación económica y política sea cosa del pasado. Y esto a pesar de todas las dificultades y contradicciones que pueden ser argumentadas en su contra. En resumen la revolución, si se produce, o será anarquista o no será de ninguna manera." La fuerza que la muchacha mostraba en sus convicciones lo tenía preocupado. La veía tan poca cosa que no se la imaginaba defendiendo una barricada con las armas en la mano o asaltando los últimos baluartes de la reacción a pecho descubierto, pero por otra parte no le cabía ninguna duda que si en algún momento hubiera necesidad de hacer algo de eso, lo haría sin vacilar un momento. "Tengo mucho interés en conocer la filosofía anarquista en profundidad." Mónica lo miró con expresión de interés. "Para eso ya sabes que puedes contar con mi ayuda. Creo incluso que al principio te seré muy útil para evitar que te pierdas en el laberinto de las ideas anarquistas." Anthony le agradeció el gesto con la mirada, mientras sonreía abiertamente. Entretanto, los filósofos de la barra habían desaparecido, satisfechos seguramente de haber contribuido a resolver los problemas del mundo y un grupo reducido de chicos y chicas habían tomado el relevo charlando animadamente en una mesa contigua.

"Antes has dicho que el anarquismo entró en decadencia pocos años después de la muerte de Franco", dijo Anthony interesado en ese aspecto del movimiento que parecía sumido en las sombras. "Si, es cierto", contestó la muchacha, "y además este proceso de decadencia fue muy rápido." "¿Y a qué fue debido esto, según tu opinión?", continuó preguntando Anthony, insensible al desaliento. "Verás, Anthony", comenzó diciendo Mónica procurando no herir la sensibilidad del muchacho que intuía muy a flor de piel, "yo nací poco antes de la muerte de dictador y por tanto la transición coincidió con mi infancia y adolescencia, épocas en las cuales, como te puedes imaginar, mis preocupaciones eran muy distintas de las que ahora me ocupan. Con ello quiero decirte que no la he vivido directamente y conozco únicamente lo que he leído al respecto o aquello que he ido aprendiendo en las conferencias o debates a los que he tenido la oportunidad de asistir. El resultado es que mi conocimiento del momento político de la transición es muy reducido e igualmente lo es por lo que hace referencia al anarquismo. Por ello no tengo una opinión madurada sobre lo sucedido, ni cuales pudieron ser las causas de una caída tan acelerada, aunque me da la impresión que la estupidez de la que antes hablaba no fue ajena. Según tengo entendido el debate se centró en cosas que en mi opinión

tenían una importancia relativa y se dejaron de lado otras de una importancia muchísimo mayor y de esta manera se perdió una oportunidad inmejorable de sentar las bases de una organización anarquista consistente. Hoy el movimiento libertario está muy disperso y al parecer no resulta fácil encontrar un punto de apoyo suficientemente sólido para iniciar los trabajos de coordinación necesarios para el desarrollo de las ideas. Paradójicamente, la historia del anarquismo en este país gravita sobre nosotros como una pesada losa difícil de soslayar.” Cuando Mónica calló, probablemente exhausta del largo discurso, llegó hasta los dos jóvenes la conversación algo amortiguada que mantenía el grupo de jóvenes de la mesa contigua. Más allá, la pareja continuaba arrullándose sin desmayo, ajenos por completo a lo que sucedía a su alrededor. “¿Quieres tomar algo más, Mónica?”, la voz del americano la sobresaltó. “No, gracias, Anthony”, contestó enseguida la muchacha, “por hoy tengo bastante.” “Pues yo creo que necesito un poco más de combustible”, y uniendo la acción a la palabra se dirigió a la barra para aprovisionarse de un poco más de líquido dorado. Mónica se estiró en su asiento, remoloneando como una gata. No tardó Anthony en volver con su copa y mientras tomaba asiento de nuevo preguntó: “¿estás cansada?” “Sólo lo justo en estas circunstancias”, contestó. “Pues entonces háblame ahora un poco de la organización de la radio.” La muchacha lo miró y dijo: “eres incansable, Anthony”, al tiempo que soltaba una carcajada. “Me temo que en este punto tampoco te podré ser de mucha ayuda. Ten en cuenta que me incorporé a la radio hace sólo cinco o seis años. En ese momento la radio ya había sido legalizada y la estructura organizativa había cambiado radicalmente. Se había incorporado gente nueva y se logró que todas las decisiones se tomaran en asamblea. En ellas se elegían las comisiones que tenían que encargarse de los diferentes trabajos que afectan a la radio: economía, técnica, programación, relaciones exteriores, etc. La *entente cordiale* empezó a deteriorarse hace un año poco más o menos. Desde entonces nadie ha querido o quizá no se ha podido reconducir la situación.” “Y a tu juicio, ¿cuál ha sido la causa que provocó este rápido deterioro de la organización de la radio?” “creo que no fue una única causa, sino que contribuyeron toda una serie de circunstancias encadenadas. Sin embargo, creo que aquí también se podría aplicar lo que antes te decía respecto a la decadencia del movimiento anarquista; se tomaban en consideración aspectos de poca importancia y se abandonaban o se dejaban de lado cuestiones muy importantes. Eleuterio, del que hablaba con Julio en la asamblea hace un rato, fue el que impulsó, según me dijeron, el debate permanente en la radio, del cual surgió el libro amarillo. Pero desde entonces nada más se ha hecho, salvo algún escrito esporádico tratando este o aquél aspecto del funcionamiento. Además, en mi opinión, se confunden dos aspectos que aunque están estrechamente relacionados, son absolutamente diferentes entre sí; uno es la gestión de la infraestructura de la radio y el otro el mensaje que a través de la misma se difunde. Confundir estos dos aspectos es identificar los medios con los fines, lo que comporta que el medio se convierta en un fin en sí mismo, con los nefastos resultados que son de esperar.” Mónica hizo otra pausa y tomó la copa de Anthony, al tiempo que le hacía un gesto al que el americano respondió con su mejor sonrisa. Se había llegado a aquella hora de la noche en la que las conciencias callan y la oscuridad cubre con su piadoso manto las heridas abiertas del pensamiento. El bar se había vaciado ya casi totalmente; sólo la pareja que incansablemente continuaba sus escarceos amorosos, permanecía impertérrita al paso del tiempo y a las amarguras del mundo. Mónica, después de saborear un poco de ron, se decidió a continuar de nuevo su discurso en vista que Anthony aguardaba con expectante atención.

“Creo que una radio anarquista debe ser ampliamente participativa, de lo contrario perdería buena parte del sentido que originó su nacimiento, pero al mismo tiempo, debe generar los mecanismos necesarios para impedir que cualquier descerebrado pueda entrar en la radio y hacer de su capa un sayo.” Mónica se apercibió del gesto de extrañeza del americano y se apresuró a aclarar, “perdona Anthony, me olvido a veces que nuestras expresiones no te son todavía familiares. Quiero decir alguien que confunde el anarquismo con el todo vale y piensa que sus actos, si se realizan en nombre del mismo, están por encima de toda crítica.” “Pero, ¿de qué forma se generan esos mecanismos?”, preguntó Anthony que en algunos momentos experimentaba una cierta dificultad para captar en toda su extensión el pensamiento de la muchacha. “Eso no lo sé, Anthony”, contestó Mónica encogiéndose de hombros. “Creo que cada caso concreto requerirá un procedimiento propio para evitar los intentos de manipulación. Sin embargo, sí te puedo decir que en líneas generales es absolutamente imprescindible partir de una base firme y procurar consolidarla a tenor del desarrollo posterior de la organización. En el caso de la radio, lo ideal sería formar un buen equipo que se ocupara de los diversos trabajos que se requieren y que además se alternaran entre sí para que todos entendieran de todo, creando al mismo tiempo los canales adecuados para poder incorporar a la gente que llega por primera vez a la radio, generalmente huérfana de los conocimientos básicos para realizar un trabajo efectivo. Porque, en mi opinión, no hay peor cosa que la especialización; hacer que alguien sea o se crea imprescindible es el primer paso para crear una especie de jerarquía invisible, pero no por eso menos efectiva, para empezar a crear las bases de una organización en la cual la participación de la gente sea mínima...” “Perdona que te interrumpa, Mónica, pero eso que dices me parece sumamente importante y yo estoy completamente de acuerdo. Por tanto, ¿por qué no lo propones en la radio?” Mónica lo miró sonriente y susurró, “ya lo hice. Recuerdo que en una asamblea propuse algo parecido. Entonces era muy joven y no hacía mucho que me había incorporado. También recuerdo que me escucharon todos con una gran atención, pero observé en la expresión de algunos históricos un gesto de conmisericordia, como si dijeran, *sí, eso ya lo sabemos, el problema es cómo llevarlo a la práctica; pero es lógico, todavía es muy joven, ya se dará cuenta de las dificultades*. Esto me hizo pensar que la comunicación es algo mucho más complejo que una simple toma de contacto entre personas que en apariencia tienen un objetivo común.” “¿Lo atribuyes eso a un problema generacional?”, preguntó Anthony que había experimentado en carne propia esa incomunicación hablando con gente mucho mayor que él. “Posiblemente”, dudó la muchacha, “pero en este caso se daba la circunstancia, como luego supe, que alguien había asumido la tarea de ocuparse de esas pequeñas cosas que en apariencia no tienen mucha importancia, pero que a la larga se demuestran imprescindibles para lograr que una organización lleve a cabo su trabajo de forma coherente.” “¿Te refieres a alguien que cobraba por su trabajo?”, volvió a preguntar Anthony cuyo interés no decaía ni un ápice. “¿Un liberado? Lo ignoro, aunque si así fuera no creo que cobrara mucho por su trabajo. Como ya sabes, la radio no ha recibido subvenciones de nadie, ni emite publicidad; por tanto los únicos ingresos provienen de las cuotas de los integrantes de la misma o extraordinariamente de algún que otro concierto organizado por la emisora. Esto quiere decir que casi siempre se está en números rojos. Ya has oído en la asamblea al responsable de economía sobre el estado actual de las finanzas de la radio. De todos modos mi participación en la organización nunca ha sido muy grande y no me enteraba de muchas de las cosas que sucedían en la trastienda. Posiblemente esa fuera una de las causas por las que mi propuesta cayó en el vacío. Quizá si me

hubiera integrado de manera más efectiva hubiera podido trabajar más en esa dirección. No lo sé. No obstante, siempre he sido partidaria de la idea de Groucho Marx cuando decía que *jamás pertenecería a un club que admitiera un socio como él...*” Anthony soltó una carcajada y a continuación afirmó con rotundidad, “entonces eres una nihilista.” Mónica lo miró perpleja y contestó con un mohín de disgusto. “No necesariamente, solo que no confío demasiado en organizaciones excesivamente estructuradas; fatalmente acaban por absorber todas las energías en mantener en pie la estructura, perdiendo de vista los objetivos para los que fue creada.” “¿No crees que eso está en contradicción con tu propuesta anterior de crear una base sólida en la que apoyarse?” El entusiasmo de Anthony le impidió darse cuenta que la muchacha comenzaba a estar un poco fastidiada por sus continuos cuestionamientos de algo que para ella estaba perfectamente claro. “¿Se puede saber dónde está la contradicción, Anthony?” La dureza de la interrogación de Mónica sorprendió desagradablemente al americano que se puso inmediatamente en guardia, saliendo bruscamente del nirvana en el que hasta ese momento se creía transportado. Su cambio fue tan brutal que Mónica se arrepintió al momento de su actitud. Intentando relajar la tensión cogió una de las manos del muchacho y la estrechó entre las suyas, mientras le susurraba, “siento haber sido tan brusca; lo que digo está tan claro para mí que me sorprende que no lo entiendas del mismo modo que yo, pero creo comprender dónde está el problema. Lo que para ti resulta contradictorio, para mí sólo lo es en apariencia. Intentaré explicarme mejor. Para mí una organización debe ser lo más espontánea posible, pero eso no quiere decir que cada cual haga lo que le parezca, porque entonces no tendría ningún sentido organizarse. Quiere decir que cada miembro del grupo puede realizar sus actividades de la forma que crea más conveniente sin imposición de nadie y buscando la colaboración voluntaria de quienes estén de acuerdo con él, pero siempre dentro de los objetivos que la organización se plantea. Por eso decía que debe partirse de una base sólida. Lógicamente es mucho más eficaz funcionar de forma autoritaria, lanzando consignas desde un centro directivo y esperar que sean asumidas por el grueso del pelotón y se pongan a la tarea. Pero los anarquistas siempre han afirmado que los fines nunca justifican los medios; estos deben ser siempre coherentes con el fin que se persigue, porque de lo contrario se llegaría necesariamente a una situación muy parecida a la anterior. Y yo estoy perfectamente de acuerdo con ello.” Mónica hizo una pausa y miró con dulce expresión al americano que con un gesto la animó a continuar. “Volviendo al ejemplo de la radio, crear una base sólida significa para mí crear las condiciones teórico-prácticas para que todo aquél que se incorpore por primera vez a la radio sepa exactamente cómo y dónde desarrollar sus actividades. Fue precisamente la falta de esta base a la que antes hacía referencia lo que hizo que la gente nueva que se incorporaba se encontrase desorientada y comenzasen a producirse desajustes organizativos, creándose grupos de presión que intentaban cada cual por su lado llevar a la práctica su visión de lo que debe ser una radio no institucional. Esto llevó a un resultado bastante incoherente. Además se dio la circunstancia que después de la caída del muro de Berlín, que curiosamente se produjo el mismo año que Radio Klara fue legalizada, algunos grupos marxistas abrazaron con tal fuerza el anarquismo que estuvieron al borde de estrangularlo de una vez por todas...” Anthony había dibujado en su cara una expresión de perplejidad y Mónica detuvo en seco su discurso interrogándolo con la mirada. El americano empezaba a perderse un poco en el laberinto de ideas que Mónica intentaba transmitirle, pero por encima de todo le desconcertaba que asumiera en determinados momentos una actitud de ignorancia cuando sus conocimientos abarcaban una área muy extensa del desarrollo orgánico

de la radio. “Estoy desconcertado, porque dijiste que apenas conocías el funcionamiento de la radio y, sin embargo...” Mónica sonrió abiertamente y continuó: “Creía que tu extrañeza provenía de mi afirmación sobre los grupos marxistas.” “Un poco también se debía a ese punto, pero sin duda será mucho más comprensible a medida que avance en mis investigaciones. Lo que no quiere decir que esté de acuerdo con tus opiniones.” La muchacha volvió a sonreír francamente. “Eso se da por supuesto, querido Anthony.” “Continúa, por favor”, rogó. Mónica pareció pensar un momento y siguió donde lo había dejado: “Los últimos restos del naufragio marxista se convirtieron y, como suele suceder casi siempre con los conversos, fueron más libertarios que nadie; pero su visión del anarquismo respondía, como no podía ser menos, a una óptica marxista, lo cual equivalía a decir que la eficacia estaba por encima de cualquier consideración y lo que es más importante, su concepto de la ética distaba mucho de la de los anarquistas. El todo vale es, y sigue siendo, su consigna favorita. Esto es importante, porque en mi opinión una organización espontánea precisa de individuos con un gran sentido de la ética. Pero eso mucho me temo que en la actualidad sea una quimera.” “Creo que empiezo a entenderte”, intervino Anthony no muy convencido de lo que decía. “Pero, entonces, según tú, ¿cuándo una organización no funciona como estaba previsto que lo hiciera en un primer momento, debería disolverse?” “Eso creo. Al menos yo abandonaré una organización que no respondiese en su estructura a los objetivos que yo me había marcado. Pero que se disuelva o no depende de quienes la integran y si esos mismos integrantes son los que han contribuido a que se llegue a esa situación difícilmente se convencerán de que es necesaria su desaparición. En cualquier caso todo depende de los individuos y de los intereses que cada cual defiende.” La conversación estaba decayendo visiblemente. Anthony se dio cuenta que por muchas explicaciones que Mónica le facilitara no sería fácil que lo convenciera en ese punto de fricción al que habían llegado. Para el americano, acostumbrado a participar en organizaciones perfectamente estructuradas, con una eficacia funcional a toda prueba y que había dado amplias muestras de los resultados que de ese modo pueden conseguirse, le resultaba sumamente difícil pensar que la muchacha creyese realmente lo que decía. En su corta experiencia organizativa había conocido algunos personajes que tenían un discurso parecido al que Mónica había expuesto. Todos ellos habían demostrado que lo utilizaban como mera justificación para no hacer nada. Sin embargo se resistía a creer que su amiga también lo utilizara para encubrir su falta de ganas para comprometerse en una actividad determinada, pero no encontraba ninguna otra explicación medianamente satisfactoria para su actitud. Además se daba cuenta que una brecha se había abierto entre ambos y no quería que se agrandara con sus inoportunas intervenciones. Ya tendrían tiempo de discutirlo más ampliamente en otro momento más tranquilo. “¡Eh!” La exclamación de Mónica sobresaltó al americano. “¿Qué te pasa?” “Nada, nada. Estaba solamente reflexionando sobre lo que me has dicho...” “Pero no te he convencido, ¿verdad? No importa; acuérdate que cuando empezamos esta conversación te dije que lo que iba a exponerte era mi opinión y que en absoluto pretendía convencerte de nada. Con que te resulte útil lo que te he dicho me daré por satisfecha. De lo que sí me gustaría que te convencieras es que lo que sostengo no lo hago para justificar mi apatía. Nada más lejos de mi intención.” Anthony intentó no dejar traslucir el asombro que la última frase de la muchacha le había producido. “Carajo; esta mujer es capaz de leer mis pensamientos”, se dijo. Luego, en voz alta, “¿nos vamos?” “Me parece bien; pero antes escucha lo que tengo que decirte.” Mónica se tomó su tiempo y luego dijo calmadamente: “Hace unos años dio una charla en *Al Margen*, Stacya Zajovic, una mujer de Belgrado, sobre el

problema de la guerra en Yugoslavia. Pertenecía a una organización de mujeres cuyo objetivo era luchar contra la guerra, contra todas las guerras. El colectivo se denomina *Mujeres de Negro*. Me entusiasmaron tanto sus planteamientos que, junto con otras compañeras que también habían asistido, organizamos un grupo de *Mujeres de Negro* aquí en Valencia. Esther, la chica que conociste en el *vegeta*, también está integrada. Actualmente existen organizaciones en muchas ciudades del país." Anthony no sabía cómo reaccionar, así que dijo, "voy a pagar. Déjame que te invite." "Te dejo." El americano se dirigió a la barra y observó que el local se había quedado desierto; el barman, acodado en el mostrador, había adoptado una expresión de aburrimiento infinito. Afuera, en la calle, los últimos impenitentes nocherniegos deambulaban sin rumbo fijo decididos a agotar los últimos estertores de la noche.

Capítulo 3º

¡Oye! ¿M'escuchas? Aquí Radio Klara, libre y libertaria

Emitiendo desde la cocina

Un coche se detuvo junto a la acera de una calle pobremente iluminada. Se apagaron las luces y el motor, pero sus tres ocupantes no hicieron la menor intención de abandonar el vehículo.

Tras unos largos segundos, el conductor se volvió hacia el ocupante del asiento vecino y quedaron mirándose en tanto el tercero se inclinaba en actitud expectante. Ninguno se atrevía a quebrar la tranquilidad de la noche. Los minutos transcurrían con exasperante lentitud, mientras el silencio parecía hacerse cada vez más espeso. Nadie circulaba por aquella calle, aunque todavía no era demasiado tarde.

El conductor consultó su reloj y lanzó una andanada de frases que sonaron como martillazos en el fragor del silencio. "Tú, José, encárgate de la maleta, pero ten mucho cuidado, porque los aparatos son muy frágiles." "Ya lo sé, hombre, no te preocupes", contestó José desde atrás. "Nosotros nos encargaremos de subir la antena y los demásartilugios." "¿Dónde está la casa?" "Está muy cerca de aquí. A las diez nos espera Miguel en el portal para ayudarnos a subir todo el material."

Inmediatamente se pusieron a la tarea y empezaron a sacar del coche todo el equipaje compuesto de dos maletas grandes y varias cajas. Después se dirigieron hacia la dirección que les señalaba el conductor del vehículo.

En la febril actividad no se habían apercebido que un hombre, escondido en la sombra que le proporcionaba un saliente de una casa, observaba atentamente sus evoluciones. Cuando se pusieron en marcha les siguió a prudente distancia procurando no ser visto.

Los tres individuos llegaron jadeando por el enorme peso que transportaban a la puerta de una casa donde ya les estaba esperando Miguel quien les indicó que tenían que subir hasta el tercer piso, haciéndose cargo de parte del material.

Fueron subiendo trabajosamente la escalera procurando hacer el menor ruido posible. Cuando llegaron al descansillo del tercer piso, se abrió lentamente una de las puertas y una mujer joven les hizo señas de que pasaran mientras con un dedo en los labios les indicaba que no hicieran ruido.

La mujer abrió la marcha y los condujo hasta la cocina donde ya estaba dispuesta una mesa y varias sillas alrededor. Comenzaron a sacar los aparatos y los distribuyeron por la mesa, conectando los cables de alimentación e interconexión. "Lo más difícil será conectar la antena", rompió el silencio Fabián. Miguel que llegaba en ese momento aseguró: "No os preocupéis, ya tengo todo dispuesto en la terraza. Sólo tardaremos unos minutos." "Acompáñame", continuó, dirigiéndose a Carlos, el conductor del vehículo. "Sí, vamos enseguida", contestó éste.

Cogieron una pesada caja y se dirigieron hacia la salida, mientras los otros acababan de conectar los cables a los aparatos. Al cabo de unos minutos un cable asomó por el balconcillo de la cocina y la mujer salió a recogerlo y lo introdujo en el interior. José lo conectó al emisor y encendió el aparato. Después preguntó a Fina, ¿dónde tenéis el aparato de radio?" "¡Ah! Sí. Se me olvidaba." Salió y volvió enseguida trayendo un pequeño receptor que conectó a la corriente y preguntó, "¿qué frecuencia es?" "Nos han dicho que emitirá en el 102". Ella movió el dial hasta posicionarlo en la frecuencia señalada y un fuerte zumbido fue la respuesta que obtuvo. "Parece que la cosa va bien", dijo Fabián sonriendo. El otro lo miró perplejo y le contestó, "aguardaremos a los otros para comenzar las pruebas. No creo que tarden mucho ya."

Al cabo de unos minutos de tensa espera se abrió la puerta de la calle y entraron sigilosamente Miguel y Carlos. Cuando estuvieron todos reunidos se miraron unos a otros y Carlos rompió el silencio diciendo, "vamos a comprobar qué tal sale. ¿Quién le pone el cascabel al gato?", preguntó. "Me parece que José es el más indicado", respondió Fabián.

José no respondió. Se limitó a mirar fijamente el micrófono como si lo viera por primera vez sin atreverse a tocarlo siquiera. "Venga, tío, que no muerde.", soltó Fabián la carcajada. El receptor de radio seguía emitiendo un suave y ligero zumbido. José agarró el micrófono con las dos manos y abrió la boca para pronunciar alguna frase, pero la voz se le quedó colgada de las cuerdas vocales y comenzó a patinar alocadamente en la lengua sin conseguir salir a la luz. Se quedó con la boca abierta, mientras el timbre de la puerta sonaba por segunda vez.

En la cara de todos se reflejaba algo parecido a la perplejidad y el asombro, algo indefinible que fue desapareciendo paulatinamente. "Nosotros no esperamos a nadie", dijo Miguel. "De todos modos sería conveniente abrir porque si no va a despertar a todo el vecindario", dijo su compañera. "Sí, claro", le respondió.

Sigilosamente se asomó a la puerta de entrada y miró por el visor. "Me cago en la puta", se oyó desde la cocina. La puerta se abrió y Miguel comenzó a increpar al que se encontraba parado en el umbral. "¡Joder, tío, que susto nos has dado! Podías haber avisado que venías." "Pero si le dije a Carlos que acudiría a la cita..." Antes de que pudiera acabar la frase, Carlos corrió hacia él como un loco y si Miguel no lo detiene lo hubiera estrangulado allí mismo. Sus manos se habían cerrado sobre su cuello y el pobre Toni abrió unos ojos como platos mirando asombrado la cara de intenso furor de Carlos.

Miguel de un tirón logró desasir a Carlos del cuello de Toni y éste empezó a explicarse con parsimonia como tenía por costumbre, mientras Carlos lo miraba con odio reconcentrado. "Oye, Carlos, te había dicho que acudiría a la cita y allí estaba cuando llegasteis con el coche." "¿Y por qué no te has reunido con nosotros enseguida?", chilló Carlos. "Quería vigilaros por si os había seguido alguien y después seguí hasta la casa de Miguel y me quedé esperando por si alguien llegaba y cuando estuve seguro que nadie os había seguido subí..."

Carlos lo miraba con una expresión en la que se adivinaba la locura. Miguel terció entonces intentando relajar el ambiente. "Bueno, compañeros, ahora ya está todo aclarado. Vayamos a lo nuestro. Ya son más de las diez y media. Dijimos de emitir a esa hora y ya pasan diez minutos."

Todos se dirigieron hacia la cocina donde estaban los otros contemplando divertidos el espectáculo al que ya parecían estar acostumbrados. José se sentó y agarró de nuevo el micro con las dos manos seguramente para que no vieran que estaba temblando. Pulsó el interruptor de encendido e hizo una señal para que los demás guardaran silencio. Después de unos segundo de vacilación una voz potente y armoniosa anunció: "Aquí Radio Klara, libre y libertaria, emitiendo por primera vez en el 102 de la F.M."

En ese preciso instante se disparó la alarma de un banco cercano que comenzó a ulular sin descanso. Por el receptor de radio conectado en la cocina se había escuchado la voz de José con toda claridad y ahora se oía también algo atenuada la alarma del banco.

Al mismo tiempo en la Jefatura de Policía un agente anotaba unas líneas en un bloc de notas: *Jueves, 25 de marzo, 22,43 horas. Ha comenzado a emitir una radio pirata en el 102 de la F.M. Se autodenomina Radio Clara. Procedo a su localización.*

"¿Pero como os enterasteis que la policía os detectó enseguida?", preguntó Anthony. Carlos lo miró un instante y contestó, "nos lo imaginamos, porque estuvieron varios días rastreando el barrio donde comenzamos a emitir. Además, un diario de esta ciudad, que habitualmente se nutre de los informes de la policía, insertó, dos días después de nuestra primera emisión, una nota denunciando el comienzo de nuestras emisiones. *"Desde el pasado jueves por la noche, los servicios de escucha especiales de los radioaficionados valencianos vienen captando la emisión nocturna de una radio pirata que sale al aire con el nombre de "Radio Clara". Hasta el momento se les puede oír desde las diez de la noche hasta la una de la madrugada en la banda de FM y en los 102 megaciclos..."* Esto confirmó nuestras sospechas" "¿Y cómo burlasteis la vigilancia?", insistió el americano. "Desmontábamos la antena inmediatamente después de terminada la emisión y lo guardábamos todo en una habitación de la casa de Miguel hasta el día siguiente que volvíamos a ponerlo todo en marcha. "Entiendo, pero tenía que resultar un esfuerzo enorme repetir lo mismo cada día y además con el peligro de que os localizaran." "Era difícil que lo consiguieran y de hecho nunca lo lograron. Cuando caímos en sus manos fue por una serie de circunstancias lamentables a las que se sumó el maldito azar." "¿Os denunciaron los vecinos?" "No. Nada de eso. Nunca tuvimos problemas con los vecinos. Procurábamos actuar con la mayor discreción posible. No, se debió a un hecho fortuito..." El bronco sonido del timbre de la puerta cortó en seco las explicaciones de Carlos que se levantó de la silla para dirigirse a la puerta de entrada, mientras anunciaba a Anthony, "debe ser Miguel". El salón de la casa de Carlos era amplio y luminoso con un gran ventanal que daba a una encrucijada de calles desde las que llegaban, algo atenuados, los ruidos del tráfico que era bastante intenso a esa hora de la tarde. Anthony aprovechó la ausencia de Carlos para tomar algunas notas y poner un poco en orden sus apuntes. No tardó en llegar Carlos acompañado de Miguel que saludó a Anthony con extraordinaria jovialidad. "Le estaba explicando a Anthony cómo nos las arreglábamos para hacer las primeras emisiones." "Con mucho miedo por parte de todos." "¿Miedo a la policía?", preguntó el americano. Carlos y Miguel tomaron asiento, mientras el segundo explicaba: "Por supuesto. Ninguno de nosotros sabíamos con seguridad qué podría suceder en caso de que nos localizaran y esto nos hacía vivir en los primeros días con un gran estado de ansiedad. Aunque también es cierto que a medida que pasaba el tiempo fuimos perdiendo paulatinamente el miedo y comenzamos a disfrutar de las tonterías que decíamos por la radio. Sobre todo, cuando nos dimos cuenta que habíamos demostrado lo que queríamos: que no era tan difícil romper el monopolio de las ondas y practicar la libertad de expresión radiofónica. Pero según supe algún tiempo después, la policía se empleó a fondo para localizarnos, aunque afortunadamente no lo consiguió." Se produjo un silencio prolongado, roto únicamente por el suave rasgueo de la pluma de Anthony sobre su libreta: "... la policía intentó desesperadamente localizar a Radio Klara..."

"¿Has hablado ya con tu jefe?", la mujer de unos 30 años con un batín estampado con motivos florales y el fondo rosa, presentando todos los rasgos de haberse levantado de la cama hacía poco, se había dirigido a su marido, Faustino Morales, dos años mayor que ella, inspector de policía de 2ª clase, adscrito al departamento de investigación y prevención de delitos políticos en la Jefatura Superior de Policía, el cual se hallaba sentado al otro lado de la mesa parapetado detrás del periódico que tenía desplegado por la página tercera leyendo una noticia internacional con gran interés, al menos en apariencia. La voz de su señora le llegó un tanto amortiguada y

algo confusa, todo lo cual contribuyó a que se demorase en contestarle. “¿El comisario?” “Claro, idiota, no va a ser el boticario.” Llevaban diez años casados; ella había pasado del *cariño, tesoro, vida mía* de los primeros años, al *eres tonto, idiota e imbécil* en una evolución natural, sin darse apenas cuenta. No habían podido tener hijos, a pesar de todos los intentos realizados. Este hecho había agriado el carácter de la mujer y él, con un cierto sentido de culpa, intentaba comprender sus salidas de tono, aunque cada vez le resultaba más difícil aguantar sus constantes insultos. “Ignoro a qué te refieres, ya que por desgracia tengo que hablar con él todos los días”, contestó en el tono más suave que pudo conseguir, apartando el periódico de delante de su cara y dejándolo sobre la mesa. “No te hagas el tonto. Sabes perfectamente a qué me refiero. Me he enterado que a Martínez lo han ascendido a inspector de 1ª y lleva menos tiempo que tú en el departamento”, dijo la mujer con cara de desprecio y añadió: “Te falta ambición; te lo he dicho muchas veces. Salvo ser un inútil, nunca serás nada en la vida.” Amparo escondió la cara entre las manos y lanzó un sollozo. Faustino ya no se inmutaba ante semejantes arranques de dolor fingido. Al principio experimentaba una extraña angustia cuando su mujer expresaba con lágrimas su creciente frustración por lo que ella consideraba un fracaso en su carrera de policía; pero hacía ya un tiempo que había adoptado una actitud de absoluta indiferencia frente a esas explosiones de ira contenida, lo cual intensificaba aún más el rencor que Amparo experimentaba hacia él. “¿Cómo te has enterado?”, dijo el inspector frunciendo el ceño. “¿De que eres un inútil?”, inquirió Amparo apartando las manos de su cara. Faustino hizo un gesto de fastidio y su mujer se apresuró a decir, “me lo dijo Teresa. Al parecer su marido es mucho más comunicativo que tú y le cuenta todo lo que sucede en el departamento. Estoy harta de tus silencios. Estoy empezando a estar harta de todo.” Teresa era la mujer del comisario y al inspector Morales no le extrañaba en absoluto que estuviera al tanto de todo lo que sucedía en el departamento. Siempre había considerado al comisario un calzonazos, dominado por su mujer. Incluso se rumoreaba que era ella en realidad quien lo dirigía. Desde hacía algunos meses Teresa y su mujer habían intimado mucho y en ocasiones los dos matrimonios salían a cenar juntos los sábados por la noche. Esas veladas se habían convertido para el inspector en una auténtica tortura y procuraba espaciarlas siempre que podía.

El insistente sonido del claxon del coche situado inmediatamente detrás del suyo le apartó bruscamente de sus reflexiones. Por un momento estuvo a punto de bajar del coche y meterle un puro al estúpido que se atrevía a molestarlo de esa forma; pero lo pensó mejor y puso el coche en marcha. Hacía ya rato que el semáforo se había puesto verde y el sonido de los claxon se empezaba a multiplicar detrás de él. Uno de los coches lo adelantó y tuvo tiempo de escuchar que el conductor le gritaba *gilipollas*, antes de acelerar y desaparecer por entre los coches que le precedían. “Parece que todo el mundo se cree con derecho a insultarme”, pensó con rabia. Consultó su reloj y se dio cuenta que de nuevo iba a llegar tarde, lo cual le supondría una nueva bronca del comisario al cual tenía que rendir cuentas de sus investigaciones en torno a la radio pirata. “Malditos anarquistas”, juró entre dientes.

“Inspector, el comisario ha preguntado varias veces por usted. Ha dicho que fuera a su despacho en cuanto llegara.” Era la secretaria del departamento, Josefina, recién salida de la Academia, la que le había dado la noticia con una expresión de contrariedad. Desde su llegada hacia unos meses se había establecido entre ambos una corriente de simpatía que a nadie se le ocultaba. Unido esto a la extrema juventud de Josefina había provocado varias situaciones de gran tensión como resultado de alguna broma pesada. A pesar de su inteligencia, o quizá por eso, su

condición de mujer había impedido que el departamento, compuesto hasta su llegada sólo por hombres, la tomase en serio, únicamente el inspector Morales había apreciado ampliamente su competencia y había sabido valorar su trabajo. “¿Estaba muy cabreado?”, preguntó. Ella lo miró con cara de circunstancias y le susurró: “Parecía que sí; pero ya sabes que da la impresión de estar siempre cabreado.” “Lo sé, lo sé. Bien, muchas gracias, Josefina. En seguida iré a verlo.” El inspector cruzó la sala bastante amplia donde se alineaban una serie de mesas, separadas algunas de ellas por mamparas provisionales. Su mesa estaba situada al otro lado de la sala contra la pared cerca de un gran ventanal que daba a la calle. Depositó la cartera de mano encima de la mesa y se quitó con parsimonia la gabardina colgándola en la percha, mientras mascullaba, “que espere un poco más. De todos modos la bronca será prácticamente la misma.”

El comisario, un hombre de mediana estatura y unos cuarenta años de edad, con un gran bigote negro, bajo una gruesa nariz, en medio de una ancha cara, alzó la vista al entrar el inspector Morales que prudentemente había dado unos suaves golpecitos en la puerta antes de abrirla. “Entre sus muchas cualidades, que todavía ignoro cuales puedan ser, no se encuentra desde luego la de la puntualidad”, dijo a modo de recibimiento empleando una voz dura con ribetes paternalistas. “El tráfico...”, empezó excusándose, pero el comisario le interrumpió agresivamente, “y sus problemas familiares, que le impiden un trabajo eficaz del que usted ha dado siempre muestras, mi querido Faustino.” “Cómo se habrá enterado este cerdo de mis problemas con Amparo”, pensó el inspector. “¡Ah! ¡Ya!; mi mujer se lo habrá contado a Teresa y ésta a su vez a este cabrón.” “Bueno, dejemos esto ahora”, dijo el comisario abriendo un cajón de la mesa, de la cual extrajo un papel y se lo entregó al inspector al tiempo que decía: “Lea esto.” *Jueves, 25 de marzo, 22,43 horas. Ha comenzado a emitir una radio pirata en el 102 de la FM. Se autodenomina Radio Clara. Procedo a su localización.* “¿Qué significa?” El comisario lo miró con expresión atónita y sin poderse contener gritó, “en principio, significa que sus investigaciones son una mierda y que empiezo a estar harto de su ineptitud”, hizo una pausa y se levantó del sillón poniendo las manos encima de la mesa, “significa además que deje todo lo que lleve entre manos, si es que lleva algo, y se dedique a encontrar a los hijos de puta que han montado esta emisora.” El inspector Morales no pareció muy sorprendido, ni pareció haberse inmutado por la salida de tono de su jefe. Se limitó a decir, “debe de ser un grupo de radioaficionados que quieren jugar a las radios piratas.” “Y una mierda”, gritó de nuevo el comisario. Su cara se había puesto roja y se había contraído en un gesto de ira. “Esto es obra de la CNT y quiero que sin excusas de ninguna clase encuentre la emisora y la incaute.” Morales seguía sin inmutarse y se reafirmó en la idea de que el comisario era un perfecto cretino. “Si fuera la CNT la que hubiera puesto en marcha la emisora mis confidentes me hubieran advertido incluso antes que empezara a funcionar.” El comisario, siempre con las manos apoyadas en la mesa, inclinó el cuerpo hacia adelante y dijo entre dientes, “sus confidentes son tan ineptos como usted, Morales.” “Pues fuiste tú el que me puso en contacto con ellos”, pensó el inspector riéndose para sus adentros.

“¡Hostia! ¡Está rojo!” El inspector dio un brusco frenazo justo a tiempo para no atropellar a una anciana que se disponía a cruzar la avenida Fernando el Católico a la altura de la calle Quart. La anciana dio un respingo y alzó su bastón de forma amenazadora hacia el inspector que puso cara de circunstancias. “Esta radio me está trayendo de cabeza y el comisario está aprovechando la coyuntura para hacerme la vida imposible.” Hacía un mes y medio que Radio Klara había empezado a emitir. De lunes a viernes, entre las diez de la noche y la una de la madrugada, siempre en el

102 de la FM, su discurso se esparcía por el aire, aunque sin llegar a alcanzar un radio de acción muy grande. Su potencia de emisión estaba en torno a los 100 vatios y esto reducía extraordinariamente su alcance. Morales se había empeñado a fondo en el rastreo y localización de la radio, pero todo había sido inútil. Incluso logró que pusieran a su disposición un radar de localización de frecuencias, pero el constante cambio del lugar de emisión y la escasa potencia de la radio impedían que sus esfuerzos se vieran coronados por el éxito. Únicamente en una ocasión pudieron los expertos asegurar, con alta probabilidad de acertar, que se estaba emitiendo desde un edificio de cinco plantas del barrio de Orriols.

Con suma discreción, Morales y dos de sus hombres iniciaron sus pesquisas y contactaron con un vecino que parecía estar al tanto. “Sí, efectivamente. Aquí han instalado una radio; nos dimos cuenta porque las televisiones del vecindario comenzaron a tener interferencias; pero pronto resolvieron el problema y nos desentendimos...” “¿Por qué no lo denunciaron a la policía?” “Pensamos hacerlo, pero los muchachos —muy simpáticos, por cierto— nos aseguraron que no habría más problemas y que estaban aquí provisionalmente haciendo unas pruebas. Cada día por la tarde montan la antena en la terraza y por la noche la desmontan, procurando hacer el menor ruido posible.” El hombre se había puesto en guardia y miraba a los policías con gran recelo. El inspector se dio cuenta del poco tacto desplegado por sus subordinados e intentó crear de nuevo un clima de confianza. “No tiene usted de qué preocuparse”, dijo Morales con voz meliflua, “solamente queremos ponernos en contacto con ellos para recordarles que tienen que poner sus papeles en regla.” El hombre lo miró sin abandonar su actitud recelosa. “Sólo díganos en qué piso está instalada la emisora.” “¡Pero si se marcharon ayer!” “¿Cómo dice?” “Sí. Ayer por la tarde me encontraba casualmente en el portal de la finca esperando a un amigo para ir a echar la partida cuando observé que estaban cargando todo el material en un coche. El que parecía llevar la voz cantante me saludó y dijo que se iban a otro barrio porque habían encontrado una casa más adecuada”. “¿Y no le dijeron dónde estaba esa casa?” “No. Y tampoco se lo pregunté; no me pareció necesario. Si le digo la verdad, a mí no me gusta escuchar la radio; prefiero la televisión.” “Pero al menos sabrá en qué piso habían instalado la emisora, ¿no?” “Sí, claro. En ca’ la señora Antonia; pero ella no vive aquí. Desde que se murió su marido, hace ahora un año, se fue a vivir con su hijo y el piso estuvo vacío hasta que vinieron estos chicos”, el hombre no pudo evitar dibujar una sonrisa en sus labios. Le fascinaba ver burlada a la policía por una vez. “¡Me cago en la puta!” “¡Se nos han vuelto a escapar!”, exclamó Morales sin poderlo evitar.

El coche del inspector había llegado a la entrada del aparcamiento de la Jefatura de policía situado en los sótanos del edificio. El vehículo parecía saberse el camino de memoria porque el inspector parecía asombrado de encontrarse allí. Saludó al guardia de la puerta con un gesto de la mano y miró su reloj: “Casi las nueve y media”, masculló con ira.

Cuando llegó al despacho del comisario, sus dos subordinados se hallaban con él alrededor de la mesa, pero también se encontraba el inspector de 1ª clase Martínez. “¿Qué hará este capullo aquí?”, se preguntó. “Por fin se ha dignado aparecer. Debo suponer que el maldito tráfico ha vuelto a hacer de las suyas”. Las estúpidas ironías del comisario le dejaban frío. “Pero pase de una vez y siéntese, no nos haga perder más tiempo.” Morales se sentó en la silla libre al lado de Martínez. “¡Ah! Se me olvidaba decirle que he incorporado al inspector Martínez al equipo para agilizar las pesquisas. Me están presionando mucho desde arriba y quiero acabar cuanto antes este asunto. Precisamente Martínez ha elaborado un plan estratégico para

acorrallarlos y proceder a la detención de sus responsables. Estábamos esperándole para que nos lo expusiera. Adelante inspector”, dijo el comisario dirigiéndose a Martínez.

Éste carraspeó un par de veces y comenzó con voz aflautada. “Gracias, comisario”. Después, dirigiéndose a todos en tono doctoral, continuó: “Bien; nos la tenemos que ver con gente muy entrenada para burlar las pesquisas de la policía. El despliegue de medios que han utilizado hasta ahora para despistarnos prueba que no se trata de aficionados, sino de auténticos profesionales del crimen; terroristas de las ondas...” “Pero, ¿qué cojones está diciendo este cretino?”, murmuró Morales en voz baja. “... Es probable, como sostiene el inspector Morales”, Martínez levantó la vista del informe que estaba leyendo y dirigió su mirada hacia éste, “que la CNT no tenga nada que ver, pero sin duda alguna son anarquistas, pertenecientes con toda probabilidad a algún grupo de acción que está en estos momentos preparando el terreno para iniciar sus fechorías.” Hizo una pausa y paseó la mirada por los oyentes para observar sus reacciones. Morales había adoptado una actitud de indecible asombro; le costaba dar crédito a lo que estaba oyendo. Conocía a Martínez desde hacía tiempo y sabía que era un imbécil de reconocido prestigio, pero no imaginaba que llegara a esos extremos de estupidez. El comisario por el contrario se encontraba repantigado en su sillón con las manos entrelazadas sobre su enorme barriga. Los otros dos policías lo escuchaban con mirada inexpresiva, sin que al parecer lo que decía les interesara demasiado. Martínez pareció satisfecho de su inspección; tanto de la expresión complacida del comisario, como de la mirada de Morales en la que creyó observar un destello de admiración. “Ahora sabemos con certeza que su campo de acción son los barrios proletarios: Orriols, Benimaclet, Torreïel, etc. Además, en los casi dos meses de emisión, han conseguido establecer una red clandestina de contactos, como lo prueba el fracaso de la investigación en torno al piso del barrio de Orriols en el que estuvo instalada la emisora. Una conspiración de silencio contra la que se estrellaron los esfuerzos del equipo de investigación...”

“Bueno, ya está bien de chorradas”, gritó Morales sin poderse contener. El comisario saltó de su asiento sobresaltado. El inspector Martínez se quedó con la boca abierta sin atreverse a articular palabra. Morales se levantó y con las manos en los bolsillos paseó lentamente de un lado al otro del despacho. Al cabo de un momento se paró y empezó a hablar lenta y pausadamente, pero con gran firmeza. “Vaya por delante mi opinión de que las elucubraciones del inspector Martínez no se sustentan en ninguna base razonable. No existe el más mínimo indicio de que se esté formando un grupo de acción anarquista, ni que la radio sea su portavoz. No pudimos averiguar nada del piso de Orriols, porque su propietaria, la señora Antonia, lo alquiló a un grupo de jóvenes que se enteraron casualmente que el piso estaba vacío y lograron convencerla para que se lo alquilara durante unos días. Las descripciones que se nos han facilitado de algunos de los responsables de la radio no nos han servido para nada, ya que pueden coincidir con miles de jóvenes. Lo único que se podría hacer es denunciar a la propietaria por alquilar ilegalmente su vivienda, pero eso sería mezquino y no resolvería el problema.”

El comisario hizo intención de hablar, pero Morales lo cortó con un gesto de la mano y dijo con energía: “Un momento, señor comisario. Yo también tengo mi informe y van a escucharme todos, antes de seguir escuchando las elucubraciones de este paranoico. Después de pensarlo mucho he llegado a la conclusión que el proyecto de crear una emisora surgió del mismo grupo de gente que organizó, en el otoño de 1980, las jornadas culturales de la CNT.” “O sea que admite que la CNT está detrás de la emisora”, gritó triunfalmente el comisario. “Se equivoca. Si me permite...” El

comisario hizo un gesto con la mano que podía interpretarse de muchas maneras, pero Morales sin hacer caso continuó con su discurso. “Según el informe que se elaboró en su momento y que he estudiado a conciencia, esas jornadas no fueron organizadas por la CNT, sino por algunos afiliados al sindicato. De hecho un sector del mismo se oponía.” Hizo una pausa y caminó de nuevo a lo largo del despacho. “Sospecho que la idea surgió por pura casualidad siguiendo la iniciativa de otros grupos que ya habían iniciado la experiencia, como *Onda Libre* de Barcelona. Por lo tanto opino que es una iniciativa fundamentalmente cultural...” “Me importa una mierda si es cultural”, estalló el comisario incapaz de contenerse por más tiempo. “Es una emisora ilegal y además anarquista, por tanto tenemos que acabar con ella, como se acabó con *Onda Libre*”.

Morales se paró y miró al comisario a los ojos. Martínez los miraba a los dos alternativamente sin saber qué actitud adoptar. “Señor comisario, tenemos grabadas todas las emisiones que han realizado hasta este momento y le puedo asegurar que no existe ni un sólo indicio que apoye las afirmaciones de Martínez. Sus mensajes se dirigen contra la construcción de centrales nucleares, contra los bloques soviético y americano, contra la política de los grandes partidos españoles y contra el golpismo, entre otras cosas. Puedo estar de acuerdo en que la emisora es ilegal, pero eso no justifica, en absoluto, todo el esfuerzo que estamos realizando para localizarla. No obstante, tengo varios nombres de los responsables de las jornadas culturales y voy a seguir las investigaciones por ese lado. Si mis suposiciones son ciertas no tardaré en dar con ellos, por mucho que cambien de lugar de emisión; aunque”, Morales se había sacado una mano del bolsillo y señalaba a Martínez con el dedo índice como si quisiera fulminarlo con un rayo vengador, “esos cambios nada tienen que ver con ningún plan estratégico, ni la elección de determinados barrios responde a un intento de levantar el espíritu de las masas proletarias. Se deben por un lado al azar y por el otro al hecho de que en esos barrios deben vivir la mayoría de los responsables de la radio y además los alquileres suelen ser más bajos que en los del resto de la ciudad.” El comisario se había levantado y dirigido hacia su subordinado; cuando acabó de hablar lo cogió del brazo y le dijo en voz baja, “acompañeme un momento afuera”, y volviéndose hacia los otros les dijo: “ustedes quédense aquí.” Una vez fuera, el comisario le palmeó la espalda diciéndole: “Mi querido Faustino”, Morales lo miraba estupefacto. No recordaba haber visto a su jefe tan amable nunca. Algo debía llevarse entre manos, no cabía duda, pero no acertaba a explicarse qué podía ser, “posiblemente tengas razón en tus deducciones, pero los de arriba me presionan cada vez más y tengo que presentarles resultados a la mayor brevedad posible. Podemos estar de acuerdo en que esta radio no tiene ninguna importancia; pero a los de arriba les preocupa la excesiva tranquilidad que se respira en la CNT y temen que estén preparando algo gordo, por eso investigando esta maldita radio de mierda podemos encontrarnos, sin querer, con algo mucho más sabroso. Esa es la razón de que haya incluido a Martínez en el equipo. Ambos os complementáis y estoy seguro que si algo existe, acabaréis por encontrarlo. Tu sigue con tus investigaciones, pero deja que Martínez haga el trabajo a su manera.” Morales había escuchado con mucha atención sin poder dar crédito a lo que oía. Le hubiera gustado saber si efectivamente eran los de arriba los que le presionaban o la iniciativa era suya exclusivamente. Iba a responder con una pregunta estratégica, pero se lo pensó mejor y se limitó a decir: “Entendido, jefe.”

Estaba el americano tan enfrascado tomando notas que no se había dado cuenta de la llegada de otro componente histórico de la radio al que Carlos había llamado dos

días antes para que acudiera a la cita: Fabián. Fue éste uno de los puntales básicos de la radio en los primeros momentos y el responsable casi único de mantener la programación diaria, por eso pensó Carlos que no podía faltar. Al levantar la vista de la libreta, Anthony se encontró con una amplia sonrisa amistosa que lo saludaba desde el otro lado de la mesa. “Este es Fabián”, presentó Carlos. Ambos se estrecharon las manos y el recién llegado le confesó sin borrar la sonrisa de sus labios: “Debo decirte que ya hace bastantes años que abandoné la radio y perdí todo contacto con ella, por eso me sorprendió la llamada telefónica de Carlos. En fin, como ya habrás supuesto, ahora me dedico a otras cosas y ni tan siquiera escucho la radio, porque casi no tengo tiempo ni para dormir; pero te ayudaré en todo lo que esté en mi mano.” “Te lo agradezco; porque según me han dicho tus compañeros fuiste un elemento muy importante en los inicios de la radio.” Fabián hizo un gesto con la mano queriendo restarle importancia, pero el brillo de los ojos le traicionó; sin embargo sus palabras sonaron humildes, plenas de sentido, sin necesidad de grandilocuencia. “Después de las dificultades de las primeras semanas conseguimos estabilizarnos en un piso del barrio del Carmen. Creo recordar que fue por el mes de mayo. Nos cedieron una habitación de unos ocho metros cuadrados y allí instalamos los aparatos: una fuente de alimentación del tamaño de una caja grande de zapatos, una emisora *trucada* de 50 vatios de potencia, algo más voluminosa, un par de micrófonos o *alcachofas* adosados a sendas botellas de cerveza, un tocadiscos y una antena cuyo cable salía de la habitación y subía por la pared del edificio hasta la terraza, eso era el *estudio*.” Fabián se calló un momento mientras observaba a Anthony tomar notas en su inseparable libreta, sin explicarse muy bien por qué lo hacía, si había tomado la precaución de grabar la entrevista. “Debe ser cosa de americanos”, dijo para sí encogiéndose de hombros y disponiéndose a retomar el discurso; pero un silencio tan prolongado no podía dejar de aprovecharlo Carlos que intervino exultante: “Algunas noches, los compañeros del bar de abajo nos subían bocadillos y cervezas. Todo un detalle que siempre les agradecemos.” “Es cierto”, terció Miguel. “Y en ocasiones también soltaban su parrafada. En el mes aproximado que estuvimos allí nos sentimos protegidos, mucha gente nos apoyaba y empezamos a perder el miedo a la policía. Incluso abrimos un apartado de correos, el 461, para recibir sugerencias de los radioyentes y tener una comunicación directa con el exterior, ya que carecíamos de teléfono.” Anthony intervino con presteza para evitar ser interrumpido. “Antes de continuar quiero que me expliquéis ese detalle. Cómo lo dabais a conocer a la audiencia y si os trajo problemas con la policía.” Fabián iba a intervenir, pero Carlos fue más rápido. “Apenas nos instalamos en ese piso del barrio del Carmen, vino un periodista y un fotógrafo de un rotativo casi recién estrenado y cuya vida fue muy corta y nos hizo una entrevista, tomando fotos del estudio y haciéndonos preguntas muy parecidas a las que nos estás haciendo tú...” “¿Y las respuestas?”, interrumpió Anthony con una sonrisa. “Casi calcadas”, intervino Fabián soltando una carcajada. “El caso es que anotaron y publicaron nuestro apartado de correos, aunque de todos modos nosotros nos encargábamos de recordarlo...” “a nuestra sufrida audiencia”, cortó Fabián ya desmelenado. “... cada día”, finalizó Carlos, sin hacer caso de la interrupción. “En cuanto a la policía”, volvió a terciar Miguel para centrar el tema, “siempre iban dos compañeros a recoger la correspondencia y lógicamente tomaba sus precauciones: uno vigilaba, mientras el otro abría el casillero. Nunca tuvimos problemas, quizá porque la policía sospechaba que por ese medio tampoco hubiera conseguido nada. Su mayor placer hubiera sido cogernos con las manos en la masa.” Anthony estiró las orejas como hacía siempre que oía una expresión ininteligible, pero se abstuvo de hablar, porque Carlos ya dejaba oír su voz meliflua. “Pero caímos en

sus manos como fruta madura.” “Perdona, Carlos, pero es la segunda vez que aludes a la caída de la radio en manos de la policía y sin embargo en todas vuestras explicaciones parece que nunca hubiera sucedido. Estoy empezando a no entender nada.” Los tres amigos se miraron con inquietud y Miguel trató de salvar la situación con una fórmula ambigua. “Me parece que este no es el momento de hablar de ello. Es un tema muy delicado. Tu desconcierto es explicable, pero tienes que entender que si la radio cayó, no fue por no tomar las debidas precauciones.” “Está bien, lo entiendo. Ya hablaremos de ello en otra ocasión.” Anthony tuvo la impresión de estar hurgando en una herida aun abierta. Su impaciencia le había vuelto a jugar una mala pasada. Intentó disimular su nerviosismo garrapateando frenéticamente en su libreta de notas. “Hablemos ahora de la programación”, intervino Fabián retomando el hilo de su discurso. “En las primeras semanas se hacía sobre la marcha. Alguien leía un manifiesto contra la central nuclear de Cofrentes, otro compañero tomaba luego el micro para contar el último chiste sobre Galtieri y Margaret Thatcher, un tercero decidía que ya estaba bien de panfletos y sugería que era hora de poner un disco. *Está bien, pon música, pero no digas el nombre del disco. ¡A ver si ahora vamos a hacer propaganda de las multinacionales!*, se oía que le decía otro compañero al pinchadiscos que era yo. Entonces otro asistente terciaba: *Si haces un programa de música, tienes que decir quién suena para que la gente se enrolle*. Como ves eran los inicios de un proyecto que todos compartíamos, pero todavía éramos incapaces de darle una forma precisa. Eso nos lo dio la experiencia posterior.”

Esta nueva pausa le sirvió esta vez a Miguel para intervenir con aire grave y voz firme: “Hemos accedido a tus peticiones y te hemos contado datos precisos y preciosos de los inicios de la radio; para nosotros ha sido un gran placer acceder a tu propuesta. Pero lo sería todavía más, si ahora nos relataras tus experiencias en la radio. No me refiero a los resultados, porque ya los conocemos y coincidimos todos en que son excelentes. Me refiero a tus impresiones personales sobre la radio, sobre su proyecto. Ya sabes.” A medida que el discurso de Miguel avanzaba inexorable, el semblante del americano iba alterando su expresión al ritmo de sus palabras que estaban empezando a sonar en sus oídos como cañonazos. Miró primero a Miguel y observó de nuevo su rostro inteligente, pleno de sensibilidad, luego giró la vista al rostro de Fabián y se tropezó con su eterna expresión burlona y por último encaró a Carlos, cuyo semblante le había parecido que traslucía inteligencia, pero ahora se daba cuenta que era tan sólo una máscara que escondía astucia e imaginación. Lo sabían, o al menos intuían lo que Anthony se proponía. El plan tan celosamente preparado y guardado en riguroso secreto había sido definitivamente desvelado. Se sintió incapaz de preparar sobre la marcha un plan que derribara estrepitosamente tan fundadas sospechas; pero de pronto el americano creyó tener una alucinación: los rostros de los hombres desaparecieron como tragados por el resplandor que de pronto iluminó la escena y una grácil figura femenina, cubierta con vaporoso vestido de gasa, se destacó radiante. En su sonrisa creyó descubrir a Mónica, pero pronto se percató de su error. Era la ninfa Calypso haciéndole gestos insinuantes para que se abandonara definitivamente a la seducción de sus encantos. Y Anthony se dejó llevar por sus sensaciones...

De nuevo miró el número del portal, como si temiera haberse equivocado. Efectivamente era el número 2 de la calle Hospital, casi esquina a la Avenida del Oeste. Las precisas indicaciones de su amiga Mónica no dejaban lugar a la duda. Para disiparlas completamente, Anthony se acercó al panel del portero automático y fijó su vista en el piso séptimo, puerta cinco. Allí estaba: Radio Klara. Sin embargo, no

pulsó el timbre que seguramente le hubiera dado acceso al edificio. En lugar de ello se apartó y comenzó a maldecir de nuevo a su amiga que una vez más lo abandonaba a su suerte. “Escucha, Anthony, mañana damos comienzo a nuestros programas”, le había dicho su amiga, “pero yo tengo que resolver algunos asuntos y quizá me retrase. Si a las diez y veinte no estoy en el portal del edificio de la radio, subes e inicias tú la programación. Juan Antonio llevará los mandos y te ayudará en todo lo que necesites. Además en este primer programa se trata de hacer una introducción a su contenido y hablar de nuestros proyectos. Ya verás cómo no tienes ningún problema. Yo acudiré en cuanto pueda.” “¡Maldita sea! Tenía que haberme negado, pero eso hubiera sido una cobardía. Además, el proyecto está diseñado para ayudarme en mi estudio.” Sin darse cuenta comenzó a gesticular dando la impresión de haberse vuelto loco. Una pareja que acertó a pasar por allí, se bajó de la acera y se alejó rápidamente del lugar. Al darse cuenta de ello el americano enrojeció y trató de calmarse; sin embargo se dio cuenta que a pesar de todos sus esfuerzos y razonamientos, una cruel desazón se resistía a abandonarlo. Consultó de nuevo su reloj: las diez y veintidós. Ya no podía esperar más.

Después de pulsar el timbre un zumbido le advirtió que la puerta se hallaba abierta, sin embargo nadie le había preguntado nada. El americano se encogió de hombros y traspasó el umbral, alcanzando uno de los ascensores, que le condujo al séptimo piso. Un dédalo de pasillos le esperaba, pero el americano avanzó con decisión por uno de ellos seguro de estar en la dirección correcta. Una puerta al final del mismo, que desde luego no era la de la radio, le convenció de lo contrario y de nuevo la angustia se instaló en su pecho. Sin embargo probó de nuevo y después de varios intentos infructuosos llegó a una puerta con una bombilla roja -apagada en ese momento- en la parte superior del dintel que le hizo sospechar que al fin había encontrado su destino. Buscó el timbre, pero nada encontró así que decidió dar unos golpes suaves con los nudillos. Después de unos interminables segundos de tensa espera se abrió a puerta y en el umbral se destacó una figura que parecía salida de un cuadro surrealista. Un joven alto, de complexión fuerte, con cara ancha y franca, vestido completamente de negro, con gruesas cadenas de hierro colgadas de diversos lugares de su vestimenta y el cinturón claveteado con grandes puntas de acero, lo observaba con una amplia sonrisa en su rostro. Después de unos instantes de atenta mirada, el muchacho de negro rompió el silencio, la tensión y los últimos temores del americano. “Tú debes de ser Anthony. Te estaba esperando. Entra”, dijo apartándose para dejar paso al americano. Anthony atravesó el umbral y se encontró en un *hall* rectangular bastante amplio en el que se abrían puertas en todas sus paredes. En la pared de la izquierda observó un hueco acristalado que permitía observar lo que presumiblemente era el estudio: Una mesa redonda de gran diámetro y al fondo una mesa enorme dispuesta en semicírculo cargada de aparatos de todo tipo. Sobre la mesa redonda una serie de micrófonos tocados con gorritos de espuma de distintos colores “Mi nombre es Juan Antonio”, continuó el muchacho de negro tendiéndole la mano que el otro se dio prisa en estrechar. “Mónica me ha hablado de ti y también me ha dicho que hoy quizá se retrase un poco.” “Sí, eso me temo”, confirmó angustiado el americano consultando de nuevo el reloj. Faltaban algunos minutos para dar comienzo al programa. “Esta habitación”, dijo Juan Antonio señalando la primera puerta de la derecha, “está destinada a sala de reuniones, archivo y también sala de espera”, concluyó con una risa desenfadada. “La otra puerta de la derecha está cerrada y llena de utensilios inservibles. Por último ésta de enfrente”, y dio un golpe en la madera, “es el lavabo.” “Gracias por decírmelo, porque creo que voy a necesitarlo muy pronto”, musitó el americano para sí. Juan Antonio le

indicó al americano que pasara al estudio y luego entró a su vez cerrando la puerta con sumo cuidado. El muchacho de negro se instaló en su trono y comenzó a manipular los aparatos con gran soltura, al tiempo que indicaba a su acompañante que hiciera lo propio. Anthony escogió la silla más cercana a la puerta en previsión de cualquier contingencia. Luego, ya más calmado, se dedicó a inspeccionar el receptáculo. Frente a él había un gran panel de corcho lleno a rebosar de notas, octavillas, carteles y avisos de todas clases. A su espalda, varias frases: *Cal que neixen flors a cada instant*. Un mohín de perplejidad en su semblante parecía ser signo evidente de que la frase se le escapaba, aunque no dudaba que sería interesante. Al leer otra de ellas no pudo reprimir una sonrisa de complicidad: *Si no puedes mejorar el silencio, ¡cállate!* “Eso es lo que tendría que hacer”, pensó. “Me dijo Mónica que querías conocer a Indalecio.” La voz del técnico lo sacó bruscamente de sus reflexiones y le hizo volver a la realidad. “¿Cómo dices?” “El que hace el programa de Jazz en la hora anterior a vuestro programa.” “¡Ah! Sí”, exclamó Anthony. “Mónica y yo escuchábamos su programa casi todas las semanas, mientras preparábamos el nuestro. Con el nerviosismo casi se me había olvidado por completo.” “El caso es que hoy ha tenido que irse antes por problemas familiares. Pero la semana que viene podrás conocerlo casi seguramente.” “Es realmente muy bueno y la música que pone excelente.”

Juan Antonio se enfrascó de nuevo en sus manipulaciones. A las ondas salían los últimos movimientos de una inolvidable melodía de Jazz. “Vamos a probar micrófonos. Usarás el verde que está frente a ti. Habla por él.” “¿Qué digo?” “Lo que se te ocurra. Todavía no salimos al aire.” “¡Ah!”, exclamó tranquilizado y dijo un escueto: “¡Hola!”, casi inaudible. “Está bien, pero tienes que hablar más alto y con la boca más cerca del micro como si fueras a comértelo.” El americano asintió, intentando vencer su nerviosismo cada vez más acentuado.” “Dentro de unos momentos pondré la sintonía de vuestro programa que me dio Mónica, la obertura de *Cuadros de una exposición* de Mussorgsky, y cuando esté a punto de acabar te haré una señal y te abriré el micro. Por tu parte, cuando quieras que hagamos una parada, me haces una seña para que prepare el corte musical. Esta noche pondremos música de folk americano.” El americano lo escuchaba como hipnotizado, asintiendo a todas sus indicaciones, pero sentía todos sus músculos en tensión. “¡Ah! Otra cosa. Hoy he traído yo la cinta virgen de 90 minutos para grabar el programa y dejarlo aquí para las reposiciones, pero acordaros de traer las cintas a partir de la próxima semana, porque de otro modo tendremos que utilizar la que ya está grabada y se perdería la grabación anterior.” “¿Has dicho reposición?” “Sí, este programa se repone dos veces a lo largo de la semana, pero ahora no me acuerdo en qué días. Luego te pasaré un programa.” “Okey”, fue la escueta respuesta del americano que estaba pensando que para colmo, ¡se repondría dos veces! Le pareció que todo empezaba a darle vueltas. Como en un sueño vio que la mano de su compañero se levantaba y unos instantes después la bajaba. Alguien empezó a hablar con voz firme y tranquila, creyó reconocer su voz, pero era incapaz de darse cuenta que el que estaba hablando con gran aplomo era él. “Buenaas Nooches, amigos de Radio Klara. Hoy iniciamos un nuevo programa que intentaremos llevar a vuestros receptores todos los martes de diez y media a doce. La compañera Mónica y yo mismo, Anthony, llegado no hace mucho del otro lado del Atlántico, os proponemos una velada de debates, *Travesía por el proceloso mar de la crítica*. A la técnica estará el inefable Juan Antonio. Con desenfado, pero sin temor a hurgar en heridas abiertas, analizaremos los temas más candentes del momento; hablaremos de la radio, pero no para mirarnos el ombligo, sino para introducirnos subrepticamente en los cerebros de cada uno de los

componentes del resto de la programación de la radio que no tengan miedo a desnudarse públicamente, para dar a conocer sus inquietudes, aspiraciones y objetivos. Hablaremos de literatura, música, política y cualquiera otra cuestión que nos parezca interesante...” Juan Antonio, desde los mandos, lo contemplaba sonriente, pero el americano parecía haber perdido de vista todo lo que le rodeaba. Su discurso de desgranaba pausado y tranquilo, pero vibrante de emoción que seguramente se transmitía a la hipotética audiencia que en ese momento le escuchaba. Tras diez minutos de charla en la que había desmenuzado punto por punto sus intenciones y las de su amiga, levantó la mano para hacer la señal convenida al técnico, al mismo tiempo que levantaba la vista y veía, enmarcada en el hueco de la puerta abierta, una hermosa figura elegantemente vestida, envuelta en una resplandeciente bruma. “Se quedó petrificado, musitando para sí: “¡Mónica!”, mientras el técnico, sin entender lo que sucedía, pinchaba un disco para salvar la situación.

“No era Mónica, sino la ninfa Calypso, pero podía haber sido aquélla, porque tiene sus mismos derechos.” Hacía ya unos instantes que Anthony se había sumido en el silencio y en sus reflexiones, cuando oyó como un eco lejano las palabras de Carlos que tuvieron la virtud de serenarlo por completo. El juego había sido descubierto y la angustia desaparecía: “Lo sabemos todo, Anthony.” Este levantó la vista y el amplio salón de la casa de Carlos volvió a cobrar realidad. “¿Desde cuándo lo sabéis?” Carlos dibujó en su cara una amplia sonrisa y miró a sus compañeros exigiéndoles un gesto de complicidad. “Lo intuí desde que te conocí en la asamblea; después los programas que elaborasteis Mónica y tú me lo confirmaron. Así se lo expliqué a Miguel y Fabián y a otros compañeros.” Estos asintieron sonriendo. El americano se dispuso a explicarles los motivos que le habían inducido a adoptar una estrategia tan complicada, pero de nuevo Carlos se adelantó a su gesto. “Ahora ya es del dominio público que cuando viniste a Valencia tenías detrás de ti una larga experiencia en radios libres. Lo que no acabamos de entender es por qué querías guardarlo en secreto.” Anthony adoptó una ridícula cara de asombro que los otros interpretaron erróneamente. Apenas podía dar crédito a lo que estaba sucediendo. Por una fracción de segundo estuvo a punto de echar a rodar todo el plan tan hábilmente tejido. Pero, ¿cómo podía sospechar que lo creyeran un experto locutor de radio? Todo se lo debía a Mónica y a su capacidad de improvisación, unido, eso sí, a un par de golpes afortunados por su parte. Decidió aprovechar su buena suerte y seguirles el juego. “Tenéis razón. Estuve integrado en radio *Utopy* de Nueva York, durante unos meses. Está ubicada en el East Village y, salvo algunas diferencias propias de los distintos desarrollos de ambas radios, os puedo asegurar que la práctica es muy similar. Si no se lo había dicho a nadie es porque no me gusta darme importancia, no porque lo considerara un secreto.” Los tres se miraron con gesto de suficiencia y el americano lanzó un hondo suspiro.

“Hay un detalle que a mí particularmente me preocupa”, intervino Miguel con voz grave. De nuevo el americano se puso en tensión. “Hace unas semanas hiciste un programa sobre los grupos anarquistas de San Francisco...” “Sí, efectivamente”, cortó Anthony entusiasmado. “Creo que fue uno de los mejores programas que hemos hecho hasta ahora. Pero fue debido a la inapreciable colaboración de Mac, al que había invitado a contar sus experiencias y desde luego lo hizo muy bien.” En su entusiasmo no se había percatado que los tres lo observaban con expresión seria. Al darse cuenta, se calló y Carlos tomó la palabra: “En eso creo que todos estamos de acuerdo, pero el problema es precisamente Mac. ¿Hace tiempo que lo conoces?” El

americano reflexionó durante unos instantes y al cabo dijo: “No. Lo conocí casualmente, hace aproximadamente un mes, en un bar que suelo frecuentar en la plaza San Jaime. Estaba solo, tomando una cerveza y me pidió fuego. Le contesté que no fumaba y seguramente por mi acento me preguntó si era sudamericano; cuando le respondí que era norteamericano sus ojos se iluminaron y me confesó que él también lo era. Después nos pusimos a charlar de muchas cosas, hasta que me contó sus experiencias en San Francisco. Inmediatamente pensé que podría ser interesante llevarlo al programa, así que le hablé de Radio Klara, pero me dijo que ese tema no le interesaba. Se movía mucho mejor en otros grupos más activos. De todos modos, aceptó al fin mi ofrecimiento. Eso es todo. ¡Ah! Mónica me dijo que no le caía muy bien ese tipo, pero a mí me parece extraordinario.” La tensión en la sala parecía haberse suavizado y los semblantes de sus tres acompañantes estaban ya completamente relajados. “Me temo que a nosotros tampoco nos cae muy bien”, intervino Miguel sin mostrar ningún tipo de animadversión. “Confieso que no lo conozco personalmente, pero a todos nos han llegado rumores de que sus comentarios sobre la radio han sido siempre despectivos e insultantes.” “No entiendo cómo podéis hacer caso de simples rumores.” “Tenemos nuestras razones”, intervino Carlos esta vez. “De todos modos, lo único que queríamos era aclarar tu relación con ese individuo y comunicarte nuestra opinión. Por lo que a nosotros respecta el asunto está zanjado.” “Os agradezco sinceramente vuestro interés, pero no suelo hacer caso de los rumores.” El americano se calló dando por concluido el tema y después de consultar su libreta, se lanzó de nuevo al ataque. “Si estáis de acuerdo, me gustaría ahora abordar el tema de la organización de la radio.” Miguel lanzó una mirada significativa a Carlos y argumentó: “Nos gustaría mucho, pero se ha hecho un poco tarde y tengo que marcharme. Además ese tema es muy complicado y nos llevaría demasiado tiempo.” “Yo también tengo que marcharme”, intervino Fabián. El americano consultó su reloj y constató que el tiempo se había esfumado con sorprendente celeridad. “Es cierto. Quedamos, pues, emplazados para otra ocasión.” “En mi caso creo que eso no va a ser posible”, adujo Fabián. “La semana que viene me marcho de Valencia por cuestiones de trabajo y no sé cuando volveré. De todos modos, espero que mis informaciones puedan serte de alguna utilidad.” “Desde luego”, contestó emocionado Anthony, estrechándole la mano que le tendía. “Haré el mejor uso posible de ella, no te quepa duda.” “Bueno, otra cosa; como posiblemente ya no volvamos a vernos, te aconsejo que analices los nombres de los programas. En los primeros tiempos de la radio fue lo más imaginativo que se hizo, aunque afortunadamente esa costumbre no se ha perdido, a pesar de que los programas han ganado en contenido y calidad. En el libro amarillo encontrarás una larga lista de ellos.” “Sí, lo sé. Mónica me pasó una fotocopia y te confieso que ese detalle también llamó mi atención; sin embargo, te agradezco tu interés.” “Esa tal Mónica parece haberse convertido en tu guía espiritual”, apostilló Fabián con una sonrisa maliciosa. El americano le devolvió la sonrisa, mientras pensaba: “No, más bien creo que se ha transformado definitivamente en Calypso...”

Unas jornadas culturales anarquistas

Aurelio, un joven alto, de complexión fuerte y bien parecido, con cara simpática y algo mofletuda, entró decidido en el despacho y se sentó en una silla que estaba frente a la mesa de madera carcomida que inexplicablemente todavía se mantenía en pie. Los minúsculos bichejos que trabajaban incansablemente en su interior conseguían, sin necesidad de elaborados planos arquitectónicos, excavar largos túneles en un intrincado laberinto, sólo por ellos conocido, pero con el cuidado de dejar puntos de

apoyo lo suficientemente sólidos para hacer que el mueble en cuestión (en este caso la mesa de mobila) aparentara una robustez a toda prueba y pudiera servirles de exquisito manjar para generaciones enteras. Su labor, lenta y callada, pero muy efectiva, tenía un fin lógico, si antes la represión, de la mano de un restaurador de muebles, armado hasta los dientes con toda clase de armas químicas, no venía a destruir su labor antes de conseguir su objetivo último; porque a pesar de todos sus esfuerzos no habían logrado todavía encontrar la fórmula precisa para que la prueba de su trabajo de zapa, unos minúsculos orificios extendidos por toda la superficie de la mesa y unos montoncitos de serrín aquí y allá, no fuera descubierta. Al otro lado de la mesa, el secretario de propaganda del sindicato del metal, estaba ocupado escribiendo en un papel lleno de extraños organigramas.

“¿Has acabado de perfilar el proyecto?”, preguntó Aurelio al cabo de un rato. Mariano, por contraste era también joven, aunque menos, pero bajo y algo regordete, con la cara ancha y sonrisa oblicua; levantó la vista del papel y contestó: “Sí, ya lo tengo listo. Esta tarde se lo entregaré al secretario de la Federación Local, pero no creo que se entusiasmen mucho con él. ¿Has hablado con la gente que te dije?”, preguntó a su vez. “Con casi todos; están entusiasmados. Creo que seremos unos quince, pero lo que no entiendo todavía es de dónde vamos sacar el dinero necesario.” “Ya sabes que para mí el dinero es el problema menos importante. Lo más necesario es que la gente que participe esté convencida que se puede hacer y sobre todo que trabajemos de modo organizado, a fin de no dispersar nuestras escasas energías. Entonces queda confirmada la cita en el café Madriz para el martes de la semana que viene, ¿no es así, Aurelio?” “Efectivamente.” Se había levantado de la silla y se disponía a salir cuando pareció recordar algo. Con la mano en el tirador de la puerta se volvió y preguntó: “¿Qué han dicho los del grupo?” Mariano, que se había puesto de nuevo a trabajar sobre los organigramas, levantó la cabeza y con una expresión de fastidio en su rostro contestó: “No quieren saber nada de esta historia. Alguno ha insinuado que no es el mejor momento para dedicarse a hacer chorradas y que lo más importante era organizarse. Ante esto, preferí no seguir insistiendo; espero que al menos no nos boicoteen la iniciativa, aunque los creo muy capaces.” Aurelio asintió con la cabeza y le hizo un gesto que pretendía ser de ánimo, luego abrió la puerta y desapareció. La cafetería Madriz, un lugar de encuentros diversos, era un local decorado con un gusto exquisito, con diversos ambientes. En el espacio de la izquierda, de forma rectangular, se habían ido reuniendo los componentes del grupo que prácticamente ocupaban ya todas las mesas que allí se hallaban. Separado de la sala principal de la parte baja, donde se encontraba la barra, reunía las condiciones idóneas para celebrar una asamblea, sin temor a que nadie los interrumpiese. Pasaban pocos minutos de las ocho, cuando Mariano entró en la cafetería y saludó al dueño que se encontraba detrás de la barra; éste se lo devolvió con un guiño. Luego se dirigió sin más dilación a la sala del fondo y saludó con un gesto a todos los presentes procediendo, después de sentarse, a abrir la asamblea.

“Espera un momento”, dijo Anthony deteniéndose. Mariano se paró y lo miró circunspecto. “¿Qué quieres?” “Mientras caminamos no puedo tomar notas y la grabadora tampoco sirve para mucho con todo el ruido del tráfico. ¿No sería mejor que esperases a contarme los detalles cuando lleguemos a donde vayamos?” “No te preocupes por eso; en realidad estoy intentando hacer memoria. Debes tener en cuenta que han transcurrido ya más de quince años y algunas cosas se me han olvidado.” “Pero también tú deberías pensar que he hecho un largo viaje en metro y luego en autobús hasta llegar aquí y me gustaría sacar algo en claro. Si continuas

hablándome mientras caminamos, se me escaparán muchas cosas que considero importantes. Además me gustaría que me dijeras a donde vamos. Llevamos ya más de un cuarto de hora andando.” Mariano esbozó una amplia sonrisa y le palmeó en la espalda para tranquilizarlo. “Vamos a una imprenta. Estamos ya muy cerca.” “¿Es clandestina?”, inquirió el americano haciéndose el gracioso. Mariano siguió mirándolo sonriente y para gran sorpresa de Anthony afirmó: “No del todo. Se hacen trabajos corrientes de publicidad y catálogos; también se trabaja para el Ayuntamiento y alguna otra institución. Eso es lo que nos da de comer; pero una parte del tiempo la dedicamos a editar panfletos y folletos subversivos que difícilmente serían impresos en cualquier otra imprenta.” Anthony lo miró sin saber a ciencia cierta si decía la verdad o le estaba tomando el pelo. “Anda, vamos. Aurelio y María deben haber llegado ya.” En cuanto se pusieron en marcha, Mariano le confesó: “Sabes, tan pronto me llamaste revisé todos los papeles que conservaba de aquellos lejanos tiempos, pero lo único decente que encontré fue el programa de la semana cultural que organizamos en noviembre de 1980.” “¿Y cómo conseguisteis el dinero para el proyecto?” “¡Eh! ¡No decías que no era el momento para hablar de cosas importantes!”, contestó Mariano con una carcajada. “Luego te lo diré, porque ya hemos llegado. Es allí y aquellos que esperan en la puerta son Aurelio y María.” En efecto esperaban ya desde hacía diez minutos. Al llegar a su altura, Mariano hizo las oportunas presentaciones. María y el americano intercambiaron sendos besos en la mejilla y Aurelio le estrechó fuertemente la mano. A continuación se internaron en el local ocupado por una serie de maquinas *off-set* y una especie de oficina acristalada a la derecha en la que podían verse una serie de modernos ordenadores. En ese momento se estaba trabajando a pleno rendimiento y los recién llegados saludaron a los que estaban ocupados imprimiendo lo que parecía una revista. Cruzaron la sala en toda su longitud y alcanzaron una estrecha escalera de caracol por la que subieron un poco trabajosamente. La escalera desembocaba en un estrecho rellano con una puerta que daba a una amplia sala en el centro de la cual había una mesa oval, no muy grande, con capacidad para ocho personas sentadas holgadamente. Tomaron asiento, ocupando solo la mitad de la mesa para facilitar la conversación y el americano dispuso todo el material que había extraído de su maletín. “Mariano ya me ha dicho que no teníais ningún inconveniente en que grabara la entrevista.” “¿Por qué habíamos de tenerlo?, preguntó María con una sonrisa. El americano se sentía a gusto y sonrió a la muchacha que lo observa divertido. Como si se tratara de la apertura del consejo de administración de una empresa, Mariano, después de carraspear varias veces para aclararse la voz, informó: “Mientras veníamos hacia aquí le he explicado a Anthony.” Al pronunciar ese nombre esbozó una amplia sonrisa que causó la perplejidad del americano. “Verás”, empezó a modo de explicación, “es que me resulta divertido que te llames así. No es que no crea que eres americano, pero...” “Es verdad”, cortó María con una risita. “Con tu acento deberías llamarte Antonio o Lorenzo o qué se yo.” El americano los miraba sin poder disimular su asombro. Fue Aurelio quien salvó la situación hablando apresuradamente: “Bueno, ya está bien. No creo que tenga tanta importancia el nombre y mucho menos de dónde sea.” “De acuerdo”, convino Mariano, retomando su discurso. “Le contaba cómo nos organizamos para llevar a cabo la semana cultural. Fue un trabajo muy duro que nos mantuvo en tensión durante varios meses, pero valió la pena”, concluyó con una sonrisa de satisfacción.

Aurelio, cuya ecuanimidad era legendaria, intervino para intentar poner orden en la entrevista. “Me parece que lo mejor sería que cada uno explicara, con la mayor coherencia posible, cómo vivió aquella experiencia. Eso facilitaría el trabajo de

Anthony, cuando tenga que poner en orden nuestras intervenciones.” El americano le agradeció con un gesto el detalle y a continuación dijo: “Os voy a hacer una serie de preguntas que me parecen claves y luego contestáis cada uno según vayáis recordando. Entiendo que han pasado muchos años y a veces la memoria...” “De lo que más me acuerdo”, cortó María con su eterna risita, “es de que nos reunimos un montón de veces y que cada vez surgían más problemas de los que habíamos resuelto desde la reunión anterior.” Anthony gozaba de una gran paciencia, pero en esta ocasión estaba empezado a agotarse; antes de que cualquier otro le interrumpiera, dijo casi gritando: “En principio me gustaría saber cómo surgió la idea de hacer esas jornadas, después cómo hicisteis para financiarlas y en tercer lugar, cómo se desarrollaron las mismas y el eco que tuvieron en los medios de comunicación.” Los otros tres se miraron, quizá un poco desconcertados, porque lo concreto de las preguntas les impedía divagar y jugar con el recuerdo, como quien juega al escondite. Mariano, con la connivencia tácita de los otros dos, tomó la palabra.

“He preparado unos organigramas provisionales”, comenzó Mariano entregando unas hojas fotocopiadas a los reunidos, “para que los discutamos y nos pongamos de acuerdo en su desarrollo: gente que vamos invitar, los actos que nos interesa realizar y también los tipos de espectáculos que amenizarán las jornadas.” Un silencio, roto únicamente por el roce de las hojas al ser manipuladas, se abrió tras la intervención de Mariano. Cuando creyó que todos las habían ojeado, continuó: “Como ya sabéis el objetivo es seguir la larga tradición cultural del anarquismo. Históricamente, nuestra ideología se ha caracterizado por el énfasis que puso siempre en la vertiente cultural del ser humano, lo cual le permitió crear una cultura que le era propia. Se trata de recuperar, de los jirones de la historia, todo lo que de positivo tuvieron las experiencias pasadas.” “Eso está muy bien y pienso que todo el mundo estará de acuerdo”, empezó a hablar uno del grupo que se había sumado en el último momento, aunque no parecía muy entusiasmado con el proyecto. “Pero me parece que tendríamos que limitarnos un poco y no ser excesivamente ambiciosos, porque podemos cosechar un terrible fracaso y eso sería contraproducente.” Antes que Mariano tuviera ocasión de intervenir, Aurelio, cuyo entusiasmo le erizaba los cabellos, apostrofó: “Las limitaciones nos las impondrán las circunstancias; si ahora vacilamos el resultado sí que será desastroso con toda seguridad. Hay que ser valiente.” Esta última frase la dijo con mucha firmeza y mirada desafiante. María, una de las cuatro mujeres que componían el grupo de quince, intervino para señalar: “Aquí veo que se piensa invitar a Chomsky; en ese caso no veo por qué no podemos llamar también a Ramón Sender.” Mariano torció la boca y aclaró: “Esto es sólo un proyecto que tenemos que trabajar entre todos. El que tenga alguna sugerencia que proponer que la anote y reflexione sobre las posibilidades de llevarla a cabo y luego la plantee a los otros.” “Creo que deberíamos dividimos en grupos de trabajo”, planteó otro. Mariano fijó en él una mirada cargada de paciencia e informó: “Claro que tendremos que formar grupos de trabajo. Observa que ya he señalado en el organigrama cuáles podrían ser.” El que había hablado bajó la vista hacia los papeles, lo cual evidenciaba a las claras que no se los había leído en su totalidad. “Hace falta alguien que se encargue de la coordinación, después un grupo que se ponga en contacto con los invitados, otro que se ocupe de la infraestructura: buscar local adecuado para las actividades, señalar fechas precisas, otro que lleve el peso de la economía, etc., etc.” Hizo una pausa y dibujó en su cara una sonrisa oblicua, luego añadió: “Pero antes de eso tendremos que tener perfectamente discutido y aprobado

el plan definitivo.” “Otro tema importante”, intervino Aurelio que parecía dar por hecho que él se encargaría de la economía, “es la financiación del proyecto.” Calló un momento, mientras extraía una hoja de papel en la que se veían muchas anotaciones y luego continuó: “He hecho un borrador del coste aproximado, teniendo en cuenta que la duración de los actos será de quince días. Me he guiado por otros actos que hemos organizado, aunque a una escala mucho menor, ¡claro!”, sonrió abiertamente al mismo tiempo que lanzaba la exclamación. “No me ha dado tiempo de hacer copias, pero quiero que le echéis un vistazo.” Añadiendo el gesto a la palabra le pasó el papel a su vecino de la izquierda que pareció estudiarlo con gran atención. “No podemos contar con la organización en ese aspecto; algunos sindicatos han mostrado su apoyo, especialmente enseñanza, metal y jubilados, pero tampoco podrán aportar mucho dinero, así que tendremos que buscar las aportaciones individuales. En la hoja que os he pasado, he apuntado la idea de editar bonos de apoyo de diferentes cantidades...”

Como el silencio se prolongaba, Anthony decidió intervenir. Los otros parecían estar absortos en sus pensamientos y no hacían la menor intención de continuar. “¿Cuál fue el resultado final? La voz del americano dio la impresión de sacarlos de un trance; todos dieron un respingo y quisieron hablar a la vez. “Un éxito.” “¡Extraordinario!” La voz de María se impuso esta vez sobre los murmullos y acabó diciendo con voz aguda: “La afluencia de público a los actos superó con creces todas nuestras previsiones, pero fracasamos económicamente...” “Vayamos por partes”, intervino Aurelio en tono conciliador. “Nos estuvimos reuniendo un montón de veces, hasta que tuvimos maduro el proyecto, después nos dividimos en grupos de trabajo y las reuniones generales se espaciaron, hasta la última asamblea general definitiva donde cada uno de nosotros se encargó de una actividad concreta.” “Los actos se celebraron en el cine Alameda, hoy ya desaparecido.” El que había hablado era Mariano que se había levantado y se había dirigido a una mesa adosada a una de las paredes; abrió un cajón y extrajo un papel, luego se dirigió a la mesa y tomó asiento parsimoniosamente. “Este es el programa”, continuó mostrando un tríptico. “Los actos tuvieron lugar del 14 al 23 de noviembre de 1980”, añadió, alargándole la hoja al americano. Éste lo cogió delicadamente, como se coge a un niño pequeño y lo abrió completamente. Después de una atenta lectura, levantó la cabeza y dijo admirativamente, “es realmente extraordinario. No falta nada, cine, charlas, debates, conferencias, teatro, actuaciones musicales e incluso espectáculos para niños. Imagino el esfuerzo que debió suponeros.” Los tres lo miraban con cara de satisfacción. “¿Puedo hacerme una fotocopia del programa?”, preguntó Anthony con cierta timidez. “Puedes quedártelo”, contestó Mariano con un gesto. “Tengo más; es uno de los pocos documentos interesante que conservo de esa época.” “Gracias”, musitó. “Bueno, es cierto que los actos acabaron con déficit”, intervino Aurelio con voz un poco temblorosa, “pero al fin logramos enjugar casi todas las deudas.” Al decir esto, extrajo de su cartera una carpeta que pasó al americano. “Aquí están los detalles de los gastos e ingresos. Llevé todas las cuentas con escrupulosa rigurosidad y, si observas, solo hay un saldo negativo de unas veinte mil pesetas aproximadamente.” Anthony cogió la carpeta y consultó las cuentas que ocupaban una gran cantidad de folios. Efectivamente, como pudo comprobar, estaban anotados hasta los detalles más insignificantes. “¿Os apetece una cerveza?” Todos sin excepción contestaron afirmativamente y Mariano se dirigió a una puerta que había detrás del americano. Al poco rato volvió con una bandeja en la que había cuatro cervezas muy frías y unos platos con frutos

secos y aceitunas. Con gran cuidado lo fue depositando todo en la mesa. El americano estaba en ese momento enfrascado consultando su cuaderno de notas y sin hacer caso de momento al refrigerio, atacó denodadamente: “Alguno de vosotros, no recuerdo quien en este momento, ha insinuado que uno de los componentes del grupo no parecía muy entusiasmado...” “¡Ah! Sí. He sido yo”, cortó Aurelio con rapidez. “Era Juan, un muchacho muy simpático, pero en un principio se sumó a nosotros por indicación de su grupo para que espicara lo que estábamos tramando. Al principio se mostraba reticente; sin embargo, cuando se percató de lo que pensábamos hacer se entregó completamente y trabajó como el que más. Al final, en una noche memorable de borrachera, después de las jornadas, nos lo confesó todo.” Todos estallaron en carcajadas, al recordar el gracioso incidente, contagiando también al americano. Con palabras entrecortadas por la risa que convulsionaba el cuerpo de María, les dijo: “Me estoy acordando de una anécdota muy graciosa que sucedió durante las jornadas. Me la contó Fabián con esa carita que ponía y yo me partía de risa.” “A cuál te refieres; porque se dieron muchas anécdotas graciosas”, intervino Mariano pasándose la mano por la cabeza para ordenarse los cabellos. “Al Sabata.” “Así lo llaman sus amigos”, le musitó Mariano al oído del americano. Éste lo miró con cara de asombro, mientras pensaba, “seguramente se habrá creído que yo también soy amigo suyo.” Luego buscó en la lista de participantes y al fin pareció encontrar lo que deseaba, “debe ser este que es el que más se parece.” Entretanto, Aurelio, ya totalmente calmado, exclamó: “¡Hostia! ¡Es cierto! Ahora me acuerdo. Fui con Fabián a buscar al Sabata al aeropuerto de Manises.” El americano se estaba preguntando en ese momento si alguna vez llegaría a saber la anécdota, aunque la verdad es que tampoco le hubiera importado mucho no conocerla. “Fuimos con el coche de Fabián, un destartado seiscientos que todavía me estoy preguntando cómo podía funcionar. Recogimos al profesor y luego nos encaminamos al aparcamiento. Sin una sola vacilación el Sabata se dirigió directamente...”, Aurelio hizo aquí una pausa que pretendía fuera dramática, “al mercedes que había aparcado justo al lado del seiscientos.” Las carcajadas casi ahogaron las últimas palabras de Aurelio. Todos reían muy divertidos, incluso el americano que seguía sin entender nada, pero prefería no preguntar en ese momento. El tiempo se estaba consumiendo con mucha rapidez y, a ser posible quería acabar aquel mismo día. Anthony se enfrascó de nuevo en la lectura del programa como si quisiera aprendérselo de memoria, mientras comía cacahuetes y sorbía cerveza. Los demás hacían lo propio. El ambiente en la habitación se había relajado un tanto y todo parecía discurrir con aburrida monotonía. El americano levantó la vista del papel y comentó: “Hicisteis una buena selección de películas.” “¿Las conoces?”, preguntó María. “Casi todas, algunas por supuesto las he visto *Sacco y Vanzetti*, *Joe Hill*, *La soledad del corredor de fondo* o *El tambor de hojalata*. Otras las conozco de oídas, como *La Cecilia* o *Dersu Uzala*, pero de *La verdad sobre el caso Savolta*, no había oído hablar en mi vida”, finalizó con una sonrisa. “Es la mejor selección que pudimos hacer, aunque hubieron muchas que se quedaron en el tintero”, volvió a decir María con cara de entendida. “También tuvimos mucho cuidado en la selección de los conferenciantes: Intelectuales como García Calvo, Fernando Sabater, Sánchez Dragó, Goytisolo, Baltasar Porcel, y gente de la CNT, como Luis A. Edo, Pep Castell, Celma o García Rúa. Muchos de esos intelectuales se decían entonces anarquistas, pero luego se fueron abriendo para ellos otros derroteros más interesantes. No es nuevo el tema, el tiempo vuelve borrosos los contornos y generalmente los deforma.” Estas últimas palabras las había pronunciado Mariano con un deje de cansancio, producto más de la fatiga mental que de la física. “¿Y qué paso con Ramón Sender?”

preguntó el americano al que no se le escapa detalle. Esta vez fue María la que respondió: “Logramos hablar con él y se mostró entusiasmado con la idea de participar en una jornadas culturales de la CNT. Según nos dijo, todavía tenía vivo en el recuerdo los gloriosos días de la República y le hubiera gustado mucho intentar revivirlos, pero en los días que se iban a celebrar las jornadas tenía un compromiso ineludible. Nos llegó a decir que si cambiábamos las fechas acudiría e incluso que los gastos de viaje correrían de su cuenta, pero nos fue imposible modificar el calendario y así quedó la cosa. La verdad es que me pareció un personaje extraordinario, con una voz cálida y agradable. Confieso que me hubiera gustado conocerlo personalmente.” “En cuanto a Chomsky”, intervino Mariano, antes que el americano aludiera a esa cuestión, “lo habíamos incluido, porque en aquella época solía venir con bastante frecuencia por Europa. De hecho nos escribió diciendo que si en las fechas que organizábamos las jornadas se encontraba de viaje por nuestro continente, acudiría. Por desgracia no pudo ser así, pero en su lugar vino Peregrín Otero, que había colaborado intensamente con él y conocía perfectamente su trabajo.”

Un espeso silencio se abrió tras las últimas palabras de Mariano. Parecía que sus comentarios habían agotado totalmente el tema y ya no cupiera nada más que decir. No obstante, Anthony quiso agotar sus últimos cartuchos antes de abandonar definitivamente. “Una experiencia interesante, aunque fallara la parte económica.” “¡Pero la cosa no acabó aquí!”, exclamó María con gran entusiasmo. “Ahora es precisamente cuando empieza lo bueno. Anthony estiró las orejas hasta casi hacerse daño y una sincera sonrisa se insinuó en su cara. La habitación parecía haber adquirido otro color, a pesar de que la luz que penetraba en aquel momento era bastante mortecina; incluso el ronroneo de la grabadora había adquirido un ritmo más alegre. “Cuatro o cinco días después de acabadas las jornadas nos reunimos de nuevo todo el grupo para hacer balance”, continuó la muchacha. “Lo recuerdo perfectamente, porque allí empezaron para mí muchas cosas, después de haber aprendido otras muchas durante la organización de las jornadas.” Había una mezcla de nostalgia y alegría en la rememoración de María.

Se convocó al grupo para una reunión. Se trataba de hacer balance de los resultados obtenidos. Acudieron todos, pero esta vez la reunión fue en el café *Malvaloca*, por indicación de uno del grupo al que le placía más aquel rincón. Se instalaron en el primer piso, mucho más discreto y apartado de las miradas curiosas. Aún faltaban muchas horas para que las parejas vinieran a repetir el eterno ritual del apareamiento. Después de un largo intercambio de exclamaciones, felicitándose unos a otros por el éxito obtenido, Aurelio reclamó silencio para comenzar la asamblea. No obstante, los comentarios graciosos y los chistes a destiempo, siguieron durante un largo rato ante la desesperación de aquél. Mariano intervino para imponer un cierto orden; poco a poco se consiguió que Aurelio pudiera recitar su letanía: “Según las cuentas que tengo anotadas por capítulos, el resultado final arroja un déficit de doscientas mil pesetas.” Fue como un jarro de agua fría, arrojado al calor del entusiasmo de los contertulios. “¡Joder!”, exclamó uno, “¿cómo es posible, si el éxito ha sido impresionante?” Todos parecían concordar con la opinión del que había hablado. “Seguramente fruto de nuestra inexperiencia”, continuó informando Aurelio. “Nos quedamos cortos con los bonos y las aportaciones de grupos e individuos, a pesar de ser cuantiosas, no han llegado a cubrir los gastos. Nuestra ambición se ha visto colmada en la asistencia de público, pero el resultado económico se ha quedado a la zaga.” “¿Y cómo podemos enjugarlo?”, se oyó otra voz que preguntaba. Aurelio

sonrió; esperaba la pregunta a la que ya tenía una respuesta adecuada. “Con la organización de una rifa”, hizo una pausa mientras extraía un folio y siguió: “Haremos una selección de libros interesantes, aquí he hecho una primera lista, *El Hombre y la Tierra*, de Elíseo Reclus, *La Gran Revolución y La Conquista del Pan*, de Kropotkin. *Las Obras completas* de Bakunin, etc.” Le pasó el folio a su vecino de la derecha y prosiguió: “Explicaremos a la gente a qué se destina su producto y espero que respondan a la llamada.”

“¡Bueno! ¡Ya está bien!” La brusca interrupción del discurso de Aurelio causó estupor en los reunidos. “¿Qué pasa?”, preguntó María atónita. “¡Cómo que qué pasa!”, exclamó furioso Mariano. Aurelio se había quedado con la boca abierta y parecía no acertar a cerrarla, mientras el americano se preparaba para lo peor. El silencio los envolvió y la luz parecía debilitarse por momentos. Mariano intentó calmarse y miró fijamente a Anthony. “Llevamos más de tres horas explicándole al muchacho nuestras experiencias y todavía no se ha dignado decirnos para qué cojones necesita todo este rollo. Dice que es americano y más bien parece sudamericano. ¿Es para tu programa, quizá?” La pregunta la lanzó directamente a los oídos de Anthony que se había quedado tenso, buscando una salida airosa que le permitiera al menos amainar el temporal. “Tienes razón, Mariano. Probablemente debí empezar explicando cuáles eran mis intenciones, pero lamentablemente no lo consideré necesario. Ahora me doy cuenta de mi equivocación y os pido disculpas.” “¿Pero qué importan los motivos que tenga para entrevistarnos?”, preguntó María desconcertada. El americano le dirigió una sonrisa de agradecimiento. Desde que se la presentaron le había caído en gracia su cara simpática y abierta, sus maneras afectuosas, que le inspiraron la confianza necesaria. Pero ahora tenía que buscar una explicación satisfactoria y la había encontrado en una variante de la que le había servido para tranquilizar a Carlos y a los otros. Daba la impresión que todo el mundo desconfiaba de él o quizá era únicamente la costumbre. “Gracias, María”, dijo volviéndose hacia la muchacha, “pero creo que Mariano está en lo cierto.” Después se volvió de nuevo hacia Mariano y continuó. “Aunque parezca difícil de creer, nací en Nueva York, pero mi padre es chileno y se empeñó en que aprendiera la lengua de sus padres, al mismo tiempo que el inglés...” “¿Hablas *spanglis*?”, preguntó Aurelio con una sonrisa. “No, por favor, nunca me han gustado las mezclas lingüísticas.” Se calló un momento y luego continuó. “Hace unos años, estudiando en la Universidad, entré en contacto con radio *Utopía* del East Village de Manhattan y allí me familiaricé con las radios libres. Cuando conocí Radio Klara, por pura casualidad, tuve la impresión que tenían muchas cosas en común y decidí averiguarlo. Eso es todo.” Mariano, con una amplia sonrisa, se había vuelto hacia Aurelio que lo miraba sonriendo también. “¿No te lo dije?” Aurelio dio varios golpes de cabeza en señal de asentimiento. “Estaba muy claro”, sentenció Mariano, echándose hacia atrás en la silla y cruzando las manos sobre el estómago. María y el americano se miraron perplejos y la muchacha se encogió de hombros y prosiguió con voz chillona: “Fue precisamente en esa reunión cuando el chico con el que entonces salía...” La muchacha se quedó cortada con la boca abierta al ver la cara de regocijo de sus compañeros. “¿Qué ocurre? ¿No os gusta el eufemismo? ¿Preferís que diga follar?” Los otros estallaron en carcajadas y el americano, que sabía el significado de la palabra por Salvador que se la repitió un millón de veces en Nueva York, puso cara de fastidio. “No entiendo qué importancia puede tener si follaban o no”, se dijo. “Bueno”, siguió María con una mueca mirando al americano, “pues el chico con el que entonces follaba, sugirió la idea de que continuásemos como grupo, porque era una lástima que después de todo el trabajo que habíamos

hecho se quedara todo en nada.” Hizo una breve pausa y finalizó: “Creo que todos aceptaron ilusionados.”

“¡Joder!” La exclamación de Mariano los sobresaltó. Había consultado su reloj y algo se había roto en la mente de todos. “Los chicos de la imprenta están a punto de irse y tengo que hablar con ellos. Excusadme unos minutos.” Uniendo la acción a la palabra se levantó y se dirigió a la puerta. En ese momento Anthony se percató que estaban en una imprenta y sin embargo, hasta ellos no llegaba el ruido de las máquinas; tan sólo, si se aguzaba mucho el oído, se podía percibir un ruido monótono que se intensificó extraordinariamente en cuanto Mariano abrió la puerta.

“¿Seguisteis, pues, desarrollando actividades después?” “Ya lo creo”, contesto Aurelio que parecía más desembarazado, tras la partida de Mariano. “Discutíamos continuamente qué tipo de cosas podíamos hacer. Cuando llegó la primavera decidimos marcharnos todos juntos de camping. ¿Te acuerdas, María?” La mujer se sobresaltó con la pregunta, pero respondió de inmediato: “Claro que me acuerdo. Fue en ese camping donde me quedé embarazada de mi hijo.” Anthony esbozó una ligera sonrisa, pero no hizo ninguna alusión al vástago de María. Su pregunta se encaminó al tema que le interesaba. “¿Fue allí donde empezasteis a hablar de fundar la radio?” “La discusión sobre ese tema venía ya de muy atrás.” La voz grave de Mariano los sobresaltó sin que pudieran evitarlo. Había aparecido sigilosamente en la puerta sin que ninguno de los otros se apercibiera. Mientras atravesaba la sala en dirección a su silla, informó: “Los muchachos ya se han ido; nos hemos quedado solos.” Y le dedicó a Anthony una de sus especiales sonrisas oblicuas. “Si observas el programa”, continuó Mariano después de tomar asiento, “verás que una de las sesiones estuvo dedicada a un debate sobre las radios libres. Acudieron un par de estudiosos y alguna gente de radios libres de Cataluña.” “Sí, ya me había percatado e iba a hacer alusión al mismo”, contestó el americano con seriedad. Mariano sonrió y continuó: “Pero todavía el tema no estaba maduro; lo comenté con algunos compañeros, pero todos daban largas. El único que mostró su entusiasmo sin reticencias fue Carlos.” Se detuvo en ese momento y miró al americano, mientras le preguntaba: “¿Conoces a Carlos?” “Por supuesto.” “Me lo imaginaba. Bueno pues Carlos se tomó la cosa muy en serio y empezó a trabajar por su cuenta, así que cuando nos fuimos de camping él ya tenía detrás un amplio bagaje sobre el tema.” “Lo recuerdo como muy fructífero en cuanto a discusiones”, intervino Aurelio. “De hecho se estuvo discutiendo durante toda una tarde y parte de la noche sobre la conveniencia de editar una revista. Incluso se barajaron algunos nombres.” “Sí, fue Juanico, el que luego sería mi marido y el padre de mi hijo, quien propuso la idea de la revista, porque según decía no estábamos todavía preparados para intentar lo de la radio.” “¿Juanico es Juan?”, preguntó Anthony con cara seria. “Sí, pero no era el infiltrao, no te vayas a pensar.” “¿Todavía vivís juntos?”, continuó preguntando Anthony. “¡Qué va! Hace muchos años que nos separamos y él se fue a vivir a otra ciudad. Es una lástima, porque si estuviera en Valencia te podría hablar mucho sobre aquella época.”

“Al día siguiente todos nos levantamos muy tarde”, empezó a decir Mariano, “y algunos se fueron de excursión, pero nos habíamos puesto de acuerdo para reunirnos a partir de las siete de la tarde. Cuando llegué ya se había formado un corro y Carlos, impaciente, instaba a que comenzase la asamblea...”

“Ya pasan más de diez minutos de las siete”, argumentó Carlos, “creo que deberíamos empezar.” “Esperemos otros cinco minutos, hombre, no vamos a perder nada con ello.” “Está bien”, dijo resignándose. Un cuarto de hora más tarde el corro se había ampliado lo suficiente como para dar la señal de salida. “Anoche casi no pude

dormir pensando lo que habíamos discutido”, empezó Carlos muy acelerado, “y he llegado a la conclusión que en lugar de una revista, que no dejaría de ser una más entre todas las que ya se editan en ese momento, sería más interesante que montáramos una radio.” La propuesta cayó como una bomba, casi todos mostraron sus reticencias, los inconvenientes con los que se iban a tropezar, pero Carlos levantó una mano en demanda de silencio y con un papel en la mano, que había sacado de una carpeta que tenía a su lado, dijo: “Por favor, escuchad esto y luego discutimos. Es una breve historia del movimiento de radios libres.” Se aclaró la voz y leyó: “Lo que hoy se llaman radios libres nacieron al calor de la de aquella breve primavera revolucionaria que Italia vivió en marzo de 1977, en la época de los *indios metropolitanos* y los *autónomos*. *Que cientos de flores florezcan; que cientos de radios transmitan*, fue una de las consignas básicas de aquel espontáneo movimiento. Y el mensaje lo recogieron decenas de pequeñas emisoras que en toda Italia comenzaron a radiar discursos anticapitalistas, ecologistas, feministas y ácratas. *Radio Alicia, Controradio, Onda Rossa y Città Futura* fueron las más conocidas. El programa de aquellas radios libres era algo así como: rechazo de cualquier autoridad basada en el engaño o la coacción; independencia de partidos, sindicatos y grupos de presión institucionales; consideración de la imposible neutralidad de los medios de comunicación, por lo que si se pretende ser honesto, hay que explicitar de antemano por quién se toma partido, en este caso por los grupos autónomos y marginados; búsqueda de una información que no oculte sus fuentes; producción colectiva, no profesional y autogestionaria que varíe no sólo los contenidos, sino también las formas de expresión y ensaye al máximo la interacción constante entre el oyente y la persona que habla, con el objetivo final de abolir la separación emisor-receptor. La experiencia italiana cuajó en Francia, donde, además de los grupos marginales, el Partido Socialista impulsó el movimiento de radios libres. En España la primera experiencia sería en ese sentido fue protagonizada por la barcelonesa *Ona Lliure*, en 1978: *Provocar la palabra, la respuesta, en gente a la que se ha enseñado únicamente a asentir*, era el objeto de aquella emisora, que realizó numerosas emisiones y fue cerrada otras tantas veces por la policía. El ejemplo de *Ona Lliure*, sin embargo, cuajó en Cataluña, donde algunos ayuntamientos de izquierda han montado sus propias emisoras para dar la palabra al vecindario, a los trabajadores, a los centros de planificación familiar, a los teatreros y otras especies de la fauna urbana.”

Cuando Carlos dejó de hablar, un silencio, roto únicamente por el trino de los pájaros y los gritos de los niños que jugaban algo apartados, se instaló en medio del corro. Parecía que nadie se atreviera a pronunciar la primera palabra. Después de unos segundos y algunas risas nerviosas, una chica morena, de largos cabellos, sentada con las piernas cruzadas, adujo: “Eso está muy bien y estoy segura que la experiencia nos enseñaría mucho, pero, ¿habéis pensado en los problemas que tendremos que afrontar? Eso sin contar el dinero que nos puede costar montar una emisora de radio. Veo más factible lo de la revista.” Antes que nadie se inmiscuyera, Carlos se puso de pie y contestó: “Me he informado y el coste no es muy alto; con unas cien mil pesetas estaría resuelto o quizá algo más, pero no mucho. De todos modos, no tenemos por qué abandonar la idea de la revista. Ambas cosas se pueden compaginar.” Las intervenciones posteriores parecieron inclinar la balanza en favor de la propuesta de Carlos, pero se concluyó diciendo que todavía era demasiado pronto para decidir nada y que deberían reflexionarlo más. No obstante, antes de dar por concluida la reunión, Carlos volvió a pedir silencio y con otro papel en la mano les comunicó que quería leerles el manifiesto que *Ona Lliure* había distribuido dos días antes de

empezar sus emisiones. Con el consentimiento tácito de los presentes, leyó de nuevo: *“Entendemos como objetivo prioritario de la radio libre la de dar la palabra a la gente, es decir, a todas aquellas personas que nunca tienen la oportunidad de expresarse a través de un medio para comunicarse en su verdadero sentido con los demás.*

No partimos de utopías comunicacionales: cuando hablamos de «gente» nos referimos a sectores que actualmente están marginados, conscientemente o no, de un proceso comunicativo que también implica a los órganos de expresión de partidos políticos y centrales sindicales.

Como no somos masoquistas ni apóstoles, creemos que una de las pretensiones de la radio es la de divertir a la gente, recuperando todo lo que de placer, juego, fiesta y por tanto subversión contiene la diversión de verdad.

Consideramos que el término «gente» engloba a todos aquellos sectores no afiliados a siglas concretas, políticas o sindicales, pero que luchan dentro de la vida cotidiana.

No tenemos, vaya por delante, una alergia especial a las siglas, pero contamos con suficientes experiencias en espaldas ajenas —es decir: radios libres europeas— para saber que una radio portavoz de un partido o de un sindicato no entra dentro de lo que nosotros pretendemos.

Esto no quiere decir que cerremos el micrófono a los partidos políticos o centrales sindicales, ni mucho menos; significa que no queremos ser portavoces de nadie, para poder ofrecer de esta manera con total autonomía e independencia la palabra a todos, a todos los que no la tienen, por supuesto.

Pensamos que la radio libre debe dar contrainformación en un momento en que una pretendida información democrática silencia hechos importantes.

También consideramos importante elaborar una radio provocación, rescatando el término de peligrosas connotaciones policiales o «ultras»; queremos provocar la palabra, la respuesta, en gente a la que únicamente se le ha enseñado a asentir.

Tampoco queremos hacer, los hados nos libren, una radio militante en el sentido ortodoxo del término, es decir, una radio en la cual el emisor se considera en posesión de la verdad y la ofrece al sufrido receptor; pretendemos encontrar en las ondas un lugar de encuentro y de debate.

Consideramos también que en el interior de la radio no debe existir la división social del trabajo tal como se entiende en el interior de cualquier empresa, es decir, todos deberemos conocer algo del funcionamiento técnico, saber leer una noticia o mantener una entrevista.

Y cuando nos referimos a la gente que se inscribe en el marco de la lucha por un cambio total, consideramos que no es ésta una radio para dar a conocer los diferentes sectores de estos movimientos, feministas, gays, objetores de conciencia, ecologistas, etc., sino una radio en la que participen estos movimientos para dar un sentido global de la vida a los oyentes. Creemos que así la radio puede servir para exponer y difundir prácticas autónomas que existen, como para ser un lugar de encuentro del propio «movimiento».

Ésta debe ser una radio desmitificadora, incluso de ella misma, y de crítica constructiva, afectuosa y por tanto dura del propio «movimiento». ¡Nada de «ombligos felices»! es nuestro lema.

Es necesario dejar bien claro que, como no queremos utilizar la manipulación de los grandes medios de información, uno de nuestros objetivos es la subjetividad total, que nadie se extrañe.

Y finalmente, debe ser una radio que invite a la comunicación al margen de la propia radio, es decir, que potencie lugares de encuentro entre los diferentes sectores y las diferentes personas.”

“La pasión que puso Carlos en defensa de la idea de la radio; la contundencia del manifiesto, que posteriormente iba a servirnos de guía en nuestro propio desarrollo...” “Y nuestro apoyo”, cortó Aurelio amoscado. “De nosotros tres y de algún otro. No se te olvide.” “No te inquietes que no se me olvida. La radio fue obra de todos los que estuvimos en aquella primera asamblea y algún otro que luego se sumó.” Se calló pareciendo haber perdido el hilo del discurso, pero enseguida se recobró y continuó: “Lo que quiero decir es que al final, en el último día de excursión, celebramos una asamblea en la cual todos los presentes nos comprometimos a trabajar para intentar crear la radio. Nos dividimos en comisiones de trabajo, economía, propaganda, relaciones exteriores, jurídica...”

“No es por fastidiar”, cortó María, al ver que Mariano se interrumpía más de lo necesario, “pero se está haciendo tarde y tendríamos que ver qué hacemos. Si nos quedamos un rato más o lo dejamos para otro día.” Al oír a la chica, Anthony había consultado su reloj, comprobando que las manecillas ya habían llegado a la nueve y media. Apagó mecánicamente el *loro* y esperó la decisión de los otros. “Por mi parte no hay inconveniente en que nos quedemos; además a estas alturas si lo dejamos para otro día perderemos el hilo y ya no será lo mismo.” Miró al americano y le hizo un guiño malicioso. “Precisamente ahora es cuando viene lo mejor”, dijo con aire de misterio. “Yo no tengo ningún problema en quedarme”, dijo Aurelio. “Yo tampoco”, afirmó Anthony. “Supongo que podré encontrar un taxi por aquí.” “Por eso no te preocupes”, intervino Aurelio de nuevo, “he traído el coche y puedo acercarte luego a la ciudad.” Se volvió a María y la tranquilizó, “y a ti también si decides quedarte.” María hizo un gesto indefinido.

“De acuerdo. Esperarme un momento.” De nuevo cruzó la sala y desapreció tras la puerta. “¿A dónde va?”, preguntó María. Aurelio se encogió de hombros, al tiempo que respondía: “No lo sé; supongo que a telefonar a su compañera.” “Si aquí hay un teléfono...” Confirmando las sospechas de Aurelio, el teléfono que estaba sobre la mesa de oficina adosada a la pared, comenzó a repiquetear, siguiendo el ritmo del otro teléfono. Al cabo de un rato se oyó el *clic* característico de que el auricular del otro teléfono había sido colgado; pero inmediatamente volvió a repiquetear, sobresaltando a todos. “¿A qué se refería Mariano, cuando ha hablado con ese aire de misterio?”, inquirió de nuevo María dirigiéndose a Aurelio. “No tengo ni idea. Pero ya lo conoces, siempre le ha gustado guardarse un as en la manga.” Cuando la puerta se abrió, dejando paso a Mariano, se perdía en uno de los rincones el eco de las últimas palabras. “Todo arreglado”, anunció Mariano parado en el umbral y enseguida continuó: “He encargado unos bocadillos de tortilla en el bar de al lado, pero habría que ir ya, porque cierran dentro de poco.” “Ya voy yo”, dijo el americano haciendo intención de levantarse. “¡Quita allá!”, exclamó Aurelio haciendo un gesto imperioso con la mano. Anthony se quedó en una postura graciosa a medio levantar el culo del asiento y María lanzó una risita. Mariano se movió hacia su silla y el americano acabó por reposar cómodamente el trasero en la suya. Al pasar a su lado aquél le dio unas palmaditas cariñosas al tiempo que le decía: “Déjalo que vaya él; qué haga algo de provecho.” Y una carcajada acompañó sus palabras. Aurelio aparentó ignorar el comentario y se dirigió hacia la puerta, pero antes de llegar a ella se volvió y le dijo a María: “¿No sería mejor que llamas a tu hijo?” “¿Qué edad tiene?”, preguntó a su vez Anthony. María miró alternativamente a Aurelio y al

americano y por último se encaró con éste y le informó: “Pronto cumplirá quince años. Ya es mayorcito y se las sabe arreglar solo.” “Pero sería un detalle que le telefonaras y le explicaras que llegarás un poco más tarde”, adujo el americano mirándola fijamente. María, que no había apartado la mirada le sonrió maliciosamente. “¿Puedo telefonar?”, pregunto volviéndose a Mariano. “Desde luego. Ahí tienes el teléfono”, contestó señalando la mesa. María lo miró perpleja, pero no dijo nada y se levantó hacia el aparato.

Mientras daban buena cuenta de la cena y trasegaban las cervezas que Mariano había sacado de la nevera que había en el pequeño cuarto trastero, se dedicaron a acosar a Anthony a preguntas sobre América. Éste intentó armarse de paciencia y fue respondiéndoles lo más cortésmente que pudo. Finalizado su bocadillo, Mariano se echó hacia atrás en la silla y estiró las piernas, tropezando con las del americano que las retiró inmediatamente en un gesto reflejo. “Es una lástima que no tengamos cafetera, pero si alguno quiere una copa de coñac, todavía queda un culillo en la botella.” Nadie contestó, así que se dio por cerrado el asunto y Mariano se dispuso a descender el velo del misterio. “La comisión de propaganda la formamos aquí el muchacho”, dijo señalando a Aurelio, “Carlos, el compañero de María, Fabián, otro que no me acuerdo como se llamaba...” “Jacinto”, aclaró su compañero. “... y yo mismo”, acabó sin hacer caso de la interrupción. “Nuestro cometido consistía en reunir toda la documentación que nos fuera posible sobre el desarrollo de las radios libres y discutir sobre la mejor forma de organizar la nuestra.” Se calló un momento y tomó el relevo su amigo. “Recuerdo que nos tiramos muchas horas discutiendo, pero conseguíamos ponernos de acuerdo al final.” “Un día, mientras esperaba que viniera el resto del grupo,” Mariano había retomado la palabra y hablaba con voz muy lenta y mirada nostálgica, “me puse a releer un pasaje de una novela que me entusiasmaba. El lugar de reunión era este mismo local. ¿Te acuerdas, Aurelio?” Éste le sonrió y asintió, mientras aclaraba: “Sí. Claro que me acuerdo, pero entonces era un almacén y en esta sala sólo había una mesa destartalada y algunas sillas.” “En efecto”, corroboró Mariano. “Pues, como decía”, continuó volviéndose al americano, “estaba leyendo un pasaje de *Señas de identidad*, de Goytisolo...” “Te gusta mucho Goytisolo”, interrumpió el americano que se había percatado del énfasis que Mariano había puesto en ese nombre cuando nombró a los intelectuales que habían asistido a las jornadas. “Mucho, mucho...”

“Los campesinos de Yeste y sus alrededores, cansados de esperar que las promesas del Frente Popular se pusieran en práctica y cansados también de seguir hambrientos, pasaron a la acción. En mayo de 1936, seis leñadores se encontraban haciendo carbón en un monte de La Graya, pedanía de Yeste, cuando aparecieron ocho parejas de la Guardia Civil, al mando de un cabo. Al ser interpelados por los civiles los leñadores dijeron que el monte era de la pedanía; pero el cabo les dijo que tenían que tener el permiso de Don Edmundo, el cacique del pueblo. Se les conminó a que abandonasen el lugar; uno de los leñadores les exigió la orden por escrito y el cabo le contestó dándole un puñetazo y a continuación se ensañaron con los seis a patadas, extinguiendo violentamente los hornos y pisoteando rabiosos los sembrados que habían formado en el claro del bosque los leñadores. Los seis detenidos pasaron la noche en la casa cuartel de La Graya, donde estaban destacados veintidós Guardias Civiles. Los vecinos de la pedanía, estuvieron al sereno toda la noche y enviaron emisarios a Yeste para avisar al alcalde y a la Gestora. A la mañana siguiente, a las ocho, un destacamento de guardias conduce a los seis leñadores maniatados hacia la cárcel de Yeste. Como el trayecto es solitario y corre el rumor

que los guardias civiles quieren dar un escarmiento aplicando la ley de fugas, los vecinos del lugar siguen a la comitiva a prudente distancia. Durante el trayecto, nuevos paisanos se unen, armados de hachas y bastones. A las nueve de la mañana, en un claro del bosque cuatro miembros de La Gestora quieren parlamentar con los guardias. Los vecinos cercan a los guardias y la tensión crece. Se pide la libertad provisional de los detenidos, pero el sargento no cede. Era el 29 de mayo de 1936. La lista de las víctimas del tiroteo, apareció en la primera plana de *Solidaridad Obrera* del 3 de junio.”

Mariano dejó de leer y levantó la vista dando un respingo. Aurelio, Carlos y Juanico lo contemplaban sonrientes. “¿Hace mucho que habéis llegado?” “Un rato”, contestó Aurelio, “pero te hemos visto tan absorto en la lectura que no hemos querido interrumpirte.” “Estaba leyendo *Señas de identidad*. ¿Os acordáis de lo que os dije?”, preguntó excitado y sin esperar respuesta comenzó a pasar hojas del libro hasta encontrar lo que buscaba. “Escuchad esto con atención y luego hablaremos.” Bajó la vista hacia el libro y comenzó a leer con la emoción reflejada en sus palabras que se iban desgranando suavemente como alas de mariposa batiendo en el aire sereno:

“Son las diez de la mañana cuando apiñadas al pie del castillo como rebaño asustado en torno al pastor, se divisan las primeras casas de Yeste. El monte clarea a intervalos y, bajo la carretera, la pineda descabeza en un olivar sembrado de cebada. En la revuelta armados igualmente con sus útiles, trescientos vecinos acechan la llegada de la comitiva. El sargento observa en silencio la legión cada vez más densa de los que siguen y la masa compacta de los que aguardan. Mecánicamente desabrocha el barbuquejo del tricornio y se enjuga el sudor con la mano. Las voces, los gritos, hieren de todas partes. Los paisanos de Yeste le cortan el camino con sus cuerpos.

— ¡Despejen!

Ninguno obedece. Un millar de hombres rodea la columna de los civiles. El sol enciende el rostro airado de los campesinos arranca destellos del cerrojo, alza y boca de los fusiles, reluce juguetón y travieso en el charol de los veintitantos tricornios. — ¡Despejen!

Inopinadamente la multitud se aprieta, retrocede, abre paso a una pareja de guardias que vienen destacados desde el pueblo. El sargento conferencia con ellos y los miembros de la Gestora se acercan a discutir. Según les dicen, su presidente se ha comprometido a conducir en persona a los acusados ante el juez de paz a cambio de su liberación inmediata y el teniente ha dado orden de soltarlos. Un gran clamor acoge la noticia del triunfo. El sargento obedece y, al tiempo que los civiles desatan a los presos, los parientes y amigos de éstos se precipitan a abrazarlos, paisanos y guardias se mezclan y hay un intercambio de injurias que pronto degenera en riña. Los miembros de la Gestora tratan en vano de intervenir. Los civiles se ven desbordados por el gentío y, de improviso, se despojan de sus capas y se echan el fusil a la cara.

Al sonar la descarga son las diez y media de la mañana. Una cigüeña se mece voluptuosamente en el aire y, alarmada por la violencia del tiroteo, sesga el cielo veloz y se refugia en la espadaña de la iglesia de Yeste.”

“¿Qué os ha parecido?”, preguntó Mariano levantando la vista del libro y dirigiéndola hacia sus compañeros. No pareció sorprenderse de que mientras leía hubieran llegado Fabián y Jacinto, completándose de ese modo el grupo. “¿Que nos parece de qué?”, inquirió Carlos. “Este no vino a la reunión anterior y no sabe nada del

proyecto”, aclaró Aurelio. Carlos había puesto cara de perplejidad y esperaba que alguien se dignara informarle de lo que habían hablado. Fue Aurelio quien de nuevo tomó la palabra: “Pues que a Mariano se le ha metido en la cabeza ir a Yeste para hacer un reportaje sobre los sucesos del 36.” “¿Yeste? ¿Dónde está?” “En Albacete, capullo”, espetó Mariano furioso. Luego, ya más tranquilo, continuó con su plan. “Podríamos salir un sábado por la mañana temprano y en poco más de tres horas llegamos al pueblo. Tenemos que ir a Hellín y de allí a Yeste”, hizo una pausa y miró a la cara de los otros que se habían sentado alrededor de la mesa y lo miraban expectantes. Sería conveniente quedarnos el sábado a dormir allí y regresar a Valencia el domingo después de comer. Tengo ya todo el material para filmar la película en super ocho. Con ella recogeremos los testimonios de los habitantes que vivieron aquella experiencia y que seguramente todavía serán numerosos.” Algunos todavía dudaban, otros estaban indecisos; especialmente Carlos que no veía con claridad para qué podría servirles aquello y así lo expuso. “No acabo de ver para qué carajo nos va a valer esto, sobre todo si tenemos en cuenta que nos va a costar una pasta.” Los demás lo miraban con sonrisas maliciosas, porque sabían que en realidad su problema eran los compromisos contraídos con la eternidad. “Pues en principio recoger un valioso material documental de primera mano”, contestó Mariano con cierta acritud. “Después ya veremos el uso que podemos darle. Por otro lado nos lo podemos plantear como una excursión de fin de semana. Los gastos serán mínimos.” Desde luego pocos inconvenientes más podían plantearse y así lo vieron todos. “Tendré que pensarlo. ¿Para cuándo habíais planeado ir?” “No se ha hablado nada de eso”, contestó Aurelio. “Maduremos más el proyecto y después decidimos.”

Anthony chupeteaba la funda del bolígrafo y contemplaba absorto los *posters* que colgaban de la pared: Uno era de la feria alternativa del año anterior, otro de una manifestación contra el desalojo del Kasal Popular. También había otro bastante más antiguo en contra de las centrales nucleares. El silencio de Mariano se estaba prolongando más de lo previsto y el americano optó por apagar la grabadora y mirarlo con la intención de que dijera alguna cosa. Pero fue María la que se decidió al fin. “Juanico me propuso que fuera yo también, pero no me sentía con ganas. Estaba ya de cuatro meses...” “Al final fuimos los seis del grupo...” “No, hombre, te equivocas, yo no fui”, corrigió Aurelio dando un manotazo. “Bueno, pues se añadiría alguien de otro grupo, porque lo cierto es que éramos seis los que decidimos irnos hasta Yeste.”

La llegada al pueblo en dos coches, más antiguos que las carrozas, fue apoteósica. La mañana de un sábado de finales de verano los vio arribar a la plaza. El sol lucía esplendoroso en el firmamento; eran casi las diez de la mañana y lo primero que hicieron fue buscar una fonda para reponer fuerzas; levantarse tan temprano un sábado tiene sus consecuencias.

Pero, los primeros intentos de aproximación a los paisanos fueron decepcionantes; todos los miraban recelosos, nadie quería saber nada del asunto; para ellos las heridas de la guerra civil estaban todavía abiertas y nadie se había preocupado de restañarlas, ni tan siquiera sería posible, seguramente, encontrar un paliativo suficiente. Además esos jóvenes venían pertrechados con artilugios para grabarlos y vete a saber lo que harían con eso.

A la hora de la comida se dirigieron a la fonda y preguntaron por un lugar donde quedarse a dormir hasta el día siguiente. El cantinero les dijo que allí mismo podían quedarse en un par de habitaciones que si querían en seguida les prepararía. Aceptaron encantados y se quedaron asombrados cuando además les indicó el

nombre de un paisano que de seguro estaría dispuesto a hablar con ellos y si él lo hacía los demás acudirían también en tropel.

La ayuda del cantinero fue decisiva, los paisanos perdieron el recelo al ver que don Jenaro no sólo estaba dispuesto a hablar con los muchachos, sino a contarles todo lo ocurrido en Yeste con la Guardia Civil y todos querían participar en el gran debate que se abrió en la fonda de Don Manuel.

Aquel sábado por la noche fue fiesta en Yeste y los jóvenes tuvieron oportunidad de filmar varias bobinas de película con los relatos de los viejos y alguna vieja que también quiso participar en el coloquio del lugar.

A la mañana siguiente se levantaron tarde, porque, aunque los viejos se retiraron pronto a la cama, ellos continuaron la juerga en la fonda de Don Manuel con algunos jóvenes con los que habían trabado amistad. Pero no todo el pueblo estaba de acuerdo con esas declaraciones y hubo una llamada telefónica que alertó a las autoridades.

Después de una buena comida, los muchachos emprendieron el regreso a Valencia, pero aun no habían recorrido 20 kilómetros, cuando en medio de la carretera vieron un control de la guardia civil con dos jeeps y varios agentes, con el arma amartillada, les hicieron el alto. Los coches se detuvieron y hubo unos instantes de desconcierto. Como presa de un arrebato, Carlos se bajó del primer coche en el que iba y se dirigió hacia los guardias que le apuntaban con las ametralladoras, mientras vociferaba, “¿Qué es lo que queréis? ¿Es que no os habéis enterado todavía que estamos en democracia? Tenemos todo el derecho del mundo para realizar un reportaje del tema que nosotros queramos.” Carlos había llegado muy cerca de los guardias que lo miraban atónitos, sin saber qué hacer. Después de unos instantes de tensión, los que estaban en el coche habían descendido y contemplaba la escena temiendo seriamente por la vida de su amigo. Al cabo, los guardias civiles, sin decir palabra bajaron las armas, dieron media vuelta y se metieron en los jeeps, alejándose a toda velocidad.

“Fue increíble. Nadie podía sospechar que Carlos fuera capaz de tal acción; me parece que ni él mismo se creía lo que había sucedido. Tampoco nadie se explicó por qué la Guardia Civil desistió tan pronto. ¿Se sintieron impresionados por la actitud de Carlos? Eso es poco probable.” Ajeno a todo lo que le rodeaba, Mariano seguía haciéndose preguntas y contestándose las en un intento desesperado por entender lo que había sucedido. El americano hizo un tímido conato de cortar el nudo gordiano y hacer salir a Mariano de la paradoja sin demasiada brusquedad. “¿A quién se le ocurrió el nombre de la radio?” Desde luego, pregunta tan inesperada y casi fuera de lugar rompió el hechizo o lo que fuese aquello, dando además oportunidad a María de explicarse: “Pues se le ocurrió a Juanico, a mi ex compañero, ya sabes. Había leído en alguna revista que una radio sueca había sido clausurada por la policía y propuso adoptar su nombre como en una especie de homenaje.” “Así fue, en efecto”, corroboró Aurelio. Mariano se había echado hacia delante, apoyando los codos en la mesa con las manos entrelazadas. Parecía que estuviera en disposición de echar una letanía, pero sólo pretendía aclarar algún detalle. “Te preguntarás seguramente cómo conseguimos el material para poder emitir.” “Es precisamente lo que os iba a preguntar”, contestó el americano que efectivamente lo había anotado en su libreta. “Pues nos pusimos en contacto con un tío extraordinario de Madrid, Manuel Farreras, un locutor de Radio 3 que hacía un programa muy bueno llamado *La Barraca*.” Se calló esbozando una amplia sonrisa como si recordase algo muy gracioso. Luego, en tono casi confidencial, aclaró: “De hecho, los primeros programas que hicimos en

Radio Klara parecían calcomanías de aquél.” Los otros también sonreían y asentían con la cabeza. Mariano se pasó el dorso de la mano por la boca para quitarse un resto de salivilla de la comisura de los labios y continuó. “Farreras nos dijo que estaría encantado de ayudarnos y nos puso en contacto con unos radioaficionados de la capital que trucaban, mediante la sustitución del cristal oportuno, las emisoras de radioaficionados para que pudieran emitir en la banda de frecuencia modulada. Les encargamos un emisor con una potencia de 50 vatios y alguien se encargó de ir a Madrid a recogerlo un fin de semana. Después nos reunimos para decidir desde dónde íbamos a emitir...”

Capítulo 4º

La policía no es tonta: Caída de Radio Klara

Un atentado a la cartera del Estado

Cercano al centro de la ciudad; en un lado de la ancha avenida que la envuelve, se alza un edificio de hormigón, cuya estética recuerda los grandes monumentos fascistas; falto de atractivo, el uso para el cual ha sido destinado lo convierte en un terrible monstruo para el ciudadano corriente que procura evitarlo siempre que puede o pasa por su lado procurando mirar hacia otra parte. Es el edificio de Hacienda.

En la madrugada del 31 de mayo todo parecía tranquilo. De vez en cuando cruzaba algún coche que venía de la calle Játiva o del cruce de la calle San Vicente; después del fin de semana, la gente se preparaba para afrontar un nuevo lunes maldito y no parecía proclive a aventurarse en los misterios de la noche. Pero poco antes de las tres, dos jóvenes se acercaron sigilosamente al edificio después de doblar la esquina de la plaza San Agustín. Uno de ellos llevaba un paquete debajo del brazo, aunque no era probable que se tratara de su declaración de renta. Al llegar a la altura de la robusta puerta principal, el que llevaba el paquete lo depositó cuidadosamente en un ángulo de la misma, mientras el otro se había quedado de pie en actitud vigilante. Unos instantes más tarde ambos jóvenes se alejaron corriendo en dirección a un coche de color blanco situado unos metros más allá y que parecía esperarles con el motor en marcha. Instantes antes de alcanzarlo se oyó una potente explosión y la estructura metálica de la puerta de gran espesor se retorció. Por entre la espesa humareda producida apareció una figura tocada con tricornio y armada con un fusil; todavía con el desconcierto reflejado en su semblante, llegó a tiempo de ver un coche que se alejaba a toda velocidad, levantó el fusil y disparó, pero el coche se perdió de vista en el recodo que forma la avenida a la altura de la calle Hospital. La explosión había afectado a una buena parte del muro interior cercano a la puerta y todos los cristales cercanos se habían hecho añicos.

Un hombre de mediana edad, que se dirigía a pie hacia su casa después de buscar inútilmente un placer imposible, había contemplado la escena desde la esquina de la calle San Vicente. "Por fin se me ha hecho justicia", acertó a comentar, disponiéndose a alejarse lo más posible del lugar, a fin de que no intentasen involucrarlo en un hecho en el que no había tomado parte, aunque lo hubiese pensado en más de una ocasión.

En teléfono sonó repetidas veces antes que el inspector Morales saliera de su sueño que había integrado el sonido del aparato telefónico en la historia que estaba desarrollando en esos momentos. Primero abrió un ojo e inmediatamente después el otro; luego, ya con rabia, alargó un brazo hasta el teléfono y lo descolgó gritando en el auricular, "¿quién llama?" "Perdone inspector que le llame a horas tan intempestivas; pero he intentado ponerme en contacto con el comisario y me ha sido imposible, por eso he pensado en usted." El que se encontraba al otro lado del hilo hablaba con nerviosismo y sus palabras se atropellaban unas a otras, "Está bien, Gutiérrez, cálmese y dígame qué ha sucedido", el inspector intuyó que algo grave había pasado y salió de la cama. "Me encuentro en el edificio de Hacienda. Ha habido un atentado con bomba; he acudido en cuanto me han avisado, pero no sé qué hacer." El nerviosismo del policía iba claramente en aumento. "Muy bien, voy para allá enseguida. Procuraré tardar lo menos posible. No se mueva de donde está." "A sus órdenes inspector", se oyó y colgaron sus respectivos auriculares.

El edificio de Hacienda había sido acordonado y un gran número de vehículos de la policía y la guardia civil ocupaban la calle Guillen de Castro en toda su anchura,

dejando tan solo un carril libre para que pudieran circular los escasos vehículos que rodaban a aquellas horas. El subinspector Gutiérrez intentaba disimular su nerviosismo, pero la insistente mirada al reloj denunciaba su estado, aunque las agujas parecían arrastrarse pesadamente alrededor de la esfera. En ese momento un coche con la sirena en marcha giró a toda velocidad en la esquina de la calle San Vicente y frenó bruscamente al llegar a la altura del cordón policial. Gutiérrez pareció recuperar la tranquilidad y se dirigió corriendo al vehículo. Morales, después de desconectar la sirena y apagar el motor del vehículo salió y se encaró con su subordinado. “¿Cuál es la situación?”, preguntó en cuanto éste llegó a su altura. “La Guardia Civil está procediendo a la identificación del artefacto explosivo.” “¿Se conoce la autoría?” “Que yo sepa no”, concluyó el subinspector Gutiérrez. “¿Quién está al mando de la Guardia Civil?” “El sargento Escobar.” “Bien. Gracias Gutiérrez. Vuelva a Jefatura y espere mis instrucciones.” “A sus órdenes, inspector”, saludó y se marchó. Morales se acercó a la puerta de la delegación y se encaró con el sargento. “¡Buenos días!”, saludó con ironía. “¡Hombre! ¡Qué sorpresa!” El sargento Escobar, alto y fornido, de avanzada edad, conocía desde hacía tiempo al inspector Morales. Ambos se profesaban un sincero desprecio que se reflejaba en comentarios irónicos y mordaces. “¿Que sabéis del atentado?” “Al parecer ha sido una bomba.” “¡Qué perspicacia!” Escobar llamó a uno de sus subordinados que acudió con presteza. “Esteban, explíqueme al inspector Morales todo lo que sabemos.” “Muy bien, señor.” Después dirigiéndose al inspector informó: “La bomba es de fabricación casera. Está comprobado que no era *Goma-2*; por tanto deberíamos descartar por completo a ETA como autor del atentado.” Morales pareció reflexionar un momento y preguntó: “¿Quiénes cree que pueden ser los autores?” “Es difícil saberlo todavía, pero algunos están barajando la posibilidad de que se deba a un comando de *Terra Lliure*.” “¿*Terra Lliure*?” “Sí; ya sabe que en septiembre del año pasado, este grupo atentó contra este mismo edificio con 200 gramos de *Goma-2*; sin embargo, la potencia de esta bomba de hoy era cinco veces superior.” “Comprendo. Está bien, gracias por la información.” “A sus órdenes inspector.” Morales se dirigió de nuevo al sargento y le comunicó: “Escobar, la policía toma en sus manos el esclarecimiento de los hechos de este atentado. Desde este momento yo asumo la responsabilidad.” El inspector recalcó con mucho énfasis la declaración oficial. El sargento Escobar, con una irónica sonrisa flotando en sus delgados labios, dijo maliciosamente: “Me alegra saberlo y espero que tengan mejor suerte que otras veces.” El inspector Morales sostuvo su mirada durante unos interminables segundos y acto seguido dio media vuelta y se dirigió a uno de los coches de la policía. Cogió el micrófono del radio transmisor y lanzó una llamada: “Inspector Morales llamando a Central.” No tardó en obtener respuesta. “Soy Gutiérrez, inspector. Estaba esperando su llamada.” “Muy bien. Dé las órdenes oportunas para establecer controles de inmediato en todos los puentes y salidas de la ciudad. Que las patrullas no dejen pasar ni un solo coche sin revisarlo a fondo.” “Así se hará”, contestó su subordinado rápidamente. El inspector iba a desconectar el aparato cuando pareció caer en la cuenta de algo importante. “¡Ah! Otra cosa más.” “Usted dirá, inspector.” “Detengan a los sospechosos habituales.” “¡A sus órdenes!”

“¿Acaso se vio Radio Klara involucrada en el atentado?” Anthony había hecho la pregunta impulsivamente y Pedro Ríos lo miró con una sonrisa burlona. Se encontraban en la casa de este último, instalados en la terraza, disfrutando de los cálidos rayos de un sol invernal. También habían sido citados Carlos y Evaristo, pero aun no habían llegado y el americano quiso aprovechar la circunstancia para entrevistar a Pedro. “Sí, pero de una forma tangencial”, dijo Pedro con semblante

grave. “Se produjeron un cúmulo de circunstancias fortuitas que precipitaron la tragedia. Ese mismo lunes por la tarde, según me informaron luego, tuvo lugar una importante reunión de la Federación Local de la CNT en los locales de la calle San Martín...”

En la tarde de ese mismo día, a las ocho, en el despacho de la Federación Local de la CNT, en la calle San Martín, varios hombres y mujeres se hallaban reunidos. El secretario de la Federación Local fue el primero en tomar la palabra. “Se han recibido quejas de algunos sindicatos; hace varios días que Radio Klara se ha instalado en una de las dependencias del local y ha comenzado desde aquí a realizar sus emisiones sin que al parecer nadie sepa quién le ha autorizado a hacerlo.” “Lo más probable es que fuera invitada por el sindicato que ocupa el despacho en el que se han instalado los equipos de emisión.” “Es posible, pero nadie nos ha dicho nada; ni siquiera han tenido la delicadeza de avisarnos que iban a empezar a emitir o a notificarnos, aunque fuera verbalmente, si había algún inconveniente para ello.” “Eso no me parece demasiado grave”, intervino de nuevo el que antes había hablado; sin embargo pronto se dio cuenta que era el único que mantenía una postura conciliatoria. Absolutamente todos los demás eran partidarios de adoptar una postura inflexible. Otro de los hombres tomó la palabra, “tenemos que tomar una rápida determinación...” “Antes que nada”, interrumpió el conciliador, “deberíamos convocar un pleno de la Federación Local...” “Esto es un pleno.” “Pero...” Las intervenciones se sucedían cortándose la palabra unos a otros sin que se viera ni el más mínimo atisbo de poder llegar a una solución negociada. Por fin el secretario de la Local declaró: “Vamos a proceder al nombramiento de un grupo de Defensa Confederal; luego consultaremos a las juntas de los sindicatos para que nos den su opinión sobre lo que se debería hacer al respecto con la radio.” “Sigo opinando que deberíamos convocar una asamblea general para que se discutiera este asunto”, interrumpió sin demasiada convicción el único que se inclinaba hacia una posición conciliatoria. “Ya nos has dado tu opinión y así se hace constar; pasemos ya sin pérdida de tiempo al nombramiento del grupo de Defensa Confederal y dentro de dos días nos volveremos a reunir aquí para tomar una resolución definitiva.”

En la tarde del miércoles, la atmósfera en el despacho de la Federación Local se había enrarecido completamente. La fuerte tensión que reinaba en la asamblea era evidente. “En vista de los resultados de la consulta a los sindicatos”, había tomado la palabra el secretario para tratar de zanjar la discusión que amenazaba hacerse interminable, “y dado que es completamente imposible llegar a un acuerdo unánime sobre este espinoso asunto, propongo que pasemos a votación el procedimiento a seguir.” Se calló un momento y paseó la mirada por los concurrentes que se miraban unos a otros en actitud expectante, luego continuó: “Los que estén a favor de que Radio Klara sea expulsada del local que levanten la mano.” Cinco manos se levantaron de inmediato. “En contra.” Una mano solitaria se alzó desafiante. “Cinco votos a favor, uno en contra y dos abstenciones. El resultado está claro y no creo que valga la pena seguir discutiendo el asunto...” “Esto es un error del que pronto todos sufriremos las consecuencias”, interrumpió el que había votado en contra de la expulsión. “Es posible, pero es nuestra decisión”, cortó el secretario. Luego, dirigiéndose a los que habían sido nombrados para formar el Comité de Defensa Confederal, “actuad con el mayor tacto posible, pero con firmeza.” Tres jóvenes se levantaron y abandonaron silenciosamente el despacho, dirigiéndose a la habitación en la que había sido instalada la emisora.

Carlos se encontraba en esos momentos pegado al micro. Ese día se iba a entrevistar al secretario del Comité Regional y desde hacía unos minutos se había dado comienzo a la serie de preguntas. Cuando el grupo abrió la puerta de la estancia, salía por antena una dulce melodía de amor, mientras Carlos charlaba a micro cerrado con su entrevistado. La brusca interrupción sorprendió a los allí reunidos que se quedaron como alhelados observando a los intrusos. Uno de ellos portaba un *nunchako* que daba muestras de manejar con gran destreza. El que parecía representar al grupo declaró con voz dura: “Se han acabado las emisiones. Si no queréis tener problemas, desmontar la emisora y largaos cuanto antes de aquí.” Lo perentorio de la orden, pero sobre todo la actitud amenazante que habían adoptado los sorprendió de tal modo que nadie se atrevió a decir nada durante unos interminables segundos. Al cabo, el secretario del Comité Regional balbuceó, “se puede saber qué significa esto.” “Me parece que está claro”, contestó el mismo de antes. “Nadie ha autorizado a Radio Klara a instalarse en estos locales y la Federación Local ha decidido que se vayan. “Pero...”, empezó diciendo el secretario, mas Carlos lo cortó con un gesto, mientras decía con voz firme: “Está bien, no queremos problemas, pero al menos dejad que nos despedamos de la audiencia.” “De acuerdo, pero nada de trucos...”

“Ya está todo”, anunció Carlos metiendo la maleta que traía en el portaequipajes. “¿A dónde vamos?”, preguntó Fabián. “De momento a mi casa. Ya he llamado a mi mujer y nos está esperando.” Se metieron en el coche y Carlos puso el motor en marcha. Enfilaron por la calle de la Paz hacia la plaza Zaragoza y desde allí hacia la plaza de la Almoínia. “¿Dónde pretendes salir?”, preguntó Fabián extrañado. “Al puente de la Trinidad”, contestó Carlos con naturalidad. “¿No hubiera sido más fácil salir al puente de San José?”, insistió. “No lo sé, pero estoy acostumbrado a hacer este trayecto y para mí es más cómodo. “Entiendo”, pareció conformarse su acompañante que se arrellanó en su asiento. No tardaron en llegar al puente, casi desierto a esa hora de la noche. Cuando lo enfilaron, un coche los precedía impidiéndoles ver lo que sucedía al otro lado, pero al llegar al centro, Fabián soltó un fuerte juramento. “¿Qué sucede?”, se asustó Carlos. “¿Puedes dar la vuelta?” “¿Te has vuelto loco? ¿Cómo quieres que dé la vuelta aquí?” Efectivamente, el puente era de una sola dirección y apenas tenía la anchura suficiente para poder dar la vuelta, incluso maniobrando. “¿Pero se puede saber qué sucede?” “Hay un control de policía al otro lado.” “¡Me cago en la puta!”, juró Carlos, dando un vistazo al puente para ver si efectivamente había alguna posibilidad de dar la vuelta. El coche que les precedía pasó sin ser detenido y al igual iban a hacer con el seat-ritmo que conducía Carlos, cuando el policía cambió de improviso el gesto y les obligó a detenerse. El agente asomó la cabeza por la ventanilla del conductor y preguntó: “¿A dónde van?” “A casa. Vivo en Torrefiel y mi amigo en Orriols.” “¿Qué es eso que llevan ahí?”, preguntó el policía señalando unos hierros colocados en el asiento posterior. “Es una antena...” “Está bien, aparquen aquí a la derecha.” Carlos pareció dispuesto a preguntarles qué era lo que buscaban, pero se lo pensó mejor y aparcó el coche. “Bajen”, conminó el agente apuntándoles con la ametralladora. Los muchachos se miraron con cara de resignación y obedecieron. El otro agente se había acercado por detrás, también con la metralleta amartillada y les ordenó que abrieran el portaequipajes. En su interior había una maleta y algunos aparatos. “¿Qué es todo esto?” “Es un equipo de música.” Uno de los policías se había inclinado para observarlos más de cerca. “Abran la maleta”, dio al cabo de unos instantes. “Es otro aparato de música...” “Les he dicho que la abran”, repitió con cara de pocos amigos. Carlos se inclinó y abrió la maleta. En su interior se encontraba el emisor con varias pegatinas de Radio Klara adornándolo. Los dos agentes se miraron

sonriendo y uno de ellos dijo burlescamente, “con que un equipo de música, ¡eh! Saquen la documentación”, conminó en tono autoritario. Los dos amigos sacaron sus tarjetas de identidad y se la entregaron al policía. Con ellas en la mano se dirigió al jeep y estuvo unos minutos hablando por el radio-transmisor, luego volvió y le dijo a su compañero: “Nos han ordenado que los traslademos a Jefatura.” “¿Y el control?” Su compañero se encogió de hombros. “¿Con quién has hablado?” “Con el inspector Morales que está de guardia. Al principio creía que le estaba tomando el pelo. Ya sabes los chistes que corren por Jefatura: *Tienes menos salero que Morales buscando Radio Klara.*” Los dos agentes se echaron a reír y los dos muchachos los miraron desconcertados. Uno de ellos preguntó ingenuamente, “¿estamos detenidos?” “Puedes llamarlo como quieras”, respondió uno de los policías. “Pero, ¿cuál es el motivo?”, insistió el muchacho. Los policías se miraron y soltaron una sonora carcajada, después uno de ellos les dijo a modo de respuesta. “Como supongo que conocéis perfectamente dónde se encuentra Jefatura, conducid delante de nosotros con mucho cuidado y sin trucos.”

Varios agentes esperaban impacientes la llegada de la policía custodiando a los de Radio Klara. Los subieron al segundo piso con todos los aparatos que se encontraban en el coche y metieron a los muchachos en sendos despachos. En el que introdujeron a Carlos, depositaron los aparatos y entraron dos agentes de paisano cerrando la puerta tras de sí. Uno de ellos, alto y delgado, con un fino bigote, atacó sin preámbulos: “Queremos saber qué objetivos perseguíais al fundar la radio, cuánta gente forma el grupo, ideología del mismo, etc.” Carlos se encontraba sentado junto a una mesa rectangular no demasiado grande, con algunos aparatos de la emisora colocados sobre ella y los policías de pie frente a él, fumando parsimoniosamente. Miró al que hablaba y balbuceó: “No sé de qué me está hablando.” Morales sonrió y se sentó frente a Carlos. “El agente Gutiérrez y yo estamos de guardia esta noche y, por tanto, no tenemos ninguna prisa.” Hizo una pausa para dar una calada al cigarrillo y expeler una densa columna de humo que obligó a Carlos a toser. “Perdona. ¿Te molesta el humo?” “No”, contestó Carlos secamente. “¿Fumas?” Carlos negó con la cabeza. “¿Tienes caspa?” “¡Qué!”, no pudo evitar exclamar. Gutiérrez y Morales cruzaron miradas de inteligencia y sonrieron. “Durante más de dos meses nos habéis obligado a soportar una radio casposa, hecha de programas infectos que todavía no entiendo cómo la gente puede soportar”, continuó Morales sin acritud. Dio una última chupada al cigarrillo y lo apagó calmadamente. “No sé si seréis encausados; pero yo particularmente no lo haría por estar emitiendo ilegalmente, sino por castigar a la audiencia con programas tan deleznable.” Miró a su compañero que asentía divertido. “El único programa que se salvaba”, continuó con mucha convicción y levantando el brazo para dar más énfasis a sus palabras, “era el programa de jazz. Y es más, si lamento que Radio Klara se acabe es porque ya no podré escuchar más ese programa, único en todo el espectro radiofónico valenciano.” En ese momento se abrió bruscamente la puerta del despacho y un agente asomó la cabeza. “¿Cómo os va?” “Tenemos una animada conversación sobre las excelencias de la radio.” “Tengo derecho a hacer una llamada telefónica.” Los policías se miraron entre sí y lanzaron una sonora carcajada que resonó en toda la sala. “Me temo que has visto muchas películas americanas.” “El otro chaval ha cantado de plano”, continuó el agente que había interrumpido, acabando de entrar en el despacho y cerrando la puerta. “Sigue, sigue”, animó Morales. “Fabián Expert fue detenido hace tres años en la manifestación que se convocó por la muerte de Valentín González, pero fue liberado en seguida; éste, Carlos Iborra, parece estar limpio.” “Eso no tiene importancia”, cortó el inspector Morales. “Lo importante es que reconozcan que estos aparatos

pertenecen a Radio Klara.” El agente exhibió una sonrisa triunfal que era una total declaración, pero aun así dijo: “Así lo ha reconocido casi en seguida.” “¿Le habéis preguntado porque habían desmontado la emisora?” “Sí. Desde luego; nos ha confesado que era una práctica habitual para despistarnos.” “Y a fe mía que lo han hecho bastante bien. ¿Ha firmado reconociendo que estos aparatos pertenecen a la emisora clandestina denominada Radio Klara?” “Al principio vacilaba en hacerlo, pero al final lo ha firmado”, dijo el agente entregándole un documento oficial a Morales. El inspector le echó un vistazo y luego dijo sonriendo: “Habrá que ir poniendo el *champan* a refrescar” “Ya lo he hecho”, dijo el otro sonriendo. Con una sonrisa aun más amplia el inspector le pasó el documento a Carlos, al tiempo que le preguntaba: “¿Está usted casado?” “Sí”, respondió éste con extrañeza. “¿Tiene hijos?” Carlos asintió. “Pues si firma este documento reconociendo que estos aparatos son de Radio Klara se podrá ir en seguida; en caso contrario se quedará aquí y no sólo usted, sino también su compañero.” Carlos tomó el papel y en ese momento se oyó un gran alboroto en el otro extremo de la sala. Todos se miraron intrigados y el agente que había entrado en último lugar abrió la puerta y se asomó al pasillo. “Es el comisario Cabrera”, anunció. “¡¡¡Queeeeé!!!”, exclamó furioso Morales. No tardó la voluminosa figura del comisario en invadir el despacho. “Así que este cabrón es el jefe de Radio Klara.” Carlos lo miró entre sorprendido y asustado. Morales se plantó delante de él y le dijo con voz calmada, pero firme: “Ignoro qué ha venido a hacer usted aquí esta noche, ni tampoco sé quien coño le ha avisado; pero me importa una mierda. Esta noche la máxima autoridad en el departamento soy yo.” Detrás del comisario venían dos policías de uniforme y éste les dijo: “Háganse cargo del detenido”, haciendo caso omiso de las palabras de Morales. “¡Quietos!”, conminó Morales con voz dura. “El comisario Cabrera carece de autoridad en estos momentos.” Después volviéndose al comisario, “estos muchachos no han cometido ningún delito, tan solo una falta administrativa y tan pronto firmen el documento reconociendo que los aparatos son de Radio Klara, podrán irse a sus casas tranquilamente. Después pasaré el informe al juzgado y ellos resolverán. ¿Está claro?” El comisario y Morales se desafiaron con la mirada y el inspector añadió, mascullando las palabras: “Si causa usted algún problema me verá obligado a echarle de aquí a patadas.” Durante unos interminables segundos la tensión en el despacho se hizo insoportable, luego el comisario soltó un bufido y dando media vuelta salió del despacho seguido de los policías uniformados, pero no sin antes decir: “Se acordará usted de esto, inspector Morales.” Carlos había observado la escena con cara de perplejidad. Morales lo miró y creyendo adivinar sus pensamientos dijo furioso: “Esto no ha sido un numerito preparado para hacer que usted firme. Le aseguro que me importa un bledo que usted firme o no. ¡Estoy harto de todo esto!” Carlos no lo pensó más y firmó el papel. “Está bien, Gutiérrez”, dijo dirigiéndose a su compañero, “haga el favor de acompañarlos hasta su coche y acabemos de una vez.” Morales se sentó en la mesa y contempló el papel con mirada extraviada. De pronto irrumpió en el despacho el mismo agente que lo había hecho anteriormente. “Inspector, ha venido la prensa.” Morales abrió mucho los ojos y preguntó airado: “¿Quién la ha avisado?” “Debe haber sido el comisario Cabrera. En estos momentos está hablando con los periodistas.” Morales dejó el papel sobre la mesa y salió disparado. Al llegar a la sala de reuniones oyó al comisario que afirmaba: “Sospechábamos que Radio Klara cambiaba de lugar de emisión constantemente. Incluso en ocasiones ha emitido desde una furgoneta en marcha. De este modo conseguía burlar nuestras pesquisas. Por ello decidí hace tres días montar un severo control en toda la ciudad y al final hemos visto recompensados nuestros esfuerzos: la emisora anarquista denominada Radio Clara ha caído por fin

en nuestro poder esta noche.” Estas últimas palabras habían sido pronunciadas con marcada satisfacción. Morales sin poderse contener gritó: “¡Pero, qué está diciendo este cretino!”

“¡Vaya putada!”, dijo el americano compungido. “Pero lo gracioso del caso”, dijo Carlos que acompañado de Evaristo había llegado hacía unos minutos, “fue que un diario de esta ciudad, con su habitual sensacionalismo, dio la noticia insinuando que los controles habían sido establecidos para localizarnos a nosotros.” “¡No jodas!” “Mira, todavía conservo el recorte.” Anthony tomó en sus manos un pedazo de papel de periódico ya amarillento y leyó: *La policía valenciana ha localizado la emisora clandestina Radio Klara, que funciona desde hace meses en Valencia, y ha incautado diverso material de la misma. [...] Entre las medidas adoptadas para localizar a esta emisora, en la madrugada de ayer, se establecieron algunos controles ciudadanos que dieron como resultado la localización de un coche «Seat Ritmo» en cuyo interior, tanto en el asiento trasero como en el maletero, se incautó el siguiente material: un aparato emisor de FM de unos cincuenta centímetros de longitud, una fuente de alimentación, una antena para emisión, cuatro mástiles metálicos de metro y medio y numerosos cables. Según las primeras impresiones, esta emisora ha transmitido desde diversos puntos de la ciudad e incluso desde alguna furgoneta. Ayer, cuando se la localizó, estaba desmontada.*

“Con todo, si me lo permitís, sería conveniente rectificar algunos detalles antes de continuar”, quiso puntualizar Carlos que parecía haber llegado un poco quisquilloso. “Los hechos se produjeron ese mismo lunes 31 de mayo. Por tanto lo más probable es que la FL no consultase con ningún sindicato, a no ser que lo hubiera hecho la semana anterior y el grupo de Defensa Confederado se constituyó, al parecer, ese mismo día. Eran tres, uno del sindicato de la Madera, otro de Hostelería y el tercero de Sanidad.” Anthony acompañaba su atenta escucha con la contemplación de la línea del horizonte. Allá a lo lejos podía verse, entre los escasos espacios que dejaban los edificios que circundaban la terraza, trozos de mar. La tarde apenas había dado comienzo y el sol arrebatava destellos dorados que las olas agitaban. Evaristo salió de su mutismo intentando romper el encanto que amenazaba con envolverlos a todos. “Al igual que Pedro, yo todavía no estaba en la radio en aquella época, pero lo he oído contar muchas veces y aun no consigo explicarme por qué sucedió aquello.” El americano puso cara de prestar una atención inusual, desde hacía rato estaba tratando de llegar al fondo del asunto sin que fuera necesaria su intervención directa, pero comenzaba a desesperar, a pesar de lo agradable del entorno y el tibio calor de los rayos del sol. “¿Y quién puede saberlo?”, contestó Carlos con cara de perplejidad. “Ya estamos”, pensaba el americano, “al final nadie va a saberlo.” Pero ya el otro continuaba hablando: “Todos los sindicatos sin excepción criticaron la forma violenta en la que fuimos expulsados, el de jubilados y pensionistas fue incluso más allá declarando que esas habían sido formas propias de un grupo fascista.” Pedro Ríos lanzó una gran carcajada y dijo con su enorme vozarrón: “En este caso los abuelos fueron los más radicales, quizá porque habían vivido la experiencia de la guerra civil y no estaban para monsergas.” Después de la interrupción, Carlos suspiró y prosiguió: “Sin embargo, hubieron algunos sindicatos que aprobaron la conducta de la Federación Local con la peregrina excusa de que no habíamos pedido permiso a nadie y que con las emisiones se ponía en peligro a la organización. Ambos extremos completamente falsos, porque el Comité Regional nos autorizó para empezar las emisiones y si era cierto que no tenía atribuciones para ello, como argumentó la Federación Local, era a ellos a quienes había que dirigir la

protesta y no a nosotros. Por otro lado, que una organización que se dice revolucionaria, argumente que se la pone en peligro por albergar una radio libre, resulta cuando menos chocante, por no decir algo peor. Pero eso no era cierto e indicaba, si estaban convencidos, un desconocimiento total de las leyes vigentes en aquel momento. Además está el hecho de que todos los que hacíamos la radio éramos de CNT. Todos, sin excepción.” Se calló agotado por la vehemencia que había puesto en sus palabras. “¿Cuáles fueron los motivos según tu opinión?” La pregunta no era ociosa teniendo en cuenta que el americano intuía una reticencia a la hora de valorar lo sucedido. Con voz un tanto insegura, dijo Carlos: “Probablemente resultado de una gran tensión, como consecuencia de la lucha entre grupos de presión dentro de la organización. Tres años antes se había producido una escisión en el seno de la CNT en su V Congreso, celebrado en diciembre de 1979, en Madrid, y dos años más tarde se celebró aquí, en Valencia, un nuevo congreso promovido por los sindicatos escindidos.”

Al americano le hubiera gustado escuchar el rumor del mar, en lugar del sonido del tráfico callejero que afortunadamente les llegaba bastante atenuado. Carlos retomó de nuevo el hilo de su discurso. “Algunos días después, el 14 de junio...” “Perdona un momento”, interrumpió Pedro levantándose. “Vuelvo enseguida.” Se dio la vuelta y se metió en la casa, pero no sin antes añadir: “Continúa. No te preocupes por mí.” Carlos se había quedado desconcertado con la boca abierta, pero reaccionó de inmediato y siguió: “Se había convocado para ese día una asamblea extraordinaria de la Federación Local para tratar el asunto de Radio Klara. Nosotros no estuvimos, como es lógico, pero nos informaron de lo que allí sucedió. Volvieron a repetirse los argumentos ya expuestos; la división entre los distintos sindicatos era patente. El sindicato de la construcción además de recriminar la forma violenta en que se produjeron los hechos, ofreció un donativo de mil pesetas que algunos otros sindicatos secundaron con el fin de paliar el mal causado.” Una nueva pausa cerró estas palabras, pero no tardó mucho en seguir: “Pero el mal ya estaba hecho. No sé quién sería el responsable de estos actos, pero probablemente no se daban cuenta que tratando de salvar a la organización de no sé sabe qué tipo de fantasmas, lo único que se lograba era conseguir el efecto totalmente contrario.”

En ese momento entró de nuevo Pedro en la terraza, portando con él una gruesa carpeta que arrojó a la mesa con gran estrépito. “Aquí están todas las actas de aquellos años”, informó ufano. Ante la mirada interrogadora de Carlos, continuó explicando, “son parte del archivo del sindicato de jubilados. Los abuelos me lo entregaron cuando decidieron clausurar su sindicato por razones obvias. La de la guadaña estaba cumpliendo su trabajo con gran dedicación y se estaban quedando en cuadro, así que optaron por la solución más digna.” El americano había cogido la carpeta y la estaba abriendo con gran cuidado. Eran las actas de las asambleas ordinarias y extraordinarias celebradas en aquella época crítica.” “¿Puedo hacer alguna fotocopia de este material?” Pedro lo miró sorprendido y contestó sonriendo: “Desde luego. Y si te interesa controlar más material, en el despacho tengo otras dos carpetas.” “Muchas gracias”, dijo el americano sinceramente.

Antes que Anthony tuviese tiempo de atacar nuevamente, Pedro preguntó: “¿Unas cervecitas?” Y sin esperar respuesta, se introdujo en la casa y al poco rato salió con una bandeja en la que había cervezas y algunas cosas para picar. “Aunque veas que me ausento”, dijo depositando todo en la mesa, “tú continúas sin problemas”, hizo un gesto hacia el americano. “Os oigo perfectamente y si tengo algo importante que decir vosotros también me oiréis.” Anthony asintió y sin más preámbulos preguntó, dirigiéndose a Carlos: “¿Se recogió dinero suficiente para comprar otra emisora?” “No,

pero eso no importaba. Lo significativo fue el hecho de que algunos sindicatos mantuviesen la entereza anarquista hasta el último momento.” Se calló visiblemente emocionado y continuó casi en seguida: “Cirilo, un abogado que simpatizaba con nosotros...” “Ese fue el que armó el *pifoste* algún tiempo después, ¿no es eso?”, interrumpió Evaristo. “Exactamente”, corroboró Carlos. “Él fue quien nos aconsejó que recuperásemos los aparatos que nos habían incautado.” Ante un gesto de extrañeza del americano, Evaristo aclaró: “Había un gran vacío legal en lo referente a la radiodifusión. Tanto es así que la UCD tuvo que sacarse un decreto de la manga para poder clausurar *Ona Lliure*, aunque eso no sirvió de mucho, ya que siguiendo su ejemplo, surgieron radios libres o radios piratas, como algunos las llamaban, por todas partes. Pero ese decreto sólo podía calificar el hecho de emitir sin licencia como una falta administrativa, ya que no había ninguna legislación al respecto. Así pues, los aparatos incautados debían ser licitados en pública subasta...”

Dejó la frase en suspenso y se abalanzó sobre una cerveza imitando a sus compañeros que ya lo habían hecho. Pedro, provisto de la suya, se había apoyado en la balaustrada y miraba hacia la calle. Desde la altura de diez pisos, los peatones parecían extraños adminículos mecánicos dotados de movimientos convulsos, perseguidos por otros adminículos más grandes y potentes. En ese momento se estaba preguntando cuál sería la razón de que únicamente consiguieran alcanzarlos en contadas ocasiones. “Cirilo nos aconsejó que alguien del grupo comprase los aparatos en la subasta.” De nuevo Carlos continuaba su discurso después de un largo trago de cerveza. “Como nadie participaría en ella los podríamos conseguir por muy poco dinero y así fue en efecto. Quique...”, hizo un gesto significativo al americano, “el de la furgoneta, ya sabes.” Anthony esbozó una amplia sonrisa y asintió con gesto de complicidad. “Él fue quien se prestó a firmar el documento por el cual se comprometía a hacerse cargo de los aparatos para su posterior desguace...” “¿Pero, la policía no sospechó el truco?” Carlos se encogió de hombros.

“Posiblemente, pero no podían hacer otra cosa.” Hizo una nueva pausa para lanzarse al coleteo otro trago de cerveza. “Tardamos unos días todavía en poner los aparatos en marcha y después volvimos a emitir de nuevo desde diferentes lugares.” “¿No volvisteis a tener problemas con la policía?” “En esa época no.”

Pedro cansado de mirar a la calle, se volvió y con la espalda apoyada en la balaustrada intervino para recordar, “¿no fue en esa época cuando os instalasteis en un chalet del Vedat?” Anthony volvió la cabeza hacia él y luego hacia Carlos que respondió: “Fue en el otoño, pero sólo estuvimos un mes. Luego Quique nos ofreció su taller y allí permanecimos hasta finales de año. Hasta que al fin encontramos una solución que parecía definitiva.”

Evaristo se había levantado también y estaba junto a Pedro mirando a la calle. El tráfico parecía ejercer un influjo hipnótico en aquellos que lo contemplaban, porque se quedaban absortos, prácticamente inmóviles. Carlos decidió ver también lo que sucedía allá abajo y se colocó al lado de Evaristo. Pedro inclinado hacia ellos, comentó: “Un tanto aburrido el tema, ¿no?” El americano se puso en guardia; ya estaba acostumbrado a estos bruscos cambios que no sabía bien a qué atribuir. Al esfuerzo que le suponía convocar a determinadas personas para que le dieran su versión de los hechos, se sumaba la desconfianza que este tipo de entrevistas provocaba. Aunque al principio, después de vencidas las primeras dificultades y roto el hielo, todo parecía discurrir sobre ruedas, llegaba sin embargo un momento en que alguien pronunciaba algún comentario que estaba totalmente fuera de lugar, pero que amenazaba mandar al traste todos los esfuerzos realizados. Hasta ahora había

logrado, mediante subterfugios de todo tipo, vencer estas dificultades, pero estaba comenzando a hartarse.

Estaba sumido en estas reflexiones cuando de pronto un estrépito fenomenal, producido por el deslizamiento de unos neumáticos sobre el asfalto al ser bruscamente frenados y el roce de las zapatas contra el eje, seguido de un fenomenal ruido de hierros retorcidos y cristales hechos añicos, le hizo pegar un salto. “¡Vaya hostia!”, exclamaron los tres al unísono. “Se ha dejado los neumáticos en el asfalto”, añadió Evaristo. Anthony se levantó como movido por un resorte y se asomó a la calle. Abajo en la amplia avenida se veían dos coches bastante maltrechos; el que estaba delante tenía toda la parte trasera hundida y el que le había dado el golpe por detrás tenía el capó levantado y retorcido, mientras un humo blanquecino salía de sus tripas. A pesar de la aparatosidad del accidente, no parecía haber heridos. Los ocupantes de ambos vehículos habían salido y hablaban entre ellos gesticulando como posesos. Al parecer mutuamente se echaban la culpa, pero desde la altura en la que se encontraban era difícil asegurarlo. El americano dijo entre dientes, dirigiéndose a los de abajo: “Lo siento mucho por vosotros, pero creo que acabáis de sacarme de una situación muy crítica.” En efecto los tres parecían más animados tras el espectáculo y Pedro dijo: “Volvamos a lo nuestro. Hoy no creo que tengamos otro espectáculo. Aquí los accidentes están muy bien dosificados.” Con sonrisas de complicidad todos volvieron a sus respectivas sillas.

“La solución”, continuó Carlos, como si nada les hubiera interrumpido, “fue el ofrecimiento del sindicato de jubilados y pensionistas de la CNT, de compartir sus locales, un piso situado en la calle Garrigues, muy cerca de donde están ahora los estudios de la radio”, esta aclaración la había dirigido desde luego al americano que asintió con una sonrisa. “El edificio reunía condiciones extraordinarias. Está diseñado para albergar despachos y oficinas y había muy pocas viviendas, con lo cual se reducía mucho el peligro de interferencias en las televisiones vecinales. El inconveniente es que era muy pequeño. Tan sólo dos habitaciones no muy grandes y un reducido cuarto de baño.” Hizo una pausa para apurar la cerveza, gesto que imitaron los demás. Pedro Ríos que ya hacía rato que había dado buena cuenta de la suya, tomó el relevo: “Como puedes ver, Anthony, de nuevo los abuelos nos sacaron las castañas del fuego. Me incorporé a la radio poco tiempo después de que se hubiera instalado en la calle Garrigues. El estudio estaba en la habitación del fondo, mientras la antesala nos servía para hacer las asambleas semanales y era también donde hacía sus reuniones el sindicato.”

Anthony hizo un gesto con la mano para detener el convoy lingüístico y preguntó: “Necesito interrumpirte, porque observo una contradicción en lo que venís diciendo.” Hojeó durante unos instantes su libreta de notas y continuó su interrogatorio. “¿Qué había sucedido con la represión? ¿Ya no tenías miedo a que os incautaran de nuevo los aparatos?” Antes que el americano siguiera bombardeando preguntas, Carlos le interrumpió: “Poco a poco. Seguíamos teniendo la espada de Damocles suspendida sobre nuestras cabezas, pero ya estábamos hartos de ir a salto de mata, porque eso nos impedía elaborar una programación coherente y desarrollar la organización de la radio. Hasta entonces, todo se había desenvuelto por la acción de gente militante dispuesta a perder horas de sueño por alcanzar su sueño, pero todos comprendimos que así no podíamos durar mucho. Así que decidimos estabilizarnos y arrostrar las consecuencias. Además debes tener en cuenta que unos meses antes, exactamente en octubre de 1982, el partido socialista había ganado las elecciones y...”

Se detuvo paralizado por la carcajada que soltó Pedro Ríos. Evaristo también sonreía y el americano los miraba expectante. “Sí, ya sé que fuimos unos ingenuos al confiar

en las promesas de esa gente, pero de todos modos nuestra decisión ya estaba tomada.” “Y los que estábamos entonces allí, porque si mi memoria no me es infiel Carlos se había largado durante una temporada y Evaristo aun no se había incorporado, decidimos celebrar el primer aniversario.” Se detuvo para recuperar el aliento y continuó: “Hacia un mes aproximadamente que me había incorporado a la radio, haciendo un programa con los abuelos, *De Menor a Mayor* se llamaba. En una asamblea del colectivo se acordó llamar a la prensa para que asistiera a la emisión de este primer aniversario.”

Hacia las diez de la noche, el fotógrafo y yo acudimos a la cita en un céntrico bar de Valencia. Habían llamado al diario: “Cumplimos nuestro aniversario, Radio Klara ¿te interesa?” Puntuales llegamos al lugar, no nos conocemos. El fotógrafo se enzarza en una conversación con otros invitados a la emisión de esa noche: los ecologistas de Ítaca. / Nadie se entiende. Mientras tanto, al fondo de la cafetería, sin descubrir su identidad, dos muchachos de Radio Klara observan la escena. / Estamos todos a punto de enloquecer. Los ecologistas van despistados, no entienden nuestra presencia, no les interesa indicarnos la dirección de la emisora, se mosquean. Todo es clandestino. “Pero nos habéis llamado”, repetimos el fotógrafo y yo al borde de la exasperación. / De repente, del fondo de la cafetería surge un chico rubio, melena larga y cara chupada. “¿Sois vosotros los de NOTICIAS?”

“Comprende que teníamos que tomar nuestras precauciones. Aunque los socialistas habían prometido en su campaña electoral que resolverían el problema de las radios libres y a pesar del famoso artículo 20 de la Constitución, aquí no se fiaba ni dios.” Lanzó una sonrisa burlona hacia Carlos que le hizo un gesto obsceno con el dedo y continuó: “De hecho, por indicación nuestra, los periodistas que cubrieron la información escribieron que desde ese bar céntrico nos trasladamos en coches al extrarradio, cuando en realidad ya estábamos en Garrigues y sólo tuvimos que andar unos pasos para llegar a la emisora. Pretendíamos que la policía creyera que todavía emitíamos desde Orriols o Torrefiel.”

“De todos modos”, intervino Evaristo, “estaba claro que algo iba a suceder tarde o temprano.” “Eso desde luego. A poca gente se le escapaba que los socialistas habían llegado al poder para normalizar el país y en ello emplearon todas sus energías. Pero en compensación ya no estábamos solos. Si no recuerdo mal aquí en Valencia, además de nosotros, emitía radio Puça y creo que también radio Metropolitana”, al mismo tiempo que nombraba las emisoras, con un dedo de la mano derecha separaba los de la izquierda agrupados en un puño, como si pretendiera contarlas.” En Albacete, radio Manuela; radio Activa en Madrid; en Barcelona, radio la Veu Impertinent, radio Verneda y Radio Poble Sec y muchas otras que en estos momentos se me escapan.” Se quedó un momento callado, frotándose la barbilla como si pretendiera recordar algo y al cabo pareció desistir. “Estaba intentando recordar el día que el Gobierno ordenó el cierre de más de cien radios libres...” “Fue el once de mayo”, interrumpió Carlos. “¡Sí! ¡Exacto!”, exclamó Pedro con un grito, mientras con un dedo de la mano derecha extendido hacia aquél lo agitaba confirmando su aserto. “Fue casi dos meses después de celebrar el aniversario. Bueno, pues ese mismo día a las pocas horas de lanzar esa orden...”

Cuando acabábamos de empezar con el consultorio de Teresa Menfis, poco después de las once, llamaron a la puerta. Era un señor con walky-talky y una pistola bien reluciente en la mano; por supuesto, no apuntaba. Después entraron dos más y nos

dijeron que tenían una orden judicial; si preferíamos, la utilizaban, o si nosotros colaborábamos, no la usaban, y así constaría en el informe. Como iban a entrar de todas formas, les dije que pasaran.

Aun no se habían apagado los ecos de la última frase, cuando estalló una carcajada general y el americano atónito vio como Pedro se levantaba y con las manos en el estómago se retorció presa de un ataque de hilaridad que amenazaba con hacerlo rodar por el suelo de la terraza. Intentaba hablar, pero la voz se transformaba en carcajada en cuanto atravesaba la garganta. Al ver que no podía seguir, señaló a Carlos, que también reía, para que continuase él. Éste se giró de espaldas a Pedro para intentar calmarse y el americano giró la vista hacia él para desentrañar el misterio. Estaba sobre ascuas. “Pues resulta que el compañero que abrió la puerta era Gregorio, el hijo de un guardia civil y el que estaba en la puerta era un amigo de su padre. Al verlo se sorprendió mucho y le dijo, ¿pero qué haces tú aquí? Mañana se lo diré a tu padre.” De nuevo estalló la carcajada general a la que esta vez se sumó también el americano.

Pedro había logrado calmarse, después de varios intentos infructuosos y tomó asiento continuando el relato: “Incautaron la emisora y se llevaron a los dos compañeros que estaban haciendo el programa en ese momento al cuartel de Patraix en la calle Cuenca. Los miembros del colectivo fueron puestos en libertad después de prestar declaración, pero la emisora se la quedaron extendiéndoles un recibo del material.” Hizo una nueva pausa y continuó: “Pero antes de eso, los chavales del programa les pidieron a los guardias que les dejaran despedirse de la audiencia y así lo hicieron, lanzando la contraseña, *por problemas técnicos suspendemos la emisión de hoy*, que ya habíamos establecido. Pocos minutos después, en la calle se había reunido una gran cantidad de gente de la radio y simpatizantes. Sin embargo, pronto se dieron cuenta que no iban en plan *borde* e incluso llegaron a decir, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!” De nuevo daba la impresión que todo acabaría en risotadas, pero se contuvo y continuó: “Dijeron, *a nosotros nos gusta lo que hacéis, la verdad es que nos reímos mucho y os escuchamos todas las noches. Pero las órdenes son las órdenes*. Lo bueno fue la excusa que dieron.”

Nuestra intención es comprobar si este material es de contrabando y está valorado en un millón de pesetas, como hemos oído por ahí. Si mañana comprobamos que no es así, os será devuelto.

“La excusa era peregrina, como puedes suponer”, afirmó Evaristo dirigiéndose al americano. “¿Pero cumplieron su palabra?” “Pues, sí”, intervino Pedro. “Al día siguiente, alrededor del mediodía, nos entregaron los aparatos que fuimos a recoger al cuartel, pero antes los habían precintado por orden del gobernador civil. Con ello intentaban meternos el miedo en el cuerpo, ya que si no nos podían procesar por emitir, sí lo podrían hacer por la rotura de los precintos.” Carlos, impaciente por decir algo aprovechó la pausa que hizo su amigo para intervenir, antes que nadie se le adelantara. “De todos modos, creo que la devolución de los aparatos estuvo en parte motivada por todo el follón que se había montado. Al día siguiente un montón de colectivos llamaron por teléfono al sindicato de jubilados para solidarizarse con nosotros.” “Cierto. Yo estaba allí y uno de los primeros fue el Ateneo Progrés y luego el colectivo *Malahierba*. Era un grupo ecologista que editaba una revista muy interesante”, aclaró dirigiéndose a Anthony. “Después llamaron el colectivo Rosella, el ateneo cultural de Torrent e incluso algunas radios comerciales perfectamente

legalizadas. Y por supuesto un buen número de radios libres de todo el país y desde luego las de Valencia.”

Carlos se había puesto en pie y caminaba nervioso arriba y abajo. Pedro lo miraba sonriente y guardó silencio. Al cabo de un rato que Anthony aprovechó para acabar de tomar sus notas, Carlos se decidió al fin: “Nuestra radio fue la primera en ser cerrada después de la orden del gobierno. Fuimos la primera cabeza de turco, pero la devolución de los aparatos sentó un precedente que intentamos en aquel momento que pudiera ser aprovechado por las demás radios que fueron clausuradas después de la nuestra en todo el país.” Carlos miró a Pedro que sonreía y lo aceptó como una invitación a proseguir. “La cuestión que se planteó entonces fue debatir nuestra siguiente actuación. Ese mismo día se celebró una tensa asamblea en la que se decidió desprecintar los aparatos y volver a emitir de nuevo a partir de las diez de la noche del día siguiente.” “Pero no fue necesario desprecintarlos”, intervino Pedro. “Esos capullos los habían colocado de tal modo que bastaba desplazarlos un poco hacia un lado para poder manejar los mandos sin problemas.” “Así es y eso fue lo que hicimos. Pero aun no había transcurrido una semana, cuando de nuevo la Guardia Civil se personó a media tarde en los locales, aunque en esta ocasión los miembros del colectivo que se encontraban allí les exigieron la orden del juez para llevar a cabo sus propósitos. Al no poseer esa orden se les impidió el acceso a los locales. Sin embargo, volvieron a las pocas horas con el mandamiento judicial y se dedicaron a inspeccionar los precintos que habían sido colocados con anterioridad para ver si estos habían sido alterados.”

Carlos se había apoyado de espaldas en el murete y los contemplaba con la mirada perdida en sus reflexiones. Evaristo masticaba algo con aire de aburrido y Pedro parecía a punto de echarse a dormir. Anthony se daba cuenta que aquella reunión estaba empezando a dar sus últimas boqueadas y, a pesar de que todavía era pronto, pensó que lo mejor en ese momento sería dar por concluida la entrevista, a no ser que hubiera un nuevo accidente, lo cual no era muy probable, o bien se le ocurriera algo genial, lo cual tampoco era previsible, y aplazarla para otro día, aunque se daba perfecta cuenta que sería bastante difícil volverlos a reunir a todos de nuevo.

Mientras tanto, Carlos seguía hablando con voz cada vez más monótona: “No pudieron demostrar que los precintos hubieran sido alterados, pero en esta ocasión los colocaron de tal forma que era prácticamente imposible emitir sin romperlos.” “¿Os distéis por vencidos?” La pregunta del americano pareció actuar de revulsivo. Pedro irguió la cabeza y lanzó un exabrupto. “¡Y una leche!” Se le quedaron mirando, mientras se levantaba trabajosamente y barbotaba: “Es cierto que esta nueva clausura provocó una tensión aún mayor en el seno del colectivo. Éste, en los últimos meses, se había incrementado considerablemente con la incorporación de nuevos elementos, en su gran mayoría anarquistas o simpatizantes, aunque algunos pasaban completamente de involucrarse en movidas políticas, pero en absoluto se nos pasó por la cabeza renunciar.” Hizo una pausa para recuperar el aliento y prosiguió: “Decidimos celebrar una asamblea extraordinaria en la cual acordamos, en medio de una gran tensión, convocar una serie de actos para demostrar que no nos íbamos a rendir fácilmente, que es precisamente lo que ellos querían.”

“Efectivamente”, terció Evaristo excitado. “Estaba claro que pretendían, tanto el gobernador civil como los socialistas, que fuéramos nosotros los que lo dejáramos correr asustados, de esa forma ellos quedaban al margen de responsabilidades.”

“Pero no lo consiguieron”, adujo Pedro tranquilamente. “Se convocó una concentración en la Plaza de la Virgen, frente a la sede del gobierno civil para exigir el desprecintado de los aparatos. También se elaboró un manifiesto en el que se

denunciaban los manejos socialistas y por último se acordó llamar a una manifestación en el mismo momento en que los precintos serían rotos.” El americano tomaba notas con gran nerviosismo, temeroso de que se volviera a caer en un *impass*, al tiempo que preguntaba: “¿Y qué pasó?” Pedro apoyó las manos en la mesa, muy cerca de Anthony y le dijo casi al oído: “Dos compañeros se prestaron a romper los precintos y a realizar la primera emisión, justo en el instante en que daría comienzo la manifestación.” Se incorporó con gran agilidad y después de dar unos pasos, continuó: “Recuerdo que ese día, creo que era la segunda semana de junio, pero el día exacto se me escapa, caía una fina lluvia que nos hizo temer a todos que la manifestación iba a ser un fracaso. Sin embargo no fue así”, dijo triunfalmente. “Más de un millar de compañeros y simpatizantes acudieron a la cita en la Plaza de San Agustín, mientras, no muy lejos de allí, en la sede de la radio, los dos compañeros, lo ponían todo en marcha y decían, *¡Oye! ¿M’escuchas? Aquí Radio Klara, libre y libertaria, emitiendo de nuevo en el 102,3 de la FM. En estos momentos una gigantesca manifestación, en defensa de la libertad de expresión, libertad de emisión, se está desarrollando por el centro de la ciudad...*” Se calló visiblemente emocionado y se apoyó en el murete junto a Carlos. Todos, hasta el americano, parecían haberse contagiado de la excitación.

En ese preciso instante, el cuerpo de Carlos se vio convulsionado por estertores que amenazaban con doblarlo por la mitad y arrojarlo contra el suelo. Si el parapeto de la terraza hubiera sido un poco más bajo se hubiera pensado que quería hacer una cabriola para arrojarse al vacío, pero tan sólo estaba siendo presa de un ataque de risa floja. “¿Qué te pasa, tío?”, le pregunto Pedro agitándolo con un brazo. Por toda respuesta señaló a Evaristo y aclaró: “Me estaba acordando de lo que ha dicho antes de Cirilo.” “¡Ah! ¡Es verdad! Menuda la qué armó”, convino Pedro con una amplia sonrisa. El americano temió que de nuevo se dispersara e intervino nervioso: “¡Eh! ¡Un momento!”, exclamó levantando el brazo. Todos se volvieron hacia él como si de pronto se hubiera materializado allí. “Todavía no me habéis explicado qué pasó después.” Obtuvo el silencio por respuesta, como si no hubieran entendido su pregunta. “Nada. Absolutamente nada”, aclaró Pedro al cabo de un rato. “¿Quieres decir que la policía ya no os volvió a molestar?” “Eso es.” “Y a qué atribuis ese extraño fenómeno.” “A muchas causas”, intervino Evaristo con mucha firmeza. “Pero a mí me da la impresión que los socialistas debieron pensar que tenían peces más gordos que pescar y no querían desperdiciar energías con cosas de poca monta que además hacían más ruido que molestias les podían causar.” A un gesto de interrogación del americano aclaró: “Me refiero a la reconversión industrial, la reforma laboral, la entrada en la OTAN y en la Comunidad Europea, etc.”

Pedro se había girado hacia Anthony y añadía: “Además tienes que tener en cuenta que el fin de semana siguiente a nuestro primer cierre, se celebró en Villaverde un importante encuentro de RLL, en el que tras varios intentos infructuosos anteriores, se logró crear las bases de una coordinadora estatal. Si no recuerdo mal los promotores fueron radio Cucaracha de Oviedo y Onda Sur de Villaverde. Se creó de este modo un poderoso movimiento de RLL que duró prácticamente hasta la legalización de las radios culturales en 1989.” “Eso no es así”, intervino Carlos con agresividad. “Sabes perfectamente que el movimiento había entrado ya en franca decadencia dos años antes.” “Bueno, dejemos este asunto que es bastante polémico y no nos conducirá a ninguna parte.” Al americano le hubiera gustado seguir por ese camino, que preveía muy interesante, pero intuía que ese momento no era el más adecuado, así que lo dejó correr y preguntó: “¿Fue entonces cuando entrasteis en un período de reflexión?” “Si quieres llamarlo así”, dijo Pedro riendo y tomando asiento

de nuevo. También Carlos se sentó cansado de cargar a sus espaldas el peso del muro, mientras añadía: “Ya más tranquilos tuvimos oportunidad de discutir largo y tendido sobre la radio...” “Y como la habitación de la radio se había hecho pequeña”, interrumpió Pedro, “tuvimos que buscar alternativas para celebrar las asambleas que cada vez estaban más concurridas. Durante un período bastante largo nos reunimos en casa de John y Lucy, en la buhardilla que tenían en la terraza o en ésta si hacía buen tiempo.” “Es verdad. Todavía me acuerdo de su perra Lauren, un bicho muy simpático.”

Carlos atento al americano se había percatado del gesto de extrañeza que había hecho al oír los nombres. “¿No conoces a John, un paisano tuyo?” La pregunta lo cogió totalmente por sorpresa y balbuceó: “No.” Para añadir casi en seguida. “¿Es amigo de Mac?” “¡De Mac!”, exclamaron todos casi al unísono y Evaristo se adelantó a responder con cierta agresividad. “Dudo mucho que se conozcan, porque son diametralmente opuestos. Ya te lo presentaremos en cuanto tengamos ocasión. Verás que es interesante. Y también Lucy, por supuesto”, finalizó con una sonrisa. “Okey”, contestó displicentemente el americano, añadiendo a continuación: “Y ese período de reflexión desembocó en el libro amarillo, ¿no es eso?” “Más o menos así fue”, contestó Pedro en esta ocasión. “Uno de los que más trabajó en este asunto fue Eleuterio”, intervino Carlos. Al oír ese nombre Anthony estiró las orejas como hacía siempre que algo fuera de lo común se dejaba sentir. “¿Lo conoces?” El americano se quedó mirándolo sorprendido, como si no hubiera entendido la cuestión. “Te pregunto si alguien te ha hablado de Eleuterio Martínez”, aclaró Carlos creyendo que no le había oído. “Sí”, respondió rápidamente Anthony saliendo de su ensimismamiento. “Pero sólo de pasada. Estuvo con los que fundaron la radio, ¿no es eso?” “No exactamente”, corrigió Carlos. “En aquella época estaba en Madrid, en un Ateneo Libertario, pero ignoro cuál. Después supe que venía muy a menudo a Valencia y tenía una estrecha relación con el Ateneo Libertario de Marchalenes. Aunque sí es cierto que fue quien nos puso en contacto con los técnicos que nos fabricaron la emisora. Se incorporó a la radio algunos meses después de que empezara a funcionar, cuando se trasladó definitivamente a esta ciudad.” “Lo siento mucho”, intervino Pedro con voz dura, “pero ese tío es un imbécil.” “Estoy de acuerdo con Pedro. Me parece un pedante”, corroboró Evaristo. A partir de aquí una serie de epítetos fueron proferidos alternativamente por cada uno. Anthony los escuchaba girando la cabeza rítmicamente. Parecía que estuviera asistiendo a un encuentro de tenis. Carlos pudo al fin intervenir después de unos minutos y adujo: “Es posible que tengan razón, pero me parece interesante que lo entrevistes. Probablemente muchas de las cosas que te diga no las entenderás, pero desde luego será una experiencia única.”

Un silencio de relajación se abrió paso con sumo cuidado. Todos se habían repantigado en sus sillas disfrutando de la suave brisa que a retazos llegaba del mar. Únicamente el americano se mantenía agachado garabateando notas en su libreta. Sin alzar la cabeza dijo sin darle demasiada importancia al parecer: “Habéis nombrado a un tal Cirilo en dos ocasiones y en ambas os habéis partido de risa. ¿Os importa explicarme el chiste?” Los otros se miraron con amplias sonrisas en sus labios. “Explícalo tú, Evaristo, porque a mí me dará la risa floja”, dijo Carlos. Aquél iba a hablar, pero lo pensó mejor y señaló a Pedro tapándose la boca con la mano. “Está bien”, intervino Pedro aparentando resignación. “Como dijo Carlos al principio, el tal Cirilo era un abogado...” “Es”, corrigió Carlos. “Creo que todavía está vivo.” “Bueno, sí. Ha sido un *lapsus*; no era mi intención matarlo antes de tiempo.” Dio un profundo suspiro y continuó: “Cuando la radio se instaló en Garrigues, propuso hacer un

programa sobre las cárceles y la represión, que por cierto era muy bueno. Algunas semanas después de volver a emitir tras los cierres, una noche, mientras hacía el programa, los oyentes pudieron oír claramente a través de sus receptores un fuerte golpe, como el que produce una puerta al ser derribada de una fuerte patada. A continuación se oyó una voz conminatoria que decía: *Todos en pie con las manos en alto y la cara contra la pared*. Después, un ruido como de cosas que se arrastran, algunos gritos y a continuación, silencio absoluto.” Se calló para conseguir un mayor dramatismo. No sólo las carcajadas, sino también las sonrisas habían desaparecido de todos los semblantes. “El teléfono de la emisora se bloqueó de inmediato. Todo el mundo quería llamar, pero nadie respondía. Así que pocos minutos después, acudió a la radio una gran cantidad de compañeros para descubrir que todo había sido un simulacro.” Esta vez fue Anthony quien lanzó una franca carcajada. Los demás lo miraron sorprendidos. “Cirilo y los que colaboraban en el programa, argumentaron que lo habían hecho para mantener el espíritu alerta y que no nos relajáramos, porque en cualquier momento podrían volver a precintar los aparatos o algo peor.” “Una estupenda estrategia”, murmuró Anthony, sin que los demás pudieran saber si lo decía en broma o en serio.

Pedro se levantó de un salto de la silla y propuso hacer unos cafés. Ante la respuesta afirmativa de sus compañeros, se introdujo en la casa, mientras los otros continuaban su perorata. Al cabo de algunos minutos apareció con la bandeja portando los cafés y una botella de coñac. En el momento en que depositaba la bandeja en la mesa, Anthony abrió la boca para inquirir algo que hizo que todas las cabezas se volvieran hacia él. La de Pedro en una extraña posición por la postura que en ese momento tenía: “Pero, ¿cómo os organizáis?”

Pero, ¿cómo os organizáis?

Hacia ya unos días que la ciudad se había vestido de fiesta. Mónica, en cuanto sonó el primer petardo, salió corriendo hacia la sierra de Alcaraz donde unos amigos suyos tenían una casa, en la cual pensaba pasar, arropada por el rumoroso silencio de la soledad, la enloquecedora semana fallera. A Anthony le hubiera fascinado largarse con ella, pero no se había atrevido a decirle nada y ella tampoco se lo había propuesto. Por otro lado, le atraía sobremanera presenciar el espectáculo fallero del que tanto había oído hablar y del cual le habían dado innumerables versiones, todas ellas contradictorias.

Apoyado en el murete de la pequeña terraza del apartamento veía pasar grupos de gente vestidos con el uniforme «oficial» de la fiesta. Las mujeres con un vestido de faldas amplias, inspirado lejanamente en la vestimenta tradicional festiva de las valencianas y en la cabeza dos moños a los lados cruzados con pasadores de oro y en la parte de atrás una peineta del mismo metal. Los hombres con pantalones negros y una chaquetilla entallada o bien con una camisola muy amplia mucho más ajustada a la tradición. De todos modos, el americano había desistido ya de intentar comprender las razones del uniforme festivo o las motivaciones de determinado ritual. Había decidido dejarse llevar por sus impresiones, tratando de disfrutar lo mejor posible del espectáculo. Así había hecho la noche anterior perdiéndose por las calles de Valencia observando los últimos *toques* de la *plantá*. Los monumentos habían alcanzado en algunos barrios un volumen tal que los trabajos para su colocación ordenada debían dar comienzo muchos días antes de la noche oficial. Se había sorprendido del intenso bullicio que recorría las principales arterias de la ciudad, el cual iba confluyendo en los centros neurálgicos de las principales fallas y él se había sumado entusiasta. Algunos monumentos alcanzaban alturas extraordinarias y era

necesario el uso de grúas para poder rematar la figura central que lo coronaba. Cuando ya la noche había alcanzado su apogeo llegó sin apenas darse cuenta a una plaza no muy grande en la cual se había congregado un inmenso gentío contemplando los últimos preparativos en la ordenación de los *ninots*. Anthony se hizo un hueco y se sorprendió de la majestuosa pomposidad de las figuras de cartón-piedra. “Debe ser impresionante ver quemar esta falla, pero por el reducido espacio que queda en esta plaza debe ser casi imposible acercarse”, pensó. Giró la vista para ver si veía el rótulo con el nombre y al fin lo divisó: “Plaza del Pilar”, leyó. “Ya tendré ocasión de verla con tranquilidad”, pensó con optimismo. Y con este último pensamiento encaminó sus pasos hacia su casa.

Un ruido ensordecedor le sacó de sus reflexiones. Desde donde se encontraba no lograba divisar el lugar exacto de la *mascletá*, pero se veía el humo que producía y hasta su olfato llegó enseguida el agradable olor de la pólvora quemada. Este era uno de los efectos de la fiesta que más le complacían y le excitaban. Las aglomeraciones lo ponían nervioso y había decidido tratar de evitarlas al máximo. Para ello había elaborado un plan estratégico que le permitiría ver algunos de los monumentos más representativos y recorrer la ciudad sin tener que soportar los agobios propios de las grandes aglomeraciones de gente. El único problema, imposible de resolver de ninguna manera, sería contemplar, al menos una vez, la *mascletá* que cada día se organizaba en la plaza del Ayuntamiento, sin sufrir los inconvenientes de encontrarse sumergido en medio de una riada humana. Le habían dicho que valía la pena verla, pero que cada día la plaza, aunque de una gran amplitud, se llenaba de tal modo de gente que incluso media hora antes del comienzo era ya prácticamente imposible acercarse al lugar del fuego y debía uno contentarse con ver el humo que ascendía con fuerza hacia el cielo o se dedicaba a llenar los escasos huecos que quedaban entre el inmenso gentío o escuchar el ruido fenomenal de los *masclets* estallando en una sucesión diabólicamente interminable. Le habían aconsejado acudir a la plaza al menos dos horas antes y tomar posiciones en la parte izquierda junto a la fuente encarado al amplio recinto en el que se encontraban ya dispuestos en perfecto orden los elementos que integraban los fuegos artificiales. En aquel punto estratégico, un poco retirado de la primera línea de fuego, el riesgo de un accidente era menor y la reducción de visibilidad se veía compensada con la ventaja de no tener que sufrir los embates de la multitud, ya que la fuente actuaba de escudo protector.

La *mascletá* más cercana había ya cesado, pero todavía llegaban los ecos lejanos de otras que se estaban desarrollando sincrónicamente en todo el ámbito de la ciudad. Anthony dio un último vistazo a la calle y tomó una drástica decisión. Se dirigió rápidamente a su mesa de trabajo y después de sentarse volvió a repasar las notas que había tomado en las últimas semanas. Estaba dedicando estos días a elaborar el segundo informe para su director de tesis y quería terminarlo aprovechando los huecos que iba abriendo entre el humo de la pólvora y su necesidad de pasión y de fiesta.

Dejó las notas a un lado y atacó el borrador del informe. “Qué lío me estoy haciendo”, musitó. “Esto, así, no hay quien lo entienda. Empecemos de nuevo.” Volvió a tomar las fichas en las que había intentado ordenar las notas y comenzó a sistematizarlas de nuevo siguiendo un criterio más flexible.

“En estos momentos la radio está organizada en comisiones de trabajo”, Eusebio tenía que elevar un poco la voz para imponerse a la barahúnda infernal del pequeño café en el que se encontraban. Anthony le había sugerido cambiar de lugar, pero Eusebio se había opuesto alegando que aquel follón acabaría muy pronto y además no iban a encontrar otro lugar mejor que aquel. El americano se resignó a tomar

notas; ya que en aquellas condiciones era imposible grabar con un mínimo de calidad. “Todo el que quiera puede integrarse en alguna de las comisiones y así desarrollar un trabajo para la radio.” “Pero, ¿quién elige las comisiones?”, el americano parecía un tanto perplejo. “No, Anthony, no has entendido. Olvídate de los grupos que conociste en Nueva York. Su forma de organizarse es totalmente diferente a la de Radio Klara. Aunque tienes que tener en cuenta que no siempre ha sido así. Ya sé que me has dicho que me limite a la organización actual, pero conviene que no lo olvides”, Eusebio hizo una pausa y bebió un trago de cerveza; después continuó con un gesto entre cansado y aburrido. “La asamblea es el órgano decisorio por excelencia. En ella se toman los acuerdos pertinentes, después de que cada cual haya expuesto su opinión en torno al problema que se trate de resolver. Tú ya has asistido a un par de asambleas y te has podido dar cuenta de la dinámica que se sigue.” “Sí, tienes razón. He asistido a tres asambleas desde que llegué a Valencia, pero no he observado que en ninguna de ellas se hayan tomado decisiones importantes”, dijo el americano ingenuamente. Eusebio lo miró con cara de fastidio y alegó, “bueno, es cierto que la radio está atravesando unos pequeños problemas, pero eso no ha modificado en absoluto la mecánica que se ha seguido hasta ahora.” Anthony puso cara de extrañeza y el otro aumentó de un trago su dosis de cerveza. “Que la asamblea sea el órgano decisorio, eso nadie lo puede poner en duda en cualquier sistema de democracia auténtica...” “Un momento”, Eusebio había levantado su mano derecha por encima de la cabeza dando la impresión de ser un guardia de tráfico regulando el flujo de palabras que se atropellaban unas a otras. “Me parece que te estás confundiendo. Yo no he hablado de democracia, sino de *acracia*.” Al decir esto, Eusebio se había quedado mirando fijamente a Anthony con una media sonrisa irónica flotando en sus labios. “¿Comprendes?”, añadió al cabo de un momento. “Te comprendo perfectamente, Eusebio”, la voz del americano había sonado cansada, con un cansancio eterno, inconmensurable. La fatiga era debida en parte al esfuerzo de comprensión que había tenido que realizar para entender el funcionamiento de la radio. Había pensado en integrarse en una comisión de trabajo; pero cuando se lo comentó a Mónica, ésta le había disuadido. “En todo caso, espera un poco todavía. El formar parte de una comisión no te va a ayudar a comprender mejor la radio. Cuando hayas hablado con alguna gente y tengas algo elaborado tu trabajo, entonces intégrate en algún grupo, si aún tienes ganas.” Mónica tenía razón, como casi siempre, ahora lo veía con toda claridad.

El americano dejó las fichas y cogió unos folios con la intención de empezar de nuevo con un cierto orden.

Las dificultades con las que me he encontrado para entender el funcionamiento organizativo de la radio no estriban solamente en averiguar qué persona o grupo coordina los trabajos de infraestructura; sino también en resolver el problema, mucho más importante, de si ese tipo de organización —sea el que fuere— se ha planteado algún objetivo preciso o si, por el contrario, todos los esfuerzos se concentran en mantener la radio en marcha.

Desde su legalización en 1989, la propiedad de la radio es de un organismo denominado CECA (Centro de Estudios y Comunicaciones Alternativas). Al parecer esta asociación se creó en 1984 para dar cobertura a un intento de coordinación de los movimientos alternativos que no tuvo mucha fortuna; pero sirvió al menos para acoger el movimiento de la radio que había alcanzado ya un cierto prestigio y su mensaje se estaba extendiendo cada vez más lejos. Según he leído en un documento oficial de la Generalitat (así se llama aquí el gobierno autónomo, aunque creo que eso ya te lo he dicho en otra ocasión), en el año de la legalización era la segunda radio

local en nivel de audiencia (antes que puedas decirme nada te anticipo que de todos los documentos que cito he hecho una fotocopia y cuando esto no ha sido posible he procurado hacer una reproducción fotográfica). Ahora bien, ¿qué papel jugaba y juega CECA? Todavía no he podido averiguarlo con precisión. Para algunos es una simple figura decorativa que actúa como pantalla legal, pero sin ejercer ningún cometido en la práctica. Tampoco ha sido fácil averiguar quiénes integraban o integran CECA y qué requisitos había que seguir para formar parte de este organismo; aunque, si es verdad que no jugaba ningún papel, importaba poco quién formase parte de él. Sin embargo, me ha interesado investigar por ese lado, porque según otras opiniones, CECA era, como decía Bakunin, el timonel invisible que guiaba la nave hacia buen puerto.

“Ja, ja, ja”, la estruendosa carcajada de Julia hizo que todas las miradas convergieran sobre ella. Se encontraban en un pequeño *bareto*, cercano a donde vivía Julia. Allí se había reunido Anthony con ella y con Elías, después de unos minutos se agregó otro miembro del grupo. El americano comenzó a sospechar que aquel era el cuartel general de la fracción guerrillera. “¿Quién ha sido el gilipollas que te ha dicho tal cosa?”, preguntó Julia cuando consiguió calmarse. Anthony la observaba sin saber a ciencia cierta qué actitud tomar. “No recuerdo quien fue; pero no veo qué importancia puede tener eso.” “Yo creo que sí la tiene, porque esa opinión implica que los componentes de la radio son incapaces de autoorganizarse y necesitan la mirada vigilante de quienes desde la sombra procuran corregir los errores en que estos incurrir.” Elías había intervenido con voz enérgica y un poco cargada de belicosidad, pero como siempre ecuánime. “Me parece que quien me lo dijo, no lo hacía en ese sentido; más bien creo que intentaba hacerme comprender la idea de que una organización antiautoritaria necesita organizar la espontaneidad de sus miembros para evitar que las energías se dispersen; en una palabra contrabalancear sus tendencias centrífugas, que indefectiblemente se producen en todo grupo organizado...” “Pero ese es el cometido de la asamblea”, con su habitual impaciencia, Julia cortó el discurso del americano sin contemplaciones. “Nadie puede arrogarse ningún derecho, ni ostentar privilegios que lo sitúen por encima del resto de miembros del grupo, con el fin de llevarse *el gato al agua*.” “Yo no he dicho eso, Julia”, Anthony había levantado la vista de la libreta en la que tomaba sus notas y encaró la mirada furibunda de la muchacha. “Ya sé que no has dicho eso, pero es lo que se desprende de tus palabras.” “Te equivocas.” “Entonces explícanos qué has querido decir exactamente”, intervino Elías tratando de evitar una peligrosa polarización entre Julia y el americano. “Yo también he entendido lo mismo que Julia y me parece difícil poder explicar qué otra cosa puede entenderse.”

El americano comenzó a darse cuenta que se había metido en un terreno muy resbaladizo del que le iba a ser difícil salir airoso. Intentaba comprender los postulados que unos y otros defendían, pero le costaba un esfuerzo enorme encontrar el punto de fricción, ya que en su opinión todos parecían adoptar la misma postura y defender los mismos presupuestos. “Debe ser un problema semántico”, se dijo para sí. Los tres lo miraban expectantes, esperando sus explicaciones. Al fin agitó las manos en un vano intento de descargar la tensión y dijo: “En mi opinión todo el mundo está de acuerdo en que la asamblea es el órgano decisorio por excelencia; sin embargo, para que eso sea así, todos los que participan en la misma deben ser conscientes de ello. En el momento en que se produzca un conflicto grave en su seno, sus componentes deberían estar en condiciones de poder neutralizarlo, porque en caso contrario, el conflicto acaba por absorber de tal modo las energías de la asamblea que ésta acaba por anularse a sí misma. Ese es, a mi modo de ver, el

cometido de CECA, que no es fulanito ni menganito, ni nadie en concreto, sino todos los componentes más conscientes de la organización, en este caso la radio. CECA, por tanto, no sería ningún supervisor situado por encima de la asamblea que vigila su buen funcionamiento; sino la asamblea misma dotada de los mecanismos necesarios para que ningún espabilado pueda reventarla o, como dice Julia, *llevarse el gato al agua*.”

Anthony se detuvo con el resuello cortado; lo había soltado de un tirón, casi sin respirar, por temor a verse interrumpido y no saber cómo continuar. Los otros lo miraron con los ojos muy abiertos y al parecer sin saber muy bien qué contestar. “Sigo sin ver claramente qué papel juega exactamente tu *timonel invisible*.” Las palabras de Julia todavía resonaban en sus oídos, mientras depositaba la ficha en la mesa y se quedaba pensativo con la cara apoyada en sus manos.

Después de un momento se levantó decidido y se dirigió a la cocina para prepararse un café; pero sin poderlo evitar sus pensamientos continuaban martilleando su cabeza. “El grupo que formó la radio se constituyó en colectivo asumiendo todas las funciones que eran necesarias para su continuidad. Al principio no hubo ningún problema, porque todos los componentes de la radio formaban parte, teóricamente, del colectivo, aunque, como siempre sucede, unos desarrollaban más actividad que otros, sin embargo esto no comportaba mayor poder...” “Carlos ha hecho de la radio el principal objetivo de su vida”, reflexionaba Anthony. “Pero, aunque en apariencia en nada influye esto en la marcha de la radio y en la toma de decisiones, en la práctica se va haciendo insustituible, lo que le otorga un cierto poder en la sombra. ¿Se refería a esto cuando aludía al *timonel invisible*?” La entrevista que había mantenido hacía unas semanas con Carlos, Evaristo y Pedro Ríos, en casa de este último, le había proporcionado un riquísimo material que tenía que trabajar a fondo. Sobre todo Pedro le había hecho una serie de reflexiones que le iban a ser de mucha utilidad. Sin dejar de dar vueltas al asunto colocó la cafetera en el fuego y se apoyó en la pared de la cocina. “Desde el primer momento me dio la impresión de que Carlos trataba de ocultar algo, pero nada he podido averiguar, a pesar de mis esfuerzos. Siempre me asegura que me va a facilitar documentación sobre los primeros tiempos de la radio, pero nunca lo hace, a pesar que nos hemos entrevistado ya más de tres veces. Incluso fui una vez a su programa con el fin de no despertar sospechas, pero me parece que se huele algo. Evaristo, su compañero de programa es mucho más accesible, pero desgraciadamente se incorporó más tarde y sabe tanto como yo de los inicios de la radio.” Al llegar a este punto de su reflexión no pudo evitar una sonrisa, “bueno, en estos momentos menos que yo. Pero la cuestión principal sigue en pie, ¿se oculta algo detrás de estos silencios que me parecen interesados? Creo que no; intuyo que responden más bien a importantes lagunas en la reflexión teórica sobre el papel que podía jugar una radio de estas características en las circunstancias actuales. Afortunadamente Pedro, como si dispusiera de una varita mágica, fue diseccionando el tema hasta casi atomizarlo, para inmediatamente recomponerlo de nuevo con una lógica que, en apariencia al menos, resulta indestructible. Me ha proporcionado una visión de conjunto de una claridad meridiana que tengo que aprovechar...”

En esos momentos se oyó el ruido característico del café al subir por la chimenea de la cafetera. El americano abrió los ojos asombrado y al mismo tiempo que apagaba el fuego, exclamó en voz alta: “¡Claro! Eso es, ¿cómo no me había dado cuenta antes?” Sus ideas parecían haber imitado el frenético circuito del café y al final habían encontrado una hipotética salida. El vaporcillo del café había subido hasta su cabeza y daba la impresión que ésta humeaba a consecuencia de la presión que sobre ella

ejercían las ideas. Anthony se sirvió una taza del humeante líquido negro con gran nerviosismo y se dirigió apresuradamente a su mesa de trabajo. Tras depositar la taza lejos de los papeles se arrellanó en la silla y dirigió la vista al techo intentando controlar y ordenar el flujo de sus ideas que parecían salir a borbotones. Súbitamente se enderezó cogió la pluma y comenzó a escribir.

Creo haber encontrado la solución al problema metodológico que se me había suscitado. Recuerdo perfectamente que me avisaste de los peligros que corría al intentar estudiar un medio de comunicación independiente en una democracia en formación. Especialmente después de exponerte mi hipótesis de trabajo y la confianza que tenía en la posibilidad real de la construcción de un medio de estas características con una estabilidad lo suficientemente sólida como para generar a su vez nuevos intentos de crear medios similares. Pues bien, quizás te parecerá increíble, pero, por circunstancias que luego te pasaré a exponer, se ha conseguido que una experiencia así superase la fase de formación y de inestabilidad que necesariamente acompaña a los inicios de todo intento de crear algo nuevo y se consolidase, generando al mismo tiempo los mecanismos necesarios para su reproducción.

Todavía no tengo datos suficientes para afirmar si existen en este país experiencias semejantes que podrían servirme para confirmar mis hipótesis, pero con la documentación recogida hasta ahora puedo avanzar algunas teorías que más tarde trataré de verificar. Radio Klara pasó en sus inicios por unos momentos heroicos, llenos de obstáculos de todo tipo, especialmente represivos, que salvó gracias a la constancia y al tesón de unos pocos militantes anarquistas. Los primeros años de su trayectoria estuvieron marcados por la lucha entre la búsqueda de una teoría política que sustentase sus presupuestos anarquistas y los intentos de diversos grupos e individuos de cariz oportunista que pretendieron hacerse con el control de la radio. De forma intuitiva fue elaborando las bases en las que más tarde asentaría su ideología, aprendiendo también de las experiencias negativas y sobre todo de sus propios errores.

En estos momentos, más de catorce años después de su nacimiento, se puede decir sin temor a equivocarse, que Radio Klara ha generado una experiencia de autoorganización plausible y que difícilmente podrá ser desviada de su trayectoria. “Eso que dices está muy bien, pero abrigo mis dudas al respecto.” Alberto Dulce, un miembro de la radio muy activo durante los años que siguieron a su legalización, pero que se había retirado de la misma cansado de batallar, había accedido por fin a dejarse entrevistar. A ello le había instado Pedro Ríos y, desde luego, en su fuero interno, Anthony se lo agradecería eternamente. Se encontraban en una pequeña taberna de la Plaza Redonda sentados en una mesa de mármol y bebiendo ambas sendas cervezas. “¿Cuál es, pues, el problema, según tu opinión?” “¿El problema? No tengo ni idea. Sólo sé que cuando me incorporé a la radio en el preciso momento en que ésta se legalizó, todo el mundo sabía lo que tenía que hacer y pocos conflictos se generaban. La *Troika* desapareció como tragada por la tierra y allí nadie asumía ninguna jefatura. Todo, absolutamente todo, se realizaba a través de las asambleas y las comisiones de trabajo que se encargaban de desarrollar la labor decidida por todos. Pero entonces a algún genio se le ocurrió la brillante idea de encargar a alguien las tareas cotidianas que realmente resultaban un engorro realizar, pero que de una forma u otra se iban resolviendo.” Alberto se detuvo para beber un sorbo de cerveza. “¿Te refieres a lo que vosotros llamáis un liberado?”, intervino Anthony intrigado por el asunto que intuyó de vital importancia. Recordaba que Mónica había hecho ya alusión a este tema, pero sin darle excesiva importancia. “Llámalo como

quieras. Casi todos estuvieron de acuerdo en que se encargara de los trámites burocráticos, de los pequeños asuntos de cada día, en fin de todo lo que supone un engorro para quien tiene otras actividades. De esta forma, casi sin darnos cuenta, las comisiones comenzaron a depositar su confianza en él y a dejar en sus manos el cometido que antes habían asumido. Cuando quisimos darnos cuenta la situación era ya irreversible; se había liquidado una experiencia riquísima que sería muy difícil volver a recuperar.” “Pero, ¿crees que esto se hizo con el deliberado propósito de quebrar la autoorganización?” “No, hombre, ni mucho menos”, rió abiertamente Alberto. “No son tan maquiavélicos. Sencillamente querían tomarse un descanso y descargar sus responsabilidades en alguien de confianza. Eso de la autoorganización ellos lo entienden de manera muy diferente a como lo entiendo yo y muchos otros como yo. Quizá sea ese el motivo de que me tengan catalogado como nihilista. Ahora la situación se ha ido deteriorando y puede servir para justificar cualquier estupidez.” “¿Significa eso que de algún modo esperaban este resultado?” Alberto no contestó; se limitó a mirarlo con una enigmática expresión en su rostro. Un grupo de gente muy joven que acababa de entrar al garito saludó efusivamente a Alberto, aflojando un poco la tensión entre ambos. “¡Hola!” “¡Salud!” “Me alegro de veros; luego hablaré con vosotros en cuanto despache a éste. Hoy es mi día de evacuar consultas.” El americano sonrió y pasó a otro tema que le interesaba, “¿cuáles fueron tus cometidos en la radio?” Alberto se quedó pensativo unos instantes y comenzó a hablar muy lentamente, como si sus recuerdos se resistiesen a ser desvelados, “comencé haciendo un programa que se llamaba algo así como *macedonia de sesos*, textos y música que yo mismo seleccionaba, después hice otros, casi siempre relacionados con la literatura o la música. Entretanto comencé a interesarme por la técnica y me integré en esa comisión, pero muy pronto me di cuenta que eso no era lo mío y desde entonces hacía un poco de todo.” Se quedó un momento callado y apuró la cerveza, después continuó con una sonrisa flotando en sus labios. “Recuerdo perfectamente la subasta que hicimos para recaudar fondos...” “¿Una subasta?”, interrumpió el americano. “Sí. Se nos ocurrió pensar que la gente tiene objetos que ya no le sirven para nada y que podría donarlos a la radio para licitarlos públicamente con un precio de salida que normalmente solía ser bajo. Se hizo mucha propaganda a través de los micrófonos y todo el mundo se volcó en la iniciativa. Se llegaron a reunir una ingente cantidad de objetos inverosímiles y curiosos, pero casi todos de una cierta calidad.” Alberto miró al americano como advirtiéndole que no se fuera a pensar que era basura lo que subastaron. “¿La subasta se hacía a través de los micrófonos?” Alberto sonrió de nuevo recordando aquella experiencia. “La propaganda sí y también se subastaron de ese modo los primeros objetos que llegaron. Se describían lo mejor posible y la gente a través del teléfono hacía sus pujas. Cuando después de un tiempo prudencial ya nadie ofrecía nada por aquel objeto se adjudicaba al último postor, el cual pasaba por la radio a recogerlo y a depositar el dinero. Pero el proceso era muy lento, así que se cambió de táctica. Después de mucho debatir se acordó pedirles el local a los compañeros de *Al Margen* y convocar la gran subasta para un día en concreto... Creo que fue un viernes o quizá fuera un sábado, no importa. Se hizo una cuña que se pasaba constantemente para informar al personal y el día señalado se instaló la unidad móvil en el Ateneo...” “¿Radio Klara tiene unidad móvil?”, se sorprendió el americano. “Bueno es un decir. Se establecía la conexión con los estudios a través del cable telefónico. Yo me ofrecí, junto con otro compañero, para llevar el peso de la iniciativa. Estuvimos casi veinticuatro horas seguidas, hasta el agotamiento, pero juro que fue una de las experiencias más excitantes que he vivido.” “¿Se recaudó mucho dinero?” “Mucho más del que soñábamos conseguir. La

radio tenía una considerable deuda pendiente, ya que la legalización supuso trasladar la antena fuera de la ciudad y aumentar la potencia a 2.000 vatios. Se ganaría en calidad y alcance, pero a cambio había que invertir mucha pasta. Para ello se pidió un préstamo avalado por algunos miembros de la radio. Pues bien, lo recaudado en la subasta cubrió el préstamo y aun sobró algo para cambiar algunos aparatos que ya estaban obsoletos, especialmente la mesa de mezclas. Los escépticos no tuvieron más remedio que agachar la cabeza: mucha gente nos apoyaba y lo demostraron, como lo han demostrado siempre en todas las situaciones críticas. ¡Eso es lo que hay que fomentar!”, acabó mirando desafiante al americano.

Todavía le parecía ver la cara exultante de Alberto. Anthony hizo un movimiento con la cabeza para despejarla y atacó de nuevo el informe.

Lo que todos ven como una crisis, yo lo veo como una tensión que somete a crítica permanente la actuación de los componentes del grupo. Es como un arco que necesita ser tensado para poder disparar la flecha y acertar en el blanco. Si se relajara comenzaría a perder estabilidad y acabaría siendo engullido por cualquier tronera del sistema dispuesta a este propósito. En una primera aproximación (confieso que he de reflexionar más sobre este punto), esta tensión estaría provocada por dos fuerzas antagónicas que sin embargo se anulan mutuamente resultando de ello el equilibrio. Una de ellas es consecuencia de la relajación de la tensión social; los movimientos sociales han perdido espacio de lucha, las huelgas están casi totalmente domesticadas y la crítica ha reducido su espacio y en la práctica se limita a cuestiones cuya importancia es sumamente relativa. Ignoro las causas que han provocado este rápido declive y esta descomposición del tejido social, aunque creo que la izquierda institucional (PSOE y PCE, principalmente) y grandes cantidades de dinero sabiamente distribuidas hayan corrompido un proceso riquísimo en sus inicios. Tampoco sé si existen investigaciones en este campo, aunque por lo que me dijo el profesor de sociología con el que me entrevisté al tercer día de llegar, del cual ya te hablé, mucho me temo que sea un campo virgen.

“Presumo que éste va a ser el flanco más débil de toda mi argumentación”, pensó Anthony mientras chupeteaba mecánicamente el bolígrafo.

Este hecho provoca en un sector de la radio un desplazamiento casi imperceptible hacia el consenso que puede interpretarse como una renuncia a los postulados originales de la radio, aunque cada vez estoy más convencido que no es así; es sólo una forma de resistencia.

La otra fuerza está representada por los movimientos sociales emergentes que buscan desesperadamente el espacio de lucha idóneo: okupas, antimilitaristas, grupos pro-presos, colectivos de contrainformación, feministas radicales, etc. y tanto unos como otros están perfectamente representados en los programas que en estos momentos se emite a través de las ondas de Radio Klara.

Lo que más llamó mi atención fue la ausencia de un líder carismático que polarice las energías en su persona y dirija a su antojo la radio. Pero no porque no hayan individuos capaces y con las necesarias condiciones para ello —el afán de protagonismo, consustancial al ser humano, lo he visto desarrollarse en este grupo de la misma forma que en cualquier otro— sino, porque, según la hipótesis señalada anteriormente, este supuesto líder estaría situado en el lugar de la flecha en el arco y si llegara a suceder que pudiera lograr aflojar la tensión del arco, saldría despedido como lo hace la flecha cuando el arquero suelta la cuerda y se estrellaría indefectiblemente —como ya le ha sucedido a más de uno— y el arco volvería a tensarse.

Únicamente en el caso que la tensión se aflojara definitivamente podría alguien ocupar ese lugar sin riesgo de romperse la cabeza. Sin embargo dudo mucho que en la radio pueda llegar a suceder esto; las crisis que ha atravesado y los errores cometidos han generado una serie de mecanismos espontáneos que lo impiden y que son difíciles de destruir; en cualquier caso, aunque, por la causa que fuere, esto llegara a suceder, la experiencia acumulada habría valido la pena, porque serviría de estímulo a otros grupos o colectivos para superar sus propias contradicciones.

Anthony dejó la pluma en la mesa y agitó la mano para desentumecerla; estaba satisfecho de su trabajo y esperaba que su director de tesis, con el que había trabado una buena amistad compartiera su entusiasmo. Miró distraídamente su reloj y dio un respingo sobresaltado. “¡Carajo! Son ya más de las nueve.” Enfrascado en su trabajo no se había percatado que ya hacía rato que la noche se había abatido sobre la ciudad. Por la ventana situada a su espalda se veían rutilar algunas estrellas en un cielo completamente despejado. “Creo que ha llegado el momento de darse una vuelta por la ciudad y tomar un bocado en alguna parte.” Se frotó la barriga y pareció darse cuenta entonces que tenía hambre. Sin pensarlo más salió de la habitación y se dirigió al cuarto de aseo.

La calle Palma estaba brillantemente iluminada y hasta al americano, parado en el umbral de la puerta de la finca, llegaba el bullicio del cercano casal fallero que seguramente estaría a rebosar, con las mesas dispuestas en el centro de la calle. Giró a la derecha y se dirigió hacia la calle alta con el propósito de agenciarse un bocadillo en cualquier *chiringuito*. Pronto se dio cuenta que su plan no había funcionado en absoluto; por todas las calles una muchedumbre abigarrada circulaba arriba y abajo sin que al parecer llevaran rumbo fijo. Daba la impresión que todos ellos respondían a una llamada ancestral que guiaba sus pasos, sin saber a dónde irían a parar.

Tras conseguir un bocadillo de blancos bien hechos y una cerveza, estuvo tentado de volver a casa y comérselo tranquilamente escuchando a Art Blakey; pero desistió y encaminó sus pasos hacia el centro, acompañado de algún que otro petardo que los graciosos hacían estallar con el deliberado propósito de sobresaltar a los desprevenidos. A Anthony le hubiera gustado coger a alguno de ellos y estrangularlo con sus propias manos; intentaba no darle importancia, pero cada vez que estallaba alguno en las cercanías el corazón le daba un vuelco y le producía taquicardia, aumentando su ansiedad.

Absorto en estos pensamientos homicidas, comía mecánicamente el bocadillo y se dejaba llevar por la riada humana que inundaba las calles. Al llegar a un cruce se quedó parado mientras masticaba el último bocado y vaciaba definitivamente el bote de cerveza. “¿Dónde estoy?” No reconocía el lugar y ni tan siquiera se acordaba de cuál era el monumento fallero que tenía intención de visitar. “¡Al infierno!”, masculló. “De todos modos tampoco lo hubiera podido ver con tranquilidad. Tengo que cambiar de estrategia”, se prometió a sí mismo y se puso a caminar como el resto de la gente: sin rumbo fijo.

Sin apenas darse cuenta se encontró en medio de un atasco. La gente se apretujaba por todos lados y se dio cuenta que le iba a ser difícil salir airoso de aquella situación. Levantó la vista y se dio cuenta entonces del motivo de aquella aglomeración. Por encima de las cabezas de la gente se veía una figura de cartón piedra. Le pareció un gigante, aunque desde el lugar en que se encontraba sólo veía sus anchas espaldas y sus gruesos brazos extendidos. En una de las manos llevaba algo parecido a una antorcha, pero no lo hubiera podido asegurar. “El azar me ha vuelto a gastar una mala pasada”, pensó el muchacho que se resignó a sufrir los embates de la multitud,

mientras intentaría ver lo que pudiera del monumento. “A juzgar por la cantidad de gente que viene a verlo debe ser uno de los más importantes”, se dijo. Avanzando con lentitud exasperante logró llegar a la barrera metálica que circundaba la falla y desde la que podían contemplarse algunos detalles de las escenas representadas en la base. En una de ellas, un hombre vestido con una piel de animal al estilo de Tarzán, arrastraba por los cabellos a una mujer vestida de la misma forma, mientras en la otra mano portaba un grueso palo de madera apoyado en un hombro. En otra se veía el interior de una cueva con escenas de la vida cotidiana prehistórica: un hombre pintaba en las paredes, mientras una mujer preparaba la comida en una especie de hogar y varios niños se peleaban entre sí por cualquier nadería. “El tema de esta falla debe ser el origen de la humanidad o quizá la vida cotidiana en la prehistoria”, al pensar esto el americano no pudo evitar sonreír con displicencia. Intentaba leer los rótulos en los que se sintetizaban las escenas, pero la gente que circulaba por el otro lado de la valla se lo impedía, “y además debe estar escrito en la lengua de estas gentes, porque no entiendo nada”. De pronto cayó en la cuenta que entre la barrera metálica y el monumento había un gran espacio y que la gente que circulaba por él era más bien escasa. “Seguramente responde a una cuestión de perspectiva, ya que sin duda se aprecia mejor desde aquí, pero prefiero la comodidad a la lejanía estética”, mientras rumiaba estas reflexiones buscó con la mirada la posible entrada y creyó verla unos metros a su izquierda, aunque tal como estaba rodeado de gente le parecieron millas. Pacientemente fue abriéndose paso con cuidado y llegó por fin al hueco que hacía las veces de entrada al recinto interior y con un último esfuerzo se desasíó de la gente de su alrededor y se coló, pero alguien se interpuso en su camino. “¿A dónde crees que vas?” Anthony sorprendido lo miró; era un joven alto y huesudo con rostro alargado y cara de pocos amigos que lo tenía agarrado por un hombro. “Pues a ver el monumento”, dijo el americano con toda naturalidad. “Y te has pensado que por ser argentino puedes entrar gratis, ¿no es eso?” “No soy argentino, soy norteamericano”, replicó Anthony con brusquedad. “Por mí como si quieres ser marciano, pero aquí todo el mundo paga la entrada”, dijo el joven mirándolo incrédulamente. Anthony reparó entonces en una pequeña mesa con un taco de entradas: “300 ptas.”, en grandes caracteres, acompañados de una fotografía en blanco y negro del monumento fallero. “Lo siento, no sabía que se tenía que pagar.” “Bueno, ahora ya lo sabes, gracioso, así que decídetes; o pagas o te largas, porque estás estorbando el paso.”, concluyó el joven huesudo desabridamente. Anthony azorado y confuso se dio media vuelta e intentó abrirse paso entre el mar embravecido de la gente. Después de muchos empujones, codazos y algún que otro impropio logró llegar a una zona despejada y se apoyó en el muro de una fachada respirando con agitación y maldiciéndose por no haber tenido la osadía de preguntarle a Mónica si podía acompañarla en su retiro espiritual. Una vez tranquilizado decidió que lo mejor sería volver a casa, pero continuaba sin saber exactamente dónde se encontraba. Podía pedirle a cualquiera que le indicara el camino, pero no se encontraba con ánimo de interpelar a nadie, así que optó por dejarse llevar por su instinto, aunque ya no confiaba demasiado en él. Si lograba encontrar el río sabría sin duda orientarse, pero corría el riesgo de caminar en sentido contrario y alejarse cada vez más. “No importa, no me vendrá mal un paseo y en última instancia siempre puedo recurrir a un taxi.”, se dijo. Y se puso en marcha mirando con atención los edificios por donde pasaba por si veía alguno que le resultara familiar, pero de noche sus contornos se hacían imprecisos y difícilmente reconocibles para alguien que sólo llevaba poco más de seis meses en la ciudad.

Al doblar una calle en la que había un monumento fallero de escasa entidad a juzgar por su altura y lo escaso de sus admiradores, vislumbró a lo lejos el pretil del río. “Estupendo”, sonrió el americano. “Siempre he dicho que es difícil perderse en una ciudad que tiene río, aunque éste no lleve agua.” Con renovadas energías se dirigió hacia allí, por una calle pobremente iluminada que contrastaba con el derroche lumínico que mostraban otras muchas.

Anthony se apoyó en la baranda del río y observó el cauce oscuro como boca de lobo. Se veían algunos árboles y un poco más allá unas instalaciones deportivas que se descubrían claramente por la falta de vegetación. “La ciudad antigua está construida en un meandro del río que la envuelve en gran parte; ¿es por eso que es prácticamente circular?”, la pregunta parecía que iba dirigida al lecho del río, pero al no recibir respuesta la contestó el propio interesado. Puede que este hecho influyera, pero no en su fisonomía exterior, sino en la elección del asentamiento, ya que en cualquier caso hubiera acabado siendo más o menos circular por razones estratégicas”, con estas reflexiones el americano comenzó a caminar siguiendo el pretil del río. Contrastaba este paseo casi solitario, sólo de vez en cuando se cruzaba con alguna pareja que deliberadamente buscaban la oscuridad o con algún caminante solitario que huía como él de las aglomeraciones, con el tráfico anterior. “La felicidad está basada en la yuxtaposición incesante de los contrastes”, pensó Anthony con una sonrisa satisfecha. No tardó en llegar a lugares sobradamente conocidos y sin poderlo evitar su corazón se ensanchó y aspiró el cálido aire de la noche. Ya podía engolfarse de nuevo en las calles de la ciudad sin perder la orientación, pero prefirió continuar caminando junto al río; la soledad le acariciaba tiernamente en esos momentos con la misma intensidad que en otros le había estrujado el corazón hasta casi ahogarle.

En la confluencia del Paseo de la Pechina, que corre paralela al río, por la que Anthony caminaba, con Guillem de Castro apareció a su derecha el edificio del IVAM; el americano se quedó parado un momento contemplando su estructura. “Hay algo que no me gusta, pero no sabría decir qué es; quizá sea su dependencia estética de escuelas decadentes. Pero eso no justifica que todavía no lo haya visitado. En fin, la próxima semana vendré sin falta. Me han dicho que hay una exposición de fotografías muy interesante de...”, las reflexiones de Anthony se detuvieron en ese momento. Su cerebro se había bloqueado y amenazaba desintegrarse. “¡Carajo! No se puede estar en tantas cosas a la vez. Hemos salido a divertirnos, así que procuremos hacerlo”, se dijo mientras se ponía de nuevo en movimiento. Un intenso resplandor le avisó que se acercaba a un monumento fallero envuelto en una música *pachanguera*.

Efectivamente, tal como había pensado Anthony, era uno de los más prestigiosos y como era de esperar rodeado por un inmenso gentío que en las partes más angostas se aglomeraba de tal modo que semejaba a un informe montón de carne humana, realizando extraños movimientos. El americano ni siquiera se molestó en cruzar al otro lado; desde el puente de San José gozaba de una extraordinaria perspectiva que al menos le permitía ver la figura central que lo coronaba: Una impresionante carroza tirada por diminutos caballos y una abigarrada multitud de enanos flanqueándola. “Debe ser la cenicienta”, pensó. De súbito observó unos focos con luz de diferentes colores que se encendían y apagaban a un ritmo frenético, mientras la figura que iluminaban, una pareja de bailarines, ejecutaban una danza enloquecida. “Ya se están mecanizando; es posible que acaben siendo virtuales.” Sin saber por qué el americano recordó su primera noche en Valencia. “Esta es la ciudad de lo efímero; de lo que nada permanece y las fallas serían su expresión estética; aunque mucho me temo que el mercado ha acabado por engullir lo simbólico en un abismo sin fondo”.

Cuando se cansó de la contemplación del contraste entre el movimiento y la quietud, se puso a su vez en marcha hacia las Torres de Serranos internándose en las *alameditas* donde algunas parejas intentaban proteger su amor de miradas indiscretas, sentados en los bancos y estrechamente enlazados en un abrazo eterno, pleno de promesas de felicidad. Aún no había andado mucho trecho cuando Anthony se vio sorprendido por un extraordinario ajeteo al pie del flanco de las Torres. Aceleró el paso intrigado, ya que hasta sus oídos llegaba la música de lo que parecía ser una verbena. Al llegar a la altura del puente de Serranos, observó que además había varios *chiringuitos* de bocadillos y bebidas que abastecían a los danzantes. Mientras cruzaba la calle su sorpresa aumentó extraordinariamente al percatarse que uno de los *chiringuitos* era de Radio Klara y en su interior vio al inefable Carlos sirviendo incansablemente *bebercios* y *bocatas*.

“¡Hola, Carlos! No sabía que os dedicarais también a la hostelería.” Carlos levantó la vista sorprendido. “¡Hombre! El americano. Te has quedado a disfrutar de las fallas, por lo que veo.” Se inclinó hacia él y le susurró: “En confianza, estamos haciendo un negocio fabuloso. Dentro de poco podremos modernizar la radio.” Después se estiró y le dijo sonriendo, “está por aquí John que tiene ganas de conocerte.” Carlos, desde detrás del improvisado mostrador, dio un vistazo en derredor y gritó: “John.” Anthony dirigió la vista hacia un grupo de gente del cual se destacó un hombre alto de cara ancha y tocado con un sombrero de fieltro. Iba vestido con un traje oscuro algo raído y lucía en su cara una expresión de eterna sonrisa. Al acercarse, Carlos le señaló a Anthony diciéndole: “Este es tu paisano.” “¡Hombre! Me alegro mucho”, dijo tendiéndole la mano que Anthony se apresuró a estrechar. “Hace tiempo que tenía ganas de conocerte. Me han dicho que estás haciendo una gran labor en Radio Klara.” Anthony se quedó intrigado, sin saber bien a qué se refería. “Sí, hombre, el programa de debates que haces los martes. Según tengo entendido estás dando una visión de América diametralmente opuesta a la que nos ofrecen los *media*.” “¿Has escuchado el programa?” Anthony hizo la pregunta sin ningún tipo de intencionalidad; sin embargo, observó en John un gesto de contrariedad. “Pues no, hombre. Todavía no he tenido la oportunidad. Últimamente estoy muy liado y casi no tengo tiempo para nada. “Le había pasado una mano por los hombros y bajando un poco la voz le dijo, “la verdad es que escucho muy poco la radio.” Anthony esbozó una sonrisa, que quería ser de complicidad, a falta de otra cosa mejor. “Al parecer nadie escucha la radio, ¿Quién la escucha, entonces? ¡Ah! Sí. Carlos.” Mientras estos pensamientos cruzaban rápidamente por su cabeza, oyó de nuevo la suave voz de su paisano que le susurraba al oído. “Pero no habrás venido aquí sólo para hacer un programa en Radio Klara, ¿verdad?” “No, claro. Vine a pasar una temporada, pero conocí casualmente a una chica...” “Y te enamoraste de ella. A mí me pasó algo parecido, pero hace ya muchos años.” “No es eso exactamente, pero no importa. Y tú, ¿a qué te dedicas?” “Generalmente doy clases de inglés o, mejor dicho, de filología inglesa.” Se detuvo un momento pensativo y al cabo dijo, “ven, te presentaré a Lucy, mi compañera.” Se dirigió a un grupo de gente seguido de Anthony. “¿Habéis visto a Lucy?” “Estaba aquí hace un momento, pero ha debido irse. No tengo ni idea de dónde puede estar”, la negativa pareció sorprender a John, que se volvió hacia Anthony con expresión contrariada. “Seguramente ha encontrado a alguien y se ha ido sin avisar.” Anthony quería ser amable, pero le costaba trabajo encontrar el modo de serlo y se retuvo por miedo a producir el efecto contrario. John había sacado un pedazo de papel del bolsillo y anotaba algo en él. “Toma, Anthony, aquí te he apuntado mi dirección y mi teléfono. Llámame cuando te apetezca o vienes directamente a casa y charlamos tranquilamente.” “De acuerdo, John. Lo haré”,

prometió Anthony. “Por las noches me encontrarás casi siempre. Ahora me voy; estoy un poco cansado.” “Lo entiendo. Me alegra haberte conocido, dijo Anthony sinceramente, mientras le tendía la mano. “Lo mismo digo, hombre”, contestó John estrechándose. Anthony contempló durante unos instantes las anchas espaldas de John mientras se alejaba en dirección a las Torres de Serranos. Después se dirigió de nuevo al *chiringuito* de Radio Klara. “¿Tenéis ron?”, pregunto. Carlos lo miró con una sonrisa irónica y dijo: “Aquí no tenemos alcoholes fuertes; sólo cerveza o vino peleón.” “Bueno, pues ponme una cerveza.” Mientras saboreaba el líquido amargo en un horrible vaso de plástico, Carlos se acercó y espetó, “¿puedo hablar contigo un momento?” “Claro”, contestó Anthony, Carlos cogió al americano por el brazo y lo arrastró hasta un banco un poco alejado del bullicio, situado frente a la falla. Mientras se sentaban, Anthony se fijó en el monumento y se quedó atónito. Era completamente diferente a los que había visto hasta entonces. “Esta falla parece surrealista”, dijo admirado. “Sí. Es un experimento que ha hecho un dibujante, pero estas innovaciones no suelen tener mucho éxito.” Se quedó callado con la cabeza gacha, lo que fue aprovechado por el americano para seguir admirando el espectáculo de una falla integrada en su totalidad por elementos cuya belleza plástica residía en lo que sugerían. El dibujante había sacrificado la evidencia en aras de un estímulo a la imaginación del espectador. “¿Se puede considerar arte a los monumentos falleros?”, se preguntaba. Por toda respuesta se encogió de hombros y miró a Carlos que había levantado la cabeza y se disponía a hablar de nuevo. “¿Sabes que tu programa está teniendo un eco extraordinario?” “Me estoy empezando a dar cuenta; pero eso se lo debemos a Mónica que es la que lleva la iniciativa.” “No estoy de acuerdo, aunque reconozco que ella es un elemento muy valioso. Hay algo que me preocupa más, ¿piensas seguir aquí mucho tiempo?” La pregunta cogió al americano totalmente por sorpresa, pero reaccionó inmediatamente. “Para ser sincero, te diré que no tengo ni idea, ¿por qué lo preguntas?” “Por nada en concreto, pero a menudo me he preguntado por el motivo que te mueve a interesarte tanto por la radio.” Anthony se puso de inmediato en guardia. “Como ya suponía, sospecha algo”, se dijo y enseguida puso su magín a trabajar a pleno rendimiento, pero acabó sucumbiendo a la simplicidad. “Pues es muy sencillo. Salvador al que conocí casualmente en Nueva York me invitó a venir a Valencia y como tenía muchas ganas de visitar Europa, acepté su ofrecimiento”, Anthony hizo una pausa y antes que pudiera continuar se le adelantó Carlos, “y conociste a Mónica y te embarcó en la historia.” “Algo así...”, Anthony continuaba mirándolo intrigado. “Pero, lo que no acabo de entender”, siguió insistiendo Carlos, es esa obsesión tuya por la organización. Nos hemos entrevistado ya tres o cuatro veces y...” “Cuatro”, puntualizó el americano. “Está bien, cuatro. Y en cada una de las ocasiones derivas, casi de inmediato, al tema de la organización de la radio.” “Bueno, eso tiene una explicación aun más sencilla”, replicó de inmediato Anthony que había encontrado una posible vía de salida. “He realizado estudios de antropología cultural. Precisamente, cuando conocí a Salvador, estaba en el último curso de la Universidad. Al integrarme en Radio Klara me sorprendió el proceso de autoorganización que estáis desarrollando y sin darme casi cuenta me encontré estudiando su desarrollo.” “Yo más bien diría que te está sorbiendo el seso.” “No creas. También hago otras cosas.” “Y, entonces, ¿por qué no te integras en alguna comisión de trabajo?” “Ya lo había pensado, pero he estado muy ocupado hasta ahora.” “¿Y a cuál te incorporarías?” “A la comisión de programación”, contestó el americano con rapidez. “Me lo imaginaba”, murmuró Carlos adoptando una actitud muy extraña. “¡Ja, ja, ja!”, el americano no pudo evitar soltar una sonora carcajada. “¿Qué es lo que te hace

tanta gracia?” “La cara que has puesto. Parecía que estuvieras pensando que mi intención es dinamitar la radio.” La expresión de Carlos se endureció. “No es para tomárselo a cachondeo. Estamos inmersos en una crisis de dudoso resultado.” Antes que Anthony pudiera decir nada, Carlos levantó la cabeza y lo miró directamente a los ojos. “¿Recuerdas cuando te explicamos la crisis que atravesó la radio a los pocos años de haber nacido?” “¿Te refieres al asunto de Jenaro y Luis María?” “Exacto.” “Los llamabais el gordo y el flaco, ¿no es cierto? Lo recuerdo perfectamente. Estábamos en casa de Pedro Ríos, también estaba Evaristo...”

Promediaba febrero y el sol próximo a su ocaso aun distribuía sus cálidos rayos en esa tarde invernal. Se habían instalado en la terraza de casa de Pedro, aprovechando que no hacía frío. Alrededor de una mesa saboreaban el café recién servido por éste el cual había tenido la precaución de sacar también una botella de coñac y varias copas.

“Es difícil explicar cómo pudo llegarse a una situación tan crítica”, comentaba Carlos después de beber su primer sorbo de café. “Yo tampoco me lo explico”, corroboró Evaristo. “¿De qué forma entraron en Radio Klara?”, preguntó Anthony que había dispuesto su inseparable grabador para recoger todos los detalles. “Pues de la misma forma que entraban todos en aquella época. Alguien los presentó a la asamblea; explicaron su proyecto de programa y fue aprobado”, explicó Pedro mientras saboreaba el coñac que se había servido. “Sin embargo, hay que reconocer que hacían un programa muy bueno, que tuvo enseguida muchos seguidores.” “¿Qué clase de programa?” “Era un *magazine* de actualidad en el que se ponía en solfa a todo el mundo. Jenaro disponía de un bagaje cultural extraordinario y sabía sacarle el máximo partido”, terció Evaristo con voz pausada. “Y no se hacían los remolones a la hora de *currar*. En el concierto que organizamos en Benicalap, dieron el callo como el que más”, aseguró Carlos con convicción. “No entiendo, entonces, cuál es el problema”, dijo Anthony sinceramente. Pedro Ríos sorbió otro trago de coñac y adoptó una postura cómoda. “Es cierto que la explicación de todo lo que pasó es difícil”, empezó; “sin embargo, esa explicación existe.” Todos lo miraban expectantes esperando su versión de los hechos. Pedro se tomó su tiempo saboreando el coñac. “Cuando estos personajes se incorporaron a la radio, ésta se organizaba a dos niveles; por un lado estaba el colectivo compuesto de gente comprometida a fondo con la radio, de ideología anarquista o simpatizante de la misma; por otro lado estaban los colaboradores; es decir, aquellos cuyo compromiso con la radio se limitaba al programa que realizaban.”

Aunque Anthony ya conocía, en líneas generales, la mecánica del funcionamiento de la radio en sus inicios, buscó profundizar en los mecanismos de reproducción de los diversos organismos. “¿Cualquiera podía integrarse en el colectivo?” “En principio sí; bastaba que lo propusieran dos miembros del mismo y que no hubiera una gran oposición a que el interesado entrara a formar parte.” “Perdona Pedro que insista en este punto, pero me parece de un gran interés, ¿a qué obedecía esta separación entre colectivo y colaboradores?” Antes que Pedro pudiera intervenir, se adelantó Carlos que ya estaba empezando a impacientarse. “Con ello se trataba de impedir que se colasen en la radio individuos contrarios a la ideología anarquista y cambiasen la orientación de la radio. Algunos grupos políticos estaban muy interesados en controlar las radios libres y Radio Klara empezaba a ser un bocado apetecible por el prestigio que había llegado a alcanzar.” “Ten en cuenta”, intervino Pedro, “que las decisiones se tomaban en las asambleas del colectivo. Las que se realizaban conjuntamente con los colaboradores eran meramente consultivas. Las comisiones

de trabajo estaban compuestas exclusivamente por miembros del colectivo.” “¿Todos los que componían dicho colectivo hacían un programa en la radio?” “No necesariamente; aunque la mayoría tomaba parte en un programa, había algunos que no se sentían capaces de participar en ninguno y se dedicaban a otras tareas.” El sol se había ocultado tras los edificios circundantes y la calidez de la tarde estaba dejando paso a un cierto frescor aun no demasiado desagradable. Evaristo rompió su mutismo, “con esta división de funciones se trataba de evitar también que cualquier desaprensivo utilizara la radio como plataforma personal, que es lo que sucedió con estos personajes. Una radio libre debe tener por objetivo facilitar la difusión de su mensaje a aquellas personas o colectivos que careciesen de medios de expresión. Como decimos nosotros, debe ser la voz de los sin voz. Todo el mundo sabe que yo no soy anarquista, aunque simpatice con algunos de sus presupuestos; pero sí soy defensor acérrimo de los medios de expresión libres y estos tienen que ser defendidos de aquellos que sólo desean utilizarlos para sus intereses particulares.” Anthony asentía a las explicaciones, pero se le veía impaciente por llegar al punto crucial de la discusión. “¿Quieres decir que estos personajes intentaron hacer de la radio su plataforma personal?” Esta vez fue Pedro el que se adelantó a contestar. “Los objetivos que perseguían creo que son imposibles de adivinar. Probablemente ni ellos mismos sabían lo que querían. Antes de llegar a Radio Klara habían pasado por muchas organizaciones y en todas parece que tuvieron dificultades. En los primeros meses de su incorporación nada sucedió; pero en el seno del colectivo había un sector que estaba en desacuerdo con la separación entre éste y los colaboradores...” “Entre los cuales te encontrabas tú”, cortó Carlos con acritud. “Sí, es cierto; pero habían otros muchos también.” “No tantos, Pedro”, terció Evaristo. Anthony creyó adivinar que por fin habían llegado a poner el dedo en la llaga. También intuyó que, a pesar de los años transcurridos la herida seguía abierta... “El caso es que Jenaro y Luis María, que desde luego no tenían un pelo de tontos, se percataron casi enseguida de la división que existía en el seno del colectivo en torno a este punto.” Pedro hablaba con voz tranquila, pero con las necesarias inflexiones que ponían un cierto dramatismo en sus palabras. “Así que se dedicaron a agudizar las contradicciones. Al principio de forma solapada y sibilina, pero luego ya de una forma descarada. De esta forma, en las asambleas generales este punto era sistemáticamente tratado...” “Hasta el aburrimiento”, cortó Evaristo. “Al principio a las asambleas generales acudían casi todos los colaboradores, pero en vista que las discusiones sobre este punto se hacían interminables, empezaron las deserciones y al final sólo acudían ellos y algunos miembros del colectivo.” “Ellos y algunos colaboradores que se habían sumado a su causa”, intervino Carlos. “Exacto.” Pedro había apoyado los brazos en la mesa e intentaba retomar el discurso. Tácitamente los otros lo aceptaron y esperaron sus palabras con expectación. “Lo curioso fue que supieron aprovechar con gran habilidad el discurso de quienes estábamos en desacuerdo con la separación entre colectivo y colaboradores y paulatinamente algunos de estos fueron poniéndose de su parte. Sin embargo sus planteamientos carecían de una base sólida, ya que no tenían un objetivo concreto, salvo manipular la radio a su antojo. Pronto se puso esto en evidencia, pero el conflicto ya nos había desbordado a todos.” Pedro hizo una pausa y se echó hacia atrás en su silla, estirando las piernas. Anthony no dejó pasar la oportunidad de intervenir. “Quizá sea una estupidez lo que voy a decir, ¿pero no hubiera resuelto el problema el integrarlos en el colectivo y neutralizarlos desenmascarando sus intenciones?” “¡Ja, ja, ja!” una fuerte risotada de Pedro acogió las palabras del americano que se quedó corrido y con la boca abierta. “¡Muy bueno!” exclamó cuando se hubo calmado. “Brindo por

eso”, continuó, levantando la copa y pegándose un *lingotazo*. Después apoyó los brazos en la mesa de nuevo y empezó a hablar pausadamente y con voz muy seria. “Aunque te parezca increíble hubo alguien del colectivo que hizo exactamente esa propuesta.” “¡Carajo!”, exclamó el americano. Carlos y Evaristo seguían la escena con expresión risueña. “Lo más divertido del caso es que, si esos dos pájaros no hubieran estado metiendo bronca, se les habría incorporado al colectivo sin mayores problemas; pero a esa altura de la confrontación no tuvieron más remedio que rehusar el ofrecimiento, porque en caso contrario hubieran quedado atrapados en su propia contradicción.” “¿Y cómo se resolvió el problema?”, preguntó el americano que estaba sobre ascuas. “Cometieron un error que al final les costó muy caro.” Pedro se sirvió otro coñac e hizo un gesto hacia los demás que rehusaron. Después de saborear un largo trago, continuó: “Cuando al fin se dieron cuenta que no iban a conseguir nada, comenzaron a criticar al colectivo a través de los micrófonos.” “Eso es una actitud rastrera y ruin”, se escandalizó el americano. “Nos insultaban llamándonos estalinistas, autoritarios y lindezas por el estilo. ¡Ellos!”, intervino Carlos soltando una risita nerviosa. “Pero al menos sirvió para vencer los últimos escrúpulos de aquellos que se obstinaban en oponerse a que se produjeran expulsiones en Radio Klara, porque decían que eso podría crear un precedente muy peligroso”, continuó Pedro retomando su discurso. “En la asamblea del colectivo se nombró una comisión que se encargó de impedirles la entrada en la radio, después que se les hubiera advertido reiteradas veces que el colectivo había acordado retirarles el programa.” “¿Y aceptaron sin más?”, el americano insistía sin tregua. “Hubo al principio un conato de resistencia; pero inmediatamente se dieron cuenta que habían sido vencidos con sus propias armas. Jenaro, el más inteligente de los dos con mucha diferencia, se retiró silenciosamente; pero Luis María consiguió arrastrar a un grupo de colaboradores que se fueron con él, con la intención de montar otra radio que hiciera la competencia a la nuestra.” “Sí, pero antes se dedicaron a escribir calumnias contra nosotros. Uno de esos libelos apareció en una conocida cartelera de cine que nunca nos ha tenido una gran simpatía”, saltó Carlos sin poderse contener. “¿Conserváis alguno de esos escritos?”, preguntó Anthony muy interesado. “Creo que tengo los recortes por casa. Ya te los pasaré”, le aseguró Carlos. Anthony lo miró con gran escepticismo, pero no quiso insistir. Si no se los facilitaba no le resultaría muy difícil encontrar los documentos en la hemeroteca. Después levantó la vista y los miró extrañado del repentino silencio que se había abierto entre ellos. Apenas una débil claridad que parecía venir de las profundidades de la tierra iluminaba en esos momentos la terraza. Anthony sintió un escalofrío; empezaba a refrescar seriamente, pero no quiso decir nada por temor a cortar la reunión. Todavía quedaban algunos cabos sueltos.

“¿Esa supuesta radio llegó a funcionar?” “Por supuesto”, era Pedro que de nuevo se lanzaba al ataque. “Y lograron hacer algunos programas muy interesantes. Era lo que nosotros habíamos dicho siempre: *Cal que neixen flors a cada instant*, una estrofa de una preciosa canción de Lluís Llach.” El americano sonrió; se había familiarizado ya con el idioma vernáculo y casi no tenía dificultades en comprenderlo. “Lo lamentable es que hubiera nacido de la forma que lo hizo; además sus inspiradores lo entendían de forma bastante diferente.” “Y tan diferente. El promotor participó años más tarde, acompañado de su señora, a la que había conocido precisamente en la radio que fundaron, en un concurso televisivo”, intervino Carlos con rabia contenida. “*La otra parte del melón* creo que se llamaba.” Al ver el gesto de perplejidad del americano, aclaró, “era un programa al que acudían matrimonios y allí sacaban todos sus trapos sucios. Este individuo montó allí un espectáculo lamentable, según me dijeron. En fin

una basura. Existen formas mucho más dignas de ganar dinero.” “¿Existe todavía esa radio?” Todos sonrieron ante la pregunta de Anthony que se quedó perplejo. “Desgraciadamente no”, de nuevo Pedro tomaba la palabra, “no sé cuánto tiempo duró, aunque no debió ser mucho. Sólo sé que acabó como *el rosario de la aurora...*”

Anthony no pudo evitar sonreír al recordarlo; aunque entonces no sabía el significado, se guardó de inquirirlo. “¿De qué te ríes?”, preguntó Carlos que lo observaba desde hacía rato sin proferir palabra. “Me estaba acordando de algo divertido.” “¿Referente a la organización de la radio?”, bromeó. “No exactamente”, el americano se quedó un momento callado y luego dijo como si hablara consigo mismo, “A menudo pienso en el inmenso esfuerzo que supone mantener vivo un proceso de autoorganización debido a su extrema fragilidad y a su carácter efímero; en la mayor parte de los casos los resultados son *frustrantes*; sin embargo, es precisamente esa aparente fragilidad la que le proporciona su extraordinaria energía. Recuerdo haber leído hace tiempo que el poder se vuelve tanto más frágil cuantos más apoyos recibe.” “No entiendo lo que quieres decir.” “Me temo que yo tampoco, pero no cabe duda que es un buen punto de partida para la reflexión.” Carlos sonrió y extrajo unos papeles de uno de sus bolsillos y se los dio al americano. “¿Qué es esto?” “Algunos de los escritos de aquella gente de la que estuvimos hablando. Te he hecho fotocopia de todo lo que he podido encontrar.” Anthony se quedó contemplando los papeles visiblemente emocionado. “No sabes cuánto te lo agradezco, Carlos”, dijo al fin. “Prometo hacer buen uso de ellos.” “Eso espero”, rió. “¿Pensáis hacer el programa el próximo martes?” La pregunta cogió al americano a *contrapié*. “Pues no; Mónica se ha ido fuera y no regresará hasta después de fallas. Bueno, mejor dicho, antes que se fuera lo grabamos y Juan Antonio nos prometió que se encargaría de ponerlo. Lo prefiero así; no me veía con ánimos de hacerlo sólo.” Carlos lo miró sonriente y le espetó: “Eso no me lo creo. Eres tan capaz como cualquiera; pero has decidido disfrutar de las fallas y me parece estupendo.” Anthony se encogió de hombros. “Bien, Carlos. Me marcho. Gracias de nuevo por las fotocopias.” “No se merecen.” Carlos contempló la menuda figura del americano alejándose y sin poderlo evitar murmuró: “¿Qué habrá venido a hacer a Valencia?”

Anthony abrió la puerta de la habitación y se dirigió como un sonámbulo hacia el aseo. Cuando salió se dirigió a la cocina a prepararse un café, “espero que acabe por recomponerme”, murmuró. Consultó su reloj, “todavía tengo dos horas”, se dijo y se dirigió a su habitación, cogió unos papeles y volvió a la cocina donde el café ya estaba lanzando su humeante alarma. Se sirvió una taza y mientras lo saboreaba leyó por enésima vez los escritos que le pasara Carlos. Un pasaje de una carta escrita por uno de los expulsados y dirigida al colectivo, llamó particularmente su atención. Se dio cuenta inmediatamente que debía tener graves problemas personales y no sólo de sintaxis:

He estado pendiente estos meses de que vuestro cerrilismo acabara y de que vuestra demagógica propuesta de radio libre y libertaria os la creyerais sobre todo, vosotros mismos. No ha sido así, y os prometo que lo lamento profundamente. Lo lamento porque de esta «sin razón» que acabáis de cometer, va a salir perjudicada Radio Klara, que al fin y al cabo, tiene entre los oyentes la imagen de una bocanada de aire libre. Yo por mi parte quiero decir que voy a denunciaros públicamente, que os voy a pedir públicamente un debate con vosotros; debate que os he pedido a nivel privado durante meses y que siempre me habéis negado, amparándoos en unos formalismos de poder increíbles. Yo se que era miedo. Miedo no a perder el control sobre un

mensaje libertario. No, que va. Eso sería incluso bonito. No, vuestro miedo es más sencillo, más infantil. Es un miedo atroz a perder vuestra engañosa militancia. Miedo a que os quedéis sin poder. Miedo enfermizo y digno de tratamiento (es un consejo) a «que fuerzas ocultas del Este Marxista» os quiten vuestro juguetito. «juguetito» que además no os sirve para nada, porque si en Radio Klara se han dado mensajes progresistas y lúdicos, no han sido por supuesto los vuestros, que radiofónicamente sois unos «muermos». Simplemente tenéis miedo a dejar de ser los amos. Y aunque es muy grave en una mentalidad libertaria, es aún mucho más grave si se predica si encima no hay verdaderamente nadie que quiera tomar ningún poder. Y os digo esto porque ante vuestro poco sentido común, poca inteligencia; si me hubiera sentido capaz de arrebatáros el poder con una estrategia adecuada. Pero curiosamente yo que no soy libertario si que estoy en contra del poder. Y eso os lo puede atestiguar mi vida hasta ahora mismo, en cantidad de actitudes y lo que es más importante, en cantidad de hechos en mi vida que así lo atestiguan.

“¡Qué pendejada!” ¡Qué falta de ética!”, gritó con rabia. Se acabó el café y se dirigió a su mesa de trabajo. Antes de salir quería escribir la carta a su director de tesis que acompañaría al informe. El día anterior lo había dedicado a completarlo y a corregir algunos pasajes que no acababan de gustarle. Treinta folios de un proyecto ya consolidado y con una base documental muy sólida; aunque era consciente que todavía le quedaba mucho por hacer se sentía satisfecho. Cogió una hoja y un bolígrafo y dejó que la mano transfiriera al papel la carta que ya tenía escrita en la mente.

Valencia a 18 de marzo de 1997

Querido profesor y amigo:

Te adjunto el informe completo que, como podrás comprobar, recoge todos los aspectos que ya había planteado en mis hipótesis de partida. Siguiendo tus consejos he incorporado los dos informes anteriores corrigiendo las partes más confusas de mi argumentación y reforzando la tesis básica en la que me apoyo: un medio de comunicación independiente (aquí lo llaman libre, porque independiente ha perdido fuerza demostrativa y no se trata sólo de una cuestión semántica, como explico en el informe) no sólo es posible en una democracia consolidada, sino que es absolutamente necesario. Pero esa necesidad surge del lado oscuro de la democracia.

La falacia y la mitología que se han ido tejiendo en torno a las llamadas libertades democráticas, se enfrentan a su imagen reflejada en el espejo y acaban por descubrirse a sí mismas.

Ya creo percibir tu sonrisa irónica al leer estas líneas. También yo estoy dispuesto a reírme; pero en el otro lado del espejo.

Esperaré con ansiedad tus críticas que, como siempre, me servirán de estímulo.

En la vertiente más festiva de mi vida en esta ciudad he de confesarte que me he integrado completamente; me he abandonado a la sensación de vivir, aunque ya sé que te será difícil creerlo. La fiesta grande que ya está dando sus últimos coletazos tiene un carácter difícil de explicar. El domingo pasado elaboré un plan para poder contemplar algunos monumentos (se plantan más de 400); pero calculé mal los tiempos y fracasé; pero ayer lo planeé mejor y después de trabajar en el informe lo que restaba de la mañana, dormí durante toda la tarde y ya de madrugada, sin agobios, pude disfrutar de su contemplación. Uno de esos monumentos llamó particularmente mi atención. Estaba plantado en una pequeña plaza del barrio antiguo y casi ocupaba toda la extensión de la misma. Me pareció de una belleza sublime. Mañana por la noche todos serán pasto de las llamas; pero he tenido la precaución

de tomar muchas diapositivas antes que eso ocurra. Espero que el fuego no me funda a mí también.

Ahora me dispongo a ver un espectáculo de fuegos artificiales que promete ser muy excitante y por favor no me juzgues demasiado severamente.

Un abrazo

Anthony García

Cogió la misiva y el informe y los introdujo en el sobre ya preparado. Luego acabó de vestirse y se dispuso a rendir visita al lugar de los fuegos.

Cuando llegó a la plaza del Ayuntamiento aun no había mucha gente, todavía faltaba más de una hora para que comenzara la *mascletá*, pero algunos grupos ya habían tomado posiciones. El americano se dirigió sin vacilar a la fuente y se apoyó en ella. A su derecha, a unos metros, se hallaba emplazada la falla del Ayuntamiento, una impresionante imitación del David de Miguel Ángel de tamaño gigantesco. Frente a él, a unos treinta metros se encontraba la zona de fuegos, junto a la pequeña explanada que circundaban los puestos de flores. Ahora se encontraba circundada por una alta valla metálica para evitar accidentes. Satisfecho de su emplazamiento buscó la agenda y se puso a repasar sus notas, una forma como otra de entretener la espera.

Programas de radio para las próximas semanas.

“Con el material que he reunido creo que haremos un buen papel. Lo mejor sería distribuirlo en tres programas o quizá cuatro. El anarquismo autóctono norteamericano desde el individualista Tucker, hasta el anarquismo filosófico de Bookchin y Chomsky, pasando por Spooner y el anarco-feminismo de Volterine de Cleyre. Después el anarquismo importado de Europa con el movimiento por las ocho horas, el 1º de mayo y la tragedia de Chicago. El anarquismo del primer tercio del siglo XX, con Alejandro Berkman, Emma Goldman y tantos otros. Luego podríamos atacar el desarrollo de los grupos radicales de mediados del siglo, el movimiento *hippy*, para llegar al anarquismo actual con el estudio de los grupos radicales de Nueva York, San Francisco y otros lugares. Un mundo que desconocía casi por completo.” Anthony se regodeaba en sus reflexiones, mientras a su alrededor comenzaba a instalarse la gente.

Una serie de empujones volvieron al americano a la realidad. Dio un vistazo en torno y no pudo reprimir un gesto de asombro. Aun faltaba casi media hora para el comienzo y la plaza estaba ya a rebosar. Anthony decidió subirse a la fuente, como ya habían hechos otros, y ganó perspectiva, al mismo tiempo que se zafaba del agobio que ya empezaba a ser asfixiante.

Volvió a su agenda. “Tengo que quedar un día con Indalecio para hablar de los programas de música en la radio. Su gran conocimiento del Jazz lo convierte en alguien imprescindible. Por fin alguien con quien hablar de mi tema favorito.” Siguió hojeando. “También tengo que contactar con Eleuterio”, al nombrarlo un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

Un griterío le sobresaltó; miró en derredor, pero nada parecía justificarlo. Se encogió de hombros, pero empezó a aumentar de tono hasta ensordecer; consultó entonces su reloj y comprendió a qué se debía la algarabía: faltaban tan sólo unos instantes. Una explosión sorda seguida de un objeto que ascendía hacia los cielos avisó que ya había dado comienzo. Anthony siguió la estela de humo del objeto que estalló en el aire con una fuerte explosión. Un minuto después ascendía otro y por último un tercero. A la explosión de éste siguieron casi sin transición una serie continua de explosiones evidenciadas por un vívido resplandor. Las explosiones se sucedían unas a otras sin interrupción y al eco de la anterior se sumaba el retumbar de la siguiente haciendo que el ruido fuera *in crescendo*. Con un ritmo inteligentemente calculado se

combinaba la explosión de los petardos con el detonar rapidísimo de los cohetes que ascendían hacia la bóveda celeste silbando diabólicamente. Anthony se había agarrado fuertemente a la baranda de la fuente e instintivamente había abierto la boca. Con los ojos muy abiertos contemplaba el espectáculo que lo había hipnotizado. El humo había ya cubierto totalmente la zona de fuegos, disipado aquí y allá únicamente por el luminoso resplandor de las explosiones. Sin el más mínimo fallo, sin una vacilación, la traca se fue consumiendo hasta llegar al último *masolet* y desde allí a las carcasas que lanzaron hacia el cielo su carga explosiva. Aun no se había apagado el eco del último obús cuando una atronadora salva de aplausos estalló en toda la plaza. Anthony todavía medio atontado por el fantástico estruendo, que había hecho temblar el suelo de la plaza como si de un terremoto se tratara y que apenas había durado unos cinco minutos, pero que a él le había parecido horas, separó las manos de la baranda y se sumó batiendo palmas frenéticamente. A punto estuvo de perder el equilibrio, lo impidió el que prácticamente estuviera sujeto por el inmenso gentío. El agradable aroma de la pólvora quemada que aspiraba desde hacía rato lo tenía embriagado de placer.

El humo comenzaba a disiparse y la gente se disponía a dispersarse. Distráido, el americano paseó la mirada a su alrededor y a su izquierda no muy lejos creyó percibir entre las desgarraduras del humo la atractiva figura de Vanessa. Parecía una diosa salida de las brumas del amanecer acudiendo en ayuda de su protegido. Una ráfaga de aire trajo una nueva bocanada de humo y la figura desapareció. Anthony intentó desesperadamente abrirse paso entre la gente, pero pronto se percató de lo inútil de su pretensión. Procuró atisbar por entre los resquicios que poco a poco se iban abriendo entre los diversos grupos de gente, pero también inútil. Con gran nerviosismo se subió de nuevo a la fuente y buscó con la mirada. Nada. “Debe haber sido un espejismo”, se rindió el americano con amargura. “Estoy obsesionado con esa mujer y sin embargo estoy terriblemente enamorado de Mónica. ¿Me estaré volviendo loco?”, murmuró el americano desesperado. Se bajó y comenzó a caminar hacia la calle de las Barcas. Se habían abierto grandes claros y no tardaría en despejarse completamente la plaza. Poco antes de llegar a la entrada de la calle, una voz saludó: “¡Hola, Antonio!” El americano se tensó y se volvió lentamente. Frente a él se encontraba Vanessa con el cabello suelto cayéndole sobre los hombros. Vestía una falda ajustada, una camisa clara y una elegante chaquetilla de punto. “¡Qué hermosa es!”, pensó Anthony. “¡Ho...la, Vanessa!”, tartamudeó. “Te he visto hace un rato subido a la fuente y aplaudiendo como un loco. Parecías un mono del circo”, rió la muchacha. “Bueno, Antonio, ¿no me vas a dar un beso? No parece que te alegre mucho verme.” Anthony salió de su trance y se abrazaron. “Sabes, Vanessa, he estado viajando en metro muchas veces...” “¿Qué dices?” Anthony frunció el ceño. “¿No recuerdas que cuando nos separamos hace más de seis meses me aconsejaste que leyera *Rayuela*?” “Sí, pero no entiendo.” “Pues al principio estuve dando vueltas durante días por aquel lugar, porque *la técnica consistía en citarse vagamente en un barrio a cierta hora. Les gustaba desafiar el peligro de no encontrarse, de pasar el día solos...*; después pensé que te habías confundido y que en realidad querías referirte a su cuento *Manuscrito encontrado en un bolsillo* y me hice un pertinaz viajero del metro.” “Pero yo no conozco ese cuento.” “Pues el protagonista viaja en metro e imagina en él un juego de encuentros y *desencuentros* azarosos.” Vanessa rió con ganas. “Bastaba con que hubieras leído la primera página de *Rayuela* que dice algo así: *¿Encontraría a la Maga? (...) era tan natural cruzar la calle, subir los peldaños del puente, entrar en su delgada cintura y acercarme a la Maga que sonreía sin sorpresa, convencida como yo de que un encuentro casual era lo menos casual en nuestras*

vidas, y que la gente que se da citas precisas es la misma que necesita papel rayado para escribirse o que aprieta desde abajo el tubo de dentífrico.”

El americano no pudo evitar un gesto indefinido entre divertido y asombrado, “o sea que el azar te ha fallado.” “Al contrario, nos hemos encontrado ahora, en medio de una inmensa cantidad de gente, ¿cómo llamarías tu a eso?” Anthony asintió con la cabeza y sonrió de nuevo. “La vida es una sucesión de encuentros imprevistos, pero el último es siempre el más excitante, leí una vez en una novela, aunque no recuerdo en cual.” “Te apasiona la literatura, ¿no es cierto?” Vanessa lo miró fijamente y musitó, “es lo único que todavía da sentido a mi vida. Es mi último refugio.” El americano se sorprendió de la gravedad con que la muchacha había pronunciado esas palabras. Vanessa se repuso inmediatamente y preguntó con sorna: “Te he visto muy emocionado con la *mascletá*, ¿no la habías visto nunca?” “No. Es la primera vez y ha sido fantástico. Por cierto, ¿Qué tal va el negocio de cosmética?” “¡Cómo!” se extrañó la muchacha, pero reaccionó casi de inmediato. “¡Ah! Te refieres a mi trabajo. Lo dejé hace un par de meses. Me aburría mortalmente. De momento estoy viviendo de mis ahorros.” Un cruel presentimiento, que ya se había insinuado la primera vez, volvió a instalarse con más fuerza en el ánimo de Anthony. “¿A dónde ibas?”, preguntó Vanessa. “A buscar un sitio para comer.” “Te propongo ir a la playa y encargar una *paella*.” El americano la miró con los ojos brillantes. “De acuerdo”, dijo sin pensarlo.

“¿Dónde vamos a comer?”, preguntó Anthony cuando descendieron del autobús. “Al Quilombo. Un restaurante muy coquetón que está aquí cerca a pocos metros de la playa y además hacen unas *paellas* estupendas.

La pareja seguía charlando animadamente insensible al paso del tiempo. Un suave manto aterciopelado de oscuridad había caído sobre ellos. Se encontraban en la terraza del restaurante donde los camareros ya estaban disponiendo las mesas para la cena. “Por cierto, no te he preguntado que te ha parecido la *paella*.” “¡Oh! Estaba exquisita, pero me parece que ya he hecho la digestión.” Vanessa soltó una risa divertida. “Si, es cierto. Ha pasado el tiempo volando. Perdona un momento, Antonio”, se excusó y se levantó dirigiéndose hacia el mostrador. “¿Te apetece dar un paseo por la playa?” La pregunta sorprendió al americano que se encontraba mirando el rutilar de las luces en el mar. Se volvió hacia ella e inquirió extrañado, ¿y la cuenta?” “Ya está resuelto.” “Pero...” “No hay peros que valgan.” “Gracias”, murmuró el americano. “Ha sido un placer”, rió Vanessa y se colgó del brazo de su amigo, encaminándose a la playa.

Caminaban por la orilla estrechamente unidos. Anthony la tenía enlazada por el talle y ella se apretaba contra él. “¿Sabes, Antonio?” El americano la miró, sus caras muy juntas. “Sería muy fácil enamorarme de ti.” El muchacho sintió que su corazón latía más de prisa, pero no se dejó impresionar. “Eres muy amable, pero no me lo creo.” “¿Por qué?”, dijo la muchacha deteniéndose. “Vamos, Vanessa, ¿no tienes ojos en la cara?” “¿Piensas, acaso, que en el amor sólo cuenta el físico?” “No tengo ni idea; creo que nunca me he enamorado.” Sin saber por qué la mentira le hizo daño. “¡No es posible!”, exclamó Vanessa impresionada y luego añadió: “Ven, sentémonos allí”, corriendo hacia un grupo de barcas medio volcadas sobre la arena formando semicírculo. El americano la siguió despacio; su nerviosismo crecía. Se sentó junto a la muchacha y apoyó la cabeza en el costado de la barca contemplando la negrura del mar, salpicado aquí y allá de blanca espuma. “Hace una noche maravillosa”, se extasió Vanessa mirando hacia el cielo. “¿Buscas algo?”, preguntó el americano observándola. “Busco la luna”, dijo Vanessa riendo, “pero me parece que esta noche nos ha abandonado.” “No lo creas; nos está mirando agazapada entre las olas.” “¡Qué

romántico eres, Antonio!” Vanessa se volvió hacia el muchacho y se inclinó. Sus bocas se unieron en un beso prolongado, la lengua de la muchacha se internaba osadamente en la cavidad húmeda de su amigo haciéndole cosquillas en el paladar. El nerviosismo había dejado paso a una creciente excitación; sus manos acariciaban suavemente las tetas de Vanessa. Ella bajó su mano y comenzó a acariciarle la entrepierna; le bajó la bragueta y sacó el miembro endurecido y tumefacto agarrándolo con delicadeza; mientras tanto Anthony le había desabrochado la camisa y quitado el sujetador. Su boca ávida se apoderó de un pezón y lo chupó con glotonería, luego el otro. La muchacha suspiraba y acariciaba el pene rozándolo con las yemas de sus dedos, aumentando la excitación del americano que insinuó una mano entre las piernas de la muchacha. Ella se subió la falda hasta la cintura y él apoyó la mano en su sexo, sintiendo un calor de fuego que le subía por los dedos hasta fundirle el corazón. Le quitó las bragas y ella le ayudó a bajarse los pantalones; casi desnudos, sintiendo en sus cuerpos el calor de la excitación y la suave humedad de la arena que se adhería a su piel. Se unieron en un estrecho abrazo; sus bocas se fundieron y sus lenguas buscaron lugares aun no explorados. Anthony acercó su miembro duro al sexo de la muchacha que se abrió como una flor; se insinuó en la entrada y fue introduciéndose lentamente. Los dos amantes se arquearon de placer. El ritmo suave de las olas batiendo contra la playa parecía dar la pauta. Luego los movimientos se intensificaron... La luna entre las olas sonreía.

Vanessa con los ojos humedecidos acariciaba el cabello del americano. Éste, mirándola con arrobó, comenzó: “Ha sido...” Ella le puso un dedo en los labios y murmuró: “No digas nada. Deja que las olas susurren nuestros nombres.” “¿Estás llorando?” “No; debe ser una mota que se me ha metido en los ojos”, contestó Vanessa y se cubrió la cara con las manos estallando en sollozos. Anthony no sabía qué hacer; en esos momentos hubiese dado lo que fuera por consolar a su amiga. De pronto se sintió impotente. “¿Qué te pasa, Vanessa?” “Nada, Antonio. Solo que la vida es muy injusta.” Apartó las manos de la cara y miró a su amigo. “¿Te acuerdas cuando antes te dije que sería muy fácil enamorarme de ti?” Ante el gesto de extrañeza del americano, prosiguió: “Lo sería, desde luego, si no fuera porque estoy locamente enamorada de otro hombre que me ha traicionado vilmente.” Se calló un momento y entre sollozos confesó: “Te he mentado. Nunca me he dedicado a la cosmética. Soy una prostituta.” Anthony no pudo reprimir un grito de rabia; inconscientemente se levantó y corrió hacia la orilla del mar; se arrodilló y besó las olas llorando como un chiquillo. Todos sus presentimientos se habían confirmado; levantó los puños al cielo y maldijo. Vanessa corrió asustada y se arrodilló junto a él. “Por favor, cálmate”, susurró.

“Hace cuatro o cinco años conocí casualmente a un hombre; yo acababa de salir de una relación tormentosa y estaba desesperada. Su aparición no pudo ser más providencial.” Paseaban por la orilla del mar; las olas al morir en la arena lamían suavemente sus pies descalzos. Vanessa había secado sus lágrimas completamente y su corazón se abría a la confianza que el americano seguía atentamente, con el corazón batiendo fuertemente en el pecho. “Yo entonces trabajaba en unos grandes almacenes; en la sección de perfumería”, al decir esto la muchacha sonrió. “Él venía muchas tardes a buscarme y siempre me traía un ramillete de flores. Pensé que por fin los hados se habían apiadado de mí. Me enamoré locamente; como nunca en mi vida lo había estado. Hacíamos el amor constantemente, en cualquier lugar y a cualquier hora. Yo creía morir de placer. El idilio duró un año aproximadamente; me parecía estar viviendo en el edén. Después todo cambió bruscamente. Al principio sólo fueron insinuaciones veladas, pero al cabo de poco tiempo descubrió su juego:

Si no haces lo que te pido, me marcharé de tu lado, me dijo un día. Todo a mi alrededor se derrumbó. Pensé incluso en suicidarme, pero no quería perderlo y al fin acepté sus proposiciones.” La muchacha se quedó callada. Las olas, antes alegres, parecían ahora susurrar tragedia. “Empecé a recibir hombres en casa. Mi amante los buscaba y concertaba la cita; yo había perdido completamente la voluntad y me dejaba hacer.” Anthony no pudo contenerse por más tiempo y gritó: “Dime quién es ese tipo y lo mataré con mis propias manos.” Vanessa lo miró asustada y dijo con firmeza, “no quiero que te metas en esto, Antonio. Es algo que me atañe a mí personalmente y soy yo quien tiene que resolverlo. ¿Lo has entendido?” El americano bajó la cabeza compungido y asintió con pesar. La muchacha, después de un prolongado silencio, continuó su relato. “El año pasado, creo que fue en el mes de julio, vino la policía a mi casa.” “¿La policía?”, se sobresaltó Anthony. “Sí. Un hombre y una mujer, pero no vestían de uniforme.” “¿Y qué querían? ¿Sabían que te prostituías?” “Sí; lo sabían; pero no vinieron por eso. Querían que les explicara detalles de la vida de mi amante.” “¿De tu amante? Tu chulo, querrás decir”, se exaltó el americano en un arrebató. Vanessa lo miró con ojos tristes y Anthony murmuró, “lo siento.” “Al principio me mostré reticente, pero luego me di cuenta que ellos sabían incluso más que yo. Me dio la impresión que lo único que querían averiguar era la relación que nos unía. Al final se ofrecieron a ayudarme; pero les dije que todo era inútil. Les confesé que en más de una ocasión había intentado huir de él, pero que al fin siempre acababa regresando. No quería perderlo. ¿Recuerdas el día que nos conocimos?” “¿Cómo iba a olvidarlo!”, dijo Anthony para sí. “Pues precisamente me escondía de él cuando opté por entrar en esa cafetería, logrando despistarlo; pero dos días después volví a su lado.” Al llegar a este punto Vanessa estalló de nuevo en sollozos y se arrodilló en la arena. Anthony cayó también de rodillas y se abrazó a ella en un gesto de infinita ternura.

Tumbados en la arena, veían los guiños de las estrellas en el firmamento y dejaban volar su imaginación. Vanessa ya dueña de sí, continuó diciendo: “El hombre que dijo ser inspector de no sé qué brigada me dio su tarjeta diciéndome que si necesitaba ayuda lo llamara sin importar la hora que fuera.” “¿No te parece todo muy extraño?” “¿Por qué extraño?” “No sé; pero hay muchas cosas que no encajan. ¿Por qué buscaban a tu amigo?” “No lo buscaban. Sólo querían información sobre él; pero no me dieron la razón, ni yo se lo pregunté.” “¿Sabes si es traficante?” Vanessa se alzó sobre un codo y lo miró a los ojos asombrada. “No lo sé, pero no lo creo. Bueno, ¡basta ya!” Le dio un beso fugaz al muchacho y luego se levantó y echó a correr hacia el paseo marítimo, gesticulando y riéndose a carcajadas. Anthony se levantó a su vez y fue tras ella alcanzándola antes de llegar a su objetivo. Cayeron de nuevo sobre la arena estrechamente entrelazados y uniendo sus bocas en un beso interminable. “Creo que será mejor que volvamos”, dijo Vanessa deshaciendo el abrazo y calzándose. Ambos se levantaron y caminaron en silencio hasta una parada de taxis. La avenida que corría paralela al mar había alcanzado en esos momentos su grado máximo de animación. Los coches se sucedían en apretadas filas y el ruido de las discotecas y los *pubs* llegaba nítidamente hasta sus oídos. “Esto está muy animado”, dijo Anthony. “Casi siempre está así. Es la combinación perfecta: la música del mar y el ruido de la música, anulándose mutuamente. Yo prefiero la música del silencio y el vacío de la música, es una combinación mucho más elegante.” Anthony rió en su interior ante la salida estrambótica de su amiga. Subieron en un taxi. “A las torres de Serranos”, dijo ella. Él iba a protestar, pero se lo pensó mejor y se dejó conducir. Se encontraban en el mismo lugar que la primera vez que se despidieron, besándose tiernamente, protegidos por la inmensa mole de las torres. Anthony, al bajar del taxi,

había mirado con disimulo hacia el lugar donde dos días antes había encontrado la verbena, pero ya todo estaba en silencio. La primera claridad de la aurora comenzaba a insinuarse tímidamente en el horizonte. La muchacha fue quien tomó la iniciativa: “¡Adiós, Anthony! Te deseo mucha suerte.” “¿Cuándo...?” Vanessa puso una mano en sus labios y musitó: “No, por favor. Trae mala suerte.” “Aconséjame, al menos, algún libro que me ayude a encontrarte.” Vanessa sonrió y le preguntó: “¿Has leído a Lawrence Durrell?” “Sé quién es, pero no he leído nada suyo.” “Entonces lee, cuando puedas, *El Cuarteto de Alejandría*.” “¿Me guiará hacia ti?” “No, pero te ayudará a comprender muchas cosas.” Vanessa lo besó por última vez y se alejó rápidamente. El americano, enmarcado de nuevo por el enorme vano de la puerta de las torres, la vio alejarse y sus ojos se humedecieron.

Capítulo 5º

¿Sabe que su mono ha metido un cojón en mi vaso de güisqui?

El Jazz y la música de la amistad

Anthony consiguió al fin abrirse paso hasta el mostrador y agenciarse un taburete al que se encaramó diligentemente. Aun tuvo que esperar un buen rato antes que un camarero viniese a atenderle. El bar estaba de bote en bote y los empleados multiplicaban sus movimientos en un esfuerzo sobrehumano por atenderlos a todos lo más rápidamente posible. “¿Qué desea, caballero?” Anthony sonrió al oírse llamar de nuevo así; aunque al principio le causaba un cierto desasosiego, acabó acostumbrándose y ahora ya le había cogido el gusto. “Una cerveza y un plato de mejillones.” “¿Un entero?” Como siempre que le hacían una pregunta que no entendía, su cara reflejó la más absoluta perplejidad. ¿Qué querrá decir?”, se dijo. Hacía tiempo que le habían hablado de este bar donde hacían unos mejillones al vapor extraordinarios y aprovechó aquella soleada mañana en que se había tomado un respiro en su trabajo para degustar tan suculento plato; pero esa pregunta lo desconcertó. Ante la duda se limitó a mover la cabeza afirmativamente y el camarero voceó hacia la cocina su pedido. “Realmente deben ser buenos estos mejillones, porque se consumen por toneladas”, pensó Anthony al ver las pilas de conchas que llenaban los grandes recipientes distribuidos estratégicamente por toda la barra. No tardó el camarero en servirle el pedido y el americano comenzó a deglutir los carnosos animales a los que sus valvas ya no podían proteger. El sabor le estimuló los recuerdos y se trasladó mentalmente al día en que se entrevistó con Indalecio...

El sol ya se estaba batiendo en retirada después de haber mostrado su furia. Las calles recalentadas comenzaban a desprenderse de ese especial vaho que tan agradable resulta a los urbanitas. Era media tarde y el barrio todavía estaba tranquilo en aquel sábado de primavera que recordaba en exceso al tórrido verano. Anthony había decidido tomar una cerveza en su bar preferido antes de regresar a casa. Acababa de entrevistar a un miembro de la radio que hacía un programa de jazz y la conversación había derivado hacia los programas musicales que se emitían en Radio Klara. Pero después de la entrevista se le había quedado un extraño mal sabor de boca y le parecía que todavía persistía. Se tomó la cerveza sumido en esas reflexiones, luego resolvió volver a casa para poner en orden la grabación y tomar las notas que le pudieran servir para su trabajo. Sin saber el motivo, tenía en esos momentos un terrible deseo de encontrarse con Mónica.

Nervioso y excitado no acertaba a introducir la llave en la cerradura; cuando al final logró abrir la puerta, se dirigió apresuradamente a la habitación de su amiga para comprobar si se encontraba en casa, pero al disponerse a golpear la puerta oyó unos jadeos producidos por la muchacha que cada vez iban aumentando de intensidad hasta casi convertirse en gritos animalescos. Fue entonces cuando Anthony creyó entender que Mónica repetía insistentemente: “¡más!, ¡más!” Aturdido, Anthony sintió como si le desgarraran las entrañas, al mismo tiempo que infinitos alfileres se clavaban en su corazón. Se sentó en una silla del comedor y apoyando los codos en la mesa que tenía enfrente escondió la cabeza entre las manos a punto de llorar. Todo su cuerpo estaba recorrido por convulsiones y en el momento que se disponía a levantarse para marcharse, se abrió bruscamente la puerta de la habitación de Mónica y apareció ésta vestida con un pantaloncito de deportes y una camiseta totalmente sudada, jadeando. Anthony se quedó contemplándola con cara estúpida;

ella, asombrada de encontrarlo allí, le espetó: "¿Hace mucho rato que estás aquí? ¿Por qué no me has avisado?"

Tras unos instantes de silencio, el americano se atrevió a murmurar: "Creí que estabas ocupada. Oí ruidos." "¿Ocupada? Bueno, simplemente estaba pagando mi tributo a la estética. De vez en cuando hago un poco de ejercicio con la bicicleta estática que me regaló mi madre el día de mi cumpleaños." La expresión de la cara de Anthony sufrió tal transformación que Mónica se asustó y le preguntó, "¿te ocurre algo?" "No", respondió Anthony. "Me duele un poco la cabeza, esos es todo y me disponía a tomar el aire, pero ya se me ha pasado."

Se quedaron mirándose a los ojos y ella creyó intuir en los de él todo lo que había pasado y se echó a reír. Después se le acercó y le ofreció los labios que él se apresuró torpemente a besar. Un beso largo, apasionado al que pronto se unieron las caricias. Ella se desenlazó y cogiendo a Anthony de la mano lo condujo hasta su habitación.

Cruzaron el umbral y el americano pareció internarse en un mundo desconocido, onírico, en el que el placer ya no era algo que pudiera pensarse o desearse. Se había desplazado al otro lado. Ya el *cuadrilátero emplumado* les aguardaba y parecía agitarse emocionado; su cabeza suave y mullida le hacía guiños picarescos. Las paredes blancas, adornadas aquí y allá con *posters* y fotografías, se ondulaban como pequeñas olas dulcemente agitadas por la suave brisa del amor. Anthony se sobresaltó al percatarse que carecía de piernas, o mejor dicho, no notaba ningún roce, como si el suelo ya no estuviera o como si todo su cuerpo se hubiera convertido en algo intangible, etéreo.

Mónica se había detenido junto al tierno regazo del amor; su piel tersa, bañada en sudor, brillaba a la luz difusa que entraba por la ventana, tamizada por la cortina que la cubría. El americano detenido frente a ella, le pasó los brazos por el cuello y la abrazó. Sus bocas se fundieron en un largo beso en el que las respectivas lenguas hacían incursiones atrevidas a la cavidad bucal del contrario, sin temor al peligro de explorar parajes desconocidos. Las manos de Anthony, estimuladas por el ritmo frenético del beso, bajaron con sumo cuidado los tirantes de la camiseta de la muchacha. Dos hermosas tetas, con los pezones sonrosados, se ofrecieron a su vista. De inmediato abandonó la inspección bucal para arrojarse a la exploración de nuevos territorios, completamente vírgenes para él. Sin explicarse la razón, se encontró pensando que si la paradoja de Zenon fuera cierta, su boca jamás alcanzaría el objetivo deseado, quizá por ello empleó un tiempo infinito en lograr su propósito, pero al fin pudo demostrar en la práctica que aquella debía contener alguna premisa falsa, pues su boca se apoderó glotonamente del fruto deseado. Al tiempo que saboreaba con inmenso placer uno y otro pezón de la muchacha, ésta arqueaba la espalda y lanzaba débiles grititos de placer, mientras sus manos se lanzaban sin recato a desabrochar la camisa del americano.

Tras estos primeros escarceos, la excitación había ya alcanzado un punto de ruptura. Con gran nerviosismo se despojaron uno al otro de las últimas prendas que cubrían sus cuerpos agitados por convulsas oleadas de placer y se arrojaron sobre el *cuadrilátero emplumado* que pareció recoger parte de su excitación, porque se agitó completamente al ritmo de los cuerpos que sobre él se dejaban caer. El miembro del americano que había ya alcanzado un volumen extraordinario se erguía, mientras él permanecía unos segundos con la vista clavada en el techo. La muchacha tumbada a su lado se apoyó en un codo y se inclinó hacia él pasando una de sus piernas por encima de las suyas. Con un flexible movimiento de su cuerpo se puso completamente encima del americano y desde su altura lo observó dominándolo con

la mirada. Durante unos instantes los amantes se acariciaron mentalmente y de pronto, como movidos por una música ancestral, sus cuerpos comenzaron un ritmo lento y pausado al principio, para alcanzar en unos instantes un frenesí enloquecido. Mónica frotaba su sexo contra el miembro de su amigo sintiendo en cada sacudida que sus células se disolvían como fundidas por un fuego volcánico. Movido por una señal eterna, el sexo endurecido del americano encontró sin grandes esfuerzos el *altar del sacrificio* en el que introdujo expectante su tumefacta cabeza hasta introducirse completamente. Fue en ese preciso momento cuando Anthony observó que su cuerpo desaparecía absorbido por la urgencia del placer, mientras los cabellos de su amiga agitados por una frenética danza barrían sus últimos pensamientos. Los gritos de placer de Mónica acabaron por consumir el *climax* que los fundió a ambos en una agonía imperecedera...

La habitación había adquirido de nuevo su habitual fisonomía; el artefacto gimnástico reposaba en un rincón de la habitación sin sospechar que había sido el causante involuntario del feliz encuentro. Anthony lo miró en silencio con una mirada de simpatía, después se volvió hacia su amiga que reposaba a su lado con los ojos entornados. “Esta tarde he estado charlando con Indalecio”, le dijo, mientras le pasaba un dedo por los labios entreabiertos. La muchacha abrió los ojos y se giró hacia él, “¡Ah! ¡Sí! Por fin lo has conseguido. No creas que es fácil hacerse con él” “No, ya me he dado cuenta; pero al fin lo logré. Ha sido interesante. Me habló de un programa de música muy interesante que llevaba un tal Llácer. Creo que me dijo que en un principio se llamó *En el culo del loro*, pero algún tiempo después le cambiaron el nombre y pasó a llamarse *Aullidos en el desierto*. En él se daba cobertura a grupos musicales que no disponían de ninguna forma de darse a conocer. Aseguró que tuvo un éxito extraordinario. Después estuvo hablándome de su opinión sobre el jazz, pero no me convenció en absoluto” Hizo una pausa, como si no estuviera muy seguro de sus palabras y luego dirigiendo la vista hacia el infinito, añadió: “Entre las muchas cosas que me ha contado, me ha hablado de alguien que hacía un programa de jazz, justo a la hora en que lo hace él ahora, pero con gran misterio, como si algo terrible hubiera sucedido y no se atreviera a hablar de ello.” Mónica tuvo un estremecimiento, se incorporó apoyándose sobre un brazo y acabó reclinando la cabeza sobre la cabecera de la cama, pero tampoco así parecía haber adquirido la postura más agradable, así que se apoderó de la almohada y apoyó en ella la cabeza, luego volviéndose hacia su amigo le dijo, casi en un susurro: “No es ningún misterio, sino algo muy delicado.” Guardó silencio, incapaz de encontrar las palabras precisas. Sus ojos se humedecieron y volvió la cabeza hacia el otro lado para que su amigo no se diera cuenta que estaba a punto de llorar, pero fue precisamente ese gesto el que alertó al americano. Con suavidad la cogió por la barbilla e hizo que girara la cabeza hacia él. “Si te resulta tan difícil decírmelo, déjalo.” “No, no es eso. Es que cada vez que me acuerdo, sin saber por qué me entran ganas de llorar, aunque ya sé que es una tontería.”

Se calló y se frotó los ojos para borrar las lágrimas que pugnaban por brotar, luego dijo con voz pausada: “Algunos meses antes que llegases a Valencia, el chaval que hacía ese programa se suicidó.” “¡Carajo! ¡Cuánto lo siento! ¿Cómo fue?” “¿El suicidio?”, preguntó la muchacha mirándolo asombrada. “No, mujer, no me entiendes. Pregunto por los motivos.” “¡Ah! Lo ignoro. Creo que nadie lo sabe a ciencia cierta, aunque intuyo que se juntaron muchas cosas, entre otras quizá el mal de amores.” “¿Lo conocías?” “Solo de vista. Coincidimos en algunas asambleas, pero nunca llegamos a hablar personalmente, aunque me hubiera gustado hacerlo, porque su programa de jazz era uno de los mejores que se emitían por la radio. Lo seguía

siempre que podía, al igual que hice después con el programa de Indalecio. Sin embargo, en mi opinión aquél era mucho más original, porque pretendía revitalizar el panorama *jazzístico* de esta ciudad que imperceptiblemente iba entrando en un acusado declive.”

Los dos amigos, apoyados en la cabecera de la cama se dejaron envolver en un balsámico silencio, mientras sus miradas se perdían en las grietas de las paredes. Después de un largo rato, con voz suave, Mónica le propuso al americano comer algo, pero éste la miró con ojos inyectados de pasión y comentó, “me parece una idea mejor comernos nosotros” y uniendo la acción a la palabra extendió un brazo y la rodeó imitando el gesto de Drácula. La muchacha soltó un débil grito y se abandonó en sus brazos.

Antes de que el sueño los venciera definitivamente, Mónica le recordó a su amigo que el día anterior se había instalado la Feria Alternativa en el viejo cauce del Turia.

Anthony se dio un golpe en la frente y exclamó: “¡Carajo! Es cierto. Con todas las emociones del día se me había olvidado.” “No te preocupes, si tienes interés podemos ir mañana, aunque mucho me temo que acudirá mucha gente.” “No importa. Así la veremos en toda su salsa.”

Absorto en sus recuerdos, que a todas luces eran de su agrado, no se dio cuenta que en la puerta de entrada se recortaba una figura muy conocida que lo observaba con gran regocijo. Con gran cuidado fue abriéndose paso entre la gente hasta llegar a la altura del americano y continuó observando sus operaciones que realizaba con gran maestría: cogía un mejillón con gran delicadeza y lo liberaba de la concha inútil y la lanzaba al cubo de los desperdicios, mientras con la otra a modo de pala cogía una porción de salsa que cubría el carnoso mejillón y después la dirigía a su boca donde desaparecía el delicioso manjar tragado por sus voraces fauces; se deshacía del inservible resto y volvía a comenzar la operación después de sorber un trago de cerveza. “Parece que te defiendes bien; a este ritmo pronto darás cuenta del enemigo.” Anthony se quedó paralizado con la boca abierta a punto de tragarse el mejillón que se salvó momentáneamente de ser devorado gracias a la oportuna intervención del amigo. “¡Salvador!”, gritó el americano todavía con el mejillón en la mano que depositó de nuevo en el plato. Ambos amigos se miraron un instante y luego se fundieron en un prolongado abrazo. “¡Qué sorpresa tan agradable!”, dijo Anthony con una sonrisa de sincera alegría. “Yo también me alegro de verte, Anthony”, respondió Salvador y luego continuó, “en realidad hace días que intento dar contigo, pero no he tenido suerte hasta hoy que te he visto casualmente al pasar frente al bar.” “¿Quieres un plato de mejillones? Están deliciosos.” “No lo dudo, pero los odio; de todos modos gracias.” “Tómame al menos una cerveza.” “No puedo, Anthony, tengo mucha prisa. Cuando te he visto iba al encuentro de un amigo y como siempre llego tarde a la cita.” “Como quieras, Salvador”, dijo el americano un tanto decepcionado. “Pero, si te parece, podemos quedar a cenar un día de estos y me cuentas cómo te van las cosas.” Los ojos de Anthony se iluminaron de nuevo y contestó con entusiasmo, “me parece estupendo. ¿Qué día quedamos?” “¿Te va bien el viernes?” “Perfecto.” “Pues entonces nos vemos en *El Manjar Indiscreto* a las nueve y media.” De acuerdo.” “Bien, entonces hasta el viernes, Anthony”, dijo Salvador dándole a su amigo un fuerte apretón de manos. El americano lo observó abrirse paso entre la gente y desaparecer definitivamente entre el bullicio de la calle.

Anthony llegó a la puerta del restaurante algunos minutos antes de la hora señalada. Empujó la puerta con decisión y entró en el pequeño local. A la derecha una pequeña

barra y al final de la misma una escalera de caracol conducía a una sala superior tan pequeña como la inferior. Después de saludar al camarero, ocupado en limpiar unos ceniceros y decirle que eran dos, subió hasta la otra sala mucho más agradable y discreta. Un par de mesas estaban ya ocupadas por sendas parejas arrullándose tiernamente, mientras esperaban la llegada del camarero, aunque no parecían tener mucha prisa en ello. Anthony se sentó en una mesa situada en un ángulo del fondo y se dispuso a esperar pacientemente a su amigo que no se caracterizaba por su puntualidad. Sus pensamientos volaron mecidos por los recuerdos y la alegría que le producía recuperar una amistad que ya creía perdida para siempre. Se vio caminando alegremente hacia el río con el brazo alrededor de la cintura de Mónica...

Envueltos por el manto de su amor y arropados por la gente, una abigarrada mezcolanza de familias con niños, parejas y grupos heterogéneos, descendieron hasta las primeras casetas de la feria. Al llegar a ese punto comprendió el americano a que se debía esa fina neblina que había observado desde el pretil; era el polvo levantando por cientos de pies arrastrándose cansinamente por los pasillos abiertos entre las casetas. Los feriantes luchaban incansablemente contra él, regando constantemente el suelo para convertirlo en algo más consistente que le impidiese levitar, pero a juzgar por los resultados, todo esfuerzo parecía inútil. El sol se había aliado con la tierra para ofrecer un espectáculo sorprendente; el polvo se secaba apenas mojado para describir un bello circuito en el aire y volver a depositarse en tierra después de haber acariciado cientos de pieles sudorosas.

“Este año se celebra el décimo aniversario de la feria alternativa”, la suave voz de su amiga intentando explicarle del mejor modo posible los orígenes y el desarrollo de la feria, sacó al americano de sus extrañas cavilaciones. “Por este motivo, los organizadores se han volcado en la preparación de actos que le den el sentido que se pretende.” “¿Quién la organiza?” “Un colectivo denominado *Caleidoscopio*, en el cual se integran todos los grupos interesados en la misma.” Caminaban lentamente siguiendo la inmensa riada humana que se desplazaba hacia el interior de la feria, deteniéndose aquí y allá en alguna caseta para observar curiosamente las mercancías expuestas. “El objetivo que se persigue”, continuó la muchacha, “es potenciar la autogestión. Únicamente los artesanos pueden aquí vender sus productos. No se permite en absoluto vender mercancías que no han sido producidas por el propio vendedor. En cuanto a los productos alimenticios sólo se permiten aquellos que han sido elaborados por procedimientos biológicos.”

Habían llegado a una explanada en la que se veían desplegadas una serie de mesas. “Aquí está situado el bar”, continuó informando la muchacha, “el cual sirve para financiar parte de los gastos que ocasiona la feria, ya que no se recibe ninguna subvención oficial. Es una de las pocas ferias de este tipo que todavía conserva el espíritu y la forma de las primeras que surgieron allá por los inicios de los años ochenta.” Cruzaron un puente tendido sobre un lecho seco y desembocaron en otra gran explanada. Frente a ellos una caseta abarrotada de gente gesticulando de forma extraña. “Esa debe ser la caseta de información. Vamos a ver.” Mónica cogió de la mano a Anthony y se dirigió corriendo hacia ella. Poco a poco se fue despejando el espacio y pudieron llegar hasta el mostrador, detrás del cual Julia y Elías se esforzaban en atender las preguntas de los numerosos visitantes. “¡Hola!”, saludaron al unísono Anthony y su amiga. Los otros respondieron con un gesto al saludo, mientras satisfacían la insaciable curiosidad de los visitantes que aun quedaban frente al mostrador. “Además de ofrecer servicios de información”, era Mónica que continuaba ilustrando a su joven amigo, “cumple también la función de megafonía,

anunciando las diferentes actividades que van a desarrollarse a lo largo del día y también a poner música o algún programa de radio Klara si éste es interesante." Al fin se había despejado el mostrador y Julia se acercó al americano para interesarse por su programa de radio. Mónica a su vez se dirigió a Elías para hacerle algunas preguntas sobre los problemas con los que se habían tropezado en la organización de la feria. Después de unos momentos de animada conversación, Julia hizo una seña a Elías y saliendo de la caseta cogió a Anthony por un brazo y se lo llevó a un aparte. Con extraordinaria reserva le preguntó qué tal le iba por la radio, añadiendo que su programa era excelente y si le sirvió lo que hablaron en el *cafeto*. A todo ello respondió el americano emocionado, por las molestias que se tomaba hacia él. Después de unos instantes, Julia fue a lo que le interesaba: le preguntó si le apetecería comprometerse más con la radio. Anthony arrugó el entrecejo, porque no entendía muy bien, pero en seguida se lo aclaró. "¿Por qué no te integras en alguna comisión de trabajo?" Recordó la conversación con Carlos hacía unos meses sobre su trabajo en la radio y sonrió. "Sí que me gustaría, hablaré con Mónica para ver qué le parece..." "¿Es que no puedes hacer nada sin que ella intervenga?" Lo insólito de la pregunta, pero especialmente su brusquedad, sorprendieron desagradablemente a Anthony que respondió balbuceando: "El programa lo hacemos juntos y es lógico que le consulte si desea que trabajemos también en alguna comisión." "Está bien, pero dudo mucho que Mónica se incorpore en algún grupo de trabajo. Siempre está muy ocupada." Estas últimas palabras las había pronunciado con una fuerte carga de animadversión que no pasó desapercibido al muchacho. "Creo que estás muy equivocada", salió en su defensa rápidamente. "Puede ser, pero ya lo comprobarás tú mismo. Por mi parte te aconsejo que pienses en integrarte en nuestro grupo, el de programación." "Ese es precisamente en el que había pensado." "¡Estupendo!", exclamó Julia dando por concluida la conversación y volviendo a la caseta de información. Anthony se reunió con su amiga luciendo una amplia sonrisa en su cara, que su trabajo le constaba.

El americano estaba dedicado a curiosear en los tenderetes de artesanía que exponían los objetos más dispares, algunos de ellos de gran belleza: cuadros de arena, tallas en madera, bisutería. Mónica había ido a reunirse con sus colegas de *Mujeres de negro* para echarles una mano. Seguramente tardaría bastante en reunirse con ella, así que tendría tiempo suficiente para dar varias vueltas a la feria. Al levantar la vista observó debajo de un gran árbol que le proporcionaba algo de sombra, un puesto aislado en una encrucijada de caminos en el cual se exponían libros. Como atraído por un poderoso imán dirigió hacia allí sus pasos. Saludó con un gesto a la pareja que lo atendía y paseó su mirada por los ejemplares. Uno de ellos llamó poderosamente su atención y lo cogió hojeándolo detenidamente. "¿Aun no has leído las memorias de Emma Goldman?" La pregunta lo sobresaltó y se volvió con viveza. "¡John! ¡Qué alegría verte!"

El sonido de una voz querida saludando al camarero le arrancó suavemente de sus recuerdos. Salvador subió y se dirigió a su amigo que lo recibió con una sonrisa y ambos se fundieron en un estrecho abrazo. "Te encuentro perfectamente", empezó diciendo Salvador, después de tomar asiento. "Además, según me han dicho, estás haciendo un excelente trabajo en la radio." "No exageres." En ese momento llegó el camarero con dos cervezas. "¿Os tomo nota ya?" "Sí", dijo rápidamente Salvador. "Yo quiero un entrecot poco hecho." "Para mí costillas de cerdo a la miel." "Muy bien." En cuanto se hubo ido, Salvador atacó de inmediato el tema que le preocupaba desde hacía meses. "Hace tiempo que quería hablar contigo, pero nunca encontraba el

momento adecuado; a lo cual hay que sumar mi estúpido orgullo. El encuentro casual del otro día me vino de perlas para doblegarlo.” “Te confieso que también tenía muchas ganas de hablar contigo y en varias ocasiones estuve tentado de ir a tu encuentro, pero en el último momento me detenía pensando que debías ser tú el que tomara la iniciativa. Como ves yo también tengo mi orgullo.” Salvador rió con ganas y habló a continuación: “Además de tu extraordinaria labor en la radio, supongo que tu estudio avanza veloz. Tengo que reconocer que la idea de hacer un programa en la radio como pantalla para enmascarar tus verdaderos objetivos, pero sirviéndote al mismo tiempo de él como palanca, me parece genial.” “La idea no fue mía”, interrumpió el americano. Salvador lo miró con cierto gesto de fastidio. “Es igual, sigue siendo genial.” “En efecto, me ha hecho avanzar mucho en mi trabajo; aunque todavía me falta analizar aspectos importantes, para situarla en el espacio social del que surge. Mi director de tesis...” “Te refieres a Georges”, interrumpió Salvador con una sonrisa. “Cierto.” “Lo recuerdo. Me pareció un tipo interesante, pero excesivamente académico. Me dio la impresión que no tenía...” “Escucha Salvador”, cortó Anthony con suavidad, pero firmemente, “Todos los profesores que he conocido están impregnados de academia, pero Georges tiene la cualidad de no imponer sus puntos de vista.” “A eso me refería. No lo conozco lo suficiente; intercambiamos unas cuantas frases que todavía ignoro si llegué a comprender. Es tan solo una impresión, pero lo que quería decirte es que no te dejes influir excesivamente por ideas ya caducas.” “Eso por descontado. Precisamente lo que quería decirte es que su respuesta a mi último informe es muy estimulante. Entre otras cosas me dice que mis ideas rompen de alguna manera cierto anquilosamiento académico, pero de un modo atractivo difícil de rebatir.” “Pues me alegro mucho”, dijo Salvador sinceramente dando golpecitos en la mano del americano.

La llegada del camarero con la cena que habían pedido abrió un paréntesis en la conversación. “¿Queréis algo más para beber?” “Por supuesto”, se apresuró a decir Salvador. “Tráenos una botella de rioja de las que tienes reservada para los amigos.” “Eso está hecho.”

La discreta retirada del camarero les autorizó a iniciar las primeras incursiones en sus respectivos platos. Pero no tardó en llegar de nuevo con la botella de rioja que descorchó con rapidez llenando sus copas. “¡Que aproveche!”, deseó retirándose discretamente. “Gracias Mario”, respondió Salvador al tiempo que levantaba su copa y proponía un brindis al americano: “Por Radio Klara.” Anthony levantó entusiasmado la suya y el cristalino sonido del brindis le hizo feliz.

“¿Por qué no me hablas de tus experiencias en la radio?” Salvador dejó los cubiertos en el plato y tragó el bocado mirando sorprendido a su amigo. “¿De verdad te interesa?” “Por supuesto”, contestó el americano con toda sinceridad. “Pues la verdad es que no hay mucho que contar. Mi paso por la radio no creo que haya dejado ninguna huella. “Eso no me lo creo.” Salvador lo miró sonriente y dijo: “Como quieras. Todo empezó cuando ingresé en la facultad de medicina. Ya te conté que a mí no me entusiasmaba la idea, pero mi padre se empeñó en que fuera médico y pensé que mientras pagase me era igual dónde me metiera. Tuve suerte de conocer allí a un grupo de estudiantes con muchas inquietudes y me sumé a su grupo. Hicimos de todo, menos estudiar, bueno al menos yo. A mitad de curso, a uno del grupo, que conocía a gente de radio Klara se le ocurrió la brillante idea de hacer un programa en la radio sobre la sanidad pública. La idea fue acogida con entusiasmo y pronto nos vimos inmersos en un mundo que nos permitía hacer una crítica feroz sobre aspectos de la sanidad que entendíamos que estaban muy mal enfocados. Te aseguro que aprendí mucho más con aquel programa que en los seis meses que había estado en

la facultad. Eso acabó por arrebatarme los últimos estímulos que tenía en aprender medicina, pero sobre todo en aprobar los exámenes.”

Hizo una pausa y engulló un buen trozo de entrecot que masticó con fruición. Anthony lo miraba extasiado, deglutiendo a su vez su cerdo que estaba exquisito. Pronto la botella empezó a dar señales de agotamiento y Salvador miró al americano señalándosela y diciendo: “¿Pedimos otra?” “¡Claro!” “Mario, otra botella”, gritó Salvador con voz potente, alertando a los amantes que se arrullaban cerca de ellos. “Marchando”, se oyó. “En la radio”, continuó Salvador, después de varios bocados, “conocí a un personaje extraordinario con el cual entablé una fuerte amistad. Salimos juntos muchas veces y tuvimos ocasión de charlar largo y tendido sobre los temas más dispares. A mí me caía muy bien, a pesar de sus muchos defectos y desde luego tengo que reconocer que aprendí mucho con él, aunque a veces pienso que también me contagié algo de su escepticismo.”

En ese momento llegó Mario con la segunda botella que descorchó con gran maestría. “¿Vais a querer algo de postre?” “Mario, este es el mejor postre”, arguyó Salvador tomando posesión de la botella. El camarero sonrió complacido. “Tomare un flan con nata”, intervino el americano. “Vigila tu colesterol”, bromeó su amigo. “No te preocupes, lo tengo completamente dominado.”

Los dos amigos dieron cuenta de su manjar, mientras trasegaban vino con evidente placer. Anthony comenzó a sentir los primeros efectos del alcohol; sus ojos brillaban más de lo acostumbrado y se daba cuenta que se sentía muy a gusto. Dejando los cubiertos sobre el plato se estiró en la silla y preguntó inocentemente: “¿Cómo se llama ese personaje tan extraordinario?” “Eleuterio”, contestó su amigo con naturalidad. Anthony sintió ese peculiar escalofrío que le recorría la espina dorsal cada vez que escuchaba ese nombre. Hizo la pregunta mecánicamente, porque ya había supuesto que se trataba de ese personaje. Iba a explicarle algo referente a él, pero lo pensó mejor y dejó que su amigo continuase su relato.

“Poco tiempo después, Eleuterio se marchó de la radio.” El americano enarcó las cejas y Salvador aclaró: “Fue por el tema de la legalización. No estaba de acuerdo.” Mario se había acercado sigilosamente y depositó el flan con nata en la mesa retirando los platos vacíos de la mesa y marchándose tan sigilosamente como había llegado. Salvador siguió paladeando el vino, mientras se sumergía en sus reflexiones. “¿Cuáles eran los argumentos de Eleuterio?” Su amigo pareció salir de un trance y no contestó enseguida. Después de un largo silencio se decidió a hablar:

“Fundamentalmente se apoyaba en el hecho de que con ese golpe maestro de legalizar a unas cuantas radios *culturales*, una en cada ciudad un poco importante, el PSOE pretendía dismantelar el movimiento de radios libres que tan activo se había mostrado hasta entonces. Sin embargo, varios concurrentes a la asamblea que se había convocado para discutir el tema, argumentaron que el tal movimiento era ya inoperante y que legalizando la radio se podía ayudar a otras experiencias. Esto último pareció desesperar a Eleuterio que contraatacó diciendo que precisamente con ese paso se impedía el surgimiento de nuevas radios libres, ya que con ello se establecía un barrera legal infranqueable que en la práctica significaría la paralización casi total de nuevas iniciativas y por tanto nos íbamos a quedar aislados.” Volvió a hacer una pausa para trasegar más vino y en ese momento Mario hizo de nuevo su aparición. “¡Hostia, tío!”, exclamó Salvador dando un respingo. “¿No te habré asustado?” “No, hombre, pero vienes tan sigiloso, pareces un piel roja.” “Es que no quería interrumpir tan brillante discurso”, aclaró en son de guasa. “Vale, tío.” “¿Queréis café?” “Para mí solo”, terció el americano. “También para mí.” Sin decir nada, Mario se retiró sonriendo. Al poco rato volvió sin que el silencio que ahora

parecía haberse enseñoreado de los dos amigos se hubiera roto. Mientras removía el azúcar con la cucharilla marcando un extraño ritmo, Salvador continuó un tanto emocionado: "Pero antes que se diese por concluida la asamblea, Eleuterio anunció que se marchaba de la radio. Uno del grupo se acercó para tratar de convencerle, pero fue inútil. Con él, dos o tres más anunciaron lo mismo, pero a mí me dio la impresión que tenían ganas de irse y aprovecharon la coyuntura para hacerlo con dignidad." Sorbió con cuidado su café y continuó: "es posible que también Eleuterio estuviera cansado de la radio y aprovechara la oportunidad para marcharse; pero en su caso no era lo mismo." Anthony lo estaba observando mientras bebía el café y cuando su amigo se calló, intervino preguntando: "¿Y tú qué hiciste?" "Seguir en la radio, pero cada vez con menos estímulo. Además del programa de sanidad, me sumaba en ocasiones a otro de contrainformación y me lo pasaba de coña." "¿Ya no volviste a ver más a Eleuterio?" Salvador levantó la vista del poso de café de la taza que parecía mirar con suma atención. Tenía el rostro ensombrecido y en sus ojos un destello de furia que Anthony no acertaba a interpretar. "Al contrario", contestó al fin con voz dura, "nos veíamos casi con más frecuencia que antes, hasta que un día me gastó una jugarreta y me fui de Valencia una temporada, abandonando la radio." "¿Te fuiste de la radio por ese motivo?" Al americano le hubiera gustado hacer otra clase de pregunta, pero no se atrevió. Su intuición le avisó que algo realmente grave había sucedido y que había implicada alguna otra persona, además de ellos dos. "No", contestó Salvador casi gritando. "Me fui, porque intentar contra toda lógica social mantener vigente un proyecto colectivo de radiodifusión, independiente de cualquier institución oficial o privada, me resultaba difícil de explicar. Si a ello añadimos que no ha existido —salvo escasos momentos puntuales— una formulación teórica que sirviera en la práctica como punto de referencia obligado para llevar adelante cualquier iniciativa coherente, tendremos más o menos completo el panorama de radio Klara. Ese fue realmente el motivo." Salvador había pronunciado la última frase con mucho énfasis y casi sin despegar los dientes. "Ya sé lo que estás pensando", dijo Salvador después de un largo silencio y con voz muy tranquila, intentando por todos los medios quebrar la tensión. "¿Qué?", balbuceó el muchacho. "Estabas preguntándote que si pensaba así, por qué demonios te propuse que vinieras a estudiar la radio." "Más o menos; pero eso ya lo sé o creo saberlo. Además ya no tiene ninguna importancia", acabó con un gesto de la mano como intentando espantar los últimos restos del terrible malentendido. Sin embargo su amigo insistió: "¿Recuerdas la primera vez que te hablé de radio Klara?" Anthony sonrió. ¡Cómo iba a olvidarlo! Aquel día lo había citado en uno de sus locales favoritos, en el que tocaban unos músicos excelentes, a fin de impresionarlo. Además la camarera que servía las mesas era una joven portorriqueña morena, delgada y muy esbelta, de la que estaba un poco enamorado. Había llegado unos minutos antes de la hora de la cita y cuando la muchacha se acercó para atenderlo, Salvador irrumpió en el local y saludó a todo el mundo, como si fuera un cliente habitual y los conociera de toda la vida. La chica se había vuelto y sonreía... "Fue en aquel local del East Village. Todavía no he podido olvidar a Funny." "¿Funny?" "Sí, hombre. La camarera que servía las mesas. "¿Cómo sabes su nombre?" La pregunta del americano denotaba un asombro infinito. "Bueno. Salí con ella un par o tres de veces antes de largarme al Oeste. Es una chica encantadora." Salvador había adoptado una expresión evocadora, mientras su amigo le miraba perplejo. "Recuerdo que te emocionaste mucho cuando te hablé de la radio y te sugerí la posibilidad de venir a Valencia para hacer un estudio sobre ella." Salvador guardó silencio y miró a su amigo dándose una palmada en la frente. "¿Puedes creerte que

entonces atribuí tu entusiasmo a la magnífica excusa que te había proporcionando para venir a Europa a pasar una temporada? ¡Qué imbécil fui! ¡Pero, cómo iba a sospechar que te lo habías tomado en serio!" "Quizá fuera porque me hablaste de ella con mucha pasión. Para ser una excusa te lo tomaste muy a pecho." Salvador lo miraba con ojos de curiosidad. Desde que lo conocía, siempre lo consideró dotado de gran sagacidad y esto lo confirmaba. De pronto el americano se dobló sobre la mesa y una fuerte carcajada se escapó de su garganta. Salvador lo miraba perplejo. "Al hilo de los recuerdos", acertó a decir un poco más calmado, "me ha venido a la mente la noche que fuimos a aquella cava de jazz en Greenwich Village." "¡Sí!", exclamó su amigo con una carcajada. "En la calle Christopher." Después, adoptando un semblante de falsa seriedad, añadió: "Siempre he dicho que eras un buen conocedor de jazz." "Sí, de acuerdo, pero no lo decía por eso", contestó el americano sin dejar de reír. "Me estaba acordando del lío en que te metiste cuando tuviste la brillante idea de querer ligarte a aquella chica negra." Salvador soltó de nuevo una carcajada. "Me parece que en aquellos momentos estaba muy borracho." "A pesar de eso, el acompañante de la chica, un negro de casi dos metros, estuvo a punto de partirme en dos. Menos mal que conocía al dueño y entre los dos conseguimos calmarlo." Se quedaron callados un rato, cada uno sumido en sus recuerdos. "Nos lo pasamos muy bien aquella noche." "¡Ya lo creo!" El americano no había perdido su sonrisa. "Cuando salimos te agarraste a una farola de la plaza Sheridan y te pusiste a cantar a voz en grito." "¿De veras? ¿Y qué cantaba?" "¿Qué sé yo? Algo de Asturias, creo." "¡Qué vergüenza!", exclamó tapándose la cara con las manos. "Estaba borracho como una cuba." Se quitó las manos de la cara y miró a su amigo: "Pero a pesar de eso, recuerdo que mientras subíamos a pié por la Séptima Avenida, tú también cantabas desafortunadamente." Anthony enrojeció. "Mi *blues* favorito, Me pasa siempre que estoy bebido y aquella noche también iba bien servido. Por fortuna encontramos un taxi casi enseguida. Si la policía nos hubiera visto en aquel estado, seguramente hubiéramos tenido serios problemas." "A propósito, ¿cómo están tus padres?" "Muy bien. Vinieron a España este verano." "¡No me digas!" "Me reuní con ellos en Madrid y después de unos días visitando la ciudad nos fuimos a Andalucía en un coche alquilado. ¡Qué belleza! ¡Qué hermosas ciudades!" El americano parecía hipnotizado. "Ya me doy cuenta." "Queríamos ir a Barcelona, pero al fin decidimos pasar a Portugal y subimos hasta Lisboa. Me es muy difícil explicar lo que sentí recorriendo sus barrios." "Sobre todo el Chiado, supongo." Anthony sonrió, asintiendo. "Por desgracia el tiempo se agotó con rapidez y volvimos a Madrid. Al despedirnos me dijeron que te transmitiera sus saludos. Por descontado no les dije que nos habíamos peleado. Siguen creyendo que me trasladé a otro piso para tener más espacio para poder estudiar." "Hiciste bien. Nosotros nunca hemos estado peleados, sólo fue un malentendido." Ambos jóvenes rieron con ganas. Como hablando consigo mismo, Anthony musitó: "Le dije a Mónica que viniera con nosotros, pero se excusó alegando que tenía cosas que hacer." Salvador se envaró y se oyó a sí mismo preguntar: "¿Estás enamorado?" El americano pareció salir del Nirvana. "Me temo que sí y creo que ella también me quiere." Su amigo le lanzó una extraña mirada, al tiempo que se prometía hablar lo más pronto posible con la muchacha. "¿Se lo has dicho a tus padres?" Apenas había acabado de formular la pregunta ya se había arrepentido de hacerla. "¡No!", protestó, casi gritando. "Lógicamente les he hablado de ella y de lo mucho que me está ayudando, en colaboración contigo", sonrió al hacer esta afirmación. "Pero nada más. Además..." Se calló y Salvador creyó observar que su rostro se ensombrecía. "¿Qué ocurre?" El americano se levantó y lanzó un apenas audible, "perdona, voy un momento al

servicio." Su amigo hizo gesto de levantarse, pero se lo pensó mejor y esperó a que volviera, aprovechando para llamar al camarero y abonar la cuenta. A su regreso el rostro del americano seguía reflejando preocupación. Miró fijamente a su amigo, después de sentarse y dijo: "¿Recuerdas la noche que estuviste cenando en casa de mis padres?" "¡Cómo la iba a olvidar! Fue una velada magnífica." "Entonces quizá recuerdes también que mi padre te dijo que formaban parte de un comité de oposición a Pinochet." "¡Claro!" "Pero lo que no te explicaron es que mi padre estuvo dos años en el campo de concentración de Pisagua sometido a torturas, hasta que pudo escapar con otros presos." Salvador había abierto mucho los ojos. "Una vez instalado en Nueva York se convirtió, junto con mi madre, en un activista contra la dictadura chilena, lo cual le valió tener serios problemas con la CIA que lo interrogó en varias ocasiones, aunque nunca llegaron a encerrarlo, seguramente debido al alto prestigio de que gozan tanto él como mi madre. Cuando estuvieron aquí, me contó que en marzo la CIA había vuelto a importunarlo con preguntas insidiosas. Me quedé muy preocupado y te juro que estuve a punto de regresar a Nueva York con ellos y mandar todo al carajo." Salvador apretó la mano de su amigo. "Tienes que ahuyentar tus preocupaciones. Lo más probable es que no suceda nada." Pero en su fuero interno también se había instalado la inquietud. "Creo que tienes razón. Quizá estoy sacando las cosas de quicio. Pero si les ocurriera algo a mis padres no sé lo que haría..." "¿Cuáles van a ser los próximos pasos en tu estudio?" Salvador había hecho la pregunta maquinalmente, por cambiar de tema y relajar un poco la tensión, pero la respuesta contrajo los músculos de su cara. "Pues, precisamente dentro de un par de semanas he concertado una entrevista con Eleuterio. Me ha costado bastante convencerlo, no creas, Cuando lo nombraste no te dije nada por no interrumpirte." "¿Lo conoces?" "Personalmente no, pero me han hablado mucho de él." Después de unos momentos continuó con una sonrisa: "Aunque casi todos de un modo muy despreciativo. Debe ser un personaje insólito. Te aseguro que ardo en deseos de conocerlo." Por un momento estuvo Salvador tentado de sumarse al coro de detractores, sin embargo sus palabras intentaron hacerle justicia; "Independientemente de lo que te hayan dicho de él, no cabe duda que es un tipo brillante. Seguramente te ayudará mucho en tu trabajo, siempre que esté de humor ese día, claro. Sus conocimientos, no sólo de la radio, sino sobre anarquismo, son enciclopédicos." "Pues entonces espero haber acertado con el día de la cita." Y ambos soltaron la carcajada.

"Te invito a una copa para acabar de celebrarlo." "Me parece muy bien" "Te he reservado una sorpresa." El americano lo miró extrañado. "¿Recuerdas al local que fuimos el día que llegaste?" "¿El del grupo de jazz?" "Exacto. Pues esta noche hay velada extraordinaria, con unos músicos excelentes." La cara del americano fue suficientemente elocuente. "Vamos" "¿Y la cuenta?" "Nos invita mi amigo." Anthony iba a protestar, pero pensó que no le serviría de nada, así que desistió. Una vez en la calle, el americano le espetó: "¿Conoces a John?" "Sí. Nos hemos visto en varias ocasiones. Junto con su compañera hicieron unos programas magníficos en la radio." "Sí, ya lo sé. También me dijeron que en la azotea de su casa se desarrollaron las asambleas de la radio durante una larga temporada." "¿Por qué me lo preguntabas?" "Por nada en particular. Lo conocí este año en las fallas y después volvimos a vernos en la feria alternativa. Me gustaría hablar largo y tendido con él, pero nunca encuentro el tiempo. De todos modos, cuando nos vimos en la feria tuve la oportunidad de cruzar con él algunas frases sobre música y me sorprendió mucho su opinión sobre lo que él llama *música de masas*." "¿Se refería a los conciertos multitudinarios?" "Quizá sí, pero no estoy seguro. Entre otras cosas, me dijo algo que me dejó perplejo,

aunque me aseguró que lo había extraído de un libro." "¿Y qué era eso tan insólito?" "Algo así como: *La música de masas forma parte de las técnicas de mantenimiento de la esclavitud y el orden. Se intenta ablandar los hábitos de los trabajadores mediante su difusión en los lugares de trabajo, esperando de ese modo quitarles la idea de arrear un puñetazo a la cara de sus superiores.*" "Yo de ti no me comería demasiado la bola y trataría el tema de la música desde un punto de vista convencional, porque no creo que sea un punto vital de tu tesis." "Creo que tienes razón. Es lo que había pensado." Habían llegado al término de su viaje y Salvador abrió la puerta del local al tiempo que se volvía hacia su amigo y le susurraba: "Si la música es un lenguaje dejemos que nos hable libremente..."

Salvador abrió la puerta del *vegeta* con cierta brusquedad, síntoma evidente de su inseguridad. Giró la vista por el local, después de cerrar la puerta y al fin la divisó en una mesa grande del fondo, charlando animadamente con un grupo de gente, mientras ingería un plato de verduras, su manjar favorito. Intentando aparentar una seguridad de la que carecía —le sucedía siempre que entraba en locales a los que no guardaba ninguna simpatía y los vegetarianos en concreto el repugnaban— se acercó lentamente al grupo. Antes de llegar a la mesa uno de ellos se volvió y lo divisó, abriendo unos ojos como platos. "¡Una cámara!", exclamó a gritos. "Mi reino por una cámara." Todos se volvieron de inmediato y las miradas le asaetaron durante unos interminables segundos. Mónica lo observaba divertida; lo conocía de sobras para darse cuenta que se encontraba azorado. "Estás más gracioso que un caníbal comiendo en un vegetariano"; la ocurrencia de la muchacha hizo que todos estallaran en carcajadas. Salvador estuvo a punto de derrumbarse y se maldijo en su fuero interno por haberse dejado conducir hasta esa situación; una vez más su exceso de seguridad en sí mismo le había traicionado. Pero no tardó en recuperarse y espetó: "Tenía entendido que el régimen vegetariano proporcionaba una gran alegría de vivir a quienes lo practicaban y hoy constato con gran placer que no me había equivocado." Otro del grupo que había dibujado al verlo una sonrisa burlona, dijo con rencor, "realmente te afectan este tipo de situaciones. Te he conocido mucho más ocurrente en otras ocasiones." Salvador volvió la vista lentamente hacia él y soltó sin apenas mover los labios: "Lo que verdaderamente me molesta es la hipocresía, pero sobre todo el fanatismo; sin embargo, no tienes de que preocuparte, Ignacio." Salvador le aguantó la mirada y continuó en el mismo tono. "Nadie en su sano juicio te podría negar esas extraordinarias cualidades." La sonrisa se borró de inmediato de la boca de Ignacio; Salvador lanzó una fuerte risotada, mientras le palmeaba la espalda con fuerza. "Siempre tan susceptible", finalizó Salvador al tiempo que tomaba asiento junto a Mónica. "Tengo que hablar contigo", le dijo casi susurrando. La muchacha lo miró sorprendida. "¿Qué ocurre?" "Nada grave, pero me gustaría hablar contigo. A solas." "Está bien, acabo enseguida." Unos minutos después, la muchacha y Salvador se despedían del grupo. "Muchachos, Salvador ha venido a secuestrarme y está completamente decidido, por eso ha entrado en este antro de perversión naturista." Todavía se escuchaban las carcajadas cuando Mónica y Salvador salieron del *vegeta*.

"El otro día estuve hablando con Anthony." Después de unos minutos de conversación intranscendente, saboreando Mónica su infusión y Salvador un café, éste creyó haber encontrado la fórmula para abordar el tema que le preocupaba. Se habían instalado en un pequeño bar cercano al *vegeta*, casi vacío a aquella hora. "Ya lo sé. Me lo contó entusiasmado. Decía que había recuperado a un amigo que creía perdido para siempre. Intenté compartir su alegría, pero en el fondo solo me inspiraba

lástima. Me es imposible entender cómo se puede tener un afecto tan profundo por alguien que se burla de ti o que incluso te desprecia. Te aseguro que Anthony te adora y las primeras semanas después de vuestra ruptura las pasó en un terrible estado de ansiedad, que por fortuna pudo superar, en parte gracias al entusiasmo con que abordó el estudio de radio Klara.” Salvador había agachado la cabeza abrumado por la requisitoria de su amiga. Tenía razón, de eso no cabía ninguna duda, pero no era ella precisamente la más indicada para recriminarle su conducta. Con gran lentitud levantó la cabeza y miró a Mónica directamente a los ojos con un intenso brillo de ira en los suyos. “Mi intención no fue en ningún momento burlarme de Anthony. Solo quería que viniera a Valencia para devolverle la hospitalidad que me había brindado en Nueva York. Cuando me dijo que se había tomado en serio mi propuesta no pude evitar reaccionar como lo hice. Fue exagerado, lo reconozco, pero cuando luego intenté ayudarle presentándole a mi amigo Alberto, su actitud me pareció poco elegante. “Me temo que tu amigo Alberto es un cretino”, cortó la muchacha. “La reacción de Anthony fue incluso excesivamente comedida, en mi opinión, si es cierto lo que me contó. Y no tengo ningún motivo para creer que no me dijera la verdad.” Salvador la observaba con mirada inexpresiva, pero un brillo de agresividad se insinuó en sus ojos. “Por mi parte”, empezó diciendo, casi masticando las palabras, “creo que tu actitud hacia Anthony es mucho más peligrosa.” “¿Qué quieres decir?”, preguntó la muchacha abriendo los ojos con asombro. “Lo sabes muy bien”, dijo agresivamente. “Te aseguro que no tengo ni idea de lo que insinúas.” “Pues me refiero a tu relación con Anthony.” La muchacha enarcó las cejas en un gesto de suficiencia. “¿Estás celoso?” Salvador saltó de su silla como si le hubieran puesto brasas debajo del culo. “Eres mucho más imbécil de lo que había supuesto”, dijo al cabo de unos instantes. Se volvió a sentar un poco más tranquilizado y continuó: “Posiblemente no te hayas dado cuenta que Anthony se ha enamorado de ti como un idiota y su natural tendencia al masoquismo sentimental le hará sufrir, sea cual sea tu actitud hacia él a partir de ahora.” La muchacha no había borrado la sonrisa de sus labios que ahora había hecho más amplia. “Tú lo has dicho, querido Salvador. Sufrirá igualmente. Claro que me he dado cuenta que está enamorado de mi y por si eso no bastara, me lo ha repetido en diversas ocasiones; pero siempre he procurado no dejar el menor resquicio a la ambigüedad. Anthony me cae muy bien y era casi inevitable que tarde o temprano acabáramos enrollándonos; pero eso no me hace culpable de nada, antes al contrario. De todos modos, Anthony ya es mayorcito y no le vendrá nada mal espabilarse un poco.” “Está bien”, concluyó Salvador. “Creo que tienes mucha razón, pero me sentí obligado a hablar contigo de ello. Ahora me doy cuenta que podría habérmelo ahorrado.” Un pesado silencio se abrió entre ellos; daba la impresión que ninguno de los dos se atreviera a hablar por temor a ser el blanco de las iras del otro. De pronto, Mónica comenzó a hablar muy lentamente, pero con firmeza: “Sin embargo, hace ya muchos años que tenemos una explicación pendiente...” Salvador la miró fijamente; lo que había temido estaba a punto de producirse. Cuando decidió hablar con Mónica, intuía que se vería enfrentado a una situación que siempre había intentado rehuir. Sólo la intensa amistad que le inspiraba el americano, habían vencido sus últimos escrúpulos. Pero, a pesar de todo, el reproche lo cogió totalmente desprevenido. “Me temo que no hay nada que explicar”, acertó a balbucear. “¿Insinúas, quizá, que tu *cobarde huída* no necesita una explicación?” “En principio no fue una *cobarde huída*”, empezó diciendo el muchacho, ya plenamente dueño de sí mismo, “sino una clara respuesta a tu actitud. Tú hiciste lo que creías que debías hacer y yo respondí de la forma más elocuente posible.” La muchacha abrió la boca para protestar, pero Salvador le hizo un gesto con la mano y

continuó: “¿Pensabas, quizá, que me quedaría esperándote tranquilamente en casa para que tú te justificaras ante mí con una serie de frases brillantes? Por un momento estuve tentado de quedarme con vosotros, pero me pareció ridículo tratar de evitar algo que puede llegar a suceder sólo porque uno esté o no esté presente en ese momento. No me gusta hacer de catalizador.” “Escúchame bien, Salvador”, intervino la muchacha rápidamente para evitar que la interrumpiera de nuevo. “Decidí quedarme, porque me encontraba muy a gusto y ni por un momento se me pasó por la cabeza que la cosa acabaría como acabó. Por tanto de haberte quedado no hubieras interrumpido nada. Además, ¿cómo puedes saber lo que sucedió?” “Mónica, por favor, no insultes mi inteligencia”, dijo Salvador mirándola con conmiseración. “Lo siento”, balbuceó la muchacha contrita; pero enseguida reaccionó y espetó: “De todos modos luego pensé que lo habías hecho esperando que ocurriera lo que ocurrió para hacer el papel de víctima”. “¡Mónica!”, exclamó su amigo. “Me temo que te estás equivocando. No quise jugar ningún papel; por eso me fui.” “Pero, esto lo habíamos hablado muchas veces y parecía que estábamos de acuerdo en considerar que la libertad de cada uno no debe estar nunca condicionada por la actitud del otro hacia sus actos.” “Efectivamente”, cortó Salvador con energía. “Así es. Por ello, para no coartarla, ni antes ni después, me desvanecí.” “Pero, tu actitud tenía una fuerte carga de censura”, insistió la muchacha, “sobre todo teniendo en cuenta que te fuiste a Madrid a casa de *tu amiga del alma*.” “¡No estarás celosa!”, exclamó el muchacho. Mónica soltó con rabia: “No, no lo estoy, pero creo que merecía que me dieras una explicación a tu vuelta. Tu actitud despreciativa hacia mí era el más elocuente reproche que se puede hacer a nadie”, acabó la muchacha con los ojos humedecidos. “Recuerda que entre las muchas cosas que nos dijimos en nuestras largas conversaciones, una en particular hizo que nos pusiéramos de acuerdo de inmediato: *La capacidad ética de cualquiera viene calibrada por la forma en que asume las consecuencias de sus actos, sean estos equivocados o no.*” “Pero, yo no cometí ninguna equivocación”. “Nadie ha dicho que la cometieras, pero estás buscando justificarte.” “Estoy buscando una explicación, que no es lo mismo, joder”, gritó la muchacha casi llorando, “¿o es que no sirve de nada hablar?” “Eso depende de la lengua”, dijo Salvador con cara de pillo. Mónica lo miró fascinada y de pronto rompió a reír a carcajadas, llamando la atención de los escasos clientes del local; ahora sus lágrimas fluían en abundancia, pero no eran precisamente de tristeza. Salvador no pudo evitar contagiarse del ritmo frenético de la alegría de la muchacha y se sumó a ella, mientras sus manos se entrelazaban. “¿Entonces, somos amigos?”, preguntó ella después que hubo logrado calmarse. “Para mí siempre lo hemos sido.” “También para mí.” “¡Estupendo!”, exclamó Salvador. “Pues, para celebrarlo te invito a la Filmoteca. “¿Qué hacen?” “*Biotaxia*”, de José María Nunes. “No la conozco; pero seguramente es interesante.” “Es excepcional”, afirmó el muchacho. “Pues créeme que lo siento, pero he quedado dentro de media hora con una amiga para hacer un trabajo y ya me es imposible desconvocar la cita”, dijo la muchacha con acento compungido, después de consultar su reloj. “No te preocupes, será en otra ocasión.” “Eso espero”, finalizó la muchacha con una sonrisa. Sus manos continuaban entrelazadas y sus miradas compartían sus sentimientos del momento. Realmente una mirada puede ahorrar una explicación... Mientras, el camarero y los clientes del bar, ajenos a su mundo, eran incapaces de darse cuenta que algo importante acababa de suceder muy cerca de ellos.

Capítulo 6º

La fuerza del cambio o el cambio de fuerza: El PSOE al poder

Un análisis surrealista de la «Transición»

Anthony se había levantado inusualmente pronto aquel domingo. Sin saber por qué se encontraba nervioso y no acababa de convencerse que el diseño de la entrevista fuera el correcto. Después de desayunar frugalmente repaso por enésima vez las notas que había preparado. Había quedado citado a las once con Eleuterio Martínez, uno de los antiguos componentes de la radio al que todavía no conocía y del que le habían hablado mucho sin llegar a hacerse una idea de cómo era. Todo lo que sobre su persona le habían comentado era tan contradictorio que en un principio había desistido de hablar con él. Unos le decían que era un perfecto imbécil; en cambio otros elogiaban su capacidad de análisis. Carlos había asegurado que le sería muy difícil entender lo que en realidad quería decir, pero que en cualquier caso el resultado sería interesante por lo imprevisible. Quien contribuyó de manera definitiva a vencer sus últimos escrúpulos fue Salvador. Repasó mentalmente su último encuentro con éste y una sensación de bienestar le invadió de pronto proporcionándole la seguridad que en esos momentos necesitaba.

Hizo alguna corrección de última hora y se dirigió al lavabo para tratar de borrar las últimas huellas de la noche anterior particularmente movida. Al otro lado de la puerta de la habitación de Mónica se oía perfectamente la rítmica respiración un poco fuerte de la muchacha. La noche anterior había pillado una curda impresionante y se puso a bailar como una poseída. Se negaba sistemáticamente a volver a casa y Anthony decidió seguirla en su viaje a pesar de saber que al día siguiente estaría hecho polvo. Por fin logró convencerla y con grandes esfuerzos consiguió arrastrarla hasta su cama donde la dejó tal como estaba sin atreverse a desnudarla.

Hizo un supremo esfuerzo de voluntad y se dio una ducha que recompuso en parte sus vísceras y le permitió seguir su plan con una cierta seguridad que a no dudarlo le haría mucha falta. Después de abandonar la casa se dirigió al café Universo donde había quedado citado con Eleuterio. No conocía el lugar, pero sabía perfectamente dónde estaba situado y hacia allí encaminó sus pasos. Cuando llegó a la puerta de la cafetería se detuvo indeciso, respiró hondo y abrió la puerta aparentando una decisión que estaba lejos de sentir. Una vez dentro paseó su mirada por el local con apenas concurrencia a aquella hora y la fijó en una mesa en la que se encontraba sentado un hombre de mediana edad con gafas redondas y barba recortada que estaba leyendo un libro y anotaba algo en una pequeña libreta de cuando en cuando. No cabía duda que era el hombre con el que había quedado citado; la descripción coincidía de modo exacto. Se acercó a la mesa con cautela y se quedó parado frente a él. Al cabo de un momento éste levantó la cabeza y miró al recién llegado por encima de las gafas. Tenía una mirada incisiva que penetraba hasta las entrañas dejando al otro en un estado de extraña inquietud. Anthony comenzó a manifestar un cierto nerviosismo perdiendo definitivamente la poca seguridad que había conservado hasta entonces.

"Supongo que eres Anthony", la voz perfectamente modulada, suave y acariciadora sorprendió al americano por el contraste con la dureza de su mirada. "Exacto. Encantado de conocerte", contestó y le tendió la mano que Eleuterio se apresuró a estrechar, al mismo tiempo que le invitaba a sentarse. "Lo mismo digo. ¿Quieres tomar algo?" "Si, gracias. Tomaré un café con leche". Eleuterio hizo una seña al camarero, le pidió la consumición y sin transición comenzó su discurso. "Mira, chaval, he aceptado en principio esta entrevista porque me hacía gracia que un americano se

dedicase a hacer un programa en Radio Klara sobre la propia radio y los problemas y debates que más interés puedan despertar, pero te advierto que mi paciencia tiene un límite y no aceptaré que nuestra conversación divague en torno a determinadas estupideces. Estoy un poco harto de ciertas actitudes y trato por todos los medios de rehuir las". Anthony lo miraba con los ojos muy abiertos y el corazón encogido, mientras bebía a sorbos el café con leche que le había traído el camarero. "Me has caído simpático y eso facilitará las cosas, sobre todo si eres inteligente como en principio presumo. ¿Has preparado un guión para la entrevista?" Anthony sacó unos papeles de la cartera que llevaba y la grabadora pequeña que normalmente utilizaba en las entrevistas. "Había preparado un guión que he utilizado en otras entrevistas, pero tengo la impresión, después de conocerte, que no serviría contigo". Anthony, observador por naturaleza, se había dado cuenta que Eleuterio era un tanto pedante y sobre todo con grandes ansias de protagonismo, intentando dar la apariencia de lo contrario, por ello había decidido que la mejor estrategia sería seguirle la corriente procurando que no se diera cuenta de ello.

"¿Piensas grabar la entrevista?" "Es el mejor método para agilizar el discurso, aunque suponga para mí un trabajo mayor. Además, de esta forma se evita poner en boca de los demás ideas que nunca formularon". Eleuterio se quedó pensando unos momentos. "Chaval, tengo que decirte que soy un acérrimo enemigo de estos artilugios. Me desagrada que mi voz sea grabada, pero en este caso haré una excepción si me prometes que harás lo que te diga. Tengo la impresión que puedo confiar plenamente en tu discreción". "Por supuesto haré lo que me digas, sin dudar". "Bien. Cuando hayas acabado de utilizar la entrevista te ruego que destruyas todo el material grabado con mi voz". "Descuida. No hay problema. Así lo haré". Anthony no pudo evitar pensar que «el intelectual», como algunos lo señalaban de manera despreciativa, era aún mucho más estúpido de lo que le habían asegurado. Tendría que armarse de paciencia... Eleuterio pidió otro café y le preguntó a Anthony si quería alguna otra cosa. El americano negó con la cabeza y se preparó para la prueba que intuyó sería dura. Después de saborear el café, Eleuterio se quedó mirando al americano con ojos interrogadores. Anthony se apresuró a decirle que podía empezar explicando su paso por la radio y el programa que hacía. "Por el momento prefiero no hablar de ese tema", se apresuró a decir, "y dado que has decidido prescindir del guión que has utilizado con otros, te propongo un repaso histórico general del contexto en el que surgieron las radios libres y con ellas Radio Klara", añadió no sin cierta ironía. "Me parece una idea excelente", contestó Anthony entusiasmado, "eso me ayudaría a colmar algunas lagunas sobre el período que estoy estudiando".

Eleuterio se quedó mirando al americano con suspicacia y le espetó, "¿estás seguro que estas entrevistas que haces son para tu programa de radio?" Anthony se quedó paralizado intentando encontrar la respuesta adecuada. De pronto se dio cuenta que había cometido una gran equivocación al dejarse llevar por las opiniones que los demás tenían de Eleuterio. Independientemente de las razones que tuviera para adoptar determinadas actitudes, no cabía duda que poseía una inteligencia brillante, fuera de lo común. Se maldijo una vez más por su falta de tacto y puso su máquina cerebral a trabajar a pleno rendimiento para tratar de salvar la situación. Pero antes de que hubiera encontrado una salida airosa, Eleuterio le tendió generosamente la mano con evidente simpatía. "Bueno, no importa, empecemos ya, aunque en la grabadora se mezclarán también los ruidos del local". "No importa, ya estoy acostumbrado; a la gente en general le gusta mucho más conversar en los bares que en lugares aislados". "Comprendo. Bien, empezaré por dar un repaso rápido a la

llamada transición española, de la cual supongo que habrás leído ya algunas cosas". Eleuterio había encendido un cigarrillo y espiraba el humo hacia el techo mientras se arrepanchigaba en su silla buscando una posición cómoda para empezar su disertación.

"Tras la muerte de Franco, un sector del franquismo trató por todos los medios de continuar su política como si nada hubiera sucedido. Sin embargo, el sector más aperturista se dio cuenta de inmediato que de esa forma no se podía ir muy lejos y entró en negociaciones con la oposición que continuaba en la clandestinidad. Por otro lado es muy probable que estas negociaciones se hubieran iniciado mucho antes de la muerte del dictador". Anthony escuchaba con gran atención. "Había varios problemas políticos que requerían una solución urgente, entre los cuales, según mi opinión, se encontraba el problema de ETA por un lado y la imprevisible recuperación del anarquismo que, como te supongo enterado, tuvo una gran importancia antes del desastre de 1939." Eleuterio hizo una pausa para dar una calada al cigarrillo y lanzar al aire una bocanada de humo. Por un momento Anthony creyó observar que Eleuterio leía su discurso en las volutas de humo que iban desapareciendo paulatinamente.

"Por lo que respecta al problema del anarquismo, que es el que a mí me interesa y supongo que también a ti, era necesario que la izquierda institucional..." "Perdona que te interrumpa, pero no he entendido muy bien que quieres decir con izquierda institucional." Eleuterio pareció molesto por la interrupción, pero se apresuró a aclarar, "me refiero, por supuesto, a los partidos más importantes llamados de izquierda, es decir, el PSOE y el PCE." "Entiendo." "Como decía, era necesario que estos partidos aceptasen una monarquía bastarda heredada del franquismo, lo cual no supuso un gran obstáculo, ya que ambos se apresuraron a asumirla sin mayores problemas. De esa forma se conseguían dos objetivos importantes, no sólo para la derecha, sino también para la izquierda institucional. Por un lado se asumía implícita y explícitamente la continuación del franquismo bajo una forma diferente que llaman democracia. Además, por si había alguna duda, se produjo la intentona de Milans del Bosch y Tejero para remachar el clavo y despejar el panorama político. Por otro, se obstaculizaba la instauración de la república que era lo último que hubieran deseado el PSOE y el PCE, porque sabían perfectamente que en ese contexto político el anarquismo hubiera dispuesto de un espacio social de agitación mucho mayor, al mismo tiempo que se hubiese recuperado un amplio complejo cultural desarrollado en aquellos años y eso evidentemente no les convenía..." "Perdona que te interrumpa de nuevo", se atrevió Anthony después de algunas dudas, "pero por tus palabras he creído entender que los anarquistas hubieran debido luchar por la instauración de una República..." Eleuterio lo miró fijamente pareciendo fulminarlo con la mirada. Anthony se quedó petrificado y las palabras se le helaron en sus labios.

"Te advierto, Anthony, que no hay cosa en el mundo que me fastidie más que el hecho de que me interrumpan mientras estoy hablando. De todos modos, en esta ocasión has hecho bien, porque este aspecto quiero que quede absolutamente claro y no se preste a interpretaciones diferentes del sentido que quiero darle a mi idea." Eleuterio hizo una pausa para encender un cigarrillo y continuó con voz clara y pausada. "No he dicho *que los anarquistas hubieran debido luchar por la instauración de una República*, sino que a los políticos no les interesaba ni siquiera que se aludiese a esa posibilidad. En este país, la república no ha sido defendida ni por los propios republicanos. Fíjate en el hecho que los dos partidos históricos, el PSOE y el PCE, que más dijeron defender la República durante el trienio revolucionario, no dudaron un solo instante en traicionarla abrazando sin rubor la bandera de la

monarquía." Hizo una nueva pausa para dar otra calada al cigarrillo y continuó: "Porque el sólo hecho de abrir un espacio de agitación antimonárquico posiblemente hubiera atraído a múltiples sectores sociales que hubieran luchado por la república y, como te decía antes, se hubiera recuperado una rica cultura desarrollada en los años treinta. Pero la evolución de los acontecimientos me hace temer que la hayamos perdido definitivamente." Hizo una pausa estratégica para observar la cara de Anthony que lo miraba atentamente con una vaga expresión mezclada de estupor y de algo indefinible que podría confundirse con el escepticismo. Después continuó de forma aún más pausada. "Culturalmente hemos retrocedido más de cien años. Y no me refiero a la Cultura con mayúsculas, que ciertamente ha alcanzado altos niveles, sólo que hoy ha entrado definitivamente en el espacio del mercado. Me refiero, por contra, a esa cultura solidaria, formada por una intrincada red de actividades de todo tipo que tienen como eje central al ser humano y sus relaciones sociales. Y el principal problema para mí reside en el hecho de que en estos momentos es difícil prever una recuperación de esta cultura de la que te hablo y ni tan siquiera si ello es posible o la forma de hacerlo". Eleuterio aplastó la colilla en el cenicero como si lo hiciera con un enemigo.

Se produjo un largo silencio que Anthony dudaba en romper. Al fin se decidió y preguntó, "¿pero, no hubo ningún sector social que se propusiera la instauración de la república?" Eleuterio se quedó pensativo unos instantes y al cabo dijo, "no vayas tan de prisa, chaval. Cada cosa a su tiempo. El movimiento anarquista en lugar de dedicarse a recuperar una cultura que le era propia, dedicó casi todos sus esfuerzos a alcanzar un poder que, según algunas mentes privilegiadas, le correspondía históricamente. Se pensaba que de esta forma se combatía un poder que paulatinamente iba integrando en su proyecto a sectores sociales tradicionalmente revolucionarios o al menos con una gran capacidad combativa. Se produjo lo que yo llamo, el efecto espejo. Es decir, se miraba al poder no como algo a combatir, sino como emulación, ya que se tenía la idea que de esta forma se estaría en mejores condiciones de luchar contra el mismo..." Eleuterio se calló al ver que Anthony levantaba una mano. "¿Qué haces?", preguntó, "¿piensas, quizá, que estás en una escuela?" "Sólo quería indicarte que necesitaba intervenir para intentar aclarar algunos conceptos que no entiendo muy bien, pero sin interrumpir tu discurso." Eleuterio soltó una sonora carcajada. Era la primera vez que Anthony lo veía reír con franca alegría. Hasta entonces había mantenido un semblante grave, una expresión seria y concentrada. "Eres desconcertante, ¿sabes?" Anthony esbozó a su vez una sonrisa complacida y se dispuso a intervenir.

"Hay varias cosas que se me escapan", dijo y después de unos momentos continuó, "no entiendo muy bien eso del efecto espejo. ¿Qué quieres decir exactamente?" "Quiero decir lo siguiente, mi querido Anthony", la familiaridad con la cual comenzaba a tratarlo Eleuterio le provocaba una extraña sensación que no acertaba a definir, "el anarquismo ha sido desde su nacimiento una ideología que ha colocado en el centro de su ética al ser humano como ente autónomo, capaz por tanto de regir su destino sin la intromisión de nadie y mucho menos de cualquier autoridad instituida. La fuerza que el anarquismo llegó a alcanzar en este país se basó en este presupuesto. Pero por una extraña paradoja, con la reconstrucción tras la muerte del dictador, las organizaciones anarquistas comenzaron a actuar como si se tratase de encuadrar a grandes masas disciplinadas que respondieran de inmediato a determinadas consignas. El aumento del control por parte del Estado y la integración de una gran parte de los trabajadores en su proyecto de modernización contribuyeron seguramente de manera decisiva a provocar este viraje. Se creyó por parte de un

gran sector del movimiento que para oponerse a la fuerza del Estado había que conseguir una fuerza igual o mayor y esto en mi opinión no sólo era un gran error, sino que estaba en franca contradicción con los principios del anarquismo. Siguiendo esta línea era lógico que comenzase una lucha desesperada por el control de los comités a fin de imprimir al movimiento anarquista la dirección que a cada cual convenía. En estas condiciones dio comienzo una verdadera caza de brujas contra todos aquellos que se pensaba no estaban dentro de la ortodoxia: trotskistas, consejistas y toda clase de heterodoxos. Supongo que ya te habrán explicado lo que sucedió con Radio Klara." Anthony afirmó con la cabeza y Eleuterio continuó, después de una breve pausa, "sin embargo, aquí en Valencia, uno de los exponentes máximos de la CNT, era un reconocido trotskista y fue uno de los que más contribuyó a destrozarse el movimiento con excomuniones y expulsiones que se repetían sistemáticamente."

Anthony aprovechó la pausa que Eleuterio empleó en encender un nuevo cigarrillo, para intervenir con decisión. "Pero, ¿por qué los militantes cenetistas seguían estas consignas? Según tengo entendido todas las decisiones debían ser tomadas en asamblea, lo cual obstaculiza bastante las manipulaciones." Eleuterio lo miró con una irónica sonrisa en sus labios, mientras expelía el humo del cigarrillo que acababa de encender. "No te hagas el ingenuo. Ignoro cómo se desarrollaron los hechos con precisión, porque en aquella época no estaba en Valencia, pero por lo que me han contado, los comités habían asumido un gran poder y además, las asambleas son fácilmente manipulables en condiciones en las que la lucha contra el capitalismo se conduce más por vía burocrática que en la calle."

Una nueva calada y una bocanada de humo que envolvió la cara de Eleuterio y lo hizo aparecer durante breves instantes como si surgiera de las brumas del tiempo. "El resultado fue la escisión por un problema banal a mi juicio y que probablemente ocultaba un agitado mar de fondo. Veinte años me parece tiempo suficiente para que hubiera habido un replanteamiento de las tácticas y se reflexionase en profundidad sobre las causas del fracaso de ambas. Creo que es evidente que ha habido un desplazamiento del espacio de la lucha contra el sistema y se debería valorar un cambio de estrategia, lo cual no significa abandonar el espacio de la fábrica, pero se deberían replantear otros espacios..."

"¡Hombre, Eleuterio! ¿Qué mentiras le estás contando al muchacho? Siempre te encuentro explicando batallitas." Quien había interpelado a Eleuterio era un joven alto, bien parecido, con rostro jovial y apariencia simpática. Se había plantado frente a la mesa donde se encontraban sentados y en ese momento miraba al americano con curiosidad. Anthony se apresuró a apagar la grabadora, porque intuyó que por el momento la entrevista había llegado a su fin. "Y yo a ti siempre te encuentro haciendo el gilipollas", respondió Eleuterio un poco cabreado. ¿Qué coño quieres?" "¡No me digas que te has olvidado de nuestra cita!" "¡Hostia! ¿Ya son las dos?", inquirió Eleuterio mientras se ponía en pie. "Bueno, en realidad aun falta más de media hora, pero es que tengo un poco de prisa y quería acabar cuanto antes, si no te importa." "A mí no, desde luego. En todo caso aquí al amigo", contestó señalando a Anthony, añadiendo luego: "Chaval, mucho me temo que tendrás que conformarte con lo que hemos hablado."

Éste, que también se había puesto en pie, puso tal cara de consternación que Eleuterio se sintió impresionado. Después de pensarlo un momento, continuó, "bueno, veo que te interesa mucho el tema. Si te parece podemos ir a comer juntos y luego telefonearé a dos compañeros que están mucho más enterados que yo de este asunto y si no tienen inconveniente, esta tarde nos tomamos unas copas y

continuamos la entrevista. ¿Qué te parece, Anthony?" El americano pareció dudar por un momento, pero finalmente dijo, "he quedado a comer con una chica." "Pues telefonéala y dile que venga con nosotros a comer." "Buena idea." "A propósito, te presento al capullo de Fernando, el payaso de nuestro grupo", dijo dirigiéndose al americano. Luego, volviéndose hacia Fernando le presentó a Anthony como un americano que había venido a Valencia a estudiar la cría de gambas en los campos de arroz de la Albufera.

Ambos jóvenes se estrecharon las manos, mientras Eleuterio se dirigía a la barra para pagar las consumiciones. Anthony entretanto se dirigió al teléfono y después de hablar unos instantes se reunió con los otros dos que ya se dirigían a la salida.

Cuando el americano llegó a su altura, Eleuterio pareció caer en la cuenta y le dijo, "se me había olvidado decirte dónde vamos a comer, ¿cómo has quedado con la chica?" "Me temo que Mónica no puede venir. Tiene cosas que hacer." "¿Mónica?", interrogó Eleuterio, "¿la bella Mónica?" Anthony puso cara de estupefacción, al mismo tiempo que se encogía de hombros. "¿Es una chica pequeñita, con el cabello corto rizado y una cara muy agraciada?", continuó interrogando Eleuterio. "Exacto", respondió Anthony. "¡No me digas que te has liado con la bella Mónica!", dijo mientras sonreía. "Algo así." Eleuterio y Fernando cruzaron una mirada de complicidad y el primero dio unas palmaditas en la espalda del americano mientras comentaba, "¡Que no te pase nada, chavall!" "¿Qué quieres decir?", dijo el americano un poco mosqueado. "Nada, hombre, era una broma", respondió Eleuterio con una dulce sonrisa en los labios. "No conozco mucho a Mónica, pero me parece una chavala excelente, muy simpática." "Y muy activa", apostilló Fernando.

Tras este cruce de palabras salieron definitivamente del bar y cruzando la amplia avenida con un paseo central bordeado de árboles, enfilaron una calle ancha y larga. "¿Dónde vamos a comer?", preguntó Anthony. "A una pequeña tasca que hay no muy lejos de aquí", respondió Eleuterio, "dan bien de comer y no es muy cara".

La casa de comidas estaba situada en el corazón del barrio de Ruzafa. La apariencia exterior, vetusta y deteriorada, contrastaba con el interior muy limpio y decorado con mucho gusto al estilo antiguo. El local no era muy amplio, pero daba la sensación de ser muy acogedor. En esos momentos se encontraba abarrotado y no parecía que hubiera mesas libres. Eleuterio se dirigió al mozo que servía y éste le saludó efusivamente asegurándole que en diez minutos les tendría preparada una mesa. Para aliviar la espera se dirigieron a la barra y pidieron unas cervezas al camarero que también los saludó con afecto. "Por lo visto son clientes habituales", pensó Anthony acodándose en la barra. Eleuterio se encaró con Fernando situado a su izquierda y le interpeló, "bueno, suelta el rollo. ¿Cómo va todo?" "Está casi todo a punto, pero habrá que reunirse de nuevo el sábado para ultimar algunos detalles." "Bien. Esperemos que todo salga según lo previsto." Anthony los escuchaba sin entender nada; Eleuterio al darse cuenta le informó, "estamos preparando unas jornadas contra el racismo y estos cabrones se han empeñado en que yo dé una charla sobre el asunto, lo cual no me hace ninguna gracia; pero me han cogido a contrapié y no me he podido negar. Te aseguro que no me volveréis a enganchar en otra ocasión", dijo por último dirigiéndose a Fernando. El rumor de las conversaciones llegaba atenuado hasta ellos que sorbían sus cervezas con parsimonia. Fernando dirigiéndose a Anthony le preguntó: "¿Has venido a España a estudiar?" Pero antes de que pudiera responder intervino Eleuterio que dijo con sorna, "dice que ha venido a Valencia a hacer un programa en Radio Klara." "¡No jodas!", exclamó Fernando. "Pero a mí me da la impresión que es un enviado de la CIA para espiar las actividades de la radio" y ambos lanzaron una sonora carcajada.

Anthony lanzó una mirada cargada de odio contra Eleuterio que al darse cuenta cesó súbitamente la carcajada y la sangre se le heló en las venas. El cambio de actitud de Anthony había sido tan radical que se quedó impresionado. Fernando giró la vista hacia Anthony, quien dijo dirigiéndose a los dos, "este tipo de broma estúpida está, creo, fuera de lugar. Mi padre es chileno y tuvo que abandonar precipitadamente el país huyendo de la dictadura de Pinochet que lo había internado en un campo de confinamiento. Tuvo suerte de poder escapar y llegar a México donde se reunió con mi madre que es americana y desde allí se dirigieron a Nueva York donde se instalaron definitivamente. Sin embargo sus problemas no acabaron ahí y en varias ocasiones tuvo que vérselas con agentes de la CIA que lo vigilaban estrechamente". Eleuterio estaba consternado y lanzó una mirada desesperada a Fernando quien se limitó a hacer un gesto de impotencia. Por último se atrevió a decir, "lo siento, Anthony, no tenía ni idea y te pido disculpas sinceramente. Tienes razón, ciertas bromas están fuera de lugar." Anthony lo miraba con ojos comprensivos y musitó, "no te preocupes. Lo entiendo. No tenías por qué saberlo".

En ese momento se acercó el camarero para anunciarles que la mesa estaba lista y podían sentarse cuando quisieran. Le dieron las gracias y se dirigieron a una mesa situada en el fondo del local, junto a una puerta que daba a un pequeño patio interior lleno de macetas con plantas de muy diversos tipos que proporcionaban una sensación agradable a la vista. Las mesas eran de mármol, tal como se usaban antaño y daban al local el tono adecuado para dar la impresión de encontrarse en los años treinta. Únicamente algunos artilugios modernos rompían la coherencia del local que como *Brigadoon* parecía surgido de las brumas del tiempo.

El menú se componía de una ensalada de entrante y dos platos a elegir entre una amplia variedad, postre, pan y bebida, café aparte. El americano, acostumbrado ya a los platos usuales en este tipo de tascas, no dudó en elegir un plato de canelones de primero y emperador con patatas fritas de segundo. Los otros dos habían elegido ya sin apenas mirar la carta y se inclinaron por seguir con la cerveza para acompañar la comida. Una vez encargado el menú y con las cervezas delante, Eleuterio y Fernando se enfrascaron en la discusión de las jornadas culturales. "He contactado ya con el resto de conferenciantes y todos han aceptado sin problemas. Este asunto lo podemos dar ya por resuelto. Necesitaríamos, no obstante, conseguir un proyector de diapositivas para uno de ellos que precisa apoyar su charla con imágenes sobre el tema." "No hay ningún problema", aseguró Fernando. "Además", continuó Eleuterio, "había pensado en hacer unas pequeñas correcciones en el cartel que se había diseñado." "¿En qué sentido?" "Verás, Fernando, habría que incidir en el aspecto histórico del problema y señalar que el racismo no es cosa de hoy, sino que siempre está latente en las sociedades jerarquizadas. Por ello había pensado en incluir en el cartel varias imágenes publicitarias antiguas que llevan implícito el mensaje racista. Algunas de ellas incluso de modo explícito. En concreto en los años cincuenta apareció un cartel publicitario de un jabón que no podía ser más evidente. Se veía a una mujer negra lavando a un niño negro con una pastilla del citado jabón. En las zonas por dónde el jabón había pasado desaparecía la piel negra y se descubría la nivea blancura de la piel." "¡Hostia! Me parece una idea excelente", exclamó Fernando. "De todos modos veremos qué dice la asamblea el sábado, porque este retoque encarecerá un poco el precio. He hablado ya con la imprenta y me han dicho cuánto costaría de modo aproximado en una u otra forma." La conversación se desarrollaba mientras iban dando buena cuenta de los platos con gran apetito y sorbían las cervezas. Anthony prestaba gran atención al principio, pero luego se desentendió y se dedicó a observar al resto de comensales que llenaba el local.

Había algunas familias con su prole, pero la gran mayoría eran trabajadores jóvenes, endomingados, que hablaban animadamente entre ellos, mientras engullían sus raciones con gran celeridad. Seguramente estaban acostumbrados a comer con el tiempo bastante limitado y era difícil perder el hábito en los días de asueto para saborear los manjares. Las conversaciones se entrecruzaban formando una batahola de la cual era sorprendente que alguien pudiera entender alguna cosa. Por los retazos de conversación que le llegaban, Anthony se percató que la mayor parte hablaba apasionadamente de la liga de fútbol que acababa de dar comienzo. Se comentaban los partidos que se jugarían esa tarde o los que ya se habían jugado el día anterior y se aventuraban pronósticos que cada cual emitía pensando en su favorito.

Habían llegado ya a los postres y Eleuterio y Fernando parecían haber dado por finalizada su charla después de ponerse de acuerdo sobre ciertos puntos conflictivos. "Amigos, vuestra compañía es muy agradable, pero tengo que marcharme. Todavía tengo que resolver algunos problemas esta tarde", anunció Fernando. "¿No tomas café?", se sorprendió Eleuterio. "No. No tengo tiempo. En serio", contestó y dirigiéndose a Anthony, "he tenido mucho gusto en conocerte. Espero verte en las jornadas; Radio Klara también participa en las mismas", concluyó poniéndose en pie. "Seguramente nos veremos en ellas. Yo también he tenido mucho gusto en conocerte", dijo Anthony mientras le tendía la mano que el otro estrechó fuertemente "Hasta la vista", dijo despidiéndose de nuevo y se dirigió a la barra.

Su partida parecía haber dejado un hueco que el silencio se apresuró a llenar rápidamente. Eleuterio pareció haber entrado en trance con los ojos semicerrados y la mirada dirigida al techo. Anthony no sabía qué hacer ni por lo visto qué decir. Al cabo de un momento Eleuterio pareció salir de su estado y preguntó a Anthony si quería café, mientras encendía un cigarrillo. "Café con leche, si no te importa." "A mí no, desde luego." Llamó al camarero y le traspasó el encargo. Anthony se decidió a hablar y le espetó, "¿qué te parece si continuamos nuestra charla sobre el punto de la república que dejamos interrumpido?" "Con todo este barullo me temo que tu grabadora te serviría de poco." "No importa, tomaré notas. Te aseguro que el tema me interesa mucho. Además me has dejado intrigado; es la primera vez que oigo algo semejante y tengo la impresión, después de haberlo pensado detenidamente, que no andas muy desencaminado." Eleuterio lo miró entre sorprendido y halagado y le contestó. "De acuerdo, seguiremos con la charla. Pero antes déjame llamar a los compañeros de los que antes te he hablado." Apuró el café, apagó el cigarrillo con gran fuerza, como tenía por costumbre y levantándose se dirigió a la barra donde se encontraba el teléfono.

Anthony observó que hacía varias llamadas y hablaba animadamente dando grandes risotadas. Por un momento tuvo la impresión que se reía a su costa, pero enseguida desechó tan negros pensamientos. A pesar de todo se había dado cuenta que Eleuterio tenía una gran sensibilidad y era incapaz de burlarse de nadie de forma tan vulgar. "Todo arreglado, chaval", Eleuterio se había acercado a la mesa y se acomodó en su silla, mientras seguía informando a Anthony. "Los dos compañeros de los que antes te he hablado, Emilio y Joaquín, están de acuerdo en celebrar la entrevista. Hemos quedado citados a las seis. Y además una gran sorpresa. Se me ha ocurrido de pronto avisar a una antigua amiga mía que también participó de lleno en los acontecimientos de aquella época. Se llama Laura. Está un poco loca, pero estoy seguro que te encantará. Además no tiene pelos en la lengua y no tendrá inconveniente en informarte de todo a su modo, muy particular." "¿Los has citado aquí?" "No. Creo que la ocasión merece un lugar más tranquilo. He quedado con ellos

en el local de la calle Beneficencia. ¿Lo conoces?" Anthony pareció no entender, pero al cabo de un momento cayó en la cuenta y se apresuró a decir: "¡Ah! Si. Ya sé. He estado allí muchas veces. Me parece un lugar estupendo." "Perfecto, entonces. Después podemos ir a tomar un bocadillo y unas copas. La ocasión merece celebrarse." El americano pareció dispuesto a decir algo, pero Eleuterio le hizo una seña y sus palabras se columpiaron en la campanilla sin atreverse a salir. "Antes de hablar de la república, quiero pedirte disculpas de nuevo por la estupidez de antes. En ocasiones me paso con mis bromas pesadas y me sabe mal, pero no puedo evitarlo." Anthony se apresuró a disculparlo de nuevo con una gran carga de afecto. "De verdad, no tiene importancia. Me supo muy mal porque he visto a mi padre sufrir mucho por la situación chilena, pero tú no tenías por qué saberlo. En serio, olvídalo." "Y en estos momentos, ¿cómo está la situación por allí?" "¿En Chile? Según las informaciones que con frecuencia nos mandan los amigos de mi padre, la democracia no es más que una falacia. Siguen mandando los militares en la sombra y el largo brazo de Pinochet sigue controlando el Estado a través del miedo. De hecho, la DINA, aunque fue disuelta oficialmente, sigue actuando con total impunidad." "Es lo mismo que ha sucedido y sucede en España, como antes te explicaba." "Si, pero con la importante diferencia de que aquí la represión ha desaparecido." "Creo que te equivocas, muchacho. Si en apariencia no existe represión es porque se ha logrado neutralizar a los sectores más combativos y pueden alardear de formas democráticas que sólo lo son superficialmente. Se sigue torturando en las cárceles. Existen en las prisiones los presos llamados FIES (Fichero de Internos de Especial Seguimiento), sometidos a unas condiciones durísimas de aislamiento y palizas constantes. Además ten en cuenta que nunca se ha hecho el juicio al franquismo, entre otras cosas por lo que antes te había comentado, porque eso hubiera significado de modo inmediato la reivindicación de la república. La represión ha sido muy dura hasta hace muy poco. Salvador Rueda, un anarquista, fue asesinado brutalmente en la prisión por sus carceleros (funcionarios de prisiones los llaman ahora). Valentín González fue asesinado impunemente por la policía aquí en Valencia a raíz de una huelga de los trabajadores del Mercado de Abastos. La lista sería interminable. Hoy nos encontramos en un estado de libertad vigilada, igual que ocurre en Chile. Únicamente cambia, en todo caso, el proceso de desarrollo en la instauración de una dictadura democrática". "Entonces, ¿no es posible la democracia?" Eleuterio lo miró sorprendido y continuó diciendo, "es una burla hablar de democracia en una sociedad jerarquizada, con desigualdades tan flagrantes, basada además en la explotación económica más despiadada. Para vosotros los americanos que habéis sido educados en los valores democráticos de la revolución americana os es quizá difícil entender que la llamada democracia sólo es un aspecto más de la explotación capitalista." "Cierto, pero existen movimientos allí que intentan minimizar el poder del Estado." "Si. De acuerdo", le interrumpió Eleuterio, "pero en provecho siempre de la empresa privada. Conozco un poco la teoría de los anarco-capitalistas, especie de neo-liberalismo antiestatal. Pero se oponen al Estado, no porque estén en contra, sino porque les parece un despilfarro. Reivindican el darwinismo social; la supervivencia del más fuerte. En una sociedad de ese tipo, la solidaridad, el apoyo mutuo, desaparecen para dejar paso a la competitividad más brutal, en la que las relaciones humanas quedan reducidas a relaciones de mercado. Pero dejemos este tema que mucho me temo que nos llevaría demasiado lejos y contéstame a una sencilla pregunta: ¿qué has venido a hacer realmente a Valencia?" La pregunta cogió desprevenido a Anthony que no pudo ni siquiera intentar buscar una salida airosa. Al fin se decidió a confesarle la verdad apelando a su ética. "Bueno,

creo que puedo confiar en tu discreción. Por el momento no me interesa que nadie sepa qué tipo de trabajo estoy realizando porque podría distorsionar el resultado. Únicamente están al tanto mi amigo Salvador, al que tú ya conoces..." al oír este nombre Eleuterio hizo una extraña mueca de desprecio que sorprendió desagradablemente al americano, "... y Mónica. Acabé antropología en la Universidad de Columbia y Salvador, al que conocí allí, me sugirió que la tesis la hiciera sobre Radio Klara." Ahora el sorprendido era Eleuterio, el cual se dio perfecta cuenta que Anthony estaba diciendo la verdad. "Así que Salvador consiguió por fin convencer a sus padres para que le pagasen unas vacaciones en Nueva York." "No parece tener muy buena opinión de Salvador; sin embargo, éste te tiene en gran consideración." Eleuterio lo miró fijamente y respondió. "Efectivamente. Me parece un perfecto cretino y dudo mucho de sus buenas intenciones. Seguramente se habrá quedado contigo." "No..." Eleuterio hizo ademán de que guardara silencio y dijo: "No importa. Dejemos este asunto y volvamos a lo nuestro. Las piezas comienzan a encajar. Aunque me da la impresión que Salvador te tomó el pelo, mucho me temo que no conseguirás darle la necesaria consistencia a tu trabajo. Pero ese es tu problema." "Te equivocas. He recogido un material muy valioso y he redactado ya varios capítulos que he enviado a mi profesor y le han parecido excelentes, aunque necesitarán algunos retoques. Con las ideas que me estás proporcionando conseguiré, sin duda, contextualizar la problemática de las radios libres en una democracia en formación..." "Vale, vale", cortó Eleuterio que estaba temiendo un discurso banal que prefería dejar de lado, luego prosiguió: "Esto me recuerda algo que podría interesarte para poder situar mejor tu estudio. Hace un par de años, un americano, amigo y seguidor de Chomsky, fue invitado por el partido socialista para llevar a cabo una investigación sobre la situación española y la labor del partido en la modernización del país." "¿A quién te refieres?" "Creo que se llama Petras o algo así" "¡Carajo!" "¿Lo conoces?" "No, pero he oído hablar de él. Creo que trabaja en la universidad de Nueva York, pero no estoy seguro." "Bueno, el caso es que el tal profesor, con muy buen juicio, empezó a comparar los documentos oficiales que le servían en bandeja sobre desempleo, modernización, integración, etc., con lo que él mismo percibía en su vida cotidiana y pronto se dio cuenta que había alguna cosa que no cuadraba y abandonando el mullido sillón de su despacho, se dedicó a investigar el rostro humano de la *modernización* de Felipe González. Cuando entregó su informe y lo leyeron, le agradecieron los servicios prestados, pero lo relegaron al baúl de los recuerdos. Ante esta actitud, una publicación, *Ajoblanco*, que se edita en Barcelona, le ofreció sus páginas. Apareció primero una síntesis del estudio, pero ante las insistentes demandas se decidieron a publicar un número especial con el informe completo." "Deduzco por lo que dices que has leído el informe." "Estás en lo cierto, pero de eso hace ya mucho meses. Fue publicado hace más de un año." "¿Y no tienes esa revista?" Eleuterio lo contempló durante unos segundos con una sonrisa bailando en sus delgados labios. "No." contestó rotundamente y agregó, "ni siquiera sé quién me la dejó." "¿Pero la podré encontrar en alguna parte?", preguntó el americano casi desesperado. "¡Claro! Probablemente la tengan en la biblioteca, pero mi consejo es que, si te es posible, viajes hasta Barcelona y hables con sus responsables. Quizá puedan darte alguna información adicional o incluso ponerte en contacto con ese profesor..." Eleuterio dejó la frase en suspenso durante unos instantes y finalizó, "... Aunque si no te fuera posible, siempre te quedará el informe." Anthony no llegó a captar la burlona ironía que rezumaban las palabras de Eleuterio. Se limitó a asentir. "Creo que tienes razón." "Pues vamos a celebrarlo. ¿Quieres una copa?" "No, gracias; pero tomaré un café solo." Eleuterio llamó la atención del camarero y le hizo un par de

gestos significativos que el otro pareció entender a la perfección. El bar se había quedado casi desierto, sólo un par de mesas continuaban ocupadas por gentes que seguramente estaban haciendo tiempo esperando la hora de apertura de los cines. “Bueno, Anthony, ¿dónde nos habíamos quedado?”, inquirió al tiempo que paladeaba su coñac. El americano levantó la vista del café que estaba removiendo y confesó: “Hemos hablado de tantas cosas, que he perdido un poco el hilo de la discusión; pero me parece que querías decirme algo más sobre la república.” “Tienes razón, aunque no hay mucho más que añadir.” Se echó otro trago al colete y aclaró: “Sí que hubieron algunos intentos por parte de ciertos grupos republicanos y varios intelectuales muy comprometidos de hacer agitación en favor de la república, pero tuvieron en general escaso eco. Se había asumido ya la imposición de la monarquía, en parte porque mucha gente pensaba que las cosas iban a cambiar muy poco si se instauraba una forma de Estado u otra. Tengo la impresión que, salvo alguna excepción, fueron más bien actos testimoniales que un verdadero intento de lograr una agitación efectiva en favor de la república, como sucedió también en épocas pasadas.” Anthony lo miró intensamente percibiendo una gran contradicción en su discurso, pero sin atreverse a señalarlo por temor a su reacción. No obstante la afirmación de su interlocutor lo sobresaltó. “Me temo que mis teorías no han acabado de convencerte.” “No, te equivocas, no es eso. Estaba reflexionando en lo que esta mañana me has comentado sobre el desarrollo del anarquismo después de la muerte del dictador”, dijo para salir del paso. Eleuterio lo observó con una sonrisa de escepticismo flotando en sus labios y al cabo dijo: “Echa un vistazo a tu alrededor.” Anthony arrugó el entrecejo, pero giró la vista en derredor, sin ver nada de particular, luego volvió a fijar la mirada en Eleuterio. “¿No te da la impresión de un decorado extraído de los años treinta?” “¡Cierto!”, exclamó el americano. “Es justamente la impresión que tuve al entrar.” “Este local se conserva prácticamente igual que durante los años treinta, salvo la incorporación de algún artilugio moderno, como la cafetera y alguna otra cosa.” Se entretuvo un instante con la mirada perdida en sus reflexiones, al cabo dijo con voz evocadora. “Pues aquí mismo se reunía con mucha frecuencia el grupo *Espartaco*, uno de los grupos más activos de los años treinta en esta ciudad. Su lema era: *Ni cuotas ni local social*. De este modo se potenciaba la solidaridad entre los miembros del grupo y se evitaba dar facilidades a la policía para su represión en los momentos críticos.” El americano aprovechó la pausa que hizo Eleuterio para apurar su coñac e inquirió: “¿Tienes material documental de este grupo?” Su compañero lo contempló divertido y al cabo de un buen rato rompió el silencio: “Los grupos anarquistas han sido la base principal del desarrollo del movimiento, pero nunca se les ocurrió la peregrina idea de pasar a la historia. Sus documentos son la acción, las actividades que desarrollaban, algunas de las cuales pueden seguirse en la prensa anarquista de la época o en las escasas octavillas que se conservan en los archivos. Su historia, si alguna vez se hace, tendrá que realizarse desde el laberinto de las pasiones.” El americano lo miró perplejo y Eleuterio aclaró muy serio. “Me refiero al estudio de los escritos contemporáneos elaborados por sus detractores y a la historiografía posterior que se ha ocupado de este tema.” “Pero si conoces este grupo, como aseguras, será porque has leído algo en alguna parte, ¿no te parece?” Eleuterio guardó silencio mirándolo fijamente, al cabo dijo con voz dura: “Eres bastante peculiar. No te cansas de hacer preguntas. Si continúas actuando de ese modo acabarás teniendo problemas.” Anthony abrió la boca asombrado y respondió: “Son necesarias las preguntas, si deseo averiguar lo que deseo.” “Hay otras muchas formas de llegar a donde uno desea sin necesidad de ser impertinente; basta un poco más de sagacidad y elegancia. Pero ese es tu problema. Yo ya te he advertido. En lo que al grupo se

refiere, tuve la suerte de conocer hace ya bastante años al abuelo, el padre del actual dueño del local.” Eleuterio hizo un gesto señalando al camarero que servía en la barra. “Adquirió este local durante la dictadura de Primo de Rivera, siendo todavía muy joven y recién llegado a la ciudad desde Murcia. Él fue quien me explicó todo lo que conozco sobre el grupo, porque participó en muchas de sus actividades, aunque no llegó a integrarse nunca de una forma plena.” “Me gustaría mucho conocerlo”, intervino ingenuamente el americano, cuya falta de tacto estaba empezando a cabrear seriamente a su compañero. “Eso va a ser difícil”, contestó Eleuterio que miró fijamente al americano; éste, asombrado por el tono que había empleado, lo miró a su vez y se percató con horror que sus ojos parecían haberse humedecido. “Murió hace tres años y sentí profundamente su pérdida.” Guardó silencio durante unos instantes y continuó: “El grupo se formó poco antes de proclamarse la república y desde sus inicios mostró una asombrosa actividad: mítines, debates, charlas, apoyo a las huelgas, a los presos, cualquier tipo de actividad que contribuyese al desarrollo del movimiento. Su actividad la desarrollaban principalmente en los locales de la CNT, en ateneos, escuelas racionalistas, pero casi siempre hacían sus reuniones en este local. El número de sus componentes oscilaba entre quince y veinte, de los cuales una tercera parte eran mujeres. El viejo me contaba estas cosas con la emoción reflejada en su semblante. En ocasiones, me decía, el grupo necesitaba operar con suma discreción y entonces utilizaban una habitación de la trastienda”, Eleuterio señaló una puerta en la parte de atrás y aclaró, “hoy convertida en almacén.” “En tu opinión, ¿por qué los grupos anarquistas han perdido su capacidad de desarrollar las ideas anarquistas?” Eleuterio se quedó callado con una mano frotándose la barbilla, como si la pregunta hubiera sembrado de dudas su pensamiento. “Esa es una buena pregunta”, contestó al fin, “pero muy difícil de contestar. Lo único que puedo decirte es que en detrimento de los grupos anarquistas, la CNT se arrogó la ortodoxia del anarquismo. ¡Te das cuenta! Es la mayor perversión que conozco desde que el divino Marqués de Sade escribiera en la Bastilla *Los Ciento Veinte Días de Sodoma*. De todos modos no creo que esto ilumine tu mente, pero al menos creo que puede ser un buen punto de partida.” Al decir las últimas palabras, consultó su reloj y anunció: “Es hora de irnos.” Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, hizo un gesto significativo al camarero que acudió presuroso. A aquella hora, el local se había vaciado ya completamente.

Después de una charla agotadora en la que el ingenio y el humor rivalizaron con los análisis políticos de la transición, Eleuterio propuso ir a tomar un bocado. Mientras los demás comían con bastante apetito y conversaban sin desmayo, Anthony se fue sumiendo imperceptiblemente en sus reflexiones. La presencia de Laura había sido decisiva para dar cierta coherencia a la plática que amenazaba con engolfarse por terrenos en los que no estaba acostumbrado a moverse. A pesar de sus fuertes risotadas, que atronaban el tranquilo patio del CAU en el que se habían instalado, sus comentarios eran claros y precisos. Según confesó había participado en la agitación que convulsionó París en mayo de 1968 y esto le proporcionó una perspectiva inmejorable para analizar los acontecimientos que se sucedieron en España tras la muerte del dictador. Sus juicios sobre la radio le servirían para corregir algunos desajustes que había observado en su trabajo, debido probablemente a interpretaciones erróneas que había tomado demasiado al pie de la letra. Tendría que revisar cuidadosamente la grabación de la charla, porque también Joaquín había puesto el contrapunto en el berenjenal de ideas que Emilio había esparcido aquí y allá. Sin caer en el error de considerar el sindicalismo como una panacea, había

sabido argumentar la defensa del mismo como una de las herramientas más eficaces del trabajador en su lucha contra el capital y, como señaló, el anarcosindicalismo había demostrado históricamente la fuerza que puede llegar a aglutinar por obra y gracia de su simbiótica organización. Sonrió al recordar una graciosa anécdota que se había producido en un momento determinado de estas argumentaciones basadas en una lógica muy coherente. Al poco de iniciarse la charla, dos perros de raza indefinida habían salido al patio y se habían estirado cerca de ellos, pareciendo que seguían atentamente la discusión. Joaquín acababa de dar su opinión sobre un acontecimiento particular, cuando Emilio lo interrumpió rebatiéndole con brusquedad, después miró a Eleuterio buscando su apoyo, pero éste se excusó diciendo que no estaba en Valencia en aquella época y lo mismo contestó Laura cuando dirigió su mirada hacia ella. Luego maquinalmente miró a los perros que se irguieron y estiraron las orejas al sentirse observados; entonces Joaquín soltó con mucha sorna: *¡No mires a los perros que tampoco estaban!*, desatando la hilaridad general y relajando a tensión. Definitivamente le era imprescindible tratar con Emilio de algunas cuestiones que no habían quedado claras, especialmente en lo referente al desarrollo del PARRUS, que *no era un partido, sino un entero*, como había recalcado al explicar sus objetivos políticos.

"¿Qué os parece si rematamos la noche tomándonos una copa en *La Farola*?" La voz de Eleuterio lo sacó bruscamente de sus reflexiones y giró la vista en torno para ver si su mutismo había despertado la curiosidad de alguno de los presentes, pero todos parecían haber estado muy atentos a la animada conversación que habían sostenido. "Lo siento," anunció Laura, "pero yo me abro. Mañana tengo que levantarme temprano y sé que si me voy con vosotros me acostaré a las tantas." Después de saludar a los demás se dirigió al americano: "Si me necesitas otra vez no dudes en llamarme." "Así lo haré."

La Farola se hallaba bastante concurrida a aquella hora, pero a pesar de ello la entrada de los cuatro amigos no pasó en absoluto desapercibida. Alberto, detrás de la barra, con un pañuelo en la cabeza que le daba un extraño aire de pirata, los recibió con evidentes muestras de alegría. "¡Vaya a quienes tenemos por aquí!", exclamó con una carcajada. "Y también al americano; ¡cuán caro eres de ver muchacho!" "Es que tengo mucho trabajo", contestó Anthony como disculpándose. "¿Todavía no te ha entrevistado?", preguntó Eleuterio con sorna. "Claro que lo ha hecho. Hace ya bastante tiempo; aunque no creo que lo que le dijera le pudiera servir de mucho." "Te equivocas", dijo el americano muy seriamente. "Como señaló Foucault, la verdad se oculta desparramada, todos *dicen los mismo, ven la misma cosa, pero no con el mismo lenguaje y tampoco con los mismos ojos.*" Alberto miró a los otros con ojos interrogadores y estos se limitaron a hacer un gesto significativo, encogiéndose de hombros. "¿Qué os parece?", acabó preguntando con una sonrisa. "A nosotros nos parece muy bien", contestó Eleuterio por todos.

Anthony se acercó a Emilio y le hizo un gesto significativo: "Me gustaría hablar un momento contigo." Emilio lo miró sonriente y contestó: "Sentémonos en aquella mesa." Luego dirigiéndose a los otros, "ir pidiendo que ahora volvemos." El americano se enfrentó con la cara de extrañeza de su interlocutor. "Verás", empezó vacilante, "quisiera aclarar contigo algunos aspectos de la charla que hemos tenido." "¿Algún problema?" "No, ninguno; pero hay algunas cosas que no he entendido muy bien y no quisiera tergiversar vuestro discurso." Se calló un momento pensativo y luego continuó: "Esta mañana Eleuterio me ha hablado de la república..." Emilio giró la vista instintivamente hacia aquél y el americano le suplicó, "¡por favor!" "No te preocupes, *chiquet*. Me parece que alguien debería haberte advertido que a Eleuterio no debes

tomarlo al pie de la letra. Supongo que te habrá explicado que había que haber luchado por recuperar la cultura que se generó en los años treinta." "Sí, pero lo dijo de una forma..." "Me temo que es la única posible. Quienes habéis sido educados en la democracia tenéis serias dificultades para ver el engaño que ésta supone." Se le quedó mirando fijamente y añadió: "Entiendo que habrás tenido una dificultad similar para comprender los propósitos del PARRUS." No hacía falta respuesta. La cara de Anthony era suficientemente elocuente. "El partido surgió espontáneamente promovido por mí, pero podía haberlo sugerido cualquier otro. Las ideas no tienen dueño. Pero no creas que respondía a un intento de diversión por parte de una gente que no sabía qué hacer. En absoluto." Las palabras de Emilio sonaban con una extraordinaria convicción y el americano observó un cambio espectacular con la charla que habían mantenido aquella tarde, en la que la guasa y la frase ingeniosa se disputaban a partes iguales la hegemonía. Aquella actitud le recordaba a un personaje literario, pero no conseguía saber cuál. "El partido fue desde sus inicios algo muy serio; tanto es así que no se permitía la entrada a cualquiera. Hubo algunos a los que se les dijo que no eran dignos de pertenecer al PARRUS." Al decir esto Emilio sonreía divertido. "Incluso uno, al que llamábamos *la sorda*, fue dado de baja por haber votado a favor de la expulsión de radio Klara de los locales de la CNT." "Todo eso es estupendo", intervino el americano que se estaba impacientando, "pero sobre todo me interesa saber qué pretendíais exactamente con un montaje que en apariencia era más una burla que otra cosa." "En primer lugar demostrar la falacia de las argumentaciones de quienes pretendían arrancarnos el consentimiento de nuestra propia esclavitud. Una de las diferencias fundamentales con nuestra época presente, reside en el hecho de que entonces cualquiera un poco lúcido podía ver lo que se nos venía encima. Me da la impresión que hoy nadie lo sabe." Se calló un momento y se pasó la mano por el pelo atusándose. "Nuestro partido, como todos los que existen o los que están emergiendo en estos momentos, era un *bluff*, pero sorprendentemente tuvo un éxito extraordinario. Quizá la razón que lo explique sea la intensa actividad que desplegábamos en la propaganda de nuestras ideas. Periódicamente se inundaba la ciudad con pegatinas y octavillas, dando la impresión que éramos mucha gente cuando en realidad nuestro número era relativamente reducido." "¿Cuál era el carácter de esa propaganda?" "Ya te lo dije en la charla." "Ya lo sé, pero solo recuerdo vagamente que hablabas de camellos y panojas y dudo mucho que aunque revise la grabación pueda sacar algo en claro. Por eso vuelvo a preguntártelo." Emilio lanzó una carcajada que alertó a todos, incluso al perro de Alberto que se puso a ladrar desaforadamente. "Nuestro propósito", empezó cuando se hubo calmado, "era la denuncia del discurso político, llevando a sus últimas consecuencias las contradicciones que éste encierra. Pero quiero que entiendas bien que cuando digo discurso político no me refiero sólo al de los componentes de un partido, sino a todas las manifestaciones públicas de cualquier grupo." "¿Podrías ponerme un ejemplo?" Después de unos segundos de reflexión sobándose el mentón, dijo: "Generalmente, cuando se produce un acto delictivo, pongamos una violación, se le pide al Estado que intensifique la represión. Los que tal exigen son incapaces de darse cuenta que esa represión acabará abatiéndose sobre la mayoría de ellos." El americano no pudo evitar un gesto de extrañeza. "¿No lo entiendes?" "No mucho. Sin policía..." "No sigas por ese camino. Te lo diré de otro modo; es como si un rebaño de ovejas exigiera a los lobos que les librasen de los depredadores. Eso es lo que se consigue cuando se hace dejación de tus derechos, especialmente tu propia defensa. En otra ocasión repartimos un panfleto con un grabado alusivo en el que exponíamos gráficamente que la corrupción no es un mal que amenaza la democracia parlamentaria, sino que

por el contrario aquélla es la sustancia constituyente de ésta sin la cual sería imposible su existencia." El americano sonrió, pero Emilio siguió sin prestarle atención: "Si reflexionas un poco te darás cuenta que cuando surge un escándalo o se descubre un abominable secreto, éste ya es historia. La gente se escandaliza y probablemente lo comente con horror, pero son muy pocos los que se preguntan: ¿si antes nos la metían así, cómo nos la estarán metiendo ahora?" Sin saber exactamente el motivo, fue en ese preciso momento cuando Anthony comenzó a entender que el discurso de Emilio no se basaba en banalidades, sino que escondía una profunda reflexión, aunque expuesto de forma irónica, lo cual a su juicio le restaba mucha fuerza demostrativa. "¿No crees que la ironía que utilizabais y que tú mismo utilizas en tu discurso le quita fuerza?" "¿Fuerza para qué? Mira, *chiquet*, la ironía y la risa son lo único que todavía nos puede salvar de caer en la estupidez generalizada. Nosotros no tratábamos de demostrar nada, sino de desnudarlo todo. En cierta ocasión mandamos una serie de cartas con una peseta dentro y una tarjeta en la que decía algo así como: «El PARRUS es el único partido que cumple lo que promete y que reparte dinero». Los destinatarios eran gente muy bien elegida y sabíamos que alguno se haría eco de este hecho. Y así fue, ya que aparecimos en los papeles. Muchos se lo tomaban a risa, pero lo cierto es que muchos periódicos y revistas nos dedicaron artículos analizando el fenómeno." "Hay un detalle que en la charla se ha quedado en el tintero." "¡Ah! Sí", dijo Emilio con sorna. "¿En qué consistía vuestro programa de radio?" "En esto mismo que te estoy diciendo." Lo miró fijamente y al cabo dijo sonriendo: "Mucho me temo que sigues sin entenderlo, pero no debes preocuparte porque tienes cara de inteligente y acabarás por comprenderlo todo." Anthony juzgó que la ironía que estaba empleando era debida a la profunda simpatía que había despertado en él. O así quería creerlo... ¡Eh! ¡Vosotros! Dejar de contaros mentiras y venir aquí a tomar un chupito de orujo traído directamente de mi pueblo." Todos se habían vuelto hacia ellos. Alberto con una botella de un líquido transparente en la mano. "Vamos o empezarán a sospechar cosas raras." Se levantaron y se reunieron con el grupo. "¿Por quién brindamos?" "¿Por la república?" Todas las miradas convergieron en el americano que había dibujado una amplia sonrisa en su rostro y en sus ojos un destello de astucia. Una carcajada selló el brindis, mientras Eleuterio lo miraba sorprendido y decía para sí: "Aprende pronto este chaval."

Capítulo 7º

Chile: Una transición democrática a la española

El complot

En el amplio y confortable despacho situado en el piso 79 del edificio se encontraban tres hombres. Dos permanecían sentados en cómodos sillones mientras el tercero que parecía ser el jefe se había levantado y con las manos en los bolsillos se dedicaba a observar la arquitectura de los edificios que se encontraban a la vista a través de uno de los grandes ventanales.

El silencio reinante desde hacía varios minutos sólo era alterado por un ligero rumor indefinible que llegaba desde uno de los rincones. La temperatura en el interior era bochornosa si tenemos en cuenta que fuera parecía un témpano de hielo a la deriva; hacía poco que había dejado de nevar y las calles estaban cubiertas de una fina alfombra blanca. El hombre de la ventana sin volverse y sin apenas mover un sólo músculo se decidió a quebrar la tranquilidad.

"De modo que no se ha podido averiguar nada todavía." Los otros dos hombres se miraron sin decidirse a abrir la boca. Al cabo, uno de ellos dijo, "nuestros colaboradores llevan meses ejerciendo una estrecha vigilancia, pero al parecer no existe nada extraño en el comportamiento del muchacho." "Tenemos un informe completo de las actividades del grupo y según parece se dedican únicamente a hacer radio. A pesar de todos los esfuerzos nada han encontrado que haga sospechar que existe detrás algún tipo de actividad subversiva", dijo el otro. "Y mucho menos en contra de Chile", añadió al cabo de un momento.

En ese preciso instante, el hombre que se encontraba de pie se volvió, se sacó las manos de los bolsillos y apoyándolas sobre la mesa se inclinó sobre los dos hombres que instintivamente se echaron hacia atrás. Intentó esbozar una sonrisa y su boca se desfiguró en una extraña mueca. "Todavía no sé si sois imbéciles o bien unos ingenuos, aunque me inclino más por lo primero. Según vosotros tenemos que creer que el hijo de Antonio García viajó a España hace ya más de un año para trabajar en una radio independiente; anarquista, no lo olvidemos", hizo un gesto de complicidad hacia sus subordinados que se lo devolvieron con una amplia sonrisa, "y al mismo tiempo hacer un estudio de la misma." Hizo una pausa que aprovechó uno de los hombres para intervenir. "Hay que tener en cuenta que el anarquismo..." La fría mirada de su jefe que había borrado la mueca de su boca y la había transformado en un rictus de odio, frenó en seco su discurso, mientras un escalofrío recorrió su espina dorsal. El silencio se hizo espeso y parecía como si el calor de la habitación se hubiera intensificado. El que parecía el jefe volvió a introducir las manos en los bolsillos y comenzó a pasear lentamente de izquierda a derecha al otro lado de la mesa, mientras los dos hombres sentados lo seguían atentamente con la mirada. Parecía que estuvieran siguiendo con atención una partida de tenis a cámara lenta. Esperaban con expectación las siguientes palabras de su jefe al que rendían un culto especial por la agudeza de sus ideas y la profundidad de su inteligencia. Mientras, el caminante, la cabeza inclinada hacia delante, pareció encontrar la clave que estaba buscando y se detuvo en el centro de la mesa vuelto hacia los otros dos. Al cabo de un rato sacó una mano del bolsillo y se puso a gesticular como si tuviera la intención de dirigir una orquesta con una imaginaria batuta, mientras iniciaba calmadamente su discurso.

"El anarquismo ha sido siempre y todavía continúa siéndolo, imprevisible. Cuando parece abatido y sin posibilidades de recuperarse, surge de nuevo bajo formas quizá un poco diferentes, pero con las mismas ideas esenciales, lo cual lo convierte en un

movimiento social más peligroso que cualquier otro porque su filosofía se asienta en la capacidad del ser humano para rebelarse contra cualquier forma de opresión. Las formas de lucha contra la misma podrán variar, pero el objetivo es inmutable y por tanto eterno." Hizo una larga pausa que aprovechó para acercarse al mueble bar situado detrás de los hombres sentados, los cuales lo seguían con la mirada y cuando éste salió fuera de su campo de visión giraron al unísono el cuerpo para seguir conservando en su retina la figura del jefe que había abierto la portezuela del mueble bar y sacaba una botella de *bourbon* y tres vasos. Sin volverse preguntó, aunque ya sabía la respuesta, "¿queréis un whisky?" "Si, desde luego", contestaron a la vez. Seguían ambos atentamente las evoluciones de su jefe y de cuando en cuando cruzaban sus miradas preguntándose por el objeto de su discurso anterior. Según su punto de vista el anarquismo, comparable al terrorismo, debía ser combatido con saña y sin piedad. Sin embargo, como ya habían hablado en otras ocasiones, el anarquismo clásico se había convertido en una pieza de museo, digna por ello de estudio. Eso es lo que habían hecho innumerables profesores americanos al acercarse a la realidad de un anarquismo primitivo, salvaje, que había causado el asombro de muchos contemporáneos, pero que hoy sólo servía como material de estudio exótico. A su juicio, eso es lo que había movido al hijo de Antonio García a desplazarse hasta España e integrarse en aquella maldita radio que decía llamarse anarquista. Pero su jefe pensaba de otro modo y había sido inútil cuanto argumentaron; la lógica de su jefe era aplastante y difícil de rebatir, especialmente porque había dado sobradas muestras de clarividencia. Por ello llegaron a la conclusión que poseía información privilegiada que de momento no quería poner a disposición de sus subordinados por razones de seguridad. De todos modos, no las tenían todas consigo...

El jefe se volvió con dos de los vasos y se los tendió a sus subordinados que se apresuraron a levantarse para alcanzarlos y se arrellanaron de nuevo en sus poltronas. Con su vaso en la mano, el jefe se dirigió a su sillón y tomó asiento cómodamente, mientras lo levantaba para iniciar un brindis por la desaparición de la subversión. Levantaron los tres los vasos y bebieron, pero uno de ellos separó el vaso de los labios y murmuró, "pero, jefe, si desaparecen los subversivos, ¿qué haremos nosotros entonces?" "Nos inventaremos otros", y se echó a reír a carcajadas, mientras pensaba que su subordinado era más tonto de lo que parecía. "¿No habéis oído hablar de la anécdota de los lobos en Francia?" Ambos negaron con la cabeza. "No importa. Volviendo a nuestro problema, con el anarquismo no se puede nunca estar seguro y aunque haya perdido en los últimos años gran parte de su virulencia, en cualquier momento puede darnos una sorpresa y conviene estar preparado para esa eventualidad."

Volvió a levantarse, después de dejar el vaso sobre la mesa. De nuevo parecía estar inquieto y nervioso y comenzó otra vez a pasear. "Creo que será necesario pasar a la fase C, aun sin la autorización del departamento. Ahora bien, necesito contar con vuestra entera colaboración y sobre todo con vuestra absoluta discreción." Se paró repentinamente y colocando de nuevo las manos sobre la mesa, se inclinó mirando fijamente a sus subordinados que se quedaron inmóviles sin saber qué hacer. Permanecieron así varios segundos en total silencio y al cabo dijo uno de los que estaban sentados. "Pero eso supone un gran riesgo, si las cosas no salen como planeamos." "Es cierto. Pero puede representar un gran triunfo para todos nosotros, si nos adelantamos a los acontecimientos. Y tengo la corazonada que estamos pisando terreno firme."

De nuevo un espeso silencio se enseñoreó de la habitación y planeó ominoso sobre las cabezas de los subordinados que no veían claramente en qué triunfarían si todo iba a pedir de boca, pero estaban seguros de lo que sucedería si todo iba mal como era de prever. Tenían en ese momento la extraña sensación que su jefe se había vuelto completamente loco. La fase C sólo se ponía en marcha cuando había un peligro real evidente y este, objetivamente, no era el caso. Sin embargo, tampoco podían contrariar abiertamente los deseos del jefe, ni poner en cuestión sus órdenes sin sufrir las inmediatas consecuencias de su desacato. Únicamente les restaba contemporalizar y tratar de salir lo mejor librados posible de la situación que se les estaba creando. "¿Cuál es su propuesta?", se decidió a hablar por fin uno de ellos. "Bien. Sabía que podía contar con vosotros." Se giró hacia uno de los grandes ventanales y con las manos en los bolsillos comenzó a hilvanar un plan que tenía en estudio desde hacía ya un tiempo y parecía impaciente por explicarlo con todo lujo de detalles. Sus palabras rebotaban en el cristal de la ventana y llegaban a los oídos de sus subordinados un tanto temblorosas por el golpe. Esa costumbre de su jefe de comunicar los detalles más importantes sin dejar ver su rostro la odiaban, pero no habían tenido más remedio que acostumbrarse a sus manías. Parecía que quisiera darles a entender que el poder de la palabra estaba dissociado de la jerarquía, o mejor, que las palabras que pronunciaba le eran sugeridas directamente por el Gran Jefe. "Estrecharemos la vigilancia sobre Antonio García y si nos da algún motivo lo arrestaremos cautelarmente para someterlo a un interrogatorio rutinario. Si lo consideramos necesario nos inventaremos cualquier motivo para proceder igualmente a su arresto. Gran parte de nuestro plan aquí dependerá de lo que suceda en Valencia." Los dos subordinados se miraron con cara preocupada intuyendo que su jefe preparaba alguna barbaridad. "Os encargaréis de transmitir a nuestros colaboradores, por los medios más seguros, las siguientes indicaciones." Hizo una pausa que aprovechó para sacar del bolsillo interior de su chaqueta una pitillera de oro, extrajo un cigarrillo y lo encendió con un encendedor también de oro que había sacado del bolsillo lateral de la chaqueta. Después de lanzar contra la ventana una gran bocanada de humo prosiguió: "Primero, deben estrechar mucho más la vigilancia del muchacho, con el objetivo de aprovechar la ocasión más favorable para organizar su secuestro..." Un grito lanzado por uno de sus subordinados cortó en seco sus palabras. Giró la cabeza sin mover apenas el cuerpo y lanzó una mirada interrogadora. Ninguno de los dos se atrevía a despegar los labios y ambos parecían querer desaparecer en el interior de sus mullidos sillones. Tras un momento de tensión continuó sin apenas inmutarse, "todo debe suceder sin levantar sospechas. Quiero una operación limpia, sin problemas. Sobre todo deben escoger el lugar en el que será detenido el muchacho con mucho cuidado. Un lugar seguro. Segundo: una vez a buen recaudo procederán con sumo cuidado a un interrogatorio sutil, inteligente, a ser posible sin violencias de ningún tipo, pero si al cabo de un tiempo no se obtienen resultados deberán introducir algunas torturas que no dejen señales y, quiero que esto lo tengáis muy presente, en ningún caso el resultado debe ser de muerte." Estas últimas palabras tranquilizaron un tanto a los dos esbirros que permanecían con el corazón encogido y con la certeza cada vez más firme que su jefe se había vuelto completamente chalado. "Tengo la firme convicción que nuestros colaboradores obtendrán los resultados que esperamos sin comprometernos. Ya lo han demostrado en otras ocasiones." En ese preciso instante se volvió de espaldas al ventanal y se encaró con los dos hombres que rehuyeron de inmediato su mirada. Cuando se disponía a continuar para dar las últimas órdenes, se abrió la puerta del despacho y una mujer joven hizo su aparición pidiendo excusas por la interrupción.

“¿Qué desea?” “Acaba de llegar el agente Philippe.” “¡Ah! Sí. Hágalo pasar de inmediato.” Casi antes de que hubiera terminado de hablar se abrió completamente la puerta y un hombre de unos treinta años, alto y fornido, con una cara de rasgos duros, pero agraciados, se introdujo con decisión en el despacho. Al llegar a la altura de los hombres que se encontraban sentados los miró despectivamente y se plantó frente al jefe. Sus miradas se cruzaron y el agente Philippe a quien todos conocían por el *Bond*, apartó unos papeles y apoyó su trasero en un lado de la mesa con una pierna apoyada en el suelo y la otra balanceándose rítmicamente al compás de sus pensamientos. Les había dado la espalda deliberadamente a sus compañeros y sonreía a su jefe que se había acercado hasta él y acabó poniéndole ambas manos sobre sus poderosos hombros, mientras le preguntaba: “¿Cómo ha ido todo?” Sin abandonar su sonrisa que descubría una blanca hilera de dientes, el *Bond* contestó: “Por lo que a nosotros respecta bien, pero la situación en Chile se está deteriorando por momentos. A pesar de todos nuestros esfuerzos por contener la avalancha, los grupos de izquierda están consiguiendo sus objetivos, especialmente después de lo sucedido en Argentina.” Hizo una pausa que su jefe aprovechó para sentarse en su sillón, cruzar las piernas y apoyar el codo en la mesa ladeando el cuerpo hacia su subordinado y apoyando la cabeza en la mano en actitud de concentrada atención. “Nuestros colaboradores en Chile han realizado un trabajo magnífico, especialmente el grupo de Santiago del que me traigo una grata impresión. Son ellos precisamente los que aconsejan cambiar de táctica y golpear con contundencia lo más pronto posible, porque de lo contrario temen que pueda llegar a ser encausado el propio Pinochet.” “¿Es posible?”, inquirió el jefe casi gritando, mientras los otros dos se agitaban nerviosos en sus sillones. “Es una probabilidad, remota en estos momentos, pero que no podemos descartar de ningún modo. Debemos tener en cuenta que si esto llegara a suceder, nuestro país podría verse en entredicho por el apoyo que se prestó al entonces general Pinochet y eso no nos conviene en absoluto.” Hizo una pausa para añadir enseguida: “Soy de la opinión que tendríamos que actuar rápidamente.” Sus dos compañeros, todavía con el vaso de whisky en la mano ya vacío, experimentaban extrañas sensaciones, motivadas en parte por el nulo interés que les merecía las informaciones del *Bond*, al que siempre habían considerado un fantasma que no dudaría un solo momento en embrollar cualquier situación si viera en ello la más mínima probabilidad de sacar algún provecho. “Algo de eso me temía, aunque no pensé que fuera tan grave. Poco antes de que llegaras les he dicho a tus compañeros que pasábamos sin más dilación a la fase C...” “¡Por fin!”, exclamó triunfalmente el *Bond*, cortando a su jefe sin miramientos. “Llamaremos a Valencia inmediatamente para comunicárselo a nuestros colaboradores.” “¡Oh! Jefe, deje que vaya allí para comunicárselo personalmente. Estoy seguro que alcanzaremos resultados sorprendentes.” El jefe esbozó una amplia sonrisa, mientras se levantaba de nuevo del sillón y se encaraba con su subordinado. “No tan deprisa”, le dijo mientras le colocaba las manos en los hombros tal como era su costumbre. “Esperaremos a ver qué resultados obtenemos con este cambio de táctica.” Dirigió la vista hacia los que estaban sentados y continuó: “Por el momento colaborarás con ellos en la vigilancia y control de Antonio García. Es necesario obtener resultados por este lado para poder tener pistas firmes en nuestras pesquisas en Valencia. ¿Habéis comprendido?” Todos asintieron, pero el *Bond* añadió con firmeza: “Los tendrá.” “Pues a trabajar.”

El *argentino* se encontraba sentado tras una elegante mesa de despacho. Por si no bastara su peculiar acento para hacer honor a su apodo, iba siempre elegantemente

vestido con un traje entallado de corte impecable, el pelo negro engominado y un fino bigote ornando su labio superior, todo lo cual le proporcionaba el aspecto de un bailarín de tangos. Sólo su escasa estatura distorsionaba un tanto el conjunto. El lugar, un local de negocios decorado con gusto exquisito, era utilizado como tapadera. Situado en pleno corazón del barrio antiguo, su actividad comercial era sumamente intensa. Ese domingo había citado a uno de sus colaboradores para intercambiar información y comunicarle el cambio de táctica. Después de año y medio, estaban exactamente igual que al principio y los jefes de Nueva York le habían cantado la gallina.

Su colaborador había acudido puntualmente a la cita y se encontraba sentado frente a él en el cómodo sillón dispuesto al efecto. El *argentino* había encendido un cigarrillo y lo propio había hecho su colaborador. Con las piernas cruzadas, completamente apoyado en el respaldo de su sillón y éste ligeramente ladeado, se decidió a continuar hablando: "Ahora vamos a dejarnos por completo de pendejadas." Con un brusco movimiento se echó hacia delante y se apoyó en la mesa. "Los jefes me han ordenado que pasemos a la fase C" "¿Y eso qué es?" "En síntesis significa que dejemos de tocarnos los cojones y saquemos algo en claro. Significa, además, que si en un tiempo prudencial, no hemos conseguido ningún resultado, se pasa directamente a un golpe de efecto que en este caso puede ser su liquidación física o quizá..., que carajo sé. Eso lo deciden los jefes. ¿Entendés?" "Perfectamente; pero tengo la impresión que en este caso estamos cometiendo un grave error." "Pero, mirá que sos boludo, Mac. ¿Sabés?" Mac era oriundo de la costa Oeste de Estados Unidos. Alto, de complexión fuerte, con cara y frente ancha y nariz prominente, presentaba los rasgos de una persona poco digna de confianza. Su mirada torva contribuía a reforzar esta primera impresión. Hablaba correctamente el castellano con un ligero acento americano que apenas se notaba. "Mira, *argentino*, he tenido oportunidad en todo este tiempo de ganarme su confianza y si hubiera algo de lo que sospechamos ya lo sabría." "Sos un perfecto boludo", espetó el *argentino*. "Siempre te creíste superior a nosotros porque considerás que tu labor es más importante." "Y lo es, no te quepa duda", contestó calmadamente Mac. "El trabajo que hice en San Francisco dejó prácticamente desmantelados a una parte de los grupos subversivos que allí operaban." "Sigo pensando que sos un cretino." El *argentino* se levantó y rodeó la mesa poniéndose junto a Mac que lo miraba desafiante. "Nunca te enterás de nada", continuó con desprecio. "Sin la ayuda de grupos como nosotros no hubieras conseguido nada. Es más, estuviste a punto de cagarla en varias ocasiones. A no ser por la oportuna intervención de algunos miembros de la banda del *chino*, ahora estarías liquidado y todos los confidentes descubiertos." "¿Cómo sabes todo eso?" Mac se había puesto en guardia. "¡Pendejo! ¿Por qué creés que te enviaron a España?" Un ominoso silencio se enseñoreó de la estancia. Ahora el *argentino* se había situado a espaldas de Mac que estaba empezando a respirar con dificultad. "Siempre nos despreciaste, porque considerás que tu objetivo es más elevado que el nuestro. ¡Desgraciado! Nos movemos ambos por el mismo motivo: dinero y poder. Solo que vos necesitás justificarlo con discursos políticos de defensa de la democracia y la civilización. Sin nuestro concurso, la represión carecería de uno de sus fundamentos más importantes. ¿Entendés?" Mac no contestó; algunas gotas de sudor perlaban su frente. El *argentino* se inclinó y le susurró al oído: "Podés dar gracias a que tu aspecto todavía puede sernos útil para obtener información, especialmente en el asunto de Anthony. Sin embargo, si fallás estás acabado, así que deja de hacer el idiota y trata de emplearte a fondo."

Hizo una larga pausa mientras se erguía y continuó: "La organización de Barcelona te envió a Valencia, porque se hartó de ti. A mí no me importó al principio, ya que me caíste simpático, pero ya estás empezando a tocarme los cojones." El *argentino* volvió a su sillón y Mac respiró aliviado, luego ya más tranquilo, dijo: "De acuerdo tranquilicémonos y sigamos trabajando. Todavía formamos un equipo." Esta última frase hizo que el labio inferior del mafioso temblara perceptiblemente. "Escuchá con atención lo que tengo que decirte." Mac se irguió ante el tono perentorio del *argentino*. "Mi padre se deslomó trabajando, porque su moral le impedía transgredir las leyes de los hombres, a pesar de saber que éstas sólo sirven a los poderosos. En cierta ocasión me explicó que las sociedades se asientan sobre el vicio, porque si éste desapareciera, la civilización se hundiría de inmediato. Creo que me dijo que lo había leído en algún libro. Sea como fuere, esto me enseñó el camino a seguir y de ese modo me convertí en un benefactor social." Se calló y dibujó una amplia sonrisa, luego continuó: "La experiencia me ha demostrado que los políticos y nosotros somos las dos caras de una misma moneda. Ellos gestionan la miseria y nosotros la riqueza y a ambos nos interesa que las cosas continúen como están." Mac hizo una mueca despreciativa, pero el *argentino* hizo caso omiso de la misma y continuó: "¡Un equipo! La gente de tu ralea sos escoria. Despreciás nuestra actividad, pero no te importa hacer de chulo de putas." Mac dio un salto y barbotó atropelladamente: "Lo hago obligado por las circunstancias; por ese medio puedo obtener contactos que me son muy útiles en mi trabajo." Una fuerte risotada acompañó las últimas palabras de Mac. "Me importa una mierda como lo hagás, pero exijo resultados. ¿Cómo está el asunto de Anthony?" "Piensa irse a Barcelona dentro de quince días." El *argentino* dio un salto en el sillón y vociferó: "¿Cuándo pensabas decírmelo?" Mac se arrugó en su sillón hasta casi desaparecer. "No le di demasiada importancia; me dijo que se iba a pasar la semana santa con esa furcia con la que hace el programa de radio." Se calló para erguirse completamente y añadir triunfalmente: "Sin embargo, a pesar de todo, he tomado mis precauciones. En cuanto llegue a Barcelona, todos sus movimientos serán seguidos. Nada de lo que haga allí será un secreto para nosotros." "¡Macanudo! Me alegra saber que no perdiste del todo tu instinto de sabueso." Mac se levantó con gran lentitud y después de lanzar una mirada ambigua al *argentino* abandonó el local.

Anthony abrió la puerta del *vegeta* con decisión y paseó la vista por el local. "¡Anthony!" El americano divisó a su amiga sentada en una mesa del fondo que le hacía gestos con la mano. Un prolongado beso selló el encuentro. "¿Cómo te ha ido?" "He contactado con dos okupas muy jóvenes en *Xaloc* y están dispuestos a hablar conmigo de sus experiencias." "Me alegro." "El problema es que no podrá ser hasta principios de septiembre, porque mañana mismo se van a Menorca a trabajar durante los meses de verano. No hay tiempo material de preparar la entrevista." "¿No tenías pensado acabar al final del verano y regresar a Estados Unidos?" "Sí, pero no importa. Hablaré con mi director de tesis y retrasaré el regreso un mes; no habrá ningún problema. Después de lo que hablamos con tus amigos de la Casa de la Montaña en Barcelona y tras haber visto *La txispa que prende la metxa*, con el desalojo del cine Princesa, me parece más necesario que nunca incorporar a mi trabajo esta faceta del movimiento social." Apretó suavemente la mano de su amiga y le preguntó: "¿Has comido ya?" "No, te estaba esperando." El americano torció un poco el morro y murmuró, "pues lo siento, pero no tengo hambre." Mónica sonrió y se dirigió a la barra. "¿Estás seguro que no quieres nada?", preguntó al regresar con un plato de verduras. "Tienen unos

macarrones exquisitos." "No, Mónica. De verdad. He picado algo antes de venir. Quizá más tarde." "Está bien", concedió la muchacha, dando un buen tiento a las verduras.

El americano se sentía feliz viendo a su amiga comer con gran apetito, aunque las verduras no fueran precisamente su plato favorito. La muchacha hizo una pausa en su yantar. "¿Recuerdas a las estatuas que vimos en las Ramblas?" "¿Los mimos? Ya lo creo. Algunos componían unas figuras extraordinarias: un romano, una pareja vestida de época, un troglodita, un vampiro metido en su ataúd..." "Cuando las estábamos viendo aquel día tuve la sensación que querían decir algo, pero no llegaba a comprender qué era." "Recuerdo que me lo comentaste." "Pues bien, esta mañana al despertar encontré la solución; seguramente tuve un sueño revelador durante la noche." "¿Y se puede saber...?" "Pues me da la impresión que consciente o inconscientemente tratan de representar a la civilización actual." "¿En qué sentido?" "¿No reparaste en que están absolutamente inmóviles en una posición determinada, hasta que alguien deposita una moneda en el platillo?" "Sí, pero sigo sin entender." La muchacha se llevó a la boca un nutrido grupo de judías verdes, mientras contemplaba burlonamente al americano. "Pero si es muy sencillo. Al igual que ellos, nuestra civilización sólo se mueve cuando oye el sonido del dinero." Anthony rió con ganas. "Eres muy rebuscada. A mí me parece que lo único que buscan es ganarse la vida y de un modo bastante difícil, por cierto. Debe ser muy duro permanecer de pie y además inmóvil durante tanto tiempo." "Me estás decepcionando, Anthony", rió la muchacha. "Creía que tenías más imaginación."

Antes que el muchacho tuviera tiempo de contestar a la provocación, espetó: "¿Qué tal te va con el informe Petras?" "¡Estupendamente!", exclamó visiblemente excitado. "Es un trabajo excelente. Me ha aclarado muchas cosas, especialmente por la conversación que mantuvimos con aquel portuario amigo del profesor. ¿Recuerdas?" Mónica asintió. Se acordaba perfectamente, porque había sido ella quien le había facilitado el contacto. "Sus análisis son impecables y sus conclusiones realmente demoledoras. No me extraña que las instituciones *oficiales* no quisieran publicarlo." Hizo una pausa para beber un trago de agua mineral y continuó cada vez más excitado. "Algunos de sus pasajes son muy ilustrativos." Sacó su libreta de notas y leyó: *La centralidad del mercado como el principal mecanismo para la modernización ha reforzado los lazos entre el mundo de los negocios y el Estado, y ha fomentado los valores mercantiles dentro de la clase política. El resultado ha sido que la corrupción a gran escala ha impregnado el sistema político, minando la ciudadanía. La liberalización y el nuevo régimen regulador fortalecen a los empresarios sobre los trabajadores, al capital extranjero sobre el nacional, a los «servicios» (banca, especulación, bienes inmobiliarios y turismo) sobre el capital productivo (industria, agricultura, minería).*

Dejó la libreta a un lado y miró a la muchacha que lo observaba divertida. "Pero lo más sorprendente de todo," Anthony había cogido una mano de Mónica y la apretaba cariñosamente, "es que me ha ayudado mucho a entender el discurso de Eleuterio y sus compañeros." "¿Estás seguro?" "Completamente", afirmó el muchacho con convicción sin reparar en el acento irónico de la muchacha. "Las conclusiones son prácticamente las mismas, únicamente cambia en todo caso, el modo de formularlas o la metodología empleada." *Entonces sabíamos perfectamente lo que nos estaban preparando y lo dijimos, pero hoy no creo que nadie lo sepa.* Aun le parecía escuchar el eco de las palabras de Emilio que ahora por fin se le presentaban con una claridad meridiana, Anthony salió de su ensimismamiento y creyó observar en su amiga un gesto de preocupación. "¿Te ocurre algo?" Su mano continuaba acariciando la de su

amiga. "Nada de particular", contestó batiendo graciosamente las pestañas. "Solo que al hablar de Barcelona me he acordado..." "¿No te lo pasaste bien?", preguntó con acento compungido presionando su mano. "¡No seas tonto! Claro que me lo pasé bien." Guardó silencio unos instantes y luego continuó: "Pero de pronto me he acordado del último día, cuando estuvimos tomando unas cervezas en la plaza Real." Anthony pareció no comprender. "Sí, hombre. Cuando me fijé en aquel tipo sentado a unas mesas de distancia de nosotros." "¡Ah! Sí, aquel que pensabas que nos estaba vigilando." "Ya te dije que me parecía haberlo visto en un par de ocasiones cerca de nosotros. En el parque Güell y otro día en las Ramblas", aclaró Mónica con tono preocupado y añadió: "Sigo pensando que nos vigilaba." "¡Bah! Olvídalo. ¿Quién iba a tener interés en vigilarnos? A no ser que fuera alguno de radio Contrabanda para espiar nuestros movimientos." "Me parece que no deberías tomártelo a broma", contestó arrugando los morritos. "Está bien. Lo siento. Estaremos alerta. ¿De acuerdo?" Anthony la tomó por los hombros y acercó sus labios a los de su amiga. Todavía con el sabor de Mónica en sus labios, el americano propuso: "Para celebrar mi próximo encuentro con los okupas te invito esta tarde a la Fílmoteca." "¿Qué hacen?" "*El Ladrón* de Louis Malle." "No la conozco." "Tampoco yo, pero me han asegurado que es muy buena. Está basada en una novela de un anarquista." "De acuerdo."

La muchacha acabó de engullir los últimos restos de verdura y se estiró en su silla. "Puede que Anthony tenga razón y todo se deba a una casualidad", pensaba mientras miraba al techo. "¿Por qué querrían vigilarnos y *quién*?" Hizo un gesto con la mano como si quisiera ahuyentar algún fantasma. "Será mejor que lo olvide", decidió para sus adentros, aunque tuvo la impresión que le sería difícil. "¿Nos vamos?" La pregunta de su amigo acabó de arrancarla de sus reflexiones y contestó maquinalmente: "Sí, vámonos."

Capítulo 8º

Un desalojo, una okupación

Del Kasal de Palma al de Flora

A dos días del comienzo de las tradicionales fiestas falleras, cuando ya la ciudad hacía una semana que se había inundado de luz, la pálida claridad del alba trajo presagios funestos. A temprana hora de la mañana, los mensajeros del miedo y el horror, embocaron la calle alta y girando por la calle Museo se apostaron delante de la iglesia del Carmen. Toda una legión de antidisturbios, algunos encapuchados, se apostaron estratégicamente en la plaza. Al otro lado de la calle Palma, el despliegue no era menos efectivo. Armados hasta los dientes, esperaban, tensos, las órdenes oportunas para atacar sin compasión a un grupo de jóvenes armados... de coraje. En el interior del kasal popular, una veintena de éstos que habían tomado la determinación de resistir, hasta donde pudiesen, el desalojo que la señora Rita les había prometido, discutían en esos momentos la estrategia a seguir. Dos de ellos decidieron encadenarse al balcón de la primera planta a fin de no facilitarle las cosas a las fuerzas del desorden. El desequilibrio en el plano armamentístico era abrumador: estos armados hasta los dientes de toda clase de artefactos disuasorios, incluidas las armas de fuego, aquellos armados con la razón, la más poderosa de las armas. Sin embargo, todo el mundo estaba convencido de qué lado se iba a inclinar la victoria parcial aquel día.

Los minutos se iban desgranando lentamente; en la plaza a la par que crecía la tensión, aumentaba el número de los que venían a apoyar a los que resistían dentro. Pronto se llenó completamente; de entre la gente se destacó un hombre de mediana estatura, con abundante cabellera y rasgos indeterminados, se diría que a medio hacer; pero se podía apreciar en su cara la extrema rabia que lo consumía, al igual que a todos los que habían acudido a resistir; aunque sabían cuál sería el resultado final.

El hombre, con los labios contraídos en una mueca de furor, se dirigió a una cabina de teléfonos, situada en un ángulo de la plaza. Marcó un número y esperó la respuesta que no tardó en llegar: “¿Sí?” “¿Radio Klara?” “Así es.” “Te llamo desde una cabina y no puedo saber si estáis en el aire o no.” “Pues en este preciso momento hemos hecho un corte musical así que puedes hablar con toda tranquilidad.” “Estupendo. Se trata del desalojo del Kasal Popular, del cual ya os supongo enterados.” “Efectivamente; precisamente estábamos informando de este asunto hace un momento. Hemos lanzado un mensaje para que alguien nos llamara...” “Pues debe haber sido telepatía, porque no tengo ninguna radio cerca. Bien, el caso es que quería informar de los últimos acontecimientos que se están produciendo...” “Nos parece magnífico, pero, ¿por qué no informas directamente a la audiencia?” “¿Quieres decir salir al aire desde el teléfono?” “Eso es; como si fueras nuestra unidad móvil.” “Me parece cojonudo.” “Pues espera que quito la música y te anuncio.” El anónimo comunicante escuchó lejanamente cómo el locutor informaba: “Un compañero en un lugar próximo al Kasal Popular va a informar en directo, desde una cabina, de los acontecimientos que se están produciendo en estos momentos.” Y a continuación oyó con toda claridad: “Adelante, compañero, cuando quieras.” “Estoy en la plaza del Carmen. Nos hemos reunido una gran cantidad de gente hasta casi llenarla por completo. Frente a nosotros y delante de la iglesia, cubriendo la entrada a la calle Palma, se encuentran situadas las fuerzas antidisturbios, tres furgonetas y varios coches zeta. En estos momentos estoy observando que un helicóptero, también de la policía, sobrevuela el barrio para controlar nuestros movimientos. La

tensión crece por momentos y la policía parece ansiosa por intervenir, aunque se mantiene pasiva, seguramente esperando órdenes precisas. Cuando he pasado por delante del Kasal Popular, he visto que dos okupas se habían encadenado al balcón del primer piso. En el interior hay aproximadamente una veintena de compañeros según me han informado.” La voz del anónimo informante había procurado aparentar hasta entonces una calma que estaba muy lejos de tener, pero de pronto los acontecimientos se precipitaron y la voz, hasta entonces tranquila, que había procurado seguir fielmente las indicaciones de su dueño, se rompió en mil pedazos. Un grito de angustia y desesperación brotó de su garganta y las palabras terriblemente contusionadas, algunas seriamente dañadas, se arrastraron desesperadamente por la garganta, intentando ganar la salida antes que un incidente más grave viniera a provocar una catástrofe definitiva.

“En estos momentos todo el aparato represivo se pone en marcha, la señal tanto tiempo esperada parece al fin haber llegado. Las furgonetas se están vaciando de *maderos*, armados hasta los dientes y protegidos con cascos y escudos, parecen los mensajeros del Apocalipsis; se han dispuesto en formación cerrada y avanzan lentamente hacia la gente que se ha reunido en la plaza. Desde aquí me es imposible saber lo que está sucediendo en el Kasal, pero con toda seguridad habrán comenzado ya las labores de demolición de la puerta de entrada. Según me informaron, esta puerta de entrada ha sido reforzada con una barricada hecha de objetos muy diversos, pero me temo que no podrán detener la furia destructiva de la policía.” El informante anónimo se detuvo e intentó serenarse; la policía se había detenido formando un muro frente a los manifestantes. De pronto, sin previo aviso, cargó con contundencia al mismo tiempo que eran disparadas pelotas y botes de humo. Con voz más clara, pero igualmente emocionada, el informante continuó: “Ya ha dado comienzo el ataque; dentro de muy poco la plaza será despejada, aunque a pesar de la desigualdad de fuerzas, un grupo numeroso de gente intenta resistir el embate de la policía. Si fuera coherente me quedaría aquí resistiendo hasta que la policía me sacara a hostias de la cabina, pero...” Un proyectil se estrelló contra uno de los laterales de la cabina estriando el cristal sin llegar a romperlo; la cara del valeroso informante adquirió una palidez cadavérica; pero haciendo un esfuerzo se repuso y continuó: “... la prudencia me aconseja escapar de este infierno, sobre todo ahora que un bote de humo ha caído cerca y mi visión ha quedado reducida a su mínima expresión. De todos modos oigo el ruido del helicóptero por encima de nuestras cabezas, lo cual quiere decir que la maquinaria represiva se ha puesto en marcha con todos sus efectivos para acabar con los últimos conatos de resistencia. Así que compañeros, salud y anarquía.” Intentó colgar el teléfono, pero su nerviosismo y ansiedad por escapar de aquella ratonera hicieron que el auricular acabara bailando una extraña danza colgado al extremo del cable que lo unía al teléfono. En el auricular podía en estos momentos escucharse la voz del locutor circunstancial que informaba: “Parece que las cosas se han puesto difíciles para los que todavía se encuentran en las proximidades del Kasal Popular. De todos modos agradecemos de todo corazón a nuestro informante anónimo su colaboración que nos ha permitido seguir en detalle la actuación de las fuerzas represivas que, aunque ya sabemos que son iguales en cualquier parte del mundo, siempre se agradece que alguien nos refresque la memoria para evitar la tentación del olvido. Además entendemos sus razones y deseamos que haya tenido el tiempo suficiente para huir del infierno.” El auricular seguía su danza, aunque cada vez con menos energía. En ese momento se oyó un *clic* y el teléfono se quedó inmóvil, mientras fuera de la cabina las fuerzas antidisturbios avanzaban en formación cerrada dispersando a los últimos resistentes.

“¿Vosotros estuvisteis allí?” Los dos jóvenes se miraron estupefactos sin acertar, ninguno de los dos, a saber si lo preguntaba en serio o simplemente era tonto. Anthony, mientras hacía la pregunta, controlaba el aparato reproductor y anotaba algo en su inseparable cuaderno de notas, sin percatarse del efecto que había producido en ellos.

Fue Josep quien apartando la mirada de Ana y encarándose con el muchacho, se decidió a hablar primero. “No sé si te habrás dado cuenta, pero éramos todavía demasiado jóvenes para estar metidos en ese fregado.” Anthony se percató en ese momento de su metedura de pata e intentó salvar la situación como mejor pudo. “Perdonad, tenéis mucha razón, pero lo habéis explicado con tanto lujo de detalles que por un momento pensé que estabais presentes.” “Yo tenía por aquel entonces doce años”, intervino Ana, “y mi madre era una incondicional de Radio Klara. Recuerdo que aquel día ella trabajaba por la tarde y yo no tenía escuela. Mi madre se había levantado temprano y, como siempre hacía, puso la radio. Cuando me desperté, alguien estaba comentando lo que se preparaba en el Kasal Popular y pedía, a través del micrófono que si alguien tenía información llamase por teléfono. Fue en ese momento cuando sonó; lo sé porque se oyó claramente a través del receptor. Al cabo de unos segundos, el de Radio Klara anunció que alguien llamaba para explicar de primera mano lo que estaba sucediendo. Mi madre dejó lo que estaba haciendo y literalmente se pegó al receptor; yo acabé de lavarme la cara y me acerqué también. Fue impresionante; parecía que nos hubiéramos trasladado al lugar de los acontecimientos. El que informaba lo hacía con tal convicción que te penetraba hasta lo más hondo. A mí se me pusieron los pelos de punta.”

Se produjo un silencio, únicamente alterado por el zumbido del aparato reproductor y el rasgueo del bolígrafo sobre el papel. Se encontraban en el local de la calle Beneficencia, donde habían quedado citados a temprana hora de la tarde. En ese momento estaban solos, porque el que había abierto el local había tenido que irse y había dejado encargados a Ana y Josep del cuidado del mismo. “¿Tú también lo escuchaste por la radio?”, preguntó el americano dirigiéndose a Josep. Éste y Ana se miraron y al cabo de unos instantes estallaron en fuertes risas que tardaron en calmar. “No”, habló al fin el muchacho, “no tuve la suerte de Ana. Su madre había formado parte de diversas organizaciones ecologistas y feministas y le transmitió a Ana sus inquietudes que ella recogió como mejor supo. En mi caso tenía unos padres que no se preocupaban absolutamente de nada, si exceptuamos los seriales televisivos en el caso de mi madre y el fútbol en el caso de mi padre; por supuesto nunca participaron en organizaciones de tipo social y mucho menos político. En resumen, unos mierdas. Sin embargo, tuve la suerte de conocer a Ana ese mismo año, cuando coincidimos en el mismo colegio. Yo era un año mayor que ella, pero intelectualmente estaba a una altura infinitamente mayor que la mía.” Ambos jóvenes se miraron sonrientes; Anthony los miraba a su vez embobado, sin saber a ciencia cierta qué actitud adoptar. Al cabo de unos instantes, Josep siguió hablando sin abandonar su sonrisa, “fue ella y también su madre, las que me iniciaron en un mundo para mí absolutamente desconocido, lleno de posibilidades de investigación y realización. A ellas les debo, quizá de modo absoluto, no haber caído en el embrutecimiento. Eso es algo que nunca les agradeceré suficiente.” Después de una nueva pausa, fue Ana quien tomó el relevo. “Josep y yo conectamos casi inmediatamente y desde entonces hemos hecho muchas cosas juntos y queremos hacer muchas más.” Ana miró a Josep y luego al americano, para en seguida continuar, “pero si querías saber más detalles del primer lokal ocupado, tenías que haberte puesto en contacto con otra

gente, especialmente con el *beat*, que ha estado siempre en primera línea, colaborando con muchos grupos..." Ana se interrumpió a un gesto de Anthony que había detenido el aparato y parecía querer decir algo importante: "Ya sé lo que me dijisteis, lo mismo que me ha dicho mucha otra gente. Supongo que es importante que entreviste al tal *beat*, al que todavía ni siquiera conozco, pero no es fácil concertar una cita con él. He hecho lo imposible para conseguirla, pero sin resultados. Además si no lo logro pronto, no podré incluirla en el programa sobre la okupación." Al oír al americano ambos jóvenes cruzaron una mirada de inteligencia. "De todos modos", proseguía Anthony, "la entrevista con vosotros no es, en modo alguno, un sustituto de aquélla y esto quiero que quede bien claro. Creo que cometí un error al no explicároslo al inicio, pero todavía estoy a tiempo de rectificar." El americano se tomó un respiro que la pareja respetó mirándolo con creciente curiosidad. "Mi intención al convocaros estaba dirigida a reflexionar sobre la forma en que se ha producido la transmisión cultural de las nuevas formas de contestación social. Es decir, en vuestro caso particular, de qué forma habéis experimentado vuestra incorporación a los grupos que componen el movimiento social actual y, sobre todo, la idea que habéis recogido del movimiento anterior, no sólo del movimiento okupa, sino de otros." Volvió a hacer una pausa y consultó su cuaderno. "¡Ah! Sí. Y especialmente vuestras propias experiencias en el kasal de la calle Flora, indicándome de qué modo han influido en vosotros según las concepciones previas que tenías, si es que las teníais." Levantó la vista y se quedó mirando a los dos muchachos, los cuales se miraron entre sí, siempre con su sonrisa en la boca y Ana dijo: "Haber empezado por ahí. De todos modos, mucho me temo que tus aspiraciones son excesivamente ambiciosas; en lo que a mí respecta no sé si seré capaz de satisfacerlas." "Opino lo mismo", dijo Josep. "No os preocupéis por eso. Me consta que habéis desarrollado un trabajo extraordinario en los últimos años y, en definitiva, lo que me interesa es principalmente ese aspecto, vuestra experiencia."

Los dos jóvenes cuchichearon un momento entre sí y al cabo de un rato parecieron ponerse de acuerdo, porque Josep empezó a hablar con gran excitación: "Prescindiendo de tópicos al uso sobre la okupación, que han venido repitiéndose hasta la saciedad en determinados medios, nuestra experiencia, en tan solo tres años, ha sido plenamente positiva." Hizo una pausa y se frotó el mentón barbilampiño. "Lo que más nos sorprendió, cuando nos integramos al movimiento en el Kasal Popular de Flora, fue la extraordinaria actividad que allí reinaba. Sin exagerar te diré que aprendí más allá en un año que en toda mi vida escolar." "Es una universidad abierta a quien quiere hacer uso de ella." Había tomado el relevo Ana y hablaba con mucha calma y concentración. "Pero lo que en ella aprendes, fundamentalmente, es a desarrollar tu espíritu crítico y tus deseos de independencia. En cierta ocasión oí a alguien decir que muchos grupos okupas pueden describirse como *clase obrera que sigue la tradición de los anarquistas de principios de siglo. La okupación es el caldo de cultivo de lo que mañana puede ser una revolución.*" Al llegar a este punto la joven hizo una pausa y su compañero le cuchicheó algo al oído, después se dirigió al americano y le anunció: "Tengo que hacer una llamada, pero no tardaré." Luego salió del local. Ana se tomó todavía un tiempo y al cabo retomó el hilo de su discurso: "¡Ojalá fuera cierto! Pero de lo que no cabe duda es que la experiencia te pone en contacto directo con el problema de la autoorganización. Enseguida aprendes que para hacer las cosas no hace falta nadie que dirija y muy pronto llegas a la conclusión que la autoridad sólo sirve para conseguir que todo siga como antes o incluso para empeorar las cosas." "¿Participasteis en muchas actividades?" Ana lo miró sorprendida, pero contestó sin acritud: "Aunque nos

desalojaron del Kasal en diciembre de 1996, nuestras actividades continúan desarrollándose en otros lugares." El azoramiento del americano fue tan evidente que la joven se sintió conmovida y acudió rápidamente en su ayuda. "Nada más incorporarnos, nos integramos en la Asamblea Zapatista; incluso estuvimos a punto de ir a Chiapas con un grupo, pero Josep se puso enfermo y decidimos posponer el viaje para más adelante. Más tarde participé en un taller de pintura y Josep en uno de música. Actualmente formamos también parte de una plataforma antiglobalización." Se quedó callada unos segundos largos y luego continuó aún más concentrada: "Pero lo más gratificante es la sensación de libertad que se respira en un lokal okupado. Al menos esa es la sensación que hemos experimentado, tanto Josep como yo misma. Con todo, algún tipo de peligro debe intuir el poder en nuestras experiencias cuando emplea contra nosotros los más bárbaros métodos de represión que conoce. Te supongo enterado de los procedimientos que se emplearon para desalojar el cine Princesa de Barcelona." El americano asentía con la cabeza, cuando en ese preciso instante se abrió la puerta y en el vano se recortó la figura del compañero de Ana. "Traigo muy buenas noticias", anunció a modo de saludo. "¿Lo has conseguido?", inquirió su compañera. "¡Sí!", exclamó y luego dirigiéndose al americano le dijo con una amplia sonrisa: "Te he concertado una cita con el *beat* para el martes de la semana que viene a las cinco, aquí mismo en el CAU. Me ha dicho que posiblemente venga con algunos colegas. Ahora ya no tendrás excusas..."

El americano había abierto mucho los ojos al tiempo que los miraba con una expresión de infinito agradecimiento. Tartamudeó: "no sa..béis cuán..to os lo agra..dezco." Ana le sonrió. "Es lo menos que podíamos hacer después del entusiasmo que has mostrado." Luego se volvió a su compañero. "Le estaba comentando las actividades que hacemos y también le he dicho algo sobre la represión que se ejerce contra nosotros." El muchacho recogió el testigo y apuntó: "En mi opinión la represión más sutil es la de convertirnos en colectivos marginales, en lo cual colaboran con entusiasmo todos los medios de comunicación *oficiales*. Eso no les resulta muy difícil, porque somos muy pocos los jóvenes que nos integramos en el movimiento. La mayoría prefiere la vida cómoda y fácil del hogar familiar, o al menos eso creen ellos." Se detuvo pensativo y luego de lanzar una fugaz mirada a Ana, continuó: "Aunque también están intentando reprimirnos por el procedimiento de involucrarnos en actividades con las que nada tenemos que ver, porque nuestro sistema de funcionamiento es abierto, asambleario y a nadie se le niega su participación en él. Pero eso a ellos les tiene sin cuidado; cuanta más confusión se cree en torno a nuestro movimiento más les facilitará sus propósitos."

Anthony seguía atentamente la charla tomando algunas notas. Dio un rápido vistazo al reloj y se percató que el tiempo se estaba esfumando rápidamente. "¿Tienes prisa?", inquirió Ana que había observado el gesto. "¡Oh! No, en absoluto. Ha sido un gesto mecánico..." "Por nosotros no te preocupes. Nos encontramos muy a gusto charlando contigo y podemos seguir hasta que te canses. Precisamente le comentaba hace un rato a Ana que pocas veces me había encontrado tan a gusto con alguien hablando de este tema y me dijo que a ella le ocurría lo mismo." La muchacha asintió. "Me alegro mucho de oír eso, porque me ocurre otro tanto." El tono del americano era de absoluta sinceridad. "Pero dentro de un momento esto se llenará de gente." Efectivamente, desde hacía un buen rato había empezado a acudir gente y algún que otro chucho husmeaba por los rincones. "No te preocupes por eso", contestó Josep. "Hoy no hay organizado ningún acto; además estamos en un lugar discreto y podemos seguir la charla sin demasiados problemas." El americano les ofreció la mejor de sus sonrisas, mientras asentía encantado. La atmósfera que se había

creado en torno a ellos los aislaba del resto del mundo y Anthony pensó que no le importaría seguir hasta el agotamiento. "Sigamos, pues..."

Un silencio casi absoluto envolvía la amplia avenida de Aragón. Después del tráfago que la había animado hasta unos momentos antes, en aquella madrugada del viernes, parecía como si una legión de fantasmas la recorriera de un extremo a otro. Sólo de vez en cuando un vehículo la atravesaba a toda velocidad. Por una de las aceras, tres figuras se acercaban sigilosamente hacia el río; poco antes de llegar al cuartel de San Juan de La Ribera, situado en la confluencia de la avenida con el paseo de la Alameda, se detuvieron un momento para intercambiar algunas frases. Enfrascados en su tarea, no se habían apercebido que un taxista, en el interior de su vehículo aparcado frente al cuartel, seguía atentamente sus movimientos, que le estaban resultando altamente sospechosos. Tras unos instantes de deliberación, sacaron unas botellas del interior de una mochila y se acercaron a la tapia del cuartel, en el interior del cual las arrojaron. Dos de los cócteles *molotov* se estrellaron contra el asfalto del patio interior sin que el impacto provocara ningún daño, pero el tercero se estrelló contra un ciprés provocando un pequeño incendio que fue rápidamente sofocado por los soldados de guardia. Los jóvenes, con la cara cubierta con pasamontañas se alejaron a toda prisa, después de arrojar su carga, pero el taxista se apresuró a avisar a la policía que no tardó en llegar. Con la descripción de los tres individuos, la policía no tuvo dificultad en identificarlos cuando se disponían a bajar al cauce del río. "¡Alto!", gritó uno de los agentes, encañonándolos con su arma. Los jóvenes, de edades entre 18 y 23 años, se detuvieron. "Poner las manos detrás de la cabeza y acercaros muy lentamente", siguió diciendo el agente con voz perentoria. Tras unos instantes de vacilación y al ver que no tenían ninguna salida, los muchachos optaron por obedecer la orden. Fueron introducidos en uno de los vehículos, después de ser esposados y, sin más dilación, trasladados a la Jefatura Superior de Policía.

En la tarde de ese mismo día, el Kasal Popular aparecía inusualmente tranquilo. La puerta de entrada estaba cerrada y en su interior más de treinta jóvenes se encontraban reunidos; algunos de ellos, sentados en los bancos del patio interior, charlaban entre sí. El *beat*, seguido de otro compañero, se dirigió a la puerta para ver quién era el que llamaba con tanta insistencia. Era el *llargo*, que espetó en cuanto asomaron las cabezas de sus colegas, "creo que el *manco* y dos de sus gorilas tienen intención de venir hasta aquí." El *manco* era el responsable de una empresa de seguridad conocida por la extremada violencia de sus perros guardianes y su ideología fascista. "Efectivamente, tienes razón, por allí vienen", dijo el *beat*, al ver acercarse a un hombre de mediana edad, bajito, de mirada torva, al que le faltaba una de las extremidades superiores, flanqueado por dos impresionantes gorilas. El *llargo* se introdujo de inmediato en el lokal y el *beat* esperó a pie firme la llegada del grupo. Antes que llegaran se volvió hacia sus colegas, junto a él se habían reunido casi todos los que se encontraban en ese momento dentro del lokal, y les avisó: "¡Estad preparados!" Luego se volvió al *manco*, plantado frente a él, siempre con los gorilas guardándole las espaldas. "Queremos entrar", barbotó. "Sean cuales sean los motivos que tengas, olvídate del asunto. Tendrías que pasar por encima de mi cadáver." "Eso no sería ningún problema, pero no es necesario llegar tan lejos", dijo suavizando un tanto la voz e intentando una conciliación. "Tan sólo quiero dar un vistazo al local, especialmente a la habitación donde dormían los terroristas..." "No sé de qué me estás hablando", dijo el *beat* desabridamente, intentando cerrar la puerta, pero ya los dos gorilas se habían colocado estratégicamente para impedirselo. "Será

mejor para todos que no opongáis resistencia”, dijo el *manco* con mucha agresividad, con la mano en la sobaquera. La tensión crecía por momentos; el grupo del interior presionaba con todas sus fuerzas para evitar que los gorilas consiguieran su propósito. El *manco* iba a sacar la pistola cuando se oyó un impresionante ulular de sirenas que se acercaban a toda velocidad. En unos instantes la explanada de la calle, frente al lokal se llenó de un extraordinario despliegue policial. De uno de los coches descendió a toda prisa un hombre de mediana edad, alto y delgado que de un salto se colocó junto al *manco* y sus gorilas. “¿Qué cojones hace usted aquí?”, interpeló gritando. “Lo que debería haber hecho usted hace ya rato, inspector Morales. Ahora ya no valdrá la pena.” “Lárguese inmediatamente”, masculló con ira. “No sin antes saber lo que se esconde aquí.” Morales lo miró perplejo y recobrando la calma hizo una seña a un par de policías. “Llévense a estos de aquí y si se resisten enciérrenlos en el furgón.” “Esto le va a costar muy caro; ya se encargará de usted el comisario Cabrera. Tal como suponíamos no le ha servido de escarmiento lo sucedido hace ocho años.” El inspector lo miró de arriba a abajo con infinito desprecio y dijo: “Me sirvió para conocer mejor a los indeseables de toda clase, especialmente de la suya”, después dirigiéndose a los policías, “llévenselos antes de que pierda la paciencia.” Después hizo una señal a un policía de paisano que aguardaba junto al coche y éste hizo descender a un joven de unos 17 años, esposado, mientras el inspector se encaraba con los okupantes: “Soy el inspector Morales”, anunció enseñando la placa de identificación. “Ya lo hemos oído”, dijo el *beat*. “Venimos a registrar la habitación del joven detenido”, siguió sin hacer caso de la interrupción, señalando al muchacho que estaba con la cabeza gacha. “Según nos ha informado, vivía aquí.” “¿Traen ustedes orden de registro?”, dijo el *beat* sin inmutarse. Morales hizo intención de contestar con un improperio, pero debió pensarlo mejor y extrajo un papel del bolsillo interior de su chaqueta y se lo mostró. “Está bien”, concluyó, abriendo la puerta completamente. Morales franqueó la entrada seguido del policía que llevaba al joven y dos agentes más también de paisano. Al pasar junto al *beat*, el detenido levantó la vista y cruzó con él una mirada de inteligencia. El *beat* hizo un gesto que quería ser de apoyo y el muchacho se lo agradeció con una tímida sonrisa. En el patio se veían bastantes jóvenes sentados en los bancos, incluso una muchacha que no debía tener más de quince años. “¿Podemos asistir al registro?”, inquirió el *beat*. El inspector se detuvo y lo miró, “por supuesto”, dijo con cierta sorna. La habitación se encontraba en el primer piso, al que se accedía por una escalera amplia, pero bastante ruinosa; la estancia no era muy grande, había un jergón y unas estanterías hechas con cajones de fruta; una plataforma de madera hacía las veces de mesa y un par de sillas desvencijadas completaban el mobiliario; sin embargo, se veía limpia y aseada. “Veo que han hecho ustedes una buena limpieza”, dijo el inspector con una sonrisa irónica. “No hemos tocado absolutamente nada”, dijo el *beat* con firmeza. “Ya lo supongo.” Los agentes procedían ya a registrar, aunque por pura rutina, ya que allí nada podía esconderse a la vista. El joven detenido guardaba un mutismo total. Después de unos minutos de remover el jergón de un lado para otro y de marear los cajones de fruta que contenían algunos libros, el inspector dijo con voz irritada. “López, saque usted unas fotos de todos los ángulos posibles y vámonos, aquí ya no tenemos nada que hacer.” De nuevo en el patio, el inspector se detuvo y dijo dirigiéndose a sus subordinados, “vayan al coche y espérenme allí; en seguida me reuniré con ustedes.” Cuando hubieron salido, Morales se dirigió al *beat* y le preguntó: “¿Puedo hablar un momento con usted?” “Yo no tengo nada que hablar.” “Serán sólo unos minutos.” El *beat* estuvo reflexionando unos instantes y al fin asintió, señalando unas mesas que había en una estancia del patio que hacía las veces de

bar. Tomaron asiento y Morales espetó: “Se acuerda usted de mi, ¿verdad?” “Es posible”, respondió lacónicamente. “Bien, pondré las cartas sobre la mesa, ¿conoce a Mac?” El *beat* lo miró frunciendo el ceño y contestó rápidamente, “todo el mundo conoce a Mac. Pero si espera que haga de chivato, pierde usted el tiempo.” “Escúchame”, casi sin darse cuenta había pasado al tuteo y su voz se había endurecido, “esos jóvenes corren el peligro de que les sea aplicada la ley antiterrorista”, se calló unos instantes para observar el efecto de sus palabras, pero el *beat* continuaba imperturbable. “Aunque no lo creas, mi intención es ayudar a esos muchachos. Tengo mis sospechas y si puedo encontrar algún indicio que me las confirme, podré lograr que la acusación sea mucho menor.” Se hizo un silencio compartido por la gente sentada en el patio que seguía atentamente la conversación, aunque hasta ellos tan sólo llegaban murmullos ininteligibles. “Esos jóvenes han hecho una tontería que les puede costar muy cara. Afortunadamente lo que pudo acabar en tragedia no pasó de un susto; me gustaría hacer algo por ellos, pero, en fin...” “Para usted puede haber sido una tontería”, cortó el *beat* sin contemplaciones el discurso melodramático del inspector, “pero para esos compañeros era un acto de protesta contra la infame situación actual y eligieron una fecha muy significativa que simboliza todo el horror de la barbarie militar, intentando aplastar a un pueblo que ellos presumían asustado e indefenso...” Esta vez fue el inspector el que cortó el discurso que ya empezaba a resultarle pesado. “Está bien, está bien”, dijo con un gesto; “yo también tengo conocimientos históricos. Además no creo que sea este el momento de discutir eso, ni creo que la justicia tenga en cuenta esos argumentos.” Se calló de nuevo e hizo intención de levantarse, pero el *beat* dijo: “Aunque quisiera decirle algo de Mac, no podría. Lo único que sé es lo que sabe todo el mundo. Llegó a Valencia hace unos cinco o seis años y todavía sigue por aquí. Nosotros también tenemos nuestras sospechas, pero eso la policía debería saberlo mejor”, concluyó el *beat* con mucha sorna y recalcando la palabra policía. Morales se levantó al fin y se despidió: “Buena suerte.” Dio media vuelta y anduvo unos pasos, pero se detuvo y volviéndose de nuevo informó: “Extraoficialmente te diré que se están iniciando los trámites para desalojaros de aquí.” “Gracias por la información, inspector, pero esa amenaza siempre nos persigue como nuestra sombra. Esa es la justicia que usted defiende; una justicia a la que no le importa que hayan miles de viviendas vacías o edificios abandonados, mientras mucha gente no encuentra nada donde refugiarse y cuando alguien decide tomar lo que por derecho pertenece a todos, entonces actúa como si fueran criminales despiadados.” Morales aguantó el discurso a pie firme, con una sonrisa flotando en sus labios. “Tienes razón”, dijo a modo de despedida y dando media vuelta se dirigió a la salida.

“Perdona que te interrumpa, *beat*”, dijo Anthony, “pero hay algunas cosas que quisiera aclarar antes de seguir.” Se encontraban reunidos en el CAU, alrededor de una mesa. Además del *beat* y el americano, se encontraban también el *llargo* y Elvira. Gracias a la oportuna intervención de los jóvenes okupas, el *beat* había accedido a someterse a aquella tortura. Estaba dando remate a su estudio y no quería dejar ningún fleco suelto; se había persuadido que obtendría de él una valiosa información sobre el movimiento okupa, como ya le habían asegurado en distintas ocasiones, pero hasta ahora no había tenido oportunidad de interesarlo. Se había pertrechado de todo lo necesario para la ocasión: su inseparable grabadora; una libreta de notas nueva y varios bolígrafos sin estrenar. Estaba dispuesto a agotar el tema, pero las horas se desgranaban con impetuosa rapidez y tenía que aprovechar cada minuto. El *beat* se sonrió con franqueza y los demás le imitaron. “Tú dirás.” “Es sobre lo que has dicho

de una de las chicas que se encontraba en el lokal cuando llegó la policía; has puesto mucho énfasis en que apenas tenía quince años.” En esta ocasión fue una sonora carcajada la que soltaron los tres al unísono. Cuando se calmaron, fue Elvira la que intervino para informar. “En un papelucho diario de esta ciudad, de cuyo nombre no quiero siquiera acordarme, al dar la noticia del registro del lokal por la policía, decían algo así como: *Uno de los adolescentes del colectivo marginal “Kasal Popular” era una niña de apenas 15 años de edad*”. Esta vez fue Anthony el que rió con ganas. “Como ves”, prosiguió Elvira, “consideran que aquí se pervierte a la juventud y, aunque no lo dicen, insinúan con ello que estarían mejor en un centro parroquial o en cualquier centro de esparcimiento para jóvenes, montados por las instituciones para adoctrinarlos en la sumisión y en la carencia de espíritu crítico. Tienen un miedo cerval a todo lo que huelga a espíritu de rebeldía.” “Entiendo.” “¿Algo más?”, preguntó el *beat*. “Sí”, dijo Anthony, mientras reflexionaba y anotaba algo en su libreta. “¿Qué es lo que buscaban en realidad?” “Oficialmente buscaban más cócteles *molotov* o sustancias con qué fabricarlos; al menos eso dijeron los papeles. Sin embargo, añadían que habíamos tenido tiempo suficiente para hacer desaparecer todas las pruebas comprometedoras. Toda una serie de contradicciones que prueban una vez más que lo único que pretendían era amedrentarnos. El despliegue policial, con refuerzos llegados de Madrid, fue impresionante; daba la impresión que venían a tomar una fortaleza.” El americano seguía anotando los detalles en su libreta. “Otra cosa *beat*”, dijo levantando la vista, “es sobre Mac.” “Ese hijo de perra”, exclamó el *llargo*, masticando las palabras. Anthony se volvió hacia él con viveza y preguntó extrañado, “¿por qué dices eso?” El *beat* intervino para tranquilizar al *llargo* que se estaba excitando por momentos. “Verás, corren rumores de que es un confidente de la policía.” Anthony no le dejó proseguir. “Pero Mac es mi amigo; he estado con él en muchas ocasiones y nunca me ha parecido sospechoso. Incluso estuvo en mi programa; además me consta que en San Francisco hizo una extraordinaria labor entre los grupos de izquierda.” “Es posible que sea cierto lo que dices”, contestó el *beat*, impresionado por la vehemencia del americano, “pero aquí en Valencia no ha hecho absolutamente nada, salvo estar en todas las movidas con un discurso muy radical, pero sin involucrarse en ninguna seriamente. Como mínimo es un provocador.” “Pero ten en cuenta lo que te dije ese policía...” “Precisamente eso fue lo que nos reafirmó en nuestras suposiciones”, aseveró el *beat*. “No entiendo lo que quieres decir”, musitó el americano. “Pues es muy sencillo”, intervino el *llargo*. “Cuando se fue el policía, estuvimos comentando lo que había dicho y llegamos a la conclusión que todo había obedecido a una maniobra de diversión para que dejáramos de sospechar de esa mierda. La explicación de que quería ayudar a nuestros compañeros no se la cree ni él.” “Ten en cuenta, además”, intervino Elvira, “que la policía no ha hecho nada contra Mac, ni siquiera ha estado detenido.” “¿Pero sabéis si la policía lo estuvo investigando?”, preguntó el americano, ingenuamente. “Pero, Anthony, ¿cómo quieres que lo sepamos?”, dijo el *beat* observándolo con una extraña expresión, mezcla de compasión y lástima. Una extraña sensación se instaló en el estómago del americano, un vago presentimiento, que no acertaba a definir, se apoderó de su corazón.

En cuanto llegó a su despacho, el lunes siguiente, el inspector Morales llamó por el interfono. “Diga, inspector”, le contestó una voz femenina. “Dígale a la subinspectora Josefina que deseo verla en mi despacho enseguida.” Pocos minutos después entraba en el despacho, después de dar unos discretos golpecitos en la puerta. “Estoy a su disposición, inspector”, dijo ceremoniosamente, pero con una amplia

sonrisa que descubría una perfecta hilera de dientes. “¡Oh! Por favor, Josefina; apea el tratamiento. Siéntate y ponte cómoda, porque quiero hablar contigo de un asunto bastante importante.” Josefina se apresuró a ocupar la butaca que estaba frente al inspector Morales, intrigada por el tono de seriedad de la voz de su superior. “Te supongo enterada de lo que sucedió en la madrugada del viernes.” “Aunque me tomé libre la semana anterior, he tenido guardia este fin de semana”, dijo la mujer con una sonrisa irónica. “¡Ah! Si, perdona. Se me había olvidado.” Morales se quedó pensativo y Josefina continuó. “Se los llevaron el sábado a Madrid para ser interrogados por el juez Moreiras de la Audiencia Nacional, ya que se les acusaba de terrorismo y éste decretó prisión incondicional” “Sí, ya lo sé; viene en los papeles. Dicen también que se desestima lo de terrorismo y que el fiscal ha solicitado prisión comunicada, porque sólo se les considera presuntos autores de un delito de estragos.” “Efectivamente”, concluyó Josefina, levantando los brazos en un gesto muy peculiar. “Y serán devueltos a esta ciudad para ser juzgados por un tribunal ordinario. ¿Pero por qué te interesa tanto este caso?”, finalizó la mujer con un sincero asombro. El inspector la miró directamente a los ojos y dijo: “El viernes por la tarde, con un fuerte contingente policial, fuimos a la casa ocupada de la calle Flora con uno de los detenidos que vivía allí, aunque ya te supongo enterada.” “Efectivamente”, respondió Josefina poniéndose repentinamente seria. “Me lo ha dicho López esta mañana; también me ha dicho que tuviste un altercado con el *manco*.” “Es cierto; pero eso carece de importancia”, dijo Morales pensativo. “Al finalizar el registro”, continuó, “me quedé un rato hablando con el que parecía llevar la voz cantante.” Josefina lo miraba con el ceño fruncido, pero no despegó los labios. El inspector decidió continuar al no obtener respuesta. “Mi intención era averiguar si podía encontrar algún indicio que me permitiera ayudar a esos muchachos.” “¿Y esperabas que esa gente te ayudara?”, intervino al fin Josefina con infinito asombro. “¿Por qué, no?” “Te seré franca Faustino. No sé si eres un ingenuo o es simplemente una postura que adoptas a veces para desconcertar al personal.” “Sé que parezco un ingenuo, pero soy completamente sincero. Me metí en la policía porque creí que realmente podría hacer algo útil desde aquí.” “Por esa misma razón me hice policía yo también, pero tu forma de actuar provoca efectos diametralmente opuestos a los que desearías que se produjeran.” “¿Lo crees así?” “Estoy completamente convencida.” “En una palabra”, ironizó el inspector, “Hay que cerrar los ojos a las injusticias y cumplir las órdenes sin importar el coste social.” “Es inútil; no quieres comprender...” “Algo parecido me dijo mi señora hace una semana. En uno de sus arrebatos de furia me confesó que durante años me había puesto los cuernos con el comisario Cabrera y que la culpa era mía, porque no comprendía nada.” Morales se calló al ver que su subordinada había abierto mucho los ojos y la boca, en un gesto de infinito asombro. “¿De verdad no lo sabías?” “Ahora el sorprendido fue el inspector que no pudo evitar dar un respingo. “No sé qué quieres decir.” “Lo que quiero decir es que en el departamento todo el mundo lo sabía, casi desde el principio.” La capacidad de sorpresa del inspector parecía haberse agotado, ya que su rostro no se alteró en lo más mínimo. “Es lo que intenté decirte cuando te trasladaron a Vigo”, continuó Josefina. “Te expliqué cuales eran mis sentimientos hacia ti y nada me hubiera complacido más que acompañarte en tu destierro; pero no me diste ni siquiera la oportunidad de explicarme.” “También yo te dije en ese momento lo que sentía; pero consentir en eso hubiera significado truncar tu carrera y no me lo hubiese perdonado nunca. Además”, continuó el inspector con una sonrisa, “tú también te exiliaste para ascender, y lo conseguiste muy pronto.” Se quedó callado frotándose la barbilla pensativo y al cabo se levantó y se puso las manos en los bolsillos. “Ahora nos hemos vuelto a reunir de nuevo aquí y la explicación aplazada

podemos tenerla en cualquier momento, pero te avanzaré algo para evitar confusiones.” Se quedó callado nuevamente y empezó a caminar arriba y abajo del despacho. Su subordinada lo miraba con la ansiedad reflejada en su rostro. El inspector se detuvo y miró distraídamente por la ventana que se abría a la avenida Fernando el Católico. “Si he aguantado tantos años de impertinencias de Amparo, fue debido a un extraño sentido de culpa que me hacía aparecer como responsable de sus infortunios; sin embargo, cuando decidieron castigarme trasladándome a Vigo y ella, con mucha firmeza, me declaró que no pensaba acompañarme, justificándolo con una serie de epítetos difamatorios e insultantes, algo se deshizo en mi interior, liberándome de un peso que me oprimía el pecho sin apenas darme cuenta.” Hablaba con la cara casi pegada al cristal de la ventana, con voz muy tranquila y firme, perfectamente audible. Después de una pausa, se volvió y miró a Josefina directamente a los ojos. “Los años que pasé en Vigo fueron para mí una cura de reposo y me reafirmaron en el proceso que se había iniciado con la decisión de Amparo de no acompañarme. Lo que pretendieron que fuera un castigo se había convertido en un bendito premio.” De nuevo hizo una pausa, mientras tomaba asiento. Lo que tenía que decir ahora le parecía suficientemente importante para hacerlo en esa posición, cara a cara con su subordinada. “Cuando volví hace seis meses, estaba decidido a separarme de ella; pero luego pensé que era mucho mejor mostrar una infinita indiferencia. Amparo debió intuir el cambio que se había producido en mí; creo que las mujeres estáis en posesión de una intuición muy especial que puede hacer que os volváis muy peligrosas o bien todo lo contrario. El caso es que mi señora intentó ser más amable conmigo, sobre todo en determinados momentos, aunque en ocasiones no podía evitar volver por sus fueros.” Una nueva pausa quiso aprovecharla Josefina para intervenir, pero Faustino, al percatarse de ello, la detuvo con un gesto de la mano. “Creo saber lo que me vas a decir y a ello voy. Mis sentimientos hacia ti fueron evidentes desde el mismo momento que te conocí, lo cual no debió pasar desapercibido para una mujer tan perspicaz como tú, como tampoco pasó desapercibido para el resto del departamento; pero mi moral, supongo que retrógrada, me impedía ser infiel...” “Pero esa misma moral no le impidió serlo a tu señora”, intervino impulsivamente Josefina, incapaz de callar por más tiempo. “Es cierto, pero a mí me tiene sin cuidado. No ajusto mis actos a la conducta de los demás, sino que los baso en mis propios criterios. Además, si actuara por revancha me sentiría mezquino y rebajaría el afecto que siento por ti a un nivel ínfimo.” “Pero, ahora...”, la mujer quiso insistir, pero Morales la cortó con firmeza. “Ahora estamos en el mismo lugar de siempre. Démosle tiempo al tiempo, y..., ¿quién sabe?” Josefina bajó los ojos resignada, intentando reprimir las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos. El inspector se quedó mirándola con el corazón encogido. Sentía profundamente causarle dolor, pero sería mucho peor dejarse llevar por los sentimientos. De pronto pareció darse cuenta del motivo que le había hecho llamarla y espetó sin miramientos: “Te he llamado, porque quiero que me ayudes en un asunto que puede ser importante, pero deseo hacerlo con total discreción. En principio se me ocurrió para echarles una mano a esos muchachos, pero ahora es ya una cuestión personal. Nos favorece el que el comisario Cabrera se encuentre de vacaciones y yo haya asumido interinamente el mando del departamento. No me atrevo a imaginar siquiera lo que hubiera podido llegar a ocurrir en la casa ocupada si el comisario hubiese estado al frente del despliegue. “¿Una masacre?” La irónica contestación de Josefina desató la hilaridad de ambos. “Se trata de buscar a alguien, pero los datos que poseemos del mismo son bastante escasos.” “¿Te interesa por algo en especial?” “Es una corazonada. Desde que regresé he oído hablar de él en

varias ocasiones, pero nadie sabe ubicarlo exactamente. El que habló conmigo en la casa ocupada insinuó que era un confidente. Esto ha hecho que me intrigue todavía más.” “¿Has investigado por ese lado?” “No; pero conozco muy bien a todos nuestros confidentes. Si éste lo es, debe ser de otro cuerpo.” “Bien, suelta ya lo que sabes.” El inspector puso cara de circunstancias y dijo en un susurro. “Se llama Mac y vino a Valencia hace cuatro o cinco años, probablemente procedente de Estados Unidos.” “¿Mac?” Josefina se quedó pensativa. “¿Has oído hablar de él?” El inspector se había incorporado de su asiento poniendo las manos sobre la mesa, en un alto grado de excitación. “Creo que sí, pero no sabría decirte dónde.” Morales se deshinchó con la misma facilidad con la que se había entusiasmado. No iba a ser fácil averiguar alguna cosa sin alertar al resto del departamento. “Será mejor dejarlo correr; no quiero que nadie sospeche que estamos investigando a ese personaje y con los escasos datos que tenemos...” Unos golpes en la puerta cortaron en seco las reflexiones del inspector. “¡Adelante!”, dijo con autoridad. “Buenos días, inspector”, saludó el recién llegado. “¡Hola, López! Pase.” Josefina y el subinspector López cruzaron sus miradas e intercambiaron sendas sonrisas de complicidad, al tiempo que la primera se levantaba del sillón y formulaba su despedida, “me pondré a trabajar enseguida en el caso.” “está bien”, contestó Morales maquinalmente.

“Perdona que insista en algo que os pone nerviosos”, intervino el americano, cortando el discurso del *beat*, “pero al hilo de las explicaciones que me estabas dando sobre el desarrollo de las actividades en el kasal, estaba reflexionando sobre vuestra actitud con respecto a Mac en estos dos últimos años, sobre todo a partir del incidente...” “Nuestra actitud fue muy clara a ese respecto”, cortó el *beat* sin contemplaciones. “Le hicimos el vacío absoluto, hasta el punto que prácticamente desapareció de la escena.” Se calló unos instantes pensando lo que iba a decir y continuó: “Hasta que apareciste tú, supuestamente también de Norteamérica y le diste cancha.” “Pero yo no sabía nada”, protestó Anthony. “Seguramente, pero nosotros no podíamos saberlo. Alguien llegó a insinuar que tú también debías ser un confidente, aunque la cosa no pasó de ahí. De todos modos, desde entonces, aparte de tu particular relación con él, no ha metido las narices en ningún grupo.” El americano se quedó pensativo, sacudiendo la cabeza como si quisiera ahuyentar los fantasmas que la asaltaban. “A la primera ocasión intentaré resolver el problema”, murmuró más para sí mismo que para los demás. Luego en voz más alta se dirigió de nuevo al *beat* y le espetó: “¿Realmente conocías a ese policía?” El *beat* lo miró intrigado sin acabar de comprender, momento que aprovechó el *llargo* para intervenir. “Al principio no supo reconocerlo, pero después que se fuera, estuvimos comentando lo que había pasado y yo dije algo que le recordó al policía...”

“¿Lo conoces?”, le preguntó el *llargo* que se había acercado a su amigo, al igual que los otros, en cuanto Morales desapareció. “No lo sé, pero me ha preguntado si me acordaba de él” “No será el que te llamó por aquel asunto del programa...” “¡Hostia! Es cierto. Era él, no cabe duda.”

“¿Pero, de qué lo conocías?” La pregunta del americano volvió a coger al *beat* a contrapié. Después de unos interminables segundos, afirmó: “La compañera Ana y yo hicimos, algunos meses antes del suceso que te hemos relatado, una serie de programas de información sobre el País Vasco que al parecer no gustaron en determinados medios. Un periódico publicó un reportaje hablando de ese programa y llamándonos *abertzales*...” “¿El mismo periódico que ha citado Elvira?”, interrumpió el

americano. El *beat* hizo un gesto de fastidio, pero respondió: “No. Esta vez era otro, pero eso no importa, porque todos son iguales. Sin embargo no se contentaron sólo con eso, también nos acusaron de hacer apología del terrorismo. Su objetivo era claro, llamar la atención sobre nosotros; acusarnos públicamente. Y efectivamente lo consiguieron.” Se detuvo para liarse un *peta* y después de darle las primeras caladas se lo pasó a Elvira. “A los pocos días de aparecer la noticia en la prensa recibí una llamada telefónica en la radio. El que llamaba se identificó como policía, era el mismo que se presentó en el kasal, aunque no lo reconocí en absoluto, hasta que el *llargo* me hizo caer en la cuenta.” Hizo una nueva pausa para dar otra calada al purito que había vuelto a sus manos. “¿Tú no fumas?”, le preguntó al americano. “No gracias, no tengo vicios pequeños”, contestó con sorna. El *beat* hizo un gesto ambiguo y prosiguió: “Cuando me llamó por teléfono se limitó a hacer algunas veladas amenazas, pero no le di demasiada importancia. Cuando vino al kasal me estuvo explicando una serie de cosas que en ese momento no entendí en absoluto, aunque después comprendí que me las decía, porque estaba convencido que lo había reconocido. Me explicó que lo habían represaliado, porque se había opuesto a que el desalojo del Kasal de la calle Palma se hiciera de la forma que se hizo. Aludió a que tenía siempre encima la espada de Damocles de un nuevo expediente. Me dijo, *tú mismo fuiste testigo de las amenazas del manco hace un momento*. Además me confesó que estaba obsesionado con radio Klara y que le había hecho un seguimiento muy de cerca. Estuvo presente en uno de los cierres de los que la radio fue víctima. La primera vez que hablé con él por teléfono me aseguró que simpatizaba con la radio y que había algunos programas que le entusiasmaban, especialmente el jazz del que parecía un gran experto. Yo me limité a seguirle la corriente. Eso es todo, aunque me dio la impresión que era un perfecto estúpido.” “¿Cómo has dicho que se llama?” La pregunta de Anthony dejó al *beat* con boca abierta, tan sorprendido como los demás; durante unos segundos lo miró fijamente, pero al cabo contestó: “Morales, creo; pero, ¿qué importancia tiene eso?”

Morales llegó al departamento aquella mañana con la cara demacrada y profundas ojeras. La noche anterior había tenido una escena particularmente penosa con su señora. Ésta parecía haber intuido que ya nada podía salvar su matrimonio y había comenzado de nuevo con sus reproches e insultos. Para evitar que la discusión alcanzase cotas insoportables se refugió en su habitación, mientras Amparo se quedaba sollozando en la sala. Desde que su mujer le confesó su infidelidad, decidió dormir en otra habitación, pensando que así podría soportar mejor la situación, pero esa noche se dio perfecta cuenta que ya no era posible la convivencia. No pudo pegar ojo en toda la noche, pensando la mejor forma de solucionar el conflicto; sin embargo, las primeras luces del alba lo sorprendieron dándole vueltas al asunto sin acabar de decidirse por ninguna de las soluciones que en ese momento barajaba. Saludó con una especie de gruñidos a sus subordinados y se refugió en su despacho. Antes de sentarse en su sillón llamó por el interfono: “¡Diga, inspector!” “¿Le importaría traerme un café bien cargado, Remedios?” “En absoluto, enseguida se lo llevo.” “Bien.” Morales se sentó y apoyó los codos en la mesa y puso la cabeza entre sus manos en un gesto de autocompasión. En esa postura lo encontró su secretaria, cuando llegó con el café. “¿Le ocurre algo, inspector?”, preguntó asustada. Morales levantó la cabeza y murmuró: “No es nada, Reme. He pasado una mala noche, eso es todo.” “Josefina me preguntó si había llegado. Parece que tenía algo importante que decirle.” “¿Cuánto hace?” “Unos quince minutos.” “Está bien, dígame que venga en seguida.” Remedios abrió mucho los ojos y se justificó. “Se marchó al saber que aun

no había llegado. Me dijo que tenía que comprobar varios detalles y que eso le llevaría prácticamente toda la mañana. ¿Quiere que intente localizarla?” “No, no. En absoluto. Ya aparecerá.”

Cuando la secretaria se hubo retirado, Morales tomó el café a pequeños sorbos, mientras intentaba pensar en algo agradable, pero le era completamente imposible. Asqueado cogió el periódico y leyó algunas noticias hasta que el sueño le venció. Un ruido que al inspector le pareció atronador le sacó de su duermevela. “¡Hostia! ¡Me he quedado dormido!”, exclamó dando un respingo. Se dirigió al pequeño lavabo, situado en un lateral del despacho y se humedeció la cara; el tibio contacto con el agua acabó de espabilarlo y consultó su reloj. Durante unos instantes se quedó mirándolo fijamente sin dar crédito a sus ojos. Sacudió el brazo repetidas veces, pero seguía marcando la una de la tarde. “¡No es posible! ¡He dormido tres horas y nadie me ha molestado en ese tiempo!”, se dijo; entonces recordó los comentarios de su secretaria y la bendijo para sus adentros.

A falta de otra cosa mejor que hacer, decidió ir a tomar un bocado. Sintió un vacío en el estómago y recordó que no había tomado nada sólido desde hacía casi veinticuatro horas. Accionó el interfono y la voz de la mujer respondió como siempre: “¡Diga, inspector!” “¿Ha vuelto Josefina?” “No, señor, todavía no, que yo sepa.” “Está bien. Si llega en la próxima hora, dígame que he ido al restaurante.” Se quedó callado unos instantes y enseguida rectificó: “No, déjelo, Reme. No le diga nada. Ya la veré más tarde.” “Entendido, inspector.”

Al descender las escalinatas de la entrada principal de Jefatura, un viento caliente que parecía salir de las entrañas de un horno, lo envolvió. “Parece que va a refrescar”, dijo el policía de la puerta a modo de saludo. El inspector gruñó algo ininteligible y se dispuso a alejarse. Aun no había andado diez pasos, cuando oyó una voz entrañable que le llamaba, “¡Faustino!” Se volvió y vio a Josefina con la cabellera suelta y un vestido ajustado, las mejillas arreboladas y una franca sonrisa descubriendo sus dientes. “¡Hola, Josefina!” Al llegar a su altura, la muchacha espetó: “¿Te ocurre algo?” “Nada importante. Sólo que esta noche no he podido pegar ojo.” “Pues das la impresión de haber participado en una terrible discusión. Tienes las facciones contraídas.” Morales intentó esbozar una sonrisa y cambió rápidamente de tema. “Me han dicho que querías verme esta mañana.” “Sí, pero, ¿a dónde ibas ahora?” “Al restaurante...”, el inspector se interrumpió y preguntó a su vez: “¿Tienes hambre?” “¡Pero, si es poco más de la una!” “Bueno, no importa, acompáñame y charlaremos cómodamente en cualquier bar.” “¿No ibas al restaurante?” “Sí, pero allí habrá demasiada gente. Conozco un lugar discreto que no está muy lejos de aquí, donde podremos conversar tranquilamente, mientras como algo y te invito a lo que quieras.” “Pero yo tengo que volver a Jefatura.” El inspector la miró fijamente y murmuró: “Aprovechemos las últimas horas de libertad que todavía nos quedan. Mañana regresa Cabrera de vacaciones y esto volverá a ser un infierno.” “Tienes razón”, concedió la mujer.

El local, un pequeño bar donde servían platos combinados, era efectivamente discreto y confortable. Se sentaron en una mesa apartada, junto a un rincón y el inspector pidió un plato de huevos con jamón, unas tostadas y café; Josefina se limitó a pedir una cerveza. Durante unos minutos estuvieron callados contemplándose; ambos se sentían bien juntos y daban la impresión de querer eternizar aquellos instantes que se le escurrían entre los dedos. El camarero trayendo el encargo rompió el hechizo. “Creo que tengo algo en lo que poder hincar el diente.” El inspector detuvo el gesto de llevarse un trozo de jamón a la boca y la miró sin comprender. “Me refiero a Mac”, aclaró Josefina al ver el gesto de extrañeza de su jefe. De pronto, éste

pareció recobrar sus energías y preguntó excitado: “¿En serio?” Josefina no pudo reprimir una exclamación de sorpresa: “¡Oh! Había llegado a creer que te habías olvidado del asunto.” “¿Olvidarme? Reconozco que últimamente estoy teniendo serios problemas personales, pero te aseguro que no me había olvidado ni por un instante.” “Me alegro que sea así, porque no me ha resultado fácil. Te confieso que en algunos momentos pensé en desistir. En los primeros días no avancé nada en la investigación. Nadie parecía conocer al tal Mac y tampoco podía preguntar abiertamente sin despertar sospechas.” “Si decidí encargarte a ti el asunto, fue porque personalmente no podía hacerlo en ese momento, ya que me habían puesto provisionalmente al frente del departamento, con gran sorpresa por mi parte y supongo que de mucha otra gente. Te lo pedí como un favor personal, porque confío ciegamente en ti. Eres la única persona que podía llevarlo a cabo sin levantar la liebre, porque de otro modo ya no valdría la pena tener información de ese personaje.” “¿A qué te referías cuando has dicho que últimamente estás teniendo serios problemas personales?” Morales la miró sorprendido por la pregunta que le había cogido desprevenido. “Nada importante. Olvídalo y vamos a lo que importa.” Josefina hizo intención de insistir, pero desistió y continuó con su relato. “Fue una pura casualidad lo que me puso en la pista de ese americano. Como sabes me encargué del caso del asesinato de la prostituta, ocurrido hace un par de semanas en el barrio de Ruzafa.” “Sí, me acuerdo.” “Hace unos días fui a la comisaría de ese barrio para hablar con el inspector jefe y me llevé una gran sorpresa.” Morales comía con gran nerviosismo, mientras su subordinada se recreaba en los aspectos dramáticos. Con un pedazo de tostada en la mano la instó con un gesto a que siguiera. “¿Te acuerdas de Martínez?”, preguntó repentinamente. Morales abrió mucho los ojos y farfulló con un pedazo de tostada en la boca. “¿Han puesto a ese cretino al frente de la comisaría?” Una amplia sonrisa iluminó la cara de la mujer. “Efectivamente. Se alegró mucho al verme y después de contarme sus aventuras...” “¡Qué interesante!”, interrumpió, ironizando, el inspector, “... me aseguró que estaban muy preocupados por el aumento de la prostitución.” “¿En ese barrio?” “No. Lo decía en general; seguramente para prevenirme en el caso que traía entre manos. La noche anterior sus agentes habían detenido a un sospechoso, un proxeneta que según decían era muy peligroso y podía tener relación con el caso, aunque después descubrimos que no había tenido nada que ver.” La impaciencia del inspector aumentaba por momentos y contraía sus facciones. Había terminado de comer y encendió un cigarrillo para calmar los nervios. “Me tienes sobre ascuas”, dijo al fin arrojando la primera bocanada de humo. Josefina se limitó a sonreír y siguió su relato parsimoniosamente, moviendo rítmicamente sus pestañas como si quisiera hipnotizarlo. “El caso es que sin saber por qué razón el tema recayó en el trabajo que está efectuando en el barrio, controlando todas las casas que se dedican a la prostitución. Después me di cuenta que lo único que pretendía era impresionarme. *Hasta hemos localizado a una chica que, aun siendo una profesional, solo recibe a los clientes que le proporciona su chulo. Y esto aquí no es nada corriente*, me dijo muy ufano. Más por amabilidad que por un interés real, le hice algunas preguntas al respecto, intentando que mi indiferencia no me denunciase, pero cuando pronunció el nombre del chulo, ya no fue necesario que me esforzase en disimular. Abrí tanto los ojos que temí que se me salieran de las cuencas. *¡Qué perspicaz eres!*, le dije. *¡Y qué buen policía!*, añadí. Se ahuecó como un pavo y su sonrisa bobalicona amenazaba con estropearle aun más su cara.” “¿Crees que era necesario exagerar tanto?”, preguntó Morales sin acabar de comprender. “Es lo primero que se me ocurrió para enmascarar la sorpresa que me había producido el oír que el nombre del chulo era

Mac.” Ahora fue el inspector el que dio un salto en su silla y a punto estuvo de volcar la mesa. “¡Joder, tía!”, exclamó en un arrebató. Después se calmó y se excusó humildemente, “lo siento.” La sonrisa de triunfo de la mujer no le pasó desapercibida e intentó justificarse, “tienes una forma de explicar las cosas que me desconcierta.” “Eso ya me lo han dicho otras veces”, dijo, “pero yo hablo para gente inteligente”, iba a añadir, pero se calló prudentemente y adoptó una postura ambigua. El silencio que se abrió entre ambos fue, en esta ocasión, terriblemente embarazoso. El inspector trató de romperlo con una fórmula manida. “¿Quieres tomar algo más? Yo tomaré un café.” “No, gracias. No quiero nada.” Morales hizo un gesto al camarero y le pidió otro café. Cuando se lo trajo, se pasó un buen rato removiendo el azucarillo y al rato salió de su mutismo. “Eres demasiado inteligente para estar en la policía.” La salida del inspector desató la hilaridad de su subordinada que comenzó a toser, presa de una convulsión casi histérica. “Es lo más gracioso que me han dicho nunca”, dijo cuando se hubo calmado. Después añadió, retomando el hilo de su discurso: “No tardé en darme cuenta que los elogios, desproporcionados y fuera de lugar, como tú muy bien has dicho, se iban a convertir en unos aliados inesperados. En efecto, sin apenas intervención por mi parte, se dedicó a suministrarme toda la información que nos interesaba. No podía dar crédito a lo que oía; en ese momento hubiera sido capaz de contarme sus secretos más recónditos, pero yo carecía del interés necesario para ello, así que discretamente me despedí agradeciéndole sus consejos. ¡Qué tontos sois los hombres!”, finalizó con una sonrisa perversa. “Tienes razón. Somos juguetes en vuestras manos”, ironizó el inspector. Josefina sacó un bloc del discreto bolso de mano que utilizaba y refirió: “Su nombre es Amalia Escriche, pero se hace llamar Vanessa. Tiene 35 años, muy atractiva. Hace dos años se despidió de la empresa en la que trabajaba; era dependienta en unos grandes almacenes. Desde entonces recibe a los clientes que Mac le proporciona en un piso que tiene alquilado en el barrio de Ruzafa.” “¿Tienes la dirección?” “Desde luego”, dijo Josefina con suficiencia, levantando la vista del bloc y mirándolo directamente a los ojos. Luego continuó: “Esta mañana he estado en el barrio y he preguntado discretamente a algunos vecinos que me han corroborado la historia. No obstante, todos ellos me alabaron las cualidades de la muchacha, sujeta a la férula de ese macarra americano, según su opinión.” Se calló, pero al cabo de unos instantes, la mujer continuó diciendo: “Cuando estaba a punto de marcharme, Martínez añadió algo de forma espontánea, sin que yo le hubiera insistido; algo que no parece muy importante.” El inspector la miraba con la ansiedad reflejada en los tensos músculos de su cara. “Me dijo que el tal Mac pertenecía a la banda del *argentino*.” La palidez cadavérica del semblante de Morales asustó a la mujer que cogió sus manos entre las suyas, pero sin atreverse a despegar los labios. Al cabo de unos instantes que parecieron prolongarse innecesariamente, Morales preguntó, “¿estás segura?” La mujer tardó en comprender a qué se refería su superior. “Es lo que me dijo Martínez.” Se calló, pero en seguida añadió: “¿Conoces bien a ese tipo?” De nuevo el tiempo del silencio se alargaba inexplicablemente. El inspector parecía complacerse en la sensación que le producía el tibio contacto de las manos de Josefina entrelazando las suyas. “Es un mafioso protegido por algún pez gordo; intenté meterle mano en dos ocasiones, pero en ambas se interpuso el comisario Cabrera. No obstante, estoy completamente convencido que éste es simplemente un peón de alguien mucho más importante.” “¿Qué piensas hacer ahora?” “¿Ahora?”, saltó Morales con nerviosismo. “Este asunto ha perdido interés para mí” “¿A qué se dedica el *argentino*?” Morales la miró asombrado por el interés que mostraba la mujer, pero no hizo ninguna alusión a ello. Se limitó a responder, “oficialmente lo de siempre: prostitución, tráfico de drogas, etc.

Su guarida es un garito del barrio del Carmen llamado *El Kan Cerbero* desde donde seguramente él y sus compinches llevan a cabo sus fechorías. Sin embargo, siempre he tenido la extraña sensación que eso era solo una tapadera de otros negocios de mayor envergadura.” La mujer iba a insistir, pero renunció en seguida, al tiempo que el inspector la sorprendía con una pregunta totalmente inesperada. “¿Tienes algo que hacer esta tarde?” “Sugiere algo tan interesante que haga inútiles mis intentos de buscar una justificación plausible para no atender la invitación”, contestó rápidamente con extremada coquetería. “Me gustaría que me acompañaras a hacerle una visita a Vanessa.” La decepción que se reflejó en el semblante de la mujer fue tan evidente que Morales se desconcertó sin saber cómo reaccionar. Sin embargo Josefina se repuso inmediatamente y contestó: “Te acompañaré con una condición.” “¿Cuál?”, preguntó sin acabar de salir de su desconcierto. “Que me expliques lo que te sucede.” Morales pareció pensárselo y al cabo, con voz muy calmada, le explicó a su subordinada sus problemas. “¡Ah! Era eso. Por un momento creí que era algo más importante”, se burló Josefina. El inspector encajó el golpe con resignación, no porque creyera merecérselo, sino porque ya nada le importaba más allá del reducido espacio que podía alcanzar con el brazo extendido. “Si lo necesitas, mi casa está a tu disposición”, dijo la mujer, arrepintiéndose de sus anteriores palabras. Levantó el brazo para detener un gesto de protesta del inspector y continuó: “No te digo que vengas a vivir conmigo. Te estoy ofreciendo compartir el piso. Dispongo de una habitación en la que seguramente estarás muy cómodo. Nadie, si tú no lo dices, tiene por qué enterarse a dónde has decidido trasladarte; por mi parte guardaré celosamente el secreto.” Ahora fue el inspector el que albergó las manos de la mujer entre las suyas y musitó: “Te lo agradezco infinito. Puede ser una solución idónea; lo pensaré.” “¿Vamos ya a ver a Vanessa?” La mujer había hecho la pregunta en parte por ocultar la emoción que le habían causado las palabras de su superior. Éste consultó su reloj y concedió: “Son casi las dos y media, creo que es una buena hora para encontrarla en su casa. Espérame aquí; iré a buscar el coche y te recogeré.” “Conforme.” El inspector salió apresuradamente después de abonar la cuenta, mientras Josefina suspiraba y se relajaba en su asiento.

El americano caminaba lentamente hacia su casa sumido en sus reflexiones. Se sentía satisfecho de la entrevista, no sólo por los inapreciables datos que le habían suministrado en torno al movimiento okupa, sino por el tono en el que se había desarrollado ésta. Además, de modo inesperado, se había abierto una nueva línea de investigación. Aunque para el *beat* y los otros no revestía ninguna importancia en sí mismo, el descubrimiento de ese policía tenía para él una importancia decisiva. Tal como sospechaba, la represión había jugado un papel importante, pero no en el sentido que normalmente se le atribuye, sino en el de proporcionar determinadas claves de comprensión de todo el proceso que estaba estudiando. Todo parecía indicar que ese policía era el mismo que había estado persiguiendo a la radio en los primeros tiempos y lo más probable es que después la tuviera estrechamente vigilada, aunque desde las sombras... Con toda seguridad lo de las represalias por su actitud en el desalojo había sido una añagaza para ganarse la confianza del *beat*, lo que demostraba que no conocía a éste en absoluto. Hizo un gesto con la mano, como intentando ahuyentar algún fantasma, mientras mascullaba estas últimas reflexiones. De pronto su cara se contrajo en un rictus de rabia, mientras murmuraba: “No puede ser cierto lo que dicen de Mac. ¡Es imposible! Tengo que hablar con él cuanto antes”, se prometió para tranquilizarse. En ese momento dobló la esquina que daba a la calle Palma y sus negros pensamientos se volatilizaron, mientras una amplia sonrisa

distendía su cara. Su amiga estaba medio agachada intentando abrir la puerta de la finca. “¡Mónica!” La muchacha se giró y sonrió al ver que su amigo corría hacia ella. Un largo y apasionado beso selló el encuentro. “¿Cómo ha ido la entrevista?” “¡Estupendamente! Ha sido muy interesante”, contestó beatíficamente.

La finca, situada en una calle corta y estrecha, exhibía impudicamente en su fachada los estragos que le había causado el paso del tiempo. La puerta de la calle estaba abierta y el inspector y Josefina la franquearon, subiendo por una estrecha escalera hasta el último piso, el tercero, donde vivía Vanessa. Al llegar al rellano, Morales hizo sonar el timbre y esperaron la respuesta del interior que parecía no llegar. El inspector y Josefina cruzaron una mirada de inteligencia persuadidos que el interior estaba vacío, cuando se oyó claramente un golpe. Morales repitió la llamada, en esta ocasión con mayor insistencia. Al cabo de unos instantes se oyó el arrastrar de unos pies inseguros y una voz pastosa de mujer que preguntaba: “¿quién es?” “Soy el inspector Morales, de la policía. Quisiera hacerle unas preguntas.” “¿Sobre qué?”, se oyó la misma voz con un timbre de temor. “No es nada importante. Pura rutina. Por favor abra la puerta.” Unos instantes después se abrió la puerta y por la rendija una cara atisbó fuera. Al ver que el inspector iba acompañado de una mujer, pareció cobrar confianza y la abrió completamente, invitándoles a pasar. Después de cerrar la puerta, Vanessa los guió por un corto pasillo hasta una amplia sala que se abrió al final. Los invitó a sentarse en un sofá, mientras ella lo hacía en un sillón, colocado casi enfrente. “Ustedes dirán”, dijo al cabo de unos instantes. Un silencio embarazoso se abrió entre ellos; Morales miró a Josefina en demanda de auxilio, pero ésta se limitó a sonreírle burlescamente. “Señorita”, se decidió al fin el inspector con voz meliflua que pretendía ser amable, “¿por qué se dedica usted a la prostitución?” La pregunta cayó sobre la muchacha como un jarro de agua fría que la hizo ponerse en guardia. No parecía un buen comienzo. Al ver el poco tacto de su superior, intervino rápidamente la mujer para intentar suavizar la tensión. “Disculpe usted, Amalia, por la brusquedad del inspector.” Al oír su verdadero nombre, la joven se sobresaltó. “Pero, aunque personalmente nos parezca reprobable su dedicación al oficio más viejo del mundo, sobre todo teniendo en cuenta que es usted una mujer muy atractiva y, al menos en apariencia, muy inteligente, lo cual la posibilitaría, con grandes probabilidades de éxito, para dedicarse a ocupaciones más gratificantes, le puedo asegurar que nos tiene por completo sin cuidado. No es ese el asunto que nos ha traído hasta usted.” Vanessa seguía el discurso de Josefina con gran atención sin comprender muy bien la razón de que estuvieran tomándose tantas molestias con ella; ni tampoco acababa de entender a dónde querían llegar. “¿Qué desean, entonces?”, preguntó al cabo de unos instantes. La mujer miró al inspector, porque ella tampoco sabía a ciencia cierta qué era lo que aquél deseaba. Morales recogió el testigo, pero como siempre, con muy poca destreza. “En realidad sólo queríamos hacerle unas cuantas preguntas sobre su chulo.” Vanessa abrió mucho los ojos y estalló en un llanto incontenible, escondió la cabeza entre sus manos y se inclinó para ocultar su dolor. Josefina lanzó una mirada de reproche a su jefe que levantó las manos en señal de impotencia, mientras se encogía de hombros. La muchacha seguía llorando sin consuelo y el inspector volvió a solicitar la ayuda de su subordinada. Ésta sonrió irónicamente y se acercó a la muchacha, se sentó en un brazo del sillón y con mucha suavidad la levantó cogiéndola por los hombros. Vanessa la miró con los ojos arrasados en lágrimas y se abrazó a la mujer que la rodeó con sus brazos, mientras murmuraba, “vamos, cálmate Amalia. El inspector quiere pedirte disculpas por su falta de tacto.” Morales frunció el entrecejo al oír lo que

la mujer decía, pero ésta le hizo un gesto con la mano que no admitía dudas. “Lo siento...”, empezó Morales, pero le fue imposible continuar; no obstante fue suficiente para que Vanessa se repusiera al fin y preguntara entre hipo: “¿Es que Mac ha hecho algo malo?” “Aparte de obligarte a ejercer la prostitución, no sabemos que haya hecho algo delictivo”, se apresuró a contestar Josefina, antes que Morales tuviera ocasión de volver a meter la pata. Vanessa se levantó del sillón con tal ímpetu que desplazó a Josefina, la cual estuvo a punto de caer al suelo. Sin dignarse pedir disculpas la miró con odio contenido y afirmó: “¡Mac nunca me ha obligado a ejercer la prostitución!” Josefina recuperó el equilibrio y se plantó frente a ella, diciendo: “¿Quieres decir que lo haces por gusto?” La pregunta sumió a Vanessa en un mar de confusiones y tartamudeó, “no, pero...” “Entiendo”, la interrumpió Josefina. “Quieres decir que tu amor por Mac hizo que aceptaras sus sugerencias.” El inspector observaba la escena atónito, sin atreverse a intervenir. “Aunque ese fuera el caso, no veo ninguna diferencia. Habría que ver qué sucedería si te negases a seguir aceptándolo.” Vanessa se arrojó de nuevo en el sillón y otra vez las lágrimas brotaron de sus ojos. Entre sollozos, explicó: “Varias veces he intentado salir de esta situación, pero Mac se alejó de mí cada vez que lo intenté. Me es imposible vivir sin él”, acabó entre profundos suspiros, escondiendo la cabeza entre sus manos. Josefina le puso una mano en la cabeza y trató de consolarla. “Te entiendo, Amalia, el amor es un cruel tirano”, al decir esto miró al inspector que rehuyó su mirada. Esperó a que se hubiera calmado y le preguntó con toda la dulzura de que fue capaz, “¿cómo es Mac?” Vanessa levantó la cabeza y la miró sorprendida y al cabo de unos instantes, dijo: “Conmigo siempre ha sido muy amable.” La muchacha, completamente recuperada, hablaba con mucha tranquilidad; daba la impresión que no le disgustaba hablar de su amigo. “Me ha asegurado que esto que hago es absolutamente necesario para sus negocios, pero nunca ha querido decirme a qué se dedica. Aunque ha prometido que muy pronto conseguirá el dinero necesario para vivir sin preocupaciones y nos iremos a Norteamérica.” Josefina la miraba, intentando que su cara no reflejara la compasión que aquella muchacha le inspiraba. “¿Hace mucho que lo conoces?” “Unos tres años.” “¿Te lleva a alguna parte?” “¡Oh! Sí. Vamos muy a menudo de discoteca. Me encanta bailar y a él le agrada mucho verme.” Josefina creyó llegado el momento de abordar directamente el problema. “¿Mac nunca te ha hablado de lo que hace en Valencia?” Vanessa dio un respingo y se puso inmediatamente en guardia. “Ya te he dicho antes que nunca ha querido decirme a qué se dedica.” “¿Y eso no te importa?” La muchacha bajó la cabeza confundida y dijo con voz apenas audible: “Al principio sí. Ahora ya me da igual.” Se calló un momento, pero en seguida levantó la cabeza y preguntó a su vez, “¿por qué os interesa tanto Mac? ¿Está metido en algún lío?” “No lo sabemos, Amalia”, contestó Josefina con dulzura. “Pero es posible que se dedique a actividades poco claras y *no* me refiero a ti. ¿Nunca te habló de Radio Klara o del Kasal Popular?” Vanessa frunció el entrecejo y dijo sinceramente, “¿Y eso qué es?” Josefina y el inspector cruzaron una mirada de inteligencia. La muchacha era completamente ignorante de las actividades de Mac y nada más iban a conseguir. El inspector se levantó del sofá e hizo una seña a su ayudante, que se incorporó a su vez. “Una última cosa antes de marcharnos, ¿sabes si frecuenta algún local?”, intervino el inspector con el tono de voz más persuasivo de que era capaz. Vanessa lo miró, mientras se incorporaba y al cabo dijo: “Algunas veces me ha citado en un local del barrio del Carmen, donde todo el mundo lo conoce. Creo que se llama *Cerbera*, pero a mí no me gusta nada. El ambiente es muy deprimente.” “Entiendo”, respondió Morales. “Gracias por habernos atendido y disculpa las molestias.” Ya se disponían a marcharse, cuando el inspector

le sugirió: “Creo que sería mejor que no le dijeras nada a Mac de nuestra visita.” Después sacando una tarjeta del bolsillo interior de la chaqueta, le dijo: “¡Toma!; si alguna vez necesitas nuestra ayuda, no dudes en llamarnos.” Vanessa tomó la tarjeta y los acompañó a la puerta, después se dirigió de nuevo al salón y antes de guardarla en un cajón de la librería leyó: ‘Faustino Morales, inspector de primera. Jefatura Superior de Policía’, con un número de teléfono en la parte inferior. Una vez en la calle, el inspector Morales se dirigió a su subordinada: “Te agradezco de corazón que me acompañaras; aunque no hemos conseguido nada, sin tu ayuda hubiera sido mucho más penoso para mí.” “El detalle de la tarjeta me ha llegado al alma.” “Pensé que era lo mínimo que podía hacer para compensar mi torpeza.” Josefina lo miró sonriente y le preguntó: “¿Qué piensas hacer ahora?” Faustino la miró a los ojos y dijo con firmeza: “Nada. Absolutamente nada.”

Capítulo 9º

Los tentáculos del poder

El secuestro de Anthony

La puerta de la pequeña habitación se abrió bruscamente y un hombrecillo se recortó entre la niebla formada por el humo de los cigarrillos. Cuatro hombres se encontraban en un rincón alrededor de una mesa jugando al julepe y bebiendo anís del mono. Uno de ellos lanzó una gran carcajada mientras gritaba, "os he hecho julepe otra vez, pringaos." Al poner la mano sobre el dinero de las apuestas, el hombre de la izquierda le cogió del brazo diciéndole con voz agria, "eres un tramposo." El interpelado llevó la mano libre a la sobaquera y la puso sobre la culata de su pistola.

"¡Quietos, joder!", la voz del hombrecillo sonó como un trueno dejando paralizados a los jugadores. "Estoy hasta los cojones de ustedes. Son unos boludos. Dejen eso que tenemos trabajo".

Los cuatro hombres se miraron entre sí atemorizados y se apresuraron a despejar la mesa. El hombrecillo que parecía el jefe cogió una silla y se hizo un hueco alrededor de la misma. Un silencio tan espeso como el aire de la pequeña sala presidió los gestos del jefe que extrajo una agenda del bolsillo de su chaqueta. Se armó de un bolígrafo y comenzó a tomar notas mientras sus hombres observaban sus gestos casi sin pestañear.

"He recibido órdenes muy precisas", rompió el silencio sin dejar de escribir. "Tenemos que actuar sin pérdida de tiempo, pero sobre todo con la máxima precaución."

Levantó la vista y la dirigió alternativamente a cada uno de los hombres que continuaban mirándole con gran atención. "No voy a consentir ni un solo fallo, así que prestad atención." Repasó las notas que había tomado y continuó, "me han ordenado que secuestre a Anthony García y lo interrogue hasta que confiese los verdaderos motivos que le impulsaron a venir a Valencia." Hizo una pausa para escanciarse una copa de anís y después de beber el primer sorbo prosiguió, "las informaciones que hemos conseguido hasta ahora no han satisfecho a los peces gordos. ¡Ni a mí tampoco, joder!", estalló con ira dando un puñetazo en la mesa. "Ese americano de mierda no nos va a tomar más el pelo. ¡Por mis muertos!"

"Tiene razón, jefe", dijo uno de los hombres, "ya va siendo hora de que le demos una buena lección a ese hijo de puta." El jefe se le quedó mirando con odio y le espetó, "hablarán cuando se les pregunte", dijo con voz cortante. El que había hablado tragó saliva con dificultad, mientras se pasaba una mano por la frente para limpiarse el sudor frío que la bañaba. "Mi plan es el siguiente", continuó el jefe con aplomo, "Mac se encargará de traerlo hasta aquí con cualquier excusa. Una vez dentro del local, ustedes se situarán estratégicamente para atender cualquier contingencia. La bebida que pida el muchacho tendrá una droga que lo dejará fuera de combate en poco tiempo. Mac con la excusa de llevarlo al lavabo lo subirá a esta sala, que como sabéis está insonorizada para que no se escuchen vuestros gritos de bestias mientras jugáis a las cartas, y lo amarrará a una silla. Cuando despierte será vuestro turno y quiero que os estrujéis la mollera para hacerlo cantar. Pero sobre todo tened cuidado porque de momento no quiero que sufra ningún percance. Si no conseguimos nada por las buenas, entonces ya veremos qué hacemos. ¿Alguna pregunta?"

Un silencio aún más espeso que la atmósfera de la habitación se adueñó de la sala. Uno de los hombres se atrevió por fin a romper el ominoso silencio. "¿Cuándo sabremos que ha llegado el momento?", preguntó. El jefe se le quedó mirando con resignada expresión. "Esto me pasa por asociarme con tarados", pensó antes de decir casi gritando, "ustedes estén atentos y ya les avisaré", tras lo cual paseó su

mirada por los rostros de sus hombres con mirada desafiante. Nadie se atrevió a despegar los labios, limitándose a asentir con la cabeza.

"Anoche no dormiste en casa, Mónica", el americano había pronunciado estas palabras con un hilo de voz. "Estuve muy preocupado por si te había ocurrido algo. Incluso pensé en salir a buscarte", Anthony hablaba con la cabeza baja sin atreverse a mirar a la muchacha. Mónica lo miró con los ojos muy abiertos sin dar crédito a lo que estaba oyendo. "¿Pero qué narices te has creído tú? ¿Piensas que porque hemos echado unos cuantos polvos tienes derecho a fiscalizar mi vida?" La voz de la muchacha había sonado dura, cortante como un cuchillo. El americano se quedó petrificado; Mónica dejó la bolsa que llevaba encima de la mesa y se dirigió a la cocina dando por terminada la discusión. Anthony salió de su estupor con un supremo esfuerzo y se dirigió a la puerta. Salió de la casa dando un portazo extraordinario que a punto estuvo de derribar el ruinoso edificio; su corazón sangraba como nunca. En ningún momento se le había ocurrido pensar el sufrimiento que causaba el amor. Es cierto que había leído muchas novelas románticas e incluso tratados muy sesudos en torno a un tema universal y eterno, pero sólo habían despertado en él sonrisas de conmiseración. Siempre pensó que era mera literatura o entretenimientos de salón, pero ahora experimentaba en su propia carne todo aquello que había leído y a lo cual no le había dado crédito. Bajó los escalones de tres en tres con grave riesgo de su vida, aunque el americano no era en ese momento consciente de los peligros que corría. Al llegar a la calle se apoyó contra la pared de la fachada y trató de serenarse sin conseguirlo. Al cabo de un rato dio un salto y casi corriendo se fue hacia su garito preferido; necesitaba perentoriamente un trago para estabilizar sus vísceras laceradas por el dolor. Era la hora del aperitivo y las mesas de la terraza estaban totalmente ocupadas, así que decidió colarse en el reducido espacio del interior y abrirse un hueco en la diminuta barra del fondo. Cuando estaba a punto de entrar, Nabuco, el perro comedor de cordones de zapatos, le cerró el paso ladrándole en un tono que denotaba la alegría del can al verlo de nuevo por allí, sin embargo el americano no se encontraba en condiciones de entender en ese momento su entusiasmo y estuvo en un tris de apartarlo de una patada, pero lo pensó mejor y pasó por encima de su cuerpo que se retorció convulsionado por los ladridos y se acodó en la barra.

El camarero lo sorprendió reflexionando sobre el tipo de alcohol que necesitaba, así que dio un respingo al oír su voz, "¿Qué vas a tomar?" Levantó la vista y puso cara de atontado sin saber bien qué contestar. El muchacho sonrió y le repitió la pregunta mediante otra fórmula, "¿quieres tomar algo?" "Sí", respondió Anthony después de pensarlo por unos instantes, "tráeme un whisky doble, sin hielo." Ahora el asombro se vio reflejado en la cara del camarero, ya que estaba acostumbrado a otro tipo de consumiciones del americano, pero se abstuvo de mostrar ningún tipo de objeción. Anthony estaba bebiendo casi con rabia, cuando sintió que una mano se apoyaba en su hombro. Durante una fracción de segundo, mientras giraba la cabeza para ver quién era, le embargó la secreta esperanza de que fuera Mónica. Al observar la cara sonriente de Mac, un gesto de decepción sustituyó de inmediato a la sonrisa que había empezado a insinuarse en sus labios. "¡Querido amigo!", saludó Mac. "¡Qué alegría me da verte! Hace ya unos días que te busco por todas partes." "¡Hola, Mac!", saludó Anthony con desgana. Su amigo lo miró con gesto preocupado y preguntó: "¿Te ocurre algo?" Anthony lo miró fijamente y dijo: "Nada importante"; después de unos instantes agregó, "me he peleado con Mónica." Mac disimuló como pudo su satisfacción. Las cosas no podían estar mejor. "¿Para qué querías verme?" "Por

varios motivos. El más importante tener contigo una larga conversación antes de tu regreso a Estados Unidos. La última vez que nos vimos me dijiste que seguramente te irías por estas fechas.” “En efecto; pero aun tardaré más de un mes. Tengo que terminar unos asuntos que tengo entre manos.” A Mac se le iluminaron los ojos; sus sospechas parecían confirmarse a última hora. Aunque nunca había conseguido sacarle ni una palabra, ahora estaba convencido que había formado un grupo de acción con el que coordinaba las acciones internacionales contra Chile y el ex-dictador, tal como afirmaban los jefes. “¡Estupendo!”, exclamó. “Te propongo ir a un local más tranquilo para charlar con calma...” “No tengo intención de ir a ninguna parte. Me gusta este sitio; en todo caso si lo prefieres podemos sentarnos en aquella mesa...”

La suerte quiso que en ese momento una pareja decidiera cambiar el decorado de sus caricias y abandonara la mesa situada junto a la ventana. A Mac le era absolutamente indiferente estar de pie o sentado y además el tono seco que empleaba su amigo le desconcertaba; sin embargo, supuso que podría convencerlo mejor si se sentaban. Así, sin dejar de emplear la misma amabilidad empalagosa del inicio, le informó: “Me parece que, efectivamente, estaremos mejor sentados, ¿no crees?” El americano se encogió de hombros. Mac volvió a la carga. “¿No te parece extraño que en casi dos años que nos conocemos, no hayamos hablado de nosotros, de nuestras familias, de nuestros amigos...?” Anthony se sorprendió. No esperaba esta pregunta tan directa. “Efectivamente, también me he hecho esta pregunta muchas veces, pero siempre llegaba a la misma conclusión: hay gente que conoces para tomar unas copas y hablar de política o de banalidades y otra con la que intimas más y hablas de cosas más personales. Son cosas que pasan y no creo que valga la pena buscarle una explicación.” “Puede que tengas razón. Además nos conocimos en un momento en el que todavía tenía muy fresca mi experiencia en San Francisco y eso quizá también influyó en nuestra relación. Creo que tu programa de Radio Klara nos marcó para siempre”, concluyó Mac, riendo a carcajadas. Anthony sonrió influido por la hilaridad de su compañero. Bebió un trago de whisky y le espetó: “¿Sabías que hay gente que piensa que eres un confidente de la policía?” La pregunta le cogió totalmente por sorpresa y le fue imposible dominarse en un primer momento. Sin embargo, no tardó en pasar al contraataque, “no me sorprende que digan eso, conociendo a algunos elementos que ven fantasmas por todas partes, pero me decepciona que tú prestes oídos a tales infundios. Algo parecido he oído que decían de ti.” Anthony sonrió divertido, “¿no me digas?” “Decían que era muy raro que hubieras venido a Valencia a hacer un programa en Radio Klara.” Una carcajada de Anthony acompañó las últimas palabras de su amigo. “Y tienen toda la razón. Es muy extraño, ¿no crees?” Mac lo miró desconcertado. Se daba cuenta que si seguían allí hablando perdería la oportunidad que tan brillante se le presentó al principio. Decidió atacar la parte más débil; mientras le acompañaba en sus risas le preguntó: “¿Por qué te has peleado con Mónica?” Como por ensalmo, la sonrisa se borró de los labios de Anthony. “¡Eso no te concierne!” “Lo siento”, dijo fingiendo consternación. “La quieres mucho, ¿verdad?” Anthony lo miró a los ojos y dijo con voz apenas audible: “Me temo que sí.” “¡Bah! No te preocupes. Ya verás como todo se arregla.” “Todavía no me has dicho qué quieres de mí.” Mac guardó un estudiado silencio y al cabo dijo: “Es algo muy importante para mí, pero es imposible decírtelo con esa desconfianza que advierto en tu mirada.” “Créeme que lo siento”, dijo Anthony conmovido por la aparente sinceridad que dejaban traslucir las palabras de Mac. “Quizá tengas razón y todo sean paranoias.” “Claro que lo son, no lo dudes”, afirmó Mac, más seguro de sí mismo. “Pero este no me parece el lugar más indicado para las confidencias. Vamos

al local que antes te propuse y hablaremos de todo. Tenemos mucho tiempo.” Anthony reflexionó durante unos instantes y al fin se decidió. “Está bien. Vamos. ¿Pero dónde está ese local?” “Muy cerca de aquí. Es un garito muy discreto, especialmente a estas horas; ya verás.”

Efectivamente no tardaron en llegar. Al acercarse, una figura femenina se dibujó en la esquina de la calle que estaba casi enfrente de la puerta del local, la cual, al divisarlos, se quedó petrificada. Era Vanessa, que instintivamente se ocultó para no ser vista. “¿Se conocen?”, murmuró. “¿Cómo es posible?” Decidió esperar y ordenar sus pensamientos; en ese momento no se le ocurría qué hacer. Mientras, los dos amigos franqueaban la puerta y descendían por una corta escalera que desembocaba en un local alargado, con una barra a la izquierda a todo lo largo del mismo. Al fondo se abría otro salón, al parecer mucho más amplio. Las mesas del primer espacio, colocadas a lo largo de la pared, estaban vacías. Los pocos clientes que había a esa hora se encontraban en la otra sala. No fue muy agradable la impresión que causó en Anthony, pero el aire desenvuelto de Mac, le tranquilizó. “¡Hola, *Broncas!*”, saludó al *barman* alegremente. “¡Me alegro de verte, Mac!” respondió. “¿Qué te apetece tomar?”, preguntó Mac dirigiéndose a su amigo. “No sé...” “Déjame aconsejarte un extraordinario combinado, especialidad de mi amigo *Broncas*”, sugirió, mientras hacía un gesto hacia el *barman* que éste captó de inmediato. “Está bien”, dijo al fin Anthony. “A mi sírveme otro.” Mac cogió del brazo a su amigo y lo arrastró hasta la sala grande, tomando asiento en una mesa del fondo. Sólo cinco personas se encontraban allí: una pareja que hablaba animadamente, una mujer que parecía estar ebria y un par de tipos que ocupaban la mesa que había al otro lado. Anthony fijó su mirada en ellos y su aspecto siniestro le provocó un escalofrío que le recorrió la espina dorsal. El *Broncas* no tardó en traerles los combinados y los colocó cuidadosamente frente a cada uno de ellos, mientras miraba a Mac con la sonrisa en los labios. “¡Brindo por nuestra amistad!” dijo Mac entusiasmado levantando su copa. Anthony levantó la suya un poco a desgana; sin saber el motivo preciso, su amigo se le aparecía a una nueva luz, mucho menos brillante. Ambos bebieron un sorbo y Anthony disparó casi enseguida: “¿Qué deseas que haga por ti cuando regrese a Estados Unidos?” Mac movió la cabeza repetidamente, como si quisiera atrapar alguna idea escondida en el fondo de su cerebro y dijo al fin: “Se trata de un asunto delicado; pero si tienes algún tipo de duda, prefiero que me lo digas sinceramente.” “Primero dime de qué se trata”, dijo Anthony bebiendo otro trago. “Es un paquete con determinado material que quisiera que entregaras a una gente en Nueva York. No quiero enviarlo por correo, porque son informes confidenciales que he ido reuniendo sobre las actividades de los servicios secretos norteamericanos.” Las palabras de su amigo empezaban a resultarle incomprensibles y parecían llegar cada vez de lugares más lejanos. Antes de perder definitivamente el conocimiento se dio cuenta que uno de los tipos siniestros no había apartado su mirada de ellos ni un solo instante. Anthony estuvo a punto de caer al suelo, pero su amigo se levantó de un salto y lo agarró por los brazos. “¿Qué te sucede?”, gritaba, mientras le daba cachetes en las mejillas. El tipo siniestro que no les había quitado el ojo de encima se levantó y se acercó a ellos. “¿Le sucede algo a su amigo?” Su voz era bronca. “Un desmayo seguramente; acaba de romper con su novia y está muy afectado.” El resto de parroquianos los miraban sin demostrar demasiado interés por lo que ocurría. “Voy a llevarlo a una casa de socorro.” “Hay una pequeña habitación tras esa cortina”, dijo el gorila señalando el trozo de tela, situado cerca de donde se encontraban. “Si le parece bien lo llevamos allí y llamamos a un médico.” Mac pareció pensarlo y dijo: “Se lo agradezco mucho.” Entre ambos lo cogieron por los brazos como si fuera una pluma y franquearon la

cortina. Una escalera empinada conducía a una puerta de apariencia robusta; la franquearon igualmente después de abrirla con la llave que estaba colocada en la cerradura.

El escaso mobiliario, una mesa no muy grande y varias sillas, había sido arrimado a una de las paredes, excepto una que estaba colocada en el centro de la habitación. En ella colocaron a Anthony y le ataron con unas correas puestas allí para el caso. Era un cuchitril muy estrecho, sin ventanas y totalmente insonorizado. Al fondo se percibía un jergón sucio y asqueroso. “Vuelvo abajo para no despertar sospechas”, murmuró el gorila. “Está bien. Encárgate de que avisen al *argentino*.” “Okey.” Entretanto Vanessa se estaba impacientando; después de casi media hora nada había sucedido, ni había tomado una decisión. Por un momento estuvo tentada de marcharse; pero pensó que era una cobardía, así que resolvió encarar el problema y solucionarlo de una vez. “¡Hola, *Broncas*!” “¡Vanessa! ¡Qué sorpresa!” La muchacha miró distraídamente a su alrededor, especialmente en la sala grande, pero no divisó a sus amigos. Una especie de extraño presentimiento hizo que se mostrara prudente. Se sentó en una esquina de la barra, cerca de la sala principal, observando a los escasos clientes. “¿Qué vas a tomar?” “Nada, gracias. No me apetece nada en estos momentos. Si he venido ha sido por pura casualidad. Tenía que hacer una gestión cerca de aquí y como he acabado antes de lo que esperaba, me he acercado un momento por si me encontraba con Mac.” “¡Mac!”, exclamó el *barman* con asombro. “Por lo menos hace dos días que no aparece por aquí.” La muchacha tuvo un sobresalto que trató de disimular lo mejor posible. “¿Ha ocurrido algo?”, continuó intrigado el *Broncas*. “No, no. Nada”, se apresuró a contestar la muchacha. “Sólo quería saludarlo, pero no importa. De todos modos, si lo ves dile que he estado aquí y que quiero hablar con él”, dijo la muchacha levantándose y haciendo intención de irse. “No te preocupes, Vanessa; se lo diré en cuanto lo vea.” La muchacha salió del local y decidió ir caminando hasta su casa para aclarar las ideas. Sus pensamientos se mezclaban confusamente en su cabeza y se veía incapaz de ordenarlos. De pronto cayó en la cuenta que Anthony no podía saber que Mac era el amigo del que le había hablado, porque ni siquiera le dijo que era americano. Eso la tranquilizó momentáneamente, pero de nuevo le invadió la incertidumbre, al pensar en la actitud del *Broncas* ocultándole que Mac y Anthony se encontraban en el local cuando ella entró; “¿pero, dónde? ¿Y qué oscuros negocios se traían entre manos para desear pasar desapercibidos, incluso para los amigos más íntimos?” Vanessa sacudió la cabeza en un intento de ahuyentar sus negros pensamientos y decidió esperar a que Mac se presentase en casa para darle las explicaciones oportunas.

En cuanto Vanessa abandonó el local, el *Broncas* se dirigió al cuarto donde se encontraba Mac con su prisionero. Éste se encontraba amarrado a la silla, todavía inconsciente. Al verlo Mac le preguntó desabridamente, “¿habéis avisado ya al jefe?” “Sí, no tardará en venir, pero no he subido para eso.” “¡Ah! No.” “Vanessa acaba de irse hace un instante.” Al oír ese nombre, Mac se volvió como mordido por una serpiente y gritó: “¡Qué dices!” “Tu amiga ha estado aquí, preguntando por ti. Me ha dicho que había pasado casualmente por si te encontraba para saludarte.” Estas explicaciones parecieron tranquilizar a Mac. “Esa mujer no tiene precisamente el don de la oportunidad. Bien, pues ya me lo has dicho.” “¿Y qué le digo si vuelve?” “No te preocupes ya hablaré con ella.” Entró en ese momento el *argentino* que oyó las últimas palabras de Mac. “¿Con quién tienes que hablar?” “Es Vanessa. Ha estado aquí preguntando por mí.” “¡No te habrá visto entrar con ese imbécil!”, exclamó. “No, sólo pasaba casualmente...”, intervino el *Broncas* que no pudo terminar la frase. “Tú vuelve abajo y estad muy atentos. No quiero sorpresas.” Luego dirigiéndose a Mac le

espetó: “Espero que tu puta no nos cause problemas.” “No te preocupes. No pasará nada.” El *Broncas* salió disparado y el *argentino* se acercó a Anthony. “¿Todavía no ha despertado?” “No, pero no creo que tarde mucho en hacerlo.” “No podemos estar aquí esperando toda la vida. ¡Trae un cubo de agua!” Mac se dirigió a una puerta disimulada del fondo que daba acceso a un cuarto minúsculo en el que había una taza de water y un pequeño lavabo. Llenó un recipiente y se acercó al prisionero arrojándoselo a la cara. Éste recobró el conocimiento, boqueando. Todavía entre brumas, escuchó una extraña voz que decía: “¡Despiértese ya de una vez, boludo!” y a continuación un golpe en la cara acabó de despejarlo. Vio frente a sí a un hombre pequeño, vestido con elegancia, con un fino bigote sombreando su labio superior, al mismo tiempo que se daba cuenta que estaba amarrado al asiento. Giró la vista por la habitación y vio a su amigo Mac sentado en una silla; en un primer momento creyó que también él estaba prisionero. “¡Mac!”, llamó. “Sí, Anthony. Estoy aquí”, dijo éste levantándose. La verdad se abrió paso rápidamente en el cerebro del prisionero, que barbotó con los ojos muy abiertos. “Tenían razón, eres un gran hijo de la chingada.” Anthony hizo algunos esfuerzos para liberarse, pero pronto se dio cuenta que era inútil y desistió. “¿Qué es lo que quieres?” Mac se detuvo junto a él y le arreó un guantazo. “Queremos que dejes de tomarnos por imbéciles y nos digas los nombres del grupo.” Anthony no salía de su asombro; ignoraba por completo lo que pretendían, pero, desde luego, no era ninguna broma. “¿Quiénes sois?” “¡Basta ya!”, intervino el *argentino* cruzándole la cara de nuevo. “Aquí las preguntas las hacemos nosotros.” Luego cogió una silla y se sentó a horcajadas en ella frente al americano. Tras unos minutos de tenso silencio, el *argentino* habló con voz tranquila y pausada, casi amable. “Estamos enterados de las actividades de tu padre en contra de Pinochet; en estos momentos debe estar prestando declaración. Fue detenido hace dos días, al mismo tiempo que nos comunicaban la orden de detenerte a ti.” Hizo una pausa para extraer un cigarrillo de una lujosa pitillera que había sacado del bolsillo interior de su chaqueta. Mac se apresuró a darle lumbre con su mechero. Con un gesto negligente de la mano continuó: “Como puedes darte cuenta, es inútil que te escudes en tu ignorancia. Lo sabemos todo, pero nos faltan los nombres de tus compinches.” El americano no podía dar crédito a lo que estaba oyendo; aunque era poco probable, cabía en lo posible que su padre hubiera sido detenido. Comenzaba a intuir que había caído en manos de un grupo de paranoicos, posiblemente al servicio de agentes secretos norteamericanos. La situación resultaría graciosa, sino fuera extremadamente peligrosa. “Mucho me temo que se equivocan. Vine a Valencia hace dos años para hacer una tesis sobre Radio Klara...” No pudo acabar la frase; el *argentino* se levantó bruscamente de la silla y se abalanzó sobre él, propinándole algunos puñetazos en la cara. “¡Te has creído que somos imbéciles! Te juro que te arrancaré la verdad, aunque para ello tenga que desollarte vivo.” Mac se asustó e intentó calmar a su jefe. “Vamos, tranquilícese”, le dijo, mientras lo empujaba suavemente hacia la silla. “Ya sabe que tenemos órdenes de actuar con total discreción.” Después se volvió hacia el americano que había empezado a sangrar por la nariz y por un corte en los labios y le susurró casi al oído, “quiero que entiendas que no queremos hacerte ningún daño; sigo considerándote mi amigo a pesar de todo y por ello voy a hacer todo lo posible para que no te suceda nada. Sabemos perfectamente a qué has venido a Valencia; lo único que queremos que nos digas son los nombres del grupo de acción que has formado...” Mac se calló al percatarse que Anthony le hacía señas con la cabeza para que se acercara. Así lo hizo y cuando sus rostros se encontraron a escasos centímetros, Anthony le soltó un grueso escupitajo. En un primer momento la sorpresa paralizó la reacción de Mac, pero en el

instante siguiente una terrible furia se apoderó de él y levantando en el aire el puño cerrado... “Recuerda lo que antes me dijiste con toda razón”, le dijo el *argentino* al mismo tiempo que le sujetaba el brazo. “Tenemos que procurar no perder los nervios. Vamos a dejarlo solo unas horas para que recapacite y a partir de ahora no se le dará de comer, ni tampoco de beber.” “De acuerdo, jefe.”

El *argentino* entró bruscamente en el cuchitril y espetó: “¿Dónde está Mac?” El gorila plantado frente al americano en actitud agresiva se volvió y farfulló: “Se ha ido a comer; pero no creo que tarde mucho en volver.” “¿Hay alguna novedad?” “Ninguna; con este método no conseguiremos sacarle nada.” En ese momento se abrió la puerta y entró Mac. El *argentino* le hizo un gesto y se acercó al prisionero. “Te aseguro que vas a cantar de plano, boludo”, le espetó, al tiempo que le cruzaba la cara de un guantazo. “Así no conseguiremos nada. Llevamos ya dos días y ni siquiera hemos logrado que confiese la verdadera razón que le trajo a esta ciudad. Este cabrón se está burlando de nosotros.” “¡Ya lo sé, joder!”, barbotó el *argentino* con rabia. “Voy a llamar al jefe para pedirle instrucciones. Vosotros seguid intentándolo, pero de momento no os paséis.” “Está bien.”

El *argentino* salió del garito y cruzó la calle, deteniéndose en una puerta acristalada con un gran letrero que rezaba: “Soluciones informáticas.” Abrió y se introdujo en un despacho lujosamente amueblado; sin tardanza se dirigió al teléfono colocado en la mesa de caoba. Marcó el número y esperó...

El sonido del interfono interrumpió el discurso que el jefe estaba soltando a sus dos subordinados sentados en sendos sillones, mientras el *Bond* los miraba sonriendo, sentado en una esquina de la mesa. “¿Sí?” “Señor, tiene una llamada de España.” “Okey, pásemela.” “¡Hello!” Mientras hablaba, gesticulaba con la mano libre como si quisiera mandar mensajes secretos a los presentes. “Okey”, dijo con voz potente y autoritaria. “Ahora escúcheme con atención. Hoy mismo mandaré a uno de mis hombres. Se pondrá en contacto con ustedes por el método habitual. Llevará instrucciones precisas.” Colgó el auricular y levantó la vista al techo mientras se frotaba el mentón en actitud reflexiva. Sus subordinados lo miraban expectantes. Dejó pasar un buen rato antes de decir con voz firme, pero pausada: “Vamos a pasar a la fase H.” Luego, dirigiéndose al *Bond* le dijo: “Cogerás el primer avión hacia España. Ya sabes lo que tienes que hacer. Quiero resultados..., a cualquier precio.

¿Entendido?” El *Bond*, siempre con su eterna sonrisa, que dejaba al descubierto una perfecta hilera de dientes blancos y brillantes, miró despectivamente a los otros dos mientras contestaba con voz potente. “No se preocupe, jefe; tendrá resultados muy pronto.” “Y vosotros”, habló de nuevo el jefe con voz airada dirigiéndose a los otros que se encogieron en sus sillones. “A partir de este momento quiero que vigiléis a Antonio García las veinticuatro horas. Quiero saberlo todo: a quién llama, con quién se entrevista, dónde come. ¡Todo! ¿Me habéis entendido?” Los dos asintieron con fuertes cabezazos. “Pues adelante. ¿Qué esperáis?” Los dos agentes se levantaron y se dirigieron a la puerta seguidos de la mirada burlona del *Bond*.

Una vez fuera del despacho se miraron con la angustia reflejada en sus rostros. “Creo que esto ha ido demasiado lejos”, dijo uno de ellos. “Sí, es cierto”, corroboró el otro. Se quedaron callados mientras avanzaban por el largo pasillo. “Vamos a ver al director.” “¿Ahora?” La firme determinación de su compañero hizo que la pregunta se deslizara por el pasillo rebotando contra las paredes.

“He accedido a recibirles, porque han dicho que es una cuestión de vida o muerte.” El que hablaba, un hombre grueso y calvo, entrado en años y con un grueso puro en la boca, se había puesto en pie al entrar los dos agentes, apoyando las manos en la

mesa. Su voz sonaba amenazadora. “Espero que realmente lo sea...” Los agentes avanzaron envueltos por el eco amenazador de las palabras. Después de mirarse entre sí, bajo la atenta mirada de su superior, uno de ellos se decidió al fin a hablar. El *argentino*, con semblante satisfecho, volvió al tugurio. Mac y el gorila se encontraban sentados alrededor del prisionero, siguiendo con su interminable interrogatorio. Con la entrada del *argentino* se tomaron un descanso y esperaron noticias: “Muchachos, mañana o pasado llegará un agente de Estados Unidos con instrucciones precisas.” Luego se dirigió al prisionero y le espetó, soltándole un guantazo: “Se han acabado las contemplaciones. Pronto sabrás lo que es bueno; vas a querer decirnos hasta tu nombre de guerra. A no ser que quieras decirnoslo ahora.” El mutismo de Anthony le valió un nuevo guantazo. Luego el *argentino* se volvió a Mac y le preguntó: “¿Has hablado ya con tu puta? No me gustaría tener problemas de última hora.” “¿Con Vanessa? No te preocupes, mañana sin falta iré a hablar con ella.” Al oír el nombre, Anthony irguió la cabeza y miró fijamente a su traidor amigo, barbotando antes que el *argentino* pudiese replicar: “¿Has dicho Vanessa?”, preguntó con profunda rabia. Mac y el *argentino* se miraron sorprendidos; después el primero se acercó lentamente a Anthony y le propinó un revés cruzado que acabó con él en el suelo, desde donde gritó con furia: “Además de un hijo de puta eres un asqueroso chulo.” Mac le propinó una fuerte patada en la espalda que hizo aullar al prisionero. “¡Quieto, Mac! ¡Déjalo!”, intervino el *argentino*. “Voy a matar a este cabrón.” “¿Estás seguro que tu puta no os vio entrar?” “No lo sé, pero esto lo arreglaré enseguida.” “Eso espero.”

Morales dejó su cartera encima de la mesa y colgó la gabardina; pero antes que tuviera tiempo de tomar asiento se le acercó la secretaria del departamento y le dijo: “Inspector, el director quiere verle inmediatamente en su despacho.” “¿Ha llegado ya?” “Eso parece”, contestó la mujer con un mohín. “Gracias, Reme.” Después de dar unos suaves golpes en la puerta, Morales la abrió y franqueó la entrada. El director levantó la vista de lo que estaba leyendo y saludó: “Buenos días, inspector. Pase, pase y siéntese.” “Buenos días, señor director”, respondió al saludo, mientras se sentaba en uno de los sillones que estaban frente a la mesa. “Probablemente le sorprenderá que haya llegado tan temprano.” Morales se limitó a encogerse de hombros. “Bien, iré al grano”, hizo una larga pausa que parecía desmentir sus anteriores palabras, luego continuó con estudiadas palabras: “Le he mandado llamar porque tengo que encargarle una misión muy delicada. Tenemos un serio problema.” Las últimas palabras las había pronunciado con un acento grave que trató de corregir, “bueno, en realidad no es nuestro, pero tenemos que hacer todo lo posible para resolverlo satisfactoriamente.” “¿Y por qué yo?”, interrumpió Morales. “¿Qué quiere decir?” “¿Por qué no se encarga el comisario Cabrera?; él es quien habitualmente se hace cargo de los asuntos *delicados*.” El director no dejó de captar la ironía. “Inspector Morales, si le he llamado es porque confío plenamente en usted”, hizo una estudiada pausa y continuó, “el comisario Cabrera ha sido apartado provisionalmente del servicio.” Morales abrió la boca, pero sus palabras se negaron a salir. “Un súbdito norteamericano ha sido secuestrado en esta ciudad.” “¿Por qué?” “¿Cómo que por qué?” “¡Oh! Perdone”, se excusó Morales. “Me refería al comisario Cabrera. ¿Por qué ha sido apartado del servicio?” “Me temo que eso es confidencial, inspector.” “Comprendo.” “Aquí tiene el expediente con todos los detalles”, dijo el director entregándole una carpeta. “¿Se sabe quién lo ha secuestrado?” “Se tiene una ligera idea”, contestó el director levantándose de la mesa y, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón, comenzó a dar paseos a lo largo del despacho. Por propia

experiencia, Morales sabía que ese gesto era un síntoma evidente de la gravedad del problema. “En el expediente tiene todos los detalles; sin embargo, le adelantaré algunos para que se haga cargo de la gravedad del asunto al que nos enfrentamos.” Hizo una pausa para frotarse el mentón como si quisiera encontrar la inspiración. “El secuestrado es norteamericano, pero hijo de un notorio luchador contra el régimen de Pinochet y contra éste en los últimos años.” Hizo una pausa para encarar al inspector, quería ver directamente la reacción que le producían sus palabras. “Al parecer un sector de la CIA vigilaba estrechamente a este hombre desde hace tiempo, intentando involucrarlo en alguna conspiración terrorista contra el ex-dictador.” El inspector lo escuchaba sin reflejar la más mínima emoción en su semblante. El director estaba sorprendido de esta actitud, pero intentó no evidenciarlo y continuó: “Cuando su hijo Anthony García vino a Valencia hace dos años aproximadamente para hacer una tesis sobre Radio Klara...” El director tuvo que interrumpir su explicación ante el inopinado estallido del inspector que se convulsionaba en un violento ataque de risa. “¡Una tesis sobre Radio Klara!”, repetía insistentemente Morales. Al principio el director lo miraba seriamente intentando llamarlo al orden, pero al cabo de un momento no pudo evitar él mismo ser presa de una risa convulsa. Cuando se hubieron calmado, el director prosiguió: “El sector de la CIA al que antes aludía debió pensar lo mismo que usted y actuando de forma autónoma, al menos eso es lo que me han dicho, decidió vigilarlo estrechamente, hasta que hace unos días optaron por el secuestro, seguramente con el fin de averiguar qué es lo que había venido a hacer en realidad.” “¿Ha tenido algo que ver lo sucedido en Londres con Pinochet?” “Es lo más probable, pero nada se sabe con certeza. Ni siquiera cuándo fue secuestrado, aunque se supone que fue hace tres días.” “Hay algo que no entiendo. Si ha sido la CIA quien lo ha secuestrado, podrían los americanos averiguar quién lo ha hecho y ordenar su liberación.” El director tomó asiento de nuevo y apoyó los brazos encima de la mesa en un gesto de infinito cansancio. “Como puede comprender, no conozco todos los detalles con precisión, pero a lo que parece, el grupo de la CIA de Nueva York tenía algunos colaboradores en esta ciudad. El jefe del grupo ha sido detenido, pero se ha negado a facilitar información de sus colaboradores. Ante esto, se ha puesto en marcha todo el aparato y la embajada norteamericana en Madrid ha tomado cartas en el asunto. Nos han pedido ayuda para resolver este problema, pero hay que hacerlo con absoluta discreción.” El director se calló y ocultó la cara entre las manos, como si con ese gesto pretendiera ahuyentar la realidad. El inspector respetó su silencio y sólo cuando su jefe apartó las manos de la cara, preguntó: “¿Hay alguna pista o indicio que nos pueda orientar?” El director sacudió la cabeza y volvió a ponerse en pie: “Nada en absoluto, pero confío en que usted, con su habitual perspicacia y sus conocimientos de los bajos fondos, podrá encontrar a los responsables del secuestro y resolver este problema sin ninguna publicidad. Hay que evitar a toda costa el escándalo.” “Ese ha sido el motivo de que hayan apartado a Cabrera del servicio.” Al oír estas palabras, dichas con mucha firmeza, el director tuvo un sobresalto, pero no dijo nada. “Bien, haré todo lo que pueda”, dijo el inspector levantándose y dirigiéndose a la puerta; con la mano en el pomo se volvió y dijo: “Aunque mucho me temo que, sin embargo, no puedo prometerle un resultado satisfactorio.” “Estoy seguro que hará todo lo posible y que lo resolverá. Confío en usted. Además tendrá su recompensa, no le quepa duda.” Al llegar a su mesa, el inspector abrió el expediente y lo estudió con mucho detenimiento. Al cabo de un buen rato cerró la carpeta y se estiró en la silla con las manos detrás de la cabeza, pensando lo que podría hacerse en el espinoso asunto.

De pronto pegó un brinco de su silla y salió disparado por entre las mesas, sobresaltando a todo el personal del departamento.

Josefina, desde el otro extremo, lo vio llegar como una exhalación, esquivando las mesas y lo recibió con una sonrisa divertida. “¿Te estás preparando para las olimpiadas?” “Mucho peor”, respondió, intentando recuperar el resuello, “intento salvar el profundo abismo que de pronto se ha abierto a mis pies.” “¿Se ha enterado alguien de lo nuestro?” El inspector miró sorprendido a la mujer que a su vez lo miraba con su eterna sonrisa divertida. “Me temo que lo nuestro lo sabe hasta el repartidor de pizzas.” Josefina trató de contenerse, pero una sonora carcajada se escapó de su garganta; el inspector la imitó casi de inmediato y ambos se convulsionaron presos de un ataque de risa. Cuando se calmaron se dieron cuenta que se había hecho un total silencio y todas las miradas convergían sobre ellos. El inspector lanzó una risita estúpida y dijo: “Me ha contado el chiste del perro suicida...” De pronto Morales vio a López que entraba en la sala y lo llamó salvando momentáneamente la situación. “Siéntese López”, dijo el inspector cuando llegó hasta ellos, sentándose a su vez. López se procuró una silla y se sentó con ellos alrededor de la mesa de Josefina. “Muchachos”, empezó el inspector adoptando un aire grave. “Tenemos un asunto muy serio entre manos.” Sus subordinados lo miraron expectantes. “Han secuestrado a un ciudadano norteamericano.” La información les dejó sin habla y Morales continuó, satisfecho del efecto de sus palabras. “Os ahorraré detalles...” “¿Pero, quién ha sido?”, interrumpió López. El inspector lo miró con una sonrisa de suficiencia. “Ese es el problema. No lo sabemos.” “¿Y el comisario Cabrera?”, intervino Josefina. Después de una estudiada pausa, Morales espetó: “Solo sé que ha sido apartado del servicio, aunque sospecho que lo ha sido porque está implicado en este asunto.” “Un poco turbio”, terció de nuevo Josefina. “Bastante, pero de momento tenemos que trabajar con lo único que tenemos.” Morales abrió la carpeta y sacó una fotografía del americano. “Se llama Anthony García.” Josefina y López se miraron entre sí y luego se inclinaron para contemplar detenidamente la fotografía. “Hay que poner al departamento en pie de guerra. Hasta nueva orden se suspenden todos los asuntos que tenemos entre manos, salvo en casos de extrema urgencia. Quiero que se hable con todos los confidentes habituales por si alguno nos puede ofrecer alguna pista; no quiero que se deseche ningún indicio por pequeño que sea. Pero, sobre todo, quiero que se actúe con la máxima discreción. Hay que evitar en la medida de lo posible el escándalo.” Morales se detuvo y paseó su mirada por sus subordinados, luego continuó: “Los ojos de las autoridades norteamericanas están fijos en nosotros y hay que demostrarles cómo trabajamos.” De nuevo se interrumpió para inquirir casi enseguida: “¿Alguna pregunta? Josefina miró a López y luego a Morales y al fin dijo con su habitual ironía, “me temo que tenemos demasiadas para plantearlas todas a la vez.” El inspector sonrió y dijo, mientras se levantaba: “Entonces, a trabajar.”

En la tarde de ese mismo día, Vanessa se encontraba tumbada indolentemente en el sofá, leyendo una novela que al parecer le encantaba. Cuando algún pasaje le gustaba especialmente, lo releía en voz alta para sentirlo más profundamente. *“Sin embargo, sabía que debía contar con la justicia de los hombres. La policía no se detendría en análisis abstractos. Para ella, el destino equivalía a la espada del verdugo. Sólo concebía la fatalidad como una voluntad opresora, únicamente ocupada en mantener a los esclavos en la servidumbre. Gohar no ignoraba que iban a ponerse a husmear por doquier, desplegando una energía colosal con el único objetivo de cazarlo. Y no era cuestión de que el asesinato de una prostituta fuera ante sus ojos un acto odioso e inhumano sino simplemente que trastornaba su orden*

tiránico. El concepto según el cual toda falta debía recibir su castigo era todavía una de esas mentiras hipócritas que servían de defensa a una sociedad agonizante y podrida. ¡Cuánto camino recorrido en tan pocos años! Aquella moral rígida que él había enseñado y en la cual había creído como en una riqueza inalienable, se había revelado como la más nefasta conspiración urdida contra todo un pueblo; sólo era un instrumento de dominio destinado a mantener el respeto de los miserables...

Vanessa dejó de leer y aguzó el oído, entrecerrando los ojos; le parecía haber oído el ruido característico de una llave al introducirse en la cerradura. “¡Mac!” exclamó, mientras levantaba la cabeza y dejaba el libro sobre el sofá; en la cubierta podía leerse, *Albert Cossery, Mendigos y Orgullosos*; después se levantó y corrió hacia la puerta. Efectivamente era su amigo; Vanessa se lanzó a su cuello casi sin darle tiempo a cruzar el umbral. Mac, sorprendido por tan efusivo recibimiento, quedó unos instantes desconcertado, pero reaccionó de inmediato y se abrazó a la muchacha con todas sus fuerzas. Tras los intercambios de fluidos propios de los amantes que no han perdido la esperanza de encontrar el consuelo eterno, se desenlazaron y tomados de la cintura se dirigieron hacia el salón. Daba la impresión de un ritual eternizado, que se repetía en una ceremonia impuesta por el amor de ella hacia un ser obsesionado por el deseo de dominar.

Se sentaron en el sofá y de nuevo se abrazaron y besaron; pero Mac no podía perder tiempo y fue al grano rápidamente. “¿Qué es lo que querías?” Ante el gesto de extrañeza de ella, inquirió de nuevo. “¿Por qué se te ocurrió ir al *Kan Cerbero*?”

Ambas preguntas habían sido formuladas suavemente, casi con cariño; sin embargo, Vanessa percibió un elemento de distorsión que traicionaba su aparente inocuidad. Por ello trató de mostrarse lo más natural posible, sin dejar traslucir la angustia indefinida que la atenazaba desde que los vio juntos. “No quería nada especial”, empezó diciendo, acariciando al mismo tiempo la cara de su amante. “Había ido a ver a mi tía que vive cerca de allí y se me ocurrió pasar por el garito por si te encontraba.” Mac la miraba fijamente mientras se dejaba acariciar, pensando una vez más que aquella que tenía enfrente era realmente tonta y que, tal como había supuesto, nada sabía del otro americano, ni los había visto entrar juntos. No obstante, volvió a la carga con una pregunta más directa. “¿Conoces a un americano que se llama Anthony?” La muchacha parpadeó inconscientemente, tanto por lo inesperado de la pregunta, como porque en un primer momento no relacionó ese nombre con el de su amigo Antonio. “Me haces unas preguntas muy extrañas. Al único americano que conozco es a ti.” “Pues él dice que te conoce.” Vanessa no tuvo que fingir para mostrar un asombro infinito. “¿Cómo?” Esta simple pregunta, dicha un poco al azar y sin tiempo de reflexionar ninguna estrategia, desmontó definitivamente todo el aparato de suposiciones que Mac había construido. De pronto se dio cuenta que todo había sido un juego de sobreentendidos en torno a un nombre, el de Vanessa, que podía perfectamente corresponder a cualquier figura femenina. De esta forma se encontró sin argumentos para seguir su interrogatorio que comenzaba a ser realmente sospechoso. “¿Qué te sucede, Mac?” La pregunta había sido formulada con un gesto de preocupación tan auténtico que movió a Mac a justificarse frente a la muchacha. “En realidad no tiene demasiada importancia”, empezó sin saber bien como continuar, pero no podía dejar la frase en suspenso durante mucho tiempo, así que se decidió por una fórmula ambigua. “Es un tipo al que conozco desde hace tiempo, a quien creí un amigo y sin embargo se ha revelado como un cobarde muy peligroso con el que tengo que ajustar cuentas. Hace unos días, mientras hablábamos de negocios, le hablé de ti y me dijo que te conocía.” Vanessa iba a intervenir argumentando las incongruencias del discurso de Mac, pero éste no quería

ya seguir por ese camino que se había vuelto excesivamente resbaladizo y lo dio por concluido con estas palabras: “Ahora me doy cuenta que sólo fue una estratagema para desviar la conversación y tratar de ganar tiempo.” Se quedó callado y este silencio fue para Vanessa más revelador que todas sus palabras anteriores. El presentimiento de que algo estaba sucediendo se estaba convirtiendo en certeza. “Pero no tienes de qué preocuparte, amor mío”, continuó Mac levantándose y haciendo intención de marcharse. Vanessa se levantó a su vez y preguntó con gesto contrariado. “¿No vas a quedarte?” “No puedo en este momento. Tengo que solucionar unos problemas; pero te prometo que muy pronto todo estará resuelto y podremos realizar nuestros sueños.”

Cuando Mac cerró la puerta tras de sí, Vanessa sintió una gran pesadez en el estómago; en unos instantes todo se había derrumbado definitivamente. Sus peores temores se habían confirmado. Regresó al sofá y se dejó caer en él como un juguete roto. Sus pensamientos cruzaban su mente a gran velocidad, confundiendo unos con otros en una frenética danza infernal. Algunos minutos después se levantó con gran esfuerzo y se dirigió mecánicamente al mueble librería, abrió uno de sus cajones y extrajo una caja ricamente ornamentada. Al abrirla, los recuerdos adquirieron una nueva dimensión, pero Vanessa no parecía dispuesta a dejarse mecer por ellos en esta ocasión; buscó cuidadosamente con los dedos hasta que pareció encontrar lo que buscaba. Sacó una tarjeta y leyó: “Inspector Morales.” Guardó de nuevo la caja y cogiendo un bolso y una chaqueta ligera se dispuso a marcharse.

Una vez en la calle, Vanessa se dirigió decidida en busca de un teléfono. Al doblar la esquina una mano se posó en su hombro y una voz muy conocida inquirió con ira, “¿A dónde vas?” La muchacha se sobresaltó infinitamente, no tanto porque fuese su amante el que la interpelase, sino porque la estuviera espiando; esto disipaba definitivamente las últimas dudas que todavía pudieran quedarle. “¡Mac! ¡Qué susto me has dado!”, exclamó la muchacha y rápidamente encontró la fórmula: “En estos momentos iba al supermercado para comprarme algo para cenar esta noche.” Luego inquirió a su vez con un deje de enfado. “¿Se puede saber qué te ocurre?” Mac no contestó y a Vanessa este silencio le sirvió para derrotarlo con sus propias armas. “Ya entiendo”, dijo con voz sibilina, “¡Estás celoso!” Vanessa soltó una sonora carcajada que dejó a su amante confuso, pero se agarró a esta burda excusa como un naufrago se agarra a su tabla. “Creo que tienes razón”, dijo bajando la cabeza. “No sé que me ha pasado; perdóname.” “¡Oh! ¡Mi amor! ¡Qué tonto eres!”, exclamó Vanessa, besándolo suavemente en la boca. Luego le suplicó: “Quédate a cenar conmigo esta noche, por favor.” Mac tardó en reaccionar y eso hizo que se excusara con cierta violencia. “¡Ya te he dicho que no puedo!” Luego un poco más suavemente. “Pórtate bien, amor mío.”

Vanessa se quedó contemplando cómo se alejaba, mientras pensaba un cambio de estrategia. Ahora tenía que actuar con mayor prudencia, así que se fue al supermercado y dio varias vueltas por él, en tanto vigilaba cuidadosamente y compraba algunas cosas necesarias. Luego, un poco más tranquila, se dirigió a una cabina de teléfonos. “Policía, dígame.” La voz del hombre sonó seca y poco amable. “Perdone, quisiera hablar con el inspector Morales.” “Lo siento, señorita, pero en estos momentos no se encuentra en Jefatura. Tendrá...” La voz había sonado ahora mucho más suave, pero Vanessa no se encontraba en disposición de apreciar tales sutilezas y cortó al policía sin contemplaciones. “Por favor, es muy urgente que hable con él. ¿Dónde podría localizarle?” “Espere un momento, señorita. Veré qué puedo hacer.” El patetismo de las palabras de Vanessa y el tono de su voz habían impresionado a alguien que normalmente sólo se conmovía cuando su equipo favorito marcaba un gol.

El policía se dirigió a su compañero y le rogó: “Ves a ver si encuentras al subinspector López. Dile que tengo una llamada que puede ser importante.” “Está bien.” Luego, volviéndose al auricular, “un momento, señorita, no cuelgue; enseguida le pongo con alguien que puede ayudarla.” “¡Gracias!” Después de una tensa espera, Vanessa oyó una voz que le preguntaba: “¿Qué quiere, señorita? Soy el subinspector López.” “Quisiera hablar con el inspector Morales. Es un asunto muy urgente, pero sobre todo muy delicado.” “En estos momentos no se encuentra aquí, pero puede contarme a mí su problema. Le aseguro que haré cuanto esté en mi mano”. “Vanessa vaciló unos instantes, pero se dio cuenta que tenía que confiar en ese hombre; era su única esperanza. “Hace unos dos años, el inspector y una mujer, cuyo nombre no recuerdo, vinieron a verme para hacerme preguntas sobre mi novio, un americano que se llama Mac.” Al oír este nombre, López se puso tenso como un palo, pero no dijo nada y dejó que la muchacha siguiera hablando. “Entonces no entendí lo que me decían de Mac, pero hace unos días ocurrió algo que me ha hecho pensar que está involucrado en asuntos turbios; no obstante lo que más me preocupa es que la vida de una persona que me parece entrañable puede estar en peligro.” Hizo una nueva pausa y cuando el subinspector iba a intervenir para dar por zanjada la conversación que parecía haber defraudado las expectativas que había depositado en ella, Vanessa prosiguió imperturbable. “Se trata de otro americano llamado Antonio García.” Este nombre descargó por fin la tensión. López se convirtió en una ametralladora disparando órdenes. “¿Dónde se encuentra?” “¿Quién? ¿Antonio?” “No, no. ¡Usted!” “Estoy en una cabina cerca de mi casa, en el barrio de Ruzafa.” “Bien. Escúcheme con atención: Salga inmediatamente de esa cabina; busque un taxi y diríjase sin perder tiempo a la Jefatura de policía. Yo la estaré esperando en la puerta. Entretanto intentaré localizar al inspector Morales. ¿Entendido?” “Si. Desde luego”, dijo Vanessa desconcertada por el cambio tan brusco.

López se puso en movimiento en cuanto colgó. Llamó a la centralita de teléfonos y ordenó: “Dejen todo y dedíquense a localizar al inspector Morales. Prioridad absoluta. En cuanto lo hayan localizado, pásenme la llamada.” “Entendido, jefe.” Sólo habían transcurrido unos minutos cuando sonó el teléfono y al descolgar se oyó la voz impaciente de Morales. “¿A qué tanto alboroto?”, inquirió. “Hace un cuarto de hora se recibió una llamada de Vanessa preguntando por usted.” “¿Vanessa?”, se extrañó Morales. “Sí. Asegura que hace un par de años fue usted a su casa acompañado de la agente Josefina para recabar información de su novio Mac.” “¡Cojones!”, exclamó en un arranque de sinceridad. Ante esta invitación tan clara, López prosiguió enseguida, “dijo que temía que alguien llamado Antonio García, estuviera en un grave peligro.” “¡Me cago en la puta!”, exclamó de nuevo siguiendo con su habitual sinceridad. “¿Y qué has hecho?” “Le dije que cogiera un taxi y viniera hasta la Jefatura.” “¡Mierda!” De pronto pareció darse cuenta que estaba dando cuenta de todos los tacos que conocía e intentó moderar su lenguaje. “Habría sido mejor que hubieras ido en su busca, pero ya no importa. Voy para allá de inmediato; tardaré una media hora. Si llega Vanessa acompáñala a mi mesa y espérame allí.” “De acuerdo, inspector.” Morales dejó el móvil en la mesilla y se volvió hacia Josefina que se había incorporado y apoyaba la cabeza en el respaldo de la cama. “Ya lo has oído; tenemos la pista que buscábamos.” “Si, pero no te entiendo”, contestó Josefina. “No parece alegrarte mucho.” Morales la miró fijamente a los ojos y se inclinó hacia ella fundiendo sus labios con los suyos en un profundo beso, mientras una mano acariciaba suavemente sus hermosas tetas. “Pero sí que estoy contento de haberme dejado seducir por tus atractivos”, dijo Morales, mientras se tiraba de la cama. “Por lo que se refiere al caso, me parece que mis sospechas se confirman y que el asunto es mucho

más turbio de lo que imaginaba.” “¿Qué te hacía sospechar que la banda del *argentino* estuviera involucrada en esto?”, inquirió Josefina saliendo a su vez de la cama y comenzando a vestirse. “El hecho de que Cabrera hubiera sido retirado del servicio.”

El agente López esbozó una irónica sonrisa al ver llegar al inspector Morales acompañado de Josefina; Vanessa, que se encontraba de espaldas a la entrada de la sala, se volvió al ver el gesto del policía y viendo llegar a la pareja se levantó de un salto y corrió hacia ellos. Josefina, temiendo lo peor se adelantó a su jefe y trató de tranquilizar a la muchacha, con extraordinaria suavidad. Se sentaron alrededor de la mesa y Morales dejó que Josefina llevase la iniciativa; su gesto produjo efectos muy beneficiosos. Vanessa comenzó a hablar atropelladamente dirigiéndose a Josefina y haciendo caso omiso de los otros dos agentes. Morales estuvo escuchando pacientemente, pero le fue imposible mantener la boca cerrada hasta el final. “Un momento”, gritó levantando la mano. Vanessa tuvo un sobresalto y Josefina se apresuró a estrecharle la mano para infundirle confianza. “Vamos a ver si nos aclaramos, Vanessa. Dices que Mac y Anthony no se conocían y sin embargo los viste entrar en el *Kan Cerbero* charlando amigablemente.” “Bueno...”, tartamudeó la muchacha, “Quería decir que me extrañó mucho que se conocieran. Conocí a Antonio casualmente hace dos años y lo volví a ver algunos meses después; en ninguna de las dos ocasiones le hablé de Mac.” “¿Quieres decir que no fue Mac quien te lo señaló para que lo sedujeras y te lo llevaras a la cama?”, estalló el inspector sin poderlo evitar. Vanessa abrió mucho los ojos y estalló en sollozos, ocultando la cara entre las manos. Josefina trató de calmarla, mientras lanzaba una mirada de censura a su superior. López había desviado la vista hacia el techo como hacía casi siempre en las situaciones embarazosas. Morales se levantó nervioso y se dedicó a pasear por la sala con las manos en los bolsillos. “Está bien, lo siento”, dijo, deteniéndose frente a la muchacha. “Nos has servido de gran ayuda y sin embargo me revuelvo contra ti. De nuevo te pido excusas.” Al pronunciar estas últimas palabras, Morales se sentó de nuevo e intentó esbozar una sonrisa tranquilizadora. Vanessa levantó la cabeza y miró fijamente al inspector. “Tienen que hacer algo enseguida.” “¿Estás segura que Mac quiere hacerle daño a Anthony?” “Completamente; las palabras que pronunció esta tarde, cuando vino a verme, no dejaban lugar a dudas.” “¿Sospechas cuál es el motivo?” A Vanessa se le humedecieron de nuevo los ojos e inclinó la cabeza susurrando algo ininteligible. Morales miró directamente a los ojos de su ayudante Josefina que se encontraba de pie detrás de Vanessa con las manos apoyadas en sus hombros. “¿Cómo es posible que crea que todo este conflicto está provocado por su causa!”, parecía decir la mirada del inspector. Josefina que creyó adivinar lo que pensaba el inspector se limitó a encogerse de hombros. “Señorita”, empezó Morales con voz suave, dirigiéndose a Vanessa, “Tenemos fundadas razones para creer que Anthony y Mac se conocen desde que el primero aterrizó en Valencia.” Se calló un momento pensando la forma de continuar del modo más elegante sin herir la susceptibilidad de la muchacha. “Mac forma parte de un grupo de gente... peligrosa, los cuales reciben órdenes de gente importante relacionada con la política.” “¿Terroristas?”, preguntó Vanessa asustada. “Algo parecido”, concedió Morales. “Sin embargo le podemos asegurar”, prosiguió con voz potente y firme, “que usted no tiene nada que ver en lo que le está sucediendo a ese americano.” “¿Está seguro?”, preguntó la muchacha asustada. “Completamente”, confirmó el inspector. “Los motivos son exclusivamente políticos y muy difíciles de explicar.” Morales se dio cuenta que Josefina le miraba complacida y se arrellanó en su asiento, al tiempo que añadía, “ahora lo que tiene que hacer es marcharse a su casa y procurar descansar.”

Vanessa iba a decir algo, pero el inspector la atajó levantando la mano en un gesto imperioso. “No se preocupe, haremos todo cuanto esté en nuestras manos y tan pronto se solucione se lo comunicaremos.” “¿Me lo prometen?” “Por supuesto”, intervino Josefina dulcemente. “Me encargaré personalmente. Ahora vamos, te acompañaré a coger un taxi.” Mientras las dos mujeres se alejaban hacia la salida, López salió por fin de su mutismo y preguntó, “¿qué vamos a hacer? ¿Invadimos el local ahora mismo?” Morales lo miró con los labios apretados. “En absoluto.” Su voz era categórica, sin resquicios. “Pediremos una orden de registro al juzgado.” “¡Pero el tiempo es vital en este caso! Se lo comunicarás al menos al Director General.” “Hasta mañana, no.” López lo miró asombrado sin poder dar crédito a lo que estaba oyendo. “Escúchame con atención, López. En dos ocasiones intenté meter mano al *argentino* y en ambas se interpuso el comisario Cabrera, dándome a entender que todo tiene su procedimiento. Hace unos años seguramente hubiera actuado como me estás sugiriendo; pero intuyo que en este caso está implicada gente muy importante y no quiero que me tomen a mí por cabeza de turco. Esta vez lo haremos todo dentro de la más estricta legalidad.” “El inspector tiene mucha razón, López.” La voz de Josefina hizo que Morales se volviera hacia ella y le sonriera. “Entonces, insisto en mi primitiva pregunta, ¿qué vamos a hacer?” “Estableceremos un riguroso sistema de vigilancia del local, pero sólo intervendremos en el caso que suceda algo fuera de lo común. ¿Lo has comprendido, López?” “Perfectamente.” “Pues encárgate de establecer los turnos de guardia; Josefina y yo vamos a investigar los contactos del *argentino*.” “Entendido, jefe” “Si sucede algo me llamas de inmediato al móvil.” “Descuida, así lo haré.”

La fuerza de la solidaridad

El teléfono sonaba insistentemente sin que nadie se tomase la molestia de atenderlo. Salvador comenzó a rebullir en la cama sintiendo como el repiqueteo parecía producirse en el interior de su cabeza. Con un gran esfuerzo se levantó y casi arrastrándose llegó al aparato y lo descolgó bruscamente. “¡Diga!” Su voz parecía salir de una profunda caverna. “Salvador”, la voz de Mónica llegó a sus oídos como una amenaza de muerte, no sólo porque la palabra hubiese llegado envuelta en un paño de sollozos, sino porque el teléfono pareció impregnarse también de sus premoniciones y transmitir la tragedia a través de los hilos. “¿Qué sucede?” “No lo sé; pero Anthony lleva tres días sin aparecer por casa y estoy asustada.” La voz de Mónica llegaba confusa, envuelta en lágrimas. “Tranquilízate, Mónica y cuéntame qué ha pasado.” “El sábado por la noche me fui con unas amigas a tomar unas copas y me quedé a dormir en casa de una de ellas. Cuando llegué a casa a la mañana siguiente me pidió explicaciones y lo mandé a freír espárragos. Anthony se enfadó y se fue; no le di mucha importancia al principio, pero ahora ya no sé qué pensar.” “¿Por qué no me llamaste antes? Bueno, no importa, ¿desde dónde me llamas?” “Desde una cabina cerca de tu casa.” “¿Y por qué no has venido a decírmelo personalmente?” “¡Pero qué cabrón eres!”, los sollozos de la muchacha arrieron. “He llamado al timbre durante un buen rato y luego he aporreado la puerta hasta casi tirarla abajo y no te has dignado responder.” “Está bien; me he acostado hace apenas dos horas y ya sabes que tengo un sueño muy profundo. Todavía no me explico cómo he oído el teléfono.” “Pues, porque te he telefoneado unas diez veces”, dijo, todavía excitada. “Vale, vale. No te cabrees. Ven a casa y ya pensaremos algo.” Mientras colgaba el auricular, Salvador reflexionaba sobre el asunto buscando alguna salida. De pronto pareció encontrar algún tipo de solución, porque se dirigió corriendo hacia su habitación y volvió pertrechado de su agenda. Buscó un número y marcó a

continuación. “¿Está Carlos, por favor?” “No, lo siento, está en el trabajo”, respondió una voz de mujer al otro lado del hilo. “¿Me podrías dar su número de teléfono? Es urgente.” “Sí. Espera un momento.” No tardó la mujer en ponerse de nuevo al aparato y facilitarle el número. “Gracias”, dijo Salvador y colgó, marcando el nuevo número. “¿Puedo hablar con Carlos, por favor?” La voz le llegó nítida a través del hilo, “se lo paso.” “¿Diga?” “¿Carlos? Soy Salvador.” Se hizo un silencio que rompió Salvador. “¿Te has quedado mudo?” “Estaba pensando cuál podría ser el motivo de tu llamada. ¿Sabes cuánto tiempo hace que no me llamas?” “Menos del que hace que no me llamas tú a mí.” Hizo una pequeña pausa y añadió, “ha ocurrido algo grave, muy grave, pero no te lo puedo explicar por teléfono. ¿Puedes venir a casa esta tarde?” “¿A qué hora?” “¿A las seis y media te va bien?” “De acuerdo.” “¿Sabes dónde vivo?” “En la calle En Borrás.” “Efectivamente. ¿Te importaría llamar a toda la gente de confianza para que acudan también?” “¿Tan grave es?” “Mucho.” En ese momento sonó el timbre de la puerta. “Está bien; avisaré a todo el que pueda.” “Gracias, Carlos. Hasta luego, entonces.” “Hasta luego.”

Salvador colgó el teléfono y se quedó pensativo, hasta que un nuevo timbrado en la puerta le hizo volver a la realidad. “¡Mierda! Mónica. Me había olvidado de ella totalmente.” Cuando abrió, la mujer que apareció ante él era la viva imagen del desconsuelo. De un salto se colgó del cuello de Salvador y estalló en sollozos incontenibles. Salvador la abrazó con fuerza intentando consolarla. “Vamos, tranquilízate”, con suavidad deshizo el abrazo y la empujó hacia el interior. “¿Qué puede estar pasando?” “Tengo alguna idea.” “¿Sí?” Salvador la cogió por los hombros y la miró directamente a los ojos. “Es probable que haya sido secuestrado.” La muchacha abrió mucho los ojos y no pudo contener un gesto de alarma. “¡Ay! Por favor, no me asustes.” “No te lo digo para asustarte; sino para encarar la situación de la manera más realista posible. De todos modos tú no tienes la culpa de nada. Si mis suposiciones son ciertas, esto mismo hubiera podido ocurrir en cualquier momento. Así que procura tranquilizarte, porque me da la impresión que las próximas horas serán muy intensas.” Mónica lo miraba sin atreverse a decir nada. “Vamos, siéntate. ¿Quieres tomar una cerveza?” Mónica se sentó a la mesa al tiempo que respondía, “prefiero un café.” “Sí. Tienes razón; a mí también me convendría un café. Creo que anoche me pasé un poco.” “¿Anoche?”, la muchacha parecía haber recobrado repentinamente todo su aplomo. Salvador no dejó de percibir el tono de reproche. “Para, Mónica, que hace ya tiempo que lo nuestro acabó.” La muchacha enrojeció y bajó la vista avergonzada al darse cuenta que su amigo había dado en el clavo. “¿Por qué piensas que ha sido secuestrado?” Salvador, desde la cocina, respondió: “es un presentimiento. También puede ser que se haya ido a emborrachar y aparezca en cualquier momento.” “Eso tampoco me parece muy lógico.” “No, no lo es.” Se quedaron callados como si la certeza del secuestro se hubiera instalado definitivamente en sus cerebros. Salvador sirvió el café y se sentó a la mesa, preguntando, “¿sabes si Anthony tenía una relación muy estrecha con Mac?” “¿Con Mac? Se veían de vez en cuando. Al poco de empezar nuestro programa de radio lo invité para que explicara sus experiencias con los grupos radicales de San Francisco.” “Eso ya lo sé; pero, ¿sabes cómo lo conoció?” “No tengo ni idea; nunca se me ocurrió preguntárselo. ¿Pero, por qué te interesa tanto?” Salvador se quedó callado sumido en sus negros pensamientos. Al fin dijo: “nunca me ha caído bien ese tipo. En varias ocasiones intentó un acercamiento, pero otras tantas lo mandé a la mierda.” “A mí tampoco me ha caído bien nunca, pero eso no quiere decir nada. Hay mucha gente que no me cae bien, pero no acabo de entender la relación que puede haber entre Mac y lo que le haya podido suceder a Anthony.” Salvador se quedó mirándola con

extrañeza. “¿Anthony no te ha explicado nada de su familia?” “Sí..., me dijo que su padre era chileno y su madre norteamericana del Sur..., que se conocieron en Chile tras el triunfo de Allende en el ‘71, se enamoraron y el resultado fue él...” “Muy romántico, ¿pero no te explicó que su padre, Antonio García, estuvo dos años en el campo de concentración de Pisagua sometido a torturas, hasta que pudo escapar con otros presos?” Mónica había abierto unos ojos como platos. “No sabía nada... Pero, entonces, crees que ese hecho tenga algo que ver con su posible secuestro.” “Es lo que he pensado. El acoso judicial a que está siendo sometido Pinochet desde hace unas semanas ha contribuido a aumentar la tensión en Chile.” “Pero eso es una farsa.” “Probablemente tengas razón y me inclino a creer que así es; pero, aunque así fuera, sí que es cierto que ha contribuido a agitar las turbias aguas de la política y especialmente la siniestra relación de Estados Unidos con la preparación del golpe de 1973 a través de la CIA.” “¡Cielos!” “Quizá todo sean especulaciones mías y ¡ojalá! lo fueran; pero cuando estuve en Nueva York conocí personalmente a los padres de Anthony y me contaron que formaban parte de un comité de oposición a la dictadura de Pinochet. Después supe por boca de Anthony que su padre había tenido problemas con la CIA y aunque nunca llegaron a encerrarlo, lo interrogaron en varias ocasiones. Por otro lado, según algunas noticias que me han llegado, en Chile ha vuelto a resucitar la DINA y la represión está tomando de nuevo un carácter sangriento. El arresto de Pinochet en Londres el sábado pasado por orden del juez Baltasar Garzón...” Salvador se quedó cortado; el semblante de Mónica había adquirido una palidez cadavérica y, de no haber sido por la rápida intervención de su amigo, hubiera caído al suelo. “¿Qué te sucede?” La muchacha intentó recuperarse de la emoción y dijo con voz entrecortada: “No... sabía nada. Entonces, ¿qué vamos a hacer? ¿No crees que deberíamos avisar a sus padres?” Salvador giró la cabeza hacia ella en un movimiento brusco. “Ni hablar”, dijo con voz dura, “al menos por el momento.” Un ominoso silencio preñado de tragedia se abrió entre ambos. Al cabo de un buen rato Salvador salió de su mutismo y dijo, como si hablara consigo mismo. “Estoy confuso y en este momento no se me ocurre qué podemos hacer; pero de una cosa sí estoy seguro: que lo que haya hacer lo tenemos que hacer nosotros.” “¿Nosotros solos?” Salvador la miró como si hubiese salido de un trance y explicó, “mientras venías hacia aquí he llamado a Carlos y le he dicho que venga esta tarde a reunirse con nosotros. Le dije, además, que avisase a toda la gente de confianza.” “¿A Carlos Iborra? Pensaba que no teníais relaciones.” “Hace tiempo que no nos tratamos, ni tampoco me relaciono seguramente con la gente que venga con él, pero, ¿qué importa eso ahora? No creo que se nieguen a echarnos una mano. Me parece una gente estupenda y sobre todo muy solidaria.” Guardó silencio un momento y luego continuó, “había pensado que nosotros por nuestra parte podríamos avisar a la gente que conocemos.” “Me parece una idea magnífica, pero vamos a reunir a gente que se llevan muy mal y podría resultar explosivo.” “Puede que tengas razón; pero en estas circunstancias dudo mucho que alguien se atreva a sacar las cosas de contexto y, aunque así fuera, lo echamos y en paz.” “¿A qué hora los has citado?” “A las seis y media. Si te parece, mientras telefoneas bajaré a comprar algo para comer y me aprovisionaré de abundante bebida y tabaco.” Se calló un momento y luego se levantó para ir a buscar dinero a su habitación. Antes de salir se volvió hacia la muchacha y le preguntó: “¿Te quedas a comer conmigo, supongo?” “Sí. Te lo agradezco mucho.” “Será un placer cocinar para ti. ¡Cómo en los viejos tiempos!” La puerta se cerró tras Salvador, mientras dos gruesas lágrimas corrían por las mejillas de Mónica.

El sonido del timbre les avisó que la función no tardaría en dar comienzo. Salvador había apartado la mesa del comedor a un rincón y había despejado completamente la sala que era la más amplia de la casa, colocando algunos almohadones por el suelo. Todos los que habían sido convocados habían prometido su asistencia, aunque algunos acudirían más tarde. Si llegaban todos la habitación se quedaría pequeña, pero ya se las arreglarían. Mónica y Salvador habían estado intentando esbozar un plan de acción, pero sin mucho resultado. Como máximo habían decidido dar batidas por el barrio, pero eso no parecía muy satisfactorio.

Cuando Salvador acudió a abrir la puerta faltaban algunos minutos para las seis y media. Tal como había imaginado, los primeros en llegar eran Carlos y Evaristo. “¡Hola, compañeros!”, saludó Salvador estrechando sus manos efusivamente. “Pasad, sois los primeros en llegar.” Ambos entraron, después de saludar y se dirigieron a la sala. Al ver a Mónica, Carlos no pudo evitar una exclamación. “¡Qué sorpresa! ¡Hola, Mónica!” “¡Hola, Carlos! ¡Hola, Evaristo!” Después de intercambiar los saludos de rigor, Carlos saltó con su habitual sentido del humor, “ya sé, nos habéis citado para anunciarnos vuestro compromiso.” “Pero mira que eres gilipollas”, Salvador dio una palmada en la espalda de Carlos. “Venga, tomad asiento donde os guste. ¿Queréis tomar algo?” “Cerveza”, dijeron casi al unísono mientras se sentaban cerca de Mónica. Salvador les sirvió un par de vasos de cerveza. “¿Habéis avisado a mucha gente?” “Vendrán unos diez.” “¡Magnífico!” Por nuestra parte vendrán también otros tantos.” Carlos y Evaristo se miraron y el segundo inquirió: “¿Julia también vendrá?” “Sí. Y Eusebio, Elías, el taxista, Ambrosio de *Al Margen...*” “¿Pretendes montar un torneo?” “No, Evaristo; no pretendo montar ningún torneo. Y si alguien lo piensa así, saldrá de aquí fulminantemente.” “Me alegro.” “Bueno, ¿no te parece que ya puedes decirnos lo que pasa?” Carlos se había dirigido a Salvador que estaba apoyado en el marco de la puerta de la sala con un vaso de cerveza en la mano. “Lo que tenemos que explicar no es fácil”, dijo Salvador haciendo un gesto hacia Mónica, “por ello vamos a esperar un poco a que lleguen los demás. No creo que tarden mucho.” “Por lo menos podríais adelantarnos alguna cosa. Comprende que estamos sobre ascuas.” Salvador se quedó pensativo unos momentos y finalmente dijo, “quizá tengas razón. Se trata...” El timbre cortó las explicaciones de Salvador. Era Julia que lo saludó efusivamente y a partir de ese momento se produjo un goteo constante de gente que acudía a la convocatoria. Quince minutos después la sala estaba a rebosar y la cerveza circulaba generosamente. Salvador, siempre en pie en el hueco de la puerta de entrada a la sala, con el hombro apoyado en el marco, comenzó pidiendo silencio y a continuación comenzó a hablar en medio de una gran expectación. “Ante todo, Mónica y yo mismo os damos nuestras más expresivas gracias por haber acudido a la cita. Quizás observéis algunas ausencias, pero hemos telefoneado solamente a la gente que considerábamos de confianza. De todos modos, todavía faltan algunos por llegar, ya que les era imposible acudir a la hora señalada y seguramente vendrán más tarde.” Guardó silencio para recuperar el resuello y continuó: “Algunos han mostrado su temor a que se reprodujeran aquí los inútiles enfrentamientos que se dan en la radio; pero dada la gravedad del asunto no creo que a nadie se le ocurra plantear aquí esos temas...” “Bueno, tío, me parece que ya es tiempo de que nos expongas el problema que te ha movido a llamarnos”, intervino un chaval joven, alto, rubio y muy fornido, cuya impaciencia era conocida por todos.” No te pongas nervioso, Tomás; el asunto que nos ha reunido aquí requiere que conservemos la calma a toda costa.” Guardó silencio un momento y sin más preámbulos espetó: “Se trata de Anthony. ¿Alguno de vosotros lo ha visto en los últimos días?” Todos se miraron con el asombro reflejado en sus rostros. Salvador entretanto hizo una seña a Mónica para

que interviniera. “Como seguramente muchos de vosotros ya sabréis, Anthony y yo compartíamos el piso que tengo alquilado en la calle Palma, casi desde que llegó a Valencia. El caso es que el domingo por la mañana fue la última vez que lo vi. Desde entonces ni una llamada, ni una explicación. Al principio no le di importancia, pero esta mañana he comenzado a preocuparme seriamente, sobre todo porque nunca había faltado al programa que hacemos los martes y anoche no dio señales de vida. Entonces, llamé a Salvador para que me indicara lo que se podía hacer. Dado el giro que han tomado los acontecimientos, creo que tenía que haberlo llamado en seguida.” Antes que Salvador recogiera el testigo y explicara sus impresiones a un auditorio cada vez más expectante, Mónica continuó diciendo, “os resultará sorprendente que hayamos convocado a tanta gente por un problema banal en apariencia, pero después que Salvador os explique sus impresiones, creo que todos cambiaréis de idea.” Los ojos de la muchacha se habían humedecido y en el ambiente del salón una amenaza indeterminada planeaba sobre todos haciendo el silencio aun más opresivo. Todas las miradas convergían en Salvador que estaba tomándose su tiempo. Gran maestro del drama quería crear la atmósfera adecuada. Giró la vista por todos los presentes y deteniéndola en Julia, mirándola fijamente, comenzó a hablar con estudiada lentitud: “Cuando Anthony llegó a Valencia hace ahora dos años, su intención era hacer una tesis sobre Radio Klara”, Salvador se quedó callado unos instantes, seguro del impacto causado en su auditorio; especialmente en Carlos que había dibujado en su cara una expresión que igual podía significar asombro que la constatación de que sus sospechas no iban desencaminadas. Pero antes que alguien pudiera intervenir levantó una mano y prosiguió: “Procurad no interrumpirme mientras os explico la situación; cuando haya terminado contestaré a cuantas preguntas queráis hacerme.” Julia también lo miraba fijamente y parecía impaciente por intervenir, pero Salvador empezó a hablar de nuevo: “Fui yo quien le sugirió la idea, pero no creí que se lo tomara en serio. Debo reconocer que me equivoqué; no sólo se lo tomó en serio, sino que ha hecho un trabajo excelente; aunque eso fue posible, porque Mónica”, Salvador señaló a la muchacha que seguía sus palabras con la cabeza baja, “le aconsejó que no se lo dijera a nadie, que se integrara en la radio como uno más, tomando desde allí todos los datos que le hicieran falta y estudiara su situación sin interferencias. Pero este es un aspecto colateral de la situación; lo que me ha movido a pensar que la desaparición de Anthony no es casual, es el hecho de que su padre es chileno y estuvo un tiempo en el campo de concentración de Pisagua” Salvador continuó explicando sus impresiones haciendo cortas pausas estudiadas para hacer mucho más dramática la declaración final: “En resumen, tengo la sospecha bien fundada que nuestro amigo americano ha sido secuestrado.”

Las últimas palabras cayeron como una bomba; nadie se atrevía a moverse, ni casi a respirar por temor a llamar la atención sobre su persona. Fue Julia la primera en romper el hechizo. “Suponiendo que estés en lo cierto, ¿quién lo habría secuestrado, según tú?” “Pues lo más probable es que haya sido algún grupo a las órdenes de la CIA” “¿No te parece un poco exagerado lo que dices? ¿Qué interés tendría la CIA en secuestrar a Anthony? ¿Averiguar los secretos de la radio?” Era Carlos quien había intervenido con su sarcasmo habitual. Salvador encajó el golpe sin parpadear; si quería ayudar a su amigo, no era momento de pararse a cruzar frases ingeniosas con el franciscano. “No creo que sea este el momento de discutir si estoy en lo cierto o no, ni las razones que hayan podido tener los que lo han secuestrado, en el caso de que así sea. Os aseguro que mi mayor satisfacción en estos momentos sería saber que me he equivocado; pero mucho me temo que no es así. La situación en Chile se ha

endurecido mucho, especialmente a raíz de la situación de Pinochet en Londres. Por otro lado el padre de Anthony, desde que logró escapar del campo de concentración, se convirtió en un infatigable activista contra la dictadura de Pinochet, lo cual le valió tener problemas con los servicios secretos americanos.” Salvador había hablado muy lentamente y con una gran convicción que pareció arrancar de raíz las posibles objeciones que pudieran plantearse. Sin embargo, Carlos empezó a decir, “en ese caso creo que lo mejor sería avisar a la policía...”, pero no acabó la frase. Las miradas de todos se dirigieron hacia él y se percató que eso era precisamente lo único que no debía haber dicho. “Olvidaros, ha sido un *lapsus*. Lo siento”, finalizó. “¿Tienes algún plan preparado para averiguar dónde se encuentra Anthony?”, preguntó alguien. En ese momento sonó de nuevo el timbre de la puerta. Algunos rezagados se habían ido incorporando a la reunión. La asistencia era realmente sorprendente; la sala estaba completamente repleta y también la habitación adyacente y la cocina. Salvador le indicó al joven que había hecho la pregunta que se esperara un poco, mientras alguien abría la puerta y ponía en antecedentes al recién llegado.

“Mónica y yo hemos estado hablando mientras esperábamos la hora de la cita y hemos elaborado un pequeño plan que pasaré a exponeros rápidamente. Después, si algunos de vosotros tiene alguna sugerencia, será bien recibida.” Salvador paseó la mirada por los concurrentes y continuó: “Tenemos que actuar las 24 horas; para ello estableceremos tres turnos de ocho horas, empezando desde las doce de esta noche. El primer turno empezará desde ahora mismo”, consultó su reloj. “Son cerca de las nueve. Los que nos quedemos, lo dispondremos todo y el segundo turno nos relevará a las ocho de mañana. Yo actuaré de enlace entre los distintos turnos.”

“Pero, en algún momento tendrás que dormir.” “Eso ya lo veremos. Cada cual que se apunte al turno que mejor le convenga, pero si alguno no quiere participar lo entenderemos perfectamente.” Hizo una nueva pausa y alguien gritó, “¿quién se va a negar, cuando se trata de ayudar a un amigo?” Hubo murmullos de aprobación.

“Gracias”, dijo Salvador emocionado y continuó: “Sobre todo no le digáis a nadie lo que estamos haciendo. ¡Ni a vuestro mejor amigo, ni siquiera a vuestro amante!”

“¡Joder, Salvador, que ya somos mayorcitos!”, gritó una voz. Salvador asintió con una sonrisa y prosiguió diciendo: “Esta casa será el cuartel general. Pondremos un par de mesas en esta habitación y con un mapa de la ciudad nos dividiremos por distritos para realizar batidas...” “¿Y si se lo han llevado fuera de la ciudad?” Salvador miró al que le había interrumpido y contestó: “Tengo mis sospechas, que después os comunicaré, que lo tienen en algún lugar de la ciudad y me atrevería a jurar que está en algún lugar de este barrio.” “¿Estás seguro?”, dijo Carlos. “No absolutamente, pero... Bueno, todos conocéis a Mac, ¿no?” “¿A ese gilipollas?”, dijeron varios. “Pues, sospecho que además de ser gilipollas, está involucrado en asuntos turbios. Esta tarde he ido atando cabos y he llegado a la conclusión que está metido en esto.” “¡No fastidies!”, exclamó Julia. “Lo que dices es muy serio, porque ese tío ha estado metiendo las narices en todas las *movidas*”, intervino Elías. “Es cierto; pero lo más curioso es que nunca se involucraba en ninguna”, replicó Salvador. “Pero eso también lo hace mucha otra gente”, terció Carlos. “No con la frecuencia que lo hacía Mac”, sentenció Salvador. A continuación preguntó: “¿Qué os parece el plan?” “En principio creo que no hay nada que objetar. Faltaría perfilar algunos detalles sobre la búsqueda, pero eso podemos hacerlo por grupos”, contestó Julia en nombre de todos que al parecer se mostraron conformes. “Estupendo, pues empezad anotando vuestro nombre en ese papel, en el turno que elijáis. incluid también algún teléfono donde se os pueda localizar por si hay alguna emergencia”, concluyó Salvador mostrando un folio que estaba clavado en el corcho que había en una de las paredes

de la sala. Cuando la gente empezaba a ponerse en movimiento, Carlos alzó la voz para hacerse oír entre el ruido que estaba empezando a formarse. Su pregunta dejó a todos paralizados y a Salvador con un *rictus* de rabia en los labios. “¿Por qué no avisamos a Eleuterio?” La mayor parte de los congregados dirigieron la mirada a Salvador que se había vuelto hacia Carlos como si le hubiera mordido un áspid. De forma directa o indirecta casi todos conocían la enemistad que existía entre Salvador y Eleuterio y quedaron en suspenso esperando la reacción de aquél. “¿Qué razones hay para que avisemos a ese imbécil?”, masculló con furia contenida. Carlos se quedó mirándolo con firmeza. “Ignoro cuales son vuestras diferencias y tampoco me importa; pero en los momentos actuales me parece que podríais ambos pactar una tregua. Es un elemento muy valioso que sin duda nos sería de una gran ayuda.” Un silencio cargado de angustia se abrió paso entre la gente que abarrotaba la sala. En los oídos de Salvador resonaban todavía las palabras que ingenuamente Anthony había pronunciado cuando le informó sobre su entrevista con Eleuterio, “le dije que tenías muy buena opinión de él y me contestó con mucha ironía que eras un perfecto cretino y que dudaba de tus buenas intenciones, al aconsejarme que viniera a Valencia a estudiar Radio Klara. ¿Qué sucedió entre vosotros para que os odiéis de esa manera?”

“Por una vez tienes razón”, pronunció al fin Salvador con voz apenas audible, “nos puede ser de gran ayuda. Voy a telefonarle.” Uniendo la acción a la palabra se dirigió al teléfono situado en un rincón de la sala abriéndose paso entre la gente que se amontonaba escribiendo su nombre en el folio de los turnos. Después de marcar el número esperó unos segundos. “¿Diga?” “¿Eleuterio?” “Sí, yo soy. ¿Quién llama?”, la voz sonaba desabrida. “Quizá ha reconocido mi voz”, pensó Salvador. “¡Hola, Eleuterio! Soy Salvador.” Un prolongado silencio siguió a sus palabras. Por un momento Salvador temió que colgase el auricular. “No puedo decir que sea una sorpresa muy agradable”, se oyó al fin, “pero supongo que algo muy grave ha sucedido para que te atrevas a llamarme.” “Efectivamente”, respondió Salvador. En la habitación se había hecho un completo silencio. Todos los movimientos se habían detenido, como si se temiera que cualquier ruido pudiera desatar la tragedia. “Es un asunto muy grave. Se trata de Anthony.” “¿Qué le ha pasado?” “¿Puedes venir ahora a mi casa?” “Claro. ¿Dónde vives?” Salvador le dio la dirección y colgó. Lentamente se volvió y anunció: “Vendrá en seguida.” “¡Bravo!” “¡Estupendo!”

En la sala se habían ya dispuesto dos mesas de trabajo, en una de las cuales había un plano de la ciudad desplegado y en la otra folios y bolígrafos. La mayor parte de los asistentes se había retirado ya, sólo quedaron nueve, entre los que se encontraban, Mónica, Julia, Elías y por supuesto Salvador. El sonido del timbre de la puerta hizo que los nervios de Salvador se tensasen como cuerdas de guitarra. Con gran lentitud se acercó a la puerta y la abrió. Eleuterio y él se quedaron mirando a los ojos durante unos segundos. No hicieron falta palabras; en los ojos de Salvador podía leerse perfectamente el alcance del drama. Fue precisamente Eleuterio el primero en iniciar la acción: abrió los brazos y estrechó a Salvador en un fuerte abrazo que éste le devolvió. Mónica contemplaba la escena sin poder contener las lágrimas. Tras el abrazo, Salvador puso en antecedentes a Eleuterio de lo que había sucedido. “¡La madre que los parió! Vamos a tener que movernos de prisa. Dices que hace ya tres días que desapareció.” “Contando éste ya son cuatro”, intervino Mónica que estaba en la entrada de la sala. “¡Hola, Mónica!”, saludó Eleuterio con gran simpatía. “Ignoraba que estuvieras aquí.” “Hay otros compañeros en la sala. Hemos dispuesto tres turnos para agilizar la búsqueda”, dijo Salvador. Eleuterio entró en la sala y

saludó a todos con grandes gestos, los demás le devolvieron el saludo con afecto. “Así que éste será el cuartel general. Veo que os habéis movido de prisa. Yo también he traído algo por si nos hace falta.” Del bolsillo interior de su chaquetón extrajo una pistola. “¿Para qué queremos eso?”, exclamó Salvador. Eleuterio lo miró como si fuera un niño pequeño. “Cuando me llamaste pensé que algo grave había sucedido y aunque no podía saber qué pasaba exactamente con Anthony, deduje que podía hacernos falta. ¡Nunca se sabe!”, concluyó Eleuterio haciendo un gesto de complicidad con la cabeza. En unos instantes se había hecho cargo de la situación y todos, incluido Salvador, se alegraron de que hubiera acudido a la llamada. Independientemente de las demás facetas de su carácter, su sola presencia infundía, sin saber por qué motivos, una gran seguridad. Había tomado asiento en la mesa donde estaba el plano de la ciudad y lo miraba detenidamente. Al cabo de un rato dijo: “¿Habéis decidido ya lo que hay que hacer?” “En principio habíamos pensado dividirnos en grupos de dos y dar algunas batidas por la ciudad. Aquí se quedarían un par de personas para recibir los mensajes y trazar en el plano las líneas de actuación.” “¿Y cómo se comunicarán los grupos?”, preguntó Eleuterio, levantando la cabeza del plano. “Cada diez minutos, los grupos buscarán un teléfono y nos llamarán aquí para comunicarnos sus impresiones. Las llamadas las hará cada grupo con un intervalo de dos minutos. Los que se queden aquí irán anotando todo en este organigrama,” Salvador le mostró un papel grande que estaba en la otra mesa y en el que había una serie de anotaciones, “e indicarán el siguiente recorrido, que se irá dibujando en el plano que tienes frente a ti. De esta forma iremos peinando el barrio palmo a palmo.” “Eres un gran hijo de puta; pero nadie puede poner en duda que eres, además, un gran organizador. Ni siquiera a mí se me hubiera ocurrido una idea mejor. ¡La de cosas que podrías conseguir si no fueras tan cabrón!” La sinceridad con que Eleuterio pronunció estas palabras llegó al corazón de Salvador que sonrió complacido. “Pues pongámonos en marcha sin tardanza”, dijo Eleuterio levantándose. “¿Por dónde empezamos?” “Hemos pensado iniciar las pesquisas en este barrio”, dijo Salvador. “Es lógico”, replicó Eleuterio pensativo. “Bien, ¿quién quiere acompañarme?” “Yo”, dijo Julia de inmediato. Elías hizo un gesto, pero luego pareció pensarlo mejor y dijo: “Yo iré con Tomás.” “De acuerdo. Mónica y yo nos quedaremos aquí, si no hay inconveniente”, intervino Salvador. Luego se dirigió a la mesa del plano e inclinándose indicó: “Julia y Eleuterio cubrirán la calle Caballeros empezando por la plaza San Jaime; Elías y Tomás harán lo mismo en la calle Rotereros, empezando por Serranos; Elvira y Ambrosio, vosotros lo haréis en Serranos empezando por el final de Caballeros y por último Luis y Andrés, iréis a la calle baja empezando desde la plaza del Carmen”, mientras hablaba trazaba unas líneas imaginarias en el plano. “Con esto cubriremos casi todo el barrio. Haced incursiones en las calles laterales y anotad todo aquello que os parezca sospechoso; entrad en los locales y abrid bien los oídos por si escucháis algo que nos pueda dar una pista.” Alzó la vista y los miró, ¿estáis conformes?” “Es un buen plan”, contestó Eleuterio y los demás asintieron. “Sólo nos resta sincronizar los relojes.” Consultó el suyo y añadió: “Son las 21,53.” Todos consultaron los suyos y los ajustaron a la hora señalada. “A las diez y media comenzaréis a llamar en el orden en que os he distribuido antes, con un intervalo de dos minutos entre cada grupo y cada diez minutos volvéis a telefonar...” “Espera un momento, Salvador”, interrumpió Eleuterio. “Creo que sería mejor llamar cada veinte minutos con un intervalo de cuatro minutos entre cada grupo. Eso nos daría mayor movilidad y nos facilitaría buscar un teléfono público.” “Tienes razón, Eleuterio”, concedió Salvador.

“Está bien, chicos, ¡andando!”, dijo Eleuterio dirigiéndose a la mesa. “¿No os parece que deberíamos salir discretamente de dos en dos, para no llamar la atención?”, apuntó Luis. “No exageres. Una cosa es la seguridad y otra ponerse paranoico. ¡Tú sabes cuánta gente entra y sale de esta casa cada día!”, sonrió Salvador que se adelantó unos pasos y cogió por el brazo a Eleuterio. “Eso no te va a hacer falta ahora y podría traernos muchos problemas.” Se miraron directamente a los ojos, desafiantes. La mirada se prolongó durante unos segundos, al cabo de los cuales dijo: “Tienes razón, Salvador.” Los grupos comenzaron a desfilar. “¡Suerte, chicos!”, dijo Mónica.

Una vez en la calle se desearon suerte y cada grupo se fue por su lado. Eleuterio y Julia comenzaron a andar hacia su objetivo. “¿Qué te parece si pasamos antes por la taberna de Fermín y nos encargamos unos bocadillos y unas cervezas? Todavía tenemos tiempo”, sugirió Eleuterio. “De acuerdo; pero yo solo bebo agua mineral. “Como prefieras”, sonrió Eleuterio.

Pertrechados con los bocadillos y las bebidas se dirigían hacia la plaza de San Jaime para iniciar sus pesquisas. “Tú fuiste uno de los que se fueron de la radio por no estar de acuerdo con su legalización, ¿no es eso?”, preguntó Julia, engullendo otro bocado. Eleuterio se detuvo y la miró. “¿Por qué me preguntas eso?” “Siempre he sentido curiosidad por saber cuál era la razón.” “Pues, lo siento, Julia, pero en mi caso no hay ninguna razón”, dijo sonriendo. “La legalización de la radio fue la excusa que me permitió abandonar la radio dignamente.” Dicho esto, dio un buen bocado al panecillo y bebió un trago de cerveza. Julia lo miraba con los ojos desmesuradamente abiertos. Habían llegado ya a la plaza de San Jaime y Eleuterio consultó su reloj. “Faltan cinco minutos para las diez y media; propongo que nos quedemos aquí y llamemos desde ese bar.” “Conforme. Yo llamaré”, dijo Julia.

A la hora señalada marcó el número y estuvo cerca de medio minuto recibiendo indicaciones de Salvador. “Iniciaremos el rastreo internándonos primeramente en las bocacalles de la derecha, siguiendo siempre la calle Caballeros. Lo importante es anotar siempre el área que vayamos cubriendo...” “Ese Salvador se ha pensado que somos unos pardillos. ¡Anda, vamos!”

Una hora después, la búsqueda no había dado ningún resultado. “Hay que telefonar”, dijo Eleuterio desanimado. “Esta vez lo haré yo; espérame aquí.” Se encontraban en la mitad de la calle Caballeros. Habían recorrido todas las calles de la derecha hasta el final de la calle y habían girado indagando en las de la otra parte. Todos los garitos habían sido inspeccionados en busca de algún rastro, con resultado negativo. “Elías y Tomás creían haber descubierto algo; pero luego se han dado cuenta que se habían precipitado. Nosotros seguiremos como hasta ahora, pero cada vez confío menos.” “No tenemos nada mejor”, dijo Julia y luego espetó: “¿Qué querías decir antes con lo de la justificación?” Eleuterio la miró. Su rostro, habitualmente serio, había adoptado una expresión aun más grave. “¿De verdad quieres saberlo?” “Sí, claro.” “¿Te gusta jugar? ¡Pues, juguemos!” Julia no pudo evitar un estremecimiento; comenzaba a intuir que se estaba metiendo en terreno resbaladizo. Echaron a andar hacia la próxima travesía y Eleuterio comenzó a hablar con voz pausada. “Un día, caminando desde mi casa hacia la radio para hacer el programa, como había hecho desde hacía años, sin casi darme cuenta, me vi reflexionando sobre las razones que me movían. Me di a mí mismo una gran cantidad de justificaciones de todo tipo: necesidad de transmitir un mensaje que ayudase a quien me oía a reflexionar sobre su entorno; crítica radical a la situación presente en sus diferentes aspectos y cientos más; pero ninguna resistió los embates de la autocrítica. Una a una fueron cayendo como fruta madura.” “¿Qué tipo de programa hacías?” Se habían ya internado en el

siguiente callejón, en el que se encontraba el teatro Escalante. Eleuterio se tomó su tiempo para contestar, atento a cualquier indicio sospechoso. “Se podría decir que era un programa temático. Seleccionaba un tema y me documentaba sobre él recogiendo todas las opiniones que estaban a mi alcance y las elaboraba, añadiendo aspectos de mi propia cosecha. El resultado pretendía ser una crítica a esa cuestión en concreto. Por lo general, los temas solían ser actuales, pero tampoco desdeñaba darle, de vez en cuando, una ojeada a la historia.” Se calló, al tiempo que se detenía; habían llegado a una altura suficiente y lo aconsejable era regresar. No faltaba mucho para volver a telefonar y allí no se encontraba dónde hacerlo. “Aquí no vamos a encontrar nada”, dijo Julia. “Tienes razón. Hasta el teatro está cerrado”, corroboró Eleuterio. Lentamente regresaron hasta la calle principal. “Te propongo ir hasta la plaza San Jaime y tomar una cerveza. Telefoneamos desde allí y seguimos esta interesante charla con toda tranquilidad.” “¿Y la búsqueda?” “Las cosas seguirán igual dentro de veinte minutos. Además podemos intensificarla en los siguientes.” “Bueno; pero yo no tomaré nada.” “¿Por qué?” Julia puso cara de circunstancias. “No te preocupes; por esta vez paga la casa.”

“¿Qué quieres tomar?”, preguntó Eleuterio, sentándose en una mesa de la terraza que dominaba toda la plaza. “Una cerveza.” “¡Bravo! Dos cervezas”, pidió al chaval que se acercó a atenderlos. “¿Dónde estábamos?”, inquirió Eleuterio, ya con la cerveza en la mano. “Me parece que sería mejor telefonar antes.” “¡Hostia! Tienes razón.” Se levantó y dos minutos después estaba de regreso. “Todo sigue igual.” Julia hizo un mohín, “estabas hablando de tu programa.” “¡Ah! Sí. Bien, llegué a la conclusión que no valía la pena seguir. Que lo que decía no servía para nada y ni siquiera era divertido.” “¿Y, por qué no te fuiste entonces?” Eleuterio se quedó pensativo, “no lo sé, quizá porque me costaba el mismo esfuerzo irme que quedarme. Pero cuando, poco tiempo después, se planteó el problema de la legalización, me opuse a la misma. Pensé que aceptarla era traicionar un movimiento de radios libres que hasta entonces había estado muy vivo. Además, no hay que olvidar que dar este paso significaba abandonar definitivamente un bagaje de experiencias, cuyos jirones todavía podían verse por el camino.” “Precisamente por eso, algunos de los que estamos ahora en la radio, estamos pensando en dejar la legalidad.” Eleuterio se quedó mirándola como si la viera por primera vez. “¿Pensáis, quizá, que esto es un juego?” La actitud agresiva de Eleuterio dejó en suspenso a Julia. “¿Qué es para ti la radio?”, preguntó Eleuterio ya más calmado. “Un medio en el que todo el mundo puede expresarse libremente.” “¿Y en Radio Klara se censura a alguien?” Julia frunció el ceño, sin comprender. “Entonces, ¿a qué se deben los enfrentamientos?” La pregunta pareció servir de acicate para que se disparase un resorte oculto en el ánimo de Julia. “Porque hay un sector de la radio que toma decisiones pasando por encima de la asamblea”, dijo con mucha energía. “Ignoro ese detalle, pero, ¿esa toma de decisiones afecta al funcionamiento de la radio? Es decir, ¿coarta la libre expresión de alguien?” “Nadie tiene ningún derecho a actuar por su cuenta. Todas las decisiones tienen que ser tomadas en asamblea”, dijo Julia cada vez más alterada. “Ya te he dicho que eso lo desconozco y por tanto no puedo discutirte. Que las decisiones deben ser tomadas en asamblea, se da por supuesto. Pero mi pregunta es muy clara y no la has respondido.” Julia bebió un trago de cerveza y trató de calmarse. “Es cierto que hasta ahora no se limita la libertad de expresión a nadie; pero hay detalles, difíciles de explicar, que indican que Radio Klara está perdiendo el carácter que tenía.” Eleuterio se bebió de un trago la cerveza que quedaba e hizo una seña al camarero para que le trajera otra. “¿Quieres otra, Julia?” “No, gracias. Tengo bastante.” El camarero trajo el pedido y Julia continuó: “Por ejemplo, hay gente que

monopoliza la técnica y se dedica a hacer propaganda de Izquierda Unida o de los Verdes. Y eso no se puede consentir.” “En cuanto a lo primero te diré que esa actitud me parece sospechosa. Si no se limita a nadie, todo el mundo puede hacer lo que más le agrade...” “Pero no dan ningún tipo de información, ni te ayudan en nada”, Julia comenzaba a alterarse de nuevo. “Si ellos no la dan, se busca en otra parte. En cierta ocasión oí que alguien decía que quien quiere hacer cosas, busca soluciones, pero quien no quiere, busca excusas o algo parecido.” Se hizo el silencio, alterado por el ajetreo de la plaza que estaba muy animada. Eleuterio saboreaba su cerveza con fruición y encendió el enésimo cigarrillo de la noche. Julia lo miraba furiosa. “En cuanto a lo segundo, no sé de nadie que haga propaganda de esos partidos, salvo el descerebrado de Miguel Gutiérrez, pidiendo que se votara a los Verdes. Pero es un caso aislado y además no pertenece a la radio. Ahora bien, si te refieres a las infaustas entrevistas que se hicieron a algunos de los representantes de esos partidos, según supe después, tan sólo se pretendía que dieran su opinión respecto a algunos temas.” “Sí, claro, esa fue la excusa; pero todo el mundo oyó que los responsables del programa les daban la razón.” “Eso no me lo creo. Por otro lado también ha habido gente en Radio Klara que ha dado información exhaustiva sobre *Herri Batasuná* y nadie les ha dicho nada.” “No querrás comparar.” “No. ¡Bakunin me libre! Son incomparables. Pero, desde luego, *Herri Batasuná* tiene de anarquista lo que yo de mormón.” “¿Y si tan anarquista eres, porque no estás en *Al Margen* o en cualquier otro grupo?” Eleuterio acusó el golpe; se atragantó con el humo y empezó a toser como si quisiera sacar los pulmones por la boca. Julia hizo ademán de levantarse para intentar ayudarlo, pero Eleuterio la detuvo con un gesto. Ya más calmado, miró intensamente a Julia y ésta murmuró, “lo siento; no creí que te afectara tanto.” “No te preocupes; aunque sin duda ha sido un golpe bajo, pero me lo tengo merecido por gilipollas.” Se quedó pensativo unos instantes y luego dijo con mucha calma, “para mí sería muy fácil estar en *Al Margen*, en Radio Klara o en cualquiera de los grupos y justificar de ese modo mi existencia; pero cuando me fui de la radio, decidí que ya nunca buscaría justificaciones de ningún tipo y que en última instancia, si tenía que hacer algo, lo haría desde mi propia plataforma individual.” “Entonces, según tú, la radio no sirve para nada, ni tampoco los grupos...” “Yo no he dicho eso, Julia, no tergiverses mis palabras. He dicho que *a mí* no me sirve para nada, que es bien distinto. “Pues al sector de la radio, al que antes aludías, sí le sirve la radio y mucho. Su propósito es convertir Radio Klara en una radio profesional, pero para ello necesitan echarnos y en eso están.” “No sabes lo que dices, Julia. Si esa gente quisiera hacer eso que dices, lo podría hacer en cualquier momento mucho más fácilmente. En cuanto a lo de echaros, también podríais hacérselo vosotros a ellos.” “Eso nunca lo haríamos.” Eleuterio sonrió con sorna, luego dijo pausadamente, pero con una gran fuerza de convicción: “Estáis llenos de soberbia. ¡Todos! Tanto unos como otros. Vuestro afán de protagonismo hará saltar a la radio por los aires. Lo único que demuestra este enfrentamiento es la falta de ideas en el seno de la radio; pero, sobre todo, la falta de inteligencia. La ausencia de un objetivo claro os impide que podáis saltar por encima de lo superfluo para encarar con decisión lo importante. La mejor forma que conoce un mediocre para descollar, es descubrir en los demás su propia mediocridad, a falta de poner en juego la inteligencia de la que carece. Ignoro en que acabará todo esto, pero sea quien sea el que gane, será la radio la que pierda.” Finalizado el discurso, respiró hondo y encendió un nuevo cigarrillo. Julia parecía haberse quedado sin respuestas, lo cual no era habitual en ella. “Afortunadamente me queda todavía la amistad y por supuesto la solidaridad; por eso en cuanto me llamó Salvador acudí, a pesar de todo, o mejor dicho, a causa de todo.

La solidaridad reforzando la amistad y al contrario. Anthony me pareció, en cuanto lo vi por primera vez, el representante más genuino de la ingenuidad americana. Cuando me confesó que había venido a hacer una tesis sobre Radio Klara, comprendí que en América se dan extrañas combinaciones imposibles de concebir en cualquier otro lugar.” “¿Ya sabías lo que había venido a hacer?” “Sí. Me lo dijo cuando me entrevistó, hace un año aproximadamente. Recuerdo que era domingo; nos vimos por la mañana y por la tarde nos reunimos en el CAU con dos de *Al Margen* y una amiga mía que había estado en Radio Klara. Nos lo pasamos de puta madre hablando de muchísimas cosas. Y para rematar la noche nos fuimos a *La Farola*, para que Alberto nos regalara, nunca mejor dicho, porque el cabrón no nos quiso cobrar nada, con su exquisito néctar. La juerga acabó a altas horas de la madrugada. ¡Ah! Anthony...” De pronto dio un respingo que sobresaltó a Julia. “¡Me cago en la puta! Nos habíamos olvidado del amigo americano.” Consultó su reloj y de un salto se metió en el local. Esta vez tardó más de cinco minutos en regresar. “Menuda bronca me ha echado Salvador y con razón. ¡Vamos!” Se internaron de nuevo en la calle Caballeros. “Empezamos por ésta misma.” Habían llegado a la primera bocacalle y Eleuterio se había detenido con intención de internarse en ella. Julia lo cogió del brazo, mientras aconsejaba. “No. Me parece más conveniente seguir con el itinerario trazado. Eleuterio aceptó resignado, sin informar a la muchacha que le había dicho a Salvador que la calle a donde se dirigían ya la habían inspeccionado. Tendrían que darse prisa.

Estaban ya internándose en el callejón no muy bien iluminado, cuando Julia espetó: “¿por qué os peleasteis Salvador y tú?” Eleuterio siguió caminando como si la pregunta no fuera con él, pero en su ánimo algo le golpeaba con mucha fuerza. Durante unos momentos siguieron por la calle atentos a la menor señal; al cabo contestó: “Por más que lo intento me es imposible recordar el motivo de nuestro enfrentamiento; pero con toda seguridad sería algo banal, una justificación cualquiera a fin de crearnos enemigos que proporcionen sentido a nuestra vida. Algo parecido a lo que os pasa a vosotros en la radio.” “¿Quieres decir que Mónica no tuvo nada que ver?” Eleuterio la miró, pero actuó como si no hubiera escuchado la pregunta y Julia se dio por satisfecha con esa contestación, sonriendo con sorna. “Somos demasiado parecidos”, continuó Eleuterio, “para que podamos soportarnos y seguramente esa es la razón que nos movió a buscar cualquier excusa para distanciarnos. Aunque eso en el fondo no es malo; lo jodido es la forma de llevarlo a cabo.”

Enfrascados en la charla, se habían internado en la estrecha calle sin apenas darse cuenta. Julia iba a contestar, cuando Eleuterio se detuvo y casi gritó: “¿Dónde coño estamos?”, se volvió hacia la muchacha y añadió: “Lo siento.” “Será mejor que volvamos. Aquí no vamos a encontrar nada.” “Espera”, la detuvo Eleuterio, “vayamos por aquí”, dijo señalando una estrecha calle situada a su izquierda, peor iluminada aun. “Si mis cálculos no fallan llegaremos a la calle Caballeros y aprovecharemos para investigar esta parte; aunque si estoy equivocado es posible que acabemos en Marchalenes.” “¿Por qué has nombrado ese barrio?”, dijo Julia mientras se ponían en marcha. Eleuterio la miró sorprendido. “Por nada. Lo he dicho por decir.” “Viví en Marchalenes más de un año.” “Y te he traído a la memoria viejos recuerdos.” “No son tan viejos; porque ahora hace apenas un año que me fui del barrio; pero algo así.” “Seguramente nombré Marchalenes, porque tengo muy gratos recuerdos de él; en mi caso muy viejos, vetustos diría yo. Allí se formó el primero o uno de los primeros ateneos anarquistas, poco después de la muerte de Franco.” “No sabía nada.” “Es lógico; probablemente aún no habías nacido. Se desarrollaron una gran cantidad de actividades y, aunque la mayoría de sus componentes eran neófitos, se formó un

grupo de acción muy nutrido y activo. Yo estaba entonces en Madrid, en el ateneo de Villaverde, pero venía muy a menudo a Valencia y participaba con ellos en sus actividades” “¿Y cómo acabó?” “Fue pasto de las llamas. Una noche, un grupo de fascistas, probablemente miembros de la triple A, forzaron la puerta del local, lo rociaron de gasolina y le prendieron fuego. La biblioteca que habían formado en los dos años y medio que duró la experiencia, compuesta de obras muy interesantes, anarquistas en su mayoría como podrías suponer, ardió por completo. No se salvó nada. Lo más gracioso fue que la policía dijo que había sido puramente accidental.” Se quedó callado unos instantes, con la cabeza gacha, pensativo; Julia escuchaba con mucha atención. “Me trasladé a Valencia definitivamente en el verano del 82 y en seguida me integré en Radio Klara.” Acababan de dejar a su izquierda una travesía y Julia iba a señalarlo, pero antes que pudiera decir nada, Eleuterio dio un respingo, cogiéndola de un brazo y arrastrándola a toda velocidad hacia una bocacalle que se abría a su derecha, no muy lejos de donde se encontraban. Una vez en ella, Eleuterio se detuvo y se apoyó contra la pared. Julia lo miraba sorprendida sin entender nada. “¿Qué te pasa?”, pregunto. Eleuterio la miró fijamente y murmuró, “creo haber visto un fantasma del pasado.” “¿Estás de broma?” “Hace unos ocho años desalojaron el lokal okupado de la calle Palma. Yo era uno de los quince que se encontraba dentro intentando resistir. Cuando entraron los antidisturbios, después de destrozar la puerta a hachazos, arremetieron contra nosotros de forma contundente y luego nos llevaron a Jefatura. Nos metieron en los calabozos y fueron sacándonos uno a uno para interrogarnos.” “¿Os torturaron?” “No. Se limitaron a insultarnos. Bueno, en realidad uno de los dos que me interrogaron, precisamente el que he creído ver hace un momento en esa esquina. Creo que nunca se me olvidará su cara de cerdo. Lo único que sabía decir era que si no hablaba me iba a romper la cara a *hostias*.” “Pero, ¿qué es lo que querían saber?” “No tengo ni idea y lo más probable es que ellos tampoco lo supieran. Sólo pretendían asustarnos.” Un prolongado silencio se abrió entre ambos. “¿Y ahora qué hacemos?”, dijo Julia que había consultado su reloj y empezaba a estar nerviosa. “Ya pasan cinco minutos de la hora...” Eleuterio la miró y la cortó sin contemplaciones. “Olvídate del teléfono, por el momento. Tengo un vago presentimiento que seguramente no será nada, pero me corroe una gran curiosidad por saber que hace ese tipo ahí plantado en la esquina.” Se calló un momento y luego continuó, “espérame aquí, no tardaré nada...” Julia lo cogió del brazo cuando ya se disponía a dirigirse hacia el lugar por el que habían pasado hacía unos minutos. “Espera.” Eleuterio se quedó mirando el brazo que lo sujetaba. “Si tus sospechas son fundadas, es mejor que vaya yo.” Se quedaron mirando a los ojos durante un buen rato. Con voz muy queda, Julia añadió: “No te preocupes, seré muy discreta.” Aquella parte del barrio parecía una tumba; ni un solo transeúnte se había cruzado con ellos. Eleuterio pareció pensarlo y al fin dijo: “De acuerdo; pero si sucede cualquier cosa no dudes en gritar. “Lo haré”, dijo Julia alejándose. Eleuterio se maldijo en ese momento por haber hecho caso a Salvador. Si surgían dificultades estaban completamente desarmados. La espera se hizo interminable; Eleuterio fumaba cigarrillo tras cigarrillo intentando calmar sus nervios, pero lo único que conseguía era castigar sus pulmones.

Apenas habían transcurrido diez minutos cuando Julia dobló la esquina con aire despreocupado, como si regresara de una fiesta. Eleuterio la miró interrogadoramente. “Tenías razón”, empezó la muchacha. Eleuterio la cogió por los brazos en actitud expectante. “Hay un tipo que responde aproximadamente a la descripción que me diste apostado en la esquina de la otra calle. Lo más sorprendente de todo es que he observado que en algunos momentos trata de

ocultarse de miradas indiscretas, pero en otros parece no importarle que lo vean allí plantado como si fuera un poste. “Pero, ¿qué es lo que vigila?”, preguntó Eleuterio zarandeando inconscientemente a la muchacha. Su estado de ánimo estaba alcanzando casi el paroxismo, lo cual no dejaba de resultar extraño en alguien habitualmente tranquilo. “Me haces daño”, dijo Julia con fastidio. “Perdona, creo que estoy un poco nervioso.” “Pues no es el mejor momento para estarlo.” “Tienes razón. No sé lo que me pasa”, finalizó Eleuterio compungido. “Está vigilando un tugurio.” “¿Qué?” “Sí. Ya sé que no lo hemos visto al pasar; pero está muy disimulado y si no lo conoces te pasa desapercibido. Da la impresión de ser un club privado, sin embargo no creo que lo sea. Seguramente no querrán llamar la atención.” “Pero, ¿cómo has sabido que es un tugurio?” “Nada más salir a la calle he visto al tipo en la esquina de la travesía, o mejor dicho, lo he intuido. Después he dirigido la vista hacia el lugar que supuestamente estaba vigilando y no he visto absolutamente nada; pero al llegar a su altura me he percatado que un poco más allá había una puerta con cristales tenuemente iluminada, de la cual parecía salir música; no obstante el sonido era tan débil que no se apreciaba bien.” “¿Y no podía ser una casa particular?”, inquirió Eleuterio con impaciencia. Julia continuó su relato imperturbable. “Al llegar al extremo de la calle di media vuelta y justo en ese momento vi que alguien salía de ese local o lo que sea. Eso acabó de disipar mis últimas dudas. Pero cuando me disponía a ponerme en marcha, reconocí al tío ese.” Eleuterio había contenido la respiración. “Era Mac.” “¡No jodas!”, saltó por fin Eleuterio respirando a pleno pulmón. “Mi primera reacción instintiva fue dar media vuelta para que no me viera, pero en seguida pensé que eso sería mucho más sospechoso, así que hice acopio de toda la sangre fría que pude encontrar y eché a andar a su encuentro. Afortunadamente fue Mac el primero en saludar, le devolví el saludo y cruzamos algunas frases. Luego me invitó a tomar unas cervezas, pero rehusé con la excusa de que estaba cansada. Nos despedimos y mientras caminaba hacia aquí observé disimuladamente por si giraba la vista hacia mí, pero nada de eso; continuó andando en dirección contraria y se perdió al doblar una calle.” Eleuterio contuvo un grito de entusiasmo y para compensarlo abrazó a la muchacha y le estampó un sonoro beso en la boca. “¡Eres maravillosa, Julia!” La chica sonreía exultante y añadió: “Mientras, el tipo de la esquina, al que eché un vistazo, seguía impertérrito en su puesto de observación.” “¿Y no observaste nada en Mac que te hiciera sospechar que algo turbio se trae entre manos?” “Lo siento, pero actuaba como siempre; sonriendo con gran jovialidad y alegrándose mucho de verme.” “Eso que dices no encaja mucho con la historia del secuestro. Pero buscábamos a Mac y lo hemos encontrado, así que sigamos esa pista hasta el final. Volvamos a casa de Salvador para informar a los demás.” “Sería conveniente telefonar. Pasa ya más de media hora...” “Lo haremos por el camino”, cortó Eleuterio poniéndose en marcha seguido de Julia. “Entraremos aquí a telefonar.” Habían llegado a una pequeña plaza en uno de cuyos ángulos se veía un bar. Eleuterio marcó el número y esperó unos instantes. “¿Hola? Soy Eleuterio.” Aun no había acabado de decirlo cuando una serie ininterrumpida de improperios le llegaron nítidamente al oído. Julia sentada en un taburete en la barra le observaba divertida. Eleuterio había separado el auricular de la oreja y los insultos casi se oían en todo el bar. “¿Has acabado?”, dijo Eleuterio, después de unos instantes de silencio. “¡Sí!”, contestó Salvador con rabia. “¡Joder! Este quiere vengarse rompiéndome los tímpanos”, dijo para sí y luego a Salvador con voz más tranquila. La calma le había vuelto por completo, “pues escucha con atención. Julia y yo vamos hacia tu casa; si en el ínterin llaman los otros grupos, les dices que hagan lo propio.” “De acuerdo”, dijo Salvador, impresionado por la voz de su amigo.

“Hay muchas piezas que no encajan”, era Salvador el que por fin se había decidido a hablar. Se encontraban en la sala, sentados unos en el suelo, otros en sillas, dándole vueltas a las explicaciones que Julia y Eleuterio habían dado. “Habéis hecho un trabajo excelente”, dijo, para evitar que sus amigos se sintiesen heridos, “pero me temo que en ese lugar no hay ningún local público. Podría tratarse de un almacén en el que hubieran encerrado a Anthony, pero entonces es inexplicable la actitud de Mac, como si nada sucediera. Por otra parte, el que haya un policía vigilando el lugar nos coloca en una paradoja difícil de solucionar. ¿Cómo puede saber la policía que han secuestrado a nuestro amigo?” Salvador iba desgranando todas estas objeciones con un razonamiento firme, muy difícil de rebatir, haciendo que el entusiasmo inicial fuera enfriándose poco a poco. Inesperadamente el silencio fue roto por Luis, cuyas palabras cayeron como una bomba en medio de la reunión. “Si la dirección es efectivamente la que ha señalado Julia, sí que hay un local que se llama *El Kan Cerbero*.” Todas las miradas convergieron sobre Luis que había esbozado una media sonrisa en sus delgados labios. “¿Estás seguro?”, dijo Eleuterio. “Completamente. He ido unas cuantas veces. Es una especie de bar, *pub* y club de alterne en función del horario.” “¿Cómo es posible que seáis capaces de ir a semejantes lugares?”, saltó Elías sin poderlo evitar. “Un momento”, cortó Salvador. “No creo que éste sea el mejor momento de dar lecciones de ética. El compañero Luis nos puede ser de gran ayuda en esta ocasión. En todo caso, luego ya le pediremos las oportunas explicaciones”. “Se calló durante unos instantes y continuó, “¿podrías describir el local?” “No tiene nada de especial...” “Me parece que dadas las circunstancias, lo más práctico sería que Luis se acercara allí”, cortó Eleuterio con una mano en los labios como si quisiera extraer sólo las palabras justas. “¿Hasta qué hora está abierto?”, preguntó de sopetón dirigiéndose a Luis. “No tengo ni idea, pero yo nunca lo he encontrado cerrado.” “Lo suponía. Escuchad lo que he pensado, a ver qué os parece. Dado que Luis es un cliente habitual su presencia no despertará ningún tipo de sospechas. Por tanto propongo que vaya allí a inspeccionar y luego nos traiga toda la información que haya podido reunir. Entonces será el momento de elaborar un plan...” Eleuterio dejó deliberadamente que sus últimas palabras quedaran flotando en la habitación. Su efecto fue inmediato; las expresiones de todos los reunidos parecían concordar. “Me parece una idea excelente”, dijo Luis recogiendo el sentir de los presentes. “Entonces, de acuerdo, pero ten mucho cuidado”, concluyó Salvador. “No os preocupéis, lo tendré.”

El tiempo suele ser un concepto ambiguo y por tanto su medida engañosa. No tiene en cuenta lo decisivo que es para quien desearía que las manecillas del reloj aumentaran su velocidad o para quien, por el contrario, le gustaría que se detuviese o que al menos retrasara su marcha. Dicen que es inexorable, pero el silencio aumenta la sensación de su ausencia; mientras que el bullicio nos sumerge en sus profundidades, para hacernos más palpable su existencia. La tensa espera en aquella sala se vio de pronto interrumpida por la cáustica voz de Eleuterio que propuso: “¿Y si jugáramos una partida de dominó, mientras esperamos?” Todos lo miraron como si se hubiera vuelto loco. “Era una broma”, concluyó con una risa forzada. El cine puede jugar con el tiempo como un personaje más de la historia. Puede hacer que desaparezca o que esté tan presente que se vuelva angustiante. Incluso un escritor juega con el tiempo como si fuera Dios. En un folio puede hacer que transcurran siglos e incluso ha habido genios que en una sola frase han convertido el tiempo en eternidad.

El silencio presidía la sala, ahuyentado en ocasiones por retazos de conversación que, faltas del necesario sustento, languidecían casi de inmediato. La posibilidad de que estuvieran sobre la pista de su amigo americano los tenía sobre ascuas. Salvador era el que más sufría esta tensión y era incapaz de permanecer sentado más de dos minutos seguidos. Se paseaba por la sala, consultaba por enésima vez el plano o se iba a la cocina a preparar café. Los fumadores por su parte habían logrado convertir la sala en una bruma espesa que contribuía a crear una atmósfera de irrealidad muy apropiada para el caso, aunque los no fumadores no compartían estas ideas y se habían tenido que desplazar a otros lugares de la casa más respirables.

Salvador, en una de sus interminables caminatas, se sentó en la mesa del plano contemplándolo sin verlo y, sin poderse aguantar por más tiempo, dio un puñetazo en la mesa y gritó: “Hace ya más de una hora que Luis se marchó. No debimos dejarlo ir solo.” “Cálmate, Salvador. De nada sirve ahora lamentarse”, intervino Eleuterio, tratando de serenar el ambiente, pero tanto él como los demás mostraban signos evidentes de nerviosismo. “Esperemos...” Un fuerte timbrazo cortó en seco las recomendaciones de Eleuterio. Salvador dio un salto prodigioso, derribando la silla y corriendo hacia la puerta. Le saludó la cara sonriente de Luis que caminó parsimoniosamente hasta la sala a la que acudieron todos, insensibles ya a la espesa niebla. “¿Sabes qué hora es?”, estalló Salvador. Luis consultó su reloj y dijo sin inmutarse. “Un poco más de las tres.” Salvador se había quedado con la boca abierta en una actitud cómica que desató la hilaridad general, lo cual contribuyó a aflojar un tanto la tensión. “Al llegar al garito no observé nada que me resultara sospechoso. La clientela era la habitual a esa hora. Pedí una cerveza y me senté en una mesa; no tardó mucho en acercarse una negrita que me cae muy simpática y con la que he estado en varias ocasiones. Me pidió que la invitara y así lo hice para evitar despertar sospechas, es lo corriente en estos casos. Por eso cuando me sugirió que fuésemos al reservado no pude negarme...” “Pero, ¡esto es increíble! ¿Qué clase de moral es la tuya?”, reprochó airadamente Elías. Salvador se acercó a él, lo cogió del chaquetón y acercando su cara a la suya, le dijo con voz amenazadora, “¡Anthony está corriendo, seguramente, un grave peligro y a ti no se te ocurre otra cosa que irte a la cama con una puta!” Luis se desasió y dijo con voz muy calmada: “Lo contrario hubiera despertado sospechas.” “¿Por qué no os calmáis todos y dejáis que Luis nos lo cuente todo detalladamente? ¡Dejad las lecciones de ética para otra ocasión!”, casi gritó Eleuterio. Salvador se apartó y Luis continuó en el mismo tono, “resultó más provechosa de lo que pensaba. Natalia, así se llama la negrita, me tiene un cierto aprecio y contestó a las preguntas que le hice sin manifestar ninguna sorpresa. De esa forma pude enterarme que el local lo regenta alguien a quien llaman el *argentino*. No lo conozco, pero me dijo que es inconfundible, porque es pequeño, con cara de pocos amigos y un acento que lo delata. Cuando salimos, nos sentamos a una mesa y seguimos charlando durante un buen rato. Esto me permitió observar con más detenimiento y me percaté que en la sala del fondo había dos tipos, en los que no me había fijado antes, que lanzaban miradas furtivas hacia una cortina que había en un lado de la sala. Esto me intrigó y fijé la mirada con disimulo en ella. Pasó un tiempo antes que mis esfuerzos se vieran recompensados. Detrás de la cortina, que tal como había supuesto, escondía una puerta, apareció un hombre de unos 35 años que salió del local después de hacer un gesto de saludo al camarero.” “¿Era Mac?, preguntó Salvador. “No lo conozco, pero por las descripciones que habéis dado de él, yo diría que sí.” Se hizo un silencio sepulcral que nadie parecía atreverse a romper. Al fin, Mónica sobresaltó a todos diciendo, “presiento que estamos en la pista correcta;

además estoy convencida que Luis ha hecho un trabajo excelente.” “Eres un genio; en serio”, dijo Eleuterio y los demás corroboraron el aserto. Luis se limitó a sonreír, encogiéndose de hombros. “Yo también lo creo”, afirmó Salvador, “y te pido excusas por mi reacción anterior. ¿Pero, qué hacemos ahora?” Se miraron unos a otros, esperando quizá encontrar la respuesta. “Lo primero sería conocer la disposición del local. Propongo que Luis nos haga una descripción o mejor que lo dibuje...”, empezó diciendo Elías, pero Luis lo cortó, afirmando, “No hace ninguna falta dibujarlo. Su descripción es sencilla y corriente. El local está en un semisótano, por tanto hay que descender unos cuantos escalones hasta llegar a un hueco que da acceso a una sala pequeña. A la izquierda, pegada a la entrada, se encuentra la barra y a la derecha, pegadas a la pared, tres mesas. Entre esas mesas hay un hueco disimulado por una cortina de flecos que da acceso al reservado y al fondo se encuentran los servicios. En el otro extremo de la sala, un poco a la izquierda, se abre otra sala mucho mayor en la que se encuentra en su centro una mesa de billar americano y contra las paredes una serie de mesas. La puerta disimulada por la cortina se encuentra en un lado de esta sala, al fondo.” De nuevo el silencio se adueñó de todos. “Tenemos que idear un plan lo suficientemente discreto para no despertar sospechas y que al mismo tiempo nos permita una salida airosa en el caso de que nos hayamos equivocado”, dijo Elías. “Eso nos haría perder mucho tiempo. De nuevo me temo que tendremos que improvisar”, replicó Eleuterio. “Nos hace falta un coche, ¿alguien tiene?” De nuevo se cruzaron las miradas. Fue Eleuterio, el único que al parecer estaba motorizado, quien afirmó: “Yo tengo.” “¿No será ese cacharro que tenías?”, inquirió Salvador. “No, hombre. Me compré uno hace unos meses. Es de segunda mano, pero está en perfectas condiciones. Lo tengo aparcado abajo.” “¡Estupendo!”, exclamó Salvador. “Ahora nos hace falta alguien que sepa conducir muy bien.” “Yo mismo”, intervino Eleuterio. “No. Tengo otros planes para ti.” “Yo puedo conducir”, dijo Mónica. Todos se volvieron hacia ella y Salvador dijo, entre grandes risas, “¡pero si no tienes carnet de conducir!” “¿Desde cuándo hace falta para ser un buen conductor? Mi hermano me ha enseñado y puedo asegurarte que en estos momentos puedo dar lecciones a cualquiera.” Salvador la miró fijamente y al cabo dijo: “¡Bien! Confiamos en ti. Ahora escuchad lo que he pensado a ver qué os parece. Mi plan tiene muchos cabos sueltos, pero ya los iremos anudando sobre la marcha.” Se calló un momento para aumentar la expectación y continuó: “Eleuterio, Julia y yo nos dirigimos al local, como si fuésemos un grupo de amigos que va a tomar unas copas.” “Pero Mac os conoce y si por casualidad os ve allí a los tres entrará en sospechas y todo el plan se irá al garete”, dijo Elías que no se resignaba a que le dejaran relegado. “Nos conoce a todos. Al único que no conoce es a Luis; pero éste no puede ir por razones obvias.” Se miraron desconcertados, sin saber si se refería a que una segunda vez levantaría suspicacias o a que posiblemente estuviera pensando en irse a la cama otra vez con la negrita. “En cualquier caso, dejad que lo exponga totalmente y después daremos paso a las objeciones.” Todos estuvieron de acuerdo y Salvador continuó, “los tres nos iremos con Mónica en el coche de Eleuterio. Buscaremos un lugar idóneo donde aparcarlo; aunque según el plano el mejor lugar me parece la confluencia de la calle Caballeros con la travesía que muere en la calle del garito. Ésta hace unos extraños zigzag, pero a pesar de ello nos puede servir perfectamente de enlace en caso que las cosas se compliquen.” “Me parece que estás olvidando algo muy importante”, intervino Elías con voz atiplada. Todos se volvieron hacia éste, que había adoptado un aire magistral y barbotó: “Te estás olvidando de la logística.” “¿De qué?”, dijeron varios. “Del proceso de cobertura necesario por si el plan previsto no sale según nuestros deseos.” Paseó una mirada triunfal sobre todos los reunidos y concluyó,

“sería estúpido que por esta negligencia todo nuestro esfuerzo quedase reducido a cenizas.” Eleuterio captó de inmediato el alcance de la propuesta y sus repercusiones en el plan general y dijo: “Creo que Elías tiene razón. Aunque nos haga perder un poco de tiempo, es mejor que estudiemos más a fondo el plan de ataque.” Elías tomó de inmediato el relevo y continuó, “estamos dando por supuesto que Anthony está encerrado en ese tugurio; pero resulta bastante surrealista que, si es cierto que lo han secuestrado, lo lleven a un *puti-club*.” “Te olvidas que esto no es Chicago y además no tienes en cuenta que Mac ha sido visto por Luis saliendo de una puerta disimulada tras una cortina que...” “Precisamente”, cortó Elías la perorata de Salvador con gesto de triunfo. “Puede ser perfectamente el cuchitril donde habita ese sujeto. Que yo sepa nadie sabe su dirección.” “¿Y qué me dices del policía que está vigilando?”, inquirió Eleuterio sin demasiada convicción. Elías lo miró y dijo con contundencia, “podría perfectamente estar vigilando los movimientos de Mac.” El silencio que siguió era el espaldarazo a la lógica aplastante del razonamiento de Elías. “¿Qué propones, entonces?”, intervino Julia que estaba impaciente por actuar. “Me da la impresión que si actuamos precipitadamente y nos equivocamos podemos provocar un escándalo que le haría un flaco favor a nuestro amigo. Por eso hay que obrar con la máxima cautela. El plan inicial esbozado por Salvador me parece bien; pero los demás tenemos que actuar de apoyo logístico, situándonos en lugares estratégicos para observar los movimientos de todos los que están implicados, incluido el tipo de la esquina.” Elías se dirigió a la mesa del plano e hizo una seña a todos para que se acercaran. “Ambrosio se colocará en esta esquina de la calle y Elvira en el otro extremo de la misma, mientras que Tomás y yo nos situaremos en el lugar donde Salvador había pensado aparcar el coche, vigilando discretamente los movimientos en esa parte de la calle y en el inicio de la que conduce hasta el local de marras. Por supuesto Luis y Andrés se quedarán aquí atendiendo el teléfono y haciendo las veces de centro de operaciones.” Elías levantó la vista del plano y observó que todos lo miraban con el asombro reflejado en sus semblantes. “¡Joder, tío! Eres genial; has diseñado un operativo casi perfecto.” “Gracias. Ahora sólo nos resta coordinar nuestros movimientos, procurando atar todos los cabos que podamos en estos momentos y preparándonos para afrontar cualquier contingencia.” Se calló un momento para tomar aliento y continuó, “nosotros saldremos en seguida para colocarnos en los lugares convenidos.” Después se dirigió a Salvador y los otros y les dijo: “Nos dais diez minutos y luego lleváis el coche al lugar señalado; si hubiera alguna novedad nos acercaríamos a vosotros, en caso contrario, actuad como si no nos conocierais.” “De acuerdo”, dijeron Salvador y Eleuterio al unísono. De inmediato este último fue a recoger la herramienta mientras decía dirigiéndose a Salvador, “supongo que ahora sí es el momento”, y se la colocó en un bolsillo interior del chaquetón. Apenas unos minutos después que se hubieran marchado los otros, sugirió ponerse en marcha. “Me parece que es mejor esperar los diez minutos para...”, empezó a decir Salvador. “Nadie ha dicho lo contrario”, cortó Eleuterio sin contemplaciones, “pero podemos hacerlo abajo; de ese modo le damos a Mónica a oportunidad de familiarizarse con el coche.” Mónica y Eleuterio se miraron con un gesto de infinita complicidad. “Me parece bien”, dijo Salvador; después dirigiéndose a los que se quedaban, “estad muy atentos y si hace falta avisar a alguien, ahí tenéis los teléfonos de casi todos. “Está bien, hombre. Vete tranquilo”, dijo Luis con cara de fastidio.

El coche, un viejo modelo con diez años de antigüedad, presentaba, sin embargo, un aspecto bastante atractivo y en apariencia daba la impresión de poder ser eficaz si llegara el caso. Mónica se colocó al volante, después que Eleuterio le pasara las

llaves. Esperó a que todos se hubieran subido y puso el motor en marcha arrancando con una pericia que dejó sorprendido a Salvador que se había sentado a su lado. Sin ninguna vacilación se movió con gran soltura por las estrechas callejas; dio un par de vueltas por el barrio, para dar tiempo a los otros a ocupar los lugares convenidos y cuando lo creyó oportuno se dirigió al punto señalado. “Creo que deberíamos estudiar nuestros movimientos dentro del local. A pesar de las indicaciones de Luis ignoramos con qué nos vamos a encontrar”, dijo Salvador. “Precisamente”, contestó rápidamente Julia. “Por eso lo único que tenemos que hacer es aparentar que somos un grupo de amigos que queremos tomar unas copas. A partir de aquí no tendremos más remedio que improvisar.” “Yo estoy de acuerdo con Julia. Nuestro principal cometido en cuanto crucemos el umbral del tugurio será no despertar ninguna sospecha. Después nuestra intuición nos guiará”, intervino Eleuterio con mucha convicción.

Cuando llegaron al lugar elegido vieron en seguida a Elías en una esquina, en actitud de esperar a alguien; sin perder tiempo bajaron del coche y se encaminaron calle abajo. Salvador apretó la mano de Mónica en un gesto de gran ternura que la muchacha agradeció con una sonrisa. “Tened mucho cuidado”, musitó. “Descuida.” Perdido en los meandros de aquella calle, más enrevesada que la firma de un loco, se tropezaron con Tomás, cuya inmensa mole, de casi dos metros de altura, era difícil de disimular; pero él hacía todo lo posible, ya que en aquellos momentos se encontraba inclinado sobre un saliente vomitando toda su mala leche. Pronto divisaron al tipo de la gabardina que, al verlos venir, intentó disimular calándose aún más el sombrero de fieltro que no había tenido más remedio que colocarse para evitar el relente en su reluciente calva, y girándose hacia la esquina en actitud de preservarse del viento para encender el cigarrillo, cuando en aquellos momentos no soplaba ni la más ligera brisa. Si en la calle Caballeros, habitualmente muy concurrida, eran escasos los paseantes a tan avanzada hora de la madrugada, por aquellas callejas tan sólo circulaban los actores y espectadores de un drama que cada cual vivía a su modo. El grupo giró a la izquierda y antes de internarse en el local miraron furtivamente a derecha e izquierda, pero la oscuridad casi completa sólo les permitió ver unas sombras que intuyeron eran sus compañeros en actitud vigilante. Se detuvieron un instante ante la puerta de entrada, justo el tiempo necesario para hacer acopio de sangre fría. Eran conscientes que tenían que mostrarse decididos, cualquier vacilación podría colocarlos en una situación difícil.

El local se hallaba aún bastante concurrido; muchas de las mesas estaban ocupadas. Se sentaron en la primera que encontraron libre, cerca de la entrada y enfrente de la barra. Pidieron unas cervezas y se enfrascaron en una conversación muy animada. Eleuterio, hábil maestro de ceremonias, gesticulaba y daba risotadas, mientras contaba anécdotas que los otros coreaban. Atentos también a todo lo que sucedía en el entorno, divisaron en seguida a la negrita amiga de Luis, sentada en el otro extremo de la barra más próxima a la sala contigua; charlaba con el camarero mientras éste secaba los vasos con un trapo suficiente mugriento para dejarlos peor que antes de secarlos. Los dos gorilas, inconfundibles, estaban sentados en la sala grande, en la que se encontraban algunas parejas y otro grupo de gente. Julia y Eleuterio se habían sentado juntos y trataban de descubrir qué se escondía tras la misteriosa cortina; Salvador, sentado frente a ellos, vigilaba sin saber bien por qué, la puerta de entrada. El tiempo parecía de pronto haberse detenido; la atmósfera del local comenzaba a ser asfixiante. Había que hacer algo. Eso es lo que Salvador debió pensar, ya que sin previo aviso se levantó y se dirigió decidido hacia la otra sala. Cuando llegó a la cortina, antes que pudiera hacer el gesto de apartarla, uno de los gorilas se plantó de un salto delante de él y preguntó: “¿Dónde vas? Esto es privado”,

con un acento conminatorio que no dejaba lugar a dudas. “Estoy buscan...do el la...vabo”, balbuceó Salvador, remedando sus noches etílicas, al parecer con gran convicción, ya que el otro le indicó, con su característico tono, el lugar que buscaba: “¿Es que estás ciego? Está en la otra sala.” “Lo... siento”, contestó y se alejó trastabillando hasta el lugar que le indicaban. “Borrachos de mierda”, oyó claramente Salvador mientras se alejaba. Eleuterio, aunque sorprendido por la rapidez con que se desarrollaba la escena, había acercado disimuladamente su mano al bolsillo interior del chaquetón y vigilaba discretamente los movimientos de los tipos. El otro se había levantado también y le decía: “¿Echamos de aquí a esos mierdas?” “No, déjalos. Son unos borrachos, pero al más mínimo escándalo salen pitando.” Salvador se reunió con sus amigos y siguieron los chascarrillos y anécdotas a algunas de las cuales reían con ganas. De pronto Eleuterio se envaró y Julia hizo también un gesto extraño que hizo sospechar a Salvador que algo estaba sucediendo a sus espaldas. En efecto, de la cortina había surgido una figura pequeña, vestida pulcramente con un traje bien cortado y peinada de forma elegante. Llevaba un pañuelo al cuello y daba la apariencia de un danzante de tango dispuesto a ejecutar sus movimientos en la pista. Después de hablar unos minutos con sus secuaces, se dirigió con paso decidido hacia la barra. A pesar de su corta estatura, su mirada dominaba la situación y su cara contraída en una mueca de odio infinito imponía un profundo respeto. Se sentó en el ángulo de la barra, junto a la negrita y el camarero que seguía pegando la hebra. El elegante debió decir algo muy gracioso, porque ambos rieron a carcajadas. En ese momento Eleuterio se levantó con mucha calma, mientras decía por los bajo, “¡estad atentos!” Caminó lentamente hacia el lavabo, pero al llegar a la altura del que suponía el *argentino*, con movimientos muy precisos, sacó la pistola del bolsillo del chaquetón con la derecha, mientras que pasaba la izquierda por el cuello del personaje sin darle tiempo a reaccionar, al tiempo que gritaba con voz fuerte y clara, “si alguien hace un movimiento sospechoso, le levanto la tapa de los sesos a este cerdo.” Todo había sucedido con gran rapidez y nadie había reaccionado, pero Salvador se había levantado armado con una botella, conminando al *barman*, “las manos sobre la barra, rápido.” Entretanto, Julia se había dirigido con rapidez hacia la negrita, arrastrándola al fondo de la sala pequeña, junto a los lavabos. “Sois amigos de Luis, ¿verdad?” Julia la miró con el ceño fruncido, “no te preocupes, no te ocurrirá nada”, respondió.

“¡Eh! Vosotros”, gritó Eleuterio, dirigiéndose a los dos gorilas que se habían incorporado de la mesa sin saber qué hacer. “Sí, vosotros. Venid hacia aquí lentamente, con las manos donde yo las pueda ver.” Las dos moles se pusieron en marcha hacia Eleuterio y cuando llegaron a una distancia prudencial, éste les gritó: “¡Quietos! Ahora con gran cuidado sacan la herramienta y la dejan en la mesa. Al menor movimiento brusco se quedan sin jefe.” Los gorilas se miraron y el *argentino* aulló: “¡Obedezcan, boludos!” Sacaron sus pistolas de la sobaquera y las dejaron encima de la mesa. “Hazte cargo de ellas.” Salvador las cogió y le entregó una a Julia. “Ahora, mételos en el reservado.” Éste les hizo señas con la pistola y los introdujo en una pequeña habitación con una cama y un lavabo. Cogió la llave que estaba en la cerradura por la parte interior y los encerró, guardándosela en el bolsillo. “*Broncas*, abrid la caja y dadle la pasta. Acabemos de una jodida vez”, oyó Salvador al *argentino* cuando salía a la sala. El *barman* inició un movimiento, pero Eleuterio le dijo con voz suave, “quieto donde estás”. Salvador, sin pérdida de tiempo, se dirigió a la cortina y franqueó la puerta que daba a una escalera muy empinada y mal iluminada. Se colocó la pistola en la cintura y subió con cuidado hasta la puerta superior, cerrada con llave, pero ésta se encontraba colocada en la cerradura. Dio una vuelta a la llave

y se agazapó en el otro ángulo de la puerta; cogió de nuevo la pistola y con el pie la abrió un poco y esperó; después de unos segundos la abrió completamente, pero la oscuridad más absoluta le recibió. Ni un solo resquicio de luz se percibía, ni tampoco el más mínimo movimiento. De nuevo esperó otros cinco segundos y luego se aventuró tanteando las paredes en busca de un interruptor. Al fin lo encontró y una bombilla de escasa potencia iluminó la reducida estancia, cuyo único mobiliario era una mesa con varias sillas en un rincón y en el centro una silla con correajes. Ni una sola ventana; además daba la impresión de estar insonorizada. “Un verdadero *zulo*”, pensó Salvador. Al fin divisó en un rincón del fondo un jergón y alguien tendido en él, con la cara girada hacia la pared. No daba señales de vida. Salvador corrió hacia él y arrodillándose le dio la vuelta con cuidado.

El americano presentaba la cara tumefacta y tenía un ojo amoratado; además parecía tener todo el cuerpo contusionado, ¡pero estaba vivo! Salvador intentó reanimarlo, “¡Anthony!, ¡Anthony!” mientras le daba cachetes en las mejillas. Al cabo de un rato, el americano comenzó a rebullir; tras algunos intentos infructuosos logró abrir el ojo medio sano y después de innumerables parpadeos distinguir a su amigo. “¡Salvador!”, gritó con alegría y se abrazó a él, sintiendo el dolor en todo su cuerpo. Su amigo lo abrazó con cuidado, al tiempo que le preguntaba: “¿Cómo te encuentras?” “Ya lo ves, fatal” “¿Te han torturado?” “Sí; pero lo peor aún no había llegado. Menos mal que has venido, porque me temo que estaban dispuestos a matarme.” “Pero, ¿qué querían?” El americano iba a responder, pero Salvador lo pensó mejor, “no déjalo, ya nos lo contarás todo más tarde. Ahora tenemos que irnos. Eleuterio y Julia están abajo y hay otros compañeros en la calle dándonos cobertura. “¿De veras?”, casi gritó de alegría Anthony que no podía disimular la emoción que lo embargaba. “¿Cómo habéis dado conmigo?” “Eso luego. ¿Puedes andar?” “Creo que sí.” Le ayudó a levantarse y caminaron a lo largo y ancho de la habitación durante unos minutos, luego se dirigieron a la escalera y con sumo cuidado la bajaron. Por fin aparecieron detrás de la cortina y un par de gritos de alegría, con algunos de asombro, los acogieron. El *argentino* hizo un movimiento, pero Eleuterio lo paró, “¡quieto! No querrás que tus sesos adornen las paredes de tu asqueroso bar.” “¿Qué hacemos con éste?”, dijo Salvador señalando al personaje que Eleuterio mantenía como si fuera un guiñapo. “Por supuesto, llevármolo con nosotros. ¿Te imaginas lo que pasaría en cuanto nos marcháramos, si lo dejáramos aquí?” “Tienes razón. Vámonos.” Se dirigieron a la salida sin perder de vista a la gente. Antes de abandonar definitivamente el local, Eleuterio se paró y dijo: “Me voy a quedar arriba en la puerta y como a alguien se le ocurra salir antes de media hora, me lo cepillo.” Y salió arrastrando al *argentino*. Ya en la calle, se dirigieron, sin pérdida de tiempo, hacia su izquierda para enfilear la calleja que los conduciría al coche. Seguían aparentando un grupo de amigos dispuestos a seguir la juerga. Eleuterio continuaba encañonando a su prisionero, pero disimulando la pistola entre sus ropas. Sin embargo, a pesar de ello, era muy difícil no sospechar de un grupo tan heterogéneo. Al verlos llegar el policía hizo intención de mirar para otro lado, pero al ver al *argentino* se quedó clavado, sin capacidad de reacción. Para Eleuterio, atento a cualquier contingencia, no pasó desapercibido este cruce de miradas. “Tal como suponía están en perfecta armonía”, pensó. “De todos modos, no creo que se atreva a intervenir por el momento.”

Entretanto el *barman*, tras unos instantes de vacilación, se había aventurado hasta la puerta de entrada al local y con gran cuidado había atisbado por la hoja entreabierta, justo en el momento en que el grupo desaparecía por la calle transversal. Descendió de un salto la escalera y fue hasta el reservado intentando abrirlo, pero al darse cuenta que estaba cerrado con llave le dio una fuerte patada y una parte de la puerta

se incrustó en la cara de uno de los gorilas que se encontraban en esos momentos manipulando la cerradura. “¡Imbécil! Podías haber avisado”, gruñó, frotándose la cara con las dos manos. “¿Hacia dónde han ido?”, dijo el otro. “Se han metido por la calle de enfrente.” “Tú quédate aquí”, le dijo al *barman*. “Vamos”, dirigiéndose al otro, que continuaba frotándose la cara contusionada.

Tomás seguía sus prácticas vomitivas, las cuales tenían en esta ocasión un objetivo diferente. Al ver llegar al grupo, andando de prisa, observó que el policía extraía algo del bolsillo de la gabardina, pero no era una pistola, sino al parecer un radio transmisor. “Aquí Garza Azul llamando a Pecho Lobo.” “Aquí Garza Azul llamando a Pecho Lobo.” A Tomás le pareció que hacía un gesto de estrellar el aparato contra el suelo, pero debió pensarlo mejor, porque volvió a guardárselo en el bolsillo y siguió al grupo a distancia. En ese momento, dos personas enfilaban la calle y se quedaban parados un momento, al parecer hablando entre ellos. “Tú ves a por el coche y síguenos, yo mientras los seguiré a ellos. ¿Sabes dónde está Mac?” “No tengo ni idea.” “Está bien, ya intentaremos localizarlo luego.”

Cuando Tomás vio que se separaban y que uno de ellos continuaba por la calle en persecución del grupo se puso a su vez en marcha para tratar de interponerse en caso necesario. La llegada del grupo al lugar en el que tenían aparcado el coche fue tumultuosa. El *argentino* forcejeaba cada vez con más rabia, pero Eleuterio lo tenía bien cogido por el cuello y no le dejaba la más mínima oportunidad de fuga. Mónica los vio llegar y al instante puso el motor en marcha. Por su parte, Elías, atento a la operación, observó una figura que, desde la calle Caballeros, se dirigía hacia el grupo. No tardó Elías en reconocer en el recién llegado a Mac y de un salto se interpuso en su camino. “¿A dónde crees que vas, cerdo?” Un puñetazo en plena cara fue la respuesta que recibió; pero sin arredrarse, Elías, que había caído al suelo por el impacto, lo sujetó por los pies y le hizo perder el equilibrio. “Vamos, Mónica, arranca, ¿qué esperas?”, instó Eleuterio, que se había subido a la parte trasera del coche con el *argentino* y al otro lado Anthony. Delante lo habían hecho Salvador y Julia. “Pero, Elías...” “Todos nos hemos dado cuenta que ha interceptado a Mac, pero si no nos vamos en seguida, su gesto no habrá servido para nada. Además está Tomás. ¡Hostia! Ya están aquí todos.”

Efectivamente, había llegado el policía que se hizo cargo en seguida de la situación y pisándole los talones Tomás que se arrojó sobre Mac y le propinó tal golpe que lo dejó tendido en el suelo semiinconsciente, al tiempo que Mónica arrancaba con gran chirrido de neumáticos. Eleuterio miró hacia atrás y gritó: “¡Mierda!” “¿Qué sucede?”, preguntó Salvador volviéndose. “Creo que vamos a tener acompañamiento. Un coche ha recogido a Mac y se dispone a seguirnos. Deben ser los gorilas de este cerdo.”

“¿Creéis que vais a salir bien librados?”, barbotó el *argentino* con gesto de desafío. Eleuterio lo miró con desprecio y poniéndole el cañón de la pistola en la boca le amenazó, “descuida que tú serías el primero en caer.” La cara del elegante adquirió una palidez cadavérica y se arrugó en el asiento del coche hasta casi desaparecer. Tomás ayudó a Elías a incorporarse, en tanto que con ellos se reunían Ambrosio y Elvira. “¿No era Mac el que ha subido a ese coche?” “Efectivamente. Y el que me ha propinado un puñetazo que casi me hace saltar todos los *piños*.” “¿Qué hacemos?” “Creo que lo mejor será volver a casa de Salvador y avisar a todos los que podamos. Al parecer, la policía está en el ajo; el tipo de la esquina lo ha visto todo y no ha hecho nada por intervenir, se ha limitado a escaquearse. Hay que intentar poner a la ciudad en pie de guerra. Es el único modo que se me ocurre para echar una mano a nuestros amigos.” Efectivamente el tipo de la esquina, después de observar lo que sucedía, se dirigió a un coche aparcado en la misma calle, no muy lejos. Al llegar

observó que su compañero, sentado al volante, estaba dormitando. Lanzó un juramento y abrió la puerta del otro lado, apoderándose del micrófono del radio transmisor. “¡Llamando a Central!” “¡Llamando a Central!” Al cabo de unos segundos llegó la respuesta. “Aquí Central. Escucho.” “Soy el subinspector López Candela. Dos coches, uno en persecución del otro, circulan a toda velocidad por la ciudad. Acaban de abandonar la calle Caballeros, pero ignoramos hacia dónde se dirigen. Avisen a todas las patrullas y deles instrucciones para que los localicen y no les pierdan de vista, pero no intervengan. ¿Me ha oído? ¡No intervengan! Esto incluye también a la policía local. Manténgame informado constantemente.” “Entendido, subinspector López. Procedo a dar la orden.” López Candela se volvió y vio que su compañero seguía entregado al sueño. Con un gesto de rabia salió del coche y cerró la puerta con toda la fuerza de su rencor. “¡Eh! ¿Qué pasa?” “Pase lo que pase, siempre serás un cretino”, dijo López entrando de nuevo en el coche. “Arranca y sigue hasta el final, mientras llamo al comisario Morales”, añadió. “Está bien”, dijo su compañero. López cogió su móvil y marcó un número. Tuvo que esperar casi un minuto antes que alguien respondiese. “¿Quién llama?” “Señor comisario, lamento llamarle a horas tan intempestivas, pero es urgente y como me dijo...” “¿Es usted, subinspector López?”, cortó Morales y sin esperar respuesta continuó, “no es necesario que se disculpe; en estos momentos estoy en mi coche por la carretera de Pinedo, en dirección al puerto; pero haga el favor de no llamarme comisario. Todavía soy inspector. ¿Qué es lo que ocurre?” “Tenía usted razón. Había alguien, al parecer contra su voluntad, en el tugurio del *argentino*, pero hace unos minutos ha sido liberado por un grupo de gente que se han llevado con ellos también a ese extraño personaje.” “¿Pero qué está diciendo?” El subinspector López le hizo un informe detallado de todo lo que había sucedido hasta ese momento. “¿Tiene idea de quienes podían ser?” “No, inspector. Pasaron cerca de mí, pero esa calle no está muy iluminada y no puede verlos con claridad.” “Bien. Sigamos con el plan. Localícelos cuanto antes y no los pierda de vista, pero sin intervenir a no ser en caso extremo. En cuanto los hayan localizado, infórmeme de inmediato. Por el momento seguiré hacia Nazaret.” “A sus órdenes, inspector.”

Morales cerró el móvil y se quedó pensativo, al cabo mascullo, “¡maldita sea! Tenía que haber intervenido en seguida, sin esperar la orden de registro.... Aunque bien pensado”, se dijo, después de un rato, “esto puede llevarnos hasta el fondo del asunto. Si mis sospechas son ciertas, aquí están implicadas altas instancias.” Cogió el móvil y marcó un número; no tuvo que esperar mucho, una voz cansada respondió al otro extremo de las ondas. “¿Diga?” “Soy el inspector Morales, señor Director. Lamento...” “No lamente nada, porque estaba despierto, últimamente duermo muy mal y me dedico a escribir mis memorias.” “Le llamo, porque usted me dijo...” “Señor Morales vaya al grano, por favor.” “Bien. Estaba usted en lo cierto; por pura casualidad tuve noticias de una especie de secuestro, pero antes que tuviera tiempo de intervenir, amigos del secuestrado, sospecho que de Radio Klara, lo han liberado y se han llevado con ellos al jefe de la banda, un mafioso al que llaman el *argentino*.” “¿Por qué no intervino usted tan pronto recibió la información?” “Pedí una orden de registro del tugurio de la banda...” “Señor Morales...” “Sí, ya sé lo que me va a decir, pero cada vez que intenté meterle mano a ese cabrón, se interpuso el comisario Cabrera...” “Pero ya hace unos meses que ha sido separado del departamento y usted asume desde entonces todas las competencias.” “Usted sabe, tan bien como yo que Cabrera no hacía nada por su cuenta...” “Está bien, ¿cuál es la situación en estos momentos?” “La banda del *argentino* persigue al grupo que se ha llevado a éste. He dado orden de no intervenir hasta el último momento.” “Muy bien, inspector.

Hágame un favor, ¿quiere?” “Usted dirá.” “Voy hacia mi coche y quiero que me mantenga informado de todo lo que suceda. ¿Tiene usted el número de mi móvil?” “Sí. Lo tengo.” “Bien, pues espero sus noticias.” “Conforme.” Morales dejó el móvil en el asiento y se quedó pensativo. “¡Joder! Esta noche parece que todo el mundo está desvelado. ¿Para qué querrá que le informe? ¿Será uno de los implicados en esta historia? Desde luego las próximas horas prometen ser interesantes.”

Mónica dio un brusco giro a la derecha al llegar al final de Caballeros y las ruedas traseras se subieron a la acera, mientras el coche culeaba a un lado y otro. Por fortuna, lo avanzado de la hora había despejado completamente las calles del barrio y sólo algún trabajador con el envoltorio del bocadillo bajo el brazo se aventuraba a desafiar la soledad oscura y triste de la madrugada. La ominosa negrura de la noche estaba dejando paso a una claridad terrosa que, sin embargo, era todavía incapaz de vencer el poder de las tinieblas. “¡Cuidado, Mónica!”, dijo Salvador instintivamente. “Me temo que va a ser muy difícil despistarlos. Los tenemos casi encima”, dijo Eleuterio mirando por el cristal trasero. “Haz lo que puedas, Mónica y tú Salvador procura mantener la boca cerrada.”

El coche de atrás había arrancado a todo gas, en cuanto recogieron a Mac y éste había dicho: “Sobre todo no los perdáis de vista, pero por ahora limitaros a seguirlos muy de cerca. Nada de disparos por el momento. Voy a avisar al comisario.” Se sacó el móvil del bolsillo del chaquetón y marcó. “¿Diga?”, contestó una voz desabrida y con todos los síntomas de haber sido arrancada de un pesado sueño. “Perdone que le moleste a estas horas, señor comisario; soy Mac.” “Espero que lo que tengas que decirme sea lo suficientemente grave como para atreverte a llamarme aquí y además a horas tan intempestivas.” Su voz sonaba cargada de amenaza; una amenaza que iba más allá que el simple grito de desesperación. “Lo es. Han liberado al americano sus amigos de Radio Klara y se han llevado con ellos al *argentino*. En estos momentos vamos detrás de ellos por el barrio del Carmen. Ignoramos a dónde se dirigen o lo que pretenden, pero no se nos van a escapar.” “Por la cuenta que os tiene”. El comisario se acabó de levantar de la cama con un supremo esfuerzo y continuó. “Voy a vuestro encuentro. Anota mi número del móvil y dentro de un cuarto de hora me llamas. Pero sobre todo no los perdáis de vista y en caso necesario disparad contra ellos.” “Pero el *argentino*...” “¡Qué cojones me importa el *argentino*!”, gritó el comisario. “¡Obedece mis órdenes!” Mac iba a anotar el número de teléfono cuando el coche dio un giro rápido a la derecha y lo lanzó contra la portezuela con gran violencia. Un obrero que iba hacia el tajo con la fiambra en una bolsa tuvo que lanzarse en plancha contra la esquina para evitar ser atropellado. El coche se llevó por delante una pila de sillas de plástico, rompiendo la cadena que las unía y desperdigándolas por toda la plaza. “¡Qué cojones haces!”, gritó Mac fuera de sí. “Van muy aprisa y si no aprieto el acelerador los vamos a perder.” Mac cogió el teléfono del cual salían improperios de todas las clases y matices. “¡Sois unos inútiles!” “Señor comisario ya tengo el número”, dijo Mac con voz sumisa. “Está bien. ¡Hasta luego!” Tiró el móvil contra el asiento del coche, sacando de la sobaquera la automática; comprobó el cargador y lo colocó de nuevo con un golpe seco. El gorila sentado junto al que conducía se volvió y preguntó: “¿Qué ha dicho el comisario?” “Que no los perdamos de vista y que les cerremos el paso, aunque sea a tiros.” “¿Y el jefe?” Mac se limitó a encogerse de hombros, siendo acompañado ese gesto de una brutal risotada del gorila que fue coreada por su compañero.

Mónica conducía el coche con una inaudita pericia por la estrecha calle Baja; Eleuterio, sentado detrás de ella, se inclinó y musitó: “¿Tienes algún plan concreto o te dejas conducir por el azar?” El coche dio un giro inesperado a la derecha y se

engolfó por Roterós en dirección prohibida. Confiaba la muchacha en el escaso tráfico a aquella temprana hora; un coche en dirección contraria los dejaría encerrados sin posibilidad de escape. Sus compañeros de viaje se vieron empujados hacia la izquierda y el *argentino* se golpeó la sien con el cañón del arma que Eleuterio mantenía apuntada contra él con firmeza, a pesar de los bruscos virajes.

“De momento intento no salir de las calles estrechas para evitar que nuestros perseguidores nos cierren el paso”, dijo la fin Mónica, sin perder la atención en el volante. “Bien pensado; pero en algún momento tendremos que salir de aquí. El tráfico no tardará en intensificarse y en estas callejuelas podríamos quedar bloqueados...” Efectivamente la claridad había ya vencido definitivamente, lo cual tenía la ventaja de ver los contornos con mayor precisión, pero iba a ser mucho más difícil pasar desapercibidos y sobre todo despistar a sus perseguidores. Mónica miró por el retrovisor al llegar a la altura de Serranos y no vio al coche que los seguía; por un momento pensó que quizá los había dejado atrás lo suficiente como para darles esquinazo. Giró bruscamente a la derecha y se dirigió de nuevo a la calle Caballeros. Sus perseguidores habían doblado también por Roterós, pero llevándose por delante el pilote de protección de la esquina; aunque su coche era más potente, el gorila que lo conducía, lo hacía con bastante poca pericia, lo cual proporcionaba a Mónica una cierta ventaja. Al llegar casi al final de la calle Serranos, vio doblar al coche de los mafiosos y su optimismo se vino abajo. Con todo siguió con su plan, giró de nuevo a la derecha e inmediatamente a la izquierda, engolfándose en una calle en zigzag que podía proporcionarles la ventaja que necesitaban.

“Va a ser difícil que el coche salga incólume”, dijo en ese momento Mónica mirando a Eleuterio por el retrovisor. “El coche es lo último que debe preocuparte, Mónica. Sigue con tu plan que me parece perfecto. Quizá aún tengamos una posibilidad.”

Desembocaron al fin en la plaza Zaragoza y Mónica bordeándola se dirigió a la calle del Mar. “¿Os habéis fijado?”, preguntó Julia. “¿Te refieres al coche de la policía?”, inquirió a su vez Eleuterio. “En efecto. Nos ha visto pasar a toda leche y no ha hecho ni siquiera intención de seguirnos.” “Además está situado en un lugar estratégico, como si nos estuviera esperando”, confirmó Salvador. “Esto nos prueba, por si hiciera falta, que la policía está implicada en este asunto. Seguramente el tipo de la esquina habrá informado de lo sucedido y las órdenes transmitidas serán de no intervenir”, dedujo Eleuterio. “Ya os dije antes que no ibais a salir bien librados...” “¡Hijo de puta!”, exclamó Salvador volviéndose hacia él y levantando el puño para arrearle un golpe.

“Espera Salvador”, dijo Eleuterio, sujetándole el brazo. “Quizás quiera explicarnos antes qué significa todo esto.” “Estáis listos si esperáis que os diga algo, boludos.” Eleuterio amagó un golpe a la cara del *argentino*, pero en ese momento se oyó la voz del americano que habló pausadamente. “Déjalo, Eleuterio. No vale la pena que te ensucies la mano golpeando a esta mierda.” “¡Hostia! Ya has resucitado. ¿Cómo te encuentras?”, inquirió Eleuterio. “Mucho mejor, gracias”, contestó Anthony con una sonrisa. Todos se habían vuelto hacia él con gestos de simpatía. “Por lo que he podido deducir de todo lo que este cabrón me preguntó, es el jefe de un grupo de colaboración de la CIA que opera desde hace años en diferentes lugares del país. Efectivamente, tienen contactos con la policía, pero ignoro a qué nivel, aunque es de suponer que llegará a altas instancias.” Anthony hizo una pausa cuando Mónica, que en ese momento estaba a punto de enfilear la calle del Mar, al ver por el retrovisor el coche de sus perseguidores que acababa de entrar en la plaza y se dirigía a toda velocidad hacia ellos, lanzó una sonora maldición: “¡La madre que los parió! No hay forma de despistarlos.” “¿Qué piensas hacer?”, preguntó Salvador. “Tengo una idea, pero me temo que es un poco arriesgada. De todos modos, por el momento es lo

único que tenemos. Vosotros lo que tenéis que hacer es sujetaros bien, por lo que pueda suceder. Y a ti, Anthony, bienvenido al mundo de los vivos; sigue con la historia que es muy interesante.” “Gracias, Mónica”, dijo el americano sinceramente. Habían llegado a la Glorieta y el tráfico comenzaba a ser ya bastante importante. Mónica sorteaba los coches que se le interponían y se saltaba los semáforos en rojo, procurando evitar la colisión con los coches que se le cruzaban. Parecía una carrera de obstáculos amenizada con una ininterrumpida sinfonía de pitidos e insultos de todas clases y tonos. Anthony intentó desentenderse de lo que sucedía fuera y siguió con su relato.

“Lo más sorprendente de todo fue que estaban convencidos que había venido a Valencia para formar, a través de Radio Klara, una red de apoyo a los grupos de izquierda chilenos. Ese fue el motivo de que me secuestraran, después de haberme tenido bajo vigilancia desde que llegué a la ciudad, seguramente por órdenes de algún grupo de la CIA en Norteamérica.” “¿Estás seguro de lo que dices?”, preguntó Julia. “Completamente no, pero es lo más probable, porque este hijo de puta conoce a mi padre mejor que yo mismo. Por los detalles que iba pillando aquí y allá, deduje que su idea era involucrar a mi padre en una vasta red de oposición terrorista a Pinochet. Cuando tuvieron noticias de mi venida a Valencia y mi incorporación, a las pocas semanas, en Radio Klara, creyeron que sus sospechas se confirmaban y que el anarquismo internacional se estaba coordinando para provocar una insurrección popular en Chile, a fin de acabar con Pinochet.” “Perdona que te interrumpa, Anthony”, dijo Eleuterio que miraba por el cristal trasero del vehículo. “Nuestros perseguidores acaban de embestir a un coche y lo han dejado tirado en medio de la calle.” En efecto, el vehículo de los gorilas había salido de la calle del Mar a toda velocidad y al girar colisionó con otro que cruzaba la plaza, dejándolo inutilizado. La mayor resistencia del coche de los perseguidores le proporcionaba una relativa ventaja, aunque el golpe les había hecho perder algunos segundos preciosos. “Esto nos concede alguna ventaja que Mónica aprovechará sin duda.” La muchacha le sonrió a través del retrovisor y dirigió el coche hacia el puente de Aragón, después de sortear el tráfico que se dirigía hacia Colón, ya en ese momento bastante intenso. “¡Hostia! ¡Qué hijos de puta!”, exclamó Eleuterio que se había vuelto de nuevo a mirar por el cristal trasero. “¿Qué sucede?”, preguntó Julia excitada. “Hay un coche de policía agazapado tras el antiguo edificio de juzgados y no han reaccionado en absoluto, a pesar de haber visto el choque; uno de los policías está tomando notas y el otro está hablando a través del radio transmisor. Seguramente pretenden hacernos un seguimiento riguroso, ¿pero con qué fin?”, concluyó encogiéndose de hombros. Las dudas de Eleuterio se hubieran en parte disipado, si, por cualquier motivo, tuviera conocimiento de la vasta red de información que en ese momento se había establecido en distintos puntos del casco urbano. El inspector Morales había sido informado puntualmente por su subordinado, al ser avistados los coches por primera vez en la plaza Zaragoza. Ante la imposibilidad de saber con precisión hacia dónde tenían intención de dirigirse, decidió seguir por el antiguo camino de Nazaret hacia el puerto. Desde allí podría moverse con relativa facilidad al encuentro de los vehículos. Informó a su vez al director general que ya se había puesto en movimiento. Mac, por su parte, había establecido una línea permanente con el comisario que se dirigía a toda velocidad a su encuentro con la sirena puesta. En tanto que el subinspector López, dando pruebas de una gran destreza, estaba estrechando el cerco en torno a perseguidos y perseguidores, siguiendo al pie de la letra las instrucciones del inspector Morales, el cual, sin embargo, todavía no había elaborado un plan preciso y

de momento se dejaba llevar por los acontecimientos, a la espera de encontrar una solución satisfactoria.

“¿No crees que tus deducciones tienen puntos débiles, difíciles de explicar, Anthony?”, pregunto Mónica, mientras de un certero golpe de volante, esquivaba un coche que se cruzaba y giraba hacia la izquierda, enfilando el puente de Aragón con idea de dirigirse hacia la avenida del Puerto. “Soy consciente de ello, Mónica; pero, aunque resulte inverosímil, es la única explicación que he encontrado. Durante el encierro he tenido mucho tiempo para reflexionar sobre este asunto. Sin embargo, todavía no llego a entender la especial saña con que me trató Mac, al que siempre había tenido por un amigo. Se mostró en todo momento especialmente cruel, tanto de palabra como con los hechos.” “Quizá quisiera hacer méritos”, adujo Salvador. “¿No te parece sorprendente que la CIA, con todos los medios a su alcance, cometa errores de este calibre? Imagino que sus sistemas de información serán de los más sofisticados que uno pueda concebir”, insistió Mónica con un cierto escepticismo. “Tienes razón. Así lo han demostrado en multitud de ocasiones; pero siempre puede suceder que esa maquinaria, casi perfecta, se bloquee por cualquier nimiedad no prevista y acabe funcionando de forma obsesiva, sin atender a determinadas reglas que de ordinario pondrían las cosas en su lugar. Es posible que un departamento cualquiera, obsesionado con la idea de impedir que salgan a la luz documentos demostrativos de la participación directa de Estados Unidos en el golpe de Estado contra Salvador Allende, esté realizando una labor de caza de brujas, sin atender a ningún tipo de crítica o incluso actuando de forma autónoma.” Anthony calló un momento; habían llegado a la plaza de Aragón y Mónica tuvo que realizar violentas maniobras para impedir quedar atrapada entre el tráfico. Los perseguidores se acercaban cada vez más y no podía andarse con miramientos. Estuvieron a punto de embestir a un coche que circulaba por la izquierda, el cual tuvo que dar un brusco frenazo, siendo alcanzado por otro vehículo y recibiendo un fuerte golpe. El accidente provocó un pequeño atasco que les concedía otra relativa ventaja, mientras Mónica enfilaba la avenida del Puerto a toda velocidad. “Continúa, Anthony”, dijo, relajándose un tanto, “es muy interesante lo que dices.” “Además”, prosiguió el americano, como si nada lo hubiera interrumpido, “hay que tener en cuenta que en muchas ocasiones, los grupo de apoyo exageran la información que facilitan a fin de crear una alarma ficticia con el objeto de seguir disponiendo de la financiación que les proporciona la Central de Inteligencia. De todos modos, lo que más me preocupa de todo este asunto es que, si mi intuición no me engaña, mi padre está mucho más involucrado de lo que yo creía en la lucha contra Pinochet y esto me hace temer seriamente por su vida.” “Puede que tengas razón”, dijo Mónica con dulzura, “pero no debes preocuparte por eso ahora. Me da la impresión que tu padre sabrá defenderse en caso necesario.” “De eso no me cabe ninguna duda”, concluyó Anthony con orgullo. A pesar de que Mónica pisaba a fondo el acelerador y circulaba a una velocidad vertiginosa, sus perseguidores les estaban dando alcance. “Me temo que acabarán echándose encima de nosotros”, comentó Eleuterio. “Lo siento”, murmuró Mónica, con pesar, “pero su coche es más rápido.” “Lo sé... ¡Hostia!” exclamó, “Mac y el gorila que va de copiloto han sacado sus armas y me da la impresión que están dispuestos a utilizarlas. Al parecer este gilipollas ya no sirve ni como rehén.” El *argentino* se había vuelto hacia el cristal trasero y comprobó la veracidad de sus palabras, luego se volvió y se arrugó en el asiento con la cara demudada. Mónica miró por el retrovisor y calculó la distancia que los separaba; a esa velocidad pronto los alcanzarían por la izquierda. En un primer momento pensó en cerrarles el paso cuando estuvieran a punto de alcanzarles, pero miró a su derecha por el retrovisor y dejó que los

perseguidores les alcanzaran. Cuando ya casi estaban situados a su altura, Mónica quitó el pie del acelerador y pisó el freno a fondo. La maniobra desestabilizó el vehículo, dio un giro a la derecha y las ruedas del lado izquierdo se levantaron poniendo el coche en peligro de volcar. Un vehículo que circulaba por el carril en el que se había cruzado el coche que conducía Mónica dio un frenazo y se cruzó a su vez en la avenida chocando con los vehículos que circulaban por los otros carriles. La inercia condujo el coche del grupo hasta la calle transversal que la muchacha había visto cuando dio el frenazo, las ruedas de la parte izquierda volvieron a su posición y por un momento Mónica pareció perder el control. En ese momento un coche de la policía local, que circulaba por la calle paralela a la avenida asomó el morro y Julia lanzó un grito: “¡Cuidado!” Pero ya era tarde, Mónica no pudo evitar darle un fuerte golpe, aunque sirvió para recuperar el control del vehículo y continuar sin problemas, ya que el golpe sólo les había abollado el ala delantera izquierda, sin afectar piezas esenciales, sin embargo el faro de ese lado había desaparecido hecho añicos. Ya recuperados del susto inicial todos felicitaron a Mónica que estaba demostrando que sabía hacer frente con decisión a situaciones comprometidas. “¡Hurra!”, gritó Eleuterio exultante, “ha sido una jugada magistral. Has conseguido despistarlos”, concluyó con optimismo. “Cuestión de suerte”, contestó Mónica quitándole importancia.

La alegría del grupo pronto iba a trocarse en decepción. El tremendo accidente en el que se habían visto involucrados gran cantidad de vehículos, bloqueó momentáneamente la avenida del Puerto, lo cual fue aprovechado por los perseguidores para dar un giro de ciento ochenta grados y, subiéndose a la acera, dirigirse a todo gas hacia la travesía por la que habían desaparecido los otros. Los escasos transeúntes que circulaban en ese momento tuvieron que arrojar a la calzada para evitar ser embestidos por el coche que aparecía abollado por todos lados. Todavía tuvieron tiempo de divisar a sus perseguidos que en ese instante giraban a la izquierda tomando el antiguo camino del grao que les hubiera permitido desaparecer definitivamente de la vista de sus perseguidores. El coche de la policía había quedado inutilizado y bloqueaba la travesía; sus ocupantes estaban transmitiendo los últimos incidentes, cuando vieron pasar a toda velocidad el coche de los gorilas.

Mónica había decidido tomar un estrecho camino situado a escasa distancia que les conduciría al camino de Nazaret y de allí a la ciudad, por la autopista del Saler. Poco antes de llegar dirigió instintivamente la vista hacia atrás y lanzó un sonoro juramento: “¡La madre que los parió!” Salvador, que se apretaba contra Julia todo lo posible para dejar a Mónica libre de movimientos, se asustó al ver su cara contraída. “¿Qué sucede?” “Esos hijos de puta nos han encontrado. No sé cómo han podido hacerlo, pero los tenemos de nuevo detrás de nosotros.” Se interrumpió unos instantes y al cabo dijo, torciendo bruscamente hacia la izquierda: “No importa; seguiremos con el primitivo plan.” Salieron de nuevo a la avenida del Puerto, sin detenerse, pero con cierta precaución. La intensidad del tráfico era ya más grande, sobre todo porque el atasco debía haber concentrado en poco tiempo a un volumen mayor de coches. Sorteándolos y a la mayor velocidad posible llegó al final en el preciso momento que el semáforo se ponía en ámbar. Esquivó el coche que le precedía y a todo gas enfiló la entrada a la estación marítima. Mónica pensó que esta maniobra le proporcionaría el tiempo que necesitaba para llevar adelante su plan, pero sus perseguidores estaban demasiado próximos y consiguieron pasar también, antes que los coches parados en la avenida transversal se pusieran en marcha. De todos modos el paso de

los coches a toda velocidad fue acompañado de un impresionante concierto de pitidos de todas clases.

Hacía ya unos minutos que el inspector Morales había aparcado su coche al final de la avenida y observó la escena a placer. “Hay que intervenir ya”, se dijo, mientras ponía el motor en marcha y daba las órdenes oportunas por radio. Enfrascado en estas tareas, no se apercibió que otro coche aparcado muy cerca ponía también el motor en marcha.

“¿Qué has hecho, Mónica?”, era Salvador el que había hecho la pregunta que más parecía un grito desesperado. “Nos hemos metido en una ratonera.” “Mi plan inicial contemplaba que la puerta de acceso a los muelles estuviera abierta. Si está cerrada...” Calló bruscamente al darse cuenta que el coche de sus perseguidores se le echaba encima. Hizo una brusca maniobra para impedir que les adelantaran y enfiló el acceso a los muelles que afortunadamente estaba expedito. Sin embargo un guarda se había plantado en medio agitando los brazos en un claro intento de conminarlos a detenerse. No tardó en apercibirse que su gesto era inútil, ya que el coche se dirigía hacia él a toda velocidad y dio un salto para apartarse. El vehículo entró dando un salto y Mónica dio un brusco giro a la izquierda, en el reducido espacio del hangar, enfilando el muelle de embarque. “¡Mónica, nos vamos al agua!”, gritó Julia desesperada. Pero poco antes de llegar al borde del muelle, Mónica dio un volantazo maestro y el coche giró sobre sí mismo con una de las ruedas traseras girando frenética en el vacío y la otra intentando agarrarse desesperadamente al pavimento. El coche perseguidor no tuvo tiempo de reaccionar y con toda la velocidad que llevaba dio un salto prodigioso en el vacío, a pesar del desesperado intento del gorila que lo conducía por girar hacia la izquierda y se hundió en las oscuras aguas del puerto.

Mónica consiguió al fin dominar el coche que mansamente se fue hacia adelante y esquivando una de las columnas del hangar que amenazadoramente se había colocado delante, frenó el coche suavemente. Todos estaban perplejos y maravillados de la extraordinaria ejecución de la muchacha, pero Julia, además, había adquirido un tétrico tinte cadavérico. “¡Hostia, tía! ¡Qué pasada! Mejor que en las películas”, exclamó Salvador. “Felicidades, Mónica”, dijo a su vez Anthony. “Si querías impresionarnos lo has conseguido sobradamente; hasta este capullo”, añadió señalando al *argentino*, “te observa con admiración. Incluso es posible que quiera contratarte como su chofer.” Mónica agradeció los elogios con una sonrisa. Apartó las manos del volante y exhaló un profundo suspiro.

El ulular de sirenas que sonaban cada vez más cerca los arrancó de su éxtasis. Mónica agarró de nuevo el volante y dirigió el coche hacia la salida del hangar, sin que pudiera conseguir su propósito. Varios coches de la policía y otros vehículos camuflados la bloqueaban. Un hombre alto y delgado, de pie junto a la portezuela abierta de uno de ellos, transmitía órdenes a los policías. Tres de ellos se dirigieron con presteza al hangar y se pusieron a hablar con el guarda que se había parapetado en su garita y hablaba por teléfono. Después se dirigieron hacia el muelle, seguramente para rescatar a los naufragos que chapoteaban en las infectas aguas. Nadie parecía reparar en ellos; la agitación era cada vez mayor y se impartían órdenes a diestro y siniestro, en muchas ocasiones sin demasiado sentido para los que se encontraban en el interior del coche, pero que lo más probable es que respondieran a una lógica incuestionable. Un hombre de regular estatura, muy grueso y luciendo un gran mostacho se iba acercando por detrás al coche del grupo sin que nadie reparase en él. En la mano portaba su arma reglamentaria, con la culata de la cual comenzó a golpear el techo del vehículo al llegar a su altura. Sus ocupantes

dieron un salto, sorprendidos por este inesperado ataque, acompañado de un grito conminatorio. “¡Bajar todos del coche con las manos en alto!” Todos los presentes se habían quedado inmovilizados; el que parecía llevar la voz cantante, gritó: “¿Qué está haciendo usted aquí, comisario Cabrera?” Este se volvió a mirarlo con infinito desprecio, sin dignarse contestarle. Golpeó de nuevo el techo del coche con mayor violencia, repitiendo su amenaza: “¡Bajar en seguida o empiezo a disparar!” Se apartó del coche y esperó apuntándoles con el arma. “Creo que lo mejor es que bajemos”, aconsejó Eleuterio. Despacio fueron bajando todos. “Poneros todos en este lado del coche con las manos extendidas encima. Tú”, dijo señalando al *argentino*, “apártate.” Éste se apresuró a reunirse con sus compinches que, empapados y tiritando, permanecían detrás custodiados por los policías. Entretanto, el inspector Morales le estaba dando instrucciones a un par de agentes que se alejaron con la intención de rodear el hangar. Una vez colocados todos de espaldas al comisario, éste se dirigió a sus subordinados y gritó con voz perentoria: “¿Qué esperáis para cachearlos?” En el instante en que se ponían en movimiento una voz grave se oyó claramente: “Comisario Cabrera, tire el arma de inmediato. Queda usted arrestado.” Se produjo un silencio preñado de tragedia. El comisario se había vuelto al reconocer la voz del director general de la policía. Inesperadamente, sin que nadie pudiera hacer nada por evitarlo, Cabrera se acercó al grupo, cogió a Mónica, que era quien tenía más cerca, por el cuello con la mano izquierda, mientras le apuntaba a la cabeza con el arma. “Si alguien hace un movimiento sospechoso, le pego un tiro a esta imbécil”, dijo con calma mientras se retiraba hacia atrás hasta colocarse de forma que pudiera controlar todos los movimientos. Anthony se movió instintivamente hacia ellos, pero Eleuterio lo detuvo con el brazo. “Estate quieto, vas a conseguir que maten a Mónica”, dijo en voz baja.

“Comisario Cabrera, le aconsejo que deponga su actitud, antes que ocurra una desgracia.” “Usted se calla, cornudo.” “En eso tiene toda la razón”, se dijo el inspector. El americano, situado entre Eleuterio y Salvador, aprovechó la momentánea distracción del comisario para dirigirse en voz baja a este último. “Dame la pistola, por favor.” Salvador lo miró fijamente unos instantes y luego señaló su cintura. Efectivamente, del cinturón de su amigo asomaba la culata. Anthony, con movimientos calculados, se apoderó de ella y con sumo cuidado se fue desplazando hasta el *capó* del coche y allí se extendió con la pistola sujeta con las dos manos, apuntando directamente a la cabeza del comisario. Eleuterio miró a Salvador con gesto de extrañeza, pero éste le hizo un gesto tranquilizador al tiempo que musitaba, “¿lo tienes?” El americano se limitó a asentir con la cabeza.

El inspector Morales había seguido toda la escena con el rabillo del ojo y presentía que aquel sujeto tenía la suficiente preparación para arriesgarse a una maniobra tan peligrosa. Se volvió al director general, quien también había contemplado la escena, pidiendo su conformidad con la mirada. Éste movió suavemente su cabeza de arriba a abajo con una sombra de sonrisa flotando en sus labios. Morales se volvió hacia el comisario y le repitió su orden: “Tire usted el arma, comisario Cabrera.” Un silencio, alterado únicamente por sordos ruidos procedentes del tráforo de los muelles, siguió a las palabras del inspector. Sin esperar más miró a Anthony y movió la cabeza suavemente. El americano fijó su mirada en el comisario; tensó su dedo índice y apretó suavemente el gatillo. El disparo sonó como un cañonazo y a no ser por un punto rojo en la frente del comisario, entre ceja y ceja, se hubiera dicho que el muchacho había errado el tiro.

Los brazos del comisario cayeron pesadamente a sus flancos y su cuerpo pesado se derrumbó arrastrando con él a Mónica que se había desmayado, vencida por las

fuerzas emociones experimentadas en tan corto espacio de tiempo. Anthony arrojó el arma lejos de sí; de un salto se situó junto a Mónica y arrodillándose la estrechó entre sus brazos con infinita ternura mientras musitaba: “¡Mónica! ¡Mónica!”

Varios agentes hicieron intención de intervenir, pero un gesto del inspector Morales les detuvo. Luego se volvió a su superior que se había situado a su lado y le preguntó con sorna: “¿Y ahora qué?” El director general lo miró fijamente y dijo: “Me consta que sus informes son un modelo de corrección y objetividad. No dudo que en este caso sabrá usted estar a la altura de los acontecimientos”. “Morales, que ya había previsto esta respuesta, siguió insistiendo: “¿Incluyendo la trágica muerte del comisario Cabrera?” “Con su característico estilo, sabrá usted seguramente explicar, de un modo convincente, que el azar y la desgracia se han conjugado dolorosamente en este caso para arrebatarnos la vida de uno de nuestros mejores colaboradores, precisamente en el momento en que, por su edad, estaba a punto de recibir el justo premio por sus merecimientos.” “Me da la impresión que mi informe no alcanzará la altura necesaria para parangonarse a sus convincentes explicaciones”, respondió Morales con ironía. Y luego añadió: “¿Entonces lo dejamos así?” “No sé lo que usted pensará, pero a mí me parece la mejor solución”, concluyó el director general, dándole unas palmaditas en el hombro. Luego añadió: “Tengo plena confianza en usted y lo dejo todo en sus manos. Ahora, si no tiene usted inconveniente, me retiraré para intentar descansar. Le aseguro que tengo absoluta necesidad de ello; empiezo a tener graves problemas físicos por la falta de descanso.” El inspector Morales lo vio alejarse hacia su coche y luego se dio la vuelta y se dirigió hacia el grupo que en esos momentos hablaban entre sí, seguramente discutiendo lo que habría que hacer. Entretanto, Anthony había conseguido reanimar a su amiga que se había abrazado a él con una fuerza inusitada; tras las oportunas explicaciones, “¿he estado en peligro de muerte?” “Sólo relativamente; en realidad todos hemos estado en peligro”, se reunieron con sus amigos; en ese mismo momento el inspector Morales llegaba a su altura mirando fijamente a Eleuterio, el cual sostenía su mirada con insolencia. “Volvemos a encontrarnos”, dijo con una sonrisa. Aquél siguió con la vista fija en él, pero su mirada se había trocado en un desprecio infinito, acompañada de un gesto elocuente. Salvador los contemplaba a ambos con un gesto de extrañeza, pero se encaró con el inspector para preguntarle en tono agresivo, “¿qué va a pasar ahora?” “¿A qué te refieres?” “Lo sabe usted muy bien; no se haga el tonto.” “Que yo sepa aquí no ha pasado nada.” Todos seguían con interés este intercambio dialéctico que parecía más bien un diálogo para besugos; Salvador iba a seguir insistiendo, cuando el subinspector López lo llamó a gritos. Éste se volvió y aquél le dijo: “Le llaman de la central. Es urgente; algo muy grave está pasando.” De un salto corrió hacia el radio transmisor. Cuando se hubo marchado, Salvador interrogó a Eleuterio, “¿qué ha querido decir?” Pero fue Julia quien respondió. “Lo detuvieron cuando desalojaron el local de la calle Palma y este fue uno de los policías que lo interrogaron.” “Efectivamente, Julia. Veo que tienes buena memoria. Este era el policía bueno.” “Entiendo”, corroboró Salvador.

El inspector Morales tiró el micrófono con profunda rabia contra el asiento y dio algunas órdenes. Rápidamente unos camilleros se movilizaron y cargaron el cuerpo sin vida del comisario para llevarlo a la ambulancia que acababa de llegar, mientras los agentes que custodiaban al *argentino* y sus compinches los conducían a los coches de policía; entretanto el inspector se había acercado de nuevo al grupo que seguía hablando entre sí. “¿Se puede saber qué habéis preparado?”, dijo mientras se aproximaba. Se miraron unos a otros sin comprender; en esta ocasión fue Eleuterio el que saltó desabridamente, “¿a qué se refiere?” “Ahora sois vosotros los que os hacéis

los tontos.” Se calló y los miró uno por uno, después añadió: “Un grupo bastante numeroso de gente se ha reunido frente a la jefatura y parece que aumenta por momentos. Sería lamentable para todos que ocurriera algo desagradable. Por ello os ruego que me acompañéis a Jefatura y resolvamos este incidente de la mejor manera posible.” Se cruzaron miradas y sonrisas de inteligencia. “No nos moveremos de aquí si antes no nos dice cuales van a ser las consecuencias...”, empezó Salvador. “Si te refieres al muerto”, cortó el inspector sin contemplaciones, “ha sido un lamentable accidente.” Se calló un instante y luego añadió sonriendo: “Además la embajada de Estados Unidos en Madrid ha tomado cartas en el asunto desde hace varios días y el embajador en persona ha asegurado que como algo le pasara a su compatriota, Anthony García, si no me equivoco”, dijo señalando al americano con la cabeza. Este asintió, “mucha gente lo iba a pasar mal. Así que no tenéis de qué preocuparos.” Con el asombro reflejado en todos los rostros se dispusieron a seguir al inspector, pero Salvador saltó de nuevo, “pero nosotros iremos en nuestro coche.” Morales se le quedó mirando una vez más y al fin dijo: “Esta bien, seguidme. Yo abriré camino; es necesario llegar cuanto antes.”

Epílogo

Hagamos de la vida una fiesta

Anthony y Mónica se miraron sonriendo, en sus semblantes las huellas de una deliciosa fatiga. Después de casi tres horas dedicadas a una agradable gimnasia, habían quedado cansados y satisfechos. El americano abrazó tiernamente a su amiga que se dejó mecer en sus brazos, apretando contra él su hermoso cuerpo desnudo. Mónica levantó la cabeza y apoyó su barbilla en el pecho del muchacho. “Sólo quedan dos días...”, empezó nostálgica. “Sí, el domingo tengo que tomar el avión. Por eso quería que nosotros...” “¿Cómo acabó al final la historia con la policía?”, interrumpió rápidamente la muchacha. “Ya te lo he explicado”, dijo Anthony extrañado. “Sólo algunos detalles; quiero que me lo cuentes todo desde el principio.” El americano intuyó que no era más que una estratagema para eludir el tema que desde hace días quería plantearle; pero se resignó a seguirle la corriente, convencido de que tendría ocasión de hacerlo. “Me han tenido casi un mes con entrevistas; pero la última fue la más emocionante. Te aseguro que estuve a punto de que se me saltaran las lágrimas.” La muchacha meneó la cabeza, mientras chascaba la lengua en un gesto de desaprobación. Anthony se incorporó, apoyándose en un codo y sonrió burlonamente. “La primera vez me citaron dos días después de ocurridos los hechos. Estaba presente el agregado de la embajada de Estados Unidos en Madrid que había venido expresamente para resolver el problema. Como sabes mis padres acabaron enterándose de lo que había pasado y estaban empeñados en venir, pero al final logré disuadirles.” “Lo que más gracia me hizo fueron los titulares de los periódicos del día siguiente: *La policía desarticula a una banda de narco-traficantes. Tras una brillante labor de investigación, etc., etc.*” Los dos muchachos lanzaron una sonora carcajada. “Llegamos al acuerdo de cerrar el asunto de esa forma. Las autoridades americanas estaban firmemente decididas a que sus servicios secretos no aparecieran implicados bajo ningún concepto; a cambio se me ofrecía total impunidad en el homicidio de ese hijo de puta. La policía española estuvo de acuerdo, pero antes tenían que resolver algunos detalles y por ello tenía que estar a su disposición en las semanas siguientes. A mí particularmente no me importaba, porque eso me permitía prolongar justificadamente mi estancia en la ciudad y sobre todo me permitía seguir estando a tu lado.” Diciendo esto la abrazó de nuevo y la besó en la boca. Mónica se desenlazó al cabo de un buen rato y dijo, “continúa, por favor. Lo estás haciendo muy bien.” El americano acabó de incorporarse y apoyó la espalda en la pared. “Las siguientes entrevistas, tres en total, las tuve con el director de la policía y ese inspector Morales que ha acabado siendo una caja de sorpresas. ¿Sabes que eran ciertas mis conjeturas?” “No sé de qué me estás hablando”, alegó Mónica, colocándose junto al muchacho y acurrucándose contra su cuerpo. “A lo largo de mis investigaciones y a tenor de lo que se desprendía de las entrevistas que tenía con sectores de la radio muy heterogéneos entre sí, llegué a la conclusión que la policía había tenido un interés particular hacia Radio Klara. No he podido establecer cuáles eran las motivaciones exactas, aparte naturalmente de las puramente represivas, pero sí he logrado demostrar que el inspector Morales estuvo, desde los inicios de las emisiones, muy cerca de ella.” “¿Y de qué sirve eso en tu investigación sobre la radio?” El americano acariciaba su cuerpo dulcemente y la miraba con arrobó. “De momento creo que no me va a ser de ninguna utilidad, pero si mis hipótesis se confirman, creo que el estudio de las formas de represión puede arrojar bastante luz sobre las formas de sociabilidad y puede ser de una gran ayuda en una próxima revisión del aparato crítico que estoy utilizando en mi tesis.” “Sigo sin saber a qué te

refieres.” “En líneas generales, intuyo que las formas de represión son cruciales a la hora de configurar una determinada forma de relación social.” “Me parece que te estás rayando”, dijo la muchacha acariciando su cara. “La represión puede cambiar de forma, pero su fondo es siempre el mismo.” “Ahí es donde no estoy de acuerdo. En un régimen dictatorial, la represión es directa, es decir, las fuerzas represivas ejercen el control absoluto, mientras que en un sistema de democracia formal, ésta se diluye y muchos de los cometidos represivos pasan a ejercerlo determinados agentes sociales, especialmente los medios de formación de masas, vinculados a la cadena represiva mediante la posición que ocupan en el engranaje social. Por tanto, de ser ciertas mis hipótesis, paradójicamente la libertades democráticas estarían basadas en la represión, mucho más férrea que en un sistema de dictadura.” Mónica abrió mucho los ojos, “creo que las teorías de Eleuterio han acabado por aguarle el cerebro.” El americano soltó una sonora carcajada que contagió a la muchacha. “En absoluto. Es cierto que tengo que trabajarlo mucho más, pero intuyo que estoy en la línea correcta.”

“¿Pero qué quería la policía concretamente?”, preguntó Mónica volviendo al tema. “No lo sé con seguridad”, contestó el americano sinceramente. “Aunque me da la impresión que me utilizaban como una especie de rehén para que los de Radio Klara no airearan el asunto del espionaje americano, por supuesto de común acuerdo con estos. Como mucha gente antes, mostraron serias dudas en que yo hubiera venido a Valencia a hacer una tesis sobre la radio; incluso cuando recibieron la confirmación oficial de la universidad de Columbia, se mostraron escépticos. Creo que siguieron manteniendo las sospechas de alguna trama oculta contra el dictador Pinochet.” Mónica sonrió divertida. “La última entrevista fue hace dos días y como te dije, sorprendente...”

El agente llamó a la puerta, “¡pase!”, franqueando la entrada al americano que se introdujo en el despacho. “¡Ah! ¿Es usted, señor Anthony? Siéntese, por favor.” El inspector Morales estaba sentado en uno de los sillones situados frente a la mesa tras la que se parapetaba el director. Anthony tomó asiento en el otro, mientras saludaba a los presentes. “Ya está todo arreglado, esta será nuestra última entrevista.” “Ya me lo suponía”, cortó el americano. “Ayer recibí el billete de avión que me ha enviado mi embajada. Me voy el domingo próximo.” “Ya lo sabemos. Hemos recibido instrucciones de arreglarle todos los papeles. Todo está aclarado definitivamente.” “¿Usted cree?”, pregunto el americano irónicamente. El inspector lo miró sonriente. “El nuevo comisario, el señor Morales”, continuó el director haciendo caso omiso de la interrupción, “le tramitará las últimas diligencias...” “No tengo ningún inconveniente en hacer este servicio”, cortó Morales sin contemplaciones, “pero será el último que haga”, concluyó mientras sacaba su placa del bolsillo y la depositaba encima de la mesa. El director lo miraba con los ojos muy abiertos, sin dar crédito a lo que estaba sucediendo. “¿Está de broma?” “Sabe usted que no suelo bromear. ¡Dimito!”, exclamó con firmeza. “Y me alegro que este aquí el señor Anthony, que es un testigo de excepción. “Cuando quiera...”, finalizó dirigiéndose al americano. Éste se levantó y saludó al director dirigiéndose a la puerta. Antes de salir, el director exclamó: “¡Reflexione, inspector Morales! Está usted a punto de tirar por la borda su carrera.” El inspector se volvió con la mano en el picaporte y dijo con mucha solemnidad: “He tenido mucho tiempo para reflexionar y he llegado a conclusiones que seguramente no le gustaría escuchar.” “¡Se arrepentirá!” “Probablemente, pero usted no será testigo”, finalizó el inspector, cerrando la puerta.

“Siéntese, Anthony, no le entretendré mucho”, invitó Morales una vez estuvieron en su despacho. “¿Lo ha pensado usted bien?” El inspector lo miró sorprendido y respondió: “¿De verdad le interesa?” “Sinceramente, no.” “Aquí tiene su pasaporte y demás papeles y espero que todo le vaya bien.” El inspector se levantó y le tendió la mano que el americano se apresuró a estrechar. Sin soltársela, Morales le dijo bajando la voz, “¿de verdad vino usted a Valencia a hacer una tesis sobre Radio Klara?” Anthony no pudo reprimir una carcajada que convulsionó su cuerpo y contagió al inspector a través del apretón de manos. Salieron juntos del despacho y el inspector le hizo un gesto para que no se marchara; el americano lo miró intrigado, mientras Morales elevando mucho la voz decía: “Escuchadme un momento todos.” En la amplia sala repleta de mesas se fue haciendo el silencio; algunos se pusieron de pie. Josefina y López entraban en ese momento y se quedaron mirando al inspector con cara de desconcierto. “Algunos de vosotros estabais ya en este departamento cuando yo llegué, hace ya casi veinte años; otros os incorporasteis más tarde. Estoy convencido de que muchos os hicisteis policías, porque creíais que de esta forma rendirías un servicio a la sociedad. Así lo creía yo también, pero la experiencia, después de tantos años, me ha acabado de arrebatarme los últimos vínculos que me unían a la profesión. Esta mañana el director general me ha comunicado oficialmente mi ascenso a comisario...” Murmullos de aprobación y sonrisas de satisfacción en casi todos los rostros, lo cual denotaba que no se habían enterado de lo que Morales quería anunciarles. Sólo Josefina y López mantenían el rostro sombrío, especialmente la mujer. “A cambio le he ofrecido la placa y mi dimisión.” Las últimas palabras cayeron como una bomba entre los reunidos. Murmullos de desaprobación y gestos de desagrado llenaron la sala durante unos momentos. El inspector levantó los brazos y pidió silencio. “Os agradezco mucho vuestras muestras de afecto, pero mi decisión está tomada.” Josefina vacilante se había acercado hasta Morales y le dijo en voz baja, “si te vas, me voy contigo.” El inspector la miró con cariño y le dijo, “te lo agradezco, créeme, pero por el momento no es posible. Quizá más adelante...”

“Un buen golpe de efecto”, musitó Mónica. “Sí, es cierto; pero me impresionó mucho la actitud de aquella mujer.” El americano abrazó fuertemente a Mónica que se estrechó contra él. “Te quiero mucho y me gustaría que vinieras conmigo a Nueva York.” La muchacha se desenlazó y lo miró directamente a los ojos. “Estás loco, Anthony. Yo también te tengo mucho cariño, pero no funcionaría; no soy la mujer que necesitas y te haría mucho daño.” El americano la miró con el corazón encogido, mientras Mónica se recostaba contra la pared y, después de mucho reflexionar, le decía: “¿Sabes por qué Eleuterio y Salvador se odiaban?” Anthony negó con la cabeza y la muchacha prosiguió: “Salvador y yo nos pusimos a vivir juntos casi inmediatamente después de conocernos.” El americano la miró con el corazón encogido, pero sin reflejar extrañeza en su cara. “Eso era algo que estaba escrito en el aire”, pensó con semblante triste. “Ya llevábamos un tiempo conviviendo”, continuó la muchacha con voz trémula, “cuando un día me propuso acudir a una charla que Eleuterio daba sobre la organización anarquista. Yo aún no lo conocía, aunque Salvador me había hablado mucho de él; se conocieron en Radio Klara, poco antes que ésta se legalizara y Eleuterio la abandonara. Salvador era entonces muy joven y con muchas ganas de aprender. Hicieron muchas cosas juntos y por aquel entonces estaban muy unidos.”

Mónica se calló y comenzó a jugar con la sábana; tenía la cabeza gacha y la mirada perdida en el blanco del lienzo. El americano seguía mirándola con el corazón encogido sin atreverse a intervenir por temor a molestarla. Ésta, sin mover la cabeza,

continuó con voz quebrada, “como siempre, llegamos cuando la charla ya había empezado unos cinco minutos antes; Eleuterio hablaba con voz potente y una gran fuerza de convicción en sus palabras. Me quedé fascinada; su mirada era electrizante, pero en estos momentos no sabría decirte qué es lo que estaba diciendo, aunque creo que eso importa poco. Nos habíamos sentado al final de la sala y eso me permitió darme cuenta que todo el auditorio parecía sentir lo mismo que yo. Ignoro si Salvador se dio cuenta del efecto que Eleuterio había causado en mí, pero algo debió intuir, porque cuando más tarde me lo presentó, lo noté un tanto nervioso”. “Así que tú eres la bella Mónica”, dijo Eleuterio, después de besarla en la mejilla. “Salvador me ha hablado tanto de ti que ardía en deseos de conocerte para comprobar que no mentía.” “Venga, corta el rollo”, saltó Salvador desabridamente. Sus amigos se miraron desconcertados y Mónica intentó disculparlo, lo cual contribuyó a irritarlo aun más. “¿Qué te sucede, amigo?”, preguntó Eleuterio sonriendo. Salvador lo miró y torció la boca en una mueca burlona. “Nada de particular; pero no te creía tan estúpido.” “Lamento haberte tenido engañado hasta ahora, pero no importa, vamos a tomar una copa y te lo explico.” “No puedo, lo siento. He quedado citado con unos amigos.” Salvador miró a su amiga esperando una señal de asentimiento por su parte. “Creo que me vendrá bien una copa, yo también tenía muchas ganas de conocerte, después de los elogios que Salvador te ha prodigado en las últimas semanas.”

Anthony acercó su mano a la barbilla de la joven y levantó suavemente su cabeza. Mónica tenía los ojos cerrados y gruesas lágrimas fluían mansamente de sus ojos. El americano sintió que su corazón se encogía aun más hasta casi dejar de latir y se inclinó sorbiendo ávidamente el llanto de su amiga, quien abrió lentamente los ojos y mirándolo fijamente continuó diciendo: “después de pronunciar esas palabras, Salvador me miró a los ojos suplicante; en esa mirada pude darme cuenta del inmenso amor que me profesaba, pero mi orgullo venció al amor...”

“Espero que disfrutes con tus amigos, yo me quedo a charlar con Eleuterio.” Salvador permaneció de pie todavía unos interminables segundos, al cabo de los cuales, balbuceó una despedida y salió del local. “Me da la impresión que se ha enfadado”, bromeó Eleuterio. “¿Tú crees?”, acertó a decir Mónica con evidente desconcierto. “No lo sé, pero no me importa. Te propongo ir a tomar un bocado antes de la copa.” “Vale.”

“¿Y qué pasó?”, preguntó Anthony con nerviosismo ante el insistente mutismo de su amiga que había puesto los ojos en blanco y parecía flotar en sus pensamientos. “¿Te acostaste con él?” Esta última pregunta hizo que la muchacha diera un respingo y contestó desabridamente. “¿Eso qué importa, Anthony? En aquella noche parecieron darse cita todos los hechizos inventados por el ser humano; el verbo de Eleuterio me envolvió en una atmósfera de irrealidad que me subyugó hasta hacerme perder la razón. Sería incapaz de decirte qué pasó exactamente, sólo recuerdo las sensaciones.” “¿Pero, qué fue lo que dijo Salvador?”, insistió el americano angustiado. Mónica se volvió hacia él y lo miró con profunda lástima. Al fin contestó: “No lo sé. Nunca lo he sabido. Cuando al día siguiente volví a casa había desaparecido y no supe nada de él hasta tres meses después, pero para entonces ya no valía la pena preguntar nada.” “Sigues enamorada de él, ¿verdad?”, musitó el americano volviendo la cabeza. La muchacha le acarició la mejilla y suavemente le hizo volver la cabeza; sus ojos estaban humedecidos. “Anthony, quiero que entiendas que el amor siempre me ha parecido indescifrable. Quise mucho a Salvador, pero me sería imposible saber lo que siento en estos momentos por él.” El americano se abrazó a ella con fuerza y la besó suavemente en el cuello.

“Estate quieto, me haces cosquillas.” Ambos se echaron a reír; se habían arrodillado en la cama, uno frente a la otra, cuando Mónica sorprendentemente se tumbó y arrastró tras ella al americano. Sus cuerpos se fundieron en un abrazo y sus bocas se sellaron en un beso de fuego.

El tiempo parecía detenido en la contemplación de la escena, todo parecía fluir mansamente. Anthony contemplaba a su amiga con expresión risueña, ésta a su lado, con la cabeza apoyada en su mano lo miraba a su vez con dulzura. “Hoy se inauguraba la primera feria del libro anarquista”, rompió Mónica el silencio. “Pero ha sido imposible ocupar la plaza del Carmen. Se ha instalado en la calle En Borrás.” “¡Mierda!”, exclamó el americano. “Se me había olvidado.” “Me parece que se te ha olvidado también que esta semana se inauguraba oficialmente el nuevo local del Ateneo Al Margen”, continuó la muchacha sonriendo. Anthony abrió mucho los ojos y soltó otro exabrupto. “¿Por qué no me lo recordaste? Me hubiera gustado asistir a algún acto.” “Estabas tan enfrascado en tus problemas que no me pareció oportuno. Además me aseguraste que tenías que ultimar algunos detalles de tu tesis y pensé que era mejor que te dedicaras a ello.” “Tienes razón, en el último momento se me complicaron demasiado las cosas. ¿Estuviste en algún acto?” “Sí”, contestó la muchacha con un guiño de complicidad. “Estuve en un par de charlas muy interesantes. En una de ellas se habló de drogas y se generó un debate animadísimo.” Mónica se estiró en la cama con indolencia, mientras susurraba insinuante, “al menos habrá servido para que tu trabajo llegue a buen puerto.” El americano frunció el ceño y dijo en tono preocupado. “No creas. El otro día recibí una carta de mi profesor en la cual...” No pudo acabar la frase; su amiga había girado la vista mecánicamente hacia el reloj que estaba en la mesilla y lanzó un grito desgarrado. “¿Qué ocurre?”, preguntó Anthony sobresaltado. “Pues que había quedado con unos amigos a las nueve y apenas faltan diez minutos. Voy a llegar tarde, como siempre.” “¿Quieres que te acompañe?”, balbuceó tímidamente. “¡Oh! Sí, me encantaría”, contestó su amiga sonriendo. “Estupendo”, exclamó el americano saltando de la cama y comenzando a vestirse.

Una vez en la calle, Mónica vaciló un momento, pero luego se dirigió con decisión hacia la plaza del Carmen. Apenas había andado unos pasos, cuando se detuvo y murmuró, “la puerta del Ateneo está medio abierta y en su interior no parece haber nadie. ¡Qué extraño!” Efectivamente, la puerta metálica exterior estaba entreabierta, al igual que la puerta interior acristalada; una completa oscuridad impedía ver nada. “Sí que es extraño, ya que hoy habría programado algún acto”, musitó Anthony. “¡Claro! Había una actuación de *Blues* esta noche.” Mientras hablaba, Mónica se había ido acercando cautelosamente seguida del americano. “¿No te están esperando tus amigos?”, le susurró Anthony al oído. “Tienes mucha razón, pero también me preocupa que haya podido suceder algo grave.” El americano la observó con mirada seria y le dijo, apartándola suavemente: “Déjame pasar.” Abrió por completo la puerta y en ese momento sintió que algo lo arrastraba hacia el interior de forma irresistible. Antes que pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando, se encendieron todas las luces de la estancia y un inmenso griterío resonó contra las paredes. Anthony se vio de pronto rodeado de una gran cantidad de gente que parecía salir de todas partes. Tardó un poco en entender lo que estaba sucediendo; rostros conocidos de radio Klara y los centros sociales le daban la bienvenida y le abrazaban en un frenético delirio que amenazaba con acabar con él. De pronto una figura muy conocida a la que el americano se aferró desesperadamente, “Eleuterio, ¿qué es lo que sucede? ¿Os habéis vuelto locos?” “¡Hola, chaval!”, saludó dándole unas palmaditas en el hombro. “Queríamos darte

una sorpresa, como las que acostumbran a dar por tus tierras.” “Es posible que algún cretino sea partidario de este tipo de espectáculos *por mis tierras*; pero a mí me dan ganas de vomitar.” “Está bien, pero no me culpes; la idea fue de tu amigo Salvador.” El local era una amplia sala rectangular con una barra en ángulo recto al final de la misma; encima de ella un altillo ostentando en pirograbado el nombre del ateneo con el logotipo del mismo: el pollo con botas sonriendo sardónicamente. A la izquierda de la barra un estrecho pasillo que daba acceso a otra sala más pequeña de la cual seguía afluyendo gente. Anthony decidió dejarse arrastrar dulcemente por la situación; era típico de su amigo dar espectáculos y en definitiva era un homenaje que le ofrecían. Al fin divisó la menuda figura de su amiga que le sonreía con un gesto que parecía pedirle disculpas; el americano no pudo evitar soltar una sonora carcajada que fue coreada por gran parte de la concurrencia. En ese momento se oyó una voz atronadora que intentaba hacerse oír entre el griterío general. Anthony se volvió y vio a su amigo Salvador sentado en la barra y con las manos ahuecadas frente a la boca a modo de amplificador.

Después de unos cuantos minutos de esfuerzos estériles, cuando ya estaba a punto de quedarse sin voz y saltar sobre los congregados, Salvador consiguió que se fuera haciendo el silencio. Las puertas del ateneo se habían abierto completamente y la sala se había despejado lo suficiente para que se abrieran algunos claros entre la gente y la atmósfera se hiciera más respirable. “Vamos a sentarnos en aquella mesa”, dijo Eleuterio cogiendo a su amigo del brazo y conduciéndolo a una mesa cuadrada de mármol arrimada a la pared. “O mucho me equivoco o nuestro querido amigo nos va a regalar un bonito discurso.” Efectivamente, Salvador después de una estudiada pausa comenzó: “Compañeros y compañeras,” “Preparémonos para lo peor”, musitó Eleuterio al oído del americano. Éste sonrió. Después de un estudiado silencio al que tan acostumbrado estaba, Salvador prosiguió: “Sin proponérmelo, fui el responsable de que Anthony viniera a Valencia a estudiar la organización de nuestra radio, cuando mis intenciones reales eran bien diferentes.” Risas entre los asistentes. “Pero ahora me alegro mucho de que se mantuviera fiel a sus principios; porque nos ha dado a todos y a todas una gran lección.” Una nueva pausa y una gran expectación. “No cabe duda que este payaso es un maestro del espectáculo”, musitó de nuevo Eleuterio al oído del americano. Éste esbozó una sonrisa, pero al mismo tiempo un gesto de desaprobación. “Salvador no es un payaso”, se decía. “Nos ha demostrado”, siguió Salvador con voz potente y clara, “que podemos hacer grandes cosas si sabemos pasar por encima de nuestras rencillas personales. Su labor aquí en estos dos años ha sido ejemplar; ha llevado a cabo un trabajo excelente que puede sernos de mucha utilidad si sabemos aprovecharlo.” Una nueva pausa y algunas toses entre los concurrentes. Eleuterio le hizo al americano un gesto de resignación. “Pero no soy yo el más indicado para hablar de ello. Creo que me hago eco del sentir de todos y todas, al pedirle a nuestro amigo americano que nos diga por sí mismo sus impresiones.” Con sus últimas palabras Salvador se descolgó de un salto de la barra, mientras una atronadora salva de aplausos acompañaba su gesto. Todas las miradas se volvieron de inmediato hasta el lugar que ocupaba Anthony, quien había enrojecido hasta las puntas de las pestañas. Eleuterio se había quedado con la boca abierta sumándose a los aplausos y murmurando, “no me lo puedo creer.” Luego se volvió hacia el americano y le instó: “Es tu turno. ¡Animo chavall!” Anthony se levantó como un autómatas y se dirigió a la barra que parecía haberse convertido en una improvisada tribuna. Un espeso silencio se había hecho en toda la sala. “Amigos y amigas”, empezó con voz débil. “Más alto”, grito alguien desde la calle. El

americano pareció recuperar de pronto la confianza y de un ágil salto se sentó él también en la barra, continuando con voz mucho más potente: “Amigos y amigas, os agradezco infinito vuestras muestras de afecto y por supuesto la solidaridad que me habéis demostrado. Salvador dice que he hecho un buen trabajo; empiezo a abrigar mis dudas. Pero sea cual fuere el resultado del mismo, todo os lo deberé a vosotros, a todos y a todas, que me habéis dado vuestra confianza y sobre todo... vuestra amistad.” Las últimas palabras las había pronunciado con la voz rota, era evidente que la emoción más intensa se estaba apoderando de él y los ojos empezaban a estar húmedos. Eleuterio, siempre al quite en determinadas cuestiones se puso en pie y con voz estentórea gritó: “¡Bravo!”, mientras aplaudía frenéticamente. En un instante toda la concurrencia prorrumpió en aplausos y vítores.

El americano intentó una sonrisa, todavía azorado por la emoción y en ese momento se fijó en Mónica que lo observaba con la mejor de sus sonrisas. Con la cabeza le indicó que se reuniera con él y se bajó de un salto de la barra. A su paso todo el mundo lo felicitaba y le daba palmaditas de afecto en la espalda. Mónica y el americano se reunieron con Eleuterio y Salvador sentados a la mesa e hicieron lo propio. “¿Qué has querido decir con que abrigabas dudas con respecto a tu trabajo?”, gritó Salvador para hacerse oír por encima de la barahúnda que se había formado. Anthony pareció no entenderlo en un primer momento, pero enseguida reaccionó y manifestó: “Hace una semana recibí una larga carta-informe de la Universidad de Columbia, firmada por mi director de tesis. En ella me confirmaban la aceptación de la tesis y me dedicaban elogios, tanto por la metodología empleada, como por las argumentaciones en defensa de la misma. Finalizaban diciendo algo así como, *la demostración que usted hace de la imposibilidad de supervivencia de un medio de comunicación libre en una democracia en formación es casi irrefutable.*” Sus tres amigos lo miraban sin comprender demasiado. “¿Y dónde está el problema?”, inquirió al fin Salvador. El americano abrió mucho los ojos y espetó furioso: “Pues que lo que yo quería demostrar era precisamente lo contrario.” Eleuterio y Salvador se miraron y se echaron a reír. “¿Y qué más da?”, dijeron al unísono, soltando una sonora carcajada. “¡Cómo que...!”, empezó diciendo Anthony, pero una gran carcajada que surgió espontáneamente de su garganta cortó en seco su protesta. Mónica los miraba con expresión indefinida, pensando quizá que estaban un poco locos. Al fin intervino: “No te preocupes, Anthony; ya verás cómo eres capaz de sacarles de su error.” El americano iba a responderle agradeciéndole sus palabras, pero su mirada se había dirigido mecánicamente a la puerta del Ateneo y por entre la gente que llenaba la sala creyó vislumbrar una figura femenina que parecía haberse materializado respondiendo a sus terribles deseos de volver a verla. “¡Vanessa!”, musitó, mientras de un salto se levantó y corrió hacia la puerta abriéndose paso entre la gente a empellones. Cuando llegó a la calle, miró a derecha e izquierda, pero parecía haberse esfumado. Corrió hacia un lado, luego hacia el otro; dobló una esquina. Todo inútil. “Quizá haya sido una alucinación”, pensó, mientras regresaba al Ateneo. Agazapada en el hueco que dejaban dos coches aparcados un poco más lejos, Vanessa contemplo la inútil búsqueda de su amigo sin atreverse a salir. En el momento en que lo vio alejarse musitó: “Adiós, Antonio. Te deseo mucha suerte.” Y desapareció.

“¿Qué te ha ocurrido?”, le preguntó Mónica cuando el americano se reunió con ellos. Anthony parecía estar en trance y tardó algunos segundos en contestar. “Nada”, dijo al fin. “Creí haber visto a una buena amiga que conocí nada más llegar

a Valencia, pero debe haber sido producto de la emoción.” La muchacha lo miró a los ojos y observó que estaban enrojecidos y húmedos e intuyó que su amigo acababa de vivir una gran tragedia. Con suavidad lo cogió de la mano y lo besó tiernamente en la mejilla.

Julio conducía el taxi a velocidad moderada camino del aeropuerto. Tenían tiempo suficiente y parecía querer agotar los últimos instantes de la estancia del americano en Valencia. No obstante, el emotivo instante de la despedida parecía haberse apoderado de todos y nadie osaba despegar los labios. Salvador, sentado junto a Julio, estaba inusualmente callado, sumido en sus reflexiones. Mónica y Anthony detrás se contentaban con mantener sus manos estrechamente entrelazadas. Pero Julio no se resignaba a efectuar la travesía envueltos en el silencio y dijo, mirando al americano por el espejo retrovisor: “No podrás quejarte de tu estancia en esta ciudad. Has tenido toda clase de emociones”, al pronunciar esta última palabra, desvió la mirada hacia Mónica con una sonrisa amistosa. Mónica sonrió a su vez y corroboró: “Es cierto, no podrá quejarse, pero ha estado a punto de costarle la vida. Y a mí también”, finalizó con un estremecimiento. Salvador se volvió hacia la pareja, diciendo, “lo importante es que nuestro amigo ha hecho un excelente trabajo, con la ayuda inestimable de Mónica”, mientras dirigía una sonrisa a esta última y entrecrocaba su mano con la de Anthony. “Pero esta es una despedida circunstancial, porque Anthony vendrá a vernos muy pronto.” El americano asintió con la cabeza mientras miraba con arrobó a la muchacha. “En caso contrario nos iremos todos a Nueva York”, finalizó Salvador. “¡Eso sería estupendo!”, exclamó alborozado Anthony.

El taxi se detuvo suavemente en la terminal del aeropuerto y sus cuatro ocupantes salieron con presteza. Julio sacó el equipaje del americano y se acercó a él. “Ha sido un placer conocerte, Anthony. Espero que nos volveremos a ver.” “Lo mismo digo, Julio.” Un fuerte abrazo selló la despedida. “¡Buen viaje!” “Gracias.” La emoción empezaba a ser visible en el semblante del americano. Salvador se acercó y ambos se fundieron en un abrazo interminable. “Saluda a tus padres de mi parte.” “Así lo haré”, contestó Anthony con la voz rota. Antes que Mónica cumpliera su parte del ritual, Salvador se adelantó. “Acompáñalo; nosotros te esperamos aquí.” Mónica miró a Julio que mostraba su eterna sonrisa. “Desde luego, pero no es preciso que me esperéis. Cogeré el autobús.” “Te esperamos”, sentenció Julio.

Después de cumplir los trámites pertinentes para el embarque, Anthony tomó a Mónica de la mano y la condujo hasta una mesa del bar. Una vez sentados el americano comenzó a hablar tan de prisa como podía, como si el tiempo se le escapara de entre las manos. Jamás se había sentido tan feliz y al mismo tiempo tan lleno de inquietudes. Anthony hubiera querido permanecer en Valencia aún unos cuantos meses, pero los deberes académicos le habían forzado a abandonar la idea. Mónica lo escuchaba sin atreverse a interrumpirlo; había intentado hacerle comprender, pero parecía imposible. Aprovechando una pausa un poco más larga, intervino con firmeza. “Escúchame, bien Anthony.” El americano la miró a los ojos, diciendo, “te escucho.” “Intentar lo inevitable es un absurdo, pero a veces, es una trampa en la que se suele caer. Era como si a tu alrededor hubiera un campo de minas, al cual yo deseaba acercarme. Pero sabía que un leve movimiento podía hacer estallar todo. He intentado evitar la explosión, pero no lo he conseguido. El absurdo forma parte de nosotros y es algo que hay que aceptar. Es hermoso lo que hay dentro de ti, no lo rechaces ni te avergüences, acepta todas las contradicciones; cógelas, desmenúzalas, prepara si quieres con ellas un plato exquisito; cocínalas con

todo tu amor, luego siéntate a la mesa con un buen vino y degústalas. El azar y lo inevitable se dieron cita en una de las más bellas ciudades del Mediterráneo. Pero olvidaron invitar al tiempo. A ellos no les importa, pues están hechos de otra materia, a mí me duele. Quizás en otro tiempo nuestras vidas se hubieran cruzado y hubiera sido hermoso compartir y crear algo juntos. ¡Intentar la locura! Nuestras vidas discurren juntas, pero paralelas, una al lado de la otra sin cruzarse. Al tiempo no le importan nuestros sufrimientos y miserias, ni nuestra angustia por su veloz carrera. No desea detenerse, por mucho que alcemos nuestras súplicas para que así sea; él sigue implacable, tozudo en su discurrir. Nosotros lo inventamos, decidimos contarle y medirlo; ignorando que esto sería la mayor de nuestras desdichas. ¡Quiero que seas muy feliz!” Mónica se detuvo con el resuello cortado, Anthony la miraba como alorado. Daba la impresión que no había comprendido ni una sola palabra. No sabía si lo que ella le había dicho era una promesa de futuro o un corte transversal de su relación, pero, como ella había dicho, ya no quedaba tiempo.

En ese momento por los altavoces del aeropuerto se anunciaba que los pasajeros del vuelo con destino a Madrid se dirigieran a la puerta de embarque. Mónica apretó la mano de su amigo. Anthony, haciendo oídos sordos a todo lo que la muchacha le había dicho, comenzó a hacer promesas, miles de promesas de su pronto regreso; pero Mónica sabía que eso no sería posible. Al fin para hacerlo callar le dice con mucha solemnidad: “Suceda lo que suceda; aunque el mundo perezca víctima de su propia estupidez, nadie podrá ya arrebatarnos nuestros maravillosos momentos en Valencia.” Anthony la miró y una terrible angustia comenzó a apoderarse de su ánimo. Entendía lo que Mónica quería decir y trató de lanzar un grito de protesta, pero ella le tapó la boca con la mano y le dijo muy suavemente: “Recuérdame en Valencia; es lo único que te pido.” Luego uniendo su boca a la suya le entregó todo el amor de que era capaz. El americano se abandonó a esa maravillosa sensación que parecía desmentir su pesimismo anterior.

Anthony cruzó la puerta de embarque y se volvió para mirarla de nuevo. La muchacha hizo terribles esfuerzos por sonreír y lo consiguió a medias.

El avión de Anthony despegaba en ese momento y una joven, con el rostro pegado a una de las ventanas, lo vio elevarse majestuosamente en el aire, mientras dos gruesas lágrimas se deslizaban suavemente por su rostro.

Una lágrima, al caer sobre el papel, devolvió a Mónica a la realidad. A su alrededor la oscuridad se había apoderado de la habitación sin que ella se apercibiera en lo más mínimo. Por la ventana se insinuaba tímidamente la escasa claridad de la noche. “Me parece haber estado soñando”, musitó al tiempo que encendía la luz del escritorio y miraba mecánicamente el reloj. Las manecillas parecían, a su vez, haber emprendido una carrera vertiginosa, porque ya eran, “¡las once y cuarto!” “No es posible”, añadió sin poder dar crédito a lo que el reloj le señalaba. “Bien, no importa”, dijo apoderándose del bolígrafo, “acabemos la carta de una vez, sino me temo que se hará eterna.”

A medida que iba escribiendo y anotando sus particulares opiniones y vivencias su entusiasmo crecía. Quería contarle todo, liberarse de una terrible carga que la había abrumado en los últimos meses. Aunque no llegase a mandar la carta no importaba; le iba a servir igualmente como catarsis liberadora.

Aquí las cosas han dado un vuelco importante, ignoro si ya habrás tenido noticias de ello, pero aunque así fuera yo también quiero informarte. Hace ahora dos meses, los componentes de la radio encuadrados en CECA decidieron tomar el control de ésta en sus manos. Para ello convocaron, al parecer sorpresivamente, una asamblea en la

cual leyeron un comunicado en el que definían la nueva organización de la radio. Como comprenderás esto provocó la reacción inmediata del sector de la radio que había sido excluido y convocaron a su vez de inmediato otra asamblea para debatir las acciones que debían emprender para detener el proceso. Particularmente no he seguido el desarrollo del conflicto muy de cerca, por tanto no me atrevo, al menos por ahora, a dar una opinión concluyente de lo sucedido; no obstante, intuyo que en esta lucha estéril, todos hemos salido perdiendo. Después de que te fuiste, continué haciendo el programa, pero ya no fue lo mismo y languideció hasta que lo asesiné dos meses después, en el preciso momento en que los conflictos en el seno de la radio se recrudecían y la batalla entre los dos sectores enfrentados llegaba a su paroxismo. Quizá debí quedarme y luchar en defensa de mis ideas, pero una vez más sentí que no valía la pena y me fui. Algo similar debió sucederle a Salvador; se reincorporó a la radio con mucho entusiasmo y estuvo haciendo un programa extraordinario de análisis político y crítica cotidiana; cuando comenzó el conflicto seriamente, tomó partido en seguida por los llamados radicales, pero algo grave debió suceder, porque no tardó mucho en abandonar la lucha, la radio e incluso Valencia. Nadie sabe dónde se encuentra en estos momentos. En cuanto a Eleuterio lo volví a ver una vez, en un debate que se organizó para discutir sobre Terrorismo y Estado, luego desapareció, supongo que como siempre tragado por la tierra. Hubiera querido decirte muchas más cosas, pero en estos momentos no se me ocurre cómo hacerlo, quizá lo haga en otra ocasión, si llego a tenerla. Seguramente lo que voy a decirte te hará reír, pero para mí fue como una especie de premonición: a los pocos días de tu regreso a América, me di cuenta que te habías llevado las llaves de casa. No sabía si había sido un descuido por tu parte o lo habías hecho a propósito, confiando quizá en que algún día regresarías...

En ese momento, Mónica percibió un ruido claro y distinto, como si alguien intentara abrir la puerta. Sin poderlo evitar, una exclamación a duras penas sofocada se escapó de su garganta: “¡Anthony!” Como impulsada por un resorte, la muchacha se lanzó hacia la puerta y la abrió de improviso. Inclinado frente a ella se encontraba un hombre con claros signos de tener que hacer grandes esfuerzos para conservar el equilibrio. Al abrirse la puerta, se irguió un poco y miró a Mónica, pareciendo reconocerla al cabo de unos instantes. “Me pa... rece que he vuel... to a equi... vocarme”, balbuceó. La muchacha lo miró con pena y desconcierto y lo ayudó a incorporarse totalmente, dirigiéndolo hasta la puerta de su casa que estaba al lado de la suya. “Sí, creo que has vuelto a equivocarte.” “Lo sien... to, Mónica.” “No te preocupes y duérmela bien.” El vecino asintió con la cabeza, mientras Mónica entraba en su casa y cerraba la puerta, apoyando la espalda en ella. “Efectivamente”, susurró, “era un sueño. “Todo... ha sido un sueño.”

F I N